HENRY FORD

EL JUDIO INTERNACIONAL

UN PROBLEMA DEL MUNDO

EDICIONES
CHACO
Resistencia
1975

INDICE

Páginas

SEGUNDA PARTE

PROLOGO

La presente obra ha de adquirir en breve un renombre universal. Hace un año apenas que en los Estados Unidos —pueblo que simboliza "América libre"— ni la Prensa, ni los conferenciantes o los publicistas, se atrevían a comentar, si no era con gran benevolencia, la expresión "judío". Pero el mundo, entero ignoraba que la "libre América" era uno de los países más sujetos al yugo capitalista judío, subyugación que siempre ha entrañado la esclavitud espiritual y política de un país. En mayo de 1920 *apareció en el popular semanario* The Dearborn Independent *el primer capítulo del presente libro, titulado "Los judíos; su carácter individual y su actividad productiva". El judaísmo americano quedó suspenso de momento al verse objeto de una inesperada crítica, pero leal, noble, sin parcialidad y hasta simpática, ante* 200,000 *lectores habituales de la revista. Otros capítulos siguieron apareciendo en semanas sucesivas, y el número de lectores creció extraordinariamente, excediendo pronto de los* 300,000. *El mundo judáico permaneció desde entonces indeciso y desorientado, imperando un silencio casi de muerte, en espera de acallar a su vez a la Prensa. La excitación e interés iban en aumento en toda Norteamérica. Centenares de miles de ciudadanos presintieron en estos artículos de prensa, firmados por Mr. Ford, el germen de la liberación futura de un yugo implacable. El pue-*

blo despertaba a la conciencia de la realidad, expresándose su sentimiento en la frase: "¡Nuestro país está traicionado, vendido, esclavizado!" Pero entonces el judaísmo esgrimió sus armas predilectas de defensa y ataque: la desfiguración hábil de los hechos, el soborno del adversario, la insidia calumniosa, el insulto ofensivo. Ni un solo intento de refutación imparcial y fundamental. Militantes eclesiásticos débiles y políticos interesados clamaron jeremíacamente; se lamentaron y fingieron en ayuda de los judíos, hablando de 'persecuciones sin espíritu cristiano", de "ataque contra la fusión espiritual de las razas" y otras frases estereotipadas para el caso. Pero su celo produjo un efecto contrario a sus intenciones; la "cuestión judía" se transformó en un asunto candente —pues público lo era ya de mucho tiempo atrás—, en la "cuestión primordial de Norteamérica". La ocultación o disimulo de este grave problema se hizo imposible; la lucha empezada requería, indefectiblemente, un término en uno u otro sentido.

¿Qué significado adquieren estos hechos? El judaísmo, apoyado principalmente en el empleo sagaz de la fórmula hondamente sabia del "divide y vencerás", ha llevado a cabo gran parte de su obra tendiente a dominar el mundo entero. No sólo cada pueblo ha sido convertido en enemigo irreconciliable —al objeto del judaísmo— de los otros —y esto debe imponerles la investigación del secreto de la insinuación taimada del judío para soslayarla o evitarla, quebrantando de paso su colosal ofensiva—, sino que también los pueblos han tenido que luchar ferozmente entre sí y sacrificar, por el objetivo de dominio económico del judío, millones de seres humanos en la flor de su vida. La Gran Guerra —¡obra de Judá sin duda alguna!— ha causado más muertos que seres de raza judía hay entre los pobladores de la Tierra.

¡Un movimiento universal antisemita está en marcha!

El autor de la presente obra, el conocidísimo fabricante de automóviles Henry Ford, dice en el prefacio de su obra *original americana: "La cuestión judía existe en los Estados Unidos desde hace mucho tiempo. Los judíos lo sabían, pero*

los americanos lo ignoraban. Esta cuestión se presentó a veces en formas tan agudas, que hizo temer una solución crítica. Hay actualmente indicios de que tiende nuevamente a una crisis más grave.''

La cuestión judía se relaciona no sólo con los hechos del dominio público, tales como predominio financiero y comercial, asalto al poder político, monopolización de todas las ''necesidades'' de la vida, influencia arbitraria en la Prensa de un país, sino que penetra en la vida cultural de los pueblos, convirtiéndose de esta forma en un problema vital para las naciones.

La cuestión judía se va extendiendo por América del Sur y se transforma en un factor temible de las relaciones panamericanas. Se mezcla también en alto grado con los críticos acontecimientos en relación con las perturbaciones que mantienen a los pueblos en constante alarma. Con todo, esto no es nuevo, sus raíces retroceden hasta la antigüedad: su larga existencia ha producido varios aspectos de su posible solución, que a su vez proyectan cierta luz sobre la solución venidera.

Del vasto material de hechos, coleccionado con suma diligencia y seleccionado críticamente, resulta con anonadadora claridad que ya no existe país alguno en el mundo entero cuyo desarrollo político, económico y cultural pudiera comprenderse del todo, si no es desde el punto de vista de su absoluta dependencia de un plan coherente del judaísmo para su predominio universal. Ningún país del mundo debe entregarse a la ilusión de suponerse libre de influencias judías por carecer de sinagogas o de colonias hebreas visibles. Bolsa, Parlamento y Prensa son en todas partes los criaderos del espíritu judío, sin que nada importe que sus representantes visibles sean judíos de raza o no.

Un gran triunfo del judaísmo internacional, fué la pasada Gran Guerra, en cuyo transcurso un número de no judíos mucho mayor que el de los judíos que existen en el mundo entero, tuvo que entregar su vida por el imperio mundial de

la Bolsa. Todas las sugerencias que tendían a arrastrar cada vez más pueblos inocentes en la matanza universal, son de origen judío. Los portavoces de esas tendencias, en consecuencia, fueron y son, consciente o inconscientemente, los testaferros de la voluntad judía.

Que estas mismas tendencias, si bien exteriormente no muy visibles, siguen ahora y seguirán arremetiendo contra los tronos cristianos y preparando la esclavitud de todos los pueblos no judíos, se comprueba irrefutablemente en la presente obra. Tanto los círculos conservadores de todas las naciones en interés de sus dinastías, como los liberales en interés de los elementos productores, tienen la ineludible obligación de examinar seriamente esta cuestión y proceder precisamente desde este punto de vista, cambiando radicalmente el rumbo de su actuación futura en el caso de que tal examen lo exigiere.

En algún país se llevará tarde o temprano la cuestión judía a una solución práctica, con lo cual automáticamente se agudizará para las demás naciones. Cada pueblo por sí tendrá entonces que decidir, si en conciencia de raza prefiere terciar por razón de orden, bienestar y veracidad, o si en adelante querrá dejarse esclavizar visible o invisiblemente por el judío y vivir en discordia, pobreza y deslealtad.

Y cuando más tarde, en esta lucha de los espíritus, la victoria se haya inclinado del lado de los pueblos sedentarios, y no errantes y aventureros, será este libro de Henry Ford uno de los grandes factores que habrán contribuído a un verdadero y no tergiversado pacifismo en nuestro planeta.

Algunos capítulos de esta obra se ocupan del libro conocido con el título de "Protocolos de los Sabios (o Ancianos) de Sión", que el judaísmo soslayó al tiempo de su publicación, haciendo sobre el mismo el más absoluto silencio. Más tarde le calificó de "engendro literario de asesinos o falsificadores en plena demencia", señalándole como compilación personal del autor de la novela "Biarritz" (Retcliff Edit.), Goedsche. Se ha atribuído su origen al contenido del folleto que el abogado Joly escribió en 1864 contra Napoleón III, pero lo que la Pren-

sa ha explicado sobre el particular de esta coincidencia, es de poca monta y no revela el verdadero sentido de la intención. El autor de los "Protocolos" (1905) o no es judío y es un clarividente para aquellos tiempos, que reveló punto por punto e' vasto programa económico, político, social del judaísmo para el dominio del mundo, o es un judío de raza, muy conocedor del porvenir "organizado" del judaísmo, que al revelar los planes de los encaminadores de su raza mostraba la "causa" cuyo "efecto" es el actual estado de cosas en el mundo. Los "Protocolos" explican los aspectos que ha tomado la vida internacional pública de nuestros días y los proveían. Entre las obras que comentan los "Protocolos", se citan en Alemania las siguientes:

"Die zionischen Protokolle" (Hammer Verlag, Leipzig). B ek: "Die Geheimnisse der Weisen von Zion" (Los secretos de los sabios de Sion). A. Rosenberg: "Die Protokolle der Weisen von Zion und die juedische Weltpolitik" (Protocolos de los Sabios de Sión y la política internacional de los judíos). (Deutscher Volksverlag. Munich).

El lector, con las indicaciones anteriores podrá formarse un juicio de lugar y un criterio propio de las relaciones entre la obra comentada y nuestro "El Judío Internacional", de Henry Ford.

PRIMERA PARTE

"Entre las características más salientes de la raza hebrea, hay que citar: acentuada aversión a todo trabajo corporal que signifique fatiga; espíritu de familia muy pronunciado; instinto religioso innato y concepto muy elevado de la hermandad de tribu; ánimo esforzado, propio de profetas y de mártires, antes que el de adalides culturales y belicosos; aptitud extraordinaria para resistir adversidades; excelente predisposición para el comercio; astucia y perspicacia para la especulación especialmente en asuntos de dinero; una pasión de oriental por el lujo, el goce íntimo del poderío y de los placeres que brinda una posición social elevada; facultades intelectuales bien equilibradas."

(De "*Nueva Enciclopedia Internacional*").

I

LOS JUDIOS: SU CARACTER INDIVIDUAL Y SU ACTIVIDAD PRODUCTIVA

De nuevo, vivimos en una época en que el judaísmo atrae la atención crítica del mundo entero. Su entrada durante la Guerra en lo selecto de los círculos financieros, políticos y sociales fué tan general y llamativa, que su posición, su poderío y sus fines se acogieron con acerba crítica, y en la mayoría de los casos inspiraron repulsión. Las persecuciones no son novedad para el judío. Nueva es en cambio, para su ética racial, esta exaltación. Bien es verdad que este pueblo sufre hace 2000 años los efectos de un antisemitismo instintivo de las demás razas, pero tal aversión no llegó nunca a ser consciente, ni pudo expresarse concreta ni claramente. Hoy, en cambio, por así decirlo, está sometido al microscopio de la observación científica, que nos da a conocer y comprender los verdaderos orígenes de su poderío, de su aislamiento y también de sus amarguras.

En Rusia se le hace responsable del bolchevismo. cuya

inculpación, según de donde nazca, se podrá tomar por fundada o infundada. Los americanos, testigos que hemos sido de la fanática verbosidad de los jóvenes judíos, apóstoles de una revolución social y económica, tenemos la ventaja de poder formar un juicio claro de lo que hay de real y verdadero en tales inculpaciones. En Alemania se culpa al judío de la derrota sufrida, y una literatura amplísima con un sinnúmero de pruebas detalladas obliga realmente a cavilaciones muy serias. En Inglaterra, se dice que el judío es el verdadero amo del mundo, que la raza judaica es una supra-nacionalidad que vive entre y por encima de los pueblos, los domina por el poder del oro, y hostiga fríamente un pueblo contra otro, mientras se oculta cautelosamente por entre bastidores. En Estados Unidos, por último, llama la atención la insistencia con que los judíos —los viejos por amor al dinero, los jóvenes por ambición— se introducen en todas las organizaciones militares, y especialmente en aquellos ramos dedicados a los negocios industriales y mercantiles derivados desde la guerra, y se critica sobre todo el cinismo con que esos judíos explotan en su provecho personal los múltiples conocimientos que obtuvieron en su calidad de funcionarios del Estado.

En una palabra: la cuestión judaica ha entrado en escena. Pero, como suele ocurrir en casos parecidos, en los que cuestiones de ventaja personal desempeñan cierto papel, también aparecen determinados esfuerzos para acallarla, insinuando su inconveniencia de exponerla en público. En cambio, la experiencia infalible prueba que todo problema escamoteado de tal suerte, tarde o temprano vuelve a abrirse paso y entonces en formas inconvenientes y hasta peligrosas muchas veces.

El judío es un enigma mundial. A pesar de que su masa es pobre en absoluto, domina, sin embargo, el mercado económico y hacendístico del mundo entero. Viviendo en la diáspora sin patria, ni gobierno, es decir, en la dispersión, demuestra, sin embargo, una unidad nacional y una tenacidad no alcanzadas por ningún otro pueblo. En casi todos los países, salvo restricciones, supo hacerse el soberano efectivo al amparo a ve-

ces de los tronos. Antiguas profecías, dicen que los judíos volverán a su antigua patria, desde cuyo centro geográfico dominarán a todos los demás pueblos, no sin antes haber resistido la avalancha reunida de toda las naciones del orbe entero (1).

La profesión a la que contribuye el judío en mucha mayor proporción que ningún otro pueblo, es la del intercambio comercial. No importa descender a la compra de trapos viejos; lo esencial es comerciar. Desde la compraventa de ropa usada hasta el dominio absoluto del comercio mundial y de la Hacienda de los Estados, siempre el judío demostró las mejores aptitudes. Poseyendo como ninguna otra raza aversión hacia todo trabajo corporal y productivo, sabe nivelar este defecto por una predisposición característica para el intercambio. El no-judío manifiesta su actividad en el terreno industrial ó técnico, mientras que el joven judío prefiere empezar su carrera como mozo, vendedor ambulante o dependiente de comercio, por la relación que tales profesiones guardan con el aspecto mercantil. Según un censo prusiano, de 16,000 judíos, 12,000 eran mercaderes, por 4,000 manufactureros, mientras que de la población indígena renana sólo un 6 % se dedicaba al intercambio comercial.

Un censo moderno daría seguramente, como resultado, un aumento muy considerable en las carreras académicas y literarias, sin que se observara, en cambio, un descenso en la participación de los judíos en los oficios mercantiles, y un aumento muy insignificante, o probablemente ninguno en los oficios manufactureros. En Estados Unidos se halla casi todo el comercio al por mayor, los "trusts" y los institutos bancarios, las riquezas del subsuelo y los principales productos de la agricultura, especialmente el tabaco, algodón y azúcar, bajo el dominio absoluto de los financieros judíos o de sus agen-

(1) El Estado de Palestina o Yerosimilitano, con capitalidad en Jerusalén, representa la restauración de la nación sionista, pero sin garantías de derecho internacional público, pues está supeditado a los franco-ingleses. (N. de R.).

tes. Los periodistas judíos representan también una fuerza muy dilatada y omnipotente. "Gran número de poderosos almacenes se encuentran en manos de empresas judías" —dice la Enciclopedia Judía—, aunque muchos de ellos, si no la mayoría, figuran bajo razones sociales no hebreas. Judíos son la mayoría y los más importantes dueños de la propiedad urbana, y predominan también en la vida teatral. Son los que dirigen igualmente y con absoluta hegemonía toda la vida informativa del país. Numéricamente inferiores a cualquier otra raza de las que entre nosotros viven, disponen, sin embargo, diariamente, de una publicidad amplísima y siempre favorable a sus intereses. Esto no sería posible, de no ser ellos mismos los que la brujulean a su antojo. Werner Sombart en su obra *Judaísmo y vida económica*, dice que "si las cosas en América siguen desarrollándose en la misma forma que en esta última época, igualándose las cifras de inmigración y acrecentamiento de las diversas nacionalidades, ya vemos en nuestra fantasía los Estados Unidos de aquí a cincuenta o cien años como un país habitado tan sólo por negros, eslavos y judíos, entre cuya población los judíos, desde luego, se habrán hecho los dueños absolutos de toda la vida económica". Y conste que Sombart es un sabio filosemita.

Surge, naturalmente, una interrogación: pues que el judío se halla realmente en posesión de tal dominio, ¿cómo lo alcanzó? América es un país libre. Los judíos representan sólo un 3 % de la población total; contra 3 millones de judios existen 97 millones de no-judíos. Ya que el judío posee poderío, ¿es consecuencia de su propia superioridad intelectual o de la inferioridad e indolencia de los no-judíos? Fácil sería decir que los judíos vinieron a América, probaron fortuna como otros y demostraron sus facultades superiores en la lucha por el éxito. Pero esta consecuencia, no tomaría en consideración todos los hechos existentes. Antes de formular otra contestación mejor, hay que fijar dos puntos concretos. El primero de ellos es, que no todos los judíos se han hecho ricos. Existe también gran número de judíos pobres, aunque la

mayoría de ellos siguen siendo independientes. Si bien es verdad que judíos son los principales dueños financieros del país, no es cierto que cada judío sea uno de los dueños. El que estas dos clases de judíos hayan de distinguirse claramente, se impone desde el momento en que se analiza críticamente los métodos, que, de una parte, los judíos ricos y de otra los pobres, emplean para llegar al poderío. En segundo lugar, la solidaridad judía hace muy difícil medir los éxitos judíos y los no judíos por igual rasero. Cuando fueron posibles fuertes concentraciones financieras en América con la ayuda activa de grandes capitales de allende el Océano; cuando vinieron a América inmigrantes judíos apoyados sólidamente por el capitalismo judío europeo, no sería justo apreciar la prosperidad de estos elementos desde los mismos puntos de vista de los que se podría juzgar la lucha económica de inmigrantes alemanes o polacos, que llegaron a estas tierras sin otros medios de vida que su laboriosidad e inteligencia. Bien es verdad, que muchos judíos han venido a América sin más sostén que su propio valer; pero a pesar de ello no se puede decir que el predominio ejercido por el capitalismo judaico sobre los asuntos del país sea consecuencia exclusiva de la inteligencia de los judíos, sino que tal predominio no representa otra cosa que la ampliación territorial del predominio financiero judío ya existente en ultramar. Este es el punto básico en que todo intento de explicación debe apoyarse. Se trata de una raza, que durante su época propiamente nacional se componía de campesinos (1), cuya disposición típica fué más bien espiritual que materialista; pueblo más bien de pastores que de mercaderes, pero cuya raza, desde que quedara sin suelo patrio y sin gobierno propiamente dicho, y después de haberse visto siempre y en todas partes expuesta a persecuciones, debe hoy innegablemente considerarse como

(1) Aquí el autor confunde a la población indígena canaanita, subyugada por los hebreos, con la clase gobernante judía caracterizada como usureros y mercaderes, y que usurpó hasta el nombre de los

la verdadera, aunque oculta, dominadora del mundo entero. ¿Cómo es posible que surja tal acusación? y ¿por qué esta inculpación se apoya, al parecer, sobre numerosos, circunstanciados hechos?

Empecemos por el origen. Durante el desarrollo de su carácter nacional vivían los judíos bajo una ley que imposibilitaba tanto una riqueza como una pobreza excesivas. Reformadores modernos, que organizan sobre el papel sistemas sociales inmejorables, harían bien echando una mirada sobre el sistema social, bajo el cual vivían los judíos primitivos. La ley mosaica, con su prohibición de la usura, hizo imposible una aristocracia capitalista, que grandes financieros judíos la representan hoy precisamente con la cómoda y duradera fuente de ingre os que representan los intereses que imponen a sus deudores. Ni la usura, ni la especulación se vieron favorecidas por la ley antigua. No existía usura con el suelo, sino que la tierra se repartía entre el pueblo, y si bien un propietario podía perderla por su culpa, o por contrariedades, volvía, sin embargo, la parcela a la propiedad de la familia transcurridos cincuenta años. Con el llamado año de gracia, empezaba cada vez una nueva época social. La formación de grandes feudos o de una casta de magnates financieros, resultaba imposible bajo tal legislación, el período de cincuenta años facilitaba la suficiente libertad para que la actividad personal pudiera manifestarse en la lucha de la vida.

Si los judíos en Palestina y bajo la ley mosaica hubiesen sido una nación conservadora, nunca hubieran podido adoptar las formas financieras que actualmente la caracterizan. Un judío nunca se enriqueció a costa de otro judío, como tampoco en nuestros tiempos los judíos llegan a ser ricos en mutua competencia entre sí, sino a costa de los pueblos no judíos entre los que viven. La ley mosaica permitía al judío traficar con los extraños según determinados principios morales, pero no con su "prójimo" de raza judía. Su ley, llamada de extranjeros, rezaba: "al extranjero prestarás usura, con tu prójimo no debes hacerlo".

Esparcidos entre los demás pueblos, pero sin mezclarse nunca íntimamente con ellos, ni perdiendo tampoco su particularidad marcadísima, tuvieron los judíos durante muchos siglos las mejores ocasiones para practicar dicha ley fundamental. Extraños entre ajenos, que a veces se les mostraron cruelmente hostiles, con esta ley ejercían los judíos un acto de justicia compensadora (1) o penal. A pesar de ello, este hecho solo no hubiera sido suficiente para explicar la superioridad judía en asuntos financieros. La explicación más bien deberá buscarse en el judío mismo, en una fuerza suya propia, en su habilidad y en su moralidad específica.

Desde su iniciación, encontramos en la historia judaica la tendencia de esta raza a erigirse como la dueña de otros pueblos esclavizados. Aunque todas las profecías al parecer se dirigían a un despertar moral de toda la humanidad por Israel, se opone manifiestamente a tal enunciado su tendencia dominadora. Al menos esto es lo que puede deducirse del tono en que se escribió el Antiguo Testamento. Según aquellas antiguas historias, los judíos no obedecieron la orden divina de expulsar a los canaanitas, para que Israel no se contaminara de la perversión de aquel pueblo. Observando, empero, la suma de fuerzas útiles, que perderían con la expulsión de los canaanitas, prefirieron hacerlos sus esclavos. "Y ocurrió que cuando Israel se fortaleció, hizo a los canaanitas sus tributarios, no expulsándolos". Esta desobediencia, esta predilección por el dominio material, en lugar de una hegemonía espiritual, marca el origen del que ha sido después perpetuo castigo y constante angustia de los judíos.

La dispersión desde hace 2500 años de los judíos entre el resto de la humanidad ha modificado fundamentalmente el plan de salvación, asignado a Israel. Los directores espirituales del judaísmo moderno proclaman aún hoy, que la misión judía entre los pueblos del mundo es de carácter espiritual,

---

(1) Aquí se confunde la causa con el efecto, siendo la usura judía la causa, de la que nació siempre la defensa cruel. — El trad.

pero tal aserto tiene poco de convincente ante la falta absoluta de pruebas prácticas. Durante toda la era moderna considera Judá a los demás pueblos sólo desde el punto de vista de cómo sus fuerzas vitales puedan ser explotadas en su provecho material. Pero la profecía queda planteada, según la que, aun en tierras extrañas, hostigado a donde dirija sus pasos, vendrá para Israel el momento en que su destierro termine en una Nueva Palestina y que Jerusalén, según cantaban los antiguos profetas, volverá a ser el centro moral del orbe (¿?).

Si el judío hubiese sido laborioso, en cooperación común con el resto de la humanidad, su dispersión ciertamente no hubiese adquirido tales proporciones. Pero como prefirió hacerse mercader improductivo, su instinto errante le llevó a aventurero a través de todas las tierras habitadas. Ya en tiempos muy remotos estuvieron los judíos en China. En Inglaterra se les ve aparecer bajo los reyes sajones. Mercaderes judíos existían ya en América del Sur cien años antes del arribo de los PP. peregrinos a Plymouth-Rock. Judíos fueron los que en 1492 fundaron la primera fábrica de azúcar en Santo Tomás. En el Brasil ya se habían establecido en firme, cuando en las costas del continente septentrional apenas existían algunas míseras aldeas. Su constante penetración se prueba por el hecho de que el primer blanco que naciera en Georgia fué un judío: Isaac Minis. La presencia de los judíos en todos los rincones del mundo habitado, y su coherencia nacional innata les conservaron como conjunto nacional entre los demás pueblos, cuyos agentes activos se agruparon en todas partes.

Otra predisposición motivó primordialmente su ascenso a la posición de amos financieros del mundo, a saber: su habilidad en inventar constantemente nuevos métodos de usura. Mientras el judío no apareció en la lucha de competidores, se solía desarrollar el comercio en formas relativamente sencillas. Si hoy buscáramos en los orígenes de muchos de los métodos comerciales que facilitan y simplifican nuestro inter-

cambio, seguramente que tropezaríamos con algún nombre judío. Muchos de los instrumentos de giro y crédito indispensables fueron inventados por comerciantes judíos, no sólo para el trato entre sí, sino, mejor aún, para alucinar a los no judíos, con que traficaban. La letra de cambio más antigua, que aun existe, fué librada por un judío, Simón Rubens. La letra a la vista es un invento judío, como el cheque "al portador".

Un capítulo de historia muy interesante va ligado a este documento "al portador". Los enemigos de los judíos les quitaban muchas veces hasta el último céntimo de sus riquezas, pero con rapidez sorprendente, éstos volvían a rehacerse y eran ricos de nuevo al poco tiempo. ¿Cómo es posible que se explique este rápido alivio de una miseria tan absoluta? Es que su activo se ocultaba sencillamente bajo la máscara del "al portador", y así una parte de su propiedad podía siempre ser salvada. En las épocas en que se admitía el derecho del pirata de apresar todas las mercancías consignadas a un judío, éstos se defendían con la argucia de hacer viajar sus mercaderías sobre conocimientos que no llevaban el nombre del destinatario, sino que iban "a la orden".

La tendencia judía fué la de traficar preferentemente con *mercancías* y no con *personas*. Antiguamente todas las demandas en justicia eran de índole personal, pero el judío comprendió que las cosas le daban más seguridad que las personas con quienes traficaba, y supo conseguir que en adelante las demandas se dirigieran contra las cosas. Además, este método le ofrecía la ventaja de permanecer mejor al margen. Es natural que tal procedimiento introdujera en el comercio una nota de dureza, pues que se prefería traficar con cosas a negociar con personas, y esta dureza es la que se conservó hasta nuestros días.

Otra institución, que se generalizó, y que eficazmente oculta el enorme poderío alcanzado por los judíos, es del mismo origen que los documentos al portador, a saber: la sutileza que deja aparecer una empresa dominada por el capital

judío bajo un nombre que no hace ni la más leve insinuación de tal influencia judía. (Sociedad anónima. Sociedad por acciones).

El judío es el único y verdadero capitalista internacional. Pero por regla general no suele proclamarlo a los cuatro vientos, sino que prefiere utilizar a los Bancos y trusts no-judíos como sus agentes e instrumentos. La indicación llamativa de una "fachada" no-judía aparece a menudo unida con tal sugestiva manipulación.

También el invento de la Bolsa de fondos es un producto del talento financiero judío. En Berlín, París, Londres, Francfort y Hamburgo ejercían los judíos una influencia absoluta sobre las primeras Bolsas, y Venecia y Génova en las antiguas crónicas aparecen con el nombre de "ciudades judías", donde pudieron realizar las más grandes transacciones comerciales y bancarias. El Banco de Inglaterra fué fundado por consejo y ayuda de judíos holandeses inmigrados. Los Bancos de Amsterdam y Hamburgo deben su origen a la influencia judaica en aquellos centros.

Otro aspecto singular en relación con las persecuciones y correrías de los judíos a través de Europa, es que a donde ellos iban se trasladaba el centro del tráfico mundial. Cuando los judíos vivían en España, se hallaba allí el centro mundial del oro (1). Con la expulsión de los judíos perdió España su hegemonía financiera, que jamás había de volver a recobrar. Los historiadores de la vida económica europea siempre se han esforzado por saber el porqué del traslado de la preponderancia comercial desde España, Portugal e Italia a los países norteños, Holanda, Inglaterra y Alemania, sin que ninguna de las razones aducidas haya podido convencer.

---

(1) Tal aserto tomado de la obra ya citada de Sombart, no es cierto. La expulsión casi completa de los judíos coincide en España con el momento en que los judíos la habían arruinado con su usura, con el descubrimiento de América. Sólo después de estos hechos alcanzó España la cumbre de su poderío, sucumbiendo un siglo más tarde a la piratería británica. — *El trad.*

Pero si se tiene en cuenta que tal transposición coincide con la época de la expulsión de los judíos de los países meridionales y su refugio en los países del Norte, y que con su llegada a esas regiones empezó allí el florecimiento comercial, no interrumpido hasta nuestros días, no se hace difícil una explicación verosímil. Siempre se reprodujo el hecho de que al marcharse los judíos, vaya con ellos el mercado principal de los metales preciosos (1).

La difusión de los judíos a través de Europa, y de todo el globo, durante la cual cada comunidad judía quedó unida con todas las demás por vínculos de sangre, de fe y de sufrimientos, les dió la posibilidad de manifestarse como internacionales, en una forma que ninguna otra raza, ni comunidad de comerciantes en aquellos tiempos hubiera podido hacerlo. No es sólo que se establecieran en todas partes (otro tanto ocurre también con italianos o rusos), sino que, donde quiera que estuvieren, guardaban íntimo contacto. Estaban ya organizados antes que las demás comunidades internacionales, precisamente por este sitema nervioso de la mancomunidad de la sangre. A muchos escritores de la Edad media llamó la atención el hecho de que los judíos solían estar enterados de los acontecimientos europeos, antes de que lo fueran los mismos gobiernos. Conocían igualmente el ulterior desarrollo de los acontecimientos, comprendiendo desde luego

---

(1) La explicación real es que donde quiera que se manifestaran indicios de un desarrollo de opulencia, lo escudriñaba inmediatamente el ojo de rapiña de los nómadas. Su explotación febril, y la cosecha prematura de ulteriores posibilidades de bienestar, producen siempre un rápido florecimiento. Junto con los primeros indicios de su inevitable decadencia, desaparecieron también los nómadas. El que tal éxodo coincidiera con las persecuciones de los judíos se explica fácilmente. Precisamente en las épocas de decadencia, y nunca antes, suelen distinguir los pueblos a los verdaderos causantes de la misma, y recurren naturalmente a la venganza. Donde quiera que quedara algo por comerciar, por poco que fuere, solían los judíos volver siempre, a pesar de todas las persecuciones precedentes, señal evidente de que, efectivamente, tales persecuciones nunca pueden haber sido tan crueles, ni tan generales, como la leyenda judía las quiere pintar. — *El trad.*

mucho mejor las condiciones y mutuas relaciones políticas, que los mismos diplomáticos de oficio. Difundían las noticias interesantes de grupo a grupo, de país a país, preparando así instintivamente el fundamento de la información financiera moderna, información que les fué de incalculable valor para sus negocios especulativos. Los conocimientos anticipados fueron desde luego una ventaja extraordinaria, en tiempos en que las informaciones aún eran parcas, lentas e inseguras, y les puso en condiciones de hacerse indispensables como intermediarios de los empréstitos de los Estados, forma de negocios esta última que los judíos fomentaron siempre. El judío siempre se esforzó por tener a los Estados por clientes. Los empréstitos se emitían a menudo en presencia de miembros de unas mismas familias financieras en los diferentes países. Estas familias fueron las que, formando una especie de directorio internacional, barajaban a reyes contra reyes, gobiernos contra gobiernos, explotando sin conciencia las rebeldías nacionales existentes o provocadas en su propio y exclusivo provecho.

Un reproche muchas veces repetido contra los financieros judíos modernos se apoya precisamente en que prefieran ante todo este terreno para sus maquinaciones. En efecto, la mayoría de las críticas antisemitas no suelen dirigirse contra el comerciante particular judío con clientela privada. Miles de pequeños comercios judíos gozan de nuestra general estima, y de la misma manera respetamos también a decenas de miles de judíos particulares como vecinos nuestros. La crítica que con razón se hace contra los financieros judíos no es pues originada tan sólo por motivos de raza. Desgraciadamente esta aversión racial, que como prejuicio conduce tan fácilmente a equivocaciones, deriva del hecho cierto de que en la cadena financiera internacional, que envuelve al mundo entero, cada eslabón ostenta siempre cierta familia financiera judía, un capitalista judío, o un sistema bancario judío. Muchos quieren ver en tal circunstancia una organización premeditada del poderío judaico para dominar a todos los

demás pueblos del mundo, mientras que otros lo explican tan sólo como resultado de naturales simpatías judías entre sí, o por el desarrollo natural del sistema familiar del comercio judío, que tiende cada vez a abarcar más ramas en su actividad. Según el lenguaje de las antiguas escrituras, crece Israel como la vid, que siempre hace brotar sarmientos nuevos, profundizando cada vez más sus raíces; pero todo sigue siendo parte de una misma planta.

La facilidad de los judíos para negociar con los Gobiernos tiene su explicación también en las antiguas persecuciones, en cuyos momentos dolorosos el judío comprendió el enorme poder del oro sobre los caracteres venales. A donde fuera que se dirigiera, le perseguía como una maldición la creciente antipatía popular. Los judíos, como raza, no se hicieron nunca simpáticos, hecho que el más ferviente judío no negará, aunque se esfuerce por dar una explicación satisfactoria. Quizá algún que otro judío como particular goce de nuestra estima, y hasta es posible que ciertos rasgos del carácter judío, detenidamente estudiados, nos sean simpáticos. Sin embargo, una de las cargas que sobre sí llevan los judíos como raza, radica en la antipatía colectiva de los demás pueblos. Esta antipatía existe en nuestra edad moderna, en países civilizados y en condiciones que al parecer suponen imposible toda persecución.

En cambio el judío parece que se preocupa muy poco de la amistad o enemistad de los demás pueblos, quizá por los fracasos de épocas pasadas, o también, y con mayor verosimilitud, por creerse perteneciente a una raza superior a todas las demás. Pero sea el que fuere el verdadero motivo, consta el hecho de que su tendencia principal se ha dirigido siempre a ganar para sí los reyes y la nobleza. ¿Qué les importaba a los judíos que los pueblos murmuraran contra ellos, mientras los reyes y su corte fueran sus amigos? Así hemos visto existir siempre, hasta en los tiempos más duros para ellos, un "judío de corte", que con ayuda de sus préstamos y los grillos de la deuda, pudo penetrar a cada momento en la

antecámara real. La táctica judaica fué eternamente la del "camino recto al cuartel general". Nunca se esforzó el judío por conciliarse con el pueblo ruso; pero, en cambio, buscó las simpatías de la corte imperial. Tampoco apeteció nunca
las simpatías de la corte imperial. Tampoco apeteció nunca
envolver en sus redes al Emperador y a su Gobierno. En Inglaterra se reía el judío del antisemitismo pronunciado del pueblo inglés. ¿No tenía por ventura detrás de sí a toda la nobleza? ¿No reunía en sus manos todos los hilos de la Bolsa londinense? Esta táctica de ir "derecho al cuartel general" explica perfectamente la influencia omnipotente que tiene el judaísmo sobre tantos Gobiernos y la política de los pueblos. Tal táctica pudo desarrollarse fácilmente por la habilidad del judío de poder ofrecer en todo momento aquello que los Gobiernos necesitaban. Cuando se trataba de un empréstito, en seguida el judío de Corte intervenía, facilitándolo con ayuda de judíos de otras capitales o centros financieros. Si se trataba de que un Gobierno quisiera devolver una deuda vencida, pero sin confiar el metal precioso a un convoy a través de terrenos peligrosos, aparecía también el judío, que se encargaba del asunto: extendía simplemente un papel, y cualquier casa bancaria establecida en la otra capital abonaba el importe. Cuando por vez primera se proveía un ejército con pertrechos modernos, se encargaba igualmente un judío que tenía el dinero suficiente y disponía también del sistema adecuado. Además, obtenía la satisfacción de convertirse en acreedor de toda una nación.

Esta táctica, que prestó a aquella raza admirables servicios aun en las mayores adversidades, no ofrece hoy ni indicios de modificarse. Bien se puede comprender que el judío, al observar la enorme influencia que su raza numéricamente tan insignificante ejerce en la actualidad sobre la mayoría de los gobiernos, considerando la desproporción entre el número y el poderío de su pueblo, quisiera ver en estos hechos una prueba fehaciente de una superioridad racial.

Hay que hacer constar también que la astucia judía en

inventar continuamente nuevas formas comerciales se sigue acreditando, como asimismo la facilidad de amoldarse a situaciones alternativas. Judíos suelen ser los primeros, que en tierras extrañas fundan sucursales bancarias para asegurar a los representantes de la casa central todas las ventajas posibles desde un principio. Durante la Guerra se habló mucho de las "victorias pacíficas" que el Gobierno alemán hubiera obtenido al fundar en los Estados Unidos casas filiales o sucursales de comercios alemanes. El que muchas sucursales alemanas hayan existido en nuestro país, no puede negarse; pero por otro lado no se olvide que en la mayoría de los casos no se trataba de empresas alemanas, sino de relaciones judías. Los antiguos comercios alemanes fueron demasiado conservadores para, ni aun en los Estados Unidos, adular a la clientela. En cambio las casas judías no eran tan conservadoras, sino que vinieron a América y apresuraron los negocios. La competencia obligó a las casas buenas alemanas a que hicieran otro tanto. Pero la idea en su origen fué judía, no alemana.

Otro método comercial moderno de origen genuinamente hebreo consiste en la fusión o consorcio de industrias similares entre sí. Una vez que se adquiere, por ejemplo, una central eléctrica, se tiende a adquirir seguidamente la empresa de tranvías que consume la corriente de aquella central. La base de esta política es, a poder ser, adueñarse de las utilidades en toda la línea, desde la producción de la corriente hasta el billete del tranvía. Pero la causa fundamental estriba en aumentar el precio de la corriente para el tranvía con ayuda de la influencia en ambas empresas, y asimismo poder dictar el precio de las tarifas para el público. Aquella empresa, que está en contacto más directo con el consumidor, declara entonces que tiene que subir las tarifas porque sus propios gastos se han elevado, ocultando empero que dicha elevación fué ordenada por sus mismos copropietarios, pero no por circunstancias exteriores independientes.

Existe hoy día en el mundo una potencia financiera cen-

tral, que realiza sus jugadas en todas partes, de una manera admirablemente organizada, siendo el mundo su tablero y el dominio mundial su postura. Los pueblos modernos han perdido ya la confianza en la tesis de que las "condiciones económicas" tengan siempre la culpa de los acontecimientos desagradables. Bajo la máscara de "leyes económicas" se ocultan fenómenos que no obedecen a ley natural alguna, sino que provienen exclusivamente del frío egoísmo de determinados elementos, que poseen tanto la voluntad como el poder de esclavizar a la humanidad bajo su dominio absoluto.

Muchos fenómenos pueden ser de carácter nacional: el que lo sea también la vida económica de los pueblos, esto no lo cree nadie. Dicha economía es internacional, y se advierte en el hecho de que en todo su amplio terreno no existe competencia alguna nacional. Existen, efectivamente, algunas casas bancarias independientes, pero no hay ningún banco importante que lo sea. Los grandes manejantes, los pocos que con vista abarcan todo el complicado plan de la jugada, tienen a su disposición muchos institutos bancarios y trusts, teniendo cada uno de ellos una misión determinada que cumplir y sin que entre ellos haya divergencias de opiniones. Ninguno entorpecerá nunca el juego del otro ni habrá seria competencia entre los diversos factores del gran negocio mundial. Entre los bancos principales de cada país existe la misma cooperación que entre los diversos negociados, por ejemplo, del servicio postal de cualquier Estado, pues todos son dirigidos uniformemente desde un punto central y hacia un mismo fin.

Antes de la guerra mundial, había adquirido Alemania enormes cantidades de algodón en los Estados Unidos, masas fabulosas estaban listas para el embarque. Al estallar la guerra, *y en una sola noche, pasó el derecho de propiedad de nombres judíos hamburgueses a nombres judíos londinenses.* Mientras estas líneas se escriben, se vende dicho algodón en Inglaterra a menor precio del que rige actualmente en América, con lo cual se rebajan también los precios americanos. Una

vez que estos precios se hayan rebajado lo suficiente, será comprado el algodón por personas de antemano enteradas de la jugada, conseguido lo cual volverán a subir los precios. Entretanto las mismas potencias que originaron las oscilaciones, al parecer inexplicables, del mercado algodonero, han puesto mano sobre Alemania derrotada, haciendo de ella el jamelgo mundial. Determinados grupos tienen este algodón firmemente en sus garras, lo prestan en parte a Alemania para su elaboración, dejan un pequeño margen para abonar la mano de obra, y engañan a toda la humanidad con la crasa mentira de que no existe apenas algodón en el mundo entero. Al analizar estos métodos inhumanos e inmorales hasta su origen, se encontrará que todos los responsables de tan malas "partidas" tiene un carácter marcadamente común. ¿Puede uno admirarse de la importancia que adquiere el aserto que dice: "Esperad hasta que América empiece a ocuparse seriamente de la cuestión judía"?

Es una verdad incontrovertible que la situación en que el mundo entero se halla actualmente, no puede razonarse únicamente desde el punto de vista económico, como tampoco debe achacarse a la "falta de caridad del capital". Es cierto que el capital nunca se ha esforzado por hacer justicia a las exigencias del trabajo hasta ahora, habiendo llegado este último hasta los últimos límites de lo posible. Pero, ¿qué ventajas han obtenido ni uno ni otro? El trabajo creyó hasta ahora que el capital era la nube negra que se cernía encima de él, y ha conseguido alejarla. Pero ocurrió que por encima de esta nube aparecía otra aun más densa, de la que ni el capital ni el trabajo en sus enconadas luchas se habían apercibido. Y esta nube hasta este momento no ha desaparecido.

Lo que en el mundo suele llamarse "capital" es por regla general dinero invertido en objetivos de producción. Erróneamente obreros y dependientes llaman "capitalista" al emprendedor o director de una empresa que les facilita los medios de vivir: estas personas no son capitalistas, sino que a su vez tienen que recurrir también al verdadero capitalista, para que les facilite los medios financieros para su obra. Este

capitalismo es una potencia que actúa por encima del industrial y que le trata con mucha mayor dureza de lo que él mismo nunca se atrevería a tratar a sus operarios. Y he ahí una de las grandes tragedias de nuestros tiempos: el "capital" y el "trabajo" se combaten entre sí, cuando ni uno ni otro tienen en su mano los medios para reformar las condiciones, bajo las que ambos sufren de manera intolerable, a no ser que en colaboración mancomunada encontrasen un medio para arrebatarles el poder a aquellos financieros, que no sólo crean tales condiciones, sino que las explotan a su libre albedrío.

Existe un super-capitalismo, que se apoya exclusivamente en la ilusión de que el oro sea la suprema felicidad. Existe igualmente un super-gobierno que sin estar aliado a ningún otro gobierno actúa independientemente de todos ellos. haciendo pesar, sin embargo, su dura mano sobre unos y otros. Existe, en fin, una raza, una ínfima parte de la humanidad, que nunca ni en ninguna parte ha sido bien recibida y, sin embargo, consiguió elevarse a un poderío tal, que ni las razas más soberbias hubiesen pretendido, ni siquiera Roma soñó en los tiempos de su más esplendoroso poderío. Cada vez más, la humanidad entera va adquiriendo la convicción de que la cuestión obrera, la de los jornales, la reforma agraria y tantas otras, no podrán solucionarse mientras la cuestión primordial de este poderío financiero internacional no haya sido solucionada.

"Al vencedor, el botín", así reza un proverbio antiquísimo. Y hasta cierto punto debemos creer en la verdad de este proverbio, cuando unos pocos miembros de una raza poco populosa y siempre despreciada han logrado conseguir tal preponderancia; o tienen que ser super-hombres, contra los que no vale resistencia alguna, o son personas vulgares, a las que el resto de la humanidad, demasiado tolerante, permitió que alcanzasen un grado injusto y malsano de predominio. Si los judíos no son super-hombres, los no judíos deberán reprenderse a sí mismos por lo ocurrido. Por consiguiente, debe estudiarse el asunto desde nuevos puntos de vista y analizar detenidamente las experiencias vividas en otros países.

II

COMO SE DEFIENDE ALEMANIA CONTRA LOS JUDIOS (1)

La humanidad en constante progreso se ocupa abiertamente de combatir enfermedades sobre las que antes se creía necesario extender el manto de la vergüenza y del silencio. La higiene política no progresó aún hasta este punto. La causa fundamental de la enfermedad del cuerpo nacional alemán radica en la excesiva influencia judía. Si tal era ya la convicción de algunas inteligencias preclaras desde hace muchos años, hora es ya de que comiencen a darse cuenta de ello las masas, menos inteligentes. Lo cierto es que toda la vida política alemana gira alrededor de tal idea, y este hecho no se puede ocultar ya por más tiempo. Según la opinión de todas las clases sociales, tanto la derrota después del armisticio, como la revolución y sus consecuencias, bajo las que el pueblo sucumbe, son obra de la astucia y de un plan premeditado judío. Esto se asevera con toda precisión, aduciéndose un sinnúmero de pruebas efectivas, y se supone que en su tiempo la Historia se encargará de completar la documentación.

En Alemania se considera al judío sólo como un huésped, que, abusando de la tolerancia, pecó con su inclinación hacia el dominio. Efectivamente, no hay en el mundo un contraste mayor que el existente entre la raza puramente germánica y la hebrea. Por esta razón no hay, ni puede haber mancomunidad entre ambas. El alemán ve en el judío sólo

(1) Los datos de este capítulo son aportados por el doctor W. Liek, autor de la obra: "Participación del judaísmo en la derrota de Alemania".

al huésped. El judío, en cambio, indignado por no serle concedidas todas las prerrogativas del indígena, nutre un odio injusto contra el pueblo que le hospeda. En otros países pudo el judío mezclarse más libremente con el pueblo indígena y aumentar su poderío con menos trabas, pero en Alemania no le fué dado. Por esto el judío odia al pueblo alemán, y por esta misma razón precisamente, aquellos pueblos en que la influencia judía predominaba en mayor grado, demostraron durante la deplorable guerra mundial el más exacerbado odio contra Alemania. Judíos fueron los que predominaron casi exclusivamente en el enorme aparato informativo mundial, con el que se fabricó la "opinión pública" con respecto a Alemania. Los únicos gananciosos de la Gran Guerra fueron efectivamente los judíos.

Naturalmente que no basta decirlo, hay que comprobarlo. Examinemos pues los hechos. ¿Qué ocurrió inmediatamente de pasar Alemania del antiguo al nuevo régimen? En el gabinete de los 6, que usurpó el puesto del Gobierno Imperial, predominaba en absoluto la influencia de los hebreos Haase y Landsberg. Haase dirigía los asuntos exteriores, en lo cual fué asistido por el judío Kautsky, un checo que en 1918 ni siquiera poseía la ciudadanía alemana. El judío Schiffer ocupó el ministerio de Hacienda, con el hebreo Bernstein como subsecretario. En el ministerio de la Gobernación mandaba el judío Preuss, con asistencia de su amigo y paisano Freund. El judío Fritz Max Cohen, ex corresponsal en Copenhague del diario pan-judío "Frankfurter Zeitung", ascendió a jefe omnipotente del servicio oficial de informaciones.

Tal constelación tuvo en el Gobierno prusiano una segunda parte. Los judíos Hirsch y Rosenfeld presidieron el gabinete, encargándose Rosenfeld del ministerio de Gracia y Justicia, mientras que Hirsch ocupaba la cartera de Gobernación. El hebreo Simon fué nombrado secretario de Estado en el ministerio de Hacienda, cuyo ministerio fué enteramente repartido entre judíos. Fué nombrado director de enseñanza el judío ruso Futran, en colaboración con el judío

Arndt. Al puesto de director del negociado de las Colonias, ascendió el hebreo Meyer-Gerhard, mientras que el judío Kastenberg desplegó sus actividades como director del negociado de Letras y Artes. El secretario de la Alimentación se puso en manos del judío Wurm, cooperando en el ministerio de Fomento con los judíos Dr. Hirsch y Dr. Stadthagen. El hebreo Cohen, fué Presidente del Consejo de Obreros y Soldados, en cuya nueva institución desempeñaban altos cargos los judíos Stern, Herz, Loewenberg, Frankel, Israelowitz, Laubenheim, Seligsohn, Katzenstein, Lauffenberg, Heimann, Schlesinger, Merz y Weyl.

El judío Ernst fué nombrado Jefe de la Policía de Berlín, en cuyo mismo puesto en Francfort a|M apareció el hebreo Sinzheimer, y en Essen el judío Lewy. El judío Eisner en Munich se nombró a sí mismo Presidente del Estado de Baviera, nombrando su ministro de Hacienda al judío Jaffe. Industria, comercio y tráfico en Baviera se pusieron bajo las órdenes del judío Brentano. Los judíos Talheimer y Heiman ocuparon elevados cargos en los ministerios de Würtemberg, mientras que el judío Fulda gobernaba en Hessen.

Dos plenipotenciarios alemanes en la conferencia de la paz eran judíos, mientras que un tercero fué un conocido instrumento incondicional del judaísmo. Además pululaban en la delegación alemana judíos adláteres y peritos, tales como Max Warburg, Dr. v. Strauss, Merton, Oscar Oppenheimer, Dr. Jaffe, Deutsch, Brentano, Bernstein, Struck, Rathenau, Wassermann Mendelssohn-Bartholdy.

La proporción de judíos en las delegaciones de otros Gobiernos en la conferencia de la paz, pudo constatarse fácilmente, leyendo las crónicas de los periodistas no-judíos. Sólo a éstos parece que tal hecho haya llamado la atención, mientras que los corresponsales judíos han preferido callar, por prudencia seguramente.

La influencia judía nunca se había manifestado en Alemania tan acentuadamente como durante la guerra. Apareció ésta con la resuelta certeza de un cañonazo, como si todo hu-

biese sido ya preparado de antemano. Los judíos alemanes no fueron patriotas alemanes durante la guerra. Si bien este hecho en opinión de las naciones enemigas de Alemania no puede considerarse precisamente como una falta, permite, sin embargo, apreciar en su justo valor la clamorosas protestas de los israelitas de absoluta lealtad hacia aquellos países en que viven casualmente. Por razones que más adelante habremos de tratar afirman serios pensadores alemanes que es imposible de todo punto que un judío sea nunca patriota.

Según opinión general, todos los hebreos arriba citados jamás hubiesen alcanzado aquellos puestos sin la revolución. Y la revolución en cambio no hubie e estallado sin que ellos mismos la hubieran preparado. Cierto, también, que en Alemania no faltaron insuficiencias, pero éstas el mismo pueblo alemán las hubiese podio rectificar, y seguramente lo habría hecho En este caso precisamente las causas de estas insuficiencias que arruinaban la moral pública e imposibilitaban toda reforma, se hallaban bajo la influencia judía.

Tal influencia judía, que por encima de toda otra causa es la culpable del hundimiento del Imperio alemán, puede resumirse en tres grupos, a saber: 1.º el bolchevismo que se oculto bajo el disfraz del socialismo; 2.º el capitalismo judío con su preponderancia en la Prensa, y 3.º el control judío de la alimentación del pueblo alemán, y el de toda su vida industrial. Aun existe un cuarto grupo, "que apunta más arriba", pero lo tres citados fueron los que más directamente obraron sobre los sentidos populares y las masas.

Como es muy posib e que tales conclusiones alemanas puedan ser puestas en duda por aquellos cuya opinión se ha ido formando bajo la influencia de la prensa judía, vamos a citar aquí unas palabras del corresponsal del periódico londinense "Globe", Mr. George Pitter-Wilson. Este observador escribió en abril de 1919 que "el bolchevismo significa la expropiación de todas las naciones cristianas, de modo que ningún capital permanecerá en manos cristianas, y que los judíos en conjunto ejercerán el dominio del mundo a su antojo". Ya durante el

segundo año de la guerra judíos alemanes declaraban que un derrota de Alemania era indispensable para la liberación de proletariado. El socialista Stroebel dijo: "Declaro francamen te que la plena victoria de Alemania no sería favorable a lo intereses de la socialdemocracia". En todas partes se afirma ba que la elevación del proletariado sería casi imposible en Alemania vencedora. Estos breves ejemplos de entre muchí simos que podríamos aducir, no tienen por objeto volver a examinar toda la cuestión de la guerra; tienden únicamente a demostrar que muchos judíos de los llamados alemanes olvi daron sus deberes hacia el país, cuya ciudadanía ostentaban uniéndose con todos los demás judíos enemigos, al objeto de preparar la catástrofe de Alemania. Tal objeto, según más adelante se verá, no fué, ni mucho menos, el de librar a Alemania del militarismo, sino el de hundir a todo el pueblo alemán en un estado caótico, que les permitiera apoderarse del poder. La Prensa alemana, tímidamente primero, después "a todas luces", hacía suyas estas tendencias de los portavoces judíos. El "Berliner Tageblatt" y la "Münchener Neueste Nachrichten" fueron durante la guerra órganos oficiosos o semioficiosos del Gobierno alemán. El primero de estos periódicos defiende e tatalmente los intereses judíos en Alemania, mientras que el segundo se muestra completamente bajo la influencia del judaísmo organizado. Genuinamente judía es también la "Frankfurter Zeitung", de la que dependen un sinnúmero de hojas de mayor o menor importancia. Todos estos periódicos no son otra cosa que ediciones alemanas de la Prensa mundial judía antialemana, siendo su tendencia absolutamente la misma. Esta íntima cooperación de la prensa de todas las naciones, que se llama prensa universal, debería examinarse muy escrupulosamente desde este punto de vista para demostrar a la humanidad entera los secretos de cómo y a qué fin oculto se prepara diariamente la formación de la opinión pública.

En el momento de estallar la guerra pasaron todos los víveres y pertrechos de guerra a manos judías, desde cuyo

momento empezó a mostrarse tal falta de probidad que se socavó la confianza de los combatientes. Igual que los demás pueblos patrióticos, supo también el alemán que toda guerra significa sacrificio y sufrimientos, y se mostró desde el primer día dispuesto a sobrellevarlos. Ahora, en cambio, han comprendido los alemanes que fueron explotados por una horda de judíos, que lo habían preparado todo para sacar enormes provechos de la miseria general del pueblo teutón. Dondequiera que se pudiera especular con las necesidades del pueblo, o que se presentase la ocasión de obtener ganancias intermedias ya sea en bancos, sociedades de guerra, empréstitos públicos, o en Ministerios que formulaban los gigantescos pedidos de pertrechos de guerra, allí aparecían los judíos. Artículos de consumo general, de los que había en abundancia, desaparecieron de pronto, para volver a ofrecerse más tarde con un aumento fabuloso de precios. Las sociedades de guerra fueron dominios judíos. Aquel que tuvo dinero pudo comprarlo todo, hasta los tiquets de reparto, con los que el Gobierno se esforzó en una labor sobrehumana para repartir los víveres equitativamente entre toda la población. Los judíos triplicaban los precios de aquellos artículos que adquirían a espaldas del reparto oficial, atrayendo así una riada abundante de oro para sus bolsillos. A causa de estas existencias ocultas, de las que los judíos disponían, fallaron todos los cálculos y censos del Gobierno. La moral pública se inquietó ante tal fenómeno. Se formularon demandas y se iniciaron procesos, pero en el momento en que los asuntos llegaban al fallo, tanto los jueces como los inculpados siendo judíos todo terminaba con un sobreseimiento casi general. En cambio, si el acusado era alemán, se le condenaba a multas, que hubiesen debido imponerse también a los demás. Estúdiese el país desde este punto de vista, escudríñese Alemania, por todos sus rincones, escúchese la voz y la opinión populares, y en todas partes se oirá siempre que este abuso de su poder durante la guerra se ha grabado en el alma alemana como impreso con hierro candente.

Y mientras tales influencias socavaban las masas populares, influencias más elevadas en sentido panjudío pesaban sobre el Gobierno. Los grandes consejeros del Gobierno de Bethmann Hollweg fueron entre otros: el gran naviero *Ballin;* luego Teodoro Wolff, redactor-jefe del "Berliner Tageblatt", y miembro de la Prensa panjudía; v. Gwinner, director del "Deutsche Bank", unido por vínculos de parentesco con la gran empresa bancaria internacional de los judíos Speyer; y *Rathenau,* portavoz de las grandes concentraciones industriales y financieras judías en Alemania. Estos personajes formaban el Cuartel general judío y ejercían su influencia sobre el Gobierno, igual que los demás lo hacían con las masas populares.

El judío rico podía muy bien comprarse la posición anhelada en la sociedad por encima de las capas sociales directamente interesadas en Alemania, pero, ¿cómo alcanzó el judío pobre el reconocimiento que deseaba? Porque a todos los judíos les impulsaba esta misma tendencia, que arraiga en su sangre: el anhelo de dominación. Si se explica el subyugarse de las clases elevadas a la riqueza judía será un poco difícil comprender la conquista de las masas populares por los judíos, que no poseían otros medios financieros que aquellos que en el caos momentáneo pudieran tener o haberse apoderado.

Es admitido que el judío en esencia no sea anarquista o destructor. Sin embargo, es el bolchevique mundial, y muy especialmente el causante de la revolución en Alemania. Su anarquismo no es innato (1), sino que es para él un medio para alcanzar mayor objetivo. El judío rico no es anarquista, porque puede alcanzar su objeto por caminos más suaves, mientras que el judío pobre no dispone de otros medios que

---

(1) Tal interpretación es manifiestamente contradictoria al papel que realmente desempeñaron siempre los judíos en la vida de todos los pueblos. Sea por medio de explosivos, por usura, o por seducción, siempre y en todos los casos demuestra el judío ser el único destructor del orden existente. — *El trad.*

los violentos para enriquecerse. No obstante, el judío rico y el pobre caminan juntos largo trecho. El vínculo de simpatía de raza no se rompe entre ellos, porque en el caso de triunfar la anarquía ocupará el judío pobre su puesto al lado del hermano rico, y si el movimiento fracasara, habrá abierto nuevos surcos, donde el judío rico pueda seguir desarrollando sus planes.

El judío pobre no podía franquear en Alemania la barrera del germanismo que se oponía a sus propósitos, sino destruyéndola. En Rusia ocurrió otro tanto. La estructura social de Alemania pudo mantener al judío en un plano de orden, dentro del cual pudiera ocasionar el menor daño posible. Así como la Naturaleza suele encapsular cuerpos extraños en el organismo, así operan instintivamente las naciones con el judío. No obstante, en la vida moderna el judío inventó un medio para usurpar el sitio anhelado: forzar las barreras y destruir los fundamentos del orden social, sumiendo el país en la tiniebla revolucionaria. Cuando Rusia se hundió, ¿quién fué el primero en salir a la luz de los acontecimientos? ¡El judío Kerensky! Pero sus planes no fueron lo suficientemente radicales, por lo que le sucedió Trotzky, otro judío. Este Trotzky comprendía que el orden social en América estaba demasiado bien fundamentado, y por eso atacó en el punto más débil: Rusia, desde donde cree poder ir destruyéndolo todo en el mundo entero. Actualmente, en Rusia, en cada comisario hay un judío. Los cronistas de los acontecimientos de Rusia coinciden en la apreciación de que aquel país se halla en completa disolución. Será así probablemente, pero no se refieren tales juicios a la situación de los judíos en Rusia. De sus escondrijos irrumpen los judíos rusos como un ejército bien organizado, moviéndose en el desorden artificialmente producido, exactamente como si a cada uno de ellos le hubiese sido destinado un puesto de antemano.

Lo mismo ocurrió en Alemania. Interesaba que el muro del orden alemán fuera destruído, para que los judíos pobres pudieran satisfacer sus ambiciones. Una vez abierta la bre-

cha, irrumpirían los judíos instalándose en todos los puestos del Gobierno afirmándose sobre el pueblo alemán.

Esto explica el porqué los judíos fomentan en todos los países del mundo los movimientos de rebeldía latentes. Sabido es que en América los jóvenes judíos proclaman ideales cuya realización equivaldría al hundimiento del país. Desde luego aparece como blanco de sus ataques el "capitalismo", para ellos idéntico a la gobernación actual por los no-judíos. Los verdaderos capitalistas del mundo, los capitalistas que lo son por y para el capital propiamente dicho, son en realidad los judíos mismos; y no es dable suponer que éstos quieran combatir al capital Al contrario, lo que ellos anhelan es el dominio suyo, único, sobre todos los capitales del mundo, y no puede negarse que hace mucho tiempo van por buen camino para conseguirlo.

Es preciso pues, tanto en Alemania como en Rusia, distinguir claramente entre los métodos de los judíos ricos y de los pobres; se ocupan unos de subyugar los Gobiernos, y los otros de ganarse las masas populares, pero ambos tienden a un mismo e idéntico fin.

Los métodos de acción de las clases bajas judías no tienden sólo a librarse de la repulsión racial, sino que anhelan francamente el poder. Esta voluntad de dominar es la que caracteriza su espíritu. La convicción actual de Alemania en este punto se expresa: "La revolución pasada fué manifestación clara de la innata voluntad dominadora de los judíos; los partidos políticos, socialistas, demócratas y progresistas no son más que instrumentos de aquella idea. La llamada "dictadura del proletariado" significa real y efectivamente la dictadura de los judíos sobre el pueblo alemán, con ayuda y por medio del proletariado."

Tan repentinamente abrieron los ojos los alemanes, tan violenta e indignamente se manifestó esta reacción, que el judaísmo alemán no tuvo más remedio que retirarse a segunda fila, cediendo como por encanto todos los "enchufes" directamente en contacto con el pueblo alemán y su administra-

ción, a personas de sangre germana, o al menos "bastardas". Pero no por esto cedieron también al mismo tiempo el poder. Lo que en adelante pueda ocurrir en Alemania, no se deja prever, pero no cabe duda alguna que los alemanes sabrán dominar la situación, estudiando y empleando los medios adecuados y eficaces que fueran menester. En cambio el desarrollo ulterior en Rusia apenas admite duda alguna. Una vez que se cumpla el destino de esta nación lo mirará con horror el mundo entero.

La interpretación general de los alemanes y rusos puede resumirse escuetamente del siguiente modo:

"El judaísmo es la potencia mejor organizada del mundo, con métodos mucho más rígidos aún que los del Imperio Británico. Forma un Estado, cuyos súbditos le obedecen incondicionalmente, dondequiera que vivan, sean pobres o ricos, y este Estado, existente dentro de los demás Estados, se suele llamar en Alemania "Pan-Judea" (All = Juda).

Los medios de dominación de este Estado pan-judaico son capitalismo y prensa, o sea dinero y difusión o propaganda.

Entre todos los Estados del mundo es Pan-Judea el único que ejerce realmente un dominio universal, todos los demás pueden y quieren sólo ejercer un dominio nacional.

El propulsor principal del pan-judaísmo es su dominio de la Prensa. Las producciones técnicas, científicas y literarias del judaísmo moderno son exclusivamente de índole periodística y tienen por base la admirable facultad del judío de asimilarse a las ideas ajenas. Capital y periodismo se reunen en el producto "Prensa", que constituye el verdadero instrumento dominador judío.

La administración del Estado Pan-Judío está admirablemente organizada. Su sede primitiva fué París, pero ahora ocupa el tercer lugar. Antes de la guerra Londres fué la primera, y Nueva York la segunda capital de Pan-Judea. Hay que aguardar para cerciorarnos si Nueva York será la que venza a Londres, pero la tendencia general marca el rumbo hacia América.

Si Pan-Judea no está en condiciones de sostener constantemente una fuerza armada de mar y tierra, otros Estados cuidan de tal servicio. Hoy su escuadra es la británica, cuya tarea consiste en rechazar todo ataque que pudiera dirigirse contra los intereses marítimo-económicos pan-judíos desde cualquier origen. En cambio Pan-Judea garantiza a Gran Bretaña el desarrollo tranquilo de su poderío político y territorial; Pan-Judea subyugó la Palestina al cetro británico. Dondequiera que exista un núcleo militar pan-judío, sin distinción de uniforme o bandera en que combatiera, colaboraba siempre estrechamente con el poderío naval británico.

Pan-Judea encarga la administración de las diversas "zonas de influencia" a Gobiernos "indígenas", exigiendo para sí la inspección general sobre dichos Gobiernos. El judaísmo no se opone a una distribución nacional permanente del resto del mundo no-israelita. Los judíos no se unificarán nunca con otra nación, pues por sí representan "la nación" que siempre fue y seguirá siendo inhallable.

Pan-Judea (1) puede hacer la guerra y puede hacer la paz, recurriendo en casos de resistencia a "soltar los perros" de la anarquía, tras la cual también puede, si quiere, volver a implantar el orden. En todo caso Pan-Judea hace vibrar la musculatura y el sistema nervioso de otros pueblos en la forma que mejor conviene a los intereses financieros de su propia raza."

Que Pan-Judea disponga a su antojo de las fuentes de información del mundo entero hace que esté siempre en condiciones de ir preparando la opinión pública mundial para sus

---

(1) El Sionismo pan-judaico se halla en su "Vigésima Centuria", como la llaman los judíos, y persigue a través de la mismo el cumplimiento fiel de los vaticinios bíblicos acerca de la "disposición y castigo del pueblo" conocido en España, por "deicida". Sus dos grandes centros son: EE. UU. a donde emigraron 2,250,000 hebreos (1881-1914) y Palestina creado como Estado protegido franco-inglés después de la Gran Guerra. Lo "inhallable" del Sionismo es el "centro de su imperialismo". — (*N. del T.*).

fines más inmediatos. El mayor peligro consiste en la manera como se "fabrican" las noticias y como se va moldeando el pensamiento de pueblos enteros en sentido pan-judaico. Pero cuando alguien advierte estas manipulaciones y atrae la atención pública revelando la mano hebrea en estas jugadas, se levanta en seguida un gran clamoreo en la Prensa mundial sobre el inicuo "antisemitismo". La verdadera causa de cualquier persecución, derivada siempre de una esclavitud previa de los pueblos por el dominio financiero judío, no llega a saberse nunca en público.

Pan-Judea posee sus legaciones-fantasma en Londres y Nueva York. Una vez apagada su sed de venganza contra Alemania, se esfuerza en subyugar otras naciones. Gran Bretaña ya está en sus garras. En Rusia está luchando aún por el poder, y los auspicios no son desalentadores. Los Estados Unidos, por su excesiva tolerancia con todas las razas, les brinda un campo de experiencias favorable. El escenario de la acción varía, pero el judío permanece siempre el mismo a través de tierras y de siglos.

A primera vista parece que sea precisamente la vida económica norteamericana la desarrollada con independencia de los judíos. A pesar de ello mantengo mi opinión, de que los Estados Unidos (quizá más que ningún otro país), están repletos del espíritu judío. Esto se reconoce en muchos aspectos, especialmente por quienes están en condiciones de formarse un juicio independiente.

Frente a este hecho, ¿no está quizá justificada la opinión de que los Estados Unidos deben su existencia a los judíos? Y siendo esto así, queda más justificado el aserto, de que fué precisamente la influencia judía la que dió al país el sello que le caracteriza: el americano estadounidense. Porque lo que vulgarmente se llama "américan", nó es otra cosa que el espíritu judaico destilado.

(Werner Sombart, "Los judíos y la vida económica", páginas: 38, 43.).

III

HISTORIA DE LOS JUDIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

La historia de los judíos en América comienza por Cristóbal Colón. El 2 de agosto de 1492, se expulsaron de España más de trescientos mil judíos, por cuyo acontecimiento empezó poco a poco la decadencia del poderío íbero (1). Al día siguiente, Cristóbal Colón zarpaba en dirección hacia Poniente, yendo con él cierto número de judíos. Estos no eran, ni mucho menos, fugitivos, puesto que los planes del intrépido navegante hacía tiempo que suscitaba el interés de judíos influyentes. Colón mismo refiere que tenía relaciones con judíos. La primera carta en que detalla su descubrimiento,

---

(1) Tal aserto propugnado por Sombart es erróneo. Precisamente durante el siglo siguiente a la expulsión de los judíos alcanzó con Carlos V y Felipe II su más espléndido florecimiento. Sólo el hundimiento de la Gran Armada enviada contra Inglaterra, quebró su hegemonía mundial.

fué dirigida a un hebreo. En efecto, este gran acontecimiento, que dió al mundo otro mundo, pudo realizarse gracias a la influencia de judíos. La bella historia de que la reina Isabel con el valor de sus joyas proporcionara los medios para facilitar la expedición, no puede sostenerse ante una crítica seria. En la Corte Real ejercieron suma influencia tres "marranos", o sean tres judíos secretos: Luis de Santángel, gran comerciante valenciano y arrendatario de las contribuciones reales; su pariente Gabriel Sánchez, tesorero real, y el amigo de ambos, el camerlán Juan Cabrero. Estos pintaron a la reina Isabel el tesoro real como vacío del todo, instigando constantemente su fantasía con la perspectiva brillante que se le abriría al descubrir Colón las fabulosas riquezas de Indias para la corona de Castilla. De esta forma consiguieron que la reina accediera a empeñar sus joyas particulares para equipar la expedición. Pero Santángel solicitó y obtuvo el permiso de adelantar él mismo el dinero necesario, unos 17,000 ducados, que equivalen, según el actual valor del dinero, a unos 160 mil dólares, y es más que probable que el préstamo excediera de los gastos efectivos de la empresa.

Junto con Colón se embarcaron, que se sepa, cinco judíos, a saber: Luis de Torres, como intérprete; Marco, como cirujano; Bernal, como médico; Alonso de la Calle, y Gabriel Sánchez. Tanto los instrumentos astronómicos como los mapas marítimos provenían de judíos. Luis de Torres fué el primero que saltó a tierra y el primero que comprendió el empleo del tabaco. Se estableció en Cuba, y se le puede considerar como patriarca del actual dominio absoluto judío sobre la industria tabaquera mundial.

Los protectores de Colón, Luis de Santángel y Gabriel Sánchez, obtuvieron grandes prerrogativas por su participación en la obra. Colón, en cambio, cayó en desgracia por obra de las intrigas de Bernal, su médico judío, sufriendo en recompensa injusticias y encarcelamiento.

Desde un principio miraron los judíos América como a un país de promisión. Su inmigración a la América del Sur,

y en especial al Brasil, empezó en seguida y en masas. A consecuencia de su participación armada en un conflicto suscitado entre los brasileños y los holandeses, optaron muchos judíos brasileños por emigrar hacia la colonia holandesa más septentrional, donde hoy día está Nueva York. Pedro Stuyvesant, el gobernador holandés, no estuvo conforme con esta inmigración judía, exigiendo su expulsión. Pero los judíos, al parecer, se habían precavido para que, si bien no fueran muy bien recibidos, siquiera se les admitiera, porque al revocarse la orden de expulsión dada por Stuyvesant, citaron los directores de la Sociedad Colonial Holandesa como motivo de la admisión de los judíos los grandes capitales que éstos habían invertido en "participaciones" de aquella sociedad. Sin embargo, se les prohibió el desempeño de cargos públicos y el comercio al por menor, que tuvo por consecuencia que se dedicaran al comercio de exportación, en cuyo ramo y gracias a sus múltiples relaciones europeas obtuvieron el monopolio al cabo de muy poco tiempo.

Así tenemos una de las mil pruebas de la habilidad judía. Toda prohibición en un sentido les facilita espléndidas ventajas en otro. Al prohibírsele al judío el comerciar con ropas *nuevas*, se dedicó al comercio de ropas *viejas*, con lo cual, efectivamente, creó el fundamento para el comercio tan maravillosamente organizado de ropas usadas. Al cerrársele el comercio al por menor, se dedicó con ahinco a las transacciones en gran escala, siendo el judío el fundador del gigantesco intercambio comercial entre los continentes. Judío fué también el fundador del sistema de derecho de salvamento de los naufragios. Hasta en las ruinas de la civilización busca y encuentra el judío su bienestar. El fué quien enseñó a los demás pueblos cómo se vuelven a utilizar los trapos viejos, cómo se limpian las plumas sucias, cómo se aprovechan las pieles de conejo. El judío siempre ha tenido predilección por el comercio en pieles, que hoy domina aún, y a él se debe el sinnúmero de pieles ordinarias que con nombres altisonantes pasan por preciosidades de sumo valor. La idea de "volver co-

.o nuevo" se generalizó en el comercio por los judíos. En s "traperos" de nuestros días, que con su flauta recorren ıestras ciudades en busca de hierro viejo, frascos vacíos, pa:les mojados y trapos sucios, reconocemos los descendientes : aquellos judíos que supieron transformar trastos viejos en jetos de valor.

Sin saberlo, el bueno de Pedro Stuyvesant obligó a los ıdíos a que hicieran de Nueva York el puerto principal del ›ntinente norteamericano. Si durante la revolución americaa la mayoría de los judíos huyeron de Nueva York a Filalelfia., volvieron casi todos a la primera oca ión a Nueva York; su instinto les indicaba que esta población volvería a ser su paraíso terrenal. Así ocurrió efectivamente; hoy día Nueva York es el centro principal del judaísmo mundial. Allí se encuentra la gran taquilla en que toda la importación y exportación americana aforan al Tesoro nacional, donde todo el trabajo producido en los Estados Unidos rinde su tributo a los magnates financieros del país. Casi todo el solar de Nueva York es propiedad judía. Una relación de los propietarios de las fincas urbanas ostenta pocos nombres no-judíos. ¡Qué de admirar tiene que, en vista de este ascenso fabuloso de la riqueza y del poderío hebreos, los escritores judíos proclamen América como la tierra de promisión prevista por los Profetas, y Nueva York como una nueva Jerusalén! Algunos van hasta más allá, glorificando las Montañas Rocosas cual nuevo Monte Sión, y no sin fundamento, si se tiene en cuenta las propiedades judías en minerales y carbón allí radicadas.

El grandioso plan de canalización que de cada ciudad importante en las orillas de los grandes lagos, haría un puerto de mar, sustrayendo a Nueva York la importancia que goza precisamente como punto final y de salida donde desembocan todas las grandes vías férreas, se halla actualmente en pleno debate. La razón más poderosa en contra de este proyecto, tan provechoso para la economía del país, consiste en que gran parte de la actual riqueza neoyorquina no es en

efecto riqueza real, sino que inmensos valores ficticios dependen sólo del hecho de que Nueva York siga siendo Nueva York. Si algo ocurriera que redujera Nueva York a una simple ciudad costera, dejando de ser el centro donde los grandes recaudadores de contribución extraoficial se ceban, desaparecería de momento gran parte de las riquezas judías que ya antes de la guerra fueron fabulosas. Lo que hoy día serán, no se atreverían probablemente a decirlo los estadistas.

En el transcurso de 50 años creció la población judía en los Estados Unidos de 50.000 a más de 3.300.000 almas. En todo el imperio británico viven sólo 300.000 judíos, y en Palestina ni siquiera 100.000. El que el número de judíos en la Gran Bretaña no sea mayor que el citado, resulta en su ventaja, porque ante el omnímodo poder que ejercen aquí en todos los ramos importantes de la vida pública, podrían los judíos pobres, si aparecieran en mayor número, tomar Inglaterra por otra Rusia. Cierto personaje inglés, muy bien informado, dice que a raíz de cualquier motivo plausible, el antisemitismo podría estallar cualquier día, pero aun no tiene punto de salida para manifestarse contra los magnates, invulnerables por su inmensa riqueza, que dominan en política y Hacienda. Si bien es verdad que la verdadera causa del antisemitismo se apoya siempre en la intolerable usura de los judíos ricos internacionales, cuya coherencia a veces no se comprende claramente, pero que se siente instintivamente, lo cierto es que la víctima resulta ser siempre el judío pobre. Ya trataremos separadamente del antisemitismo en el capítulo siguiente.

La comparación numérica de los judíos en Inglaterra y en los Estados Unidos demuestra que el enorme poderío ejercido por los judíos como financieros internacionales no es consecuencia del número de su población, ni siquiera depende de ello. El hecho de reunirse en los judíos un poderío gigantesco mundial con un número de almas insignificante queda en pie. En todo el globo existen aproximadamente unos catorce millones de judíos, casi igual en número a la población

de Corea. Esta comparación entre el número de almas y la influencia mundial ejercida demuestra a todas luces la singularidad del problema.

En tiempos de George Washington vivían unos 4.000 judíos en los Estados Unidos, de los que en mayoría eran simples mercaderes. Casi todos fueron partidarios del Norte en la guerra civil, y Saym Salomón ayudó a las Colonias en un momento crítico con la totalidad de su fortuna. Pero no por ello han abandonado ni un átomo de sus originalidades. No se dedican ni a los oficios corrientes ni a la agricultura. Nunca se esforzaron por producir objetos de uso diario, sino que tratan de adquirir productos hechos, para comerciar con ellos como de costumbre.

En estos últimos tiempos parece que el judío se dispone cooperativamente a producir él mismo; pero, donde sea que se manifieste, es efecto de su instinto de mercader, para sacar ganancias hasta de las distintas fases de la fabricación. La consecuencia lógica es, naturalmente, para el consumidor, no una disminución en los precios, sino su encarecimiento. Es característico de toda empresa judía que las reformas y simplifcaciones en el proceso de fabricación no resulten nunca en provecho del consumidor, sino siempre con ventaja exclusiva para la empresa. Las mercancías que sufrieron las mas bruscas e incalificables oscilaciones de precios, fueron siempre aquellas en cuyos ramos de fabricación o intercambio poseen mayor influencia los judíos.

Negocio, al modo de pensar judío, significa dinero. Lo que el judío hace luego con este dinero, es cosa muy distinta. En este modo de "hacer dinero" no deberá nunca manifestarse motivo algúno idealista. Sus ganancias no admiten nunca sentimentalismo de reforma social a fin de mejorar la suerte de sus colaboradores no-judíos.

Este hecho no se basa exclusivamente en la crueldad del judío, sino más bien en la dureza del concepto que el judío tiene del negocio. En el negocio se trata de objetos, no de personas. Cuando un ser humano cae en la lucha, podrá el ju-

dío tener compasión de él; pero desde el momento en que se trate también de la casa de aquella persona, no existe para el judío sino el objetó negociable. Según su mentalidad el judío no sabrá cómo relacionarse humanitariamente con dicho objeto, y procederá instintivamente de una forma, que llamaríamos "dura". Pero el judío en este caso no admitiría el reproche de "dureza", porque según su modo de ser y de pensar se trata tan sólo del "negocio".

De esta forma puede explicarse la existencia de las "estufas" o "potros" neoyorquinos. Cuando personas misericordiosas compadecen a los desgraciados judíos tan vilmente explotados en estos talleres, no saben por lo general que los inventores y usufructarios de estas "estufas" son igualmente judíos. El orgullo de nuestro país se basa en que nadie sea perseguido por su raza, color, ni fe, sino que todo el mundo tenga el derecho a la libertad. En cambio quien se haya ocupado detenidamente de estos asuntos, ha tenido que comprobar el hecho de que el único trato inhumano que los judíos sufren en este país proviene exclusivamente de miembros de su propia raza, de sus agentes y amos, y, no obstante, ni el explotado ni el explotador ven en todo ello el sentimiento de la "inhumanidad", sino que lo conceptúan simplemente como "negocio". El explotado o la explotada viven en la esperanza de poder tener en su día también tal instrumento de explotación, lleno de pobres gentes que trabajen para ellos. Su afán ilimitado de vivir, y su ambición inextinguible por subir en el escalafón social, hacen que cumplan con sus trabajos sin el más leve sentimiento de ser objeto de explotación o iniquidad, que al fin y al cabo es siempre lo más acerbo de la pobreza material. El judío prefiere "reunir todas sus fuerzas para poder salir de la miseria actual, en vez de reflexionar sobre la tristeza de su situación momentánea". Siempre se esfuerza por mejorar.

Todo esto, desde el punto de vista *personal,* es de estimar, pero observado desde el punto de vista social, es peligroso. De ahí ha resultado que hasta hace poco las clases

bajas quedaran sin ayuda alguna, mientras que las clases superiores no vieran motivo alguno para crear condiciones sociales más ventajosas. La participación de grandes financieros judíos es de reconocer en ciertas obras benéficas, pero su colaboración en reformas sociales es casi nula. Con un sentido de conmiseración, estimable para con su personal, entregan a veces parte de sus propias ganancias para aminorar aquella miseria que ellos crearon con sus métodos de hacer dinero. Pero nunca se les ocurrió todavía pensar en un cambio radical de los métodos con que hicieron sus riquezas, para disminuir y hasta evitar del todo las *causas* de la miseria. Por lo menos, entre los muchos judíos ricos "filántropos" no aparece ni uno que se haya empeñado en humanizar prácticamente nuestra vida industrial, reformando los actuales métodos y sus efectos en el proletariado.

Esto es desastroso, pero comprensible, y sirve para explicar muchas cosas, que al judío le echan en cara personas que no le conocen a fondo. El judío puede muy bien deshacerse hasta de gran parte de sus ganancias; pero a no ser por presiones exteriores, nunca se ha decidido a entregar nada de sus ingresos cotidianos, ni de sus riquezas acrecentadas. Y aunque el efecto social en ambos casos sería el mismo, hay que decir, sin embargo, que su proceder insocial no suele nacer generalmente de la dureza de corazón, sino más bien de su interpretación innata del "negocio" como juego de azar. Muchos proyectos de reforma social le parecen al judío tan ilógicos como si un futbolista, por pura humanidad, quisiera apuntar un 'goal'' al adversario.

El judío americano no se "asimila" y debe hacerse constar, no en son de reproche, sino como un hecho innegable. El judío, si quisiera, podría muy bien volverse "yanqui", pero no quiere hacerlo. Si en América, aparte de la inquietud producida por sus enormes riquezas, existe realmente un prejuicio contra el judío, es por su marcada separación del resto de los americanos, nutriendo el recelo de que no quiere pertenecer a la comunidad nacional. Esta es su ventaja, y

hasta cierto punto se podría ver en ello una agudeza de su criterio. Pero siendo así, no debería el judío tomar precisamente esta singularidad como pretexto para una de las más graves actuaciones con que ataca a los pueblos no-judíos en su totalidad. Más valdría que francamente hiciese suya la sentencia de otros judíos sinceros, que no la que dice: "La diferencia que existe es la que hay entre un judío americano y un americano judío. El judío americano juega el papel del indígena, y se ve condenado a ser un parásito para siempre".

El "ghetto" no es obra americana, sino artículo de importación de los judíos, que siempre se separaron creando una comunidad marcadamente distinta. Con respecto a esto, la "Enciclopedia Judía" dice lo siguiente: "La organización societaria de los judíos en América se distingue fundamentalmente muy poco de la de otros países. Sin coacción de especie alguna, prefieren siempre los judíos vivir entre sí en la más estrecha vecindad. Esta originalidad sigue existiendo hoy".

La enumeración de las ramas comerciales en manos de los judíos equivaldría a recopilar el comercio entero del país, tanto de las ramas que sirven puramente las necesidades de la vida, como de las de lujo y bienestar. La vida teatral, como es sabido, está exclusivamente en manos judías. Desde el arte de los actores hasta el despacho de billetes, todo depende del judío. De ahí que se explique el hecho de que en casi todas las obras teatrales de nuestros días se encuentre alguno que otro objetivo publicitario, y a veces hasta reclamos comerciales velados, que no proceden de los actores, sino de los autores teatrales "en autos" del misterio.

La industria cinematográfica, la azucarera y tabaquera, un 50.% o más de las carnicerías, más del 60 % de la industria zapatera, toda la confección para señoras y caballeros, los instrumentos de música, la joyería, el comercio de granos y el del algodón, la industria metalúrgica de Colorado, las agencias de transportes y de informaciones, el comercio de bebidas alcohólicas y el mercado prestamista, todos estos ramos,

para citar solamente algunos de importancia nacional e internacional, los dominan absolutamente los judíos en los Estados Unidos, ya solos, ya en combinación con los judíos de otros países.

El pueblo americano se extrañaría soberanamente si viera algún día una galería de retratos de los comerciantes "americanos", que en el mundo representan la dignidad del comercio estadounidense. Casi todos ellos son judíos. Estos comprenden perfectamente el valor moral que envuelve la palabra "américan". Al entrar en un puerto de ultramar, en cualquier despacho que se llame "Sociedad importadora americana", o "Compañía mercantil americana", o cosa parecida, se encontrará casi siempre judíos cuya estancia en América suele haber sido relativamente muy corta. Este hecho explica también la mala fama que en el extranjero gozan a veces los "métodos americanos" en el comercio. Cuando 30 ó 40 razas distintas desarrollan como "americanos" sus métodos característicos en el comercio, no puede extrañar que a veces le sea al verdadero americano de sangre imposible reconocer tales métodos como suyos. Por la misma razón se quejan también los alemanes hace muchos años, que la humanidad les juzgue por el comportamiento de los innumerables viajantes "alemanes" de raza judía que recorren el mundo.

Ejemplos de prosperidad judía en Estados Unidos no sería difícil reunirlos en gran número. Pero *prosperidad*, como recompensa justa de trabajo y actividad, no debe confundirse con *dominio financiero*. Una prosperidad, como la que los judíos ostentan, puede adquirirla todo el que pague por ella el mismo precio que pagan los judíos, que por regla general y en toda circunstancia es un precio moral muy elevado, pero ninguna comunidad no-judía alcanzaría, en iguales circunstancias, la habilidad de obrar mancomunadamente en una especie de conspiración premeditada, ni tampoco la uniformidad del máximo sentimiento de raza que lo caracteriza todo entre judíos. A un no-judío nada le importa que otro de su raza triunfe o fracase; para el judío, en cambio, lo pri-

mordial siempre es que su vecino sea judío. Si se quiere conocer un ejemplo de prosperidad colectiva judía, véase el de la sinagoga de Emanuel en Nueva York. En 1846 no pudo apenas reunir 1.520 dólares para sus nece idades, mientras que en 1868, después de la guerra civil, pudo cobrar 708.775 dólares sólo por el alquiler de 231 asientos. El monopolio judío del ramo de bazar y vestir, uno de los resultados positivos de aquella misma guerra civil, puede considerarse como ejemplo de prosperidad judía y de dominio nacional e internacional.

Se puede decir que en todo lo que el judío emprendió en los Estados Unidos fué afortunado, excepción hecha de la agricultura. La explicación corriente judía de este fenómeno es que la agricultura vulgar es demasiado simple para poder ocupar plenamente la inteligencia complicada del judío, por cuya razón la agricultura le ofrece poco interés para trabajar con éxito en ella. En la lechería y ganadería, que precisa más comercialidad, los judíos obtuvieron también éxito. Diferentes regiones de los Estados Unidos han hecho experimentos en repetidas ocasiones con colonias agrícolas judías, pero su historia es una cadena ininterrumpida de fracasos. Unos dan la culpa de estos fracasos a la ignorancia judía en asuntos agrícolas, otros al hecho de que a la agricultura le falta todo elemento especulativo. Lo cierto es que los judíos cumplen mejor en toda clase de trabajos no productivos que en la agricultura fundamentalmente productiva. Los historiadores especialistas de esta raza sostienen que el judío nunca ha sido labrador, sino que siempre se ha revelado como mercader. Como prueba de tal aserto se indica precisamente Palestina seleccionada como patria de los judíos, país que necesariamente hubo de ser el puente para el intercambio comercial entre la mitad oriental y la occidental del viejo mundo.

La cuestión judía existe prácticamente doquiera residen judíos en número perceptible. Donde aún no existiera, es impuesta por los judíos en el transcurso de sus correrías. Es natural, que nos traslademos a sitios en que no se nos persigue, pero una vez allí nuestra presencia provoca también las persecuciones. El infausto judaísmo es el que introduce ahora en Inglaterra el antisemitismo, como ya lo llevara a Norteamérica.''

(Theodor Herzl: ''Un Estado Judío'', pág. 4.)

IV

LA CUESTION DEL JUDAISMO, ¿ES REAL O IMAGINARIA?

La principal dificultad para publicar algo sobre la cuestión judía consiste en la susceptibilidad extremada, tanto de los judíos como de los no-judíos, con respecto a este punto. Existe como un sentir general de que podría constituir casi delito pronunciar la sola palabra ''judío'' en público. Se procura atenuar empleando eufemismos, como ''hebreo'' o ''semita'' — ambos expuestos a la doblez de la inexactitud —, y se trata esta cuestión con tanto remilgo como si estuviera realmente prohibida; hasta que aparece algún judío que sin rodeos ni eufemismos llama las cosas por su verdadero nombre de ''judío''. Sólo entonces queda la vía libre y se puede hablar. La palabra ''judío'' no tiene nada de epíteto tendencioso, sino que constituye un antiguo nombre propio con su concepto bien definido en cada edad de la historia humana, tanto en la antigüedad como en el presente y en el porvenir.

Entre los no-judíos existe una escrupulosidad increíble para tratar la cuestión judía en la esfera pública y preferirían guardarla en el impenetrable mundo de su ideología dejándola envuelta en misterioso silencio. Quizá dejen llevarse por una vaga tolerancia heredada; pero mas verosímil pare-

ce que la causa de tal proceder provenga de un sentimiento indefinido, de que este asunto debatido francamente pudiera traer consigo inconvenientes para la propia persona. Al hablar en público sobre la cuestión judía suele hacerse en la forma flexible del diplomático, o de "charla" superficial; se citan nombres ilustres judíos en filosofía, medicina, literatura, música y del mundo financiero, se alaba la gran energía, habilidad y ahorratividad de la raza judía y cada uno se marcha a su casa creyendo haber oído algo muy interesante sobre asunto tan intrincado. Pero con este proceder, nadie modifica nada, ni el judío ni el no-judío, y el judío sigue siendo lo que es: un enigma en el mundo.

El íntimo sentir del no-judío con respecto a este punto se caracteriza por el deseo de callar. "¿Por qué hablar del asunto?", se suele decir. Pero este modo de proceder demuestra por sí solo que existe realmente un problema que todo el mundo evitaría gustosamente si fuera posible. El pensador lógico comprende en seguida por este hecho que hay algo problemático, cuya discusión o supresión no depende únicamente de la buena voluntad de los caracteres pusilánimes.

¿Existe una cuestión judía en Rusia? Indiscutiblemente, y en forma evidentísima. ¿Es que dicha cuestión requiere ser resuelta en Rusia? Indudablemente; venga la solución de donde viniere, con tal de aportar luz y saneamiento en estas horas de tiniebla...

La proporción entre la población judía y la rusa sólo supera en un 1 % la de ambas razas en los Estados Unidos. La mayoría de los judíos no es menos peligrosa en Rusia que en nuestro país, sólo que allí viven bajo ciertas restricciones que aquí no existen. Y, sin embargo, el espíritu judío les había procurado en Rusia un conjunto de poderes que aniquiló por completo al espíritu ruso. Lo mismo en Rumanía, Rusia, Austria, Alemania, doquiera la cuestión judía se presente como primordial, siempre se observa como causa principal del antisemitismo el impulso de dominación del espíritu judío.

También aquí en EE. UU., la causa de agudizarse la

cuestión judía estriba en el hecho de que esta minoría de ciudadanos judíos — una inmigración ínfima de sólo un 3 % dentro de un país de 110 millones de almas — consiguió en 50 años una preponderancia tal que a ningún otro grupo componente de la población, aun en decuplicada superioridad numérica, le hubiese sido posible conseguir. Un 3 % de otra nacionalidad cualquiera no se notaría, por la sencilla razón de no encontrarse en parte alguna un solo representante de tal minoría, y mucho menos en las conversaciones secretas del Consejo de los Cuatro en Versalles, o en el Tribunal Supremo de Justicia, o en la Casa Blanca, o en el mundo de la finanza, en una palabra: en ninguna parte donde verdaderamente radican poderes. Al judío, en cambio, le encontramos no casualmente en una u otra parte de los citados centros, sino inevitablemente en todos ellos. El judío posee la inteligencia, la energía, la sagacidad instintiva; pero también una procacidad ilimitada, que en conjunto y como automáticamente le sitúan siempre en primera fila. Consecuencia lógica es que también la raza judía, más que ninguna otra, provoque la atención del pueblo americano.

Y aquí es donde comienza de veras la cuestión judía, con muy simples y claras determinaciones de hechos: ¿por qué tiende el judío siempre e irresistiblemente hacia la ocupación de los más elevados puestos?, ¿qué es lo que le impulsa?, ¿por qué se le eleva hasta ellos?, ¿qué es lo que hace allí?, ¿qué significa para la humanidad el que el judío los ocupe? Tal es la cuestión judía en su verdadero origen. Desde aquí va ensanchándose hacia otros horizontes. El que haya tomado un cariz anti o filosemita, depende de la proporción de prejuicios que se empleen, y el que vaya adquiriendo una importancia que actúe en bien de la humanidad entera, depende del grado de prudencia e inteligencia que en su solución se invierta.

El uso del concepto "humanidad" en combinación con la palabra "judío" adquiere generalmente un doble sentido, aunque no intencionado. Se suele creer que el judío debe ser

tratado con humanidad. Hace ya demasiado tiempo que el judío se acostumbró a reclamar humanidad exclusivamente para sí. La sociedad humana tiene ahora perfectísimo derecho a exigir que desaparezca tal pretensión unilateral, para que cese en su inicua expoliación de la humanidad y deje de basar todo su razonamiento exclusivamente en el punto de vista de su propia ventaja. El judío tiene el deber de cumplir la antigua profecía, según la cual todos los pueblos del mundo serían por él bienaventurados, y debe obrar en este sentido que hasta aquí no pudo cumplir a causa de su exclusivismo absoluto.

Ya no puede admitirse que el judío siga ostentando el papel de "receptor exclusivo" dentro de la humanidad; él debe demostrar aprecio hacia una sociedad humana, que con angustia va comprendiendo que es explotada cruelmente por los círculos poderosos de la raza judía hasta el punto de poderse hablar de un gigantesco "pogrom cristiano" producido por la miseria económica sistemáticamente organizada contra una humanidad casi inerme. Esta humanidad está más desamparada contra las bien organizadas iniquidades de los poderes financieros judíos, que lo estuvieren los pequeños grupos de judíos rusos perseguidos por la venganza de las masas populares.

Desde un principio estos artículos de fondo nuestros han encontrado una barrera casi infranqueable en Correos, como en Telégrafos, como verbalmente. Toda publicación en este sentido es tachada de "difamación". Con tales artículos se comete un crimen brutal e imperdonable contra un pueblo inocente y digno de la mayor conmiseración (esto se cree por lo menos). Los membretes de los poderosos magnates que claman socorro, los enormes medios financieros de los que protestan, y el número de miembros de aquellas asociaciones, cuyos presidentes exigen, desaforados, que todo lo dicho sea revocado, se observan más tarde. Y lo más infame es que siempre, tras estos clamoreos, se observa la amenaza con el boicot (listas negras), cuya conminación ha bastado en América para que la cuestión judía no se debata en público.

La cuestión judía en América no puede ya ocultarse por más tiempo, a pesar de tales amenazas por su discusión en público debate, ni de la falsa maniobra de proclamar sólo glorias legítimas o ensalzar todo lo concerniente a los judíos. La cuestión está clara, sin poderse tocar ni escamotear aún con la más hábil propaganda; sin que se la pueda reprimir, aún con las más groseras amenazas. Los judíos de Estados Unidos prestarían el mejor servicio a su causa y a todos sus compatriotas del mundo entero si de una vez acallaran el clamoreo del "antisemitismo", dando tono distinto a este triste gemido, muy propio de una pobre víctima, cooperando a la solución de este grave problema, indicando claramente lo que cada judío amante de su raza podría y debería hacer para resolverla de una vez.

En los anteriores capítulos se ha ido empleando el concepto de "judío internacional". Esta expresión-concepto admite dos interpretaciones diferentes; una de ellas es la de que el judío, dondequiera que habite, siempre sigue siendo judío, y otra la de que el judío ejerce un dominio internacional. El verdadero impulso que mueve el antisemitismo radica en esta última interpretación.

Este tipo judaico internacional, que anhela el dominio de los pueblos, o que ya lo posee y ejerce, significa para su raza un apéndice verdaderamente pernicioso. Lo más desagradable en este judío internacional, visto desde el punto de vista del judío corriente, es precisamente que sea también judío. Y lo raro es que ese tipo no nace en parte alguna, más que sobre tronco judío. Pero el caso no es que entre los muchos déspotas financieros del mundo entero se encuentren algunos judíos, sino que dichos déspotas financieros sean exclusivamente judíos. Este hecho tan elocuente produce naturalmente un sentimiento fatal contra los demás judíos, que no pertenecen ni pertenecerán nunca a esa especie de dominadores internacionales, sino que siguen siendo nada más que parte de la masa del pueblo judío. En el caso de que el dominio universal se ejerciera con personalidades de

diferentes razas, como ocurre por ejemplo con el dominio del ramo de artes blancas en América, entonces los pocos judíos que se encontraran entre ellas, no podrían crear un problema, que en caso de constituir un problema tal dominio, éste se reduciría a los hechos en sí, sin interesar a las personas o a las razas. Pero toda vez que el dominio universal constituye un deliberado propósito sólo por judíos realizable con métodos bien distintos a los de otros conquistadores en el mundo, es necesario e inevitable que el conflicto suscitado recaiga irremisiblemente sobre aquella raza.

Con ello se complica el asunto. Cuando a este grupo de dominadores del mundo se les llama "judíos" — y lo son siempre — no es posible segregar dicho grupo estrictamente y separarlo de los demás de su raza. El lector orientado podrá hacerlo, pero el judío, inclinado siempre a sentirse ofendido, no puede tolerar un ataque dirigido "a las alturas", por relacionarlo inevitablemente consigo mismo. ¿Por qué, entonces, al hablar de esa clase de "más arriba", no se habla sencillamente de financieros en general, en vez de decir "judíos"? Nos parece lógica la pregunta, pero no lo es menos la respuesta: porque todos son judíos. No radica el problema en que en una larga lista de personas eminentemente ricas se hallen más nombres no judíos que judíos. No se trata tan solo de personas ricas, muchas de ellas habiendo ganado sus riquezas por igual sistema, sino que se trata sólo de aquellas personas que dominan por sus riquezas, pues es indudable a todas luces que ser rico y dominar por las riquezas son dos cosas distintas. El judío dominador posee, innegablemente, grandes riquezas; pero aparte de las mismas, posee, además, un algo que es mucho más poderoso que todas sus riquezas.

El judío internacional, como hemos demostrado, no domina en el mundo por ser rico, sino porque posee en sumo grado ese espíritu mercader e imperioso propio de su raza, y porque además puede apoyarse sobre una lealtad y solidaridad de su raza, cosa que no ocurre en ninguna otra familia

humana del mundo entero. Si se quisiera otorgar de pronto el dominio mundial ejercido actualmente por los judíos al consorcio de miembros de la familia humana más predilecta en asuntos mercantiles, este mecanismo se desharía por el mero hecho de que a los no judíos les falta una cualidad marcadamente determinada, que -- sea divina o humana, innata o adquirida — el judío posee en alto grado.

Huelga decir que todo esto lo niega el judío moderno. No admite que el judío se diferncie del resto de los mortales a no ser en su culto religioso. "Judío", dice, no es epíteto de una raza, sino que caracteriza simplemente a los creyentes de cierta confesión, igual que se habla de "presbiterianos", "católicos" o "luteranos". Esta interpretación se encuentra a menudo en artículos periodísticos, en los que los judíos protestan de que al criminal de su raza condenado por cualquier delito se le designe como judío, aduciendo que de los demás criminales tampoco se hace constar la confesión religiosa; "¿por qué hacerlo, pues, con los judíos?" Reclamar la tolerancia religiosa surte siempre efecto, y conviene muchas veces, además, apartar la atención pública de asuntos más importantes.

Ahora bien, si el judío se distinguiera del resto de la humanidad sólo por su confesión religiosa, desde el punto de vista del contenido moral (1), y si realmente radicara en esto la diferencia, ésta se eliminaría por el hecho de que la religión judía forma la base moral de las ulteriores confesiones cristianas (2).

Por lo demás, consta que de los judíos residentes en paí-

---

(1) El autor al parecer no está enterado sino superficialmente de la esencia de la religión judía, y en especial del Talmud, su libro sagrado. — *El trad.*

(2) En los EE. UU el actual estado de ánimo en asuntos religiosos, impide una apreciación justa críticamente de cualquier fragmento de la Biblia, y del Antiguo Testamento. El autor difiere del criterio, que hoy día prevalece en Alemania con respecto a las antiguas Escrituras. — *El trad.*

ses de lengua inglesa, dos millones se declaran judíos por su raza y sólo un millón declara su religión. ¿Serán por ello unos menos judíos que los otros? El mundo no admite tal diferencia, como tampoco los sabios etnógrafos. Un irlandés que abandona su iglesia, sigue siempre irlandés, como el judío sigue siéndolo siempre, aunque renuncie a su sinagoga. A esto responde el sentir general de judíos y no-judíos.. .

Otra consecuencia mucho más grave se presentaría si tal nuevo aserto de los judíos fuera justo. Sería entonces inevitable explicar su afán de dominar, precisamente como resultado de sus creencias religiosas. Tendría necesariamente que decirse que los judíos deben su poderío a su religión, y por ende la crítica debería dirigirse hacia esa religión, que facilita riquezas terrenales y dominio mundial a sus creyentes. Pero otro hecho apoya la falsedad de tal aserto: el de que los judíos, que verdaderamente ejercen el dominio mundial, no son precisamente los religiosos. La práctica nos demuestra que los más fervorosos creyentes de la Ley Mosaica son, en su mayoría, los judíos más míseros. Cuando se quisiera conocer la severidad mosaica, o sea el fundamento de la moralidad del Antiguo Testamento, no se encontrará entre los judíos poderosos, que unitarizaron su religión en la misma medida que los cristianos unitarios judaizaron su cristianismo, sino entre los míseros judíos que habitan en callejuelas, y que por santificar su fiesta semanal, sacrifican las utilidades de sus negocios del sábado. A éstos su religión no les facilita el dominio mundial, al contrario, prestan sacrificios personales para mantener incólume su religión contra las influencias modernistas.

Si fuera cierto que el judío no se diferencia del resto de la humanidad más que por su religión propiamente dicha, toda crítica del judaísmo no significaría otra cosa que un farisaísmo intolerable. Pero al profundizar un poco en este problema, se comprende muy pronto que el judío en nada se diferencia menos de la humanidad no-judía que por religión. Entre las dos grandes ramas del cristianismo existe, efectiva-

mente, una diferencia mayor que entre uno u otro de ellos por un lado y el mosaísmo por otro (1).

En resumidas cuentas, y aunque siga negándolo el factor judío, el mundo seguirá apreciando al judío como miembro de una raza distinta. La tenacidad de esta raza defraudó siempre los muchos intentos de exterminio realizados. Ha sabido mantenerse plena de vitalidad y poderío, aplicando tan sólo aquellas leyes naturales cuyo descuido ha bastardeado a tantos pueblos. Esta raza fué la que pasó de la antigüedad a la era moderna, merced a sus dos grandes valores psíquicos, monogamia y monoteísmo, presentándosenos hoy día como vestigio visible de una antigüedad de la que deriva toda nuestra hacienda espiritual.

Y el judío seguirá siempre destacándose como parte de una raza, de una nacionalidad, de un pueblo propio. Todo contacto con ideologías extrañas, con costumbres de otros pueblos, no cambiará nada este aspecto. Un judío sigue siendo siempre judío y en tanto permanezca fiel a sus inatacables antiguas tradiciones, seguirá siéndolo en todos los tiempos futuros. Siempre tendrá el derecho de suponer que participar en el judaísmo equivale a ser miembro de una raza superior.

Estos judíos dominadores internacionales se hallan en la cúspide de su poderío —aparte de otras razones— debido a ciertas particularidades que radican en el propio ser judío. Cada hebreo posee estas particularidades, aunque no en cantidad igual, así como todo inglés habla el idioma de Shakespeare aunque no sea un Shakespeare. De ahí resulta la imposibilidad de comprender al judío internacional, sin juzgar críticamente los fundamentos del carácter judío y de su psicología.

---

(1) Esta apreciación sale del concepto erróneo de que el Antiguo Testamento — y éste aún en la forma como aparece en la interpretación cristiana, no como realmente es — sea la única base y fundamento de la religión judía. En cambio con ta de fuente autorizada judía, que el Talmud se considera no sólo equivalente al Antiguo Testamento, sino aun de mayor importancia. Este hecho parece que lo ignora el autor. — *El trad.*

Puede prescindirse del reproche más generalizado, de que el éxito del judío provenga de la falta de honorabilidad judía. No es lógico acusar al pueblo judío, ni a ningún otro pueblo, con generalidades de esta índole. Nadie mejor que el judío conoce el reproche general, de que las costumbres mercantiles de los judíos son todas infernales. No cabe duda en muchos casos que puede existir cierta falta de escrupulosidad sin llegar a ser informalidad punible. Asimismo puede ser, que la fama de que los judíos gozan siempre sobre este particular, proceda más que de su informalidad real de causas diferentes.

Una de estas causas posibles puede, desde luego, citarse. Como mercader transaccionista o intermediario es, efectivamente, más ducho el judío que los hijos de otros pueblos. Dicen que existen otras razas tan hábiles en este sentido como el mismo judío, pero entre ellas el judío no prospera. Esto da lugar a que las razas más lentas para los negocios se crean con derecho a suponer que son demasiado vivaces y se establezca un recelo contra aquéllas. Todo el mundo desconfía del más listo, aunque tal listeza sea completamente inofensiva. La cabeza que piensa con menos rapidez, supone fácilmente que aquel que en una transacción pasa por tantos callejones lícitos, puede ir fácilmente también por caminos vedados y alimenta fácilmente la sospecha de que el que hizo por fin "negocio" lo consiguió con argucias no muy lícitas. Las personas lentas, honorables y que hablan y accionan con toda escrupulosidad, tendrán siempre sus recelos contra aquellas personas que saben sacar rápida ventaja de todas las circunstancias.

Como nos prueban las tradiciones históricas antiquísimas, fueron siempre los judíos un pueblo dedicado exclusivamente al intercambio. El judío se hizo antipático por razones de negocio; pero no todas pueden explicarse por la opinión personal, ni por la inventiva de sus enemigos. A este respecto conviene sacar a colación las persecuciones que sufrieron los judíos en la antigua Inglaterra. En aquellas edades, el gremio de comerciantes en Inglaterra tenía costumbres muy honora-

bles. Así, por ejemplo, un comerciante honrado no podía nunca empezar un negocio de por sí, sino que había de esperar hasta que se le ofreciera. El adorno asimismo de los escaparates con luces o colores, o la exposición llamativa de las mercancías ante los ojos del público comprador. se consideraron métodos despreciables, conducentes únicamente a quitar la parroquia al comerciante vecino. También se consideró informal y contra costumbre el traficar a la vez con más de una sola clase de artículos. Cuando alguien tratara en te, ¿no hubiera sido lo más natural que vendiera también cucharillas? Pero el solo anuncio hubiese sublevado tan hondamente la opinión pública en aquellos tiempos, que el comerciante quizá hubiera arriesgado su negocio. Lo formal para un comerciante en aquel entonces era dar a entender que sólo muy difícilmente se apartaría del comercio de sus mercancías habituales.

Fácil es figurarse lo que ocurriría al entrometerse el judío en esta maraña de antiguas costumbres. Las destrozó sencillamente. En aquel tiempo las costumbres tenían un valor casi igual a leyes divinas, y, en consecuencia, el judío debía, con su proceder, ser considerado como un perfecto ácrata. Llegó a tenerse como axioma que aquel que violara estas arcaicas costumbres comerciales, no se atemorizaba ante nada. Al judío le urgía vender cualquier cosa. Si un artículo no satisfacía al parroquiano, le ofrecía otro que tuviera a mano. Las tiendas judías se convirtieron en bazares, que a su vez son predecesores de nuestros modernos almacenes gigantescos. Con ello la sana costumbre antigua inglesa de tener una tienda para cada clase de mercancías, quedó quebrantada. El judío, siempre detrás del negocio, lo persiguió, lo ganó charlando, fué el inventor de la máxima de "grandes transacciones con utilidad reducida", fué igualmente el que introdujo el sistema de vender a plazos. Lo único que el judío nunca pudo tolerar, fueron la tranquilidad y la estabilidad. Sólo la movilidad fué su anhelo. El judío es el padre del réclame, y esto en tiempos en que tan sólo la publicación de las señas de cualquier tienda hubiese despertado la sospecha en el público

de que el propietario de la misma necesitaba urgentemente dinero, que se hallaba cerca de la quiebra y que en su desesperación empleaba hasta los más dudosos medios de salvación a que nunca hubiese recurrido un comerciante digno.

No cabe duda de que tal energía y vivacidad pudieran ser confundidas con la mala fe. El comerciante inglés honrado tuvo que suponer que el judío no procedía de buena fe. Este, en cambio, hizo su juego para adueñarse de los negocios, y lo ha conseguido maravillosamente.

Desde entonces el judío demostró siempre la misma habilidad. La facultad de atraer ríos de oro hacia sus propias cajas, es particularidad instintiva. El establecimiento de un solo judío en cualquier país creó inmediatamente la base para que otros de su raza pudieran establecerse también. No importa que esto sea el desarrollo natural de unas aptitudes innatas o un plan consciente, basado en la unidad y lealtad de raza: lo cierto es que siempre las factorías judías guardaban contacto entre sí. A medida que éstas crecían en riquezas, influencia y poderío, ganando relaciones con los Gobiernos de los países en que se manifestaron, tuvo necesariamente que pasar el poderío principal al centro de la comunidad, sin importar que éste se hallara temporalmente en España, en Holanda, o en Inglaterra. Es innecesario averiguar si ocurría intencionadamente o no: lo cierto es que se unieron con mayor firmeza con la que otras ramas comerciales pueden conseguirlo, porque el engrudo de la unidad de raza, el lazo de hermandad racial no puede ser tan firme, en ninguna nacionalidad, como lo es entre los judíos. Los no-judíos nunca coinciden en considerarse solidarios en calidad de no-judíos, ni se consideran obligados al prójimo por ser éste también no judío. Así, ocurrió que se prestaron voluntariamente como agentes de los judíos en tiempos y ocasiones en que a los hebreos no les conviniera mostrarse públicamente como dueños del "cotarro". Pero nunca estos substitutos han sido verdaderos competidores de los judíos en el terreno de la dominación económica del mundo.

De las distintas comunidades, afluyó al poderío a la co-

munidad central, donde residían los banqueros principales y los grandes directores de los negocios. Y a la inversa, refluyeron a las comunidades órdenes e indicaciones de inapreciable valor desde la central. Así se comprende fácilmente que en situación tal un pueblo que mostrara aversión a los judíos, tuviera que sufrir su acción, mientras que, por otro lado, un pueblo favoreciera a los judíos, sacaba de ello ventajas. Consta indubitablemente que los judíos han hecho sentir duramente su poder a pueblos enemigos de su insinuación.

Este sistema, existió siempre y sigue aún hoy existiendo en proporciones más amplias. Cincuenta años hace que el negocio bancario internacional, dominado exclusivamente por los judíos como intercambistas universales, estuvo en su mayor apogeo. En todas partes poseyó la inspección superior sobre todos los gobiernos y la Hacienda de los Estados. Nació más tarde algo nuevo: la industria. Esta adquirió dimensiones y una importancia que ni los sabios profetas hubieran podido pronosticar. A medida que la industria tomaba incremento en fuerza y poderío, se convirtió en un potente imán de dinero, que absorbió las riquezas del mundo en su remolino. Pero no tan sólo por el mero hecho de la posesión de riquezas, sino para hacer trabajar nuevamente este dinero. Durante algún tiempo actuaron estos nuevos métodos de producir y sacar utilidad de la producción, en lugar de poseer y obtener lucro de los intereses del capital prestado. Vino la guerra mundial, en cuya preparación aquellos intercambistas financieros tienen indudablemente gran parte de culpa, y estas dos potencias, la industria y las finanzas, se hallan hoy en un duelo a vida o muerte y cuyo éxito decidirá quién ha de prevalecer en lo futuro: si el trabajo productivo o el capitalismo negativo. Esta decisión importantísima a tomar es una de las causas por la que la cuestión judía aparece nuevamente en el palenque público.

Hacerlo constar y comprobarlo, no quiere decir todavía reconocer la superioridad judía. Decir que el judío es extremadamente feliz en sus éxitos y por ello se le debe aherrojar,

sería un punto de vista insoportable. Tampoco respondería a la verdad decir que toda la colaboración judía en el mundo haya sido nociva. Al contrario, fuera quizá posible demostrar que hasta ahora ha sido favorable. El éxito, ni se puede acusar ni condenar (1). Si se quiere mezclar la moral en estos asuntos, sólo podría ser con respecto al uso que se haga de un éxito obtenido. Toda la cuestión culmina, una vez hechos constar los antecedentes efectivos, en preguntarse si el judío puede o debe seguir procediendo en la misma forma que hasta ahora, o es que existe para él una obligación para con la humanidad de hacer en adelante uso muy diferente del poderío mundial una vez adquirido.

(1) En este punto se diferencia radicalmente el modo de pensar americano y el alemán. Preguntamos los *motivos* de una actitud y de un éxito, y tanto nos importan los fundamentos morales que motivaron el éxito, como nos interesan los *efectos* producidos sobre el bien común. — *El trad.*

A tal objeto tenemos que organizar; en primer lugar organizar de forma tal, que el mundo tenga una prueba de la amplitud y potencialidad de nuestro anhelo de libertad. Organizar, en segundo lugar, para que se conozcan y se aprovechen debidamente las fuentes de nuestro poderío...

Organizar, organizar, hasta que cada judío no pueda levantarse sino para ser tomado desde luego en cuenta en nuestro bando o para que, consciente o inconscientemente, pueda contarse entre los raros

(D. Brandeis, juez en el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, seg. "Sionismo", págs. 113 y 114).

V

¿ARRAIGARA EL ANTISEMITISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS?

Cualquiera que indistintamente en los EE. UU. o en otra parte intente tratar en público la cuestión judía, tiene que contar conque, o bien se le reproche de antisemita, o, desdeñosamente, como perseguidor de los judíos. Ni la masa del pueblo, ni la Prensa le ayudarán lo más mínimo. Las pocas personas que prestaron somera atención al asunto, prefieren aguardar para ver cómo se desenreda la madeja. Es probable que ni uno sólo de los grandes diarios americanos, y con seguridad ninguna de estas grandes revistas basadas en anuncios ("magazines"), tendrá el valor cívico de admitir que tal cuestión exista. La Prensa en general está actualmente abierta de par en par para toda clase de hinchadas adulaciones de todo lo que sea judío (pueden hallarse ejemplos en todas partes), mientras que la Prensa hebrea que se publica muy corrientemente en los EE. UU., se encarga de criticar y rebatir todo lo no judío.

El mero intento de que uno trate la cuestión judía en público, parece entrañar hoy día la suposición de un odio

mortal contra todo lo judío; sin que se establezca diferencia alguna entre el escritor, el editor o el simple anunciante de un periódico. Este odio parece ser una idea fija, hereditaria entre los judíos. Tal manera de proceder tiene por objeto llevar al ánimo de los no-judíos el convencimiento de que el más leve comentario que no rebose benevolencia frente a todo lo judío, es siempre prejuicio y odio, que se caracterizan por las mentiras, injurias y ofensas, y las instigaciones al atentado personal. Estas palabras se encuentran en cualquier artículo tomado al azar de la prensa judía.

Puede entre los judíos distinguirse perfectamente cuatro categorías diferentes. En primer lugar, los guiados por la indomable voluntad de conservar invariablemente todo lo genuinamente judío en culto y costumbres, aun a costa de cualquier sacrificio en cuanto a sus simpatías y al éxito personal. En segundo término, aparecen aquellos que estarían dispuestos a sacrificar cualquier cosa en holocausto de una conservación intacta del culto religioso mosaico, pero que no se incrustan a las costumbres tradicionales de la vida particular judía. En tercer lugar, los que en general carecen de convicciones fijas, siendo en todo oportunistas y que se encuentran siempre al lado del éxito momentáneo. Y hay por fin un cuarto grupo de judíos, que creen y propagan la idea de que la única solución del conflicto existente entre judíos y el resto de la humanidad, consiste en que la raza judía vaya perdiendo su personalidad, mezclándose con las demás razas humanas. Esta última categoría es la más endeble numéricamente, como es también la más antipática entre sus compatriotas y la más desdeñada.

Entre los no-judíos existen con respecto a esta cuestión sólo dos grupos: unos que detestan al judío sin poder decir por qué, y otros que anhelan se haga la claridad en este asunto, reconociendo en la cuestión judía por lo menos un problema. Ambos grupos, en cuanto se manifiestan, son tildados de antisemitas.

Antisemitismo es un concepto que se emplea con excesi-

va ligereza. Sería conveniente reservarlo sólo para aquellos que se dejan guiar por un prejuicio infundado. En cambio, si se aplica a todas aquellas personas que prudentemente quieren discutir las particularidades judías y su predominio mundial, es denominación injusta, pues de la misma manera que se aplica en sentido de reproche, podría muy fácilmente convertirse en título de honor y de estima.

El antisemitismo, sea la que sea la forma en que se presente tiene necesariamente que cuajar en América, y hasta se puede decir que existe, y no por cierto desde poco tiempo. Aunque se presente bajo otro nombre cualquiera, los americanos no podrán variarlo en su esencia, como ha ocurrido ya con otras tantas ideologías, que en su viaje alrededor del mundo llegaron hasta nosotros.

A

1. Es preciso particularizar lo que no es antisemitismo.

No estriba precisamente en el reconocimiento de que existe una cuestión judía. Si esto fuera antisemitismo, se podría decir que la gran masa del pueblo americano será con el tiempo antisemita, porque empieza a darse cuenta de la existencia de esta cuestión, que cada día se va imponiendo más por los hechos de la vida práctica diaria. La cuestión existe. Se puede ocultarla medrosamente. Y hasta se puede negar por cualquier razón inconfesable. Pero la cuestión existe; y andando el tiempo no habrá nadie que la pueda negar. Al fin, ni el temeroso "¡chitón!" de las personas emotivas será suficiente para acallarla. Pero reconocerla meramente no significa iniciar una campaña de enemistad y de odio contra los judíos, sólo quiere decir que cierta corriente de nuestra civilización se va manifestando, y que por fin consiguió importancia y fuerza tal, que la atención provocada se ve ante la necesidad perentoria de buscar conclusiones y de exigir noble solución, que sin repetir las faltas del pasado, elimine desde luego todos los peligros que puedan amenazar a la futura sociedad humana.

2. Tampoco la discusión en público de la cuestión judía constituye antisemitismo. Su publicidad es conveniente. La manera hasta aquí usada de discutir la cuestión judía, o aspectos de ella, ha sido a menudo errónea en este país. Más que en ninguna otra parte se la trató en la Prensa judía, pero sin lealtad y sin miras amplias. Las dos notas preponderantes, que con estúpida monotonía vuelven siempre a sonar en la Prensa judía, son: la bajeza de miras de los no-judíos y los prejuicios cristianos. Parece, efectivamente, que estas dos condiciones son las dominantes y las que los escritores judíos suelen observar al investigar sus propias huestes. Con toda seriedad puede decirse que para los judíos es una gran ventaja el que la Prensa genuinamente judía no esté muy divulgada entre el público no-judío, porque la sola propagación sistemática de esta Prensa entre los americanos cristianos, sería capaz de iniciar un movimiento general hostil a los judíos. Los autores judíos que escriben para los lectores judíos, ofrecen un material sumamente amplio para deducir la existencia de una conciencia arraigada del valer de su propia raza y de un sumo desprecio para las otras. Si bien es verdad que en tales escritos siempre se enaltece América, no se hace señalando al país que es patria de los americanos, sino que se le ensalza como tierra de promisión y de bienestar para los judíos residentes en ella.

En la Prensa diaria no se ha discutido hasta ahora esta cuestión. Esto ni puede sorprender ni es de reprender. La Prensa diaria sólo se ocupa de "actualidades". Cuando en sus columnas se mencionan los judíos, existe para ellos un copioso surtido de tópicos fijos, que comienzan por regla general con una lista de judíos históricamente célebres, y terminan con una recomendación de convecinos judíos, cuyos anuncios comerciales en la mayoría de los casos no faltan en la parte correspondiente de aquella edición. En resumidas cuentas, que la discusión pública de la cuestión judía en nuestro país consiste en una crítica tendenciosa de los no-judíos en la Prensa no-judía. Un ensayo imparcial que discuta el asun-

to basándose siempre en hechos, no debe considerarse como antisemitismo, aun cuando ciertas deducciones lógicas puedan causar disgusto a los judíos.

3. Tampoco puede significar antisemitismo el que en un centro cultural exista la sospecha, formulada por personas solventes, de que en el mundo se va observando la existencia de un plan general para dominar al orbe entero, no ya por conquistas políticas, ni por hechos guerreros, ni por tratados diplomáticos, ni siquiera por medios económicos en sentido científico, sino por una dominación secreta del mecanismo bursátil y del intercambio mundial. No es antisemitismo ni el decirlo, ni el traer pruebas a colación, y menos el apoyarlo con afirmaciones irrebatibles. Los mismos judíos internacionales mejor que nadie podrían rebatir tal antisemitismo, pero no lo hacen. Otro tanto podrían hacer aquellos judíos, cuyos ideales abarcan imparcialmente la vida cultural de toda la humanidad, y no sólo exclusivamente la de su propia raza, pero tampoco lo hacen. Quizá aparezca algún día un profeta que siente la tesis de que las antiguas promesas hechas al pueblo de Israel no pueden cumplirse precisamente por los métodos de Rothschild, ni que la profecía según la cual todos los pueblos serán bienaventurados en Israel se cumpla en forma que todos los demás pueblos del orbe se conviertan en tributarios de los judíos. Pero mientras no aparezca o se manifieste tal estado de comprensión, mientras la política judía siga siendo lo que hasta hoy, no puede ser tildado de antisemitismo aquello que tienda a precipitar el referido estado de opinión y aun podríamos decir que se presta un gran servicio al pueblo judío descubriendo los planes secretos de determinados medios o seres influyentes de su raza.

B

No cabe duda que en más de una ocasión el antisemitismo inconsciente ha intranquilizado grandes sectores de la humanidad, enturbiado puntos de vista y perdido su carácter racional llegando a torcer las intenciones de sus directores.

Pero lo más singular de este hecho, es que con tales procederes nunca se consiguió nada útil para aquellos que los empleaban, ni aleccionaron jamás provechosamente a los judíos contra quienes se dirigían.

Los grados del antisemitismo son múltiples, y entre ellos destacan los siguientes:

1. Existe un antisemitismo subconsciente e irrazonado que se manifiesta por una aversión franca contra el judío como hombre, sin importar quién o cómo sea. Este antisemitismo se advierte frecuentemente en personas de todas las esferas sociales, pero se da la paradoja de que abunde más en aquellas que menos los frecuentan o menor contacto mantengán con ellos. Este sentimiento de aversión nace muchas veces en la adolescencia de los no-judíos y se acusa por una marcada e instintiva antipatía de la palabra "judío"; se acentúa más su agresividad al aplicarse el vocablo a manera de insulto o para definir cualquier acto deshonroso. No existe otra diferencia entre esta injuria y otras empleadas contra determinados no-judíos a los que se quiere ofender por sus actos inmorales en cualquier sentido, que el hecho de que al decir "judío" atañe a toda una raza sin excepción y ofende a personas judías desconocidas sin referirse concretamente a un individuo contra el cual la antipatía quizá esté justificada. Esta generalización en la ofensa, no es justa.

La simpatía es un sentimiento que no depende de nuestra voluntad; en cambio, el sentimiento de aversión puede rectificarse. A las personas ecuánimes llegará un momento de su vida en que se darán cuenta de que otra persona que les es instintivamente antipática, puede ser en el fondo tan buena o quizá mejor que ellas mismas. El estado de aversión alterna en el flujo y reflujo de la atracción y la repulsión que entre nosotros mismos y otras personas pueda regir; pero sin llegar a concretarse la prueba de que la persona "no-grata" merezca tal aversión. En cambio, cuando a este estado impreciso de aversión se acumulan pruebas del desvío al contacto social con la raza judía, la repulsión no puede achacarse a

prejuicios. Deben quedar, naturalmente, al margen de nuestra áfirmación aquellas personas que sostienen que nada bueno *en absoluto* puede esperarse de un judío. Esta exteriorizada propensión contra los judíos, suelen ser resultado de causas diveras Es posible nó simpatizar con los judíos y no ser esencialmente antisemita. No es un caso extraordinario, sino frecuente, el hecho de no hallar satisfacción judíos intelectuales en el trato con sus consanguíneos o no ser entre los de educación superior. Este hecho nos invita a ocuparnos detenidamente de las peculiaridades y costumbres del judío vulgar y de los rasgos de su comportamiento, con cuya crítica no hacemos más que repetir lo que los judíos de mayor cultura predican al desgaire contra sus correligionarios. Tal crítica será aplazada para un capítulo ulterior.

2. El segundo grado del sentimiento antisemita puede caracterizarse por la enemistad y el odio. Hay que repetir, que la aversión anteriormente analizada no es idéntica al odio, como tampoco es preciso que se traduzca en enemistad. A muchos no les gusta tomar el te con azúcar, sin que por ello detesten el azúcar. Consta, sin embargo, que hay muchas personas que empiezan a ser antisemitas, porque el sentimiento de aversión profundizó en ellos hasta la prevención más desconfiada y quizá también a consecuencia de dolorosas experiencias adquiridas en el trato con miembros de la raza judía, no bajando de un milión de americanos los que en estos últimos años se han vuelto antisemitas rabiosos precisamente por haber tratado con comerciantes judíos. Tales sentimientos son una desgracia para las personas que los experimentan, precisamente porque les impiden conocer y apreciar claramente los elementos que integran la cuestión judía utilizándolos con justicia y equitativamente. La enemistad nace más por causa de la raza judía que por ninguna otra. Siendo la razón de este fenómeno uno de los grandes misterios que nunca serán aclarados. En el carácter judío, tal como le presenta la historia antigua y moderna, radica sin duda gran parte de la culpa de tal enemistad. Dondequiera que el judío llegue a establecer contacto con los pueblos de raza aria (que se en-

tregan sin restricción al desarrollo de sus facultades culturales y morales), despertará esa enemistad, provocada por él mismo. Esté sino de los judíos ha preocupado siempre a los pensadores de todas las épocas. Algunos quieren explicar el fenómeno bíblicamente, como resultado de la maldición de Jehová contra su pueblo predilecto por desobediencia contra la ley, con cuya maldición quiso utilizarlo como pueblo en el que se cumplan todas las profecías para ejemplo del resto de la humanidad. Si este castigo constituye parte de la herencia judaica, bueno será recordar también aquí aquella palabra de las Sagradas Escrituras, que reza: "Deberán sobrevenir rebeldías, pero ¡ay de aquel por quien sobrevengan!"

3. En algunas partes del mundo y en diferentes edades, este sentimiento de odio condujo a explosiones de sangriento fanatismo que, y como todos los grandes dolores humanos, causaron espanto y consternación. Tal es la forma extrema en que el antisemitismo se manifestó, y cualquier intento de discutir públicamente la cuestión judía provoca la maliciosa sospecha de que se proyecte la repetición de tales persecuciones. Estas, si bien no son perdonables, pueden, por otro lado, explicarse perfectamente. Los judíos las explican generalmente como consecuencia de un fanatismo religioso, mientras que los no-judíos ven en ellas la repulsión violenta de un yugo que económicamente los judíos les habían impuesto. Lo raro es que en Rusia —para citar un país determinado, donde más a menudo se repitieron las persecuciones— ocurrieran precisamente en las regiones más ricas del país, hasta el punto que los judíos declararon públicamente que, si emigraban, recaerían esas regiones en el estado de primitiva pobreza. Necio sería negar este hecho, siempre confirmado por viajeros llenos de indignación contra los rusos, por su comportamiento con los judíos, visitando aquel país (cuyos relatos se encuentran preferentemente en la Prensa anglosajona), y que al regresar a su patria han desvirtuado estas crueldades y a veces hasta las disculpan (1). Observadores imparciales han

---

(1) El autor parece que sólo los países ricos, o que por sus condiciones prometen un gran desarrollo de sus riquezas, atraen la plaga judía; para el florecimiento malsano y las ulteriores persecuciones puede decirse que los judíos son causa y efecto al mismo tiempo. — *El trad*

descubierto también que algunas de estas persecuciones han sido instigadas por los mismos judíos, por lo cual tampoco debe olvidarse que cualquier pequeñez dicha o hecha contra un solo judío halla en la Prensa mundial judaizada un eco exagerado, o, como vulgarmente se llama, "hinchan el perro". Un repórter conocidísimo como partidario leal de los judíos perseguidos en Rusia se vió expuesto a los más rudos ataques de parte de los judíos, cada vez que se vió obligado a hacer constar esta causa. Hasta nuestros días es dificilísimo conseguir, dondequiera que sea, que los judíos admitan ni lo más mínimo vituperable que se les objete. Acúsese a quien se quiera: ellos siempre son los inocentes. Este rasgo tiene que desaparecer, si realmente los judíos quieren cooperar, o si es que pueden, en la obra de eliminar de su carácter aquellos síntomas que siempre pronostican la enemistad de los demás pueblos. En otras ocasiones se reducirá el odio ilimitado existente contra los judíos a una razón económica. Esto conduce a la pregunta, de si el judío habrá de destruir en sí lo esencialmente judío, deshaciéndose de su peculiar predisposición para sus éxitos, antes de que pueda ganarse las simpatías de los demás pueblos. La contestación a esta pregunta ha de reservarse para ulteriores estudios.

En cuanto al prejuicio religioso, que los judíos siempre proclaman, es evidente que éste, al menos en los Estados Unidos, no existe. No obstante los autores judíos lo echan en cara lo mismo a los americanos que a los rusos. El lector no-judío podrá fácilmente darse a sí mismo la contestación más adecuada sobre este punto, examinando imparcialmente, si alguna vez en su vida ha sentido aversión contra los judíos a causa de su religión (que por cierto a la mayoría de los cristianos les es en absoluto desconocida. — El trad.). En una logia masónica judía se dijo hace poco (discurso divulgado luego por la Prensa judía) que si al azar se preguntara a cien no-judíos en la calle: ¿qué es un judío?, contestarían en su mayoría diciendo: "un asesino de Cristo". Uno de los más conocidos y repudiados rabinos en los Estados Unidos dijo hace poco en uno de sus sermones, que a los niños cristianos se les

sentimiento antagónico a los judíos? Es cierto que no serán las persecuciones en masa. La única persecución en masa que actualmente se puede apreciar es la de los judíos mismos contra cualquiera persona o entidad que se atreva a llamar la atención pública sobre el problema judío.

1. El antisemitismo llegará a América de acuerdo con la norma según la cual los movimientos espirituales y las grandes ideas recorren el mundo en dirección oeste. Al norte de Palestina, donde han vivido los judíos el mayor espacio de tiempo y donde aún hoy residen muchos de ellos, se ha comprendido ya el antisemitismo y se agudiza cada vez más. Mas para llegar a la revolución le faltó fuerza e intensidad. Algo más al oeste, en Inglaterra, ya es más latente, pero el numero relativamente pequeño de masa judía pobre residente en las islas británicas, y dada la íntima conexión de los magnates judíos con las clases dominantes inglesas, existe más bien sentimentalmente, por instinto, que en forma de un movimiento movilizado. En los Estados Unidos no es tan caracterizado, pero se advierte en forma de cierta intranquilidad, de duda no definida, y en el antagonismo entre la liberalidad tradicional americana y el respeto a los hechos escuetos una vez criticados.

Ya que la cuestión va adoptando un carácter cada vez más urgente, las personas de claro entendimiento deberían desoír las temáticas protestas de los judíos, y procurar que éstas no arraiguen en otros países. Constituye un deber público atacar este problema en firme desde sus cimientos y preparar una fórmula que sea ejemplar y admisible para todas las naciones civilizadas, suministrando a los demás pueblos el material fundamental necesario, para que por sí puedan un día solucionar el problema de su país. Esto sólo puede conseguirse demostrando claramente todas las circunstancias, en las que los pueblos lucharon hasta hoy desamparados, por faltarles tanto la voluntad, como los adecuados medios para penetrar hasta las raíces del problema.

2. Otro de los motivos porque la cuestión judía empie-

za a ganar terreno en América, consiste en la proyectada inmigración de grandes masas judías. Ya en este año de 1920 hay que contar con una inmigración probable de un millón de judíos, con lo cual la población judía crecería hasta cuatro millones y medio de almas. Esto, sin embargo, no significa sólo una inmigración de personas, sino igualmente de ideas. Ningún autor judío ha descubierto todavía en forma clara concreta qué idea tienen realmente los judíos de los no-judíos, ni cómo piensan efectivamente de los *goyim* (1). Existen bastantes indicios de cuáles serán esos sentimientos, pero quizá convendría no perder el tiempo en ensayos y combinaciones, siendo mejor que lo hiciese un judío. Lo probable es, sin embargo, que el judío que así obrara fuera expulsado de su comunidad, si efectivamente cumplía tal cometido con veracidad y estrictamente a base de los hechos.

Los ya dichos inmigrantes (y quizá con razón) ven en el no-judíos su enemigo mortal, creyendo naturalmente que han de guiarse por este punto de vista. Pero en realidad no están ellos tan desamparados como parece. En Polonia, tan exhausta, donde según las tendenciosas crónicas se les quitó *todo* a los pobres judíos durante la guerra, aparecen diariamente centenares de judíos pagando fácilmente importantes gastos de viaje. A pesar de su proclamada miseria y absoluta pobreza pueden emprender un largo y costoso viaje en comunidad. El viajar en masa no es posible a ningún otro pueblo más que al judío. En seguida vemos que estos emigrantes no dependen en absoluto de la caridad. La nave de su vida se ha mantenido muy bien a flote en huracán, que desmanteló la de muchos otros pueblos; lo saben ellos perfectamente y están gozosos de que ocurriera este feliz hecho. Sin embargo, llevan consigo los mismos sentimientos contra

(1) Unicamente se revela sinceridad en el judío Cheskel Klötzel en un artículo titulado "El gran odio", y en Otto Weininger. Véase Th. Fritsch, "Handbuch der Judenfrage", Leipzig, 28 ed., pág. 607. — *El trad.*

la mayoría de nuestro pueblo, como los tenían contra los abandonados. La tierra americana bien la saludarán con alegría, pero contra el pueblo americano conservarán sus ideas peculiares. No importa que en las listas de inmigración figuren como polacos o rusos, en realidad son judíos, y muy conscientes de ello, pues pronto se nota en la práctica.

Esto tendrá que producir sus efectos. No es, pues, prejuicio de raza el que nos preparemos para ello, recomendando a los propios judíos americanos que tengan en consideración estos hechos para ayudar a la solución del problema.

Toda idea, que ha dominado y triunfado en Europa, ha sufrido sus modificaciones al ser trasladada a América. Tal ocurrió con la idea de la libertad, la de las guerras, y la del sistema de Gobierno. Y tal ocurriá irremisiblemente también con la idea del antisemitismo. El conjunto de la cuestión encontrará aquí su centro, y aquí se solucionará, en el caso de que nosotros procedamos con prudencia y sin medrosidad. Un autor judío dijo hace poco: "Judaísmo significa hoy día judaísmo americano... Todos los antiguos centros judíos se han desmoronado durante la guerra y se ha trasplantado a América". El problema judío se convierte, pues, en una cuestión americana, queramos o no. ¿Qué desarrollo adquirirá? Depende grandemente de lo que aquí se pueda hacer, antes de que el problema adopte formas ásperas. El primer síntoma será probablemente la expresión de desagrado contra los éxitos económicos judíos, y especialmente contra la correlación de métodos, con que se lograron. Nuestro pueblo observa la existencia de un pueblo dentro de otro en forma nunca advertida ni con los mormones, y no querrá admitirlo. Los mormones se retiraron, mientras que Israel vuelve a un nuevo Egipto para subyugarlo.

La segunda forma que se acuse de antisemitismo, será indudablemente el sentimiento de aversión y su generalización. Quizá en el fondo la mayoría profese la norma recta; pero no por ello actuará con la prudencia aconsejable. Una predisposición así, admitida francamente por judíos y no judíos, puede, en perjuicio de ambas partes, adoptar formas agudísimas, porque ni el sustentador ni el objetivo de un pre-

juicio pueden asegurar la libertad espiritual indispensable, que sólo se basa en un equilibrio perfecto del alma.

Partiendo de estos fundamentos se puede contar con una influencia sana de la justicia. Una vez llegada la cuestión a este punto se someterá globalmente el problema al fallo del justo criterio americano. Su justicia innata le ha ayudado aun en casos que al principio motivaron la indignación del americano. La sentimentalidad en nosotros es siempre de poca duración y deriva muy pronto hacia el criterio racional y el juicio moral. El espíritu americano no descenderá nunca a guardar rencor contra individuos, sino que profundizará su criterio. Este hecho se puede constatar en las relaciones entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América. Es originalidad nuestra no fijarse nunca en las personas, cuando se trata de asuntos fundamentales.

Después se procederá a un examen concienzudo de los hechos que pueden permanecer durante algún tiempo fuera de la opinión pública, pero por fin se dará la clave del problema. Las raíces de todos estos enigmas se sacarán a luz, y morirán como todas las raíces que se desentierran de las entrañas de la tierra. Será entonces cuestión de los judíos mismos el amoldarse a las nuevas condiciones de vida. No es que deban perder su particularidad, que dejen morir sus energías, ni que abandonen su pasado, sino que será necesario que encaucen todas estas facultades en canales más limpios. Sólo así podrán justificar su anhelo de cierto predominio. Una raza que en el terreno de la vida material pudo conseguir lo que los judíos consiguieron — en cuya labor aun se creyeron espiritualmente más adelantados que otros pueblos —, deberá cumplir esta su misión de una forma menos sospechosa y menos antisocial de lo que lo hizo hasta el presente.

No se extirpará a los judíos, pero tampoco se les seguirá permitiendo que continúen forzando la humanidad bajo el yugo que tan hábilmente le han impuesto. Ellos son los usufructuarios de un sistema que en sí mismo tiene que modificarse radicalmente. Para justificar en adelante su propia posición en el mundo, tendrán que modificarse a sí mismos, dirigiéndose hacia fines más elevados.

"Hemos de obligar a los Gobiernos cristianos a que tomen medidas que favorezcan nuestro amplio plan ya cercano a su fin victorioso, en el sentido de que hagan pacientar la exaltación de la opinión pública, que nosotros, gracias a la prensa omnipotente, ya tenemos efectivamente organizada. Con muy pocas excepciones, aquélla se halla ya en nuestras manos".

(Tesis VII de "Protocolos de los Sabios de Sión").

VI

LA CUESTION JUDIA SE ABRE VIA LIBRE EN LAS REVISTAS

Un licenciado de una facultad universitaria americana realizó hace años un viaje de negocios a Rusia. Era perito en un ramo muy importante de ciencias aplicadas, y además un observador muy escrupuloso. Llegó a Rusia con el deseo de estudiar el trato dado por el Gobierno ruso a los judíos. Tres años vivió en Rusia; volvió luego por un año a América, y se quedó nuevamente casi otro tanto en Rusia. De vuelta por segunda vez a América, consideró oportuno ilustrar al pueblo americano con respecto a la cuestión judía. Escribió un artículo muy detallado y lo mandó al editor de una revista muy renombrada de los Estados Unidos. El editor le llamó a la redacción, tratando con él durante dos días y quedó sumamente impresionado por todo cuanto de él oía; pero declaró que no podría publicar aquel artículo. Otro tanto se repitió luego con otros varios editores de grandes revistas, y no precisamente porque el sabio no hubiese acertado en sus estudios del asunto, al contrario, pues cuanto aquél escribiera lo publicarían con gusto. Lo que no era posible en manera alguna es que en Nueva York se aceptase o se imprimiese su justo artículo sobre los judíos,

A pesar de todo pudo penetrar por fin la cuestión judía en una revista neoyorquina, pero más bien como casco de una granada tirada desde el campo judío contra la cuestión judía, para ser posible, aniquilar el problema y así afirmar la tesis de que tal cuestión ni siquiera existe.

Extraño fué que las grandes revistas (cuyos manejantes financieros sería interesante revelar) no admitieran sino precisamente este único artículo sobre la cuestión judía. Pero aunque así fué, el gran público pudo aprender muchísimo con sólo leer este único artículo, cuyo objeto básico era poner de manifiesto que la cuestión judía realmente no existe.

Mister William Hard, en la edición de junio del *Metropolitan*, utilizó, como mejor pudo, aquel artículo, y no cabe duda que las agencias telegráficas y los corresponsales internacionales, que velan tan atentamente todo aquello que favorezca a los judíos, habrán felicitado efusivamente al editor del *Metropolitan* por su ayuda en adormecer al público.

En primer lugar hace constar el artículo la existencia real de una cuestión judía. Mr. Hard dice que de ella se habla en los salones de Londres y París. No consta, sin embargo, si el autor quiere patentizar con ello la nulidad o poca importancia del asunto, o tan sólo sus amplias relaciones con aquellos círculos. Además cuenta que cierto documento relacionado con la cuestión judía ha circulado profusamente en determinados círculos oficiales de Washington. Reproduce una correspondencia cablegráfica sobre este asunto publicada en su tiempo por el periódico neoyorquino *World*. Seguramente su artículo se publicó demasiado pronto para poderse ocupar de la nota dedicada a aquel documento por el *Times* londinense. De todos modos para el lector interesado sólo en hechos reales, le ha hecho constar que existe una cuestión judía, y no precisamente entre la plebe, sino en aquellos círculos, donde gravan con mayor intensidad las pruebas del poderío y del dominio judío. Y hasta llegó a debatirse en ellos la cuestión, cosa que Mr. Hard hace constar expresamente. Si no profundiza más aún, diciéndonos que hasta se debate muy

seriamente en los puestos más elevados y por personajes de importancia nacional e internacional, se explicará tal omisión probablemente por dos razones: o porque no lo sepa, o por considerar tal afirmación como contraproducente a la tendencia de su artículo.

Pero, sea por lo que fuera, lo cierto es que Mr. Hard ha hecho constar que existe una cuestión judía, y que se la discute entre personas que por su posición están en las mejores condiciones para juzgar el asunto.

El lector del artículo recibe la impresión de que el judaísmo tiene el carácter de una conjura, al afirmar el autor que él no cree en tal complot. Esta aseveración puede aceptarse con desembarazo, pues para el modo de sentir no-judío no existe una cosa más ridícula que la admisión de una conjura en masa, por la sencilla razón de que para el carácter no-judío tal conjura universal representa una imposibilidad. El señor Hard es no-judío, sabiendo por lo tanto cuán imposible sería, aun por poco tiempo, cualquier conjura de cierto número importante de personas no-judías, aunque respondiera aquélla a los móviles más nobles. Las personas de sangre no-judía no están hechas para tales conjuras, que se desmoronarían como azucarillo en agua. Los no-judíos, ni en la masa de la sangre, ni en sus intereses, llevan los fundamentos necesarios para una cooperación tan estrecha, como los judíos. El no-judío, sólo por sus cualidades innatas, no puede concebir grandes conjuras, y tanto es así, que sin tener a la vista pruebas irrefutables, ni siquiera creerá en la posibilidad de su existencia.

Se comprenderán, pues, las dificultades que Mr. Hard encuentra en esto de los complots. Para poder redactar su artículo, se ve precisado a formular el asunto, como si en todas las ocasiones donde se discute la cuestión judía se la tratara desde el punto de vista de una conjura. Esta es su idea dominante, que ya se expresa en el epígrafe que reza: "Gran conjura contra los judíos".

Al buscar hechos recopilados en el referido artículo de

mister Hard, se llega a saber que existen ciertos documentos que encierran, según dice, los detalles de un complot, y hasta el plan para un dominio mundial de los judíos. Esto es casi todo lo que el lector llega a saber de aquellos documentos, aparte de que Mr. Hard los tilda de "originalmente horribles". Es una falta deplorable en aquel artículo, porque el autor, si bien lo escribe para condenar ciertos documentos, no nos dice absolutamente nada acerca de su contenido. Las perversidades suelen desacreditarse por su misma maldad: pero estos documentos parece que no ofrecen motivo para ello, sino que el lector ha de confiar en el juicio personal de Mr. Hard. En cambio las personas de criterio propio independiente, hubieran preferido seguramente obtener una base crítica con la publicación íntegra de aquellos documentos. Pero dejemos esto. Consta que Mr. Hard establece en público que tales documentos de conjura existen.

Luego el autor pasa a otra cosa e intenta demostrar, nombrando a ciertos judíos que predominan en algunos ramos especiales, que los judíos en general no pueden tener nada que ver con el dominio mundial. La responsabilidad para aquellos nombres hebreos la dejaremos a cargo de Mr. Hard. A nosotros sólo nos importa ver lo que se pueda deducir de ello.

El autor trata con especial cuidado de los asuntos en Rusia. A veces hasta parece como si se quisiera equiparar la cuestión judía con la cuestión soviética en Rusia; y no obstante, esto no es cierto, y Mr. Hard lo sabe perfectamente. Si bien ambas cuestiones se relacionan muy íntimamente entre sí, constiuye, sin embargo, una sutileza premeditada el intentar construir primero artificiosamente tal identidad. De todos modos, los hechos citados por Mr. Hard, aparte de las consecuencias que él saca de los mismos, resultan bastante interesantes.

Fijémonos, pues, primero en el caso de Rusia. Mr. Hard dice que en el Gobierno soviético de Rusia sólo hay *un* judío, y que éste es Trotzky. Claro es que existen otros en el Go-

bierno, pero Mr. Hard habla únicamente del *Gabinete*. Tampoco habla de los comisarios, que parecen ser los verdaderos amos de Rusia, ni de las tropas rojas, que son el único apoyo del Gobierno Lenin-Trotzky. Para el señor Hard sólo existe el Gabinete. De esta misma forma no hubo en Hungría sino *un* solo judío en posición preponderante, pero éste fué ni más ni menos que Bela-Khun. Pendiente queda, sin embargo, la pregunta de por qué, a pesar de haber sólo estos dos judíos, todo el mundo estuvo y sigue estando convencidísimo de la preponderancia judía en el bolchevismo. Tan necia opinión de todos los no-judíos sería mucho más quimérica de lo que lo es la idea de una conjura judía para Mr. Hard. Si todos los no-judíos fueran imbéciles, ¿por qué no considerar sabios eminentes a todos los judíos?

De todos modos no peca de exagerado el que afirme que Trotzky ocupa el sumo poder, compartiéndolo sólo con Lenín, y que Trotzky es judío. Esto no lo ha negado nadie hasta ahora, ni el propio Braunstein (este fué el apellido de Trotzky cuando vivía en St. Louis en los Estados Unidos).

Pero también los mencheviques, dice Mr. Hard, son guiados por judíos. Trotzky a la cabeza de los bolcheviques, mientras que a la cabeza de los mencheviques, cuando éstos aun formaban la oposición contra aquéllos, marchaban los Lieber, Martow y Dan: "todos judíos", dice Mr. Hard.

Además hay otro partido moderado entre esos dos extremos: los "cadetes", que según Mr. Hard son o eran el partido burgués más fuerte en Rusia. "Estos tienen ahora su cuartel general en París. Su jefe es Vinaver, un judío".

Estos son los hechos señalados por el señor Hard. Los judíos, cuyos nombres cita, llevan la jefatura de los tres grandes grupos políticos en Rusia. Ved ahora — exclama — cuán desunidos están los judíos. ¿Cómo es posible que exista una conjura entre personas, que se combaten mutuamente con tanto ahinco? A cualquiera pudiera quizá llamarle la atención el hecho de que sean judíos siempre los que eternamente predominan en todas las fases de la vida política ru-

sa. Y ¿no justifica este hecho quizá la creencia generalizada de que los judíos anhelan en todas partes para sí el dominio absoluto?

Pero con esto aun no acaban las deducciones que el lector ávido de hechos pueda sacar del artículo de Mr. Hard. Este pasa luego a los asuntos en los Estados Unidos, señalando aquí algunos hechos sumamente interesantes. "Ahí está Otto Kahn", dice. Efectivamente, a veces está aquí Otto Kahn, pero otras veces se encuentra también en París, metido en asuntos internacionales extremadamente importantes; en cambio, otras veces hace combinaciones en Londres entre el capital inglés y el americano, empresas todas que tienen muchísimas relaciones con la vida política europea. El señor Kahn pasa por conservador, lo cual en muchos aspectos puede ser cierto. Cada persona es conservadora o no lo es, "según el cristal con que se le mira". Las personas más conservadoras en los Estados Unidos son en la práctica las más radicales. Sus lemas y sus métodos, llegan hasta las raíces de las cosas, y en su propio campo de desenvolvimiento son radicalísimos. Los hombres que dominan en la última convención republicana son llamados conservadores por aquellas personas cuyas miras están limitadas por intereses económicos muy determinados, pero en realidad *son los más radicales de los radicales, y aparecen rojos en una época roja y blancos en una época blanca.* Si se conocieran los últimos planes del señor Kahn, y se descubriera la relación de todos estos planes e intenciones, habríamos de modificar seguramente el título con que se le debería conocer. Sea esto como quiera, por Mr. Hard sabemos, de todos modos, que "ahí está Otto Kahn".

"De otra parte — dice Mr. Hard — está Rosa Pastor Stokes y Mister Morris Hillquit". Estos, según Hard, son radicales. En contraposición a los mismos cita los nombres de otros dos no-judíos, Eugenio V. Debs y Bill Haywood, como si estos dos fueran dos jefes mucho más importantes que aquéllos. Todo el que se preocupe por los últimos acontecimientos políticos (y entre tales personas figuraba hasta hace

poco también Mr. Hard), tiene de esto una opinión muy contraria. Ni Debs ni Haywood crearon en toda su vida un partido tan potente como lo hicieron Rosa Stokes y Mr. Hillquit. Debs y Haywood deben su significación a estos últimos.

Al examinar las tendencias socialistas en los Estados Unidos, se tropieza en seguida (le ocurre también a Mr. Hard) con nombres judíos. Y es precisamente por sus afirmaciones como el lector llega al convencimiento de que ambos grupos políticos en los Estados Unidos son guiados por judíos.

No acabó aún Mr. Hard. "Quien más que ninguna otra personalidad, más que ninguna otra jefatura hace todo lo posible para mantener a los obreros americanos apartados de radicalismos, es un judío: Samuel Gompers". Este hecho lo apuntará el lector en su memoria, y sabrá que la masa obrera americana sigue a un judío. En cambio la "confederación más potente antigompersiana, la de los obreros confeccionistas unidos (efectivamente grande y muy fuerte) es capitaneada por un judío, por Sidney Hillmann".

Es decir, que aquí marchan las cosas exactamente igual que en Rusia. Ambas tendencias de la vida política, y dentro de ellas todas las fuerzas pujantes, se hallan bajo el dominio judío. Este hecho habrá de reconocerlo también Mr. Hard, a pesar de la intención contraria de su artículo.

Y también el partido moderado, el "centro liberal" como lo llama Mr. Hard, y que reune en sí a todos los no extremistas, se presenta con los nombres preponderantes de Brandeis, Mack y Félix Frankfurter, caballeros todos, cuya actitud desde el armisticio daría material sumamente amplio para un capítulo interesantísimo.

Con sinceridad cita Mr. Hard todavía otros dos nombres, a saber: el "barón de Günzburg, judío", un "empleado leal" de la embajada rusa con el embajador Bajmeteff, representante del antiguo régimen, algo modificado; mientras que la agencia telegráfica rusa, cuyos informes se publican en infinidad de periódicos americanos, es dirgida por otro ju-

dío (así le llama mister Hard), cuyo nombre es conocidísimo de los lectores de la prensa diaria, por A. I. Sack.

Esta lista no es completa, ni mucho menos, mas no por ello deja de ser interesante. Según ella, parece que los documentos, cuya ridiculez intentó demostrar Mr. Hard, van adquirendo un poco más de importancia. Y también se va imponiendo la sospecha de que si aquellos documentos no se han examinado tan atentamente como era de desear, quizá ha sido porque los lectores, además de los detalles advertidos por Mr. Hard, hubieran descubierto y observado hechos mucho más significativos y escandalosos plenamente confirmados por los documentos mismos. Los lectores que no gozaron de poder enterarse del contenido total de aquellos documentos, deben exigir que se satisfaga su natural interés.

Los documentos no son los que han creado la cuestión judía. Si no existieran otros antecedentes, que nada tienen que ver con estos documentos, ni Mr. Hard hubiera escrito nunca su artículo ni el *Metropolitan* lo hubiese publicado.

El mérito de Mr. Hard es haber confirmado en un lugar donde no se podía esperar que está patente la cuestión judía, y que ésta debe ser discutida. Quien mandó escribir el artículo titulado "La gran conjura de los judíos" necesariamente debió haber sentido una imperiosa necesidad de hacerlo.

"¡Perdéis el tiempo charlando! Mientras la prensa del mundo entero no se halle en nuestras manos, será infructuoso todo lo que hiciereis. Es preciso que dominemos o al menos influyamos en la prensa universal, si hemos de alucinar y cautivar a los pueblos"

"Barón de Montefiore (1840)".

VII

Mr. ARTHUR BRISBANE, DEFENSOR DEL JUDAISMO

Hemos de interrumpir de nuevo el examen de la cuestión judía contemporánea, para considerar debidamente la aparición de un artículo de fondo ocupando más de dos columnas en el periódico *To day (Hoy)* del 20 de junio de 1920, perteneciente al *trust periodístico Hearst,* en que trata nuestro mismo asunto el periodista Mr. Arthur Brisbane. Sin ser este periodista el más influyente de los Estados Unidos, es innegable que figura entre la docena de escritores de prensa más leídos de los públicos. Y cuando un escritor de su fuerza intelectual crítica aborda el vidrioso asunto del judaísmo, es hecho indiscutible el que este problema adquiere un relieve evidente, y va ganando en importancia y actualidad.

Mister Brisbane no ha estudiado, empero, este problema judío. Confesaría probablemente, en una conversación íntima, que nada sabe en absoluto del mismo, aunque tal confesión no concordara con el tono de seguridad con que ha venido tratando el asunto en público. Pero sabe muy bien, como periodista entendido, la manera de abordar el asunto cuando la actualidad obliga a resolver problemas a ojos cerrados. Hoy los periodistas pueden escribir en estilo amplidifuso, diciendo que en cada raza hay seres buenos y malos, que ha producido hombres eminentes o que han desempeñado importante papel en la Historia. Con estos puntos de vista hay suficiente para

redactar un artículo de fondo sobre cualquier pueblo de la comunidad humana. No hace falta estudiar la esencia del asunto para redactar un artículo en el que se pretenda el lucimiento. La prensa se ocupa en una serie de artículos de este o del otro asunto etnográfico, y no se habla ya más de ello. Es el oficio de la prensa.

Puesto que Mr. Brisbane ha vivido largo tiempo en Nueva York y ha sostenido relaciones financieras con grupos consorciados de nuestro país, supuesto que habrá visto y observado con gran lujo de pormenores el régimen interior de los grandes trusts y bancos, y se habrá visto rodeado de consejeros y técnicos de raza judía, no podemos dudar que Mr. Brisbane ha de tener un criterio propio respecto a estos asuntos. No incumbe sin embargo al periodista proclamar públicamente sus ideas "personales" sobre las diferentes razas que conviven en su patria, como tampoco es de la incumbencia del expositor exhiban junto a los de aquél. Un periódico tiene derecho muy restringido para emprender ataques, como son contadas las ocasiones para creerle justificado en una transgresión de aquel derecho.

Si Mr. Brisbane tuvo ocasión de escribir sobre la cuestión judía, era de suponer lo que habría de escribir. Lo que podría extrañar es que se viera obligado a escribir sobre esta cuestión. ¿Es que le parecía realmente una persecución contra los judíos el que se intentara aclarar el origen de las causas de su preponderancia en los Estados Unidos y en otros países? ¿O es que, con la perspicacia propia de un editor, presintió que se presentaba una ocasión propicia para llamar sobre sí la atención y benevolencia del grupo más importante en Nueva York y en todo el país? O quizá — y ello entra perfectamente en el terreno de las posibilidades —, ¿quiso soslayar el asunto hasta que ciertas directivas le invitaran a redactar un artículo de fondo o que ciertos accionistas le indicasen sus deseos especiales? Con lo dicho no se pretende presentar como sospechosos los motivos de Mr. Brisbane, sino que se intenta demostrar los hilos finísimos de que

a veces pende un artículo de fondo. Pero, vayamos a lo que importa: ¿cree Mr. Brisbane que, una vez escrito aquel artículo en la prensa tan leída del domingo, el asunto puede darse por terminado o que el problema tiene ya una solución? En esto radica precisamente lo más grave del periodismo diario; cuando se logra salir sano y salvo de un artículo de fondo, el asunto queda concluído, por lo menos así lo consideran en general la mayoría de los periodistas y editores de prensa.

Confiamos en que Mr. Brisbane no dará el asunto por terminado, sino que insistirá sobre tema de tanta gravedad y cooperará en lo que le sea dable a su definitiva solución, lo que con su artículo extraordinario no se ha conseguido. Hasta se le han deslizado errores, que después de un estudio más a fondo debería rectificar. "¿Qué hay de los fenicios?", pregunta. Sobre este asunto él mismo debería haber profundizado antes de formular la pregunta. De haberlo hecho, no habría caído en el lamentable error de relacionar a los fenicios con los judíos. Un judío no haría nunca tal cosa. En cambio en un artículo periodístico de propaganda judía escrito para lectores no-judíos, esto es tolerado. Los fenicios seguramente no pensaron jamás, ni de lejos ni de cerca, que pudieran relacionarse tan íntimamente con los judíos, como nunca lo creyeron tampoco los judíos. Se diferenciaron siempre, entre otras cosas, en la muy fundamental de sus relaciones con el mar. Los fenicios no sólo construyeron barcos, sino que los manejaron también, mientras que el judío ha preferido siempre confiar más sus intereses que su propia persona a las embarcaciones. Asimismo en otros aspectos fueron esenciales las diferencias entre ambos pueblos y se acusan muy hondas y marcadas. Sobre este particular debería Mr. Brisbane atenerse a la "Enciclopedia Judía". Ojalá vuelva a dedicarse nuevamente a estos estudios, ilustrando a sus lectores de lo que encuentre aún en libros judíos no impresos, divulgados sólo en manuscritos. No se trata de una cuestión quimérica y propicia a múltiples interpretaciones como p. e.

.. de la redondez de nuestro planeta. La cuestión judía queda planteada concreta y claramente y se resolverá.

Mr. Brisbane está en condiciones de poder estudiar este problema por su propia cuenta. Dispone de gran estado mayor de colaboradores, y es de suponer que entre ellos se hallen no-judíos de carácter acrisolado. Posee además una organización universal. Cambiados su léxico y sus ideas, lo que ocurrió después de haber entrado en el mundo del "ganar dinero", llegó a poseer también un conocimiento más profundo de ciertos grupos humanos y de sus tendencias dominadoras. ¿Por qué no ataca briosamente todas estas cuestiones con carácter de problema mundial, buscando hechos en que apoyarse y esforzándose en hallar una solución? Esta sería tarea digna de un editor periodístico noble. Facilitaría a América el poder aportar de su parte lo necesario en que le corresponda cooperar para que esta cuestión deje por fin de ser el fantasma que siempre ha sido. Todo lo que se dice en este mundo de "amor al prójimo" y otros tópicos elegantes, pero superficiales, no puede resistir un examen crítico, por exigírsenos con ello que amemos a aquellos que con toda viveza y falta de escrúpulos se dedican a usurpar el dominio sobre nosotros. "¿Qué hay que de reprochable en el judío?", pregunta Mr. Brisbane. Para formular esta primera pregunta es indispensable hermanarla con otra: "¿qué hay de reprochable en el no-judío?".

Imitando a otros escritores no-judíos que se prestan a ser defensores benévolos de los judíos, Mr. Brisbane tiene que admitir ciertos hechos que constituyen parte del mismo problema, cuya existencia se pretende negar.

"De cada dos nombres influyentes con que se tropieza en cualquier capital, uno de ellos es judío", dice Mr. Brisbane, siendo así que en su propia residencia este porcentaje es aún mucho mayor. "Los judíos, a pesar de constituir menos del uno por ciento de la población mundial, gracias a su energía, su espíritu emprendedor, su viveza y sus conocimientos obtienen un 50 por ciento de las utilidades comerciales del mundo entero", dice el Sr. Brisbane.

¿Significa esto algo para Mr. Brisbane? ¿Pensó siquiera alguna vez en el fin a que ello nos conducirá? ¿Puede librar este éxito del reproche de alguna que otra de las cualidades que la humanidad, con derecho, desprecia como deshonestas? ¿Le satisface además el modo como este éxito una vez adquirido se explica? ¿Está en condiciones de demostrar que tal éxito se deba sola y exclusivamente a las cualidades laudatorias por él citadas, con exclusión de toda cualida detestable? ¿Puede aprovechar la lucha competidora del trust ferroviario de Harriman apoyado financieramente por los judíos? ¿Ha oído decir nunca que el dinero judío se invierta en empresas ferroviarias sin tacha?

Podríamos facilitar a Mr. Brisbane los temas para un sinnúmero de artículos de fondo, que tanto para él como para sus lectores serían sumamente instructivos, pero sólo en el caso de que la recolección del material de hechos se confiara a personas imparciales. Uno de estos artículos podría titularse: "Los judíos en la Conferencia de la Paz". Sus informadores tendrían que hacer constar quiénes fueron las personalidades preponderantes en los diferentes puestos, quiénes iban y venían con la mayor oficiosidad, a quiénes les estaban siempre abiertas todas las puertas de los delegados de los Gobiernos y de las Comisiones decididoras; qué raza ofreciera el mayor número de secretarios privados de los grandes políticos; qué raza montara la guardia en mayor número, guardia con la cual se había de tropezar para llegar hasta los personajes influyentes; cuál fué la raza cuyos miembros se esforzaron con sumo ahinco por convertir la Conferencia de la Paz en una serie ininterrumpida de bailes y festejos y opulentos banquetes, o cuáles fueron los amigos particulares invitados más a menudo a comidas íntimas alrededor de los miembros de la conferencia.

Si Mr. Brisbane, con sus brillantes facultades de cronista, instruyera a su personal en este sentido y publicara luego todo cuanto sus repórters le refirieran, escribiría un trozo de Historia contemporánea, que en su notabilísima carrera de editor periodístico significaría un mérito indeleble

Y aun podría luego publicar otro segundo capítulo sobre la Conferencia de la Paz con el título de "¿Cuál fué el programa que triunfó en la Conferencia de la Paz?".Sus agentes tendrían que dedicarse a descubrir el objeto y las intenciones con que los judíos en tan gran número y con tan importantísimas personas llegaron a París, y la forma en que impusieron su programa. Habrían de examinar especialmente si una letra sólo de su programa se modificó o desechó. Precisaría inquirir si los judíos, una vez conseguido lo que anhelaban, no exigieron aún más, y si lo consiguieron también, aunque esto significara una preferencia escandalosa ante la comunidad de pueblos. Mr. Brisbane se enteraría probablemente que de todos los programas presentados a la Conferencia, ni aun exceptuando aquel Programa en el que la humanidad tan ingenuamente creyó, el único que se aceptó sin la más mínima dificultad, fué el programa judío. De todo esto podría enterarse Mr. Brisbane si se dedicara a averiguarlo. La cuestión radicaría únicamente en saber qué haría él con todo este material, de poseerlo.

Sea la que fuere la dirección en que Mr. Brisbane enfocara sus estudios, siempre y en todas partes ampliaría considerablemente sus conocimientos acerca de nuestro país y de su coligación con la cuestión judía. ¿Sabe, por ejemplo, a quién pertenece en efecto la tierra de Alaska? Quizá Mr. Brisbane, como la mayoría del público (con excepción de algunos iniciados) crea que este territorio pertenece a los EE. UU. Nada de eso; pertenece Alaska, con sus yacimientos de oro, al judío, que muy pronto será dueño absoluto de todos los Estados Unidos de América.

¿Mr. Brisbane, desde el favorable punto de vista en que le coloca su elevada posición en el periodismo nacional, no se da cuenta de que en nuestra vida económica se manifiestan elementos que ni en el concepto de "trabajo", ni en el de "capital" están especificados claramente? ¿Sabe algo de una potencia que, sin ser ni capital ni trabajo propiamente dichos, tiene, sin embargo, sumo interés, y lo manifiesta eficazmente en separar entre sí el capital y el trabajo excitando tan pronto éste

contra aquél, como viceversa? En sus estudios de nuestra vida económica y del enigma insoluble que la envuelve, es imposible que el señor Brisbane no haya notado algo que se manifiesta en secreto siempre en la tiniebla. Aclarar este enigma es lo que redundaría en honor de una gran empresa periodística.

¿Publicó Mr. Brisbane alguna vez los nombres de personas que manejan el abastecimiento del azúcar en los EE. UU.? ¿Los conoce? ¿Los quiere conocer?

¿Tiene conocimiento del negocio del algodón en nuestro país, del intencionado traspaso de propiedad de los terrenos algodoneros, y de las dificultades promovidas adrede en la producción de algodón, empezando por las amenazas abiertas de los Bancos, hasta llegar a la alteración de precios de los géneros y confecciones? Y al escudriñar estos asuntos, ¿se ha fijado alguna vez en los nombres de aquellos que los dirigen? ¿Le gustaría saber cómo se hacen estas jugadas y quiénes las hacen? Todo esto podría descubrirlo muy fácilmente y darlo a conocer al público, si instruyera convenientemente a su culto estado mayor de colaboradores, peritos y publicistas en este sentido. Si se siente suficientemente libre e independiente para emprender tal tarea, lo sabrá él mismo mejor que nadie. Pero quizá existan motivos de índole privada o de oportunidad para no hacerlo.

Pero existan o no existan, no conocemos los móviles que le podrían impedir estudiar este asunto a fondo para formarse un juicio cabal. Esto no significaría intolerancia. En cambio, tal como las cosas están actualmente, Mr. Brisbane no está en condiciones de fallar ni en pro ni en contra. Por esta razón su última defensa de los judíos no constituye ni siquiera una defensa, sino que asemeja más bien una captación de voluntades.

Su alegato principal se dirige al parecer contra lo que él llama prejuicio o propensión odiosa de razas. Efectivamente, si alguien, al dedicarse al estudio de un problema económico cualquiera, temiera verse complicado en tan lamentable embrollo intelectual, lo abandonaría. Depende sólo del método de averiguación, o de la persona investigadora el que resulten del estu-

dio prejuicios u odios. Sería muy mezquino en cambio para un intelectual querer utilizar tal evasiva, ya en provecho propio ya de aquellos que se dejan guiar confiadamente desde largo tiempo de su mérito intelectual.

Cabalmente, odio y prejuicios se eliminan al tratar científicamente la cuestión judía. Se puede tener un prejuicio contra cosas que no se entienden, o se puede odiar lo que no se comprende. El estudio de la cuestión judía, en cambio, no sólo procuraría conocimientos y juicios a los no-judíos, sino también a los judíos que los necesitan tan urgentemente como aquéllos. Cuando se llegue a que el judío vea, comprenda y discuta ciertas cosas, desaparecerán gran parte de las asperezas de la cuestión. Despertar a los no-judíos respecto a los detalles de este problema, constituye sólo pequeña parte de la labor. Estriba otra parte imprescindible en hacer interesar a los propios judíos en los hechos reales de que se trata. El primer éxito deberá buscarse en convertir a los no-judíos de meros defensores — y esto parcialmente en ambos sentidos — en jueces imparciales. La investigación hará constar errores por parte de judíos y de no-judíos; pero abrirá el camino, para que la sabiduría y la prudencia puedan levantar la voz, porque, entonces, como en todo problema, será necesaria mucha sabiduría.

Pero en este propósito de tolerancia se esconde un lazo peligroso. La tolerancia exige en primer lugar que se tolere la verdad. Hoy día se la falsea para evadir la realidad. La tolerancia no puede prevalecer mientras no se haya obtenido una conformidad general con respecto a lo que se quiera tolerar. Ignorancia, represión mental, acallamiento, todo eso no es tolerancia. Al judío nunca se le ha tolerado propiamente hablando, por la sencilla razón de que nunca se le ha comprendido. Y Mr. Brisbane no nos facilita mejor conocimiento del pueblo judío, leyendo su artículo escrito ingenuamente, echando un puñado de nombres judíos en un mar de letras de molde. De él mismo depende el dedicarse a fondo al estudio de este problema, sin importar que luego lo utilice en sus publicaciones o no.

Desde el punto de vista del periodismo es imposible seguir informando diariamente a la opinión pública sin tropezar a cada momento con los judíos. La Prensa esquiva el asunto hablando con gatuperio de rusos, lituanos, alemanes o ingleses. Este sistema de bastardear personas y nombres constituye uno de los aspectos más falaces del problema. Lo imprescindible para ilustrar a la humanidad son nombres, que realmente caractericen, y hechos efectivos.

Mr. Brisbane debería estudiar este asunto, publicando de vez en cuando sus observaciones, pues esto le pondría en contacto con ciertos sectores del judaísmo, que otro publicista, por muy voluntarioso que sea, no llegará nunca a conocer. No cabe duda que le habrán colmado de alabanzas por su artículo; pero no dudé que habría prestado mejor servicio informativo si, por el contrario, hubiera recibido algunos miles de dicterios. Nada de lo que hasta ahora le ocurrió podría compararse con lo que sería el publicar uno solo de los hechos que un examen imparcial le hubiese dado a conocer.

Ya que Mr. Brisbane ha dado á escribir en favor de los judíos, es de suponer que siga con interés lo que otros tengan que decir con respecto al mismo tema. Entre sus lectores encontrará ahora más correspondencia de judíos de que antes recibiera. De esto, mucho se reflejará probablemente en sus ulteriores artículos. Tarde o temprano todo escudriñador serio, todo periodista íntegro, tropieza con una que otra huella que le conduce a recapacitar sobre el poderío mundial judío. Nuestro periódico, el *Dearborn Independent,* no hace sino sistemática y extensamente lo que el resto de la Prensa hace en períodos incoherentes.

Pesa sobre la publicidad norteamericana verdadero miedo a los judíos, un pavor que se siente y cuyos motivos deberían atacarse. O mucho nos equivocamos, o también Mr. Brisbane sintió ese temor, aunque es muy posible, que no se haya dado cuenta de él. No es precisamente el temor de no hacer justicia a aquella raza —tal escrúpulo deberíamos sentirlo todos los que nos preciamos de honrados— sino que más bien nos

empuja a no escribir sobre los judíos puras alabanzas. Un sentido leal de independencia debería convencer a todos los publicistas que el periodismo americano se halla en la necesidad de restringir estas acostumbradas alabanzas y pronunciarse definitivamente a favor de una crítica fría e imparcial.

VIII

¿EXISTE UN PROGRAMA JUDAICO - UNIVERSAL DETERMINADO?

En todas las disertaciones que los publicistas judíos exponen para explicar el antisemitismo creciente se encuentran tres razones; tres nada más: prejuicios religiosos, envidia económica y aversión social. No importa que los judíos lo sepan o no, pero todo no-judío sabe perfectamente que no existe tal prejuicio religioso. Envidia económica quizá exista mientras los universales éxitos de los judíos llamen en alto grado la atención pública. Alguno que otro publicista judío intenta desviar esta atención con la tesis de que en la alta finanza no existe una preponderancia judía, pero en este sacrificio por su pueblo indudablemente se excede. La Finanza del mundo entero obedece absolutamente a los judíos, cuyas decisiones y planes equivalen para nosotros a leyes irrecusables. Pero la preponderancia financiera de un pueblo no sería por sí, razón suficiente para citarla ante el juicio popular. Si este pueblo es realmente más apto y listo, más diligente y tenaz que nosotros, si posee cualidades que como miembros de una raza inferior y poco diligente nos faltan, esto no constituye un derecho para exigir de aquel que nos rinda cuentas. La envidia económica puede quizá explicar algunos estímulos del antisemitismo, pero no es suficiente para explicar la existencia misma de esta cuestión, a no ser en el sentido de que las causas secretas de la superioridad financiera de los judíos constituyan parte de la totalidad del problema. Y en cuanto a la aversión social, puede decirse que existen en el mundo indudablemente muchos más no-judíos antipáticos que judíos agradables pueda haber.

Ni uno sólo de los publicistas judíos menciona los motivos

políticos de la cuestión, y si los rozan, los limitan y localizan. No se trata aquí del patriotismo local de los judíos, aunque también de éste se duda fundadamente en muchos países. De este "patriotismo" se oye hablar en Inglaterra, Francia, Alemania, Polonia, Rusia, Rumanía, y hasta se oyen hablar "horrores" de él en los mismos EE. UU. Se han publicado libros, escrito crónicas repartidas profusamente, se han combinado estadísticas habilidosamente, todo para probar que los judíos cumplieron lealmente con sus deberes de ciudadanía en aquellos países en que vivían casualmente. Sin embargo, queda en pie el hecho de que, a pesar de estos intentos sumamente activos y bien documentados, se mantiene contraria la opinión y sigue siendo más fuerte cada día. Aquellos judíos que en los ejércitos cumplieron lealmente con sus deberes y demostraron su cariño y entusiasmo, no pueden borrar la pésima impresión que como oficiales, soldados y paisanos dejaron otros que no los cumplieron.

Pero no se trata en realidad de este aspecto cuando se habla del elemento político de la cuestión judía. No es difícil comprender que los judíos aprecien con menos cariño a las naciones en que viven que aquellas que ellos forman. La historia judía es la de una peregrinación a través de todas las naciones del mundo. Si consideramos sólo los judíos contemporáneos, veremos que no existe raza alguna que habite tantos lugares de nuestro planeta como los judíos. Poseen, pues, un sentido mundial más claro que ningún otro pueblo, porque el mundo ha sido su eterno sendero. Hay que librar al judío de culpa, cuando no sienta tanto cariño por la tierra en que vive como los naturales. El judío es siempre ciudadano mundial, bajo cualquiera bandera puede portarse correctamente en cuanto a ciudadanía política, pero es inevitable que tenga un concepto diferente del valor nacional de una bandera que el súbdito que no reconoce sino una bandera única como suya.

El elemento político de la cuestión judía consiste en el hecho de que los judíos constituyen una nación dentro de las

otras naciones. Algunos de sus publicistas en América especialmente, lo niegan; pero el espíritu judío ha desmentido siempre el extremado celo de estos defensores de su causa. El porqué de la originalidad en negar este hecho con tanta insistencia no se comprende claramente. Cuando el pueblo de Israel llegue al convencimiento de que su misión universal no se puede cumplir valiéndose del Becerro de Oro, se admitirá probablemente su ciudadanía mundial con respecto a la Humanidad, y también su solidaridad insuperable con respecto a su propia raza, como factor potente y meritorio para crear una unidad humana que precisamente ahora, por las circunstancias, se imposibilita del todo. No tanto como el hecho en sí, de que los judíos formen una nación dentro de otras nacionalidades, se objeta contra ellos, sino más bien por el abuso que hacen de este inevitable estado de cosas. Tanto los pueblos como los judíos han intentado repetidas veces conseguir una fusión entre ambos, pero el Destino parece haberles condenado a eterna heterogeneidad. Tanto judíos como los pueblos no-judíos deberían acomodarse a este hecho fatal.

Teodoro Herzl, uno de los intelectuales judíos más relevantes, fué quizá uno de los más modernos en amplias miras para una explicación filosófica del carácter judío. Para él nunca cupo la más pequeña duda de que existe una *nación* judía, y proclamó su existencia en todas partes. "Somos un pueblo, una nación", dijo reconociendo abiertamente también que lo que él llamó la cuestión judía es en efecto un problema político. En el prefacio de su obra: *El Estado Judío* dice entre otras cosas: "Comprendo perfectamente que el antisemitismo representa un movimiento sumamente complicado, que en él existen elementos de agitación populachera, de envidia mercantil vulgar, de prejuicios heredados, de intolerancia religiosa, pero también de defensa propia muy justificada. Creo que la cuestión judía no es ni social ni religiosa, aunque a veces adopte estas formas. Es una cuestión nacional que sólo puede solucionarse convirtiéndose en cuestión política

mundial, que se trate e inspeccione mancomunadamente por todas las naciones civilizadas del mundo.''

Herzl no sólo afirmó que los judíos forman una nación, sino que contestando a una pregunta del comandante Mr. Evans Gordon ante la Comisión Imperial Británica de Inmigración extranjera declaró en agosto de 1902: ''Le explicaré mi concepto de la esencia de una nación, y usted podrá añadirle el adjetivo de ''judía''. A mi entender una nación representa un grupo histórico de personas en cohesión visible y unidas por un *enemigo* común. Esto es, a mi modo de ver, una nación. Si usted añade la palabra ''judía'', comprenderá lo que yo entiendo bajo ''nación judía''. Explicando la manera de manifestarse esta nación judía con respecto a los demás pueblos escribió Herzl lo siguiente: ''Cuando los judíos nos hundamos, seremos proletarios revolucionarios, los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros, subirá también el inmarcesible poder del dinero.''

Este concepto, al parecer el más verídico, por cuanto es el que arraiga más profundamente en el modo de sentir judío, admítese también por Mr. Eustace Percy, y ha sido reproducido en son confirmativo por la revista canadiense *Jewish Cronicle* (La Crónica judía), cuyos párrafos merecen leerse con la debida atención:

''El liberalismo y el nacionalismo abrieron con sus trompetazos las puertas del ghetto, ofreciendo a los judíos la igualdad de derechos de ciudadanía. El judío, ingresando en el mundo occidental, vió su poderío y su esplendor que aprovechó y gozó, puso cabalmente sus manos en los centros nerviosos de su civilización, le guió, dió dirección y avasalló... para declinar luego el honor. Por lo demás, y esto es significativo, la Europa del nacionalismo y liberalismo, del régimen científico de Gobierno y de igualdad democrática, es más tolerante con nosotros que los represores y perseguidores del antiguo despotismo. Sin embargo, ante la progresiva consolidación de las naciones occidentales no será posible contar más tiempo con la tolerancia ilimitada... En un mundo de Estados te-

rritoriales perfectamente organizados, no tiene el judío sino dos fórmulas: o quebrantar los pilares de todos los sistemas nacionales de los Estados, o crearse él mismo su propio Estado nacional. En esta posibilidad de elección se halla la explicación tanto del bolchevismo judío como del sionismo, entre cuyos dos extremos los judíos orientales parecen aún titubear.''

''En Europa oriental se da la sensación de que crecen el bolchevismo y el sionismo juntos, de la misma manera que la influencia judía, durante todo el siglo XIX, confundió y entrelazó las ideas republicanas y las socialistas, hasta la revolución de los Jóvenes Turcos, y esto *no porque al judío le importe el lado positivo de la ideología radical, ni porque le interese ser partícipe en un nacionalismo o democracia no judías, sino por su innato odio contra todo sistema de Gobierno no-judío.*''

Esto es cierto, y pensadores judíos decididos lo reconocen llanamente. *El judío es adversario de toda ordenación social no judía.* En cuanto pueda desenvolverse libremente, será siempre republicano frente a la monarquía, y en la república será socialista, y frente al socialismo será bolchevique.

¿Cuáles son las causas de este proceder disolvente? En primer lugar su falta absoluta de sentido socializante, por ser el judío un autócrata encarnizado. La democracia será buena para los gregarios de la humanidad, pero el judío seguirá formando siempre cierta aristocracia en un sentido u otro. Democracia es tan sólo un tópico esgrimido por agitadores judíos para elevarse a sí mismos a nivel superior a aquel en que se creen subyugados. Tan pronto han conseguido este nivel despliegan inmediatamente sus métodos para conseguir determinadas preferencias, como si éstas fueran de derecho natural, y en demostración de ello quedará la Conferencia de la Paz como uno de los ejemplos más terriblemente característicos. Los judíos constituyen hoy día la única nación cuyas preferencias extraordinarias y especiales están cimentadas por

el Tratado de Paz Universal. Pero de esto se hablará detenidamente a su debido tiempo.

Aparte de algunos, muy pocos publicistas judíos, que no ejercen dominio alguno en la ideología judía y que son tolerados únicamente con el objeto de influenciar erróneamente la opinión pública no-judía, nadie no se atreverá a negar que lós elementos disolventes social y económicamente en todo el mundo no sólo son guiados, sino también pagados por intereses judíos. Este hecho pudo mantenerse durante largo tiempo en las tinieblas, gracias a la persistente negativa de los judíos y a la absoluta falta de información verídica de parte de aquellos órganos de publicidad de los que los pueblos podían y debían esperar su ilustración. Ahora, van aclarándose los hechos. Las palabras de Herzl demuestran una profunda verdad: "cuando los judíos nos hundamos, seremos proletarios revolucionarios, los suboficiales de los partidos revolucionarios". Estas palabras se publicaron por vez primera el año 1896, es decir, muchos años hace.

Estas tendencias se manifiestan ahora en dos sentidos: uno que tiende a destruir todos los Estados no judíos del mundo, y otro que persigue el fin de erigir un Estado nacional judío en Palestina. Este último plan va acompañado de los más fervorosos votos del mundo no-judío, pero no de la totalidad del pueblo judío, ni siquiera de su mayoría. El partido sionista hace mucho ruido alrededor de sí mismo, pero en realidad no es más que una insignificante minoría. Apenas se le puede considerar otra cosa que un movimiento colonizador extremadamente ambicioso. Sirve, en cambio, de bastidor visible sumamente útil para realizar detrás de él otros planes ocultos. Los judíos internacionales, los verdaderos amos de los poderes políticos y financieros del mundo, pueden reunirse en cualquier parte y en todo momento, sea en tiempos de guerra o de paz, proclamando sencillamente que no pretenden otra cosa que pensar y discutir los medios más propicios para repatriar a los judíos dispersos a su antigua Palestina, con lo cual desvían fácilmente toda sospecha de que puedan reunir-

se con otros fines muy distintos. Así, los judíos de las naciones aliadas, lo mismo que los de los imperios centrales, celebraron sus convenciones sin la más mínima molestia. En una de las conferencias sionistas (la sexta, celebrada el año 1903) se predijo con absoluta certeza esta última guerra mundial, su desarrollo y su fin, especificándose también claramente el punto de vista judío con respecto a la paz que se hiciera.

Esto significa que aunque existe un nacionalismo judío, no constituye su plan definitivo el localizarlo en el Estado territorial de Palestina. Los mismos judíos se niegan en absoluto a emigrar a Palestina, y menos aun en estos tiempos tan favorables para ellos. Si alguna vez llegara el momento oportuno de emigrar de los territorios de las naciones no-judías, se hará por razones fundamentalmente distintas, no por idealismo sionistas.

El último cónsul general británico en Alejandría, Mr. Donald A. Cameron, un hombre de simpatías por el sionismo, y citado muchas veces en la Prensa judía, dice a este respecto: "Los inmigrantes judíos en Palestina se cansarán muy pronto de tomarse mutuamente sólo un 3 % de interés, por lo que sus hijos marcharán pronto hacia Egipto, por mar o por tierra, para ganar el 10 %... El judío en Palestina sólo por sí mismo se aniquilaría él y despedazaría a su propio Estado." No cabe duda que el momento para una inmigración, y menos las causas fundamentales para ella, aun no ha llegado.

El aspecto político de la cuestión judía, que actualmente preocupa sin duda a tres de las grandes naciones (Francia, Gran Bretaña y EE. UU. de América), tiene que habérselas con asuntos de organización nacional judía. ¿Tiene ésta que esperar hasta obtener su propio Estado en Palestina? o ¿es que ya representa un Estado organizado? ¿Sabe el pueblo judío de la existencia de tal Estado? ¿Opone frente a las naciones no-judías su propia política exterior? ¿Posee una Administración que oriente y conduzca esta política exterior? Ese Estado judío, si existe, ¿tiene visible o invisible un Jefe de

Estado? ¿Tiene su Gobierno? Y si algo de todo ello existe, ¿quién sabe de ello?

La primera contestación instintiva de todo no-judío a todas estas preguntas sería un rotundo "no". Es genuinamente no-judío contestar instintivamente. Puesto que el no-judío nunca fué educado en una atmósfera de misterios, ni en una comunidad invisible, llega involuntariamente a la conclusión de que no pueda existir siquiera la cuestión judía, aunque para ello no pueda aducir otro razonamiento que el de que tales ocurrencias nunca cruzaron su camino, ni las vió nunca en la realidad.

Las preguntas anteriores sin embargo, requieren un análisis con razonamientos asequibles a todo entendimiento. Si no se admitiera una colaboración consciente de los judíos, el poderío que ganaron y la política seguida por ellos no podrían resultar simplemente de una resolución tomada, sino producidos por una predisposición común de un carácter que en todos ellos se manifiesta paralelamente. Se puede decir por ejemplo: puesto que su sangre de aventurero indujo al inglés a hacerse a la mar, llegó a ser el gran colonizador del mundo; no es que se diera plena cuenta de ello, ni de que decidiera a hacerse gran colonizador, sino que la particularidad innata de su carácter le indujo a tomar este camino. ¿Es, sin embargo, úna explicación suficiente para razonar el desarrollo del imperio británico?

No cabe duda de que su predisposición innata obliga a hacer en todas partes donde llegan lo que a nuestros ojos les distingue tan particularmente. Pero ¿explica esto las estrechas relaciones que unen a los judíos de todos los países entre sí, sus conferencias internacionales, su extraña visión profética con respecto a acontecimientos extraordinarios (que con violencia aniquiladora caen sobre los demás pueblos), ni el modo tan escrupulosamente preparado, por el que en un momento dado se reunen en París para platicar sobre un programa mundial, a lo cual acceden todas las demás naciones?

Unos pocos primero, luego las cancillerías secretas de los

Gobiernos, más tarde los elementos más ilustrados de los pueblos, y ahora poco a poco las masas populares también, han ido sospechando que los judíos no sólo forman una nación muy caracterizadamente distinta de todas las demás, cuya nacionalidad raramente les es vedado abandonar a pesar de los muchos medios empleados para ello por propios y extraños, sino que forman también un *Estado,* con un sentido nacionalista muy pronunciado, y que colaboran en íntima unión conscientemente para su protección mutua y para fines comunes. No olvidemos la definición de Teodoro Herzl, según la cual el pueblo judío se considera unificado en la idea de un *enemigo* común, y preguntémonos si no es precisamente todo el mundo no-judío este enemigo común. ¿Y puede este pueblo, en su claro sentir como tal, permanecer inorganizado frente a este hecho? Esto respondería muy mal a la reconocida astucia de esta raza. Cuando se observa como los judíos, no sólo en EE. UU. sino en *todos* los demás países, están unidos entre sí por las más variadas organizaciones, que las han constituído tan habilidosamente que entre judíos y no-judíos cunde la más absoluta confianza en ellas, no resulta obvio suponer que lo que haya sido posible dentro de uno u otro país pueda verificarse y se haya verificado efectivamente *también entre todos los países del mundo entero.*

De todos modos, en la revista *American Hebrew* (El Judío Americano) del 25 de junio 1920, escribe Hermann Bernstein lo siguiente: "Hace próximamente un año me presentó un alto funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia copia del manuscrito titulado *El peligro judío,* original del catedrático ruso Nilus, solicitando mi opinión acerca de este documento. Me dijo que el manuscrito era la traducción inglesa de un libro ruso publicado en 1905, y que más tarde fué prohibido, que contenía probablemente unos "Protocolos" de los "sabios de Sión", y que se suponía había sido leído por el doctor Herzl en una conferencia secreta del congreso sionista en Basilea. La opinión de mi amigo era de que el autor de la obra fuese probablemente el doctor Herzl... Varios senado-

res americanos, que habían leído el manuscrito, quedaron consternados al ver que hacía tantos años ya se hubiera confeccionado un plan por los judíos que ahora iba a realizarse y que el bolchevismo se venía preparando desde hace años por los judíos, en su intento de destruir el mundo.''

Citamos todo esto para demostrar que un alto funcionario del Ministerio de Gracia y Justicia de los Estados Unidos presentó dicho manuscrito al judío Bernstein, exponiéndole su propia opinión particular diciendo que ''el autor de la obra era probablemente el señor Herzl'', y que varios senadores americanos estaban consternados al encontrar una coincidencia perfecta entre unas proposiciones hechas en círculos sionistas en 1905 con los acontecimientos reales del año de 1920.

El hecho debe llamar tanto más la atención porque participó en él un funcionario de un Gobierno, que hoy se halla grandemente en manos o bajo la influencia de intereses judíos. Es probable que aquel empleado, al conocerse este detalle, haya sido suspendido en sus funciones. Pero otra tanta probabilidad tiene el hecho de que las investigaciones conducentes, cualesquiera que sean las órdenes dadas u obedecidas, no hayan llegado a nada práctico.

Bien es verdad que el Gobierno de los EE. UU. llegó bastante retrasado en este asunto. Cuatro potencias mundiales le tomaron la delantera, y una de ellas hace muchos años. Una copia de los Protocolos se entregó al Museo Británico con sello de recepción de ese Instituto, fechado en 10 agosto 1906. Los apuntes datan probablemente del año 1896, del año en que Teodoro Herzl pronunció las palabras arriba citadas. El primer congreso sionista se reunió en 1897 en Basilea

El documento se publicó recientemente en Inglaterra en circunstancias que llamaron la atención pública, a pesar del título poco feliz que se le dió. Fué la casa Eyre & Spottiswoode, imprenta oficial del Gobierno británico, la que editó la obra, lo cual equivale a que en otro país lo publicara la Casa de la Moneda. Frente al griterío de la Prensa judaica declaró

el *Times* de Londres, criticando la obra, que tod • os contraataques de los judíos resultaron "insuficientes".

El *Times* hizo constar, y lo mismo probablemente ocurrirá también aquí, que los defensores judíos pasaban por alto el contenido textual de los Protocolos, atacando en cambio su clandestinidad, y al enjuiciar el texto lo hacían bajo la fórmula siempre repetida de que "es obra de un criminal, etc.".

Estos Protocolos, sin firma del autor, en forma en su mayor parte de manuscritos, copiados dificultosamente a mano, sin apoyo de ninguna autoridad, escrupulosamente estudiados en las Cancillerías secretas de los Gobiernos, entre cuyos altos funcionarios circulaba de mano en mano, siguen dando señales de vida, acrecentándose constantemente en importancia y pujante convicción merced a la claridad y persuasividad de su contenido. ¡Qué obra más admirable si de un criminal o un loco! La única prueba fehaciente de su legitimidad la lleva la obra en sí misma, y en esta fuerza comprobativa interior, como dice también el *Times*, debería concentrarse toda la atención pública. Pero aquí es donde precisamente se inicia la maniobra de desviación de los judíos.

Estos Protocolos nos obligan irresistiblemente a repetir las preguntas: ¿Poseen los judíos un sistema de dominio mundial organizado? ¿Cuál es su política? ¿Cómo se le pone en práctica? Estas preguntas encuentran contestación en los Protocolos. Quienquiera que sea el autor, conste que poseía profundos conocimientos de la psicología humana, de Historia y de alta política, que extrañan, pero infunden también pavor contra quienes van dirigidos. Ni un loco, ni un criminal cosmopolita podría ser nunca el autor de esta obra, sino que con mayor probabilidad debe serlo un hombre de preclara inteligencia y dominado por un amor fanático hacia su pueblo y su fe, si es que en realidad fué uno solo el autor de estas múltiples sentencias. Esta obra refleja una realidad demasiado terrible para poder ser una ficción fantástica; sus ideas están demasiado cimentadas en realidades para que

puedan ser elucubraciones, y su conocimiento es demasiado profundo para que pueda surgir de un engaño.

Los ataques judíos contra la obra se fundan especialmente en el hecho de que el libro provenga de Rusia. Esto no es cierto. Vino a nosotros *pasando* por Rusia. Los Protocolos estaban contenidos en un libro editado en 1905 por el catedrático ruso Nilus, el cual intentó ampliar los Protocolos a raíz de los acontecimientos que en aquel entonces ocurrieron en Rusia. Esta forma de publicación y sus comentarios dieron al libro el carácter de ruso, que aprovecharon hábilmente los portavoces judíos en Inglaterra y en América, donde la antigua propaganda judía en países anglosajones había de largo tiempo conseguido inculcar a nuestros pueblos una idea muy particular con respecto a todo lo concerniente a Rusia y su pueblo. Uno de los burdos engaños con que se ha falsificado la opinión pública mundial es lo que los agentes judíos dijeron y escribieron sobre el carácter del pueblo legítimo ruso. La suposición de que los Protocolos sean de origen ruso no persigue otro objeto que el de hacerlos inverosímiles.

La estructura interna de los Protocolos demuestra claramente que éstos no han sido escritos por un autor ruso ni siquiera se han redactado en idioma ruso, ni bajo la influencia de acontecimientos rusos y sí únicamente encontraron primero su camino en Rusia, donde por vez primera se publicaron. En forma de manuscritos han sido conocidos por los diplomáticos en todo el mundo. Doquiera que el poder judío fuera lo suficientemente fuerte, los suprimió hasta por medios los más violentos.

Sin embargo, su larga experiencia invita a reflexionar. Los portavoces judíos la explican diciendo que los Protocolos excitan al antisemitismo, y que a este fin se les conserva. Pero ahora resulta que en EE. UU. no existía un antisemitismo tan amplio, ni tan profundo, que se hubiese podido ensanchar y ahondar con los Protocolos. La divulgación de los Protocolos en América sólo puede explicarse por el hecho de que vienen a irradiar viva luz sobre los acontecimientos ya obser-

vados, dándoles mayor importancia, cuyos acontecimientos a su vez son tan importantes y característicos que vuelven a proporcionar una mayor importancia a estos documentos de por sí indocumentados. Las mentiras inadecuadas no suelen tener larga vida. Los Protocolos han penetrado ahora en lugares mucho más elevados que nunca, y por fin han obligado a precisar puntos de vista frente a ellos.

No serían estos Protocolos precisamente más valiosos ni más interesantes, aun cuando llevasen el nombre de Herzl como autor. Su ànónima clandestinidad no mengua su valor en la proporción que la falta de una rúbrica podría desvalorar una obra de arte de reconocido mérito. Más vale que la fuente en que brotaron los Protocolos quede ignorada. Aun cuando se supiera exactamente que alrededor del año 1896, en Francia o en Suiza, un grupo de judíos internacionales reunido en una conferencia hubiese estipulado un programa de dominio mundial, sería fácil demostrar que tal programa no fué sino un mero capricho a no ser que hubiera sido cimentado y apoyado por considerables esfuerzos para realizarlo. Los Protocolos constituyen un programa mundial, de esto no cabe duda alguna. De quién es este programa, lo dicen los Protocolos mismos. Pero ¿qué sería al fin y al cabo más valioso para su manifestación exterior: una, seis, veinte firmas rubricadas, o bien una cadena ininterrumpida durante 27 años de insólitos esfuerzos para realizar aquel programa?

De primordial interés para nosotros, no es cuestión si un "criminal o loco" ha redactado aquel programa, sino el que éste, una vez redactado, hallara los medios conducentes para realizarse al menos en sus puntos esenciales. El documento, propiamente dicho, es de importancia relativamente pequeña; la situacion total, y las circunstancias, en cambio, sobre las que el documento llama la atención mundial, son en su base de conjunto y en sus consecuencias, de la mayor importancia para el mundo civilizado.

"Somos una nación, un pueblo... Cuando los judíos nos hundamos, seremos proletarios revolucionarios, seremos los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros subirá también el inmarcesible poder del dinero judío..."

Teodoro Herzl: "Un Estado judío", págs. 5-23.

IX

FUNDAMENTOS HISTORICOS DE LA ASPIRACION JUDAICA POR LA HEGEMONIA UNIVERSAL

Al iniciarse la publicación de los presentes artículos quedó roto el encanto que hasta entonces rodeara en este país la cuestión judía y la del programa de lucha por la hegemonía mundial. Ya es posible ahora pronunciar la palabra "judío" en serias discusiones, sin miedo o recelo de ninguna clase. Esto parecía ser privilegio exclusivo de los publicistas judíos, que, naturalmente, utilizaban la palabra sólo en sentido de propaganda filosemita muy bien estudiada. Podrán sin cuidado eliminar ciertos párrafos de las obras de Shakespeare en las escuelas públicas, por causar éstos disgustos a los judíos. Pueden también exigir que se retire de la Biblioteca de Boston un hermoso cuadro de Sargent, por representar una sinagoga cayndo en ruinas. Pero cuando del lado no-judío se advierte la más pequeña inisinuación de que el no-judío se ha apercibido de la existencia del israelita, levántase inmediata y clamorosamente el reproche del prejuicio.

Efecto de ello ha sido prohibir una libre discusión, que encuentra raro paralelo en la historia de nuestro país. En un banquete se prohibió la palabra "judío" con relación a las costumbres comerciales de ciertos banqueros judíos. Otro comensal judío preguntó en seguida si al orador le parecía muy

“americano” estigmatizar de tal manera a otra raza. El aludido contestó secamente: “Sí, señor”, cosechando el aplauso unánime de la concurrencia. En aquel Estado de la Unión la libertad de los comerciantes había sido realmente coartada por aquella ley no escrita, según la cual los judíos nunca deben señalarse como tales judíos.

Nadie hubiese podido predecir hace un año que un gran periódico, como es *Chicago Tribune,* consideraría buena política publicar en primera plana, y columna primera, un artículo de fondo, sancionado por la firma editorial, que tratara del programa judío por la hegemonía mundial, y en cuyo título apareciera en grandes letras la palabra “judío”, palabra que se repetía sin eufemismo en el resto del texto. Generalmente se suele proceder como cierto periódico del Este americano al tratar de este mismo asunto, que siempre, donde aparecía el concepto “judío internacional”, lo modificaba consecuentemente en “financiero”.

Chicago Tribune publicó, pues, con fecha 19 junio 1920, en primera plana y en columna primera, una crónica cablegráfica de su corresponsal especial John Clayton y bajo el título de “Trotzky conduce a los radicales judíos al poder mundial. El bolchevismo es sólo un medio para sus fines”, cuyo primer párrafo decía: “Durante los dos últimos años los oficiales del servicio informativo y los miembros de los diferentes servicios secretos de los Aliados han reunido datos sobre un movimiento revolucionario mundial, aparte del bolchevismo. Al principio las noticias confundieron estas dos ideas, pero últimamente se van desenredando los múltiples hilos del misterio.”

Según dijimos en otro lugar, pertenece también a esta organización nuestro servicio informativo, si bien es de suponer que gracias a las influencias judías sobre nuestro Gobierno no se perseguían estos asuntos con igual celo y persistencia como se haría en otros casos. Sabemos de todos modos de origen judío, para no citar otros, que nuestro Ministerio de

Gracia y Justicia se interesó vivamente durante algún tiempo de estos asuntos y que incluso llegó a iniciar indagaciones.

Lo más notable en el informe anterior es que varios altos burócratas de la Entente han mostrado mucho interés en este asunto durante dos años, y este sistema no deben olvidarlo aquellos que siempre dicen que todo el asunto se debe a intrigas alemanas. A la primera señal de manifestarse la cuestión judía en América se contestó inmediatamente por los judíos afirmando que se trataba de un artículo de importación alemana, y que la ola antisemita que entonces inundara Alemania para evitar al país las excesivas influencias revolucionarias judías sólo era una artimaña alemana para culpar a los judíos de su derrota bélica. Precisamente los rabinos americanos predican ahora que toda guerra ha sido seguida de violentos "ataques" contra los judíos. Bien es verdad y hecho innegable que cada nueva guerra va abriendo los ojos de los pueblos sobre la paz y la guerra, y debe suponerse que este hecho merece una explicación algo más seria que la del mero prejuicio. Además, según demuestra aquel artículo de la *Tribuna*, apoyado por todas las observaciones imparciales, no se reduce ahora la cuestión judía a Alemania solamente, donde ni siquiera se presenta con caracteres graves, sino que precisamente "los servicios secretos de los Aliados" fueron los que se mostraron más activos en este asunto.

El segundo párrafo del artículo distingue entre el bolchevismo y la aspiración judía por la hegemonía mundial, diciendo que "el bolchevismo aspira a la subversión de la sociedad existente y a la confraternidad internacional de los obreros manuales como dueña del mundo. El segundo movimiento anhela una hegemonía mundial de una sola raza. Según lo que los agentes de los Gobiernos británico, francés y el nuestro han podido averiguar, los jefes de este movimiento son judíos radicales".

Se hacen constar además en la crónica los siguientes hechos: "En las filas del comunismo existe un grupo de este segundo partido, pero sin conformarse. Para sus portavoces

el comunismo es sólo una cuestión secundaria". (Esto recuerda lo dicho por Lord Eustace Percy y reproducido en la revista canadiense *Jewish Chronicle*: "No porque al judío le importe el lado positivo de la ideología radical, ni porque le interese ser partícipe en un nacionalismo o democracia no-judías; sino por su innato *odio* contra todo sistema de Gobierno no-judío"). "Están dispuestos a aprovechar para sus fines la insurrección islamita, el odio de los imperios centrales contra Inglaterra, las intenciones del Japón en la India y las competencias comerciales entre América e Inglaterra".

"Como todo movimiento revolucionario mundial debe serlo, así también este movimiento es genuinamente antianglosajón". "La organización de la revolución mundial radical-judía está en cada país casi concluída". "Las tendencias de este partido judío-radical no destacan ningún fondo altruísta, sino que anhelan exclusivamente el libertinaje de su propia raza".

No podrá negarse que estos hechos tienen algo de intranquilizadores. Si se hubieran publicado en cualquier folleto anónimo, todo lector medianamente serio los despreciaría por absurdos: ¡tan ingenuo es el ciudadano corriente frente a las influencias ocultas que actúan sobre su vida y que van formando su destino! Pero publicados en un gran periódico solvente, habrán de ser apreciados desde otros puntos de vista. Tampoco se conformó la *Tribuna* con aquel único artículo, sino que con fecha 21 junio 1920 apareció otro artículo de fondo titulado "Cataclismo mundial". Saltaba inmediatamente a la vista que este segundo artículo tenía por objeto evitar posibles equívocos nacidos del primero; decíase en él que "la participación judía en este movimiento anhelaba una hegemonía mundial de razas". A continuación añade que mientras los judíos de otros países por razones naturales quizá coadyuvaban a este cataclismo mundial, "los judíos de Inglaterra y Estados Unidos eran sanos legitimistas y representantes conservadores de las tradiciones nacionales": Bien si fuera verdad. Pero esta afirmación podría hacerse apenas pa-

ra diez de cada mil judíos como individuos particulares. Es ciertísimo que esta afirmación no puede ser aplicada a todos aquellos elementos internacionales que manejan los hilos invisibles de todos los Gobiernos, y que durante estos últimos seis años trágicos se ocuparon de los asuntos mundiales en una forma tan inequívoca que de una vez para siempre tiene que aclararse. De manera fatal, todos los judíos ingleses y americanos habrán de soportar una época de intranquilidades que el mundo les ahorraría gustosamente, pero que parece inevitable mientras no se haya dicho toda la verdad y, sobre todo, mientras la gran masa de los judíos no se haya separado radicalmente de aquellos elementos que hasta ahora gozan todavía de su más profunda veneración.

Merece la pena ser estudiado el efecto que causó la publicación de la intencionada hegemonía mundial judía tanto sobre judíos como sobre no-judíos. Los publicistas judíos comenzaron por negar este intento en absoluto; todo era falso, todo mentira, todo inventado por los enemigos de los judíos para incitar odios y matanzas. Pero a medida que se van acumulando pruebas, va modificándose el tono de su criterio. Bien... Admitiendo que algo de eso sea verdad, "¿sería de extrañar que los pobres judíos oprimidos, conducidos por sus sufrimientos casi a la locura, soñaran en derrotar a sus enemigos, ocupando los puestos de Gobierno?".

Frente a este hecho diría quizá el no-judío: "Perfectamente, pero aquí se trata de judíos rusos, que a nosotros no nos importan nada. Los judíos americanos son intachables, y nunca conspirarán de esta manera". Pero si el no-judío penetrara algo más en el fondo de las cosas. tendría que admitir que existe cierto movimiento revolucionario mundial, que va conmoviendo ya nuestro país, y cuyos espíritus conductores son judíos revolucionarios. Una vez llegado a este punto, o bien se mostrará la tendencia de admitir la teoría de que todo este movimiento según su origen, agitación, forma de propaganda y tendencia es realmente judío, o habrá de admitirse la teoría de que en efecto se trata de un movimiento

mundial; pero que éste es judío *sólo por casualidad.* La impresión final, tanto en judíos como no-judíos, será, sin embargo, que algo existe que corresponde a las primitivas afirmaciones. Así dice, por ejemplo, *Christian Science Monitor,* de cuya importancia cómo revista nadie dudará, dedicando un artículo de fondo a este asunto: "Sin embargo sería un error fatal creer que el peligro judío no existe con tal de que se le diera otro nombre y otra atmósfera. También y según uno de los más ilustres libros del Antiguo Testamento se le podría llamar "el horror de la noche", porque a sabiendas o inconscientemente quiere decir el profesor Nilus lo mismo que el salmista comprende bajo la potencia de lo espiritualmente malo. En otras palabras: para todo el que comprende el signo de los tiempos es un hecho innegable que existe una organización secreta e internacionalmente política que trabaja incesantemente por medio de su central psicológica, mientras la Humanidad, que debería estar despierta, se halla en un sopor profundo . El *Monitor* recomienda se eviten los prejuicios, pero que no se desprecien las leyes de la lógica. Esto está muy bien hecho y corresponde al deseo de toda persona ecuánime que se haya propuesto estudiar este grave asunto. Pero con mucha frecuencia nace la dificultad de un desprecio de los hechos, que no se quieren razonar lógicamente. Se puede afirmar con certeza que en la mayoría de los casos existen prejuicios en contra y a pesar de los hechos, pero que no son motivados por éstos. Dos prejuicios hay que evitar ante todo, cuando uno quiere dedicarse a estos estudios. El primero consiste en creer que el programa para la hegemonía mundial judía, si existe, sea de origen reciente. Al nombrarse tal programa, suelen suponer los no-judíos que éste se ha publicado la semana última, o el año próximo pasado, o por lo menos en nuestra edad moderna. No hace falta que sea precisamente así, y menos aún tratándose de asuntos judíos. Salta a la vista que si tal programa hubiera de confeccionarse hoy día, debería necesariamente tener un carácter completamente distinto del que lleva el que tenemos a la vis-

ta. Existe un programa moderno, pero no tiene punto de comparación, ni en cuanto a volumen ni a profundidad, con el existente ya desde hace mucho tiempo. Las constituciones completas de Gobiernos invisibles no son fruto de reuniones secretas, sino que representan el trabajo espiritual acumulado y la quintaesencia de experiencias seculares. Además, por muy propensa que una generación moderna sea a despreciar tales planes, representa tan sólo el hecho de que éstos ya existen desde hace siglos en forma de antiguo y secreto ideal de raza, razón poderosa para una tolerancia respetuosa y hasta para su realización por parte de la generación actual. No radica idea alguna más profundamente en la raza judía que la de que ellos son una nación predilecta, y de que su porvenir será más próspero de lo que lo fuera su pasado. Gran parte de la humanidad cristiana reconoce esta tesis y hasta puede ser cierta, pero, en un Universo moral, no puede manifestarse con métodos como los que han sido empleados y como se siguen empleando.

Pero al citar la antigüedad de la idea del Pueblo predilecto, sólo se quiere facilitar el razonamiento de que no sería obvio que entre los muchos programas que se han ido formando alrededor de esta idea para su realización práctica, también existiera uno en cuya confección hayan colaborado los más preclaros ingenios de Israel con lo mejor de su intelecto y corazón con objeto de asegurar su éxito. El que exista tal plan lo han creído muchos sabios que han penetrado profundamente en las relaciones secretas del mundo, y el que dicho plan haya sido ensayado con diversos trajes, por así decirlo, en algún que otro escenario nacional, antes de su función definitiva en el teatro mundial, es convicción y creencia de personas cuyas sabiduría tampoco puede discutirse.

Acaso fuera posible que aquí tuviéramos que ocuparnos de un asunto del que los actuales judíos, y hasta los más importantes internacionalistas originalmente no son responsables. Quizá formen parte de su antigua herencia mosaica. Si

se tratara de una creación moderna, es de suponer que desaparecería con la misma prontitud con que apareció.

Otro prejuicio que evitar es suponer que cada judío con quien se tropiece es conocedor de la existencia de este programa. La idea principal del triunfo final de Israel es familiar a cada judío que no haya perdido el contacto con su pueblo, pero en detalle ignora los planes existentes para la realización de este triunfo. El judío corriente no penetra en las combinaciones del grupo secreto, a no ser en casos muy excepcionales. En cambio se comprenderá que la realización del triunfo final judío no contraría a ningún judío, y si efectivamente los medios empleados al final fueran algo violentos, no vería cada judío en ello más que una recompensa muy insuficente por los sufrimientos que, según opinión de todos los judíos, ha hecho padecer en muchos siglos a los hijos de David el mundo no-judío.

Una vez eliminados estos dos prejuicios, se llega a la conclusión inevitable de que si existe hoy día tal programa judío para acaparar la hegemonía mundial, éste, necesariamente, debe existir a sabiendas y con ayuda activa de cierto número de individuos, y que estos grupos deben tener una cabeza oficial. Llegados a esta conclusión, los investigadores quedarán, seguramente, sin poder seguir adelante más que en ningún otro punto. La idea de un Soberano judío resulta demasiado estrambótica para el entedimiento de quien no está en permanente contacto con la cuestión promordial. Y, sin embargo, no existe raza alguna que aguante más voluntariosa la autocracia como la raza judía, ninguna que anhele y respete el poderío en mayor grado que ella. Sólo su comprensión del valor del poderío explica el raro desarrollo de todas sus manifestaciones. El judío es cazador de fortunas, por la razón, principalmente, de que hasta este momento el dinero es lo único que conoce, porque le ofrece los medios para crearse cierto poderío. Los judíos que han alcanzado determinada preponderancia por medios diferentes, son relativamente pocos. Esto no es una tesis antisemita. sino que un célebre mé-

dico judío inglés manifiesta lo mismo diciendo: "Los demás medios para obtener prerrogativas sociales le son vedados. Y cuando sabe que la riqueza le asegura títulos, estima e influencias ¿se le puede reprobar por su deseo de adquirir riquezas para comprarse con ellas una posición social y hasta la sociedad entera, que tan inicuamente se inclina ante el Becerro de Oro?"

El judío no se opone a los reyes propiamente dichos, sino contra aquellas formas de Estado que no admiten un rey *judío*. El futuro autócrata será un rey judío sentado en el trono de David: en este detalle coinciden todas las profecías antiguas y los documentos del programa de hegemonía mundial.

Ahora bien: ¿existe actualmente en el mundo este Rey? Y si este no existe, existen por lo menos personas que lo puedan elegir? Ya desde los tiempos anteriores a la Era cristiana no existe oficialmente un Rey de los judíos, pero desde los alrededores del siglo XI se consideraron los "príncipes del destierro" como soberanos de los judíos esparcidos entre los pueblos del mundo. Se llamaron, y aun hoy se llaman, los "exilarcas". En su séquito se encontraban los sabios de Israel, que formaban la Corte y dieron las leyes a su pueblo. Residían, según las necesidades de la época y según las circunstancias, en países cristianos o musulmanes. Si este cargo finalizó con el último exilarca públicamente conocido, o si únicamente desapareció de la superficie histórica, si se abandonó del todo, o si sigue existiendo bajo otra forma, todo son interrogantes abiertos. Generalmente conocido es el hecho de que existen magistrados para una justicia universal judía. El que existan también organizaciones mundiales, es decir, organizaciones dentro de la comunidad sumamente firme del pueblo judío, es tan conocido como el hecho de que existe absoluta uniformidad en el mundo entero para ciertas manifestaciones de su carácter general. No hay nada en la posición o en la ideolgía del judío moderno que pudiera oponerse a la suposicón de la existencia de un exilarca judío en la

actualidad, sino que, por el contrario, tal idea debe ser para ellos de valioso consuelo.

La "Enciclopedia Judía" dice a este respecto: "Lo raro es que los exilarcas aun se mencionan en las Ordenanzas del Sábado del ritual asquenasio (oriental)... Los judíos del ritual sefardita (occidental) no han mantenido esta institución caduca, como tampoco aparece en la mayoría de las sinagogas reformadas del siglo XIX".

Existe hoy un Sanedrín judío, o sea una corporación gubernativa o consultiva compuesta de judíos, que ejerce la inspección suprema sobre los miembros de su pueblo repartido en el mundo entero? El antiguo Sanedrín judío fué una institución sumamente interesante. Su origen y la forma de su constitución yacen en las tinieblas. Se componía de 71 miembros incluído el presidente y hacía el papel de un senado político. No se puede encontrar fuente alguna, de la que tomara el Sanedrín su autoridad gubernativa. No fué nunca una corporación elegida, no fué democrática, ni ostentó el carácter de representación de nadie. No aceptaba responsabilidad frente a su pueblo. En todos estos detalles fué genuinamente judío. El Sanedrín era nombrado por el Soberano o el sacerdote, no con objeto de representar los intereses del pueblo, sino para ayudar al Soberano en sus trabajos administrativos. Reuníase por orden especial, o en permanencia nombrando continuamente a sus miembros. Su constitución parece haber sido de la misma forma como el conocido sistema por el que una aristocracia, con menoscabo del desarrollo político del pueblo, se suele mantener en el poder. La "Enciclopedia Judía" explica: "El Sanedrín, completamente aristocrático en su carácter, tomó probablemente su autoridad de sí mismo, componiéndose de los miembros de las familias más influyentes de la aristocracia y del clero".

Esta corporación fué secundada por otra parecida, que administraba los intereses religiosos del pueblo. Al parecer se reclutaban sus miembros entre clases más relacionadas con la masa del pueblo.

El Sanedrín ejercía su poder gubernativo no sólo sobre los judíos residentes en Palestina, sino también sobre los esparcidos por toda la tierra. Como Senado con poderes inmediatamente políticos, cesó con el hundimiento del Estado judío en el año 70 de la Era cristiana, pero no faltan indicios de su persistencia como corporación consultiva hasta el siglo IV de nuestra era.

El año 1806, y para contestar a ciertas preguntas relacionadas con el judaísmo, se reunió por orden de Napoleón una asamblea de notables judíos franceses. Esta por su parte convocó el Sanedrín, para obtener el beneplácito de la comunidad judía del mundo entero a las respuestas dadas a Napoleón. Este Sanedrín se reunió en 9 febrero 1807 en París, y siguió las normas antiguas, estando compuesto de judíos residentes en toda Europa, para dar la máxima autoridad y el peso del judaísmo mundial a los convenios que pudieren concertarse con Napoleón.

Después de publicadas sus decisiones,, declaró el Sanedrín de 1807 que se identificaba completamente con el Sanedrín antiguo y que era "una asamblea legal revestida del poder necesario para decretar ordenanzas que favorezcan el bienestar del pueblo de Israel'

La importancia de estos hechos radica en que todo lo que hagan los actuales jefes del judaísmo para mantener la política y la constitución de Israel, no significa nada nuevo, ni puntos de vista contemporáneos, ni tampoco puede ser prueba de un plan moderno. Dada la estrecha mancomunidad del pueblo judío, sería perfectamente natural que el antiguo Sanedrín existiera aún. Este antiguo Sanedrín parece haber tenido una jerarquía suprema compuesta de diez miembros que se distinguían especialmente en dignidad frente a los demás miembros, y sería muy natural que se agruparan hoy los jefes del judaísmo en juntas separadas, según los países de residencia y los objetos especiales de cada grupo.

Cada año se reunen los judíos más influyentes de todos los países en asamblea universal; las convocatorias acusan un

poder autoritario propio sin miramiento de ninguna especie. Jueces de las más elevadas categorías en los Tribunales Supremos de diferentes países, financieros internacionales, oradores judíos del "liberalismo", que son escuchados y estimados también por elementos no-judíos, estrategas políticos pertenecientes a todos los partidos del mundo entero, se reunen donde se les antoja, y de los temas de sus discusiones publican sólo aquellos que tienen por conveniente. No es de suponer que todos los que participan en estas asambleas sean igualmente miembros del más secreto grupo central. La lista de estos diputados suele contener docenas de nombres que nadie quisiera mezclar con los de Lord Reading (Isaacs), o del juez Brandeis. Al reunirse el moderno Sanedrín (y lo más natural del mundo fuera que lo hiciera), es dentro del más estrecho círculo de personas que gozan también la aprobación de la aristocracia financiera, intelectual y potencial judías.

El mecanismo de un supergobierno mundial judío existe, perfectamente listo para ser puesto en marcha. Todo judío está convencido de que posee la mejor religión, la mejor moral, las mejores normas sociales, el mejor método educativo y el mejor ideal de gobierno. No tiene necesidad de salirse de la espera de lo que le parece lo mejor, cuando quiera hacer algo para favorecer el bienestar, o realizar algún programa referente al resto de la humanidad.

De este antiguo mecanismo, del que se sirve el judío en todas sus manifestaciones, se dejan ver sólo algunas piezas. Hay reuniones parciales de las cabezas principales en el terreno de la fianza, de la política o del intelecto. A estas reuniones se les da a veces publicidad. Otras tienen lugar en cualquier capital del mundo y sin publicar su objeto; llegan a determinada población, discuten y se marchan.

Queda aún por averiguar si existe un Soberano universalmente reconocido. Pero de ningún modo puede dudarse de la existencia de una política que se podría llamar "de asuntos exteriores", es decir, de ciertos puntos de vista y de un

plan activo en relación con la humanidad no-judía. El judío se siente siempre como si viviera dentro de un mundo de enemigos, pero al mismo tiempo se considera también miembro de un pueblo, de *un único pueblo*. Debe, pues, frente al resto del mundo, seguir una política exterior. Por necesidad tiene que ocuparse de los asuntos universales, que, por otro lado, no puede hacer sino reflexionando sobre el ulterior desarrollo de los mismos, reflexión de su parte que tiene necesariamente que inducirle a intentar influenciarlo en su favor.

El Gobierno judío invisible, su posición frente a la demás humanidad no-judía, y su política a seguir en el porvenir, no son, pues, tan absurdos como en principio pudiera parecer. Al contrario, dada la posición tan extraordinaria del judaísmo, todo resulta completamente natural. Su posición mundial no es realmente a propósito para hacerles dormitar confiadamente, sino que es la que hasta le obliga a crear organizaciones protectoras contra futuras posibilidades, y un programa que fuerce tales probabilidades en un sentido favorable a su raza. La suposición de la existencia de un Sanedrín, es decir, de una corporación mundial que comprenda a los judíos más influyentes de todos los países, la del exilarca, o sea el jefe reconocido del Sanedrín como misterioso precursor del venidero autócrata mundial y hasta la suposición de un programa mundial (como todo Gobierno lleva sistemáticamente su política exterior), todo ello no tiene nada de irracional ni inverosímil. Tales instituciones son resultado lógico del conjunto de hechos. Pero es también natural que no todos los judíos, individualmente, las conozcan. El Sanedrín fué siempre una aristocracia, y lo es actualmente. Cuando algunos rabinos declaran desde sus púlpitos que no saben nada de todo esto, quizá digan la verdad. En lo que el judío internacional se puede apoyar firmemente, es en la probabilidad de que cada individuo judío posee las cualidades necesarias para conducir a su raza por caminos de influencia y poderío. Por poco que la masa conozca los jefes judíos en sus pormenores y su programa mundial, es lo cierto que miran

con suma estima y con absoluta confianza aquellas personas que, de existir, tienen que realizar prácticamente tal programa.

La tesis 24 del programa de los "Sabios de Sión", dice a este respecto: "Ahora voy a tratar de la forma y manera, cómo las raíces de la casa de David han de penetrar hasta las capas más profundas de la tierra. Esta dinastía, hasta hoy, ha conferido a nuestros sabios, educadores y guías de todo saber humano, el poder para dominar los asuntos del mundo entero".

Y admitiendo esto como cierto, significaría (según sigue diciendo el programa), que si el Soberano mundial no existe aún, la dinastía empero, o sea la estirpe de David, señala a los Sabios de Sión la labor de preparar su advenimiento. De estos sabios se dice, además, que no sólo preparan el camino a los venideros conductores del destino de Israel, sino que forman e influencian el modo de pensar humano para que sea favorable a sus planes. Aunque el propio programa permanezca en tinieblas, su ejecución o los efectos de su ejecución no podrán quedar ocultos. Será por esta razón seguramente factible recoger en el mundo exterior aquellos hilos, que seguidos retrospectivamente hasta sus puntos de origen, descubrirían un programa, cuyo contenido, con relación al resto de la humanidad, sea bueno o malo, merece conocerse lo más ampliamente posible.

revolucionarios desaparecieron, mas el programa recopilado en los Protocolos se realiza constantemente, no solamente en Francia, sino también en toda Europa, y muy particularmente en Estados Unidos de América.

En la forma actual de la obra, que seguramente es la original, no se descubre contradicción alguna. La advertencia de su fuente judía, parece ser esencial para la unidad de toda la obra. Si estos Protocolos fueran realmente una patraña, como lo quieren hacer creer sus impugnadores judíos, no cabe duda de que los falsarios hubiesen tratado de acentuar el origen judío tan forzosamente, que al propio tiempo se hubiese descubierto la intención antisemita. Pero debe hacerse constar que la palabra "judío" sólo aparece dos veces en toda la obra. Sólo luego de haber penetrado mucho más profundamente en la materia de lo que la superficialidad del lector común suele hacer ante semejantes lecturas, se comprende el plan para la entronización de un soberano mundial, y sólo entonces se va también comprendiendo de qué estirpe ha de ser éste.

En cambio, la obra en su totalidad no deja la mínima duda con respecto al pueblo, contra el cual va dirigido el diabólico plan. No niega el concepto de aristocracia, ni el de capital, ni tampoco el de gobierno en su esencia, sino que hay muy detalladas disposiciones previstas para utilizar la aristocracia, el capital y la autoridad gubernativa en la definitiva realización. El plan todo va dirigido contra el pueblo del mundo, llamado generalmente "infiel". Esta repetida denominación de "los infieles" elimina cualquier duda con respecto al objeto de los documentos. La mayor parte de las corruptoras disposiciones "liberales" tienden a conquistar a las masas populares como tropa auxiliar, y esto en forma de que estas, al tiempo de ser sistemáticamente degeneradas y ofuscadas, se troquen en ciegos instrumentos de sus seductores. Los movimientos de la plebe de carácter "liberal", deben ser apoyados, todas las teorías disolventes en materia de religión, economía, política y vida hogareña han de difundirse y cultivarse para socavar las comunidades humanas de modo tal, que al realizarse después el plan definitivo, los pueblos ni siquiera lo adviertan, y estén ya completamente sojuzgados, al hacerse patente lo falso de todas estas teorías.

La frase más común en los documentos no es la de afirmar:

"nosotros los hebreos haremos esto o lo de más allá", sino que se dice: "Los infieles llegarán a pensar o hacer esto o aquello". Salvo en muy contados casos en las últimas tesis, el único concepto distintivo de razas es la palabra "infieles". Dice, por ejemplo, en este sentido la primera tesis. "Las cualidades valiosas del pueblo, o sean: honorabilidad y lealtad, constituyen también vicios en política porque con mayor seguridad y certeza que el enemigo, llevan a la ruina. Estas cualidades son características en la política de los infieles. Nosotros no debemos guiarnos por ellas"; "sobre las ruinas de la hereditaria nobleza de los infieles, erigimos la aristocracia de nuestras clases intelectuales, en especial la aristocracia del dinero. Hemos basado los fundamentos de esta nueva aristocracia sobre los de la riqueza que dominamos, y sobre las ciencias guiadas por nuestros sabios". Dicen también: "Obtendremos mediante la violencia aumentos de salarios y jornales, que no serán de provecho alguno para los obreros, pues provocaremos al mismo tiempo un mayor aumento de precios en todo lo necesario a la vida, afirmando, empero, que esto es la conseuencia de una crisis de la agricultura y la ganadería. Zaparemos también, artificial y hondamente las raíces de la producción industrial, inculcando al obrero ideas ácratas y seduciéndole mediante el abuso del alcohol. Simultáneamente adoptaremos medidas para desterrar a los infieles". (Un falsario con tendencias antisemitas hubiese podido, tal vez, escribir estas cosas en estos últimos cinco años. Mas las palabras citadas fueron impresas hace ya 17 años, tal como lo demuestra la copia que se halla desde el año 1906 en el Museo Británico de Londres, habiendo circulado estos Protocolos en Rusia desde largos años antes).

Después el texto citado sigue diciendo: "Para que no sea comprendida prematuramente por los infieles, la situación real y verdadera, la ocultaremos bajo el manto de aparentes esfuerzos en favor de las clases trabajadoras, propagando vastas ideas sociales, cuyas teorías discutiránse apasionadamente".

Demuestran estos párrafos el estilo de los Protocolos en lo que se refiere a los partidos políticos. "Nosotros" quiere decir siempre los autores, en tanto que "los infieles" son aquellos sobre quienes se escribe. Obsérvase esto con suma claridad en la tesis 14, donde se dice: "En esta disparidad del modo de sentir y de juzgar entre los

infieles y nosotros, queda nítidamente visible el sello de nuestra elección como pueblo privilegiado, como a seres humanos más perfectos ante los infieles, que sólo tienen un espíritu instintivo, animal. Ellos observan, mas carecen de reflexión; si algo inventan, son siempre objetos materiales. Surge de todo ello inequívocamente, que la Naturaleza nos destinó a dominar y conducir al mundo". Esto fué desde los más remotos tiempos y para definir claramente los dos grandes sectores que forman la humanidad, afirmaremos que todo no-judío debe ser considerado infiel.

La utilización del concepto "judío" en los Protocolos puede caracterizarse citando párrafos del capítulo 8, que dicen: "Mientras no podamos, sin peligro, encomendar los puestos gubernativos de mayor responsabilidad a nuestros hermanos judíos, los confiaremos a individuos cuyo pasado y cuyo carácter sean de índole tal, que entre ellos y su pueblo medie un abismo".

La costumbre de hacer avanzar "frentes de infieles" para ocultar las señales del predominio hebreo, se estila en la actualidad ampliamente en el mundo de las finanzas. Los serios adelantados que se lograron desde la fecha en que se escribieron aquellas palabras, nos lo demuestra un incidente ocurrido durante la convención de San Francisco, donde el apellido hebreo Brandeis fué citado para la candidatura a la Presidencia. Existen razones para suponer que la opinión pública se vaya habituando cada vez más a ver desempeñados los más altos puestos administrativos por judíos. En realidad, sería éste un paso muy pequeño desde donde ahora ejercen su influencia. No hay, en efecto, departamento oficial alguno de la Presidencia en el que los hebreos no cooperen y decidan en secreto. El desempeño oficial del cargo de Presidente no se les hace necesario para acrecentar su poderío, sino a lo sumo para favorecer determinados objetivos, que corren paralelos con los planes esbozados en los mencionados Protocolos.

Otro punto, que choca al atento lector de la obra, es que dichos documentos carecen por completo de todo indicio de exhortación. No sirven a ningún objetivo de propaganda, ni se esfuerzan en absoluto incitando el amor propio o la energía de aquellos para quienes fueron redactados. Son áridos y fríos como un expediente judicial, y tan sobrios como un formulario estadístico. No existe

retórica alguna, ni frases hechas como la de "hermanos, ¡levantémonos! ", ni clamoreo histérico como el de " ¡abajo los infieles! ". Si fueron los Protocolos redactados por judíos, y a judíos confiados o si contienen principios del plan mundial judío, también es cierto que de ningún modo fueron destinados para demagogos, sino para iniciados, cuidadosamente preparados, de las más elevadas categorías.

Inquirieron ciertos defensores de los judíos: "¿Es imaginable que si tal plan mundial existiera lo publicaran? ". Según todo lo hace suponer, los Protocolos fueron dados a conocer sólo verbalmente por sus autores. En su forma actual son apuntes que uno de los concurrentes hiciera de un discurso pronunciado, unos detallados y otros muy breves. Desde que los Protocolos fueron conocidos, se ha afirmado siempre que representan reseñas que fueron entregadas a interesados hebreos, residentes probablemente en Suiza o Francia. El intento de presentarlos como de origen ruso puede negarse en absoluto, no únicamente por su ideología, sino también por coincidencias cronológicas y por detalles gramaticales.

El contexto todo apoya la suposición de que originariamente fueron impartidas unas lecciones a estudiantes, exponiéndolo, y salta a la vista su primordial objetivo, no de hacerse aceptar como plan, sino más bien el de desarrollar explicaciones acerca de un plan que ya está en vías de realización. El texto carece de toda exhortación para aunar esfuerzos o para emitir juicios; dice claramente, por el contrario que no se desean discusiones ni juicios. ("En tanto predicamos libertades a los infieles, mantendráse a nuestro pueblo y a nuestros delegados en absoluta obediencia". "El proyecto de ley administrativa deberá emanar de un cerebro único. . . por ello, si bien tenemos que *enteramos* del plan de acción, es nuestro deber no discutirlo, a fin de no destruir su carácter unitario. . . La obra inspirada por nuestro jefe no debe, entonces, ser presentada a la masa, que la aniquilaría, ni siquiera a un ilimitado número").

Si se observaran los Protocolos en su contenido manifiesto, se hace evidente que el plan esbozado en estos apuntes y en la época en que se les dió lectura, no constituyó nada nuevo, pues nada apoya el supuesto de su origen moderno. Es su tono casi el de un legado religioso que se hubiera transmitido por personas dignas de

confianza, y de generación en generación. No se descubre en ellos ningún síntoma de una ideología moderna, ni entusiasmo juvenil, sino la apacible seguridad de hechos maduros y contrastados por el tiempo, y de una política aprobada en prolongadas épocas de experiencia práctica. Por otra parte, se hace en dos oportunidades referencia a su gran antigüedad de origen, expresándose en el primer Protocolo: "Ya en *épocas lejanas* fuimos los primeros en arrojar a las masas la falsa simiente de "libertad, igualdad, fraternidad". Se repitieron estas palabras, desde entonces infinidad de veces por los loros electoreros; de todos lados se agruparon en torno de este cebo, aniquilando así el bienestar de la humanidad y la verdadera libertad individual. Los infieles que se conceptúan inteligentes y racionales, no intuían el doble sentido de esas palabras, no advertían la mutua contradicción que envuelven, ni notaron que en la Naturaleza no existe igualdad. . ."

La segunda referencia a la edad original de los Protocolos, se halla en la sección 13, donde se expresa: "Las tareas políticas no incumben a aquellos que *desde hace largos siglos* prefijaron y condujeron nuestra política". ¿No sería posible que se refiriera esto a un Sanedrín judío secreto, que dentro de determinada jerarquía se herede de generación en generación?

Es preciso recopilar: los referidos autores y jefes no pueden ser de una casta hoy reinante, porque el contenido total de los Protocolos se muestra directamente hostil a los intereses de semejantes castas. En modo alguno puede referirse a ningún grupo nacional-aristocrático, verbigracia el de los "junkers" (agrarios feudales) germanos, porque el método propiciado privaría completamente a tal grupo de toda su preponderancia, sino que estos Protocolos pueden sólo concernir a un pueblo que no posee un gobierno propiamente dicho, que lo puede ganar todo, pero sin exponerse a perder nada, y que puede mantenerse firme aun dentro de un mundo en ruinas. No responde a estas premisas sino *raza única.*

Compréndese, además, por el tono de los Protocolos, que el orador o redactor no ansiaba honores personales, destacándose el documento por su carencia absoluta de toda ambición individual. Todos los planes, objetivos y esperanzas, son enfocados hacia idéntica meta: el porvenir de Israel. Parece que este porvenir sólo puede

realizarse mediante la destrucción científica de determinadas ideas primordiales de los no-judíos. Tratan los Protocolos de lo que a este respecto está hecho, de lo que queda aún por realizar. Jamás se llegó a conocer nada igual en cuanto a prolijidad de detalles, a amplísima proyección, ni a honda comprensión de las íntimas fuentes de todo proceder humano. Son verdaderamente terribles en su comprensión de los secretos de la vida, y aparte de terribles, temibles por la nítida conciencia de su superioridad. Efectivamente, los Protocolos merecerían el juicio que ciertos publicistas hebreos quisieron adjudicarles recientemente, de que son obra de un inspirado demente, a no ser que lo que se halla esbozado en sus distintas tesis no llevara también perceptiblemente el sello de grandes anhelos y hechos de nuestra vida actual.

Es justa la crítica que provocan estos Protocolos en el no-judío. No es posible contradecir ningún criterio sobre la mentalidad y volubilidad no-judías. Aun los más ilustres pensadores no-judíos no se dejaron engañar, considerando causas del progreso lo que hasta medianías intelectuales conceptuaron los medios más perversos de una propaganda engañosa.

Cierto es que de vez en cuando, alguno que otro pensador alzó la voz aseverando que tal ciencia no es realmente ciencia alguna; que las denominadas leyes económicas, lo mismo las de los conservadores que las de los radicales, nada tienen que ver con las leyes humanas, sino que constituyen artificiales sutilezas. Algún meticuloso observador ha notado también a veces que el actual exceso de diversiones e incontinencias no corresponde en realidad a las necesidades interiores de los pueblos sino que fueron sistemáticamente inducidos a ellas desde el exterior. Comprendieron también algunos que más de la mitad de lo que se suele llamar la "opinión pública" es en realidad asentimiento pagado y pura ficción, que nada tiene que ver con la espiritualidad pública del pueblo. Si de esta manera y sólo raras veces se había desenredado alguno que otro hilo (las masas no se enteraron jamás), siempre faltó, sin embargo, la tenacidad en la averiguación y la necesaria cooperación de los investigadores para poder seguir estos hilos hasta su verdadero origen. La principal explicación de la impresión que causaron los Protocolos en el transcurso de los primeros decenios sobre numerosos estadistas

gobernantes, es que por ellos se intuye de donde emana toda la mixtificación, y a qué carro están ellos mismos uncidos. Conceden estos Protocolos un hilo conductor a través del laberinto contemporáneo, y hora es ya de que los lleguen a conocer los pueblos.

Nada importa que se conceda a dichos Protocolos fuerza probativa, en lo referente a la cuestión judía o no. Lo evidente es que son un insuperable libro de texto para aprender la forma y modo cómo se manejan las masas populares, cual un rebaño de ovejas, merced a influencias que ellas no conciben. Puede sostenerse casi con absoluta certeza que una vez que sean conocidas las ideas fundamentales de los Protocolos entre las clases populares, y entendidas por los pueblos, la crítica que hasta hoy se ejerce en la mentalidad no judía, perderá su valor.

En capítulos ulteriores examinaremos más detenidamente los citados documentos, contestándose los interrogantes que a base de su texto pudieran plantearse. Pero se impone antes una pregunta: ¿será posible que sea llevado hasta su total realización el programa contenido en los Protocolos? Este programa *se está ya realizando* con pleno éxito. Muchos de sus capítulos principales se consolidaron en hechos reales. Empero, no es preciso que esto cause horror o espanto, pues nuestra más certera arma contra este demoníaco plan, tanto en sus partes ya realizadas como en las teóricas todavía, consiste en la más absoluta y amplia publicidad. Debe concederse a los pueblos el derecho de conocerlos. Se basa el método recomendado en los Protocolos en excitar a los pueblos, en alarmarlos, en despertar sus pasiones. El espíritu opuesto a los mismos desea *ilustrar* a los pueblos, la ilustración aleja los prejuicios. El lograr esto responde tanto al interés judío, como al no-judío. Los escritores hebreos se imaginan con frecuencia que los prejuicios existen sólo de una parte. Deberían propagarse ampliamente los Protocolos entre el propio pueblo judío, evitando así incidentes susceptibles de desacreditar su mismo nombre.

> *"Concluyendo este programa de nuestra Acción presente y futura daré lectura a los principios de nuestras teorías".* –*Tesis* 16.
>
> *"En todo cuanto hasta ahora dije, me esforcé en indicar a conciencia el secreto de acontecimientos pretéritos y*

con suma estima y con absoluta confianza aquellas personas que, de existir, tienen que realizar prácticamente tal programa.

La tesis 24 del programa de los "Sabios de Sión", dice a este respecto: "Ahora voy a tratar de la forma y manera, cómo las raíces de la casa de David han de penetrar hasta las capas más profundas de la tierra. Esta dinastía, hasta hoy. ha conferido a nuestros sabios, educadores y guías de todo saber humano, el poder para dominar los asuntos del mundo entero".

Y admitiendo esto como cierto, significaría (según sigue diciendo el programa), que si el Soberano mundial no existe aún, la dinastía empero, o sea la estirpe de David, señala a los Sabios de Sión la labor de preparar su advenimiento. De estos sabios se dice, además, que no sólo preparan el camino a los venideros conductores del destino de Israel, sino que forman e influencian el modo de pensar humano para que sea favorable a sus planes. Aunque el propio programa permanezca en tinieblas, su ejecución o los efectos de su ejecución no podrán quedar ocultos. Será por esta razón seguramente factible recoger en el mundo exterior aquellos hilos, que seguidos retrospectivamente hasta sus puntos de origen, descubrirían un programa, cuyo contenido, con relación al resto de la humanidad, sea bueno o malo, merece conocerse lo más ampliamente posible.

X

UNA INTRODUCCION A LOS "PROTOCOLOS JUDIOS" O "DE LOS SABIOS DE SION"

Todo aquel que se preocupa por la teoría de la hegemonía israelita, sabe que la manifestación actual de dicha hegemonía en el mundo práctico se compendia en 24 tesis, conocidas bajo el título de los *Protocolos de los Sabios de Sión,* que llamaron mucho la atención en Europa, siendo hasta hace poco la causa de un vivo movimiento en la opinión pública británica, en tanto que en Estados Unidos sólo se debatieron muy limitadamente. Son los documentos por los cuales hace un año el Ministerio de Justicia ordenó hacer investigaciones y que fueron publicados en Gran Bretaña por la casa editora oficial Eyre & Spottiswoode.

No se sabe quién fué el primero en dar a estos documentos el título de los "Sabios de Sión". Sin mutilaciones de importancia, podría eliminarse de ellos todo vestigio que delate su origen hebreo, conservando empero, los principales puntos de un programa para el sojuzgamiento del mundo, de tan amplísimo alcance como el orbe no viera hasta ahora. Y, no obstante semejante eliminación de toda advertencia de origen hebreo introduciría a los Protocolos una serie de contradicciones, que en su forma actual no existen. El objetivo último descubierto en los Protocolos consiste en zapar todo orden humano, toda Constitución de Estados para entronizar un nuevo poderío mundial en forma de despotismo ilimitado. Tal plan es imposible que saliera de una clase reinante, investida ya de plena autoridad y en el poder, sino más bien de anarquistas. Mas éstos no desean la monarquía como forma de gobierno de un Estado por ellos ansiado. Es posible imaginar más bien a los autores de la obra como una organización de revolucionarios parecida a la de aquellos franceses que reconocían al famoso duque de Orleans por jefe. Estos

revolucionarios desaparecieron, mas el programa recopilado en los Protocolos se realiza constantemente, no solamente en Francia, sino también en toda Europa, y muy particularmente en Estados Unidos de América.

En la forma actual de la obra, que seguramente es la original, no se descubre contradicción alguna. La advertencia de su fuente judía, parece ser esencial para la unidad de toda la obra. Si estos Protocolos fueran realmente una patraña, como lo quieren hacer creer sus impugnadores judíos, no cabe duda de que los falsarios hubiesen tratado de acentuar el origen judío tan forzosamente, que al propio tiempo se hubiese descubierto la intención antisemita. Pero debe hacerse constar que la palabra "judío" sólo aparece dos veces en toda la obra. Sólo luego de haber penetrado mucho más profundamente en la materia de lo que la superficialidad del lector común suele hacer ante semejantes lecturas, se comprende el plan para la entronización de un soberano mundial, y sólo entonces se va también comprendiendo de qué estirpe ha de ser éste.

En cambio, la obra en su totalidad no deja la mínima duda con respecto al pueblo, contra el cual va dirigido el diabólico plan. No niega el concepto de aristocracia, ni el de capital, ni tampoco el de gobierno en su esencia, sino que hay muy detalladas disposiciones previstas para utilizar la aristocracia, el capital y la autoridad gubernativa en la definitiva realización. El plan todo va dirigido contra el pueblo del mundo, llamado generalmente "infiel". Esta repetida denominación de "los infieles" elimina cualquier duda con respecto al objeto de los documentos. La mayor parte de las corruptoras disposiciones "liberales" tienden a conquistar a las masas populares como tropa auxiliar, y esto en forma de que estas, al tiempo de ser sistemáticamente degeneradas y ofuscadas, se troquen en ciegos instrumentos de sus seductores. Los movimientos de la plebe de carácter "liberal", deben ser apoyados, todas las teorías disolventes en materia de religión, economía, política y vida hogareña han de difundirse y cultivarse para socavar las comunidades humanas de modo tal, que al realizarse después el plan definitivo, los pueblos ni siquiera lo adviertan, y estén ya completamente sojuzgados, al hacerse patente lo falso de todas estas teorías.

La frase más común en los documentos no es la de afirmar:

"nosotros los hebreos haremos esto o lo de más allá", sino que se dice: "Los infieles llegarán a pensar o hacer esto o aquello". Salvo en muy contados casos en las últimas tesis, el único concepto distintivo de razas es la palabra "infieles". Dice, por ejemplo, en este sentido la primera tesis. "Las cualidades valiosas del pueblo, o sean: honorabilidad y lealtad, constituyen también vicios en política porque con mayor seguridad y certeza que el enemigo, llevan a la ruina. Estas cualidades son características en la política de los infieles. Nosotros no debemos guiarnos por ellas"; "sobre las ruinas de la hereditaria nobleza de los infieles, erigimos la aristocracia de nuestras clases intelectuales, en especial la aristocracia del dinero. Hemos basado los fundamentos de esta nueva aristocracia sobre los de la riqueza que dominamos, y sobre las ciencias guiadas por nuestros sabios". Dicen también: "Obtendremos mediante la violencia aumentos de salarios y jornales, que no serán de provecho alguno para los obreros, pues provocaremos al mismo tiempo un mayor aumento de precios en todo lo necesario a la vida, afirmando, empero, que esto es la conseuencia de una crisis de la agricultura y la ganadería. Zaparemos también, artificial y hondamente las raíces de la producción industrial, inculcando al obrero ideas ácratas y seduciéndole mediante el abuso del alcohol. Simultáneamente adoptaremos medidas para desterrar a los infieles". (Un falsario con tendencias antisemitas hubiese podido, tal vez, escribir estas cosas en estos últimos cinco años. Mas las palabras citadas fueron impresas hace ya 17 años, tal como lo demuestra la copia que se halla desde el año 1906 en el Museo Británico de Londres, habiendo circulado estos Protocolos en Rusia desde largos años antes).

Después el texto citado sigue diciendo: "Para que no sea comprendida prematuramente por los infieles, la situación real y verdadera, la ocultaremos bajo el manto de aparentes esfuerzos en favor de las clases trabajadoras, propagando vastas ideas sociales, cuyas teorías discutiránse apasionadamente".

Demuestran estos párrafos el estilo de los Protocolos en lo que se refiere a los partidos políticos. "Nosotros" quiere decir siempre los autores, en tanto que "los infieles" son aquellos sobre quienes se escribe. Obsérvase esto con suma claridad en la tesis 14, donde se dice: "En esta disparidad del modo de sentir y de juzgar entre los

infieles y nosotros, queda nítidamente visible el sello de nuestra elección como pueblo privilegiado, como a seres humanos más perfectos ante los infieles, que sólo tienen un espíritu instintivo, animal. Ellos observan, mas carecen de reflexión; si algo inventan, son siempre objetos materiales. Surge de todo ello inequívocamente, que la Naturaleza nos destinó a dominar y conducir al mundo". Esto fué desde los más remotos tiempos y para definir claramente los dos grandes sectores que forman la humanidad, afirmaremos que todo no-judío debe ser considerado infiel.

La utilización del concepto "judío" en los Protocolos puede caracterizarse citando párrafos del capítulo 8, que dicen: "Mientras no podamos, sin peligro, encomendar los puestos gubernativos de mayor responsabilidad a nuestros hermanos judíos, los confiaremos a individuos cuyo pasado y cuyo carácter sean de índole tal, que entre ellos y su pueblo medie un abismo".

La costumbre de hacer avanzar "frentes de infieles" para ocultar las señales del predominio hebreo, se estila en la actualidad ampliamente en el mundo de las finanzas. Los serios adelantados que se lograron desde la fecha en que se escribieron aquellas palabras, nos lo demuestra un incidente ocurrido durante la convención de San Francisco, donde el apellido hebreo Brandeis fué citado para la candidatura a la Presidencia. Existen razones para suponer que la opinión pública se vaya habituando cada vez más a ver desempeñados los más altos puestos administrativos por judíos. En realidad, sería éste un paso muy pequeño desde donde ahora ejercen su influencia. No hay, en efecto, departamento oficial alguno de la Presidencia en el que los hebreos no cooperen y decidan en secreto. El desempeño oficial del cargo de Presidente no se les hace necesario para acrecentar su poderío, sino a lo sumo para favorecer determinados objetivos, que corren paralelos con los planes esbozados en los mencionados Protocolos.

Otro punto, que choca al atento lector de la obra, es que dichos documentos carecen por completo de todo indicio de exhortación. No sirven a ningún objetivo de propaganda, ni se esfuerzan en absoluto incitando el amor propio o la energía de aquellos para quienes fueron redactados. Son áridos y fríos como un expediente judicial, y tan sobrios como un formulario estadístico. No existe

retórica alguna, ni frases hechas como la de "hermanos, ¡levantémonos! ", ni clamoreo histérico como el de "¡abajo los infieles! ". Si fueron los Protocolos redactados por judíos, y a judíos confiados o si contienen principios del plan mundial judío, también es cierto que de ningún modo fueron destinados para demagogos, sino para iniciados, cuidadosamente preparados, de las más elevadas categorías.

Inquirieron ciertos defensores de los judíos: "¿Es imaginable que si tal plan mundial existiera lo publicaran? ". Según todo lo hace suponer, los Protocolos fueron dados a conocer sólo verbalmente por sus autores. En su forma actual son apuntes que uno de los concurrentes hiciera de un discurso pronunciado, unos detallados y otros muy breves. Desde que los Protocolos fueron conocidos, se ha afirmado siempre que representan reseñas que fueron entregadas a interesados hebreos, residentes probablemente en Suiza o Francia. El intento de presentarlos como de origen ruso puede negarse en absoluto, no únicamente por su ideología, sino también por coincidencias cronológicas y por detalles gramaticales.

El contexto todo apoya la suposición de que originariamente fueron impartidas unas lecciones a estudiantes, exponiéndolo, y salta a la vista su primordial objetivo, no de hacerse aceptar como plan, sino más bien el de desarrollar explicaciones acerca de un plan que ya está en vías de realización. El texto carece de toda exhortación para aunar esfuerzos o para emitir juicios; dice claramente, por el contrario que no se desean discusiones ni juicios. ("En tanto predicamos libertades a los infieles, mantendráse a nuestro pueblo y a nuestros delegados en absoluta obediencia". "El proyecto de ley administrativa deberá emanar de un cerebro único. . . por ello, si bien tenemos que *enteramos* del plan de acción, es nuestro deber no discutirlo, a fin de no destruir su carácter unitario. . . La obra inspirada por nuestro jefe no debe, entonces, ser presentada a la masa, que la aniquilaría, ni siquiera a un ilimitado número").

Si se observaran los Protocolos en su contenido manifiesto, se hace evidente que el plan esbozado en estos apuntes y en la época en que se les dió lectura, no constituyó nada nuevo, pues nada apoya el supuesto de su origen moderno. Es su tono casi el de un legado religioso que se hubiera transmitido por personas dignas de

confianza, y de generación en generación. No se descubre en ellos ningún síntoma de una ideología moderna, ni entusiasmo juvenil, sino la apacible seguridad de hechos maduros y contrastados por el tiempo, y de una política aprobada en prolongadas épocas de experiencia práctica. Por otra parte, se hace en dos oportunidades referencia a su gran antigüedad de origen, expresándose en el primer Protocolo: "Ya en *épocas lejanas* fuimos los primeros en arrojar a las masas la falsa simiente de "libertad, igualdad, fraternidad". Se repitieron estas palabras, desde entonces infinidad de veces por los loros electoreros; de todos lados se agruparon en torno de este cebo, aniquilando así el bienestar de la humanidad y la verdadera libertad individual. Los infieles que se conceptúan inteligentes y racionales, no intuían el doble sentido de esas palabras, no advertían la mutua contradicción que envuelven, ni notaron que en la Naturaleza no existe igualdad. . ."

La segunda referencia a la edad original de los Protocolos, se halla en la sección 13, donde se expresa: "Las tareas políticas no incumben a aquellos que *desde hace largos siglos* prefijaron y condujeron nuestra política". ¿No sería posible que se refiriera esto a un Sanedrín judío secreto, que dentro de determinada jerarquía se herede de generación en generación?

Es preciso recopilar: los referidos autores y jefes no pueden ser de una casta hoy reinante, porque el contenido total de los Protocolos se muestra directamente hostil a los intereses de semejantes castas. En modo alguno puede referirse a ningún grupo nacional-aristocrático, verbigracia el de los "junkers" (agrarios feudales) germanos, porque el método propiciado privaría completamente a tal grupo de toda su preponderancia, sino que estos Protocolos pueden sólo concernir a un pueblo que no posee un gobierno propiamente dicho, que lo puede ganar todo, pero sin exponerse a perder nada, y que puede mantenerse firme aun dentro de un mundo en ruinas. No responde a estas premisas sino *raza única.*

Compréndese, además, por el tono de los Protocolos, que el orador o redactor no ansiaba honores personales, destacándose el documento por su carencia absoluta de toda ambición individual. Todos los planes, objetivos y esperanzas, son enfocados hacia idéntica meta: el porvenir de Israel. Parece que este porvenir sólo puede

realizarse mediante la destrucción científica de determinadas ideas primordiales de los no-judíos. Tratan los Protocolos de lo que a este respecto está hecho, de lo que queda aún por realizar. Jamás se llegó a conocer nada igual en cuanto a prolijidad de detalles, a amplísima proyección, ni a honda comprensión de las íntimas fuentes de todo proceder humano. Son verdaderamente terribles en su comprensión de los secretos de la vida, y aparte de terribles, temibles por la nítida conciencia de su superioridad. Efectivamente, los Protocolos merecerían el juicio que ciertos publicistas hebreos quisieron adjudicarles recientemente, de que son obra de un inspirado demente, a no ser que lo que se halla esbozado en sus distintas tesis no llevara también perceptiblemente el sello de grandes anhelos y hechos de nuestra vida actual.

Es justa la crítica que provocan estos Protocolos en el no-judío. No es posible contradecir ningún criterio sobre la mentalidad y volubilidad no-judías. Aun los más ilustres pensadores no-judíos no se dejaron engañar, considerando causas del progreso lo que hasta medianías intelectuales conceptuaron los medios más perversos de una propaganda engañosa.

Cierto es que de vez en cuando, alguno que otro pensador alzó la voz aseverando que tal ciencia no es realmente ciencia alguna; que las denominadas leyes económicas, lo mismo las de los conservadores que las de los radicales, nada tienen que ver con las leyes humanas, sino que constituyen artificiales sutilezas. Algún meticuloso observador ha notado también a veces que el actual exceso de diversiones e incontinencias no corresponde en realidad a las necesidades interiores de los pueblos sino que fueron sistemáticamente inducidos a ellas desde el exterior. Comprendieron también algunos que más de la mitad de lo que se suele llamar la "opinión pública" es en realidad asentimiento pagado y pura ficción, que nada tiene que ver con la espiritualidad pública del pueblo. Si de esta manera y sólo raras veces se había desenredado alguno que otro hilo (las masas no se enteraron jamás), siempre faltó, sin embargo, la tenacidad en la averiguación y la necesaria cooperación de los investigadores para poder seguir estos hilos hasta su verdadero origen. La principal explicación de la impresión que causaron los Protocolos en el transcurso de los primeros decenios sobre numerosos estadistas

gobernantes, es que por ellos se intuye de donde emana toda la mixtificación, y a qué carro están ellos mismos uncidos. Conceden estos Protocolos un hilo conductor a través del laberinto contemporáneo, y hora es ya de que los lleguen a conocer los pueblos.

Nada importa que se conceda a dichos Protocolos fuerza probativa, en lo referente a la cuestión judía o no. Lo evidente es que son un insuperable libro de texto para aprender la forma y modo cómo se manejan las masas populares, cual un rebaño de ovejas, merced a influencias que ellas no conciben. Puede sostenerse casi con absoluta certeza que una vez que sean conocidas las ideas fundamentales de los Protocolos entre las clases populares, y entendidas por los pueblos, la crítica que hasta hoy se ejerce en la mentalidad no judía, perderá su valor.

En capítulos ulteriores examinaremos más detenidamente los citados documentos, contestándose los interrogantes que a base de su texto pudieran plantearse. Pero se impone antes una pregunta: ¿será posible que sea llevado hasta su total realización el programa contenido en los Protocolos? Este programa *se está ya realizando* con pleno éxito. Muchos de sus capítulos principales se consolidaron en hechos reales. Empero, no es preciso que esto cause horror o espanto, pues nuestra más certera arma contra este demoníaco plan, tanto en sus partes ya realizadas como en las teóricas todavía, consiste en la más absoluta y amplia publicidad. Debe concederse a los pueblos el derecho de conocerlos. Se basa el método recomendado en los Protocolos en excitar a los pueblos, en alarmarlos, en despertar sus pasiones. El espíritu opuesto a los mismos desea *ilustrar* a los pueblos, la ilustración aleja los prejuicios. El lograr esto responde tanto al interés judío, como al no-judío. Los escritores hebreos se imaginan con frecuencia que los prejuicios existen sólo de una parte. Deberían propagarse ampliamente los Protocolos entre el propio pueblo judío, evitando así incidentes susceptibles de desacreditar su mismo nombre.

> *"Concluyendo este programa de nuestra Acción presente y futura daré lectura a los principios de nuestras teorías".* –*Tesis* 16.
>
> *"En todo cuanto hasta ahora dije, me esforcé en indicar a conciencia el secreto de acontecimientos pretéritos y*

futuros, como asimismo los importantes acontecimientos del cercano porvenir al que nos vamos aproximando dentro de una marejada de grandes crisis, anticipando principios ocultos de nuestras futuras relaciones con los infieles, y los de nuestras operaciones financieras". –Tesis 22.

XI

APRECIACION HEBREA SOBRE LA NATURALEZA HUMANA DEL NO–JUDIO

Los Protocolos, que a sí mismos se denominan esbozo del plan mundial judío, comportan cuatro partes principales. Se distinguen éstas menos por la subdivisión exterior de los documentos, que por su estructura de la ideología. Todavía existe una quinta parte, cuyo tema todo lo encierra; este tema está incluído en todas las tesis y sólo de vez en cuando se le da forma especial. Las cuatro principales partes representan gruesos troncos, de los que van brotando otras muchas ramas.

Analízase en ellos en primer término la apreciación judía de la naturaleza humana, entendiéndose ésta como la esencia pura de todo ente humano. Un plan como el incluído en estos Protocolos jamás habría podido concebirse por una mentalidad que no se hubiese desde un principio basado en la verosimilitud de su posible realización sobre un claro juicio de la naturaleza y ruindad en la naturaleza humana, tal como el carácter no judío se define en todas estas tesis.

En segundo término se detalla aquello que verificóse para la realización del plan.

Aparece en el tercer grupo de ideas una instrucción completa de los métodos a utilizar para cumplir el programa, y más adelante, aunque en otra parte no se les nombrara en especial, estos métodos descubrirían ya de por sí todo el bajo desprecio hacia la naturaleza humana, en que se basa el plan.

Enumeran en cuarto término los Protocolos, uno por uno, los éxitos principales ya logrados en la fecha de la redacción de los

documentos. Otros propósitos, que entonces sólo eran un anhelo, se realizaron entretanto, pues no debe olvidarse que entre 1905 y nuestros días transcurrió suficiente tiempo para mover múltiples influencias y lograr muchos objetivos. Tal como lo demuestra el segundo párrafo del lema que encabeza el presente capítulo, supo perfectamente el autor de los documentos que ocurrirían acontecimientos dentro de una marejada de grandes crisis; conocimiento éste que se comprueba en otras fuentes hebreas al margen de los Protocolos.

En el supuesto de que nuestra obra se desarrollara á la manera de una investigación procesal de la cuestión hebrera, el presente capítulo debe tratar de captarse la voluntad del lector enumerando primeramente una serie de hechos que apoyen por sí mismos nuestras afirmaciones. Empero, si empezamos con la observación de los juicios hebreos acerca de la naturaleza humana, se hace así en favor del interés del lector, particularmente no-judío, que instintivamente se opone a que exista tal apreciación. Conocemos de otras variadas fuentes el juicio que el judío se forma acerca de la naturaleza humana, juicio que coincide perfectamente con el emitido en estos Protocolos, en tanto que fue siempre autosugestión de los no-judíos suponer que la vida humana se basa únicamente en la dignidad y en la nobleza. Observando la cuestión desde cualquier punto de vista, no cabe duda apenas de que la apreciación judía es la más justa. Y que el profundo desprecio que se desprende de los Protocolos judíos, si bien es en extremo amargo para el orgullo y la vanidad humanas, no resulta empero equivocado.

Rebuscando aquellos párrafos en los que esta apreciación se refleja, se halla una motivación filosófica completa casi del raciocinio y de las cualidades humanas. Dice la primera tesis, por ejemplo: "Es preciso saber que existen muchas más personas con instintos malos, que buenos. Por lo tanto, los mejores resultados para dominarlas no se obtienen por argumentaciones académicas, sino mediante el terror y la violencia".

"Cada cual ansía el poder, cada cual desearía, de ser ello posible, declararse dictador, y muy pocos son los que sólo para conseguir sus propósitos no sacrificarían sin titubear los bienes de los demás. El hombre en su masa, vale decir, las masas populares, déjase guiar por

pasiones harto frívolas; por opiniones, costumbres, tradiciones e instintivos impulsos, y se inclina a disidencias de partido, detalle éste que es la absoluta negación de todo sentido social, aun cuando se basen aquéllas en fundamentos completamente racionales. Depende toda decisión de las masas de una mayoría casuística o dirigida, que debido a su ignorancia de las energías más profundas y ocultas de la vida política no la conducen sino a determinaciones estúpidas, y que tienen a su vez por resultado la anarquía y el caos. Cuando se desee proyectar un plan de acción racional, es preciso tener en cuenta la vileza, versatilidad y volubilidad de las masas... Es necesario tener presente que la fuerza de las masas es ciega, irracional y perversa, mas siempre dispuesta a escuchar a derechas o a izquierdas... Se nos facilitó nuestro triunfo porque en nuestras relaciones con las para nosotros indispensables masas, rozamos siempre las cuerdas más sensibles del alma humana, es decir, hicimos vibrar el egoísmo, la codicia y las pasiones insaciables siempre de los hombres. Cada una de estas debilidades humanas en sí basta para paralizar cualquier móvil de nobleza, y para poner la voluntad del pueblo a la disposición de aquellos que sepan mejor captar sus energías".

Se formula en la quinta tesis en la siguiente forma una observación exacta de la naturaleza humana: "En todas las épocas, lo mismo los pueblos que los individuos, tomaron siempre palabras por hechos, sintiéndose satisfechos con lo que se les prometiera sin preocuparse de que ulteriormente las promesas se cumplieran. Por lo tanto, nosotros iremos organizando instituciones ficticias, que evidencien aparatosamente su "amor al progreso". Dícese en la tesis 11: "De nada se ocuparán cuando les prometamos devolverles todas las libertades perdidas, una vez que estén derrotados los enemigos de la paz y todos los partidos hayan hecho las paces. ¿Será preciso advertir la eternidad que aguardarán? ¿A qué ideamos todo este programa, inculcando sus ideas en los cerebros de los infieles –sin permitirles la posibilidad de observar el reverso–, sino con el objeto de lograr por cálculo y azar lo que a nuestra dispersa raza seríale imposible alcanzar en línea recta? "

Debe observarse también más adelante la muy sutil apreciación que se hace de los miembros de las sociedades secretas. Servirá el

juicio sobre ellos emitido en los Protocolos para evidenciar lo fácil que es utilizar dichas sociedades secretas para los fines hebreos. "Por lo general son los ambiciosos, los que desean hacer carrera, en una palabra, los seres sin carácter, que ingresan con mayor facilidad en las sociedades secretas, y nos resultará fácil guiar por su conducto el mecanismo de nuestra proyectada maquinaria gubernativa". (Los restantes juicios acerca de este asunto los omitimos, porque se ocupan de una sociedad secreta en extremo importante, cuya enunciación en el presente contexto podría inducir a errores y que reservamos para su detallada observación en otro capítulo). No obstante, para los miembros de estas sociedades será de especial interés ver cómo les juzgan los Protocolos judíos, para que pueden confrontar esas afirmaciones con los hechos reales de su vida de afiliados. "Esos infelices (expresan los Protocolos) ingresan a las logias por curiosidad, o con la esperanza de mediar así socialmente... Nosotros les procuramos ese éxito aprovechando en esa forma su presunción bajo la que ellos admiten, ignorantes, nuestras sugestiones... Apenas es posible suponer hasta qué grado de ignorancia inconsciente pueden conducirse a los que en oportunidades más ilustres infieles, bajo los efectos de la sugestión, ni con cuánta facilidad se les desanima por la mínima contrariedad, faltando, por ejemplo, el acostumbrado aplauso, ni hasta qué extremo de bajeza se degradan para volverlo a obtener. Son tan dados los infieles a sacrificar sus ideales por éxitos exteriores, como lo son nuestros hombres a despreciar tales éxitos, sólo al objeto de realizar nuestros planes. Nos facilitan estos conocimientos psicológicos la tarea de dominar a los infieles".

Estos son unos pocos párrafos en los que se permite conocer la apreciación del carácter humano o sea del no-judío, mas aunque no se hubiese pronunciado tan directamente, podría fácilmente deducirse de varios ejemplos contenidos en el programa, con cuya ayuda se pretende quebrar la unidad y energía de los no-judíos.

Se trata de un procedimiento de descomposición. Divídase a un pueblo en partidos políticos, o confesiones, o sectas religiosas, bajo los más seductores y fantásticos ideales, y se lograrán dos objetos. Se encontrará siempre un grupo de personas que acepta una idea lanzada al azar, y los distintos grupos se hostigarán. No una sola,

sino muchas ideas son las que es preciso lanzar, entre las que no debe existir punto alguno de existir punto alguno de concordancia. No consiste el objeto en que concentren los hombres su espíritu sobre una cosa, sino en que se ocupen de los más variados asuntos, y desde los más diversos puntos de vista, en forma tal que no pueda haber paz ni concordancia entre ellos. Es resultado de tal sistema el que se originen una general discordia y agitadas perturbaciones, que, después de todo, es el efecto deseado.

Cuando se haya quebrado así la solidaridad de la sociedad no-judía (esta denominación es perfectamente admisible, puesto que la sociedad humana es en su mayoría no-judía), puede avanzarse la firme cuña de otra idea, no alcanzable por la perturbación general, hasta la sede del poder. Es sabido que un disciplinado grupo de veinte policías o soldados se impone fácilmente a una muchedumbre desordenada de miles de personas. Del mismo modo la minoría indicada en este plan puede fácilmente dominar a cualquier nación, a un mundo entero descompuesto en mil partículas contrarias, siendo mucho más fuerte esta minoría que cualquiera de aquellas partes. "Dívide et ímpera" constituye el lema de estos Protocolos.

En extremo fácil resulta la descomposición de la sociedad humana sobre la base de la apreciación del ser humano, documentada en esta obra, siendo su característica tomar palabras por hechos. Nadie puede dudar de ello si se observa la larga serie espiritual de sueños, ideas y teorías que conmovieron siempre a la humanidad. Tanto mayor será la aceptación de una teoría, y tantos más sus partidarios cuanto más fantástica y llamativa la misma sea. Realmente, como expresan los Protocolos, los hombres no se preocupan por el origen, ni por las consecuencias de las teorías que aceptan. El espíritu inclínase siempre a considerar la apariencia de cualquier teoría nueva por su esencia. Por esto apareció siempre como un nuevo descubrimiento la experiencia basada sobre el experimento práctico frente a una teoría.

Lanzóse una teoría tras otra sobre las masas, y finalmente, se reconoció cada una de ellas como prácticamente imposible, desechándoselas. Mas el efecto fue siempre el deseado por el programa, resultando que merced al abandono de una teoría quedaba la sociedad más quebrantada que antes, más desamparada frente a sus

enemigos, y más desconfiada en cuanto a sus verdaderos prohombres. Con infalible seguridad, toda comunidad es víctima de quien le promete la felicidad que ansía, pero al derrumbarse el castillo de naipes queda más debilitada que nunca. No existe, pues, una verdadera opinión pública. Por doquier hay desconfianza y disensiones. Mas se observará en medio de todo este embrollo, aunque poco visible, un determinado grupo que no cae en tales disidencias, sino que, muy al contrario y justamente al amparo de todo aquel embrollo, logra todo lo que anhela. Deduciráse de los protocolos, que la mayor parte de las teorías disolventes en boga son de origen judío, y que el sólo grupo humano inquebrantado y que sabe adónde va, prosiguiendo su marcha, sin importarle un ápice la suerte de la humanidad, es el grupo judío.

La más desastrosa teoría es aquella que pone en íntimo contacto y armonía las ideas modernas con las catástrofes que de ellas emanan, diciendo que "todo son señales del progreso", pues si realmente lo son, será de un progreso que lleva al abismo. No es posible señalar un progreso efectivo en el hecho de que nosotros, allí donde nuestros antepasados utilizaban molinos de viento o hidráulicos, empleemos motores eléctricos. La señal de un verdadero progreso sería la respuesta a estas preguntas: ¿qué influencia ejercen sobre nosotros esas ruedas? ¿Fué mejor o peor que la actual, la sociedad de la época de los molinos de viento? ¿Ha sido más uniforme en costumbres y moral? ¿Poesía más estima ante la ley y forjaba caracteres más elevados?

La moderna teoría fermentativa, de acuerdo con la cual de todas estas intranquilidades, modificaciones y transmutaciones de valores se ha de desarrollar una humanidad más perfecta, no puede apoyarse en hecho visible alguno. El objeto manifiesto de dicha teoría es el de querer dar a algo indudablemente malo el carácter bueno. Emanan de la misma fuente las teorías que originan la descomposición. Toda nuestra ciencia nacional-económica, tanto la conservadora como la radical, ya sobre base capitalista o anárquica, es de origen judío. También encuentra esta afirmación de los Protocolos su comprobación en la práctica de los hechos.

Y se consigue todo esto por medio de *palabras*, no de hechos. Los mercachifles de la charlatanería mundial, aquellos que en su

proceder frente al mundo, y fuera de la comunidad de su pueblo, hacen pasar palabras por hechos, son innegablemente ese grupo de judíos, los judíos internacionales, de los que este libro trata, cuya sabiduría del mundo y cuyos métodos están recopilados en los Protocolos de los "Sabios de Sión".

Los párrafos siguientes servirán de ejemplo. Exprésase en la primera tesis: "Libertad política es una *idea,* no un *hecho.* Es necesario saber emplear esta idea cuando se precisa un cebo eficaz para iniciar la ayuda de la gente para su propio partido, al iniciar éste la tarea de desalojar del poder a otro partido. Se facilitará grandemente esta tarea cuando el adversario lleva el contagio del morbo de la "libertad", o sea del denominado liberalismo, en holocausto de cuyas ideas entrega voluntariamente algo de su poder".

Dice la quinta tesis: "Para dominar la opinión pública, es menester, ante todo, marearla con la discusión de muchas ideas contrapuestas y discutidas en los más divergentes puntos de vista para que se pierdan los infieles en el laberinto arribando finalmente a la conclusión de que lo mejor será no tener opinión política alguna, pues la comprensión de asuntos políticos no es dada a las masas, sino con excusividad al soberano que las gobierna. Este es el primer secreto. Consiste el segundo en aumentar y redoblar los desengaños de los hombres en sus costumbres y modo de vivir, hasta hasta el extremo de que ya nadie halle firme apoyo en el caos, y de que las gentes pierdan toda facilidad de enterarse mutuamente. Nos servirá esta previdencia para crear disensiones en todos los partidos, disolver toda unidad de energías que se nos puedan oponer, y paralizar toda iniciativa personal, que de cualquier manera podría ponerse en nuestro camino".

Expresa otro párrafo del Protocolo número 13: "... y buscamos el aplauso, no tanto para nuestras acciones como para las palabras que formulemos en uno u otro debate. Declaramos siempre en público que en todas nuestras disposiciones nos guían únicamente la esperanza y la certeza de que servimos con ellas al bien público. Para lograr en particular que personas especialmente activas se ocupen de asuntos políticos, plantearemos nuevos problemas que, al parecer, se relacionen con el bien público, por ejemplo, problemas

económicos. Con éstos ¡que se mareen cuanto quieran! Les sugerimos bajo esta condición, la idea de que estos nuevos problemas también tienen importancia política". (Desearíamos que el lector, al recorrer estos detalles, haga recorrer también su memoria hacia hechos pasados y presentes, para ver si halla algo correspondiente en su propio desarrollo intelectual o real. . .) A fin de impedir que prosigan los infieles una idea lógicamente hasta su fin, desviaremos su atención sobre diversiones, juegos, deportes, lujos y casas públicas. Estos placeres harán que desistan de ocuparse de cuestiones serias, por las que, en caso contrario, tendríamos que luchar con ellos. Mientras los hombres se vayan desacostumbrando de pensar por cuenta propia, se entregarán cada vez más a nosotros, porque seremos nosotros los únicos que les ofreceremos siempre ideas nuevas. Claro es que será necesario obrar siempre por intermedio de personas cuyas relaciones con nosotros no se sospechen. Se pronuncia en este mismo Proto colo con la claridad necesaria al objeto a que sirve la divulgación de teorías "liberales", cuyos portavoces son los autores, poetas, rabinos y las sociedades e influencias hebreas, diciéndose: "El papel que desempeñan los ilusos liberales terminará muy pronto, cuando nuestro verdadero gobierno se haya encargado del poder. Hasta ese momento nos prestarán valiosos servicios. Por tal razón seguiremos también en lo futuro dirigiendo la ideología de los infieles sobre todo los líos de nuevas teorías fantásticas y, al parecer progresistas. Lo necesario es que logremos en grado sumo, atrofiar los cerebros de los infieles con la palabra *progreso. . .*".

Lo real es, entonces, que tenemos ante nosotros un programa completo en plena realización y que dicho programa se basa en enervar, complicar y rebajar el estado de ánimo de la humanidad. Esto, para un ser libre de preocupaciones, sería casi imposible de admitir, si no nos demostrara la experiencia que ante nuestros propios ojos se van desplegando para su cumplimiento fuertes energías, cuyos poseedores gozan entre nosotros de gran estima, y que pueden, muy fácilmente, ser reconocidos.

Hace poco una importante revista intentó comprobar la imposibilidad de la existencia de un programa mundial entre el judaísmo internacional, con el argumento de que militan prohombres hebreos en todos los partidos de la vida pública. Hebreos aparecen a la

cabeza del movimiento capitalista, y hebreos al frente del anticapitalismo obrero, y hebreos en las cúspides de organizaciones, para las que aquellos partidos carecen aún de la necesaria violencia. Al frente de la justicia inglesa, tanto como en la de la Rusia soviética, hay hebreos. ¿Cómo afirmar su mutua unidad de conceptos, representando ideas tan contradictorias?

Se deja constancia de esta unidad general y de la mancomunidad de la intención en la totalidad del plan en la tesis 9, donde se expresa: "Hombres de todas las tendencias y opiniones están a nuestro servicio, tanto partidarios de la idea monárquica como demócratas, socialistas, comunistas, sindicalistas y otros. Somos nosotros los que les colocamos en su puesto. Socava cada uno de ellos a su manera hasta el último resto de autoridad, tratando de modificar todo orden existente. Todos los gobiernos fueron debilitados por tales luchas. Mas nosotros no les dejaremos en paz ni sosiego hasta que hayan plenamente reconocido nuestro supergobierno.

El efecto de estas "ideas" está ilustrado en el décimo Protocolo, donde se dice: "Desde que inculcamos el veneno del liberalismo en las organizaciones gubernativas, modificóse fundamentalmente su cariz".

Consiste la idea fundamental de los Protocolos frente al mundo en la posibilidad de poder utilizar una *idea* como eficacísimo veneno. Los autores de dichos Protocolos no creen en nada; ni en el liberalismo, ni en la democracia, sino que fraguan métodos de cómo se debe propagar constantemente tal idea, para con su ayuda anular la sociedad humana, dividirla en partidos antagónicos y destruir la potencialidad de ideas fundamentales mancomunadas en un montón de contradictorias opiniones. Para ello el veneno de una "idea" es el arma predilecta.

Alcanza hasta a la familia y su educación el plan de utilizar ideas en esta forma destructora, y se afirma: "Por medio de principios y teorías educativas, que en nuestra propia opinión resultan evidentemente falsas, pero que, no obstante, hemos lanzado, equivocamos, atolondramos y perturbamos la juventud de los infieles". (Tesis 9). Y exprésase con respecto a la vida familiar: "Cuando hayamos inculcado a cada individuo el orgullo de su propia importancia,

destruiremos entre los infieles la santa influencia de la vida hogareña y su importancia educativa". (Tesis 10).

Y se dice en un párrafo, cuya lectura podría suministrar mucho material de reflexión al lector estudioso: "Hasta tanto madure el tiempo, dejadles que se diviertan... Desempeñen entonces entre ellos su importante papel todas esas teorías malsanas, que nosotros les indujimos a tomar por científicas. A tal fin nos esforzaremos mediante nuestra prensa en despertar en ellos una ciega fe en estas teorías... Recordad los éxitos que nosotros hemos hecho alcanzar a las teorías del *darwinismo*, del *marxismo* y de la *filosofía de Nietzsche*. Ha de constarnos con claridad absoluta su desmoralizador efecto sobre el espíritu de los infieles". (Tesis 2).

Se deduce de cada línea de los Protocolos, el hecho de que al leerse estos documentos, la descomposición de la sociedad no-judía estaba haciendo evidentes progresos. Es preciso recordar que los Protocolos no pretendían aplauso ni ayuda a un plan propuesto a discusión, sino que fríamente anotan y hacen constar los progresos logrados a raíz de un programa que se estuvo ya realizando "siglos ha" y "desde hace largo tiempo". Contienen así una larga serie de éxitos ya conseguidos, como también muchas otras perspectivas sobre éxitos a alcanzar. La destrucción de la sociedad humana, más o menos el año 1896 o cuando se hayan leído estos documentos, estuvo verdaderamente en un estado de satisfactoria realización.

Es preciso tener presente que en modo alguno preséntase como objetivo primordial el de aniquilar a los no-judíos, sino sólo el de sojuzgarles, primero al invisible supergobierno citado en los Protocolos, y después a la suprema voluntad de aquel a quien designarían como presidente mundial o autócrata universal los poderes invisibles. Para ello es necesario dominar a los no-judíos, primero espiritualmente y luego económicamente. En parte alguna indica que la humanidad no-judía sería despojada de la vida por aquellos que se denominan judíos, sino solamente de su independencia.

El punto hasta el cual había progresado ya la descomposición de la sociedad humana, en la época en que fueron leídos estos documentos, se comprueba por el texto de la tesis 5, donde se expresa: "Una coalición mundial de los infieles podría, tal vez, competir con

nosotros, mas estamos contra tal riesgo por la arraigada discordia entre ellos. Excitando por espacio de siglos el odio religioso y político, creamos una profunda divergencia entre sus intereses personales y nacionales".

Esto es completamente cierto, en lo que concierne a las luchas entre los no judíos y dentro del mundo cristiano. Aún en nuestro propio pueblo vimos como esta "divergencia entre los intereses personales y nacionales" se basa sobre un "odio religioso y de raza". Pero ¿quién habría sospechado la existencia de una fuente común para todo ello? Y ¿quién (pues resulta todavía más extraño) hubiese advertido que un hombre o un grupo de personas se hubiera dedicado a semejante tarea? Pero hay constancia escrita de ello en los Protocolos: "*nosotros* creamos esta divergencia; *nosotros* nos protegemos así contra una coalición de los infieles contra nosotros". No importa que los citados Protocolos sean o no de origen judío, que representen o no intereses judíos, mas conste que *así está* realmente la actual constitución de la humanidad no-judía.

Hasta se intenta conseguir otra descomposición más irreparable, y existen indicios de que tal plan está en pleno desarrollo. Los soviets nos ofrecen un ejemplo de cómo una baja capa social no-judía es guiada por sus portavoces judíos contra otra más elevada capa social no-judía. En el primer protocolo, donde descríbense los efectos de un sistema económico basado en la especulación, se dice al respecto que "tal forma de demencia económica... creó una sociedad y seguirá creándola, que se presenta carente de ideales, fría y sin corazón. Una sociedad así, completamente desviada de toda verdadera política y religión, será impelida exclusivamente por la sed de oro... *Entonces* y no justamente por amor al bien, ni tampoco por avaricia, sino solamente por *odio* contra las "clases privilegiadas", las clases bajas de los infieles nos seguirán en la lucha contra nuestros rivales, o sea contra los infieles de las clases elevadas... Nos seguirán los infieles de las capas intelectuales".

Suponiendo que tal lucha estallara hoy, los jefes de los revolucionarios no-judíos contra el orden social no-judío serían, sin duda, judíos. Hoy mismo estos judíos ocupan las jefaturas principales, y no solamente en Rusia, sino también en los Estados Unidos y en los demás países.

"Mediante la actual alteración de toda autoridad se mantendrá nuestro poder más inatacable que ningún otro, por ser invisible mientras se haya fortalecido en grado tal, que ardid alguno lo pueda socavar". –Tesis 1.

"Es preciso para nuestro objetivo que las guerras, dentro de lo posible, no impliquen ganancias territoriales para nadie, con lo cual adoptan un carácter económico. . . Semejante manipulación de los asuntos supeditará ambos partidos al control de nuestros agentes internacionales con sus miles de ojos, cuyo horizonte no quedará limitado por fronteras naturales. Nuestras leyes internacionales anularán las más estrechas legislaciones nacionales, gobernando a los gobiernos, tal como éstos gobiernan a sus pueblos". –Tesis 1.

XII

LOS "PROTOCOLOS JUDIOS" REQUIEREN EN PARTE SU CUMPLIMIENTO

Unicamente por simple curiosidad literaria ejercerían estos denominados "Protocolos de los Sabios de Sión" una mágica atracción por la lúgubre perfección del plan que contienen para dominar al mundo entero. Mas en todos los conceptos ellos mismos refutan la antítesis de que sean un simple producto literario; reclaman imperiosamente estos documentos ser reconocidos como política seria, demostrando su real carácter en un hilo continuo que los atraviesa. Además de los proyectos para el futuro, hacen constar lo que se logró y lo que queda aún por hacer. Cuando al revistar la situación internacional, se observa tanto la actualidad particular como la gran línea directiva que indican dichos Protocolos, no es de extrañar que poco a poco el sentimiento de curiosidad frente a un raro producto de la literatura contemporánea vaya cediendo a una sensación de supremo interés, que fácilmente puede trocarse incluso en un sentimiento profundamente sentimental.

Mencionando algunos párrafos demostraremos el actual estado de realización, que las tendencias de dichos documentos consiguieron. A fin de llamar la atención del lector sobre lo esencial, subrayamos las palabras-claves.

En el 9° protocolo se lee lo siguiente: "No existen obstáculos a nuestro frente. Nuestro supergobierno *posee* una tan firme posición supralegal que es posible adjudicársele ya la potente y fuerte denominación de "dictadura". En toda conciencia puedo decir, que hoy *somos nosotros* los legisladores. Nosotros *creamos juzgados y jurisdicciones. Nosotros dominamos* con voluntad inquebrantable, porque tenemos en nuestras manos los restos de un partido fuerte otrora, pero hoy vasallo nuestro".

Dícese en el capítulo 8°: "Colmaremos las filas de nuestro gobierno con numerosos financieros. *La economía nacional* es la *principal* ciencia enseñada por los *judíos*. Nos rodearemos también de una brillante corte de banqueros, industriales, capitalistas y especialmente de millonarios, pues en realidad y en último resorte todo se decide por la fuerza del dinero".

Son estas pretensiones tal vez demasiado elevadas; mas corresponden cabalmente a los hechos reales. A pesar de todo, representan sólo un preludio de mayores pretensiones, que, naturalmente se tiende a realizar. Tal como lo indica el citado párrafo del 8° protocolo, el elemento judío aspira a la preponderancia en la *enseñanza nacional económica política,* y en efecto, la realidad nos demuestra su éxito. Son los principales autores de aquellas seudociencias que inducen a las masas a perseguir objetivos económicos irrealizables, como son los autores principales de esa literatura "popular", que mantiene a las diversas clases sociales en la ilusión de que *las teorías* económicas son *leyes* económicas. La *idea,* la *teoría* (como medio para la descomposición social), la manejan tanto los hebreos académicos como los bolcheviques. Cuando llegue a ser esto comprendido en sus detalles, se modificará, probablemente la pública opinión referente a la importancia de las doctrinas académicas y radicales.

Tal como se desprende del citado párrafo del 9° protocolo, el poderío mundial hebreo va formando actualmente una especie de supergobierno. Consta este mismo concepto en los documentos judíos, y no existe otro más característico. Ninguna nación puede lograr sus anhelos, pero la hegemonía mundial judía los alcanza, aunque salten francamente sus pretensiones por encima de la igualdad de derechos frente a las naciones no-judías. "Nosotros somos los legisladores" dicen los Protocolos, y, en efecto, las influencias judías participan en mayor grado en las legislaciones nacionales e internacionales de lo que pueda sospechar la masa de legos. En estos últimos diez años, el predominio internacional judío, o sea el grupo de judíos internacionales, gobernó al mundo entero. Y más aún: fueron lo bastante poderosos como para evitar la promulgación de leyes saludables, y allí donde un proyecto de ley se votara, siendo proclamado ley, se interpretó merced a estas influencias judías en

forma tal, que, en efecto, se tomó ineficaz para su objetivo proyectado. Podría esto comprobarse con infinidad de hechos.

Los métodos con los cuales se consigue todo esto, estaban ya previstos en el programa, pero esbozado sólo en los protocolos. "Nosotros *creamos juzgados*" dícese allí, en tanto que en otro lugar se habla de *"nuestros jueces"*. Un juzgado o tribunal puramente judío efectúa semanalmente sus sesiones en un edificio público de Nueva York, y otros juzgados, en provecho y beneficio de ese mismo pueblo, cuya existencia niegan sus portavoces, se hallan en formación por doquier. En ciertos Estados europeos ya está realizando el plan sionista, de acuerdo con el cual los judíos gozan de cierta constitución y autonomía puramente judías dentro de aquellos mismos Estados, cuya protección reclaman. Allí donde los judíos pueden actuar libremente, se obtiene siempre no su "americanización" o "anglificación", ni otra nacionalización cualquiera, sino solamente su incondicional aferramiento al judaísmo exclusivo.

Observando después las pretensiones contenidas en los Protocolos, nos enteramos en la 7° tesis: "Nosotros *procuramos* desde largo tiempo que el *clero* de los infieles, que en todo caso mucho podría impedir, caiga en descrédito, con lo cual resulta infructuosa su misión. Su influencia sobre los pueblos disminuye día a día".

"Por doquier se proclama la libertad de conciencia, por lo que es sólo cuestión de tiempo, que se hunda definitivamente la religión cristiana. Con las otras religiones nos entenderemos con mayor facilidad aún, pero la resolución en definitiva todavía no está madura".

Esto tendrá cierto interés para aquellos sacerdotes que con los rabinos judíos tratan de conseguir cierta mancomunidad espiritual. Aparece necesariamente en tal unión, Jesucristo, como bondadoso, pero absolutamente mal comprendido profeta judío. En caso de que se realizara tal unión, dejarla, por fuerza, la religión cristiana de existir como forma *sui generis* religiosa. La más fanática enemistad religiosa, segun lo que en el protocolo se habla de este particular, se dirige contra la Iglesia católicorromana en general y contra el Vaticano en especial.

Un párrafo típico de este Protocolo reclama para la raza hebrea

una especial habilidad en el arte de ultrajar, diciendo: "Nuestro periodismo criticará acerbamente todos los asuntos de Estado y de la Iglesia, como también la ineptitud de los infieles en general. En tales campañas utilizará siempre conceptos denigrantes que rocen la injuria, arte en el cual nuestra raza alcanzó siempre cierta maestría excepcional".

Expresa el 5° Protocolo: "Se reduce al mínimo, bajo nuestra influencia, la racional aplicación de las leyes. La reverencia ante las leyes *es zapada* por la interpretación "liberal" que *nosotros* implantamos. Los juzgados o tribunales *deciden* según nuestra voluntad, aun en los casos más importantes, donde se trata de fundamentales cuestiones de jurisdicción o política. La Administración de los infieles las *comprende* desde puntos de vista, que nosotros les imponemos mediante nuestros agentes, que al parecer nada tienen que ver con nosotros, por insinuaciones en la prensa, o por otros muchos conductos. *Nosotros*, en suma, sembramos la discordia y el rencor en la sociedad de los infieles".

Dice el Protocolo 17: "En los países denominados progresistas *hemos* creado una literatura malsana, obscena y amoral. Una vez escalado el poder, la dejaremos subsistir durante cierto tiempo para que se destaque con mayor claridad la diferencia entre ésta y las publicaciones que después iniciaremos".

En lo referente a la dominación de la prensa, exprésase en el Protocolo 12: "La *hemos conseguido* actualmente hasta tal extremo, que la prensa mundial recibe las noticias exclusivamente por intermedio de algunas agencias, que las recogen en todas partes del mundo. Esas agencias serán entonces exclusivamente nuestras, publicando solamente aquello que nosotros permitamos". Este asunto se trata asimismo en el 7° Protocolo, donde se dice: "Obliguemos a los gobiernos de los infieles a aceptar disposiciones que favorezcan nuestro plan ampliamente trazado, y que se acerca ya a su realización. Deberán tolerar y soportar la presión de la opinión pública, influenciada artificiosamente *por nosotros* y que con ayuda de la prensa, llamada "gran potencia", *ha sido organizada*. Salvo contadas y poco importantes publicaciones, esta prensa se encuentra en *nuestras manos*.

Resume el Protocolo 12 todo esto en la siguiente forma: "*Noso-*

tros hemos logrado dominar la mentalidad de la sociedad infiel, hasta tal punto, que todo el mundo contempla los acontecimientos del mundo a través de los critales que nosotros les ponemos ante los ojos. No existe gobierno *alguno*, que pueda levantar una barrera contra nuestra intromisión en los mal llamados por los infieles "secretos de Estado"; ¿cómo, entonces, no se presentarán las cosas, cuando nosotros, en la persona de nuestro soberano, seamos los dueños *reconocidos* del mundo entero?

La nación judía es, verdaderamente, la única que conoce los secretos de todas las otras naciones. Ninguna nación puede guardar cierto tiempo el mínimo secreto, que se refiera a otra nación cualquiera, pero tampoco ninguna conoce los secretos de las otras que se refieran a ella misma. Sería exagerado afirmar que los judíos internacionales posean absolutamente todos estos conocimientos. Muchos son de escaso valor, y la posesión de dichos conocimientos no aumentaría su poderío. Lo esencial es el hecho de que los hebreos tienen *acceso* a todos los secretos de Estado, y que *pueden* saber todo lo que deseen saber. Esto podrían atestiguarlo muchos legajos, y ¡cuántos archiveros de actas secretas podrían hablar si así lo quisieran! La única diplomacia secreta es aquella que confía los llamados secretos a contadas personas, pertenecientes a una determinada raza. El superficial mar rizado de la diplomacia, la presunción que trasunta las memorias de ancianos joviales, que se llaman estadistas, todos esos convenios y conferencias con títulos retumbantes, como si verdaderamente significaran algo, todo es juego de niños comparado con la diplomacia de Judá y su inimitable arte de sonsacar el saber y el pensar más íntimos de cada núcleo imperante. En estos hechos no son una excepción los Estados Unidos, y acaso no haya un segundo gobierno que esté tan incondicionalmente al servicio del judío internacional como el nuestro hoy. Esta hegemonía fue alcanzada por el judío en el transcurso de estos últimos cinco o seis años.

Resulta del Protocolo 11, que los judíos consideran su dispersión en el mundo entero como una suerte y una ventaja según la voluntad de su Dios, pues así el plan de su hegemonía mundial se realizará mucho mejor. "Dios nos concedió a nosotros, a su pueblo predilecto, la dispersión como una bendición, siendo ésta, que al

mundo le pareció ser nuestra debilidad, nuestra *fuerza* mayor. Ella nos lleva hasta el umbral del dominio de la tierra habitada".

Parecen tan exorbitantes los propósitos reflejados en el texto del Protocolo 9°, que puede apenas suponerse que tales palabras puedan jamás llegar a traducirse en hechos. Realmente existe un punto donde coinciden palabras y realidad: "A fin de no destruir antes de hora las instituciones de los infieles, *hemos* puesto nuestra mano sobre ellas en forma decisiva, descomponiendo sus resortes. Otrora estaban exacta y cabalmente ordenadas, pero *nosotros* las *hemos* reemplazado por una administración "liberalmente" desorganizada y partidista. *Hemos* conquistado influencia sobre justicia, leyes electorales, prensa, libertad personal, y especialmente en la educación y cultura, pilares maestros de toda existencia humana libre. Por medio de métodos educativos teóricos y prácticos, que reconocemos como falsos, pero que hemos inspirado, desorientamos, atrofiamos y desmoralizamos a la mocedad infiel. De las legislaturas vigentes sin modificaciones propiamente dichas, sólo por mixtificación en su interpretación contradictoria, *nosotros creamos* una obra verdaderamente abrumadora en sus efectos".

Es sabido que aunque la atmósfera no estuviere tan cargada de teorías de "libertad" y de proclamaciones de "derechos", como en la actualidad, se está verificando un constante aniquilamiento de las "libertades personales". En vez de libertad social se sojuzgaron los pueblos mediante innumerables frases socialistas bajo una tutela oficial antes nunca conocida. La "higiene pública" proporciona un pretexto. Apenas si pueden hoy los niños jugar libremente, si no es bajo la inspección de guardinaes oficiales, entre los cuales se destaca la existencia de numerosos judíos. Las calles no son libres como antaño, y las leyes de toda índole mutilan las más inocentes libertades populares. Una tendencia de unificación maquinal, basada en una teoría sumamente "sabia", vase desplegando en nuestra existencia privada y pública, y lo raro es que siempre que el investigador llega hasta el centro ordenador de estas tendencias molestas al bienestar público, encuentra, al fin, al judío en el puesto decisivo. Se apartan los niños de su natural "centro social", o sea del hogar familiar, y van hacia otros "centros" (nos referimos aquí a niños no-judíos; a nadie se le permitiría inmiscuirse en la educación de

niños judíos), se alejan de sus tutores propios, de su casa paterna, iglesia y escuela, y se entregan a "centros", "enseñanzas científicas" y otras instituciones "bajo dirección idónea"; sistema que habitúa al niño a no confiarse en la comunidad natural, sino a aguardarlo todo del "Estado". Estos preparativos corresponden todos, perfectamente, al plan mundial hebreo, para dominar a los otros pueblos. Si no se hiciera todo en consciente consecuencia del programa mundial judío, sería en extremo interesante saber por qué el material viviente de todos estos experimentos se integra, precisamente, con niños no-judíos, quedando, en cambio, la dirección en manos de judíos.

No se guardan, en parte alguna, con más severidad que en Norteamérica las libertades judías. El no-judío se las compone como puede con sus conciudadanos, en tanto que cada comunidad judía tiene sus protectores, que de distintos modos y maneras, entre los que, y no en último lugar, esgrimiendo la amenaza política y comercial, saben darse la necesaria importancia. Un no-judío con sentido social jamás obtendría gratitud por preocuparse de la vida y educación de niños judíos; en cambio, la comunidad existente en toda población lo arregla automáticamente. Son las hebreas las más secretas de las escuelas municipales, al extremo que, a veces hasta sus sedes son desconocidas por los Municipios de las grandes poblaciones. Se ocupa con preferencia al judío de influenciar la mentalidad no-judía, haciendo lo posible por prescribir a los no-judíos, lo que especialmente tengan que pensar acerca del judío. Sin el mínimo escrúpulo, va influenciando la ideología no judía en tal forma, que paulatinamente y con grandes rodeos, va sirviendo al fin y al cabo a los intereses generales judíos. Este celo y perseverancia, que deben llamar poderosamente la atención a quien lo haya observado alguna vez, no son más que manifestaciones naturales de la convicción de todo judío, de que es miembro de una raza privilegiada con facultades para educar a las razas inferiores, punto de vista desde el cual juzga al resto de la humanidad.

Es de origen judío toda influencia que hoy conduce a nuestra juventud a ligerezas y libertinaje. Fueron nuestros jóvenes los inventores de esos "vestidos deportivos" que arrojan tan lamentables resultados que el publicista serio se ve en la necesidad de llamar la atención sobre ello. Esa moda proviene de la confección judía,

donde no predomina el arte, ni deciden ciertamente los escrúpulos morales. La película cinematográfica es indudablemente una combinación sumamente interesante del desarrollo del arte fotográfico con el escenario; mas ¿quién es el responsable de su degeneración, quién la trocó, para millones de personas, en peligro moral tan serio, que mereció la más general desaprobación? ¿Quiénes son los empresarios de los teatros de variedades, bailes públicos y demás diversiones modernas enervantes de todo el mundo? A esos jóvenes y muchachas engalanadas, con su exterior vulgar y su carencia absoluta de responsabilidad, se le podrá aplicar, desde sus torpes atavíos y sus falsas alhajas, hasta sus ideas enfermizas y vanas esperanzas, una misma y común etiqueta que diga: "Hecho, seducido y explotado por judíos". Así ilustra la realidad y de lúgubre manera aquella citada tesis que dice: "*Nosotros* desorientamos, atrofiamos y desmoralizamos la mocedad de los infieles por medio de métodos educativos teóricos y prácticos, que reconocemos falsos pero que inspiramos felizmente".

"Sus principios y métodos" no requieren necesariamente amplias, ni siquiera modestas facultades intelectuales. El joven que frecuenta el cinematógrafo, asimila sus "métodos y teorías" tal como el niño que escuche al preceptor "liberal" (que ejerce así su "control sobre el pueblo") sobre cómo interpreta la "libertad sexual". No proviene la desmoralización inherente a estos "métodos y teorías", de la familia o iglesia no-judías, ni de su profesión, en la que predomine el elemento no-judío, sino solamente de teorías, influencias y profesiones, en las que prima el judío. Sería posible prolongar esta lista de reproches, mas preferimos reducirla sólo a lo que los ojos honestos pueden ir comprobando en la práctica. Hay que fijarse también en que precisamente no es la juventud judía la víctima de tales teorías, sino la no-judía. Si también una fracción de aquélla se va contagiando con esos venenos sociales, nada significa en comparación con la enorme destrucción moral lograda entre la juventud no-judía. Es muy significativo que ni aquellos judíos consigan enormes riquezas con este proceso enervante, ni tampoco sus hijos o hijas sean víctimas de este sistema. Atraviesa la juventud judía esos peligros pura y orgullosamente.

Muchos padres, madres y jóvenes de sentido común, muchos

miles de profesores y publicistas condenaron *el lujo*. Los financistas, que vieron cómo el pueblo ganaba y tiraba el dinero, protestaron contra este sistema. Numerosos economistas comprendieron la insensatez de que las industrias del lujo consumieran materiales y existencias necesarias para el desarrollo normal de industrias útiles, viendo que gran cantidad de personas fabricaban fruslerías, en vez de fundir aceros, en tanto que otras, confeccionaban baratijas cuando habría sido preferible que labraran tierras. Advirtieron que se malgastaban materiales en objetos que únicamente se fabricaban para la *venta*, mas no para el *uso*, substrayéndose en esa forma materias a aquellas industrias que dan a la humanidad objetos necesarios; todo observador de esta costumbre de trabajar en fruslerías y lujos, levantó su voz contra ella. Pero según surge de los protocolos judíos, dichos economistas partieron siempre de un punto de vista falso. Aun cuando los pueblos cristianos adquirían el mal llamado lujo, no lo había ideado, sino que hasta pronto se cansaba de él. Empero, la riada de esas incontables nimiedades sigue corriendo, cada vez más, tras las inútiles novedades que llueven sobre el público, se extienden ostentosamente ante sus ojos (inconscientes payasos las pasean por las calles para demostrar lo que "es moda"), se anuncian en textos y grabados y cinematógrafos, y los artistas de teatro las ponen "de moda": ejerce esto una coacción que jamás se invirtió en un objetivo verdaderamente meritorio.

¿Cómo explicar todo esto? ¿Cuál es la potencia, cuya larga experiencia y consciente tendencia proporciona los medios para tergiversar el gusto de los pueblos, y para obligarles a despilfarrar en desmoralizadoras nimiedades la mayor parte de sus ganancias? ¿A qué viene ese lujo forzado y esas extravagancias? ¿Cómo fue posible, antes de la aparición de los artículos de lujo y de la oportunidad para una vida extravagante, que todo estuviese cuidadosamente preparado para llamar la atención sobre esta forma de vivir, y para despertar la codicia de vivirla?

Si frente a todas estas sutilezas, los pueblos no-judíos razonaran un poco, continuando sus averiguaciones hasta su origen, hasta los usufructuarios de las enormes ganancias extraídas de aquellas, si persiguieran críticamente este amplio movimiento, que inunda el mercado mundial de cosas inútiles tan caras, desmoralizando con

ellas al mundo no-judío en sentido financiero, económico y social; en una palabra, si pudiera comprender que los intereses financieros judíos no sólo están ligados íntimamente con los bajos instintos del ser humano, sino que los despiertan y cultivan a plena conciencia, entonces, los intereses financieros hebreos no sólo cesarían de una vez para siempre en este escandaloso derroche de materiales, trabajos, haciendas no judías e inteligencias judías y no-judías, sino que concluiría con la inutilidad del pueblo de Israel en este mundo.

Dijimos que son víctimas los pueblos no judíos de este comercio artificiosamente cultivado de objeto de lujo inútiles. ¿Se vio una sola vez que los judíos hayan sido víctimas de tales nimiedades? Cierto es que se visten llamativamente, mas hay que convenir en que precio y valor coinciden. Ostentan enormes brillantes, pero son de buena ley. El judío jamás es víctima de otro judío. Los lujos estrambóticos y las "diversiones" son para la plebe. El judío sabe perfectamente con que se ceba, y conoce exactamente el valor de todos estos medios.

Lo más lamentable de todo ello no es la pérdida de valores financieros, ni tampoco el atentado contra el buen gusto, sino el innegable hecho de que las masas no-judías caen en estas redes voluntaria y gustosamente. Aguantan el cambio de moda, como si éste fuera tan inevitable como la llegada de la primavera, toleran también este repetido atentado contra sus entradas, como si se tratara de las contribuciones más necesarias y naturales del mundo. Las masas que suponen que representan algún papel en estos asuntos, siendo así que el único que juegan es el de pagar, y pagar cuando la "última moda" deja atrás a la penúltima. Existen personas que saben ya con dos años de anticipación lo que serán las tonterías de la moda y demás torpezas populares. ¡Nada tiene de asombroso, puesto que son ellos los que las preparan! Esto no es más que negocio, si bien sumamente desmoralizador para la mayoría no-judía, pero lucrativo para la minoría judía.

Ilustra claramente este maremagnum el 6° Protocolo, que es un extracto de consideraciones acerca de los planes, según los cuales, el interés natural de los pueblos puede desviar los asuntos políticos hacia los económicos; cómo la industria puede tornarse insegura e informal en su modo de proceder, mediante la infiltración de nego-

cios especulativos, y cómo, finalmente, se mantiene a los pueblos perplejos y desamparados. El lujo tiene que ser el arma que se esgrima a tal fin. "Para zapar la vida comercial de los infieles –dice dicho Protocolo– incitaremos, como estímulo a la especulación, un vehemente deseo de lujo". Y se dice en el Protocolo 1°.: "No le permitiremos a nuestro pueblo llegar a esto. Los infieles se hallan pervertidos por el alcohol"; siendo extraña coincidencia que también los enormes ingresos por bebidas alcohólicas vayan a parar a bolsillos hebreos, lo que queda demostrado con la historia del trust del *whisky* en los Estados Unidos. Contemplado desde el punto de vista histórico, todo el movimiento prohibicionista se presenta como gigantesca lucha de capital no-judío contra el capital judío, en la que la mayoría no-judía obtuva la victoria final.

Juego, diversiones, bailes, modas baratas, brillantes de imitación, esto y los demás negocios que, merced a cierta presión invisible, ejercida sobre los pueblos, florecieron, lográndose por unas baratijas altos precios que consumieron de inmediato todo aumento de salario, no se desarrolló más que bajo la dirección de judíos.

Tal vez no participen a conciencia en esta desmoralización profunda de los pueblos y sea su única preocupación tan sólo la de enriquecerse pronto. Acaso se sorprendan a veces, al comparar a los ingenuos infieles con sus sabios prohombres judíos, tan perspicaces en negocios, tan prudentes en asuntos financieros. Mas sea como fuere, el hecho es que tenemos a la vista el esbozo de un plan según el cual los pueblos no-judíos han de hundirse en forma sistemática tanto material como moralmente. Y por otro lado vemos cómo día a día este mismo plan se va realizando por completo, y en su mayor parte, bajo la inspección de *una* raza determinada.

XIII

UN PLAN JUDIO DE SOCAVAR POR "IDEAS" A LA SOCIEDAD HUMANA

Profundizando los anteriores capítulos, podría el lector haberse formado una idea cabal de los métodos que los Protocolos emplean para aniquilar a la sociedad humana. Precisamente estos métodos deben conocerse exactamente, si se quiere comprender el significado de las corrientes y contracorrientes que enmarañan de modo inicuo los asuntos contemporáneos. Todos los que se sientan abrumados y atolondrados por esta multitud de razones y teorías contradictorias, encontrarán la llave para apreciar aquellas razones y el verdadero valor de las teorías al comprender que precisamente el embrollo y el aturdimiento fueron los efectos que se buscaban. La inseguridad, irresolución, desesperanza y el miedo, el ansia con que se acoge toda nueva promesa y toda solución ofrecida: todas estas disposiciones de ánimo *deben* producirse, según los Protocolos. El estado general del mundo comprueba la eficacia de programa tan calculado.

Este método requiere tiempo, y en efecto, los Protocolos dicen que para conseguirlo se ha necesitado mucho tiempo, siglos. El que penetre en las profundidades del problema, ya descubrirá en el siglo primero de nuestra era indicios de este programa de los Protocolos judíos. 1,900 y más años han hecho falta para conseguir el actual estado de esclavitud de Europa, que en unos países se presenta en forma suave, en otros violenta y en todos bajo un aspecto económico, mientras que en América el mismo programa requirió para efectos iguales sólo cincuenta años. *Ideas* mal comprendidas de liberalismo, *ideas* confusas de tolerancia, todas ellas salidas de

fuentes europeas enturbiadas por medio de estos Protocolos, se trasplantaron a América, y aquí se efectuó —so color de un falso liberalismo ciego, inocente, y de una tolerancia igualmente irracional, en unión con los modernísimos medios de una formación *ad hoc* de la opinión pública— una esclavitud tal de todas nuestras instituciones y de nuestra vida pública, que los observadores europeos quedan estupefactos. Algunos de los investigadores europeos de la cuestión judía, a los que los judíos suelen estigmatizar con el epíteto de "antisemitas", dedujeron sus conclusiones no de las observaciones hechas en Europa, sino del desarrollo rápido y bien visible de los asuntos americanos.

El centro de energías judío y los cabezas principales de su programa mundial se hallan en América. La gran palanca, cuyo poder actuó sobre la Conferencia de la Paz de Versalles para reforzar más el predominio judío sobre Europa, fué la potencialidad de los Estados Unidos únicamente utilizada para apoyar la ya existente presión judía en Europa. Pero esta combinación de fuerzas no termina con la Conferencia de Versalles.

Todo el método de los Protocolos puede resumirse en esta única palabra: "descomposición". Destrucción de todo lo construído, creación de un interregno largo y desesperado, durante el cual se suprime todo intento de renovación; un cansancio paulatino de la opinión y de las esperanzas colectivas hasta que aquellos que permanecieron fuera del caos alarguen la mano para tomar el poder: ¡ahí está *el método!*

Al compararse el juicio emitido en los Protocolos judíos sobre la naturaleza humana con la afirmación judía de un cumplimiento ya adelantado del programa mundial, se destacan algunos puntos de esta propaganda destructiva, pero no todos. Detalles de estos métodos serán tratados en el presente capítulo y más adelante otras intenciones de mayor alcance.

El primer ataque judío es dirigido contra las opiniones colectivas, es decir, contra grupos de ideales, que a base de

su coincidencia innata juntan masas de seres humanos en una unidad política, religiosa, social o de raza. A veces éstas se denominan "principios", y también "ideales". Pero sea su nombre el que sea, son los lazos invisibles de unidad. son la fe común y la energía unificadora en comunidades basadas en la concordia y la lealtad.

Los Protocolos afirman que contra estas fuerzas espirituales se ha dirigido el primer ataque, y a ello responde la propaganda judía en el mundo entero, esforzándose en alterar las opiniones colectivas. "Alterar", propiamente dicho, no significa en sí nada detestable ni deshonroso. La gran influencia de toda herejía, de toda protesta contra las ideas caducas, consiste en el atractivo que las ideas nuevas ejercen siempre en pensamiento y en voluntad. La explicación del por qué arraigan en nuestros tiempos estas ideas fundamentalmente falsas, radica en el hecho de que las verdades ficticias suelen presentarse apodícticas, rectilíneas, entusiasmando a las gentes, y parecen buenas y veraces. Sólo al actuar estos falsos ideales durante largo tiempo, se va descubriendo poco a poco su falsedad en forma de hechos y circunstancias destructoras y desmoralizadoras. Quien estudie el desarrollo de la idea de libertad, tal como se manifestó en la historia de Rusia, desde su punto filosófico de origen (creado por cierto por un judío) hasta su final actual (verificado igualmente por un judío), podrá darse cuenta plena de este proceso.

Los Protocolos sostienen que les es imposible a los no-judíos descubrir sus intenciones, porque las ideas seductoras se lanzaron tan consciente y persistentemente entre ellos, que su facultad intelectual se destruyó casi por completo. Afortunadamente cada no-judío se halla perfectamente en condiciones para comprobar la certeza de tal aserto en sí mismo. Una vez que reflexione seriamente sobre las ideas predominantes en él y en especial sobre las que giran alrededor del centro de gravitación llamado "democracia", observará que su intelecto se halla dominado por un sinfín de ideologías, de cuyo origen o de cuyo valor intrínseco nunca se dió cuenta

cabal. Cuando prosiga reflexionando sobre estas ideas y encuentre que son irrealizables, dirá probablemente que "aún estamos algo atrasados en nuestro desarrollo o evolución de progreso". Pero si observa la forma y manera, cómo otros más adelantados realizan prácticamente esas ideas, se asustará sobremanera. Lo que allí se llama altisonantemente "progreso", resulta en verdad un empeoramiento, o sea una forma determinada de la descomposición. Y a pesar de todo esto, cada idea por sí era "buena, racional, excelente y humanitaria". Prosiguiendo un poco más adelante, observará el no-judío que estas ideas suelen divulgarse por el mundo con más persistencia que otra ninguna. Y al fin y al cabo comprenderá también quiénes son siempre los profetas de tales ideas.

Según confiesan explícitamente los Protocolos, se ganó la primera victoria sobre el sentido común público mediante el efecto destructor de las ideas que se agrupan alrededor del concepto "democracia". Resulta, pues, que la *idea* es el arma que se esgrime. Y para servir de arma debe necesariamente la idea oponerse diametralmente a la dirección de la vida humana e imprescindiblemente ha de contener una teoría irreconciliable con los hechos de la vida práctica. Además, ninguna idea de índole antinatural puede tener esperanzas de arraigar o influenciar a las masas; a no ser que se presente al intelecto humano como "racional, excelente e inspirada" En cambio, la verdad aparece muchas veces al primer golpe de vista como irracional, opresora y mala. Pero nunca deja de tener esta eterna ventaja: la de ser la *verdad,* y todo lo que sobre ella se edifique jamás podrá sucumbir envuelto en *confusiones.*

Este primer paso, si bien no otorga aún el poder sobre la opinión pública, conduce, sin embargo, hacia ello. Hay que fijarse en que la inoculación del veneno del "liberalismo", según los Protocolos, aparece en lugar preferente, y sólo después vienen las palabras: "para obtener el dominio sobre la opinión pública, en primer término hay que perturbarla".

La verdad sigue siendo siempre una y la misma, por lo cual no podrá nunca perturbarse. Pero el liberalismo falso y vocero que se sembró, y bajo el cultivo judío madura en América con mayor rapidez que lo hiciera en Europa, se deja embrollar fácilmente causando confusiones en todas partes, precisamente por *no* ser la verdad. Constituye un error, y el error se presenta en miles de formas. Tómese un pueblo, un partido, un municipio, una asociación cualquiera, esparciendo en ella el "veneno del liberalismo", y se la podrá disgregar en tantas partículas como miembros tiene, tan sólo produciendo pequeñas desviaciones de la idea original. Teodoro Herzl, el judío genuino, un hombre cuyo horizonte político fué mucho más vasto que el de todos los estadistas juntos, y cuyo programa coincidía exactísimamente con el de estos Protocolos, sabía esto ya de muchos años, al decir que el Estado Sionista (a) Estado Judío, sobrevendría *antes* de que *pudiera* hacerlo el Estado Socialista, porque *supo* los miles de subdivisiones que había de producir el "liberalismo", implantado por él mismo y sus antecesores.

El desarrollo metódico del que todos los pueblos no-judíos fueron víctimas, pero nunca los judíos (¡nunca los judíos!), es el siguiente: en primer lugar invéntase un "vasto, grandioso" ideal. La palabra "magnanimidad" aparece invariablemente en cada protesta judía contra cualquier referencia pública del nombre judío y de su programa mundial, diciendo siempre: "a usted le habíamos supuesto lo suficiente magnánimo para no sospechar tal cosa de los judíos", o "a fulano de tal lo conceptuamos lo bastante magnánimo para no proferir tales absurdos", o "siempre creímos que tal o cual periódico o revista obraría con suficiente magnanimidad para no admitir tal literatura". Esta norma constituye una especie de clave para el estado intelectual, que deberían tener los no-judíos, estado de imbécil tolerancia lleno de fraseología sin sentido alrededor de la "libertad", que acciona como un espasmódico sobre el intelecto y el sentimiento, deja pasar bajo su amplio manto toda clase de pensamientos y hechos

inconfesables. La frase huera, la palabrería demagógica, es una de las armas más terribles del judaísmo (véase lo dicho en el 5º Protocolo; "en todas las edades siempre confundieron los hombres las palabras por los hechos"), y con toda franqueza declaran los Protocolos que estas frases no poseen realmente valor intrínseco.

Nada ha contribuído tanto a producir esta "magnanimidad", o sea en resumidas cuentas un estado de ánimo, cuya superficialidad deja advertir francamente su falta de fondo, como lo hizo la idea del "liberalismo" predicada siempre por los judíos a los no-judíos, pero por la que ellos no se guían nunca. Necesitamos indispensablemente una nueva forma de entregarnos a las realidades de la vida, a los hechos tales como son, y que nos ponga en condiciones de resistir esas frases de "magnanimidad", mostrando en cambio una intolerancia sana y verídica contra todo, menos contra la verdad. Los conceptos de "magnánimo" o "egoísta" respectivamente en el sentido corriente de hoy, son mentiras. El hombre liberal debería tener más *creencias,* debería poseer una *fe* más profunda y más amplia para ganar este título. Pero, por regla general, no cree en nada: en realidad no es liberal y por lo tanto libre en su modo de sentir. Cuando se busca la fe, se la debe buscar entre personas buenas. y éstas generalmente son las difamadas por el judío como egoístas de criterio. La propaganda judía, en consonancia con los Protocolos sionistas, combate a las personas que fundaron su fe y la estructura de su vida sobre un fundamento firme, necesita a personas "magnánimas", cuya vida se deslice fácilmente por la superficie y de esta forma se pongan fácilmente al servicio de su plan oculto. Esta clase de personas interpreta naturalmente su "magnanimidad" como señal de superioridad intelectiva e independencia de espíritu.

Veamos las consecuencias que de esto nacen. El hombre según su constitución moral, no puede en manera alguna prescindir de tener alguna creencia. Puede darse el caso de que durante algún tiempo crea hasta en su propia "magna-

nimidad", y bajo la presión social ejercida a favor de esta disposición mental (o mejor dicho, falta de dirección intelectual), entregarse voluntariamente a ella por un espacio de tiempo relativamente corto. Pero al fin y al cabo esa mentalidad resulta demasiado superficial, para poder satisfacer una tendencia de vida honda y seria. Por esta razón el hombre debe tener fe necesariamente en algo. Como prueba de lo dicho obsérvese la fuerza atractiva innegable de las creencias negativas, a las que tan tenazmente se acogen precisamente aquellas personas que se imaginan no creen en nada. Pocas personas interiormente libres e independientes penetran en aquellos vedados, que de alguna manera rozan con el judaísmo, y éstas son las que son tildadas inmeditamente de egoístas. Otras conceptúan más cómodo cultivar aquellos terrenos cruzados de caminos llanos, y que no ofrecen contradicciones en la filosofía de la vida, ni tampoco el temor de verse señalados como "intolerantes". En una palabra: concentran todas sus energías en la vida exterior, tal como se dice en un Protocolo: "para despistar las ideas y la atención de los infieles, hay que encaminar su interés hacia la industria y el comercio"

Asombra observar en todas partes una multitud realmente seducida por dedicar toda su vida sólo a estas cosas de segundo y tercer orden, mientras que recelosos y tímidos miran las cuestiones fundamentales de la vida, que en realidad predominan en la humanidad, y de cuya solución depende también su propio destino. Precisameste esta desviación hacia lo materialista de las cosas es la que, tanto a los Protocolos sionistas como a los portavoces judíos, ofrece siempre el mejor punto de ataque. "Magnanimidad" en el sentido corriente no significa ni más ni menos que despreciar rotundamente las verdaderas cuestiones vitales, descendiendo con suma rapidez a un modo de sentir puramente materialista. En estos bajos círculos del concepto de la vida, es donde reina la discordia que tan fatalmente predomina hoy en el mundo.

En primer lugar acontece la ruina de las clases superiores en industria y comercio, según el Protocolo que dice: "Para destruir definitivamente y mediante la "libertad" a la sociedad de los infieles, hay que colocar la industria sobre una base *especulativa"*. Huelga explicar lo que esto significa. Es simplemente una degradación de toda empresa honrada hasta convertirla en un medio inicuo para hacer dinero, y a una maniobra para orientar toda utilidad honrosa o no, hacia el bolsillo de los especuladores. Quiere decir que el elevado arte de dirigir una empresa mercantil se prostituye y degenera en rapiña, teniendo por consecuencia una desmoralización de los patronos y una inquietud peligrosa entre los obreros. Pero significa más: significa la descomposición de la sociedad no-judía, y no sólo una divergencia entre el capital y el trabajo, sino una disgregación de los no-judíos en todos los terrenos de la producción. Empresarios y fabricantes no-judíos no son en América los "capitalistas" propiamente dichos, sino que la mayoría de entre ellos tienen que tomar prestado el dinero con que trabajan, siendo así que el único capitalista genuino es el judío, mejor dicho: el judío internacional.

Con el capital judío amordazando a los fabricantes por uno de los extremos del proceso fabril no-judío y con los agitadores, demagogos y revolucionarios judíos en el otro extremo agitando el látigo o la antorcha ante el obrero, nos hallamos en una situación que a los inventores internacionales del programa destructor contenido en los Protocolos sionistas ha de llenarles seguramente de satisfacción.

"Tendríamos que temer las fuerzas reunidas de la inteligencia de los infieles con las energías de las masas obreras, pero contra este posible peligro *hemos tomado* todas las precauciones necesarias, levantando entre estas dos fuentes de energía una valla de mutua enemistad. Así resulta que la fuerza ciega de las masas sigue siendo nuestro punto de apoyo. *Nosotros* y exclusivamente nosotros seremos sus capitanes.

Huelga decir que utilizaremos aquellas energías para realizar *nuestros* planes.'' (Protocolo 9º).

La prueba de que los judíos están en efecto sumamente satisfechos, consiste en el hecho innegable de que no sólo no hacen absolutamente nada para mejorar la actual situación, sino que por lo visto aun se esfuerzan para empeorarla. Conocen perfectamente el método de producir una escasez artificial de productos, y por ende un alza de precios, que tanto durante la revolución francesa, como ahora en Rusia, y no menos en Alemania durante la guerra, se emplearon sistemáticamente. También en nuestro país se van notando estos indicios.

Problemas sociales artificiosos como alimento espiritual, y diversiones frívolas en los ratos de ocio: tales son los métodos judíos con respecto a los no-judíos, y bajo esta consigna ha de completarse la obra caracterizada mejor que nada por el lema que dice: ''divide y vencerás''. ''Para desviar las inteligencias demasiado despiertas de la cuestión pública y asuntos políticos, inventaremos *nosotros* nuevos problemas, que *al parecer* se conexionan con aquéllos, o sea problemas *sociales*.'' (Protocolo 13.).

¿No será inevitable que se vaya así formando un abismo entre el modo de discurrir de las masas, que se ocupan exclusivamente de problemas económicos, y el de los partidos que se esfuerzan por ocuparse sólo de cuestiones políticas? ¿Y no es un hecho que los judíos en ambos conceptos ocupan posiciones relevantes, o sea: en la política para mantenerla reaccionaria, y entre los obreros para sostenerlos en un estado radical, profundizando cada vez más este abismo? ¿Y no es un hecho también que esta divergencia existe exclusivamente entre los no-judíos? La verdad es que entre los mismos judíos no existe, y es porque la *sociedad* carcomida es la no-judía, mientras que los *elementos destructores* son judíos.

Véase además este texto: ''*Nosotros* hemos introducido en las Constituciones derechos populares equívocos, que no pueden realizarse. Todos estos llamados ''derechos del pue-

blo'' existen sólo en teoría, pero nunca se dejan traducir a la práctica... Los proletarios no aprovechan mucho más de estas Constituciones que el mendigo las migajas que caen de nuestras mesas, y esto es en pago de que hayan dado su voto a *nuestros* agentes, ayudando a realizar *nuestros* proyectos. Los derechos republicanos son para el pobre un escarnio amargo, porque el yugo de su faena diaria le impide hacer uso de ellos. Al mismo tiempo se le quita la esperanza de una ganancia segura y duradera por el hecho de que siempre queda pendiente de huelgas o *lock-outs,* que se organizan o por los patronos o por sus mismos colegas de trabajo'' (Protocolo 3.) La referencia a las huelgas pierde todo lo que pudiera tener de enigmático para aquel que en nuestro país haya estudiado las diferentes formas de huelgas. ''*Nosotros* obtendremos por la fuerza *aumentos de jornales,* pero sin que aporten beneficio alguno para el obrero, porque al mismo tiempo *originaremos* un alza de precios para todos los productos necesarios a la vida so pretexto de que esto es una consecuencia lógica del retroceso de la agricultura y la ganadería. También socavaremos honda y artificiosamente las *fuentes* de la producción de mercancías por medio de *seducción* al obrero al ideal *anarquista''* (Protocolo 6). Y por fin: ''Nosotros nos presentaremos como libertadores de las clases obreras, venidos sólo para librarles del yugo que les oprime y procuraremos que ingresen en *nuestro* ejército de socialistas, anarquistas y comunistas, al cual, también so pretexto de la *idea* de una confraternización internacional, prestaremos nuestra ayuda'' (Protocolo 3º). Como se ve, aparece otra vez la ''magnanimidad''. En esta combinación de ideas recuérdense también aquellas palabras de Sir Eustace Percy, que hacen suyas muchos judíos: ''No porque el judío se preocupe del lado positivo de los principios radicales, no porque desee participar en un nacionalismo o democracia no-judíos, sino porque ningún gobierno no-judío no le inspira otro sentimiento que *odio''*.

El autor de la obra *El judío conquistador,* dice: ''El ju-

dío es demócrata en sus sentimientos, pero no segun su naturaleza. Al proclamar la confraternización universal, sólo quiere conseguir con ello que las puertas sociales, ante él aun cerradas en muchos terrenos, se le abran. No porque anhele una igualdad, sino por querer *predominar* en el mundo social, tal como ya lo hace en muchas otras esferas. Es indudable que muchos judíos honrados niegan esta diferencia; pero lo harán sólo porque personalmente vivieron tanto tiempo dentro de la atmósfera occidental, que perdieron el instinto de lo que en el fondo de sus hermanos de raza orientales se prepara''.

En consecuencia no es muy difícil comprender el desarrollo histórico de las ideas judías de liberalismo desde su origen hasta sus últimas manifestaciones en la vida de los pueblos no-judíos. El *desorden* apetecido está patente. El desorden es lo que hoy día caracteriza todas las manifestaciones de la vida de los no-judíos. Ya no saben a qué atenerse ni en qué creer. Primero se les presenta una serie de hechos y luego otra, primero *una* explicación, después otra. Circulan infinidad de explicaciones que no explican nada, sino que únicamente enredan y enturbian las cuestiones. Los gobiernos parecen que están encadenados, y cuando alguna que otra vez intentan aclarar los asuntos, se ven atenazados inmediatamente por resistencias ocultas. También esta situación de los gobiernos está prevista en los Protocolos.

A todo esto se unen los ataques contra la sed natural humana de religión. También esta última barrera tendrá que caer, antes de que la violencia y el latrocinio puedan desplegarse libremente y con descaro. Para ir preparando esta situación deseada, dice el cuarto Protocolo: ''Por esta razón deberemos nosotros socavar la fe de los infieles, eliminando de su corazón hasta las ideas fundamentales de Dios y del alma, que sustituiremos por cálculos matemáticos y pensamientos materialistas. Cuando *nosotros* privábamos a las masas de su fe en Dios, quedó la autoridad enfangada, y al que-

dar convertida en propiedad pública, *fuimos nosotros* los que nos adueñamos de ella" (Protocolo 5º).

Hace ya mucho tiempo que nosotrós *desacreditamos* al *clero* de los infieles" (Protocolo 17).

"Cuando seamos los dueños, declararemos falsa toda religión que no sea la nuestra, que proclama a un Dios, con el cual va unido el destino de nuestro pueblo por ser su predilecto y por el cual nuestro destino queda enlazado con el del mundo. Por esta razón tendremos que aniquilar las demás religiones. Si por tal acción apareciera pasajeramente el ateísmo, no perturbaría esto, a la *larga*, nuestros objetivos." (Protocolo 14.) ¿Será esto motivo suficiente de seria reflexión para los "magnánimos"?

Es notable la consecuencia de que este programa religioso se realizó prácticamente en Rusia, donde Trotzky (según publicara clamorosamente la Prensa judaizada yanqui) pasa por a-religioso, y donde comisarios judíos, contestando a rusos moribundos, que suspiran por la asistencia espiritual, dicen: "al Todopoderoso le hemos destronado". Miss Catalina Dokoochiew declaró al Comité de Socorro para los judíos orientales, que las iglesias cristianas fueron profanadas horrorosamente por los bolcheviques, pero que "las sinagogas quedaron intactas y no se les hace daño alguno".

Todas estas formas de ataque, cuyo fin se dirige a la destrucción de los centros naturales de la vida intelectual de los no-judíos, y a su suplantación por otros centros de índole malsana y destructora, son secundadas eficazmente con la propaganda del lujo. El lujo es una de las influencias más enervantes que existen. Comienza por la comodidad y, pasando por la relajación y afeminamiento, conduce a la degeneración física, intelectual y moral. Siendo al principio seductor, concluye finalmente en pasiones debilitantes que producen la ruina total de todas las energías sanas y fuertes de la vida. Constituiría un tema especial al estudiar las mutuas relaciones entre el lujo y la desmoralización, y el resultado

sería que la causa fundamental de ambas apariencias converge en una y la misma fuerza.

Si el *desorden* constituye el fin inmediato obtenido por todas estas influencias esbozadas, se conceptúa éste, sin embargo, sólo como preparativo para un estado de cosas aun mucho más triste y desesperado, es éste la *extenuación* total. Se comprende claramente lo que esto significa. La extenuación es un ataque mortal a la vitalidad del organismo colectivo de una nación. Los últimos acontecimientos políticos lo demuestran claramente, y nadie se preocupa ya de ello. Los partidos parlamentarios, si bien publican grandes proclamas, prometiendo los candidatos el cielo y la tierra a sus electores, nadie en la práctica se preocupa después de realizar estos programas. Empezó esta extenuación con la guerra mundial y sus excitaciones. La *Paz* con su perturbación universal la coronó y completó. Los pueblos ya no creen en nada, ni tienen esperanza alguna. Toda confianza está perdida y casi podríamos decir que con ella han desaparecido la audacia y el espíritu emprendedor. La quiebra de todas las iniciativas, que falsamente se habían proclamado como "movimientos populares", ha sido tan rotunda y completa, que la mayor parte de las gentes incluso perdieron toda esperanza en la eficacia de futuros movimientos populares.

A este respecto los Protocolos dicen: "*Extenuación general* mediante discordias, enemistades, hambre, propagación de epidemias y empobrecimiento, hasta que los infieles no vean otra salvación que nuestras riquezas y llamen en su ayuda nuestro dinero y nuestro poder" (Protocolo 10). "Por todos estos medios extenuaremos y debilitaremos tanto a los infieles, que nos tendrán que ofrecer la autoridad internacional. Con su ayuda absorberemos todas las fuerzas dominantes aún en el mundo, formando así su Supergobierno. La educación de la sociedad de los infieles habremos de conducirla de tal forma que por debilidad y decaimiento abandonarán toda empresa que requiera atrevimiento" (Protocolo 5º.).

Los judíos nunca estuvieron debilitados ni exhaustos.

Nunca se vieron frente a un "imposible". Esto es señal inequívoca para aquellos que conocen perfectamente *el hilo rojo* que atraviesa nuestra vida. Lo incierto, el errar constante bajo influencias cuyo origen se desconoce y cuya finalidad queda oculta, enerva y extenúa el espíritu. Esto es lo que hacen los no-judíos y sufren desde hace siglos. Los demás, con pleno conocimiento de lo que ocurre, no sucumbieron a esta extenuación. Hasta las persecuciones se pueden sobrellevar, cuando se sabe porque se soportan, y los judíos supieron en todas las edades perfectamente cuándo y por qué éstas coincidieron con sus propios planes. Los no-judíos sufrieron más con las persecuciones de los judíos, que no éstos mismos; porque al terminarse dichas persecuciones siguieron andando los no-judíos en las tinieblas exactamente como lo hicieron antes; mientras que los judíos volvieron a emprender nuevamente su camino prefijado hacia el fin, en el que creen inflexiblemente, según dicen y afirman hasta aquellas personas que tuvieron ocasión de penetrar más hondamente en los asuntos judíos. Quizá también estas personas estén contaminadas de la extenuación general antes citada. Pero sea como fuera: la revolución que sería necesaria para librar al mundo del yugo judío, sería tan cruel como lo son los métodos judíos para dominar al mundo no judío. Hay muchos que dudan de que los no-judíos tengan las energías necesarias para defenderse; quizá no las posean. Pero al menos que sepan quiénes son sus verdugos.

XIV

¿HABIAN PREVISTO LOS JUDIOS LA GUERRA MUNDIAL?

Antes de proceder a un estudio concienzudo de las conexiones interior y exterior entre el programa *escrito* de los *Protocolos de los Sabios de Sión* y la *realidad* de las cosas, tal como ésta puede verificarse en la vida de los pueblos, hemos de fijar nuestra atención en aquellos pormenores que en la época de redactarse dichos Protocolos aun quedaban reservados al porvenir. No debe olvidarse que lo que en 1896 ó en 1906, respectivamente, aun pertenecía al *futuro,* hoy ya puede pertenecer al pasado, y que lo que en aquel entonces eran proyectos, hoy pueden ser ya hechos consumados. Recordemos las palabras del Protocolo 22 que dicen: "He tratado de descubrir cuidadosamente los secretos de acontecimientos *pasados y por venir,* como también el importante desarrollo del futuro próximo venidero, al cual nos vamos acercando *en una riada de angustiosas crisis*". Algunos de esos "acontecimientos importantes" ya se han realizado, proyectando una luz clarísima sobre las cuestiones que aquí iremos tratando.

Una prueba documental, que aun se conserva en la memoria de todos, la ofrece la Gran Guerra. La crítica judía ejercida contra nuestra actual campaña publicista, intentó levantar gran clamoreo por el hecho de que en uno de nuestros capítulos precedentes nos ocupáramos del antisemitismo actualmente preponderante en Alemania, e intentó engañar al público con el torpe aserto de que estos trabajos nuestros no eran sino una sagaz propaganda alemana de post-guerra. Es en cambio verdad que una serie de artículos que se ocupan de la cuestión judía en los diferentes países tuvo que aban-

donarse de pronto, al objeto de informar primordialmente al pueblo *americano* sobre lo esencial de dicha cuestión. Alemania representa hoy día, y quizá excepción hecha únicamente de los Estados Unidos de América, el país que en mayor grado que ningún otro en el mundo se halla interior y exteriormente bajo la influencia judía, aserto que puede ahora apoyarse en pruebas mucho más convincentes que el capítulo segundo de la presente obra. (Y conste que aquellas pruebas fueron primeramente impugnadas por los portavoces judíos; pero más tarde han sido admitidas.) Desde entonces consiguió la opinión pública en Alemania que los judíos individualmente desaparecieran de la mayoría de los cargos públicos. El pueblo alemán se esforzó en lo posible para reintegrar la Administración del país en manos alemanas. Pero ¿se libró de esta forma Alemania de los judíos? ¡De ninguna manera! Porque las raíces de la dominación judía están mucho más amplia y más profundamente ramificadas de lo que puede significar el ejercicio público de diferentes cargos del poder político y administrativo. Su influencia decisiva sobre las grandes industrias, la Hacienda y el porvenir político de Alemania no ha cambiado en nada absolutamente, persistiendo aun hoy inquebrantado.

Obedece a razones muy particulares citar a Alemania aquí en relación con la cuestión judía. Se sabe que allí surgió la voz de "anexiones", y esto en una época en que toda la actividad guerrera y la opinión pública alemanas se hallaban completamente bajo la influencia judía. "Anexiones" fué el grito que de improviso se oyó en todas partes del mundo, mientras que en los Estados Unidos de América, país que en aquel entonces no soñaba siquiera en una participación en la guerra, surgía la contravoz de "sin anexiones". De esta suerte se trocó este asunto en una cuestión mundial. No se tardó mucho en lograr de una manera sorprendente que los pueblos olvidaran casi por completo los ríos de sangre, los usureros de la guerra y los demás horrorosos acontecimientos, debatiendo tan sólo un asunto que, por su naturaleza, hubiese

pertenecido al final, pero no al principio de la guerra, es decir: la cuestión de las "anexiones". Cuando se sabe quienes fueron los que decidieron en Alemania la formulación de los anhelos políticos, y quienes fueron en igual época los consejeros decisivos de la política exterior de los Estados Unidos, se presenta esta contraseña, formulada bajo el concepto de "anexiones", sumamente interesante para el mundo entero, pero aun no con absoluta claridad.

Esta comprensión absoluta no se adquiere más que leyendo los Protocolos sionistas, cuyo texto data del año 1896, y que únicamente ahora se van conociendo al darles mayor publicidad. La última fecha posible de su redacción es la del año 1905, también sin género alguno de duda.

La tesis segunda es la que se ocupa de la guerra, diciendo al principio: "Para *nuestros objetivos* es imprescindible, a ser posible, que las guerras no aporten ganancias territoriales a nadie. Por este medio las guerras se desvían hacia un punto de vista económico, y los pueblos combatientes reconocerán *nuestro predominio* en la medida en que *nosotros les prestemos nuestra ayuda.*"

¿Quién en la época comprendida entre los años 1896 y 1905 pensara en que en futuras guerras podría darse la contraseña de "sin anexiones"? ¿Uno siquiera de entre nosotros? ¿Algún estadista o político? Sabemos perfectamente que los Estados Mayores de los diferentes países se ocupaban de los planes y operaciones a realizar en una guerra futura posible. Sabemos también que los estadistas responsables se esforzaban en conseguir el máximo equilibrio posible de intereses, para evitar conflagaciones. ¿Quién fué el que con su claro programa de "sin anexiones" enturbió la vista de todos ellos?

Afortunadamente poseemos pruebas incontrastables judías que nos dan la contestación a las anteriores preguntas. La revista *American Jewish News* (Noticias judeoamericanas), publicó con fecha 19 de septiembre de 1919, el siguiente artículo de fondo: "Cuando los profetas hablan", por Litman Rosenthal.

"Muchos años ha que *Nordau* profetizó la declaración de Balfour referente al Estado judío independiente en Palestino." Litman Rosenthal, su amigo íntimo, refiere esto en una de sus brillantes crónicas.

En la página 464 de su obra, dice el autor a este respecto: "Un sábado, al día siguiente de concluirse el sexto congreso sionista, me invitó el doctor Herzl telefónicamente a visitarle". Este detalle fija la fecha de lo ocurrido, habida cuenta de que el sexto congreso sionista se celebró en agosto de 1903 en Basilea (Suiza). Luego se prosigue: "Al entrar en la antesala del hotel, encontré a la madre de Herzl, que me recibió con su afabilidad proverbial, preguntándome si la agitación entre los sionistas rusos se había entretanto aplacado un poco"

"¿Por qué precisamente la de los sionistas rusos, señora?", la pregunté; "¿por qué le interesa a usted precisamente el estado de ánimo de éstos?" "Es porque mi hijo se ocupa preferentemente de los sionistas rusos", me contestó la dama; "en ellos ve mi hijo la quintaesencia, la vitalidad principal del pueblo judío."

Con ocasión de este sexto congreso sionista en Baasilea, el gobierno británico ("Herzl y sus agentes habían seguido manteniendo contacto con el gobierno inglés", según reza la Enciclopedia Judía, tomo XII, pág. 678) había ofrecido a los judíos una colonia en Uganda (Africa oriental). Herzl estuvo dispuesto a aceptarla, no en sustitución de Palestina, sino más bien como un paso en el camino hacia ese fin. Este detalle constituyó el tema principal de la conferencia habida en el hotel de Basilea entre Herzl y Litman Rosenthal. Según la crónica arriba citada dijo Herzl a Rosenthal: "Existe una diferencia entre el objeto final y los caminos que conducen hacia aquél".

De pronto entró *Max Nordau,* que en la última conferencia de Londres parece haber sido nombrado sucesor de Herzl, con lo cual cesó la conversación con Rosenthal. Ahora el lector lea con detenimiento la parte esencial del relato de Rosenthal:

"Próximamente un mes más tarde llegué en viaje de negocios a Francia. De paso hacia Lyón hice estación en París, donde como de costumbre visité a nuestros amigos sionistas. Uno de ellos me dijo que aquella misma noche el señor Nordau disertaría acerca del sexto congreso sionista de Basilea. Huelga decir que interrumpí el viaje para asistir a la reunión y escuchar el relato de Nordau. Cuando entramos en la sala, la hallamos repleta y se esperaba con impaciencia el *gran maestro* Nordau, cuya aparición se saludó con una nutrida salva de aplausos. Nordau, sin preocuparse de las aclamaciones, empezó inmediatamente su discurso diciendo: "Todos vosotros venís aquí por un interrogante que acucia vuestros corazones, y que se formula en vuestros labios, y en efecto, la pregunta es magna y de suma importancia vital. Yo os daré la contestación. Lo que vosotros os preguntáis es lo siguiente: ¿cómo pude yo, *uno de los autores del programa de Basilea,* pronunciarme en favor de la oferta inglesa referente a Uganda? ¿Cómo podríamos Herzl y yo traicionar nuestro ideal palestinense? —porque de seguro que vosotros creéis que nosotros lo hemos traicionado y olvidado—. Pero escuchad lo que os tengo que decir. Yo hablé en favor de Uganda después de reflexionar larga y detenidamente. Con plena conciencia aconsejé al congreso debatir y aceptar la proposición inglesa hecha *a la nación judía* por mediación del congreso sionista. Y mis razones... pero en lugar de mis razones prefiero contaros a guisa de alegoría, una historieta política.

"Voy a hablaros de una época, ahora ya casi olvidada, de aquella época en que las Potencias europeas decidieron enviar una escuadra contra la fortaleza de Sebastopol. En aquella época Italia, el reino unificado de Italia, aun no existía. Italia en realidad no era más que aquel insignificante principado de Cerdeña, mientras que la Italia grande, unificada y libre sólo fué un sueño, un anhelo ardiente, un lejano ideal para todo buen patriota. Los jefes políticos sardos, que anhelaban y luchaban por la grande Italia, fueron los tres grandes héroes populares: Garibaldi, Mazzini y Cavour.

Las potencias europeas invitaron también a Cerdeña a participar en la expedición contra Sebastopol, mandando igualmente una escuadra para el bloqueo de aquella plaza fuerte. Esta proposición inició cierta discordia entre los jefes. Garibaldi y Mazzini, que no quisieron mandarla en ayuda de Francia e Inglaterra, dijeron: "Nuestro programa, la obra a la que nos hemos consagrado, es sólo la Italia grande unificada. ¿Qué nos importa a nosotros Sebastopol? Sebastopol no es nada para nosotros, y nosotros tenemos que concentrar todas nuestras fuerzas en nuestro programa inicial, de suerte que podamos realizar nuestro ideal lo más pronto posible". Pero Cavour, en aquel entonces el estadista más eminente, hábil y de mayores alcances del país, se empeñó en que participara con la escuadra en el bloqueo de Sebastopol, en lo cual por fin se impuso. *Quizá os interese saber que la mano derecha de Cavour, su amigo íntimo y consejero, su secretario, Hartum, fué judío,* y que en los círculos, que estaban en oposición contra el Gobierno, se hablaba con indignación de la traición judía. Y en una asamblea de patriotas italianos se clamó contra el consejero Hartum, exigiéndole que aclarara y defendiera su proceder político traidor. Y éste dijo "Nuestro sueño, nuestra lucha, nuestro ideal, un ideal que ya hemos pagado con sangre y lágrimas, con preocupaciones y desesperanzas, con la vida de nuestros hijos y el horror mortal de nuestras madres, nuestro único anhelo y objeto es una Italia libre y unida. *Todos los medios son sagrados, cuando conducen a este fin grande y glorioso.* Cavour sabe perfectamente que después de las luchas ante Sebastopol *tarde o temprano se celebrará una conferencia de la paz,* y que en esta conferencia *participarán todas aquellas potencias que participaron antes en el bloqueo.* Bien es verdad que Cerdeña no tiene un interés inmediato en la expedición contra Sebastopol, pero si *ahora tomamos parte en la lucha, estaremos más tarde representados en la conferencia de la paz con iguales derechos que las demás potencias europeas,* y en esta conferencia será donde Cavour **proclamará la Italia** libre e independiente.

"Así nuestro sueño, por el que hemos sufrido y morimos, se convertirá por fin en realidad grandiosa y feliz. Y si ahora nuevamente me preguntáis lo que Cerdeña tenga que ver con Sebastopol, os diré las siguientes palabras que son los *escalones de una escalera*: Cavour, Cerdeña, bloqueo de Sebastopol, conferencia de la paz, proclamación de Italia libre unificada."

Toda la concurrencia quedó pasmada bajo la fascinación del discurso realmente poético y brillante de Nordau, cuyo francés elegante y armonioso encantó a quienes le escucharon. El orador se detuvo durante algunos segundos en su discurso, mientras el público, enajenado por la brillantez de su oratoria, le aplaudía frenéticamente. Nordau pidió silencio para proseguir, diciendo: "Ahora, pues, la grande y progresista potencia mundial Inglaterra, después de las matanzas de Kichinef y en señal de su simpatía por nuestro pobre pueblo, ofreció a la nación judía por mediación del congreso sionista la colonia independiente de Uganda. Verdad es que Uganda se halla en Africa y Africa no es Palestina, ni lo será nunca (para citar aquí las propias palabras de Herzl). Pero Herzl sabe perfectamente que *para la causa del sionismo no hay nada* tan valioso como mantener relaciones políticas amistosas con una potencia como Inglaterra, tanto más valiosas éstas, por cuanto que el interés primordial de Inglaterra se concentra en Oriente. En ninguna parte del mundo se estima tanto un precedente como en Inglaterra, y así resulta de suma importancia el recibir una colonia de manos de Inglaterra, para así crear un precedente en favor nuestro. Tarde o temprano será preciso solucionar la cuestión de Oriente y ésta envuelve en sí la de la Palestina. Inglaterra, que dirigió una nota diplomática formal al congreso sionista — sujeto éste a su vez al programa de Basilea —, Inglaterra, pues, llevará la voz cantante y decisiva en la solución de la cuestión oriental, y Herzl comprendió que su obligación era mantener valiosas relacinnes con esta gran potencia progresista. *Herzl sabe que estamos frente a una magna conflagracion mundial. Pronto*

quizá se convocará una especie de congreso mundial, e Inglaterra, la grande, libre y poderosa Britania, proseguirá entonces la obra, que inició con su oferta magnánima dirigida al sexto congreso sionista. Y si ahora me preguntáis lo que tenga que ver Israel con Uganda, os repetiré las palabras del gran estadista de Cerdeña, sólo ahora aplicadas a nuestro caso y en nuestro sentido. Os diré las siguientes palabras, cual si os mostrara los escalones de una escalera que conduce cada vez más hacia arriba: *Herzl, el congreso sionista, la proposición inglesa de Uganda, la guerra mundial venidera, la conferencia de la paz,* donde con la ayuda de Inglaterra se creará una Palestina libre y judaica.''

Como imponente trueno cayeron estas palabras sobre nosotros, todos temblamos de extrañeza y veneración, como si hubiésemos tenido una visión. Y en mis oídos repercutían las palabras de nuestro gran hermano *Achad Haam,* que sobre el discurso de Nordau pronunciado en el *primer congreso sionista* lo había juzgado diciendo: ''Tengo la sensación de que acaba de hablarnos uno de los grandes profetas antiguos, que esta voz bajó de las libres montañas de Judea, y nuestros corazones ardían al escuchar sus palabras tan llenas de milagros, sabiduría y visiones''.

Lo más extraño de todo este relato es que tal artículo siquiera pudiera imprimirse. Pero téngase presente que no se imprimió sino *después* de la declaración Balfour acerca de Palestina y de seguro no se hubiese impreso *nunca,* si los judíos no estuviesen en la creencia de que gran parte de su programa estaba ya realizado. El judío no se descubre nunca hasta creer haber ganado la jugada, luego se abandona. A los judíos sólo se les descubrió en 1903 el programa ''de la escalera'' con sus escalones: *guerra mundial venidera, conferencia de la paz, la Palestina judaica.* Al suponerse llegados al escalón más alto, dejaron que se hablase públicamente del asunto.

Una ilustración muy parecida nos ofrece también la tragedia del zar de Rusia. Al conocerse en América su destro-

namiento, causó este acontecimiento gran alegría en Nueva York, y un personaje no-judío de renombre universal pronunció un discurso, en el cual enalteció a un judío de gran autoridad nacional (a saber, Jacobo Schiff, jefe de la mayor casa bancaria americana de Kuhn, Loeb y Cª., fallecido recientemente), por haber *preparado la* caída del zar con el dinero por él facilitado, y con el que durante la guerra ruso-japonesa se propagaron ideas subversivas entre los prisioneros rusos en el Japón. Este hecho no se llegó a conocer sino después de haberse ganado la jugada. Tampoco deberá olvidarse que los últimos que realizaron el último acto de este sangriento drama, los asesinos de Nicolás Romanof, de su esposa, de sus jóvenes hijas y de su hijito enfermo, fueron "cinco diputados sovietistas, *todos ellos judíos*". Lo que había empezado con ayuda de un financiero judío americano, concluyó sangrientamente con los diputados bolcheviques judíos.

¿Habían previsto, pues, los judíos internacionales en 1903 la guerra mundial? El relato de Rosenthal ofrece para ello sólo la fracción de una prueba. Y ¿es que sólo la previeron? Más valdría que todo se hubiese quedado en preverla; pero también existen hechos que demuestran *que hasta la han preparado.*

Por lo pronto rogamos al lector retenga en su memoria dos frases características de la obra citada de Rosenthal, a saber: "Quizá os interese saber que la mano derecha de Cavour, su amigo íntimo y consejero, su secretario Hartum, *fué judío*". Así habla hasta la misma prensa judía. Si el *Dearborn Independent* u otro periódico o revista neoyorquina o de Chicago quisiera repasar la lista de los secretarios de los poderosos de esta tierra apuntando detrás del nombre respectivo: "su secretario: un judío", es seguro que la liga antidifamatoria judía publicaría grandes circulares de protesta. Según juicio de los judíos, no debe tolerarse a los no-judíos aquello mismo que a ellos le es permitido. De escribir alguien sobre la persona política de Hartum, habrá de designarla como "italiano".

Y los secretarios judíos, de los que antes de la guerra, durante la misma, y en la conferencia de la paz, existía un número muy importante, ¿fueron de menor inteligencia que aquel Hartum? ¿No existían Hartums en Francia, en Inglaterra, en Alemania, y hasta en Rusia (en los EE. UU. consta que existían muchos), que conocieron perfectamente el "programa de la escalera"? Y Max Nordau, que en 1903 lo conoció detalladamente, ¿lo había olvidado en 1914 y 1918? Nosotros, de todas maneras, sabemos *que los judíos reunidos en su congreso de Basilea en* 1903 *habían previsto la "guerra mundial venidera"*. ¿Cómo pudieron saber que llegaría a convertirse en una conflagración *mundial?* Sabemos además que los Protocolos, quizá ya en 1896, pero seguro en 1905, habían previsto la política de: "sin anexiones".

Vino la guerra mundial. Vino igualmente la frase de "sin anexiones". Lo que en aquellos Protocolos sionistas se presentaba como un futuro, es ya para nosotros un pasado. En los Protocolos se encuentran los dos siguientes conceptos: "hemos" y "haremos". Cuando en este año corriente el oculto jefe del programa mundial dirija en cualquier parte la palabra a sus oyentes iniciados, tendrá que emplear en muchas partes el término de "hemos", donde su colega de 1896 aun dijera "haremos". Muchos proyectos de entonces ya se han cumplido.

"Nosotros nos presentaremos cuando convenga como libertadores de las clases obreras", lo cual ya se ha hecho y se sigue haciendo. "Nosotros desviaremos el interés de los infieles hacia la industria y el comercio", lo cual también se realizó ya. "Nosotros crearemos una Administración fuertemente centralizada para reunir todas las energías nacionales en nuestras manos (1)". Esto es hoy un hecho en casi todos los Estados (véase para ello la nueva *Constitución* alemana, del judío Preuss. —*El trad.*). "*Nosotros* nos colocaremos del-

(1) De ahí el "patriotismo" del diplomático "italiano" Hartum por la Italia "unificada". — *El trad.*

lado *liberal* de todos **los partidos** o movimientos políticos por medio de *nuestros* oradores." Es un hecho. "Nosotros conseguiremos por la fuerza el aumento de jornales." ¡Conseguido! "Al mismo tiempo ocasionaremos un alza de precios para todas las necesidades de la vida." ¡En efecto! "Igualmente socavaremos los fundamentos de la producción, inculcando a los obreros ideas anarquizantes." ¡La prueba está patente!

Dice el 7º Protocolo: *"Para mostrar la esclavitud de los Gobiernos europeos, demostraremos nosotros nuestro dominio efectivo por medio de crímenes y violencias, es decir, por un gobierno terrorista".* Quien se fije en Rusia, observando en cambio el proceder de los estadistas responsables de Inglaterra, Francia, Italia y demás naciones europeas frente a los soviets; quien se dé rendida cuenta de la "esclavitud" efectiva de esos Gobiernos bajo el yugo de ciertos asuntos, que tanto más se enredan cuanto mayor interés se demuestre por ellos; y quien reflexione finalmente sobre Europa extenuada con una herida mortal abierta, cuya cura se impide *intencionadamente,* no podrán menos que decir que también aquella sangrienta profecía se ha realizado ya.

"Nuestros planes no tienden precisamente a derribar *de una* vez todas las instituciones existentes. Unicamente se modificará su aplicación adaptándose todo su modo de accionar en el sentido de nuestros proyectos." También esto se verificó.

"Ensillaremos a la Prensa, recogiendo las bridas." ¡Conseguido! En los EE. UU. al igual que en otros países estas bridas se cogen actualmente muy cortas, y de ello infinidad de editores pueden explicar si quieren.

"Cuando alguien *quisiera* escribir en contra nuestra, no habrá quien le imprima sus artículos." Esto en gran parte es también un hecho, y lo es totalmente en la Prensa periódica, que hoy sólo representa un *negocio.*

"Como estímulo a la especulación despertaremos en los infieles la sed de lujos y extravagancias en su modo de vivir", lo cual se comprueba, en efecto, más cada vez.

"Quebrantaremos toda resistencia a nuestros proyectos

con precaución de mezclar en conflictos guerreros a todo país que se atreva a oponérsenos. En el caso de que todas las naciones vecinas se unan en resistencia común contra nosotros, desataremos una *conflagración mundial*" (Protocolo 7). La palabra usada en el original de "conflagración" o "guerra" mundial es idéntica a la empleada por los sionistas Nordau y Rosenthal. "Herzl *sabe* (dijo Nordau en 1903), que nos hallamos frente a un *posible sacudimiento del mundo entero.*"

En toda Europa, y por medio de múltiples relaciones en otros continentes, originaremos inquietudes, discordias y mutua enemistad", lo cual hoy constituye también una triste realidad. "Esto para nosotros ofrece doble ventaja, porque con este método obtendremos la estima de todas las naciones, pues creerán que nosotros tenemos realmente el suficiente poder para producir el desorden, y también para volver a instituir el orden." Es verdad indudablemente.

El orador del Congreso de 1896 dijo gran verdad hablando de "los importantes acontecimientos, a los que nos vamos acercando en una riada de fuertes crisis". No sólo se tradujo a la práctica la teoría de "sin anexiones" en la medida que previeron los Protocolos, sino que al mismo tiempo y en correlación maduraron también otros muchos planes. El lema "sin anexiones" como fórmula ética de una voluntad política es una cosa; pero otra muy distinta significa la fórmula "sin anexiones" al objeto de que "de esta forma las guerras se conviertan en asuntos económicos, y que las naciones aprecien el poderío de nuestra superioridad según la ayuda que nosotros prestemos". El mundo no-judío supuso en el tema "sin anexiones" la expresión de una ética política, mientras que el otro programa, que utilizó esta ética sólo como medio adecuado a sus fines prácticos, quedó absolutamente en secreto.

Este capítulo deberá continuarse. De momento, se impone la pregunta de si al quedar cumplido el programa contenido en estos Protocolos judíos en tantísimos detalles, otro nuevo Protocolo, o sea una especie de prolongación de aque-

lla escalera, no se haya quizá inventado y participado por los sabios ancianos a los iniciados, y si el mundo debe esperar nuevas revelaciones. Posible sería que el conocimiento actual de los planes secretos judíos conduzca a un despertar de los pueblos, con lo cual fracasaría necesariamente todo el programa hasta ahora en vigor, quedando imposibilitada también la redacción de otros nuevos similares. Pero Judea va siempre precedida por una rara y brillante estrella.

XV

¿ES EL "KAHAL" JUDIO IDENTICO AL ACTUAL "SOVIET" RUSO?

El soviet no es una institución rusa, sino judía. Tampoco representa un invento moderno de los actuales judíos en Rusia, ni una nueva idea política de Lenin o de Trotzky, sino que es de origen arcaico judío, una forma de organización que, después de la conquista de Palestina por los romanos, adoptaron los judíos para seguir manteniendo su particular vida racial y nacional.

El bolchevismo moderno, reconocido ahora como mera envoltura exterior de un golpe de Estado, larga y detenidamente planeado con el objeto de asegurar el predominio de una raza determinada, adoptó inmediatamente la forma administrativa de los soviets, por la sencilla razón de que los judíos de todas las nacionalidades que cooperaron a la implantación del bolchevismo en Rusia están de siempre educados bajo la forma y estructura del soviet.

El soviet se cita en los Protocolos con su antiguo nombre judío "kahal". En la tesis 17 se dice: "Ya en estos días nuestros hermanos están obligados a denunciar a los apóstatas que se resisten al kahal, a su propia familia u otra persona cualquiera. *Al advenir nuestro reino,* todos los súbditos tendrán que servir por igual al Estado."

Todo aquel que conozca un poco la vida actual de los judíos sabe perfectamente lo que significan tales denuncias por apostasía. La dureza de las persecuciones a que se expone un judío convertido al cristianismo, o el hijo o la hija de una familia ortodoxa que se case con un no-judío, queda sin com-

paración posible dentro del resto de la humanidad. Recientemente una joven hebrea, vecina de uno de nuestros Estados del Oeste, se casó con un editor periodista de sangre no-judía. Desde el momento en que dió a conocer su intención se la trató como apóstata. De haber fallecido, de la muerte más infame, de haberse dedicado a la prolesión más deshonrosa, no hubiesen podido exteriorizarse los sentimientos por su decisión en forma más denigrante de la que en este caso ocurrió. Se celebraron por ella unas exequias lúgubres, y el día de sus bodas se la declaró muerta para su pueblo.

Este caso no tiene nada de excepcional, pudiendo verse una de las descripciones más impresionantes en la vida del gran filósofo judío Spinoza, a quien los judíos de hoy día quisieran de buena gana proclamar como la flor y nata de su pueblo. Sus estudios le indujeron a dudar de muchos de los dogmas rabinos, de aquellos "preceptos humanos" citados en los Evangelios. Como quiera que Spinoza gozó de mucha fama entre judíos y no-judíos, se intentó contra él el medio tan usual del soborno. Se debería sentir escrúpulo al emplear la frase de "el medio del soborno tan usual entre los judíos", si no respondiera estrictamente a la verdad. No llevamos la intención de difamar por malicia, pero la Historia de los judíos, escrita por judíos, ofrece una masa probatoria de que el soborno constituye el arma predilecta y más esgrimida de los judíos, y lo que ahora se va conociendo a este respecto prueba que todo sigue siendo igual. Cierto publicista judío, Jacobo Israel de Haan, abogado holandés, hizo constar hace poco que la debilidad de la Prensa árabe contra el soborno ofrecía fundadas esperanzas de que la agitación indígena contra los judíos en Palestina cesaría pronto. El citado autor dice: "Entre los árabes indígenas existe vivísima agitación contra lo que ellos llaman el peligro sionista. Pero los árabes, y en especial los periódicos indígenas, se muestran muy accesibles al soborno. Dada esta debilidad perderán a la larga la lucha con nosotros."

Así se le ofreció también al joven Spinoza la suma de

mil florines al año si callaba sus convicciones, asistiendo de vez en cuando al culto en la sinagoga. Spinoza lo rehusó indignado, resolviendo ganarse el sostén de su vida pulimentando lentes para instrumentos ópticos. A raíz de esto, se le excomulgó. El ceremonial de este procedimiento se nos refiere en la siguiente forma: "Por fin había llegado el día de la excomunión, reuniéndose enorme gentío para asistir al lúgubre acto. Este empezó encendiéndose silenciosa y ceremoniosamente una serie de velas negras, y abriéndose el arca sagrada que guarda los libros de la Ley mosaica. Se avivó de esta forma la fantasía de los creyentes para mayor horror de la escena. El gran rabino, antiguamente amigo y preceptor, ahora el enemigo más cruel del reo, tuvo que ejecutar la sentencia. Quedó en pie, conmovido por el dolor, pero inflexible. El pueblo le observaba con suma expectación. Desde lo alto, con melancólica voz, el cantor entonaba las palabras de execración, mientras que desde otro lado se mezclaban con estas maldiciones los sones penetrantes de una trompeta. Y se inclinaban las velas negras cayendo la cera derretida gota a gota en un gran recipiente lleno de sangre." (Lewes: *Historia biográfica de la Filosofía.*) Se pronunció esta fórmula execratoria:

"Por dictamen de los ángeles y los santos te excomulgamos, Baruch de Espinoza, te maldecimos y te desterramos, con asentimiento de los Ancianos y de esta Sacra Comunidad, en presencia de los Libros Sagrados: por los 613 preceptos escritos en ellos, por el anatema con que Josué maldijo a Jericó, con la maldición que pronunció Elisa sobre los párvulos, y por todas las excomuniones escritas en los libros. Execrado seas de día, y execrado seas de noche. Execrado seas despierto, y execrado seas en sueños; execrado al entrar, y execrado al salir. No te perdone el Señor. El furor y la ira divina se enciendan en adelante contra este hombre y le impongan todas las maldiciones escritas en los libros de la Ley. El señor borre su nombre debajo del Sol, y por su delito le destierre de todas las tribus de Israel con todas las maldicio-

nes escritas en los libros de la Ley. Y nosotros ordenamos que nadie le haga favor alguno, ni habite con él bajo un mismo techo, ni se le acerque a menos de cuatro codos, ni que lea ningún escrito por él redactado." (Pollock: *Vida de Spinoza.*)

Proferidas estas palabras retumbantes, se sumergieron de repente todas las velas ardientes en la sangre, y de todas las gargantas salió un grito fulminante de odio y maldición. Y dentro de las densas tinieblas, bajo solemnes execraciones, todos clamaron: ¡Amén, amén!" (J. K. Hosmer: *Los judíos*").

Tenemos así una ilustración para el capítulo "delaciones". Con meridiana claridad aparece la presión enorme que oprime moralmente a los judíos que intentaren sublevarse públicamente contra las ideas antisociales de su pueblo, aunque por miedo a los terribles castigos inminentes no se atreven.

La delación, según ordena la tesis 17 de los Protocolos, hay que aplicarla contra todo el que se resista contra el "kahal", o sea el antiguo sistema sovietista de los judíos.

Después de aniquilado el Estado judío por los romanos, mantuvieron los judíos en la persona de su patriarca un centro espiritual y político, y una vez dispersados los judíos sobre el orbe entero, siguió existiendo este centro nacional en la persona del "Príncipe del destierro", o sea del exilarca, cuyo cargo es de suponer que exista aún hoy, y que según la creencia de muchos es ejercido actualmente por un personaje judío americano. Frente a todas las afirmaciones contradictorias, los judíos nunca han dejado de ser un pueblo, o mejor aún: un grupo conscientemente compacto sobre la base de su raza común, visiblemente diferenciado de todos los demás pueblos, y con fines e ideales genuinamente judíos, es decir, de judíos para judíos y en oposición a toda la humanidad. El que formen realmente una nación dentro de otras naciones, sus portavoces más responsables y sus más hondos pensadores no sólo no lo niegan, sino que hasta lo acentúan especialmente, encontrándose con ello en concordancia abso-

lucha con todos los hechos perceptibles. El judío quiere vivir diferenciado de los demás pueblos, esforzándose por obedecer sólo a sus propias leyes y costumbres. En Nueva York han conseguido los judíos erigir su propio juzgado que entiende en sus asuntos particulares y según su legislación peculiar. Y ésta corresponde exactamente a los principios del soviet o kahal.

Según se lee en la "Enciclopedia judía", la "comunidad", la "asamblea" o "kahal" ha sido siempre, y desde el primer siglo de nuestra era hasta hoy, el centro de la vida pública judía. Otro tanto había ocurrido ya en tiempos del destierro babilónico. Por última vez se manifestó oficial y públicamente este kahal en la conferencia de Versalles, donde los judíos, de acuerdo con su programa mundial (*el único programa que con pleno éxito y sin modificación alguna triunfó en la conferencia*), se aseguraron el *derecho* de su kahal para todos sus asuntos administrativos y culturales, prerrogativa ésta que se sumó a derechos ya existentes aún en países donde hasta entonces se les había limitado el predominio. La cuestión polaca es una cuestión genuinamente judía, y el fracaso de Paderewsky como hombre de Estado fué sólo consecuencia de su posición bajo influencias judías. La cuestión de Rumanía es igualmente genuinamente judía, y todos los súbditos rumanos hablan de América como del "Estado judío", por haberse enterado por sus políticos de la enorme presión ejercida sobre su patria por los judíos americanos. Esta presión se ejerció sobre asuntos realmente vitales para Rumanía y obligó al país a firmar tratados tan humillantes o más que las condiciones impuestas a Serbia por el Imperio Austro-Húngaro, y de las cuales nació la guerra mundial. La cuestión judía queda visible por encima de todas las causas que *iniciaron la guerra*, como lo fué idénticamente sobre todos los *obstáculos contra una paz* posible.

Bajo el kahal, o el soviet antiguo, vivían los judíos para sí, gobernándose a sí mismos en forma de relaciones con el Gobierno oficial del país que habitaban, sólo por mediación de

sus superiores. Esta forma se caracterizaba como un comunismo mucho más agudizado de lo que nunca se presentara, a excepción de Rusia. La educación, higiene, contribuciones, asuntos familiares: todo quedó sujeto a la voluntad ilimitada de unos pocos hombres que formaban el Gobierno. Esta Autoridad tampoco se limitaba temporalmente (lo cual debe suponerse también del actual poder teocrático de los rabinos), y recogíase el cargo muchas veces hereditariamente. Toda propiedad fué común, lo cual, sin embargo, no impidió a los jefes enriquecerse. Tales kahales o soviets existían en Roma, en Francia, Holanda, Alemania, Austria Rusia, Dinamarca, Italia, Rumanía, Turquía e Inglaterra. En los Estados Unidos de América se desarrolló este sistema en conexión con la sinagoga y otras sociedades secretas nacionales e internacionales.

El kahal representa la forma tradicional de la constitución política judía durante la diáspora de los judíos. Su carácter internacional se manifiesta en las autoridades más elevadas, y que se ensancharon a medida que los judíos se esparcían por el mundo. La *Enciclopedia judía* cita al "Consejo de tres tierras", "Consejo de cuatro tierras", "Consejo de cinco tierras" que en tiempos pasados formaban un lazo internacional. Pero en todos estos relatos se hace muy difícil averiguar lo que de todo ello vale hoy día. El último Congreso sionista celebrado en Londres, donde indudablemente se arreglaron muchos asuntos referentes a los judíos residentes en el mundo entero (si bien esto no se ha dicho nunca públicamente), podría muy bien llamarse el "Consejo de 35 tierras", puesto que los delegados concurrieron de los más lejanos lugares, tales como de Laponia y del Africa austral, de Persia y de Nueva Zelanda. El objeto de reunir las autoridades judías universales fué el de unificar al pueblo judío, y relatos sobre congresos parecidos existen de todos los siglos pasados.

El soviet nacido en Rusia no es, pues, nada nuevo. Representan tan sólo una forma de gobierno impuesta brutalmente a Rusia no-judía por los judíos rusos revolucionarios, en cuya forma gubernativa el pueblo judío está ya educado desde

los primeros tiempos de su contacto con la humanidad. Una Rusia soviética hubiese sido sencillamente imposible, a no ser que un 90 por 100 de los comisarios fueron judíos. Otro tanto hubiera ocurrido con Hungría, a no ser judío Bela-Khun, "el príncipe rojo", y con él diez y ocho de sus veinticuatro comisarios (1). Los judíos representan el único pueblo perfectamente adiestrado en la implantación y administración de un kahal sovietista.

Una información de *United Press* con fecha 12 agosto 1920, caracteriza con gran detalle el parentesco interior del sistema sovietista con la estructura espiritual de los judíos. Este informe, hablando de las ciudades y aldeas polacas ocupadas por el ejército rojo invasor, dice: "Se afirma que las comunidades locales judías forman ya Administraciones sovietistas y comunistas". Es muy natural, pero ello está en flagrante contradicción con lo que constantemente se dice en la gran Prensa respecto a los sufrimientos que padecen los pobres judíos bajo el Gobierno sovietista, y referente a su abominación de los rojos. Pero téngase presente que *la mayor parte de lo que solemos leer en la llamada gran Prensa es artimaña pura y simplemente judía* contrastando abiertamente con lo que testigos presenciales nos vienen contando. Cierto miembro del "Comité de socorros" americano refiere que dicho socorro se imposibilita a menudo en Polonia, porque los propietarios judíos de casas exigen alquileres exorbitantes para las necesarias oficinas y almacenes. Otro miembro hace constar que a pesar de haberse decuplicado, las tarifas ferroviarias en los distritos llamados del hambre, los trenes más lujosos y recargados de las más elevadas tarifas son utilizados preferentemente por judíos. De su viaje informativo a través de Hungría relata dicho señor que "los húngaros ya no tienen dinero, pero los judíos lo tienen".

"Pero es que los judíos americanos detestan a Trotzky y

(1) Y exactamente lo mismo puede decirse del intento de república sovietista de Munich. — *El trad.*

el sovietismo", se oye replicar a veces. ¿Será verdad? En la página 9 de la revista americana *Mundo judío,* fecha 30 de julio de 1920, se publica una carta con la firma de una señora llamada Samuela Rush. Su epígrafe reza: "Nos avergonzamos realmente de Trotzky?", y algunos párrafos entresacados de la misma hablan del modo siguiente:

¿Recientemente escuché quejas de editores judíos, de que recaiga sobre el judío la fama de radical. Es cierto: muchos judíos son radicales. Verdad es que algunos jefes de los radicales son judíos. Pero antes de verter lágrimas sobre esta degeneración de la raza, vamos a reflexionar: Trotzky mismo no nos fué pintado nunca sino como persona ilustrada con profundos estudios hacendistas internacionales, cual potente y autorizado jefe y pensador, que de seguro vivirá en la Historia como uno de los grandes de nuestra nación... Muy pocos de entre nosotros dudan aún de que detrás de las sandeces que se vienen publicando acerca de Rusia se halla la gran verdad de que Rusia se encuentra en ese estado desequilibrado que acompaña siempre una reconstitución. Detrás del aparente desorden se oculta un plan, y de la catástrofe volverá a renacer el orden. No será un país Utopía, pero un gobierno tan bueno como los idealistas indudablemente inteligentísimos, que en la nueva Rusia van laborando, pueden formarlo con ayuda del material humano naturalmente defectuoso de que disponen. Y uno de los jefes es León Trotzky. ¿Es que realmente nos tenemos que avergonzar de Trotzky?".

Salta a la vista que por lo menos la firmante no se avergüenza de Trotzky.

Sépase también lo concerniente al juez Harry Fischer, de Chicago. Mientras dicho Fischer percibió su paga del Estado por su cargo de juez, recorrió el mundo al servicio del comité judío de socorros... Inmediatamente de haberse marchado varió de rumbo, llegando por fin a Rusia. En varias entrevistas dijo que se le permitió entrar en Rusia con la condición de no ocuparse de asuntos políticos. Tal condición parece que no se le impuso al reintegrarse a los Estados Unidos, porque abier-

tamente actuó aquí como propagandista de la idea de relaciones comerciales ilimitadas con el Gobierno sovietista ruso. Según el periódico *Tribuna* de Chicago dice este juez en resumen: "Hemos de abandonar a Rusia a sí misma, pero las relaciones comerciales con los soviets deberíamos reanudarlas. El gobierno bolchevique está arraigado firmemente. Mientras que tan sólo existen unos 700,000 miembros del partido comunista, los aldeanos apoyan con sus cien millones de almas el régimen de Lenin". Entre los proyectos sovietistas apoyados por los casi cien millones de aldeanos, se destaca también el siguiente, de especial interés ante el hecho de que el juez Fischer ostenta también la investidura de juez moralista dentro del Juzgado moral de Chicago:

"Se publicó la noticia hace algún tiempo de que las mujeres rusas habían sido declaradas propiedad nacional. Esto no es cierto; pero la facilidad con que se puede contraer matrimonio y divorciarse favorece un cambio rapidísimo. Todo el que quiera tomar estado, se presenta en el Ayuntamiento (como diríamos nosotros) y anota su nombre en el registro matrimonial. El estímulo de casarse es pues muy grande. Cuando dos personas necesitan urgentemente vestidos y alimentación, convienen a veces en casarse por espacio de un día. Al siguiente vuelven juntas a los registros civiles del Ayuntamiento, y esta vez sus nombres se inscriben simplemente en los libros de divorcios. Eso es cuanto hace falta para casarse y divorciarse respectivamente. Y con todo ello se les facilita una buena comida".

El juez Harry Fischer, regresado del extranjero al servicio del Comité judío de socorros, parece ser que tampoco es de los que se avergüencen de Trotzky.

También Máximo Pine, durante muchos años secretario de comercio hebreo de Nueva York, estuvo en Rusia sovietista con el título de "representante obrero". También pudo contar muchas aventuras de los soviets, y entre otras la rara contradicción de que a los judíos en Rusia, aun cuando no son bolchevizantes, les va admirablemente.

Hemos escuchado, pues, a tres personas diferentes y pertenecientes a muy distintas capas sociales, pero cada una de ellas alienta una simpatía natural por el kahal, o sea el soviet, cierta admiración entre sus métodos, y una benevolencia abierta hacia sus jefes. Porque el sovietismo es la forma más perfecta de un absoluto despotismo, y precisamente aquellas usanzas matrimoniales están en absoluto de acuerdo con los Protocolos sionistas, en que dícese: "Destruiremos la influencia del hogar y de la familia entre los infieles". El que los kahals o soviets judíos-rusos consigan o no la absoluta destrucción de la vida familiar rusa, puede ponerse en duda. La debilidad fundamental del sistema sovietista es idéntica a la de los Protocolos, a saber, una depravación moral inaudita, que va creciendo como un cáncer, hasta que junto con el organismo que ataca perece por fin ella misma.

Vista con los ojos de los Protocolos sionistas, Rusia aun no representa el Estado judío, pero sí un Estado no-judío conquistado por fuerzas judías. En los protocolos se citan tres grados del procedimiento. El primero consiste en la destrucción secreta de la comunidad racial por medio de la divulgación de ideas seductoras y disolventes, en cuya labor se recurre también a elementos no-judíos. Una vez que estas ideas han surtido efecto suficiente para destruir a la sociedad originando una crisis, aparecen (cual ocurrió en Alemania) repentinamente aquellas fuerzas en la superficie, que accionaban antes en secreto, toman las riendas y capitanean la revuelta. En Alemania ocurrió esto inmediatamente después de la derrota que *siguió al armisticio,* pero los alemanes mismos ya hacía tiempo que habían conocido la influencia decisiva de los judíos en todos los altos cargos del Imperio, y así no pasó mucho tiempo sin que los judíos hubieran de desaparecer nuevamente de todos estos cargos públicos. También en Rusia se echaron los judíos inmediatamente sobre el poder político y administrativo, y allí consiguieron mantenerse en él. Este proceso empezó con la presión ejercida por Kerensky (a Kirbis) sobre el zar, para que éste renunciara la corona, y sigue mani-

festándose bajo Trotzky (a) (Baunstein), cuyos ejércitos rojos circundan la garganta de Europa.

Pero la conquista de un país, como se intentó en Alemania, y se consiguió en Rusia, no es todavía el objetivo final según los Protocolos; representa sólo el principio de su desarrollo públicamente visible. El kahal-soviet tiende a la destrucción total de la sociedad no-judía al destrozo completo de toda cooperación y unión a entronizar un despotismo absoluto reglamentado exactísima y detalladamente hasta el más pequeño distrito y así lograr volverse a levantar. Tal proceder comprende también naturalmente la descomposición de la vida industrial, así como el reclutamiento de los no-judíos en el ejército, y, desde luego, una disolución general de toda moral y de todo orden. Este es el programa de los Protocolos en su última consecuencia, antes de empezar siquiera con la reconstitución con la cual se convertiría el respectivo país en un Estado judío. Esta última fase no se ha visto aún en el mundo, ni en Rusia se pretende hasta ahora. Si el pueblo ruso despierta del atolondramiento en que cayó, tampoco podrá ofrecérsenos allí. Aunque voces judías pregonen que Rusia, Estado soviético, está bien fundamentada, será Rusia que habrá de pronunciar la palabra decisiva, y Rusia aun no habló. Se estremece hoy el mundo entero ante el futuro despertar de la verdadera Rusia y ante la perspectiva de la terrible venganza que habrá de tomar sobre los soviets.

El programa convenido en los Protocolos sionistas vió durante la revolución francesa muy cerca su cumplimiento, pero la depravación moral la aniquiló. En Rusia acercó este programa otro paso más a su victoria, pero también sucumbirá ante la negación de las leyes morales. La cuestión judía se debate en la actualidad prácticamente en Polonia y Rusia, y las fuerzas judías reciben su principal apoyo desde Estados Unidos de América. Así no es de extrañar que los pequeños Estados de la Europa oriental en su heroica lucha contra el pulpo judío tilden a América de "Judea".

Demostraremos nuestro poder omnipotente en un Esta

do", dicen los Protocolos. "Para evidenciar la esclavitud de los Gobiernos europeos infieles, probaremos a uno de ellos nuestro poder por medio de violencia, o por gobierno terrorista". (Protocolo 7).

Las potencias europeas, una tras otra, viéronse obligadas a retirar sus tropas de Rusia. Los ministros europeos uno tras otro, dejáronse atar las manos frente al problema ruso. Y el mundo entero se vió obligado a presenciar impasible la violación de Polonia, al haberse atrevido a ofrecer resistencia al poderío judío. Rusia ha tenido que pagar extraordinariamente caro el intento de hacerse independiente de los judíos, y le toca el turno a Polonia. Este incendio, según esperan los judíos rusos, y con ellos muchos judíos americanos, llegará a invadir el mundo.

Si los judíos omnipotentes en el mundo quisieran que se librara Rusia, si desearan que se apagara la llama voraz, y que concluyera la participación de los judíos en los movimientos revolucionarios del orbe entero, lo, podrían conseguir en menos de una semana. Lo que actualmente presenciamos en el mundo se hace con la voluntad y a plena conciencia de los poderes internacionales judíos. Aparentemente no existen ni trazas de hacer retroceder un movimiento que preponderantemente arraiga en los círculos judíos americanos. Esto responde al programa en el punto que dice: "demostraremos nuestro poderío en un Estado", y así se hará. Pero este "demostrar" tiene dos caras: si bien demuestra el *poder*, descubre al mismo tiempo al *pueblo* que lo ejerce, y éste es muy posible que al fin y al cabo deseara no haberlo anhelado nunca, ni conseguido, ni utilizado.

Quien quiera comprobar la exactitud del juicio del carácter humano, tal como éste se refleja en los Protocolos judíos, estudie un poco el efecto del bolchevismo ejercido sobre sí mismo. No cabe negar que en todas las capas del pueblo americano no-judío existe cierta especie de admiración por el gran golpe de Lenin y Trotzky, dado sobre fundamento tan macizo. Su audacia, su aptitud de sostenerse aún frente a tantas ener-

gías contrarias, hallaron involuntariamente cierta aprobación. Con ello conviene comparar el párrafo contenido del Protocolo 10 y que dice: "Las masas sienten cierta simpatía y estima especiales por el genio violento político, exclamando a todos los hechos audaces: "infame, pero hábil", "un engaño burdo, pero bien hecho", "insolente, pero grandioso". Nosotros contamos con reclutar a todos los pueblos para fundamentar nuestra gran obra. Ante todo hemos de asegurarnos los servicios de agentes intrépidos y audaces, que barran todos los obstáculos de nuestro camino. Cuando realicemos nuestro golpe de Estado, diremos al pueblo: "Todo ha ido mal, todos hemos sufrido. Extirparemos las causas de vuestros sufrimientos, tales como el nacionalismo, las fronteras nacionales y las diferencias de monedas. Claro es que estáis en libertad para juzgarnos como queráis, pero injusto fuera si lo hicierais antes de darnos ocasión para demostraros lo que queremos y podemos".

No tiene nada de torpe esta idea, y según ella se ha procedido siempre y con éxito. Pero forzosamente habrá de manifestarse también un efecto contrario. Los verdaderos causantes, y las intenciones reales del movimiento, que se ocultan detrás del bolchevismo, aparecerán inmediatamente. Entonces la humanidad entera como un solo hombre triturará este programa mundial en el preciso momento en que parezca hallarse ante la victoria definitiva.

Precisamente el sistema de kahal soviético ruso será el que proyectará luz mucho más clara sobre el programa mundial judío, que ningún otro intento pudiera hacerlo. Cinco generaciones han ido viendo y juzgando la revolución francesa bajo la luminosidad errónea y engañosa, que muy hábilmente se les supo dar. Hoy día se sabe que aquella revolución no fué obra del pueblo francés, sino el crimen de una minoría que quiso imponer a la fuerza al pueblo francés el mismo plan que aquí nos está preocupando. Y así fué precisamente el pueblo el que derribó la Revolución mal llamada Francesa. Pero desde entonces, y como resultado de esa revuelta planeada por una

minoría perfectamente organizada. Francia no pudo ya librarse nunca del yugo de un dominio judío.

La revolución rusa no pasará a la Historia con el mismo clamoreo romántico, porque el mundo ya sabe lo que hay de real y verdadero en ella. Muy pronto se sabrá también con qué dinero y con qué directivas espirituales se planeó y realizó, y de qué Continente provino el impulso principal. La *revuelta rusa es de origen racista, no político, ni económico.* Bajo su mentido socialismo y sus frases hueras de "confraternización universal" se oculta el plan exactísimamente trazado de un anhelo por el predominio mundial de determinada raza, que no tiene nada de rusa, sino que tiende a pisotear todo razonamiento sano y los intereses comunes de la Humanidad civilizada.

XVI

DE COMO INFLUYE LA CUESTION JUDIA SOBRE LA AGRICULTURA

La usura de solares ejercida por los judíos es conocida de todo el mundo, pero no constituye en absoluto su único programa territorial. A causa de la especulación judía con la propiedad inmueble, se ha modificado fundamentalmente el carácter de muchas poblaciones americanas en estos últimos quince años, y hasta en algunas ciudades del Oeste se comprobó que la reciente alza usuraria de los alquileres fué en gran parte obra de los propietarios judíos. El gobernador de uno de nuestros más importantes Estados había sido adversario de un decreto proyectado para la regulación de los alquileres. Su resistencia fué apoyada por una presión sumamente intensa que se ejerció sobre él por los más poderosos intereses judíos, tanto de su propio distrito como de los Estados vecinos. Pero por fin se decidió a firmar y mandar ejecutar el decreto, y esto sobre la base de sus propias investigaciones y otras recogidas por sus empleados. En centenares de casos, pues, se había comprobado la práctica general entre los propietarios judíos de traspasar la respectiva propiedad sucesivamente a todos los miembros de la familia, causando cada traspaso un alza correspondiente de los alquileres. Los ojos del público se van abriendo con referencia a la cuestión judía de manera diferente. Este caso citado hizo vidente a un gobernador de Estado.

Sin embargo, esto no constituye una particularidad exclusiva de los propietarios judíos, sino que también propietarios no-judíos se han servido del mismo truco. Pero la propiedad de fincas constituye realmente un dominio judío. El

judío es realmente el propietario del suelo americano. Esto lo podrían confirmar todos los aparceros e inquilinos de casas de América, con excepción del Oeste. Claro que la propiedad de fincas propiamente dicha no es reprochable mientras no se manifieste en sentido antisocial o antiamericano. Pero aquí es donde radica el mal. Muchos de los lugares más antiguos y sagrados del americanismo situados en el este del país han perdido completamente su carácter original por la invasión, no precisamente de "extranjeros", sino de judíos.

Cuanto más detalladamente se va conociendo esta invasión, más debe desconfiarse de las cifras que los judíos publican sobre la población judía en los Estados Unidos.

¿Quién supo, hasta ahora, que la única nacionalidad a la que el Gobierno de los Estados Unidos de América no puede dirigir preguntas en cuanto a estadísticas de inmigración ni de sus ingresos, es la nación judía?

¿Quién supo, hasta ahora, que el Gobierno de los Estados Unidos de América, cuando quiere saber algo referente a los judíos, tiene que dirigirse a estadísticas que a su vez reciben los datos exclusivamente de estos mismos judíos?

Cuando una nación declara (como lo hacen los judíos), que ni constituye una nación propiamente dicha, ni posee estadísticas nacionales propias suyas, que sobre demanda pudiera poner a disposición del Gobierno del país en que viven, ¿por qué, sin embargo, se trata a sí misma como nación distinta y lleva registros propios?

Los judíos en Estados Unidos de América, igual como los judíos residentes en todos los Estados europeos, constituyen en efecto una nación propia suya, con su propio Gobierno, su propia política y su propia diplomacia reconocida. Y el Gobierno americano de Estados Unidos se relaciona con el Gobierno judío en América por mediación de judíos elegidos. Sobre este punto no cabe duda alguna.

Un vistazo sobre la rápida modificación de ciudades americanas en todas las latitudes del país conduce al convenci-

miento de que las estadísticas llevadas por judíos y destinadas para información de los no-judíos desfiguran los hechos completamente. La convicción aumenta al saber que las estadísticas judías destinadas a su propio uso difieren considerablemente de aquellas otras destinadas al uso del resto de la humanidad.

La predilección de los judíos por la propiedad inmueble se explica por la tendencia judía a la especulación en gran escala, por oprobioso y despreciable que esto fuera. No puede recriminarse al judío por hacerse propietario de fincas, ni por llegar a ser el propietario más importante; tampoco se le debe condenar más acerbamente que a sus cómplices no-judíos por haber abusado criminalmente de este negocio. Pero en cambio constituye un punto genuinamente americano evitar que las ciudades, que a nuestra juventud se les enseña como cuna de nuestra libertad y baluarte del americanismo, se conviertan financiera y políticamente en ciudades semitas, ni en focos del bolchevismo mundial.

Hasta hace poco tiempo el judío en América no se preocupó del territorio rural, lo cual es en él característico, ya que el judío no es agricultor de naturaleza. Importantes sumas se han gastado para educarle y encariñarle a la agricultura, pero la labor productiva nunca plugo al judío, ni hoy le interesa. Sólo estima aquella propiedad que encierra oro en sus minas, o que produce rentas. Un terreno que produzca patatas o cereales, no posee nunca atractivos para el judío.

Verdad es que en países como Polonia o Rumanía la cuestión rural se identificó casi siempre con la cuestión judía; pero ninguna ley restrictiva contra la adquisición de terrenos por judíos ha sido capaz de impedir la explotación inicua de provincias enteras por usureros judíos. Y no es precisamente la predilección de los judíos por el arriendo de fincas, sino que también han preferido subarrendarlas a los demás. Mediante tapujos y por mediación de testaferros no-judíos supieron siempre hacerse dueños del país, dominando así a los habitantes, y pudieron crear las condiciones de vida que a

ellos convinieran sin escrúpulo alguno. Este es, pues, el verdadero aspecto de la cuestión judía en aquellos países. La adquisición de terrenos no tiene para ellos por objeto cultivar la tierra, sino que constituye un medio para enseñorearse de la fuente principal de riqueza en los países preferentemente agrícolas, y de separar subrepticiamente a la masa popular de sus dueños naturales.

En países donde existe una aristocracia espiritual, innata, en la que la masa popular reconoce sus conductores, persiguió siempre el programa judío el doble objeto de eliminar tal jefatura, apoderándose de la propiedad rural. Esto por un lado aporta sus ventajas, pero al estudiar detenidamente la ejecución de este plan, se comprende que van apareciendo también otras ventajas, además de la del simple lucro. Lo más refinado en todo el programa judío para el predominio mundial consiste en que la ejecución de este plan no exige sacrificios, como ocurre en la realización de otros grandes proyectos, sino que este plan en cada una de sus fases va aportando al mismo tiempo grandes ganancias a sus adeptos; tanto es así, que cuanto mayor es la utilidad momentánea obtenida, tanto más cierto aparece el éxito final.

Durante la conquista del país americano no existía aquí una aristocrácia a la que eliminar. La actividad judía se limitó, pues, hasta hace poco, al "control" de los productos rurales después de su recolección. Los intereses judíos, por así decirlo, se dirigen no tanto a la caza de los animales, p. e., como al intercambio comercial con sus pieles.

Y ya que hablamos de peletería: hasta resulta cómico observar a veces cómo se desarrollan las cosas. Durante la guerra se clamó mucho por la preponderancia alemana en nuestro comercio de pieles. Verdad es que todo este ramo comercial se dominó siempre desde Alemania; pero no por alemanes, sino por ¡judíos! Se hicieron grandes esfuerzos para reconquistar todo este ramo comercial "alemán", para expropiarlo, y transferirlo a propiedad "americana". Los americanos, empero, que adquirieron estas propiedades fueron

también ¡judíos! La propiedad en sí no cambió pues en nada, sino que las ganancias, antes como después, afluyeron hacia los bolsillos de los "internacionales".

Pero la peletería sólo nos sirve de ejemplo típico. El interés judío nunca va dirigido a cosechar el trigo, sino a comerciar con el trigo. Lo que en los Estados Unidos es de necesidad perentorio, es un "Indice de financieros judíos", para que el público pueda hojearlo y establecer procedencias al leer la noticia de que fulano de tal ordenó un cierre de venta de cereales, u ocasionó la formación de colas ante los despachos de pan. Estos financieros, que se apoderaron de los bienes producidos por americanos, y que luego obligan al consumidor americano a pagar, pagar, y otra vez pagar, han podido desarrollar su inicua piratería a plena luz del día gracias a la absoluta ceguera del público americano pendiente de los relatos de sus periódicos. Porque si bien nuestros periódicos anotan buenamente que este o aquel de dichos piratas es italiano, o polaco, o inglés, nunca, en cambio, dirán que es judío. En cada población, sea grande o chica, existe una organización judía al objeto de evitar tales publicidades, y esto llega a conseguirse por medios tan violentos, que al ideal americano de libertad le van cavando la sepultura.

Hasta hace poco tiempo se limitó el plan en América a acaparar las mercaderías en el camino entre el productor y el consumidor, precisamente en aquel punto donde se le podía sacar la mayor ganancia posible, dominándolas así en absoluto. El pueblo pagó su dinero no precisamente por un servicio útil o necesario, sino exclusivamente por el secuestro verificado astutamente por los intermediarios.

Ultimamente apareció en América otra nueva rama comercial. El oro hebreo se invierte ahora en adquirir enormes extensiones de terrenos americanos. Anteriormente se conformaron con el "control" del algodón, como lo ejercen también sobre el pan nuestro de cada día, pero recientemente se manifiesta la intención de adquirir terrenos algodoneros. Estas operaciones se ocultan muy cuidadosamente, utilizándose ca-

si siempre testaferros no-judíos; pero al seguir todas las huellas borrosas, se tropieza al fin y al cabo con el judío internacional, que tiene erigido su trono actualmente en Londres.

Muchos judíos han escrito a nuestro periódico, el *Dearborn Independent*, que no sabían nada de todos estos planes encaminados a un predominio mundial de la raza judía. Uno de los objetos de la presente publicación consiste precisamente en dárselos a conocer. Pero no cabe duda de que cada judío siente íntima satisfacción por el progreso de su raza hacia la hegemonía mundial. Sobre este sentimiento se basa el judío internacional, y puesto que este sentimiento prevalece, en ello halla el plan internacional su mayor garantía de éxito, unido a un mínimum de riesgo. *La forma innata del judaísmo constituído en Estado no es la democrática, sino la arbitrariedad autocrática.* Claro es que el judío individualmente ignora todo esto, pero ¿por qué se enfada con la persona que se lo dice? El judío que no cierra intencionadamente los ojos ante las razones expuestas en la obra presente, hallará en su propio interior las suficientes aprobaciones a lo aquí dicho, viéndose así mejor que nadie en condiciones de colaborar en la solución de la cuestión judía.

Admirando realmente el concepto de responsabilidad periodística, que ciertas personas documentan, hemos leído la reproducción de algunos de nuestros capítulos. So capa de traducciones, y especialmente en el argot judaico-alemán, se han repartido profusamente entre los judíos que no dominan el inglés reproducciones de nuestra obra, que no sólo no coinciden en nada absolutamente con el original, sino que hasta contienen capítulos enteros que nunca aparecieron en nuestra obra. ¿Temen estos traductores, quizá, que el judío corriente se entere de la verdad expuesta en nuestra obra? Todas aquellas personas que anhelan realmente una solución de la cuestión judía en América no tienen otro deseo sino que cada judío en los Estados Unidos conozca detallada y exactamente nuestra labor de publicistas, porque hace ya bastante

tiempo que el pueblo judío es engañado miserablemente por sus prohombres.

Conste, pues, que existe una tendencia clara y ya bastante adelantada de reunir la propiedad de los terrenos algodoneros americanos en manos judías. El primer paso hacia este fin consistió en hacer bajar lo más posible el precio de estos terrenos. La presión necesaria se ejerció por ciertos Bancos, que limitaron poco a poco los créditos solicitados por los cultivadores del algodón. Se les dijo que si ensanchaban la extensión de los cultivos se les cortaría todo crédito. El objeto fué que bajaran los precios de los terrenos, mientras que al mismo tiempo aumentaba el precio del algodón. La utilidad de esta operación doble no la recaudaban desde luego los algodoneros, sino aquellos otros que manejaban el algodón desde su recolección hasta el último consumidor. La rentabilidad del cultivo del algodón disminuyó, mientras que la especulación con los productos se hizo mucho más lucrativa. El gran público se vió obligado a pagar el dinero necesario, con el que los dueños del mercado internacional pudieron luego adquirir los terrenos del cultivo. En resumidas cuentas, resultó más ventajoso para los cultivadores *vender los terrenos algodoneros,* que no el algodón.

Dediquemos preferente atención a esta venta de terrenos algodoneros. Los financieros judíos de Londres y Nueva York están perfectamente enterados, aunque los periodistas y rabinos judíos no sepan nada de ello. Ciertas categorías de comerciantes conocieron absolutamente este desarrollo, y hasta algunos, arrastrados por la presión de los acontecimientos, tuvieron que prestarle su ayuda; pero sin que pudieran darse cuenta de su importancia. Sólo muy poco tiempo ha se les abrieron los ojos a los comerciantes americanos no-judíos de mayor importancia con respecto al sentido interior de ciertas corrientes. La guerra fué lo que favoreció mucho esta comprensión.

Estos raros documentos conocidos por "Protocolos", con su firme intento de sujeción de todos los elementos vitales, no

omiten tampoco lo que hace referencia al suelo. El programa se halla contenido en el 6º Protocolo, uno de los más cortos, y que reproduciremos aquí íntegro, para comprobar su relación con lo anteriormente dicho.

El sexto Protocolo dice así:

"Pronto empezaremos a fundar potentes monopolios gigantescos recipientes de riquezas, de los que hasta las mayores fortunas de los infieles quedarán dependientes en cierto grado de suerte que todas ellas al día siguiente al de la catástrofe política se hundirían tan irremisiblemente como lo hará el crédito del Estado. Los economistas aquí presentes deben comprender a conciencia la gran importancia de este plan. Por todos los medios hemos de encarecer convenientemente la importancia de nuestro super-gobierno, haciéndole aparecer como protector y bienhechor de todos los que se nos subordinan voluntariamente.

"La aristocracia de los infieles como la potencia política, está eliminada. No es indispensable contar con ella. *Pero en su condición de terratenientes nos son hasta cierto punto molestos, por cuanto que de esta forma quedan independientes de nosotros en su vida material. Por ello es imprescindible que les arrebatemos sus propiedades.* El mejor medio para ello consiste en el aumento de las contribuciones, o el de las cargas hipotecarias. Estas medidas convertirán a los terratenientes irremisiblemente en dependientes nuestros. No pudiendo mantener su vida de lujo con herencias demasiado reducidas desaparecerá muy pronto y por completo la aristocracia de los infieles.

"Al mismo tiempo deberán favorecerse enérgicamente el comercio y la industria, y en especial la especulación cual ocupación contrarrestando a la industria independiente. *Sin la especulación recibiría la industria un aumento del capital privado, y por ende mejoraría la situación de la agricultura en forma que se libre la propiedad inmueble del yugo de los bancos hipotecarios.* La industria en cambio deberá absorber

de la tierra llana no sólo los operarios, sino el capital que, en unión con la especulación, *reunirá el capital del mundo entero en nuestras manos*, y así la totalidad de los infieles volverá a hundirse en el *proletariado mundial*. Entonces tendrán que inclinarse ante nosotros, para poder ir viviendo.

"Para destruir entre los infieles toda vida sana comercial, deberemos despertar entre ellos la sed de toda clase de lujos para incitarles a la especulación. *Nosotros conseguiremos, por la violencia si es preciso, aumentos de jornales; pero éstos no reportarán utilidad a los infieles, porque al mismo tiempo ocasionaremos un alza de precios para todas las necesidades de la vida, so pretexto de que esto es consecuencia de un descenso de la agricultura y la ganadería.* Además socavaremos artificiosa y profundamente las raíces de toda labor productiva contribuyendo a la propagación de ideas anarquizantes entre los obreros e incitándoles al abuso del alcohol. Al mismo tiempo haremos que las "inteligencias" entre los infieles desaparezcan del país.

"Para que la situación real no se descubra antes de tiempo por los infieles, la enmascararemos con esfuerzos aparentes en favor de las clases obreras, desatando clamorosas contiendas entre diferentes principios, por los que nuestros economistas teóricos desplegarán vivísima propaganda."

Pero con todo esto no queda agotado el programa, sino que prosigue mucho más allá. El judaísmo tolerará incluso a monarcas, mientras pueda sacar provecho de ellos. Probable es que el último de los tronos que se derrumbe sea el inglés, porque de un lado el sentir inglés se da por muy honrado al servir de protector del judaísmo, participando así de las ventajas que de ello se derivan, representa, según criterio judío, una ventaja sumamente importante poder utilizar tal potencia mundial para sus objetivos particulares. Un clavo saca otro clavo, y esta sociedad limitada durará exactamente hasta que el judío decida lanzar la Gran Bretaña a la ruina, lo cual puede hacerse en cualquier momento. Existen indicios de que el judaísmo se halla próximo a emprender esta tarea.

Los elementos perdurables y fundamentales en los Protocolos consisten en acaparar la propiedad inmueble; la judía y la no-judía. Precisa explicar en pocas palabras el aserto de pueblos no-judíos pertenezcan a los elementos perdurables dentro del plan judío. Según los Protocolos no existe tendencia de extirpar a los no-judíos, ni la de poblar el orbe entero solo con judíos, sino por el contrario: los judíos anhelan un mundo poblado por no-judíos, pero dominado por judíos, siendo éstos amos absolutos, y los no-judíos sus leñadores y aguadores. Ideología política ésta que todo lector del Antiguo Testamento reconocerá como típicamente judía, porque siempre volvió a ser la causa de la ira de Dios sobre Israel.

Observemos aún algo el programa de las tierras. "Los terratenientes nos son hasta cierto punto molestos, por cuanto son independientes en su vida material." Esta es una tesis esencial en los Protocolos. No importa que los propietarios sean aristocracia no-judía, o aldeanos polacos, o rancheros americanos. La terratenencia es lo que les hace independientes. Toda clase de independencia reduce en algo la realización del programa mundial judío, que en todo el mundo real ya acercándose ampliamente a su fin victorioso.

No sobre la población rústica, ni sobre los habitantes de terreno llano; no sobre los aparceros, ni aldeanos, sino sobre los *terratenientes* se llama la atención, y especialmente sobre esta clase porque es *independiente en su vida material*. Ahora resulta que en la Historia de los Estados Unidos nunca ha habido una época en que al ranchero le hubiese sido más fácil adquirir la propiedad de su terreno. Las hipotecas casi no se conocen ni de nombre. En todas partes se oye decir que los dueños de "ranchos" son "riquísimos". Y, sin embargo, ¡nunca ha habido tantísimas haciendas abandonadas! "Por esto tendremos que sustraerles, sea como sea, a su propiedad." Pero ¿cómo? "El mejor medio para conseguirlo son las contribuciones y deudas hipotecarias." Estos son los elevados recargos contributivos sobre la adquisición de terrenos, y la necesidad de obtener créditos hipotecarios para cultivar el

suelo. "Estas medidas harán la propiedad irremisiblemente dependiente." Escuchemos por boca de los cortijeros americanos si este desarrollo se va notando o no. Más adelante demostraremos también que, al intentar procurar dinero a módico interés a los hacenderos, o aliviarles la carga hipotecaria, aparece insensiblemente la influencia financiera judía para evitarlo, o, donde esto no se consiguiere del todo, para dificultar la obra en lo posible.

Con el aumento de las dificultades financieras para los hacenderos por un lado, y con la fuerza atractiva de la industria por el otro, ya se ha conseguido gran parte del plan judío. En el lenguaje de los Protocolos se expresa esto de la siguiente forma: "La industria deberá absorber de la tierra llana, no sólo los operarios, sino también el capital". ¿Se consiguió esto? En los Estados Unidos ciertamente. Al hacendero le es más fácil que a nadie obtener dinero, y en cambio al productor llega a serle absolutamente imposible obtenerlo. ¿Cuál es el resultado de estas dos influencias, de las cuales una ejerce su presión sobre la agricultura y la otra sobre las ciudades? Justamente el anhelado por los Protocolos, a saber: jornales aumentados; pero que envuelvan menor fuerza adquisitiva. "Al mismo tiempo ocasionar un alza de precios para todas las necesidades de la vida, so pretexto de que esto fuera consecuencia del descenso de la agricultura y de la ganadería."

El judío que redactara estos Protocolos hubo de ser, en verdad, un hacendista, economista y filósofo de primerísimo orden. Dominó en absoluto su cometido. Las manifestaciones judías en la vida comercial demuestran que el querer y el poder van al unísono. !Con qué eficacia admirable se desarrolló este sexto Protocolo ante los ojos de todos los que quisieron ver, y sigue aún manifestándose en nuestra vida!

Los hacenderos de Estados Unidos habían empezado en una forma eficacísima a hacer independientes de las potencias financieras. Su enorme ventaja consiste precisamente en que el hacendero, como terrateniente que es, queda independien-

te en su vida material. El suelo le alimenta, sin importarle que sea a gusto de aquellas potencias financieras o no. Su posición es inatacable mientras el sol luzca y las estaciones del año cambien. Por ello algo debió ocurrir para alterar tal floreciente independencia. A este objeto se le crearon mayores dificultades que a nadie al solicitar créditos, si no venían apoyados por una garantía hipotecaria. A los obreros se les sedujo para que abandonaran la tierra llana y se acumularan en las ciudades. A la agricultura se la tildó de "atrasada" y "egoísta", de suerte que los hijos de los agricultores se avergonzaran de la labor de sus padres. Los sindicatos de cereales, que trabajan *en contra* del interés de los productores, funcionan bajo la directiva de judíos. Al comparar lo que actualmente se va desarrollando en la agricultura con lo que a este respecto se halla escrito en los Protocolos judíos, parece que para el hacendero americano ya va siendo tiempo de ocuparse de estos problemas.

Todo aquel que intenta explicar seriamente la cuestión judía a otras personas no-judías, oye decir muchas veces, que la amplitud de la conspiración esbozada en los Protocolos es tan enorme, que perturba la mentalidad no-judía. Los no-judíos no poseen las cualidades necesarias para conspirar. No están en condiciones de proseguir larga y constantemente el *hilo rojo* aun a través de situaciones difíciles y embrolladas. *La complejidad sistemática de los Protocolos judíos cansa el espíritu de no-judíos.* Esta circunstancia precisamente, y mucho más el atrevimiento del plan, envuelve el gran peligro de que el programa llegue por fin a realizarse. *La lentitud psíquica de los no-judíos es el más valioso aliado del programa mundial israelita.*

Si el no-judío hace muchas veces algo por una razón, el judío, en cambio, hace frecuentemente algo por *tres o cuatro razones.* El no-judío puede, en último caso, comprender por qué los financieros judíos intentan enseñorearse de la propiedad rural, para evitar así una indemnización de la agricultura, que les puede ser molesta. Esta razón queda bien patente.

Pero existe una segunda razón. Se la encuentra en el Protocolo 12, y no tiende a menos que a contraponer en la gran lucha venidera la tierra llana contra las ciudades. Dominación absoluta de las ciudades mediante la palanca industrial, y de la tierra llana mediante la palanca del crédito hipotecario. Así, el manejante oculto tiene la doble facultad de decir a la tierra llana que las ciudades tienen estas u otras pretensiones injustas, o de irritar al ciudadano contra el aldeano, en quien se acumulan injusticias de cualquier especie. De esta forma se rompe el lazo natural existente entre el campo y la ciudad, y se sublevan mutuamente una contra otro.

Obsérvese la claridad y el atrevimiento, y al mismo tiempo la fría seguridad con que todo este plan ha sido ideado. "Nuestros cálculos alcanzan a mucho, especialmente en los distritos rurales. Allí deberemos despertar tales intereses y anhelos, que se dirijan contra la gente de las ciudades, denunciando aquéllos, en cambio, a los ciudadanos con tendencias ambiciosas para hacer independientes las provincias de las ciudades. Claro es que la fuente de todo ello es una y la misma: radica en nosotros. Antes de haber alcanzado la plenitud del poder, deberemos dirigir las cosas de tal suerte, que de vez en cuando las ciudades se sometan a la influencia de los distritos rurales, lo que quiere decir, naturalmente, de nuestros agentes que tenemos allí."

Aquí se nos presenta un ejemplo típico. Arteramente se subleva la provincia contra la ciudad, para que al fin y al cabo los conspiradores vean cuál de los dos se evidencia más apto para cooperar definitivamente en la realización del plan judío. En Rusia se han realizado ambas pruebas. El antiguo régimen, que aun dominaba en las ciudades, fué inducido a deponer sus poderes so pretexto que los aldeanos así lo querían. Cuando los bolcheviques tuvieron las ciudades en su poder se subyugó a los aldeanos so pretexto que esta era la voluntad de las ciudades. Las ciudades escucharon primero la voz de las provincias, y ahora la provincia obedece ciegamente a la de las ciudades.

El que tropiece con un intento de enemistar las ciudades con la tierra llana, acuérdese del párrafo citado del Protocolo 12. El veneno va accionando. ¿No se nos dice que la prohibición del alcohol fué otorgada a la fuerza a los distritos rurales del Oeste? ¿No escuchamos en todas partes la frase de que la carestía de la vida tiene su origen sólo en las extravagantes ganancias de los agricultores? Ganancias, por supuesto, que nunca hicieron.

Una grieta acaso fatal podría abrirse en todo este programa judío, en el momento que las gentes de la ciudad y del campo intentaran acercarse mutuamente; pero no por mediación de personas que ellas mismas se ofrecen para ello, sino directamente. Campo y ciudad, a causa de equivocaciones artificiosamente creadas, divergen el uno de la otra y del abismo que se va profundizando cada vez más, destaca la negra sombra del programa mundial judío.

¡Ojalá el labrador mire por encima de los testaferros no-judíos de su aldea y por encima de los centros del mercado, fijando su vista claramente en el verdadero autor de esta discordia, que se oculta en las tinieblas!

XVII

¿PREDOMINA EL JUDAISMO EN LA PRENSA MUNDIAL?

Un doble objetivo informa el presente capítulo: fijar lo que los Protocolos sionistas dicen con respecto a la Prensa en relación al programa mundial, e iniciar al lector en el estudio de la influencia judía sobre el periodismo.

La raza judía tuvo siempre una idea muy clara de las ventajas que se pueden sacar de la Prensa, siendo este uno de sus factores de predominio. Estar enterado de antemano, saber lo que ocurrirá antes de que lo sepan los no-judíos, que entre ellos viven, ha sido siempre una prerrogativa de judío, facilitada por la estrecha coherencia de sus grupos y comunidades, por muy dispersos que se hallen. Desde un principio fueron ellos los más astutos transmisores de noticias, como fueron ellos también los inventores de la carta-nota informativa.

No queremos decir con ello que los judíos sean los precursores, ni los padrinos de la gran Prensa moderna. Nunca animó a los judíos la intención de divulgar las noticias, sino más bien la de guardarlas en secreto para su provecho propio. Las últimas noticias políticas, económicas o comerciales que se transmitían con rapidez de una comunidad judía a la otra y sobre toda Europa, fueron propiedad común, de las que cada comunidad sacó y aprovechó lo que necesitaba, comunicándolos a su vez a otros grupos. Durante siglos fueron los judíos el pueblo mejor informado del mundo entero. De sus fuentes secretas en las cortes y cancillerías, por judíos privilegiados en posición favorable, obtuvo esa raza entero conocimiento exacto de los acontecimientos mundiales. Han tenido espías en todas partes. Allá lejos, en América del Sur, y cuando las colonias holandesas y británicas en el con-

tinente norteño apenas se habían consolidado, vivían ya judíos, cual centinela de los intereses comerciales europeos. El orbe entero fué espiado en provecho de aquella raza, así como aun hoy nuestro planeta entero se halla bajo los ojos escudriñadores de los agentes judíos (en su mayoría testaferros nojudíos), en cuanto a los nuevos yacimientos de oro.

Un ejemplo interesante e histórico, de cuánto los judíos saben apreciar las noticias de última novedad, nos lo facilita la carrera de *Nathan Rothschild*, de Londres. Este banquero había basado todos sus planes financieros sobre el supuesto de que el emperador Napoleón, en aquel entonces desterrado a la isla de Elba, quedara excluído definitivamente de la política europea. Napoleón, sin embargo, apareció de nuevo, y en los Cien días de su último gobierno en 1815 pareció hundirse necesariamente todo el magno edificio financiero erigido por los Rothschild. Febrilmente ayudó este financiero a Prusia e Inglaterra, y al librarse por fin la batalla de Waterloo, no hubo nadie más interesado en su éxito que él. Nathan fué un hombre que tuvo miedo a la sangre; personalmente cobarde, cualquier indicio de violencia le hizo temblar; pero su interés material en el éxito de esta batalla, de la que dependían su existencia y su fortuna, prevaleció tanto, que corrió a Bélgica, siguió al ejército inglés, y al empezar la batalla se escondió en un lugar al abrigo de las balas cerca de Hougemont, desde donde observó con sumo interés los altos y bajos de la jornada. En el preciso momento de reunir Napoleón sus últimas reservas para un postrer ataque desesperado, quedó fijado el juicio de Rothschild, quien más tarde contó haber exclamado: "La casa Rothschild ha ganado la batalla". Abandonó corriendo el campo de batalla, montó a caballo y regresó a Bruselas, sin decir una sola palabra al público que le observaba curioso. A un precio exorbitante alquiló otro caballo y galopó hacia Ostende. Allí reinaba tal temporal, que ningún buque se atrevió a la travesía a Inglaterra. Rothschild mismo, en otros casos tan cobarde ante el más pequeño riesgo, olvidó todo su miedo con la perpectiva de sus posibles jugadas en la bolsa lon-

dinense. Ofreció 500, luego 800 y por fin 1000 francos por la travesía. Nadie se atrevió. Por fin se presentó un hombre diciendo que lo intentaría si Rothschild depositaba 2,000 francos en las manos de su mujer. Medio muertos alcanzaron ambos la costa inglesa; pero sin perder momento encargó Rothschild un correó expreso y corrió a Londres, en cuyo viaje no se economizaron ni fusta ni espelas. En aquel entonces no existían ni telégrafos, ni servicios rápidos. Toda Inglaterra estaba consternada, malos rumores corrían por doquier. En la mañana del 20 de junio de 1815, al aparecer Nathan Rothschild en su puesto acostumbrado de la bolsa londinense, no sabía Inglaterra nada de lo que él sabía. Estaba pálido y trasnochado. Su triste aspecto indujo a otros bolsistas a la creencia de que tuviera malas noticias de la guerra. Luego se observó que tan tranquilamente iba vendiendo sus títulos. ¡Qué! — Rothschild vendía? — Las cotizaciones bajaron catastróficamente, un pánico enorme se enseñoreó de los bolsistas, el mercado se inundó de títulos del Estado, y todo cuanto se ofreciera *¡lo compraron los agentes secretos de Rothschild!* Ello aconteció el día 20 y aun el día 21. Al cerrar la Bolsa del segundo día, estaban las arcas de Rothschild repletas de títulos de la Deuda. En la tarde de aquel segundo día llegó un correo expreso a Londres con la noticia de que Wellington había ganado la batalla y que Napoléón huía hacia el sur. Pero Nathan Rothschild había cosechado 40 millones, y aquellos a los que él había comprado poseían por lo menos otro tanto y sólo a consecuencia de *una noticia de actualidad.*

Personas versadas de Wall Street de Nueva York dejan entrever a veces, que también en el transcurso de los años 1914 a 1918, individuos de la raza de Rothschild supieron apreciar, y con idéntico éxito, la ventaja de poseer una noticia de actualidad, sino igualmente algunos de sus testaferros no-judíos.

Al margen de la importancia típica, que envuelve esta historia de Nathan Rothschild, es muy característico también el hecho de que los judíos, si bien son ávidos colectores de noticias, no son, en cambio, sus publicistas. Los judíos aprovecha-

ron siempre las noticias en su propio interés, pero no las divulgaron. De depender de la influencia judía, nunca se hubiese desarrollado una gran Prensa publicista. Sólo por carecer Francia de una Prensa de provincia, se hizo posible la revolución en París. La gran masa del pueblo quedó absolutamente en las tinieblas sobre lo que en la capital ocurría. Incluso la misma población de París no se enteró de la toma de la Bastilla hasta el día siguiente. Dondequiera que faltan medios de publicidad, se apoderan fácilmente las minorías del poder, como lo prueba también contundentemente la revolución judío-bolchevique en Rusia.

Uno de los hechos más peligrosos en el desarrollo de nuestra era actual es la desconfianza del gran público para con la Prensa. Si un día hiciera necesario divulgar rápidamente noticias verídicas y orientadoras entre la gran masa del pueblo para defender y concertar en una sola acción común los intereses de la nación, se vería ésta en un estado de lamentable inseguridad mientras subsistiera este estado de desconfianza general. Aunque no fuera por otras razones, la suprema de amparar al pueblo contra el libre albedrío de cualquier minoría por medio de una Prensa realmente libre, deberían suprimirse todas las restricciones de la libre comunicación entre las diferentes partes de un país.

Pero como quiera, la Prensa existe (siendo en nuestro país una creación anglosajona), representa una potencia no despreciable, y por ello el programa sionista y el anhelo judío de hegemonía mundial se ocupan de ella. Los Protocolos, que no omiten detalle alguno, ofrecen un plan concreto con respecto a la Prensa. La amplitud del material, del que dichos documentos tratan, se subdivide en dos diferentes puntos de vista, a saber: "lo que hemos hecho" y "lo que haremos".

Ya en el Protocolo segundo se menciona la Prensa, y es característico que esto se haga en la misma tesis, en la que se dió veinte años antes de la guerra mundial la contraseña de "sin anexiones"; en la que se proclama que los monarcas no-judíos podrían desempeñar sus cargos aun durante algún

tiempo ante los pueblos. mientras el super-gobierno judío se organizaba detrás de los tronos. Y en el Protocolo, darwinismo, marxismo y las teorías de Nietzsche se citan como doctrinas desmoralizadoras esparcidas por la influencia judía. Raras afirmaciones por cierto; pero no más raro que lo que más tarde se realizó en efecto, confirmándolas. Dicho segundo Protocolo dice: "En las manos de los Gobiernos se concentra un poder que va creando determinados sentimientos populares: la Prensa. Su cometido deberá consistir en comunicar simulados deseos apremiantes y exigencias del pueblo, publicar quejas de las masas populares y sembrar discordias. El triunfo de la libertad de la palabra (o sea de la charlatanería) corresponde a la Prensa. Pero los Gobiernos son ineptos para aprovechar prudentemente esta potencia, que, por consiguiente, *cayó en nuestras manos. En secreto hemos creado nuestra influencia. Gracias a ella hemos ido acumulando montones de oro, si bien costó ríos de sangre y de lágrimas*".

En este mismo Protocolo se caracteriza "*nuestra* Prensa" como el medio auxiliar, con cuya ayuda se esparcieron "aquellas ideas que les (a los no-judíos) hemos enseñado como postulados de la ciencia". "A tal objeto seguiremos esforzándonos en infundir a las masas ciega confianza en aquellas teorías mediante nuestra Prensa". Sigue la afirmación de que el darwinismo, el marxismo y las teorías de Nietzsche se han comportado como las tres teorías más anarquizantes en el terreno de las ciencias naturales, de la economía nacional y de la moralidad respectivamente.

En el tercer Protocolo se afirma que la influencia de la Prensa deberá ser utilizada para socavar todo el respeto ante un orden superior, diciéndose: "Osados periodistas y detractores atrevidos atacan diariamente a los altos funcionarios de los Gobiernos. Tal profanación de toda autoridad va preparando el hundimiento definitivo de todas las instituciones de los Estados, y éstos serán destruídos al impulso de las masas desenfrenadas".

Este Protocolo describe el papel que la Prensa desempeñará en la realización del programa mundial judío, de la forma siguiente: "Tendremos que obligar a los Gobiernos de los infieles a adoptar medidas que cooperen a conducir nuestros planes a su fin victorioso; habrán que aguantar la presión de la opinión pública irritada, que en realidad se fabrica artificiosamente por nosotros mediante la llamada Gran Potencia, la Prensa. Con muy pocas y poco importantes excepciones ésta se halla ya completamente en nuestras manos". Por dos veces, pues, se proclama aquí el predominio judío sobre la Prensa mundial. "Cayó en nuestras manos", se dice en el segundo, y "ya está en nuestras manos" se repite en el séptimo Protocolo. En el segundo se caracteriza la Prensa como medio para divulgar teorías disolventes en los terrenos científico, económico y moral-filosófico, mientras que, según el séptimo Protocolo, se le utiliza para subyugar a los Gobiernos bajo la presión de la "opinión pública" artificiosamente excitada, y de tolerar medidas "que acercan nuestro amplio plan a su realización victoriosa".

Una pequeña aclaración hace falta añadir a la afirmación del segundo protocolo en la que se dice: "Gracias a la Prensa hemos acumulado montones de oro, si bien costó ríos de sangre y de lágrimas". Tal aserto puede apoyarse de muchas y diferentes maneras. Las palabras "si bièn costó ríos de sangre de lágrimas" constituyen una concesión, que ilustra singularmente los Protocolos, apoyando enigmáticamente la tesis de que la alta finanza mundial judía no hubiese podido anhelar la guerra mundial en vista de los inefables sufrimientos de los judíos rusos durante la conflagración. Los Protocolos en cambio admiten rotundamente la posibilidad de que durante los preparativos para la hegemonía mundial judía ciertos judíos tuvieron que sufrir, pero se consuelan con la idea de que dichos judíos cayeron como soldados en holocausto de la gloria de Israel. La muerte de un judío, nos dicen, es más valiosa ante Dios que no la de mil "simientes de animal", como "cariñosamente" nos designan a los no-judíos.

La referencia a la acumulación del oro está clara. En esta consideración no se trata tan sólo de la posesión de noticias de actualidad, ni del provecho inmediato que se saca de su publicación, sino también de la gran utilidad consistente en su divulgación u ocultación respectivamente con miras a planes secretos de la alta finanza judía. Los Rothschild compraron editores de periódicos, igual como compraron políticos de importancia. Para ir preparando cualquier empresa grande, se aseguraron siempre del silencio o del altisonante reclamo, según los casos, de los grandes rotativos. No importa que sea en asuntos guerreros o pacificadores, si ello implica la caída de Gobiernos adversos a los planes financieros o políticos judíos; que se recurra a la difamación y supresión de testaferros no-judíos, de los que sus amos judíos quisieran deshacerse, o en el progresivo "lanzar" y "hacer célebre" de ciertos "hombres futuros" previstos para esta o la otra empresa: en todas estas y parecidas cosas lleva la Prensa su participación en los éxitos finales de la gran conspiración mundial judía.

Todos los detalles que acabamos de mencionar pueden apoyarse en infinidad de ejemplos prácticos, que en los Estados Unidos de América ocurrieron en estos últimos tres lustros.

El Protocolo 12 contiene el plan completo para la dominación absoluta de la Prensa, desde el presente, hasta el tiempo en que la hegemonía mundial judía se habrá establecido. Al amable lector se le ruega seguir este profundo y amplio plan con todo el detenimiento y toda la reflexión necesarios. Obsérvense también la satisfacción y el orgullo con que se hace constar que hasta ahora no se ha tolerado publicación alguna acerca de la cuestión judía, que no haya sido provechosa a la implantación de la hegemonía mundial judía.

"¿Qué papel desempeña la Prensa ante nuestros objetivos? En resumidas cuentas, sirve para avivar las pasiones de caracteres endebles, egoístas, en la forma más conveniente a

nuestros intereses. Es frívola, mentirosa y deshonesta. *La mayoría de los periodistas no comprenden siquiera para qué sirve en realidad la Prensa*":

En estos párrafos aparece ese mismo grado de desprecio que encontramos anteriormente en la apreciación general de la naturaleza humana o de su psicología.

Véase el plan concreto para la dominación de la Prensa:

1. "La ensillaremos, y como a yegua fogosa, cogeremos corta la rienda. Otro tanto haremos con otras clases de publicidad, porque, ¿a qué objeto serviría suprimir ataques contra nosotros en la prensa periódica, si quedáramos expuestos a las críticas por medio de folletos y libros?"

2. "*No llegará noticia alguna a conocimiento de los pueblos que no haya pasado antes por nuestra censura. En la actualidad lo hemos conseguido hasta tal grado, que todas las informaciones se concretan en muy pocas agencias, que abarcan el servicio de información del mundo entero*" (1).

Clara luz sobre el primero de estos párrafos la proyecta la siguiente publicación judía referente a la *Declaración británica sobre Palestina*, y que dice: "Esta Declaración fué remitida por el Ministerio de Estado a Mr. Walter Rothschild... Para gran parte del pueblo judío habrá sido una sorpresa pero no para los que estaban iniciados en asuntos sionistas. *Su texto definitivo fué obra del Ministerio británico, pero su contenido "había sido aprobado antes por las oficinas sionistas" en Inglaterra y América*. La Declaración ha sido redactada en la forma *que los sionistas deseaban*".

3. "Literatura y periodismo son dos potencias educadoras sumamente importantes y por esta razón nos adueñamos de la mayoría de los periódicos y revistas. Por cada diez que dejemos en propiedad ajena, fundaremos treinta nuestras, etc. *El público no deberá sospechar nada de esto; todas las publicaciones influenciadas por nosotros defenderán exterior-*

---

(1) **Las agencias informativas Reuter, Havas, Stefani, Wolff, Prensa Asociada, etc. El trad.**

mente las más opuestas tendencias; así ganaremos la confianza del público y atraeremos a nuestros adversarios incautos, llevándoles al aniquilamiento sin dificultad".

Este diabólico plan gana especial interés ante la actual campaña defensora de la causa judía llevada a cabo por importantes periódicos. "Sólo hace falta (dicen) observar los periódicos de propiedad judía o influenciados por judíos: ¡cuán diferentes tendencias políticas defienden y cuán opuestas son sus opiniones!" Cierto, "exteriormente", según preconiza el Protocolo 12. Pero nunca será difícil tampoco descubrir la uniformidad existente en su fondo.

La idea de levantar una fachada engañosa para cubrir manejos ocultos se encuentra en todos los Protocolos, no sólo con respecto a la Prensa, sino al referirse a otros puntos. El Protocolo 12 que desarrolló esta idea con referencia a la Prensa, dice:

a) Para obligar a los autores a escribir obras *tan largas que nadie las lea, se prevé* un recargo sobre publicaciones, que "será del doble importe para folletos de menos de 30 páginas. Los trabajos cortos y concisos son los temibles. Cuanto más largos los artículos, tanto menos se leen — según los Protocolos judíos —. En cambio "Lo que nosotros publiquemos para ir formando la opinión pública, será barato y se difundirá ampliamente. La "contribución" aplacará la ambición puramente literaria, mientras que, por otro lado, el temor al castigo hará dóciles a los literatos. *Aunque alguien se encontrara en disposición de escribir en contra nuestra, no encontraría imprenta alguna para sus obras".*

(¡Cuantos autores americanos podrían "asentir" en este sentido!)

Antes de la admisión de un manuscrito para su impresión, el editor o el impresor respectivamente deberá solicitar el permiso facultativo. De esta suerte sabremos de antemano qué ataques se preparan contra nosotros, pudiéndolos neutralizar publicando con anterioridad declaraciones confusio-

Esta es, en efecto, la situación. Ellos saben de antemano lo que ha de venir, e intentan desarmar al adversario antes de su ataque.

b) Tres grados de periodismo judío se citan, y éstos no sólo se encuentran en los Protocolos, sino que se tropieza con ellos doquiera en la vida práctica.

"El primer puesto lo ocuparán los periódicos de carácter puramente oficial, que velarán siempre por nuestros intereses y por ende su influencia será relativamente pequeña.

"En segundo lugar, girarán los órganos semioficiosos, cuya tarea será la de servir a indiferentes y tibios.

"En tercer lugar, las publicaciones de carácter francamente oposicionista. Una de ellas al menos deberá defender tendencias abiertamente hostiles. Nuestros verdaderos adversarios *nos considerarán por amigos* de sus ideas y nos *descubrirán su juego.*

"Hay que tener presente que, entre los órganos que nos atacan, existen muchos que fueron fundados por nosotros mismos. Pero nunca atacarán otros puntos que aquellos que nosotros queramos expresamente suprimir o reformar.

"Todos nuestros periódicos defenderán tendencias diversas, como monárquicas, republicanas y hasta anárquicas, pero huelga decir que esto ocurrirá sólo mientras exista una Constitución. Los que se imaginen pronunciar la opinión de su Prensa de Partido, no pronunciarán en realidad más que *nuestra* opinión, o mejor dicho, *lo que nosotros queramos que opinen.*

"Nuestra Prensa tratará o debatirá nuestras sentencias muy superficialmente, librando batallas ficticias únicamente contra la Prensa oficial, de lo que, tendremos ocasión de expresarnos más detalladamente en la réplica que de primera intención hubiéramos podido hacerlo. Esto se hará siempre según convenga a nuestros intereses.

"Estos ataques simulados harán arraigar en el público la fe en la libertad de la Prensa, y a nuestros agentes dará ocasión para tildar a los periódicos "adversarios" de ignaros

por no saber soportar razonamientos serios contra nuestros actos y proyectos.''

Ocurrirá, efectivamente, si *todos* los periódicos sin excepción estuvieran bajo la influencia judía. Pero en el caso de nuestros artículos de combate, los papeles parecen estar cambiados: esta vez la Prensa judía y judaizada desiste en absoluto de rebatirnos con hechos o razones.

''En caso necesario lanzaremos en la prensa oposicionistas ideas a modo de ensayo, para rebatirlas luego enérgicamente en la Prensa semioficiosa.''

''*Los adversarios serios los rebatiremos fácilmente, porque no dispondrán de órganos para la publicidad.* Como pretexto para suprimir cualquier publicación, aduciremos siempre la razón de que con ella se altera, sin razón o necesidad, el orden público.'' Pretexto este que, en efecto, se adujo, pero faltó la fuerza del poder público para ejecutar la supresión deseada. Sin embargo, la influencia judía, en Estados Unidos, consigue suprimir casi todas las publicaciones que no son de su agrado.

¿Hasta qué punto domina la influencia judía la publicación de prensa en América? En cuanto se refiere al empleo de la palabra ''judío'' predomina sin excepción alguna. El editor que quisiera emplearla, lo notaría en seguida. Se le visita diciéndole (en contraposición a lo que se le enseña al joven judío en sus sinagogas), que la palabra ''judío'' quiere decir miembro de una secta religiosa, pero no de una raza, y que el emplearla públicamente en relación con cualquier hecho o persona, resulta tan reprobable como si en idéntico caso se quisiera hacer constar expresamente que una persona fuera ''católica'', ''metodista'', ''presbiteriana'', o lo que fuere.

En cambio, al judío se le dice y repite siempre por medio de sus portavoces, que, sin consideración a su credo religioso, ni al estado de su nacimiento, es y sigue siendo judío, y, que por la fuerza de su sangre pertenece a una raza determinada. Páginas enteras podrían llenarse con sentencias de

importantes personajes judíos a este respecto. Pero lo que al judío le dicen sus portavoces y lo que al editor no-judío le dice la comisión judía que le visita, son dos cosas completamente distintas y que se contradicen abiertamente. Una revista judía puede muy bien proclamar ante el mundo entero que el catedrático N., o el juez O., o el senador P. son judíos: pero cuando un periódico no-judío dijese lo mismo, recibirá inmediatamente la visita airada de una comisión judía.

Cierto diario americano reprodujo recientemente, y sólo a guisa de actualidad, un extracto de uno de nuestros anteriores capítulos. Al día siguiente tuvo que dejar en blanco el espacio de varios anuncios por no habérsele renovado el encargo. Al preguntar la causa de ello, resultó que todas las casas anunciantes eran judías, y que la causa del *boicot* consistía en el mencionado artículo. Además, se llegó a saber que el corredor que solía aportar dichos anuncios era igualmente judío, y que, además, en una comunidad secreta judía ocupó el cargo de censor de las publicaciones de la localidad al objeto exclusivamente de averiguar cuánto se escribiese sobre los judíos. Este fué también quien conferenció con aquel editor, y a consecuencia de ello se publicó una rectificación, ampulosa, que terminó en una apología del judaísmo. El periódico volvió a obtener sus anuncios, y sólo queda por averiguar si este trato dado al editor fué un acto honesto. Verdad es que se le hizo sentir cruelmente el poderío judío, pero la táctica no es aconsejable, porque a este editor se le ha comprobado así con hechos la existencia de una hegemonía judía invisible sobre el mismo.

No queremos aconsejar a todo editor que emprenda una campaña investigadora del poder oculto de los judíos, porque es siempre cuestión de tacto personal. Pero todo editor encuentra ocasión para ver ciertas cosas y en tal caso le recomendamos que si las ve, al menos se acuerde de ellas y que interiormente saque sus consecuencias.

Réplicas judías contra tales publicaciones las admiten casi todos los periódicos y hasta algunos se dejan engañar

con afirmaciones mentirosas. Abrieron otros sus columnas a una propaganda contraria o judía. Todo esto puede ocurrir, pero el interés no-judío en esta cuestión queda muy mal parado, hasta en casos en que los editores habían comprendido perfectamente la gravedad del asunto. De todos modos, el editor corriente tendría una ocasión magnífica para ir observando lo que en nuestro país está ocurriendo.

La publicación de una lista de los propietarios, accionistas y demás interesados en nuestra industria periodística, no dejaría de ser de sumo interés, pero no explicaría del todo el absoluto predominio judío en nuestra Prensa tal como realmente existe. En esta relación sería poco noble enumerar algunas empresas periodísticas de propiedad judía, porque éstas también son honorables servidoras del bien público. La propiedad en la industria periodística, no es todavía sinónima de preponderancia.

Si se quiere saber quién ejerce influencia decisiva sobre un periódico, hay que conocer a su síndico y los intereses a los que éste sirve; luego las relaciones sociales de sus principales redactores, los agentes de anuncios que intervienen en el detalle de las inserciones judías, y finalmente su color o su clase de independencia políticos. El predominio judío en la Prensa no es sólo cuestión de dinero, sino que consiste antes bien en *callar ciertas cosas al público, o en decírselas, según los casos.*

Confróntese en la *Enciclopedia judía* la lista de algunos periódicos, que se atrevieron a ocuparse de la cuestión judía y que luego quebraron. Cuando el viejo barón Moisés Montefiore dijo cierto día en Cracovia: "Mientras no tengamos la Prensa del mundo entero en nuestras manos, sería en vano todo lo que hiciéramos. Hemos de dominar o influenciar el periodismo universal para alucinar a los pueblos y engañarlos", supo perfectamente lo que se dijo. El concepto "alucinar" lo entendió en el sentido de que los no-judíos no percibieran a los judíos, y con la palabra "engañar" quiso decir, que los pueblos vieran en ciertos acontecimientos mundiales

un desarrollo determinado, mientras que en realidad fueran cosa muy distinta. Al gran público se le muestran coincidencias casuales, pero no lo que se urde en las tinieblas. El pueblo no se entera *porque* ciertos acontecimientos, interesándole a fondo, hayan siquiera ocurrido. Este *porque* es perfectísimamente conocido en ciertos círculos, cuyo servicio informativo no se imprime, ni aun muchas veces se escribe. Una estadística en cifras del espacio de que los judíos disponen para publicar aquellos que ellos quieran que se imprima, abriría los ojos a las masas. Son los judíos una nación pequeñísima, pero que reclama para sí mayor atención que diez de los más importantes Estados europeos juntos; y esta atención la reclaman sólo en la forma que mejor les convenga.

Este asunto del predominio judío en la Prensa americana podría ilustrarse claramente sobre un mapa de los Estados Unidos, en el que se distinguiera mediante alfileres de color el número de los periódicos de propiedad judía, de aquellos que manifiestamente se redactan bajo su influencia, y el número de los periodistas judíos, que en los diferentes Estados determinan el modo de pensar de la mayoría de los lectores americanos.

Tanto el periodista judío que siembra discordias, cuya ambición literaria consiste en mantener a sus lectores en un estado de purulenta fermentación, cuya agudeza es torva, cuya ideología es de carácter negativo, como, no menos el novelista judío que a su propia raza glorifica estrambóticamente, mientras que en la vida social y económica de los no-judíos siembra furtivamente la simiente de la descomposición: todos ellos deben necesariamente enumerarse entre los agentes, a veces insconscientes, del programa mundial judío, *que quiere destruir a la sociedad humana con ayuda de "ideas"*. Pasma observar el gran número de tales agentes invisibles que pululan, y con qué habilidad saben ocultar sus tendencias en sus obras, ensayos, folletos y artículos.

En contados casos y sólo muy recientemente ha sido posible en Estados Unidos imprimir la palabra "judío" en la

portada de un periódico, y contestar a la comisión judía, cuya visita no faltó al día siguiente, que "hasta hoy América es un país libre". Algunos periódicos han resistido valerosamente los ataques de una influencia usurpada y pudieron salir victoriosos. . .

El redactor, que pueda discutir a base de hechos, no ha de temer nada. Pero el que retroceda siquiera una sola vez, notará la presión cada vez más creciente. El hombre que honrosamente mantenga sus puntos de vista, llegará pronto a conocer algo que no es del dominio público, a saber: que detrás de espectaculares apariencias se oculta un Proteo y que la rotura de la cadena en un solo eslabón repercute en todo el sistema como golpe mortal.

No hay nada tan temible para "el judío internacional" como la verdad, y hasta una leve indicación de la verdad sobre su naturaleza o sus planes secretos. Por eso precisamente, barrera de refugio, atrincheramiento de defensa, fundamento duradero tanto para judíos como no-judíos en adelante deberá ser *la Verdad*, si ha de revelarse un día el mayor misterio histórico de la humanidad: el de quién será el Dueño del Mundo, a quién ha de pertenecer la monarquía universal, si al genio imperialista de Israel en dispersión o al de Cristo que simboliza la paz romana, al Hijo de Dios o a la Revolución.

XVIII

¿COMO SE EXPLICA EL PODER POLITICO JUDIO?

Hasta aquí en los comentarios acerca de los Protocolos judíos se ha hablado muy poco sobre el programa *político* contenido en ellos. La victoria de su hegemonía mundial se advierte, 1º por la preponderancia financiera en el mundo. Esta está asegurada de un lado por las enormes deudas de los Estados a causa de los conflictos guerreros, de otro por el dominio capitalista; (no patronal ni directivo) sobre nuestra vida industrial; 2º por una preponderancia política, que se manifiesta claramente en la situación actual de todos los países civilizados; 3º por la influencia judía sobre nuestra educación, que se va ejerciendo constantemente a la vista de los pueblos obcecados; 4º por un menoscabo general de nuestra vida espiritual mediante un sistema refinado de diversiones y de juegos; 5º por la propagación de ideas disolventes, que no sirven a ningún progreso real, sino que representan quimeras económicas y sólo conducen a la anarquía. Estos medios principales señalan las grandes rutas del camino a seguir, y ninguna de ellas ha sido omitida en los Protocolos. Antes de fijarnos en lo que dicen los Protocolos con respecto a los gobernantes de Estados, sirvan de aclaración las ideas, que los Protocolos emiten acerca de otras ramas de la Política. A este respecto será de interés para los filosemitas saber que en todas sus manifestaciones *evitan cuidadosamente tropezar con el contenido de estos documentos sionistas*, el enterarse de que éstos, lejos de propagar una forma de Estado, monárquica, apoyan en cambio el "liberalismo" más ilimitado y desenfrenado. Los poderes ocultos tras de los Protocolos parece que confían firmemente en poder hacer con

los pueblos lo que se les antoje, desde el momento que les invitó a que establezcan un "Gobierno popular".

Los Protocolos prefieren modificaciones rápidas; gustan de las elecciones, derogaciones de la Constitución y frecuentes cambios de representantes del pueblo. En este sentido el primer Protocolo dice lo siguiente: "El vago concepto de libertad nos ha puesto en condiciones de convencer a las masas de que un gobierno no es sino el gerente del verdadero dueño del país, o sea del pueblo, y que el tal delegado puede cambiarse y ser vuelto como un par de guantes. El frecuente cambio de diputados populares ha convertido a éstos en hechuras nuestras, absolutamente subordinadas a nuestros planes." Esta idea de explotación del cambio de sistema se repite también en el cuarto Protocolo, donde, tratando del desarrollo de las repúblicas, se dice: "Cada República pasa por diferentes gradaciones, *siendo la primera un estado de turbulencia,* comparable a la fiebre de un enfermo que se revuelve continuamente de un lado a otro. *La segunda se caracteriza por el engaño popular,* la demagogía, que produce la anarquía y conduce irremisiblemente al *despotismo,* no de carácter justo, leal y absolutamente responsable, sino al *despotismo* injusto, invisible y falto de toda responsabilidad, y no se sentirá por ello menos apremiante al ejercerse por una organización oculta. Este Gobierno arbitrario puede proceder con tanto menos miramiento cuanto se esconde tras de sus agentes, cuyo frecuente cambio no perjudica en nada nuestro poder oculto, sino que la cortina aun lo fortifica, por la razón de que el cambio frecuente dispensa a las organizaciones de la necesidad de gastar fuertes sumas en premiar buenos servicios de larga duración."

Este "cambio" de los altos empleados no es nada desconocido en América. Cierto ex senador podría testimoniarlo, si supiera o quisiera saber quién preparó ese cambio. Hubo un tiempo en que este personaje sirvió de instrumento incondicional a cualquier judío que le visitara en el vestíbulo del Senado. Su lengua hábil hizo interesante y convincente todo

razonamiento con que el judaísmo quiso contrarrestar las intenciones del Gobierno. A espaldas de ello, recibió el senador aplausos desde elevadísimo puesto, aplausos acompañados de un tintineo muy sonoro. Pero vino el momento en que pareció oportuno deshacerse de tal senador. Una prueba documental de los "aplausos" cosechados encontró el camino de las tinieblas a la luz pública. Un periódico, que se había comportado siempre como dócil instrumento del judaísmo americano, "puso el cascabel al gato", y el público, indignado, siseó. Para aniquilar este personaje fué preciso comprometerle primero con ayuda de la Prensa. Pero no se hubiera hecho si "los amos y patronos" del interesado lo hubiesen prohibido.

En el Protocolo 14 se explica cómo los pueblos no judíos no pierden al fin y al cabo toda esperanza de mejorar su situación a cada nuevo cambio de sus Gobiernos, aceptando necesariamente con satisfacción la promesa de una durabilidad, que los inspiradores de los Protocolos ponen ante la vista, diciendo: "Las masas tanto se cansarán del constante cambio de su Gobierno (que nosotros provocaremos entre los infieles para socavar sus Estados), que lo admitirán por fin todo de nuestras manos".

Un funcionario de Estado que intentara observar y criticar la influencia judía, pronto perdería en nuestro país su cargo. De ex empleados así, existe seguramente en Estados Unidos un pequeño ejército. Muchos de ellos no saben siquiera cómo pudo ocurrir. Otros siguen reflexionando aún el porqué sus hojas de servicio leales y patrióticas se perdieran en el silencio y de que ellos perdieran su puesto.

El 9º Protocolo contiene afirmaciones extrañas, de las que citaremos las siguientes: "Cuando actualmente algún Gobierno protesta contra nosotros, lo hace sólo para "guardar las formas", porque ese Gobierno se halla bajo nuestra tutela y lo hace por encargo nuestro, *siendo necesario su antisemitismo* para mantener el orden entre nuestros hermanos".

Esta doctrina de la utilidad del antisemitismo y de la

necesidad de crearlo donde no exista, se halla en la "enseñanza" de muchos preceptores judíos antiguos y modernos.

"Ya no existen obstáculos en nuestro camino. *Nuestro Supergobierno está tan por encima de las leyes, que le podríamos aplicar el fuerte y vigoroso sobrenombre de* dictadura. *A conciencia puedo decir, que sólo nosotros somos los legisladores del mundo."* Además dice: *"De hecho, hemos eliminado todo Gobierno, que no sea el nuestro, aunque "de jure" dejemos existir alguno que otro".*

Los hechos están claros: los Gobiernos existen bajo su antiguo nombre, ejerciendo sobre los pueblos el poder público, pero el Super-gobierno mundial sobre todos ellos influencia absoluta en todos aquellos asuntos, que rozan con los planes del judaísmo internacional. El 8º Protocolo demuestra la forma en que esto se consigue: "Al presente, y hasta que podamos entregar a nuestros hermanos judíos los altos puestos de los Gobiernos, pondremos éstos en manos de personas cuyo pasado y cuyo carácter hagan que entre ellos y su pueblo exista un abismo; a personas que, de ser desobedientes, les perseguirá la justicia, o serán desterradas. Están obligadas a proteger nuestros intereses hasta el último aliento de su vida."

Con respecto a los fondos de los partidos políticos dice el 9º Protocolo: *"La disgregación del pueblo en partidos ha tenido por consecuencia que todos dependan de nosotros, por cuanto para la realización de un programa político hace falta dinero, y éste le ofrecemos nosotros".*

Muchas veces se ha discutido la procedencia de los fondos metálicos de los diferentes partidos. Nadie hasta ahora pudo llegar a sus verdaderos orígenes *internacionales.*

En Estados Unidos de América hemos tenido estos últimos cinco años una administración completamente judaizada de los esfuerzos guerreros del pueblo americano. La acción del Gobierno constitucional se redujo en esta época a legalizar la emisión de fondos públicos. EN CAMBIO LA ADMINISTRACION COMERCIAL DE LA GUERRA FUE LLEVA-

DA A CABO POR UN GOBIERNO DENTRO DEL GOBIERNO, Y ESTE SUPER GOBIERNO INTERIOR FUE COMPLETAMENTE JUDIO.

Se pregunta muchas veces por qué es así. La primera contestación es que los judíos que se encargaron en primer lugar de los puestos decisivos en la administración comercial de la guerra eran precisamente los hombres más expertos que se encontraban. Y a la pregunta de por qué parte tan importante de nuestra política exterior dependía de los consejos de cierto grupo de judíos, se contesta igualmente, que éstos son los que mayores conocimientos tienen de la materia; que nadie más que ellos reunían en sí tanto conocimiento, y que los funcionarios electos del pueblo tienen *el derecho de admitir* los mejores consejeros que puedan hallar.

Admítase la explicación de que en Estados Unidos sola y exclusivamente los judíos fueron juzgados aptos para solucionar con suma facilidad y maestría los magnos problemas que se presentaron durante la guerra. Puesto que en este lugar no hemos de tratar de la guerra, baste hacer constar que el Gobierno americano de guerra ha sido absolutamente judío. Quizá el 2º Protocolo pueda proyectar luz sobre este hecho. *"Los funcionarios que nosotros, por su condescendéncia, elijamos de entre la masa popular no estarán educados para gobernar, por cuya razón servirán fácilmente de peones en la partida de ajedrez, que nuestros sabios y doctos consejeros, juegan, como especialistas que son desde niños y educados para ocuparse de asuntos mundiales. Nosotros sabemos que nuestros especialistas han realmente adquirido los conocimientos necesarios para gobernar".*

El funcionario no-judío, falto de preparación debe necesariamente admitir ayuda ajena. Y ¿quién se prestaría mejor para ello más que aquellos mismos, que se ofrecen para tal ayuda? A las masas se les ha sugerido la idea de desconfiar de aquellas personas, que en política y administración adquirieron conocimientos práeticos. Este hecho hace sumamente fácil la posición para aquellos que se ofrecen a prestar su ayuda. Y

a la inversa *aquellos interesados precisamente,* a cuyos intereses éstos sirven, quedan en posición extremadamente favorable.

Pero de cuanto los Protocolos recapitulan sobre la parte política del programa mundial judío, nada merece tanta atención, como lo que se dice acerca de la *elección y tutela del jefe del Gobierno en los países no judíos.* El plan entero se halla contenido en el 10º Protocolo. El que los autores de estos documentos al redactarlos hayan tenido presente la elección del presidente de Francia, le da al plan un colorido local, pero puede aplicarse en todas partes, y hasta en otros países es donde adquiere su significado completo.

El 10º Protocolo va pasando lógicamente hasta tocar la cuestión cardinal, demostrando la evolución de los jefes de Estado desde la monarquía hasta la república. El lenguaje de estos capítulos es en extremo engreído, pero aun queda en mucho a la zaga de otra literatura judía contemporánea, que se embriaga con frases de una plena conciencia de poderío omnipotente. Por odiosa que sea toda esta materia, resulta útil observar de qué ángulo visual juzgan los secuaces de los Protocolos sionistas a los no-judíos y sus prohombres o dignatarios. En ello deberá tenerse presente que el ideal judío no se fija en un presidente, sino en un rey. Los estudiantes judíos en Rusia cantaban en 1918 un himno en las calles que decía: *"Os hemos dado un Dios, ahora un Rey os daremos".* La nueva bandera de Palestina, que ahora ondea sin obstáculo en todas partes, lleva, lo mismo que toda sinagoga, las insignias de un *rey judío.* La esperanza judía radica en que se vuelva a erigir el trono de David, y, según todos los indicios, ocurrirá en efecto. Sin merecer nuestra crítica acerba, conviene traerlos a colación frente al señaladísimo desprecio manifiesto por los judíos contra toda forma de Estado no israelita.

Acerca del tema presidencial dice el citado Protocolo: "Se hizo luego factible iniciar la era republicana y en lugar del soberano le suplantábamos con una caricatura, a saber, un Presidente surgido del fango de las masas populares... A ve-

ces colocamos de esta forma la mina debajo de los pueblos, mejor dicho, debajo de los Estados de los infieles".

Con extrañeza se lee el aserto, de que los prohombres con cierto "pasado" se presten especialmente para el puesto de Presidente. Que tales hombres en diferentes países, incluso en Estados Unidos, han sido Presidentes, no cabe duda alguna. En algunos casos de acción deshonrosa, que ponía una mancha en el pasado de dicho personaje, esto ha sido públicamente conocido; en otros casos, en cambio, cayó en el silencio, o vagó entre rumores que despistaron. En un caso determinado, cierta "camarilla" estando en el secreto, al guardarlo de la publicidad, se hizo pagar espléndidamente este servicio. Personas con un pasado poco diáfano, no son extraordinarias. Muchas veces no es este pasado mismo lo que les preocupa, sino en la posibilidad de verse descubiertas en público. Y gracias a esta *falta de autoridad* por miedo de ser descubiertas, y en dependencia de la opinión pública, suelen caer por regla general en esclavitud mucho peor: la de los atos manejantes políticos y sobre todo financieros.

"Iremos preparando la elección de Presidentes cuyo pasado contenga alguna mancha, algún "Panamá": serán entonces, por miedo a revelaciones, y por el natural deseo de seguir gozando de las prerrogativas, dignidades e ingresos inherentes a su elevado puesto, *ejecutores obedientes de nuestras órdenes"*

El uso de la palabra "Panamá" se refiere a los asuntos tenebrosos ocurridos en relación con los préstamos del pueblo francés a mediados del siglo pasado para la proyectada construcción del canal de Panamá. En el caso de que los Protocolos sionistas en su forma actual se hubiesen redactado más tarde, hubieran podido referirse al *asunto Marconi en Inglaterra* que comprometió gravemente a Lloyd George, a no ser que en este caso el autor de la obra hubiese preferido callar, por andar mezclados en este escándalo muchos personajes de raza judía. Teodoro Herzl, el gran jefe del Sionismo, también emplea el concepto "Panamá" en su obra titulada *El Estado*

judío. Al hablar de los preparativos económicos para erigir un Estado en Palestina, dice que "la sociedad judía debe cuidar que la empresa no sea un Panamá, sino una victoria". Es significativo, que esta misma palabra se repita igualmente en los Protocolos, como en la citada obra de Herzl, porque alguien que escribiera hoy para el gran público no emplearía dicho concepto para caracterizar el pasado averiado de cualquier personalidad, por la razón de que no se le entendería.

Justamente esta costumbre de obligarse a otras personas, impone a escritores veraces la necesidad imperiosa de decir siempre la verdad escueta sobre los personajes que aspiran a cargos públicos. No basta con decir que tal personaje, que empezó pobre, concluyó por ser un hombre adinerado, sino que hay que preguntar: ¿cómo adquirió sus riquezas? ¿cómo se explica el crecimiento de su fortuna? A veces este *hilo rojo* conduce hasta el seno de la familia. Así p. e. se sabe de alguno, que sacó a otro amigo de apuros, casándose con la esposa comprometida de aquél, percibiendo por ello una suma redonda. Otro se vió en apuros por relaciones demasiado íntimas con la esposa de un tercero, de cuya situación precaria le librara la astuta intervención de amigos influyentes, a los que aquél desde luego, se sintió obligado para siempre. Es raro que en tales "asuntos", al menos en los americanos, predomine siempre la nota femenina, siendo así que en nuestros círculos elevados se presenta con más frecuencia que ninguna otra, más a menudo aún que la nota financiera.

En países europeos, donde tales relaciones femeninas ilícitas no "producen" tanto, es preciso encontrar otras "manchas" en los personajes bajo tutela y vigilancia.

Este tema resulta repulsivo, pero la verdad tiene a veces que cumplir funciones quirúrgicas, y aquí se presentan los casos tal como son en realidad. Cuando se estudia detenidamente una conferencia tan decisiva para el mundo entero, como lo fué la Conferencia de la paz de Versalles, fijándose preferentemente en las personas visiblemente subordinadas a influencias judías, y siguiendo atentamente el desarrollo de su

vida pasada, se podrá sin dificultad alguna fijar siempre el momento crítico, en que ellos cayeron en una situación que si bien les aportaba éxitos momentáneos, les convirtió en cambio irremisiblemente en esclavos de un poder oculto a la luz y los taquígrafos. El extraño espectáculo de ver los estadistas prominentes de raza anglosajona rodeados constantemente y aconsejados por los príncipes semitas, sólo se explica por el conocimiento íntimo de las "manchas" de aquéllos, como se corrobora con las palabras de los Protocolos sionistas: *"Iremos preparando la elección de Presidentes, cuyo pasado contenga alguna mancha, algún Panamá"*.

Siempre, cuando se observa claramente el predominio judío sobre estadistas no-judíos, se puede deducir con absoluta certeza, que aquella raza es el único guardián de un importante secreto de los personajes. De presentarse alguna vez la necesidad, para aquellos que sepan algo de estas coincidencias, será una obligación nacional sagrada el publicarlas, no para destruir la reputación de nadie, sino para estigmatizar de una vez para siempre costumbres tan villanas.

Los publicistas judíos dicen que los judíos no se manifiestan como unidad nacional. Por esto — se añade — no ejercen tampoco influencia política alguna. Además, están tan desunidos entre sí, que no pueden nunca manifestarse en una dirección común. Así ocurre que al tratarse de una cuestión *en pro* de algo, se van manifestando en la comunidad judía los puntos de vista de una mayoría y los de una minoría, respectivamente, en la mayoría de los casos los de una minoría insignificantísima. Pero cuando se trata de una cuestión *en contra* de algo, representa la comunidad judía siempre una unidad compacta. Estos hechos podrá comprobarlos todo político de clara observación. Todo el mundo puede en la vida púb ica y por sí personalmente hacer la prueba, declarando públicamente que no se dejará influenciar por los judíos, ni por nadie. Si en este sentido emplea la palabra "judío", no hace falta que *lea* nada sobre la solidaridad judía, porque la "sentirá" muy pronto. Tal unidad judía no puede, sin embargo,

conseguirlo todo en las elecciones públicas. La fuerza política de los judíos radica más bien en su influencia en las cúspides de los poderes públicos. Los judíos como minoría política, en cuanto a votos, fueron en estos últimos años una mayoría política en cuanto a *influencia*. *Gobernaban,* y se vanagloriaban de ello. Y señales de su gobierno se advierten en todos los países.

El signo principal frente al predominio judío en la política es el miedo. Es tan grande, que nadie apenas se atreve a hablar de los judíos con la naturalidad con que se hablaría por ejemplo de armenios, alemanes, rusos o indostanes. ¿Qué significa este recelo, sino la prueba palpable de que se conoce el poderío judío y la crueldad de su aplicación. Quizá sea cierto de que el antisemitismo, según afirman muchos judíos, no es otra cosa que miedo exagerado, horror ante algo desconocido. La observación sin ejemplo en la historia de un pueblo pobre en apariencia, que, sin embargo, es más rico que los demás, de una minoría insignificantísima, más poderosa que la mayoría en conjunto, puede crear visiones efectivamente en una mentalidad excitada.

Es significativo que los que operan como heraldos reconocidos del judaísmo no protesten nunca contra este miedo, sino, al contrario, *desean* que exista. Mantenerlo vivo, bien calculado, aunque no en la sombra, y utilizarlo convenientemente en caso preciso, es arte especial, que los judíos manejan con maestría. Pero en el momento de alterarse este equilibrio, se conoce inmediatamente su punto flaco. De primera intención se recurre al medio de las amenazas, en la esperanza de poder restaurar dicho miedo, pero fracasadas las amenazas, aparecen inmediatamente las lamentaciones sobre el "antisemitismo".

Raro es que los judíos no vean que precisamente la forma más ruda del antisemitismo se funda en este miedo, que a plena conciencia inoculan a los pueblos ellos mismos. Sólo de esto puede nacer un odio cruel contra los judíos. El hombre normalmente moral evita siempre infundir miedo; sólo una raza *moralmente inferior* puede hallar negocio en ello y aprovecharlo.

..Se daría un gran paso hacia la solución de la cuestión judía si la gente se librara de este miedo al judío. Pero este proceso interior de suprimir el miedo es precisamente lo que los portavoces y publicistas judíos combaten con frenesí, llamándolo "antisemitismo". Nada más falso; esta liberación es la que con mayor eficacia *preserva contra* el antisemitismo. El proceso se desarrolla en varias etapas: hay que demostrar primero clara y ampliamente todo el enorme poderío de los judíos. Desde luego clamará e inmediatamente toda la oposición judía, y tanto más porque no se podrá probar lo contrario, pero habríamos de insistir en su demostración.

Será luego necesario explicar suficientemente las razones de este poderío existente. Esa explicación no puede apoyarse en otro principio que el de un anhelo judío por la hegemonía mundial, o en la existencia de un programa ideado detalladamente, que conduce a la hegemonía. Una vez explicado el método, ya está casi vencido el mal. El judío no tiene nada del *superhombre*. Es astuto y perseverante, su ideología le permite hacer muchas cosas normalmente vedadas a otras personas, pero en igualdad de condiciones no posee superioridad alguna. El americano del Norte le aventaja en todos los conceptos, pero oblíganle reglas de juego lícito. Cuando la gente llegue a saber con qué medios se alcanza el poderío, cuando se entere de cómo en los Estados Unidos se suele asaltar el poder político, no cabe duda que los medios empleados rasgarán su aureola haciéndole aparecer como es en realidad: un "negociante tenebroso".

Que el método recomendado en los Protocolos sionistas merezca crédito o no, depende esencialmente de ser o no posible su comprobación, su existencia con hechos irrefutables de nuestros tiempos. Y en efecto, teoría y práctica coinciden en absoluto. Para el judío, sería más ventajoso que las huellas no se encontraran ni en un programa escrito, ni en los hechos históricos. Pero una vez que estas huellas existen, procede el judío ilógicamente al acusar a los demás de una culpa que sólo le corresponde a él mismo. Efectivamente no constituye

prueba contraria ni absolución denigrar a quienes se limitan a hacer constar los hechos. Concedido que el judío sea astuto, pero no lo es tanto que pueda borrar completamente las huellas de su proceder. También el judío tiene su punto flaco, desde el cual puede irse descubriendo toda la maraña en que vive como pez en el agua. Y ¿temería que se aireara y pusiera de manifiesto su actuación si lo que se descubre fuera bueno y honroso? El punto flaco de todo el programa consiste precisamente en que *en su totalidad es perverso.* Por grandes que fueran los éxitos judíos, no lo son tanto que la humanidad no los pueda evitar. Ya ésta se halla dentro de un gran movimiento defensivo, y si existieran aún profetas entre los judíos, sería muy conveniente que éstos señalaran otros rumbos a su pueblo.

La prueba práctica de la existencia de un programa mundial judío y el miedo judío por su descubrimiento, aportarán a la humanidad *la eliminación del elemento de inquietud que el judío representa siempre en el seno de los pueblos, entre los cuales vive.*

"Dentro de un conjunto de Estados Unitarios perfectamente organizados no quedan al judío sino dos probabilidades de éxito: o bien derribar los pilares de todo el sistema nacional de los Estados, o fundar un Estado propio, suyo, nuevo... En Europa oriental parece que el bolchevismo y el sionismo pueden existir juntamente..., no porque el judío se preocupe del lado positivo de la teoría radical, no porque quiera participar en el nacionalismo no-judío, ni en la democracia no-judía, sino porque toda forma no-judía del Estado le inspira franco odio".

EUSTACE PERCY.

XIX

LA U.R.S.S. (RUSIA ROJA) HECHURA DEL PANJUDAISMO

Cuando se quiera saber lo que los jefes hebreos en los Estados Unidos de Norteamérica o en otros países piensan y desean, no debe uno atenerse a las palabras destinadas a ser oídas por los pueblos no-judíos, sino a las dirigidas a sus propios hermanos de raza. Que el judío se considere predestinado a dominar el mundo entero, sintiéndose por ello miembro de un pueblo o de una raza marcadamente distinta de todas las demás; que tome el resto del mundo no judío por campo legal de explotación, del que puede beneficiarse por preceptos morales inferiores a los aplicables a sus propios compatriotas; que conozca y practique los principios expuestos en los Protocolos sionistas: de todas estas hipótesis sólo puede hallarse una tesis fidedigna rebuscando en las palabras que dirigen a su propio pueblo, pero nunca en las destinadas a los infieles.

Los conocidos apellidos judíos, que con mayor frecuencia se repiten en la Prensa, no nos muestran, ni de lejos, a todos los jefes judíos, sino que representan sólo un grupo escogido, o sea los representantes de la sección de propaganda en-

tre los no judíos. A veces se manifiesta esta propaganda en forma de donativos para obras de caridad cristiana, otras veces aperece como interpretación "liberal" de cuestiones religiosas, sociales o políticas. Sea la que fuera la forma en que se presente, es lo cierto que la verdadera actuación de los jefes judíos se desarrolla siempre bajo antifaz de acontecimientos sobre los que se concentran las miradas y el asentimiento de los no-judíos.

Los juicios y asertos emitidos en la presente se apoyan en pruebas inequívocas y afirmaciones salidas de la boca misma de jefes judíos. Al rebatir, pues. los judíos, nuestros asertos. rebatirán algo que sus propios jefes propagan. Esto sólo se explica en la suposición de que nuestras averiguaciones no hubieran profundizado hasta el punto exacto. que ellos quisieran ocultar.

Con perseverancia se rebate nuestra afirmación de que el bolchevismo, sea en Rusia o en los Estados Unidos, es un producto judío. Esta negación constituye uno de los más palpables ejemplos de procaz ambigüedad. Frente a los no-judíos se niega el carácter judío del bolchevismo, mientras que en el seno de la comunidad judía, o expresado en los más raros dialectos judíos, o escondido también en la Prensa judía nacionalista y frente a los judíos mismos, se descubren orgullosas protestas de que el bolchevismo es genuinamente judío.

Para sustraerse a la inculpación terriblemente seria de los asesinatos en masa, de desolaciones, latrocinio y muerte por hambre, en unión de la más detestable fraseología humanitaria en Rusia actual. cuyo horrible crimen en su magna totalidad no se puede aún describir, ni menos concebir, la propaganda judía se aferra únicamente a dos nimiedades. Se afirma por un lado que Kerensky, precursor del bolchevismo, no era judío. Sin embargo, salta a la vista que no puede haber prueba más convincente en pro del carácter judío del bolchevismo que esta afirmación judía tan altamente proclamada, de que dos de sus cabecillas no son judíos. Resulta ciertamente flojo renegar de entre centenares sólo de dos per-

sonas, máxime cuando este renegar no influye en nada sobre la verdadera nacionalidad de Kerensky. Su apellido verdadero es Adler (águila), siendo su padre judío y su madre judía. Muerto su padre, se volvió a casar su madre con un ruso de apellido Kerensky, cuyo apellido adoptó también el estadista y abogado. Entre los elementos radicales que se sirvieron de éste como instrumento, entre los poderosos que le impulsaron a clavar el primer clavo en el ataúd de Rusia, y entre los soldados que combatieron bajo sus órdenes, su origen no ofreció nunca la más mínima duda.

"Pero Lenin", siguen diciendo los portavoces judíos. "Lenin el jefe principal y el cerebro de todo movimiento. Lenin no es judío!" Será posible, pero ¿por qué educa a sus hijos en el argot judío? ¿Por qué redacta sus proclamas en dialecto judío? ¿Por qué suprimió el domingo cristiano, instituyendo la fiesta del sábado mosaico? La explicación de todo puede hallarse en que se casó con una hebrea. Una segunda explicación nos la ofrece el hecho de que a pesar de todo cuanto se afirme, resulta judío. Lo cierto es que no tiene nada de aristócrata ruso, como tan insistentemente se afirmó. Todo cuanto él mismo asegura en este sentido, es absolutamente falso y el aserto de que no es judío queda dudoso.

Nadie hasta ahora puso en duda la nacionalidad de Trotzky, que es judío, y cuyo verdadero apellido es Braunstein. Desde hace algún tiempo se viene diciendo a los no-judíos que el mismo Trotzky había afirmado que no pertenecía a ninguna confesión. También puede que sea cierto. Pero algo debe haber: ¿por qué, entonces, se convirtieron las iglesias cristianas en mataderos o salas de baile, mientras que las sinagogas judías se mantuvieron incólumes? Y ¿por qué los sacerdotes cristianos tuvieron que barrer las calles, mientras que los rabinos judíos permanecieron sin molestia en sus puestos? Puede ser, pues, que Trotzky ya no pertenazca a ninguna confesión, pero es y sigue siendo judío. No es precisamente idea fija de los no-judíos que Trotzky sea judío, sino que las autoridades judías le reconocen como tal.

Quizá se nos podría echar en cara el que repitamos con excesiva frecuencia, lo que ya es del dominio público. Pero aun hoy existen incontables personas que ignoran todavía lo que es y significa el bolchevismo. Por esto, y a riesgo de parecer monótonos, hemos de repetir aquí otra vez sus puntos relevantes. Objeto de ello no es sólo explicar claramente la situación en Rusia, sino que sirva de escarmiento ante lo que se prepara en los Estados Unidos y en otros países de América y Europa.

El gobierno bolchevique, que cuajó en la indeleble fórmula de "recusación de deudas", demostró en 1920, cuando se recibieron las últimas noticias dirigidas a ciertos departamentos de nuestro Estado, por su composición demostró una hegemonía absoluta del judaísmo. Esta situación se modificó desde un principio de modo insignificante. Para demostrar las proporciones, daremos pruebas. No hay que suponer, sin embargo, que los miembros no judíos de los comisariados sean rusos de sangre. Actualmente hay pocos rusos verdaderos, que en asuntos de su tierra natal tengan algo que decir. La llamada "dictadura del proletariado", en la que el proletariado mismo no significa absolutamente nada, es rusa sólo en el sentido de que fué impuesta en Rusia. En cambio, no es rusa porque ni procedió de la voluntad del pueblo ruso, ni existe hoy para salvaguardar los intereses del proletariado ruso. El bolchevismo no es ni más ni menos que la realización *del programa internacional contenido en los Protocolos sionistas, tal como éste ha de realizarse en todos los países por* una minoría radical. Los acontecimientos de Rusia representan el ensayo general.

PRUEBA ESTADISTICA DEL PREDOMINIO JUDIO EN RUSIA ROJA

	Miembros totales	Miembros judíos	Porcentaje judío
Consejo de Comisarios populares	22	17	77 %
Comisión de Guerra	43	33	77 %

Comisariado de Asuntos Exteriores ..	16	13	81 %
„ de Hacienda	30	24	80 %
„ de Gracia y Justicia	21	20	95 %
„ de Instrucción pública ..	53	42	79 %
„ de Socorros sociales	6	6	100 %
„ de Trabajo	8	7	88 %
Delegados de la Cruz Roja Rusa en Berlín, Viena, Varsovia, Bucarest, Copenhague	8	8	100 %
Comisarios de provincias	23	21	91 %
Periodistas	41	41	100 %

Estos números son significativos. La participación judía no queda en ningún caso debajo del 75 %, siendo interesante que la proporción judía más baja aparezca en el Comisariado de Guerra. En cambio, en las juntas, que inmediatamente se rozan con la masa del pueblo, en las juntas de defensa nacional y de propaganda, los judíos ocupan literalmente todos los puestos. Téngase presente lo que los Protocolos dicen con respecto al dominio de la Prensa, recuérdese lo que el barón de Montefiore dijo en este sentido, y júzguese luego el significado de este cien por ciento de periodistas oficiales del gobierno bolchevique. Resulta que sólo a plumas judías es confiada en Rusia la propaganda escrita bolchevique.

Los ocho delegados de la Cruz Roja, que en resumidas cuentas no son sino ocho agentes bolcheviques en las citadas capitales, ¡todos son judíos!

El Comisariado de Socorros sociales, del que depende la existencia o miseria de decenas de miles de familias, se compone de seis miembros, y éstos son judíos.

De los 53 miembros del Comisariado de Instrucción pública se designan 11 como no-judíos. A qué clase de no-judíos pertenecen, no se dice. Quizá sean no-judíos de la especie de Lenin, cuyos hijos hablan el argot judío. De todos modos, sobre su actuación proyecta gran luz el hecho de que los bolcheviques se hicieran cargo de todos los colegios hebreos,

que mantuvieron sin modificación, ordenando sólo que en ellos se enseñara el hebreo antiguo. Esta lengua antigua es el medio de propagación de los secretos más profundos del programa mundial judío.

Y ¿los niños rusos? "A éstos (dijeron los nobles preceptores judíos) les enseñaremos a quitar telarañas de sus cerebros; aprenderán sólo la verdad". Lo que ellos comprendieron en este concepto, niégase la pluma a reproducirlo. Cuando Hungría se libró del bolchevismo de Bela Khun (a) Cohn, se mataron algunos judíos inocentes, y puede ser que los judíos tengan razón al llamar a estos acontecimientos el "terror blanco", a consecuencia de su intento frustrado de reproducir la tragedia rusa en Hungría. Pero existe una masa aplastante de pruebas para demostrar que nada pudo producir la explosión del "terror blanco", como la rabia y desesperación de los padres, cuyos hijos durante el corto terrorismo judío bolchevique fueron arrastrados a la fuerza y violados.

Esto es natural que los judíos americanos no lo escuchen sin desagrado. Su repulsión les podría honrar, de no ser que por otra parte se colocan como protectores de aquellas mismas personas que cometieron tales crímenes. Sabido es que la castidad de las mozas y mujeres no-judías no se cotiza tan alta por los hombres judíos, como la de las mujeres judías. En este sentido es sumamente interesante saber que los judíos condenan públicamente aquello que, en el concepto de "educación", se desarrolló en Rusia y Hungría. Y puesto que las principales influencias que hoy día desmoralizan a la juventud no judía en América, proceden de fuente judía, y puesto que en los Protocolos sionistas se dice que uno de los fines de la lucha consiste en "desmoralizar a la juventud de los infieles", resulta, en efecto, ridículo el que frente a todo esto los judíos no sepan objetar otra cosa que proferir insultos y mantenerse en hueras negativas.

La acusación principal no se dirige precisamente contra los métodos económicos bolchevistas, ni contra el engaño y

el embaucamiento de que se hace víctima al pueblo, sino que primordialmente se dirige contra la libidinosa decadencia moral de su impudicia, contra la grosería que se manifiesta en todos los actos del bolchevismo judío. Aquí se abre un abismo entre el concepto moral de los judíos y de los no-judíos. Y no hablemos ahora de la horrible crueldad forzosamente ligada con aquélla, limitémonos a reproducir una explicación de estos fenómenos, que se encuentra en la Prensa judía y que dice: "Puede ser que el judío en Rusia tome venganza inconscientemente por los sufrimientos soportados durante largos siglos".

Ocúrresenos una pregunta: ¿con qué puede comprobarse la veracidad de todo esto? Esta prueba es aportada por el Senado Americano y está impresa en un expediente de la Junta de Juzgados. No nos detendremos largamente, porque preferimos aportar testimonios judíos, y no cristianos.

El doctor Jorge A. Simons, sacerdote cristiano y delegado por cierta comunidad religiosa en Petrogrado en la época en que estalló el terror bolchevista, figuró como testigo. Veamos parte de sus declaraciones:

"Centenares de agitadores salidos de los barrios bajos del este de Nueva York se encontraron en el séquito de Trotzky... A muchos de nosotros nos sorprendió desde un principio el elemento marcadamente judío de aquél, y se comprobó muy pronto que más de la mitad de todos estos agitadores del llamado movimiento sovietista eran judíos".

(El senador Nelson pregunta): "¿Hebreos?" (Doctor Simons responde): "Hebreos, o sea judíos disidentes. Nada quiero decir contra los judíos. No me inspira simpatías el movimiento antisemita... Pero estoy convencidísimo que este asunto es judío, y que sus raíces más hondas tienen que buscarse en los barrios del este de Nueva York".

(El senador Nelson): "¿Llegó Trotzky en aquel verano de Nueva York?" (Doctor Simons): "¡Sí!" Prosigue el doctor Simons: "En diciembre del año 1918 se hallaron bajo la presidencia de un hombre llamado Apfelbaum (a) Zino-

vieff. diez y seis rusos genuinos de entre un total de 388 miembros; los demás eran judíos, excepción hecha de uno, un negro de América, que se titulaba profesor y catedrático, Gordon... 265 miembros de este gobierno comunista del Norte, que reside en el ex Instituto Imperial Smolny, procedían de los barrios bajos del Este de Nueva York. Desearía hacer constar que en el momento de asaltar los bolcheviques el Poder, quedó Petrogrado inundado de una oleada de proclamas rojas redactadas en argot judío. Comprendióse claramente que éste sería uno de los idiomas principales de Rusia. Los rusos legítimos, con cierta reserva pasiva, asintieron al programa judío".

William Huntington, agregado comercial de la embajada americana en Petrogrado, declaró que en Rusia todo el mundo sabe que tres cuartas partes de los jefes bolcheviques son judíos... Hubo algunos que eran rusos de sangre, y en este concepto entiendo rusos de nacimiento, no judíos rusos.

Roger E. Simmons, perito comercial en el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, atestigua lo mismo.

El Libro blanco británico "Rusia" núm. 1, titulado *Recopilación de testimonios sobre el bolchevismo ruso, entregada por orden de Su Majestad al Parlamento, abril de* 1919, contiene sinnúmero de testimonios idénticos, obtenidos de diversas fuentes y relatados todos por testigos oculares.

En la revista Aften de febrero-marzo de 1920, se puplicó un artículo que, entre otros importantes detalles, contiene el siguiente relato: "En todas las instituciones bolcheviques los jefes son judíos. El comisario auxiliar de Enseñanza elemental, llamado Grünberg, apenas sabe hablar ruso. Los judíos consiguen éxitos en todo y alcanzan sus objetos. Saben obtener sumisión absoluta y mantenerla. Pero se muestran altivos y despectivos con todo el mundo, lo cual subleva al pueblo contra ellos... Actualmente se observa un gran entusiasmo nacional-religioso entre los judíos, creyendo que se va acercando la era del dominio terrenal del Pueblo Predilecto, ya que coincidieron el judaísmo con la revolución mun-

dial. En el desarrollo de la revolución ven el cumplimiento de las Sagradas Escrituras al decir: "Aunque dé fin de todos los pueblos, entre los que te dispersaré, no daré fin de ti".

La opinión judía acerca del bolchevismo ha titubeado siempre. Al principio se le recibió con entusiasmo. En aquella primera época del nuevo régimen nada se ocultó, a no ser la participación que tomara el judaísmo. Se celebraron asambleas públicas y redactaron crónicas especiales, en cuya publicación se revelaron multitud de verídicos detalles de suma importancia. Ni se intentó siquiera ocultar nombres y apellidos.

Advino luego una época en que el horror ante los acontecimientos de Rusia se apoderó de la humanidad, y durante un tiempo reinó el silencio en Judea. Se oyeron una o dos voces, que desmintieron histéricamente. Nueva oleada de apoteosis, que después, mirando el reverso hacia el lado judío, prosigue aún, pero que en el anverso, hacia el lado no judío, revela triste queja y habla de "persecuciones". El mundo ya estaba preparado para ver un día algo tergiversada la verdad sobre el bolchevismo ruso y convertida en "persecuciones de los judíos".

En la revista El Hebreo Americano, fecha 10 septiembre 1920, apareció un artículo, que no sólo reconoce la participación de los judíos en los actuales desórdenes y el movimiento revolucionario mundial, sino que hasta lo justifica — por extraño que parezca — con el Sermón de la Montaña. Su autor dice en el referido artículo que el "judío desarrolló el capitalismo organizado merced a su instrumento más eficaz, el sistema bancario". Frente a las múltiples tentativas judías de negar este hecho, causa satisfacción verlo así confirmado.

"Uno de los hechos más impresionantes en esta época tan llena de impresiones (prosigue diciendo el artículo), es la rebelión de los judíos contra el orden capitalista, que su propio cerebro ideó y formuló su propia mano". Si esto fuera verdad, ¿por qué ayuda el capitalismo organizado (judío) con

su instrumento más eficaz, o sea el sistema bancario, la revolución mundial?

"Este acontecimiento (la revolución rusa) predestinado para ser traducido en la Historia como producto preponderante de la guerra mundial, fué en alto grado obra de reflexión judía, de descontento judío y de voluntad judía para una nueva Reconstrucción".

"Este rápido desarrollo de la revolución rusa pasando de su época destructora a la constructora, es visible expresión del carácter creador del genio judío resentido". Está aún por demostrar que la época constructora del bolchevismo se haya siquiera iniciado. La afirmación del artículo no tiene sino carácter propagandístico. En cambio, los Protocolos sionistas sí que contienen un plan reconstructivo.

Rogamos al lector lea con detenimiento las siguientes líneas: Lo que el idealismo judío y el resentimiento judío han *conseguido en Rusia, "lo pretenden realizar también en los* demás países". ¿Qué es lo que el "idealismo judío" realizó en Rusia, y con qué medios "poderosos"? ¿Por qué van siempre juntos el "idealismo judío" con el "genio judío de resentimiento"? Al estudiar los Protocolos de los Sabios de Sión se va comprendiendo clarísimamente. *Idealismo judío no significa sino destrucción de los Estados no-judíos para la institución de una forma judía única política y social.* ¿No fué esto lo que ocurrió en Rusia? Proclamas judías en las vallas, el hebreo antiguo en las escuelas, el sábado en lugar del domingo, y los rabinos sin ser molestados, mientras que los sacerdotes cristianos tuvieron que barrer las calles. Y hechos sumamente "poderosos", a saber: asesinatos, latrocinio, desolación y muerte por hambre... El autor del artículo en el American Hebrew acaso habló algo más de lo que quisiera, llamando a esta íntima compenetración de idealismo y resentimiento "cualidades históricas del genio judío" (con cuyo concepto equívoco quiso decir "cualidades hereditarias de la raza judía". — El trad.). En opinión del autor, estas cualidades hereditarias de la raza judía, que en Rusia promovie-

ron el terror rojo, y que hoy siguen manifestándose en Rusia, pretenden reservar igual suerte para los demás países. La diferencia consiste en que, cuando un no-judío dice tal cosa, se le llena de improperios. Pero ahora es un autor judío en una importante revista judía quien lo dice. Y a guisa de disculpa añadiendo: "Fué natural que... el resentimiento hallara su expresión en un exceso de tendencias y cierta demasía de finalidades". ¿Qué resentimiento? Naturalmente, el judío. Y ¿por qué están descontentos? Por cualquier forma de Estado, que no sea el judío. Y ¿en qué consistieron el exceso de tendencias y la demasía de finalidades? En implantar también en los demás países y hasta en los Estados Unidos de América el bolchevismo judío. "¿Cierta demasía?" ¡No! Fueron unos pocos, pero muy caracterizados objetivos, sólo que para su realización eligieron los judíos un terreno equivocado.

Ahora se pueden observar bolcheviques rusos en las calles de Nueva York ofreciendo al viandante pitilleras de oro robadas a las familias rusas, y joyas familiares, sortijas de matrimonio y de bautizo. El bolchevismo no se salió en ninguna parte del ideal de todo ladrón o salteador. Pero pasará mucho tiempo antes de América admita órdenes en argot judío, o que las mujeres americanas tengan que "entregar" sus alhajas al "pueblo predilecto".

A pesar de las innegables conexiones entre el hebreo americano por un lado, y el bolchevismo ruso y los Protocolos sionistas por otro, aun tienen hoy los autores judíos la osadía de afirmar que sólo un loco puede admitir tal relación íntima de las intenciones judías que revelan los Protocolos. No es eso; lo que ocurre es que sólo los ciegos no pueden ver o que están ciegos los que no lo vean.

"Del estado caótico de la economía desarrolló el genio judío el resentimiento del capitalismo organizado, merced a su instrumento más eficaz, el sistema bancario...

¿Se pretende que América, igual que Rusia zarista, califique a los judíos con el reproche, tan amargo como infundado, de que son sólo destructores, obligándoles así a ocupar una posición irreductible? ¿O es que América aprovechará de las energías creadoras judías, como lo hizo con las potencialidades de todas las demás razas?... Sobre estas preguntas el pueblo americano mismo habrá de dar contestación".

(De un artículo publicado en la revista *El Hebreo Americano,* fecha 10 septiembre 1920).

XX

UN TESTIMONIO JUDIO EN FAVOR DEL BOLCHEVISMO

El pueblo americano dará, en efecto, esta contestación, y nunca se pronunciará en favor del genio destructor del insaciable judaísmo. Demasiado sabido es que lo que el "idealismo judío y el resentimiento judío" han hecho en Rusia, estaba proyectado también para realizarse en los Estados Unidos. ¿Por qué el articulista del American Hebrew, en lugar de decir "en otros países", no dijo clara e inequívocamente "en los Estados Unidos de América".

"Idealismo y resentimiento judíos" no van dirigidos contra el capitalismo, sino, por el contrario, éste se puso al servicio de aquéllos. La única forma de Estado, contra la que se dirigen, la representa cualquier orden nacional no-judío, y el único capital atacado es el de los no-judíos. Eustace Percy, que, a deducir por la frecuencia con que la Prensa judía viene citando sus palabras, goza del consentimiento de la inteligencia judía, nos da una contestación rotunda al primer concepto, hablando de la inclinación judía por los movimien-

tos sediciosos: "En Europa oriental parece que el sionismo y el bolchevismo se desarrollan mancomunadamente, igual como la influencia judía dominó las ideas republicanas y socialistas durante todo el siglo XIX, hasta la revolución de los Jóvenes turcos en Constantinopla... y no porque al judío le preocupe el lado positivo de las teorías radicales, ni tampoco porque pretenda participar en el nacionalismo o la democracia no judías, sino porque toda otra forma de Estado que no sea la judía, no puede sino inspirarle odio".

Esta declaración es clara. En Rusia fué el zar quien tuvo que servir de pretexto, en Alemania el káiser y en Inglaterra la cuestión irlandesa. Para las innumerables revoluciones sudamericanas, manejadas todas ellas por judíos internacionales, no fué ni siquiera necesario buscar un pretexto especial... En los Estados Unidos sirve de espantapájaros la "clase capitalista", pero siempre y en todas partes, según propia confesión de los heraldos judíos, contra todo orden y forma de Estado no judíos. El judío cree que el mundo entero le pertenece por derecho, y no hace sino "recoger sus propiedades". El camino más corto para conseguirlo es la revuelta de todo orden existente, destrucción que sería imposible sin una campaña larga y astutamente preparada por medio de ideas disolventes y sediciosas.

En cuanto al segundo concepto, cada lector comprobará los hechos por su propia experiencia. Recuérdese los nombres y apellidos de aquellos capitalistas que en la Prensa influenciada por los judíos fueron expuestos siempre al público desprecio, recuérdense sobre todo las caricaturas del trust periodístico de Hearst; ¿fueron quizá los Seligmann, Kahn, Warburg, Schiff, Kuhn, Loeb y compañía? No, porque éstos son banqueros judíos, y a éstos no se les ataca nunca. Los apellidos más conocidos de las campañas difamatorias periodísticas son sólo los de industriales y banqueros no-judíos, y en especial Morgan y Rockefeller.

Todo el mundo sabe que durante la revuelta comunista en París (invierno de 1871), los júdíos de la casa Rothschild

no sufrieron perjuicio, mientras que otros propietarios sufrieron enormes pérdidas en sus fortunas. Existen relaciones tan íntimas entre los grandes financieros judíos con los cabecillas revolucionarios judíos en América, que cualquier perjuicio de los primeros en un posible movimiento sedicioso queda completamente excluído. Bajo el amplio manto de los desórdenes rusos ciertos financieros judíos se aprovecharon de las angustias populares apoderándose de grandes riquezas de propiedad pública, y el gobierno soviético lo aprobó, llamándolo "comunismo modificado". Un verdadero comunismo, sin embargo, todavía no se encuentra en el bolchevismo ruso. Como en la guerra mundial, halla también el bolchevismo su suficiente explicación en contestar a la pregunta: ¿quién sacó las mayores utilidades? Esta explotación de ambos acontecimientos se halla actualmente en el mayor apogeo. El blanco de las fuerzas revolucionarias no es más ni menos que la propiedad no-judía. "Las riquezas del mundo entero nos pertenecen" este es el lema de toda la obra revolucionaria judía.

Hubo una época en que se intentó desviar la atención universal por medio de noticias horripilantes acerca de la triste situación de los judíos en Polonia. Indicios hacen suponer que la propaganda polaca no era sino disfraz, para encubrir la enorme inmigración de judíos en los Estados Unidos de América. Quizá ignoran muchos lectores que día tras día cae sobre nosotros una gigantesca riada de inmigrantes, decenas de miles de aquella raza, cuya mera presencia significa un problema y una amenaza para los gobiernos europeos. La propaganda polaca y la referida inmigración se relacionan mientras el gobierno de los Estados Unidos recibe del gremio judío seguridades de que a orillas del Potomac, indicando Washington, todo marcha admirablemente. Y en efecto, allí se está tranquilo y sin cuidado, tal como el gremio judío lo puede desear; pero el problema ruso exige necesariamente su solución. Esta forma judía es la siguiente: los judíos son los padres del capitalismo; como éste no dé buenos resultados, intentarán deshacer su propia obra. Lo hán hecho en efecto

en Rusia, y ahora quieren que el pueblo americano tenga la bondad de permitir que sus bienhechores judíos repitan la misma película en América.

Esta es la novísima explicación — típicamente judía — que se nos da en unión a una proposición dirigida a América, y ¡con una amenaza! Si América declinase esta proposición del judaísmo, se colocaría éste "en una oposición irreductible".

Pero ahora resulta que los judíos no han destruído en absoluto el capitalismo en Rusia. Cuando Trotzky y Lenin hagan su última reverencia al mundo, retirándose al amparo de los capitalistas judíos internacionales, se observará que lo por ello destruído es sólo el capital no-judío, o sea el ruso, mientras que el capitalismo judío quedó inmóvil e intangible.

¿Cuál es la realidad? Actas oficiales del Gobierno de los Estados Unidos de América contienen la siguiente carta. Obsérvense la fecha, el banquero judío y los demás apellidos judíos:

"Estocolmo, 21 de sept. de 1917.

Sr. D. Rafael Scholan (o Schaumann)

Apreciable camarada: La casa de banca de M. Warburg, a raíz de un telegrama del presidente del "Sindicato rhenano-westfaliano, abrió una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotzky. Un abogado, probablemente el señor Kestroff, recibió municiones, cuyo transporte organizó junto con el dinero para el camarada Trotzky, según sus deseos....

Saludos fraternales, Fürstenberg".

Muchos años antes un financiero americano judío (1) había facilitado las sumas con cuya ayuda se había hecho una propaganda revolucionaria entre miles de prisioneros rusos retenidos en los campamentos japoneses.

---

(1) Jacobo Schiff, el jefe recientemente fallecido del instituto bancario mundial de Kuhn, Loeb y Cía., de Nueva York, con el que la casa de banca de M. M. Warburg, de Hamburgo, está en íntimas relaciones comerciales y de parentesco. — *El trad.*

Para dar una explicación del movimiento bolchevique, se dice a veces que ha sido apoyado financieramente por Alemania, sobre cuya tesis se fundo la propaganda bélica en América. Verdad es que parte del dinero provino de Alemania, pero igualmente otra parte provino de América. *La escueta verdad es que la alta finanza judía de todos los países está interesada en el bolchevismo ruso como una empresa internacional judía.* Durante la guerra se ocultó el programa mundial judío tras uno u otro nombre nacional, echando los Aliados la culpa a Alemania, y Alemania a los Aliados, mientras que todos los pueblos quedaron a oscuras sobre quienes eran los verdaderos culpables.

Un empleado del Estado francés hizo constar que un solo banquero judío participó con dos millones. Cuando Trotzky abandonó Estados Unidos para realizar el encargo recibido, fué liberado de la cárcel de Halifax por el Gobierno Norteamericano, y de sobra se sabe quien representó al Gobierno de Estados Unidos durante la guerra.

Recopilando todos estos hechos, se llega a la consecuencia ineludible de que la revolución bolchevique ha sido una empresa larga y cuidadosamente preparada por la alta finanza internacional judía.

Así se comprende fácilmente porque esta potencialidad quiere introducir el bolchevismo también en América. *En esta lucha no se trata realmente de una preponderancia entre el capital y el trabajo, sino entre el capital judío y el no-judío. En esta lucha los jefes socialistas, comunistas y de los obreros en general, se colocan casi sin excepción al lado del* capital judío. ¿Qué capitalistas son los más atacados por los jefes del socialismo? Nunca entre éstos se encuentran apellidos judíos.

Veamos también los testimonios genuinamente judíos en pro del bolchevismo.

La revista "Crónica judía" de Londres, escribía en 1919 lo siguiente: "De suma importancia es ya de sí la existencia del bolchevismo, el hecho, de que tantísimos judíos sean bol-

cheviques y el hecho de que los ideales del bolchevismo coincidan en muchos puntos con los más elevados ideales del judaísmo". La misma revista publica en 1920 un discurso del conocido autor judío Israel Zangwill, en que se entona un himno a la raza, que "produjo Beaconsfield (a) Kosmanowsky, Trotzky (a) Braunstein. Este señor Zangwill, en su entusiasmo exagerado, cita así a los judíos, que fueron y son, respectivamente, miembros de Gobiernos británicos, en íntima relación con los judíos revolucionarios de las tragedias sangrientas de Rusia y Baviera ¿Qué diferencia existe entre ellos? Ninguna; todos son judíos para la mayor gloria de los de su "raza".

Según noticias de la Prensa, dice el rabino J. L. Magnes en un discurso pronunciado en Nueva York en 1919: "Cuando el judío dedica su ingenio y sus energías a la causa de los obreros y de los desposeídos, penetra su espíritu radical hasta las mismas raíces del asunto. En Alemania se convierte en un Marx o en un Lasalle, un Haase o Eduard Bernstein. En Austria surge un Víctor Adler o un Federico Adler. En Rusia, Trotzky. Imaginémonos por un momento la situación en Rusia y Alemania. La revolución liberó grandes energías productivas, y recordemos la multitud de judíos, que estaban prestos a utilizarlas. Social revolucionarios y mencheviques, socialistas mayoritarios o minoritarios, como quiera que se llamen: judíos con sus cabezas más destacadas y de las *fuerzas propulsoras de estos partidos revolucionarios*".

En Estados Unidos los judíos son tan numerosos entre los miembros de las comunidades revolucionarias como en Rusia. Aquí como allá están "listos a prestar servicio inmediatamente".

Bernard Lazare, autor de un folleto sobre el antisemitismo, dice: "*El judío por esta razón toma parte en las revoluciones, y toma parte en tanto que es judío, o mejor dicho,* mientras siga siendo judío". Esto quiere decir que el judío es por esencia revolucionario, y consciente o subconsciente el judío personifica la sedición.

En ningún otro país sería necesario ocuparse de la negación de ciertos hechos palpables, como lo es en Estados Unidos de América. Aquí hemos vivido realmente con tal miedo de pronunciar la palabra "judío", o lo que se relaciona con este concepto, que efectivamente se nos pudo ocultar los hechos más notorios y públicos, hechos que habríamos comprendido con sólo echar una mirada a la literatura judía. Fué un espectáculo conmovedor observar cómo el público americano fué a escuchar las conferencias celebradas acerca de la situación en Rusia, y cómo abandonaron la sala, completamente confusos y perplejos, porque la suerte de Rusia era tan poco rusa: es que ningún orador en nuestro país conceptuó políticamente prudente pronunciar la palabra "judío", pues los judíos también consiguieron adueñarse de la tribuna pública.

Pero no sólo las grandes eminencias literarias judías reconocen la predilección judía por las revoluciones en general, y su responsabilidad por la revolución rusa en particular, sino que los escritores de menos cuantía tiene también una comprensión perfectamente clara de esta contactación. El judío, que desde cualquier puesto coopera en una revolución, está plenamente consciente, que en cualquier forma sirve a los intereses de Isráel. Quizá sea mal judío en el sentido religioso de la sinagoga; pero en todo caso bastante judía para cooperar siempre con entusiasmo en todo lo que pueda engrandecer la gloria de Israel. La raza en el judaísmo predomina en absoluto sobre la religión.

El periódico ruso "¡Hacia Moscou!" dijo en septiembre de 1919: "No debe olvidarse, que el pueblo judío, reprimido durante siglos por reyes y señores, representa genuinamente el proletariado, la Internacional propiamente dicha, lo que no tiene patria".

Cohan escribe en el periódico "El Comunista" en abril de 1919 diciendo: "Puede decirse sin exageración que la *gran revuelta social rusa fué realizada sólo por manos judías.* ¿Hubiesen sido capaces las oprimadas masas rusas para de-

rribar el yugo de la burguesía? No, son precisamente los judíos los que condujeron al proletariado ruso hacia la aurora de la Internacional, y no sólo le condujeron, sino que ahora defienden la causa soviética que está en sus manos certeras. Podemos dormir tranquilos, mientras el alto mando del ejército rojo descanse en manos del camarada Trotzky. Aunque no se encuentran judíos en las filas del ejército rojo, conducen los judíos, sin embargo, en Comités y demás organizaciones soviéticas a la masa del proletariado ruso hacia la victoria. No en vano obtienen los judíos una aplastante mayoría en los escrutinios para cargos en las instituciones soviéticas... El *símbolo del judaísmo,* que durante siglos luchó contra (¡ !) el capitalismo, se ha convertido *también en símbolo del proletariado ruso,* como resulta de la aceptación de la *estrella roja de cinco puntas,* que como es sabido fué antiguamente el símbolo del sionismo y del judaísmo en general. *"Con este signo vencerás, por este símbolo acontecerá la muerte de la burguesía parásita... Las lágrimas vertidas por el judaísmo, las sudará en gotas de sangre".*

Esta confesión, o mejor dicho esta gallarda protesta, es de especial importancia por su entereza. Los judíos, dice Cohan, dirigen a las masas rusas, que por sí solas no se hubiesen sublevado, y que saben sólo que una minoría, como antiguamente la zarista, ocupa ahora los puestos del Gobierno. No están los judíos, nos explica Cohan, en el ejército rojo, o por lo menos donde se combate, y esto concuerda perfectamente con los preceptos de los Protocolos sionistas. *El arte estratégico del programa mundial consiste en saber aniquilar a los no-judíos por otros no-judíos.*

Durante la conflagración mundial se han matado mutuamente tantos no-judíos, como judíos pueda haber en el mundo entero. Para Israel fué una gran victoria: sus lágrimas las pagaron los infieles con su sangre.

"Los judíos dirigen las batallas desde puestos seguros", dice muy acertadamente el señor Cohan. Lo que extraña, lo que aturde, es su sinceridad.

Por lo que respecta a los escrutinios de elecciones, en los que según Cohan los judíos salen siempre elegidos por unanimidad, hay explicaciones detalladas e incontestables. Todos aquellos que votaron en contra de los candidatos judíos, fueron declarados "enemigos de la revolución, y ajusticiados. Con pocas ejecuciones bastaron para que los escrutinios resultaran con unanimidad en favor de los judíos.

Resulta instructivo cuanto Cohan nos dice acerca de la estrella roja de cinco puntas y un significado como símbolo del proletariado ruso". La estrella de David, las armas nacionales judías, es de seis puntas, y se compone de dos triángulos superpuestos, uno de los cuales descansa sobre su base y el otro sobre su punta. Sin esta base se asemeja al conocido signo de los franc-masones, compuesto de escuadra y compás". Esta estrella de David — dice un visitante judío de la moderna Palestina —, la observé muy raras veces sobre las tumbas de los soldados británicos, que conquistaron Palestina; en la mayoría de los casos se encuentra una cruz cristiana de madera. Según noticias de Palestina estas cruces molestan a los nuevos dueños del país, porque precisamente en el camino hacia la nueva universalidad judía forman contraste. Como en Rusia soviética, también en Palestina fueron muy pocos los judíos que vertieron su sangre por la causa sagrada. Se disponía para ello de suficiente número de no-judíos.

Puesto que el judío es por sí maestro en el arte de los signos cabalísticos, no faltará seguramente intención en el hecho de que la estrella sovietista tenga una punta menos que la estrella de David. No se olvide que aún queda por cumplir un punto en el programa mundial, a saber, la entronización de "nuestro soberano". Cuando venga, el autócrata mundial, sobre quien se fundamenta todo el programa, se añadirá probablemente la sexta punta. Las cinco puntas de la estrella actual, que con certeza representan sus dominaciones, son: *Bolsa, Prensa, Nobleza, Palestina y Proletariado.* La sexta punta es el Soberano para Israel.

El cerebro se resiste a reconocerlo y siquiera a suponerlo; pero Cohan lo afirma, y las Revoluciones, en especial desde la Francesa a esta parte, confirman que por este signo acontecerá la muerte de la burguesía parásita''; y que ''sudará en sangre las lágrimas del pueblo de Judá''. La ''burguesía'', según dicen los Protocolos, está siempre compuesta de los no-judíos.

La vulgar objección contra el hecho innegable del carácter judío de la Revolución rusa, se apoya en que también los judíos han debido sufrir por aquellos acontecimientos. ''¿Cómo podríamos favorecer un movimiento, en el que también nuestros propios paisanos tengan que sufrir'', alegan los judíos. Queda por un lado el hecho innegable de que los judíos favorecen este movimiento. En este momento el Gobierno bolchevique viene recibiendo dinero de financieros judíos de Europa, y cuando desde Europa lo recibe, lo ha de recibir indudablemente de los banqueros internacionales de América. Este es uno de los hechos.

El segundo hecho es, que los judíos en Rusia no sufren ni remotamente en la proporción que los heraldos judíos nos lo quieren hacer creer. Según propia confesión, durante el primer avance de los bolcheviques en Polonia, los judíos polacos se afiliaron inmediatamente como amigos de los conquistadores. Los judíos americanos explican este fenómeno de la siguiente forma: desde que los bolcheviques asaltaron el poder en Rusia, mejoró considerablemente la situación de aquellos judíos, por cuya razón el judío polaco adoptó en seguida postura amistosa hacia los bolcheviques. Efectivamente, la situación de los judíos en Rusia es buena. *Ellos poseen toda Rusia.* Todo les pertenece allí. La segunda razón es que los judíos rusos son los únicos que hoy reciben allí amparo y ayuda, hecho que generalmente suele evitarse a la atención pública. Sólo a los judíos en Rusia se les remiten de todas partes víveres y dinero, y de esta manera, además de ayudar a sus hermanos de raza, se apoya el bolchevismo. Si los sufrimientos de los judíos en Rusia, mirados desde este punto

de vista, resultaran tan angustiosos como los portavoces judíos nos los describen, *¿cuán horrorosos han de ser entonces los sufrimientos de los rusos?* Porque a éstos nadie les manda ni víveres, ni dinero. Los socorros que la humanidad envía a Rusia, significan una contribución, que el bolchevismo judío viene imponiendo al mundo entero. De todos modos, no hay signo que atestigüe que a ningún judío no le vaya bien en Rusia.

Una segunda pregunta destinada a confundir, se formula así: "¿Cómo podrán los capitalistas judíos apoyar el bolchevismo, cuando éste es esencialmente anticapitalista?" Pero el bolchevismo es anticapitalista sólo contra la propiedad no-judía. Un testigo ocular ha dicho: "Este Comisario banquero es un judío elegante, con corbata "último estilo", y traje novísimo. Otro judío Comisario de distrito, fué antes Agente de Bolsa. Y es también judío un inspector de contribuciones, que entiende como virtud arruinar a la burguesía".

Estos agentes del judaísmo aun existen hoy allí. Otros agentes pululan entre los rusos fugitivos, a los que sustraen sus propiedades mediante préstamos a hipoteca. Cuando se revele obsérvese que la mayoría de las valiosas propiedades se traspasaron "legalmente" a manos judías.

Esta es *una* de las contestaciones a la pregunta, de por qué los capitalistas judíos apoyan el bolchevismo. *La revolución roja representa la especulación más afortunada que se conoce en la Historia Universal.* Significa al mismo tiempo esta revolución un levantamiento de Israel, una venganza contra el orden justiciero, que los judíos siempre, dónde y cómo puedan tomarán por una injusticia real o imaginaria. El capitalismo judío sabe, pues, perfectamente lo que hace. ¿Qué es lo que viene ganando con ello?

1º Haber conquistado un magno imperio de imponderables riquezas, sin gastos de guerra.

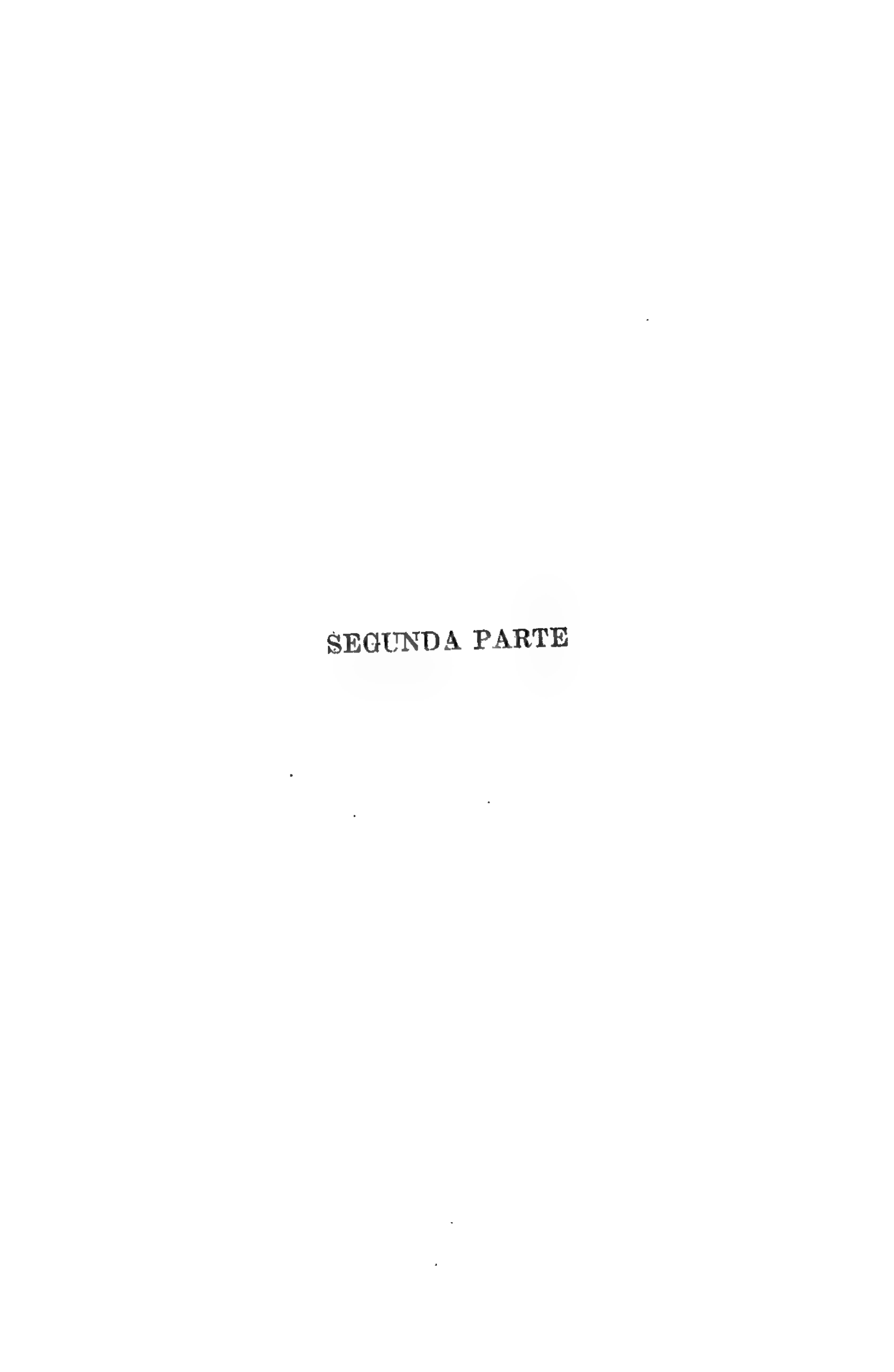
2º Demostrar al mundo entero la aparente necesidad absoluta del oro. El poderío judío se basa sobre el engaño de que el oro es idéntico a la riqueza. Por el sistema intenciona-

poderío del capitalismo judío sobre la humanidad no-judía. Si el bolchevismo hubiese sido realmente anticapitalista, hubiera podido matar de un solo "tiro" al capitalismo judío. Pero no fué así, el oro sigue ocupando firmemente el Trono Universal. *Destrúyase la vana ilusión de la necesidad absoluta del oro, y los magnates judíos internacionales quedarán exánimes y abandonados sobre un montón de vil metal sin valor.*

3º Poder demostrar al mundo su poderío. El 7º Protocolo dice: "Para llegar a la esclavitud de los Gobiernos europeos, probaremos en uno de ellos nuestro poderío por medio de violencias, de brutal terrorismo". Esto es, lo que Europa presenció en Rusia. Esto significa para los capitalistas judíos enormes ganancias.

4º Que no fué para el judío internacional el premio menos valioso haber adquirido la práctica bélica en el arte de revolucionar, tal como los acontecimientos en Rusia la enseñaron. Los discípulos de esta escuela roja vuelven a América y se difunden por el mundo. El manejo de las revoluciones, según indican los Protocolos sionistas, se ha convertido en una ciencia. El rabí Magnes dijo "Véase qué enjambre de judíos estuvo presto sin pérdida de tiempo para coadyuvar al triunfo (de la Revolución Roja)".

Esta multitud "lista para prestar servicios" aumenta más y más cada día que transcurre.



SEGUNDA PARTE

I

LOS JUDIOS EN ESTADOS UNIDOS MIXTIFICAN SU NUMERO Y PODERIO

¿Cuántos judíos hay en Estados Unidos? Nadie lo sabe. El número exacto es exclusivamente conocido por la autoridad hebrea. El Gobierno de Estados Unidos puede ofrecer datos estadísticos sobre casi todos los elementos de la vida pública; pero en el momento en que se disponga a fijar sistemáticamente el número de judíos inmigrantes o residentes intercederá el Gobierno extraoficial judío en Washington para evitarlo. Esto ocurre hace ya más de veinte años, y hasta ahora el Gobierno extraoficial se ha mostrado siempre el más fuerte.

El incremento actual de la inmigración judía preocupa a la opinión pública. Por vez primera en la Historia de Estados Unidos el pueblo americano en masa toma parte en la cuestión judía. Informaciones llegadas de Europa vienen hablando de enormes concentraciones de judíos en determinados puntos, donde se albergan en grandes campamentos. Cierto número de agentes prácticos se trasladan por encargo de comunidades secretas judías, desde Norteamérica, para arreglar los asuntos de los pasaportes". La inmigración en Estados Unidos se convirtió en un negocio especial judío. Desde algunos países europeos no se admite actualmente a ningún ciudadano, *que no sea judío*. Desde Alemania, Rusia y Polonia, por ejemplo, no pueden, ni las personas particulares obtener el permiso de inmigración, sino con suma dificultad, pero desde esos mismos países inmigran judíos a millares, con menosprecio manifiesto de nuestra legislación correspondiente y de los intereses de la salud pública. Parece como si

DEL PREFACIO PERSONAL DE Mr. HENRY FORD

La primera parte de la presente obra se dedicó preferentemente al estudio del programa mundial judío. La segunda parte, ofrecerá ilustraciones prácticas, que evidencian y confirman dicho programa. Nuestro método se limitará a demostrar hechos, que todo el mundo puede comprobar en cualquier momento y parangonarlos con el programa teórico, para ver, si ambos concuerdan. En cuanto a discutir sobre la "autenticidad" de los Protocolos, quedará suficiente tiempo, una vez que se haya demostrado la coincidencia completa entre aquéllos y el modo de proceder de los judíos.

Nuestros anteriores artículos de prensa han quedado sin réplica. Hubo denuncias y tergiversaciones, pero ninguna refutación. Objeción preferida por los heraldos y defensores judíos consiste en sostener que nuestras afirmaciones respecto a los judíos podrían aplicarse indistintamente a cualquier otra raza, sin que ninguna de ellas fuera capaz de desmentir tales acusaciones mediante hechos. Pero lo esencial precisamente está en que tales acusaciones no se elevan contra ninguna otra raza o pueblo, y si alguien se lo propusiera, ¿cómo sería posible?... Caerían por su propio peso, por la sencilla razón de que no sería posible apoyarlas en hechos. Rumores y vaguedades nada significan, ni, tampoco, increpaciones ni prejuicios. Si los juicios emitidos en nuestros libros fueran falsos, podrán ser rebatidos con hechos. De no existir comunidad entre el programa judío tal como está redactado por los "Protocolos", y el programa, que realizan prácticamente los prohombres judíos, fácil les sería demostrarlo. Pero hasta ahora *no se ha demostrado,* por la simple causa de que esta relación entre la teoría y la práctica, existe, y que los prohombres, encaminadores y heraldos o jefes judíos lo saben.

se tratara del traslado de un ejército de millones de soldados, que una vez cumplida su misión en Europa, se trasladan a América.

Cuando se llegó a comprender que esta gran organización inmigratoria era obra de comunidades judías, se advirtió — ¡por primera vez! — un movimiento de alarma por notas de conturbación o inquietud en el campo de la Prensa americana, pues era un hecho demasiado llamativo para no fijar en él la atención. También a los funcionarios de inmigración en la isla Ellis les llamó la atención esta singularidad en el carácter de la masa inmigrante. En primer lugar casi todos eran judíos Los verdaderos ucranianos, rusos, alemanes no podían entrar, pero sí los judíos de aquellas regiones, y también los de todos los demás países. ¿Por qué esa *prerrogativa?* En segundo lugar no llegaban como fugitivos del hambre y de las persecuciones, sino con toda naturalidad, como expresamente invitados a un viaje de placer. De la misma manera que "allá" se habían "arreglado" el asunto de los pasaportes, también aquí la entrada estaba convenida. En lugar de funcionarios oficiales del Estado americano, les reciben aquí agentes de comunidades secretas judías, de suerte que notan, desde un principio, un firme poder judío tan amplio y poderosamente organizado como en Rusia. ¿No es natural, que desde el primer momento se crean en su propia tierra? ¿Falta, pues, razón para que los Estados europeos llamen a América el "país de los judíos"? También existe una organización expresamente fundada con el objeto de burlar los preceptos legales vigentes contra la admisión de conocidos revolucionarios judíos. Los judíos europeos llevan en sí el germen de la revolución; son ellos los revolucionarios genuinos de Rusia, Alemania, Italia, Polonia. En Estados Unidos se convierten en seguida en jefes de las organizaciones rojas e internacionales del obrero. Al llegar un individuo conocido como tal a la isla Ellis, si se detiene, pero inmediatamente hay telegramas dirigidos a diputados, periódicos y funcionarios municipales y de Estado, en todo el país, a

los que se ruega en un tono firme intercedan en favor del retenido, y a vuelta de correo, o por telégrafo, son avalados estos personajes ante el Gobierno de Washington y garantizado el carácter inmaculado de aquéllos, intercediéndose por su admisión inmediata. A veces, hasta la Delegación económica, llamada Embajada Rusa, interviene en estos manejos.

Tampoco se omite ornar esta inmigración en masa con un disfraz sentimental, diciendo que los "pobres" huyen de la opresión y las persecuciones. Fotografías sacadas en grupo enseñan mujeres y niños con caras de desespero; pero en las fotografías no aparecen, desde luego, las fisonomías de los jóvenes revolucionarios judíos, que vienen aquí fanáticamente dispuestos a saquear América, como lo hicieron con Rusia.

Este proceder tiene sus precedentes. En Inglaterra, ya en el año 1902 dió lugar a investigaciones detalladas, que se verificaron por la "Real Comisión Británica de Inmigración". Ante ésta el conocido jefe sionista doctor Herzl hizo importantes revelaciones, en demostración de que para el judío no existen barreras que no pueda franquear o eludir. Opinando acerca de las limitaciones ya existentes en aquel entonces para la inmigración en Estados Unidos (v. g. la prueba de poseer cierta cantidad mínima en metálico), decía: "Resulta sumamente fácil eludir tales preceptos. Basta fundar una pequeña Sociedad, que preste a cada inmigrante la cantidad necesaria. Este la presenta a las autoridades de inmigración, obtiene el permiso de entrada, y luego la devuelve a la Sociedad". Y con ironía añadió: "Existe un proverbio francés que dice: este animal es muy malo porque, al ser atacado, se defiende. Pues bien, los judíos, cuando se les ataque, se defenderán; posible fuera que, caso necesario, se promovieran desórdenes interiores". Que Herzl no andaba equivocado acerca del valor y carácter de sus compatriotas, lo demuestran sus palabras proferidas en otra ocasión: "...será América donde (los judíos) al llegar a cierto número, representen para el país una fuente de inquietudes".

Antes del año 1880 la advertencia "nacido en Rusia",

significaba que el inmigrante era ruso; pero desde entonces vale sólo el juicio emitido por un funcionario, que dijo: "Desde Rusia emigran tantos hebreos a Norteamérica, que la nota "nacido en Rusia" equivale hoy a "judío ruso". Según las indicaciones de aquel mismo funcionario, inmigraron en el espacio de diez años desde Rusia 666.561 judíos, aparte de los polacos, filandeses, alemanes y lituanos. Una estadística, pues, que comprendiera este conglomerado bajo el concepto de "rusos", sería completamente errónea y sin valor, porque induciría a conclusiones falsas de apreciación de la raza. En consecuencia, el Negociado de Estadística reclamó del Congresó autorización de indicar la procedencia de los inmigrantes tanto según raza, como por país de origen. Se debatió en 1909 en una de las comisiones del Senado; los senadores La Follette y Lodge reconocieron la justicia y necesidad de clasificar a los inmigrantes desde el punto de vista de raza, pero los senadores Guggenheim y Simon Wolf (personaje este último sumamente interesante, que ha sabido estar en íntimo contacto con todos los Presidentes, desde Lincoln hasta Wilson), no lo aprobaron. De sus razonamientos resultó: 1.º, que los judíos se oponen a toda legislación, que pueda restringir en lo más mínimo su inmigración en cualquier país; 2.º, que una vez inmigrados se oponen a todo intento de indicación expresa de su raza; 3.º, que pretenden en su lugar hacer creer a las autoridades que ellos no forman una comunidad de raza, sino religiosa, y que sólo entre ellos mismos se propaga el punto de vista de la raza.

La voluntad judía fué la que predominó; en Estados Unidos no hay, en efecto, ninguna estadística sobre los judíos. En las listas de inmigración se estipulan diferencias entre italianos meridionales y del Norte, entre eslavos de Moravia y de Bohemia, entre escoceses e ingleses, entre españoles europeos y americanos, cubanos, mejicanos, etc.; hay en total 46 subdivisiones de "razas o pueblos, pero a los judíos no se les menciona siquiera. La comisión del Senado hizo constar esto, añadiendo en su dictamen: "De cuanto pudo averiguar

la Comisión, resulta más adecuado indicar para los extranjeros la clasificación según razas o pueblos, que según el país natal, *con una sola excepción*".

El intento de hacer constar con exactitud científica el conglomerado de razas en Estados Unidos fracasó. Nuestras estadísticas indican detalladamente cuántos franceses, polacos o sudafricanos residen en nuestro país. A la pregunta de cuántos judíos viven entre nosotros, callan las estadísticas. Unicamente podrían contestar los agentes o representantes de los Poderes judíos en América.

"¿La nación judía?... Explicaré lo que entiendo por concepto "nación", y se podrá luego añadir el adjetivo "judío". Una nación, a mi entender, es un grupo histórico de personas innegablemente de acuerdo entre ellas y hermanadas ante un enemigo común. Si a esto se aplica el adjetivo "judío" se sabrá lo que comprendo por nación judía".

TEODORO HERZL.

"Hacemos constar, que nosotros, los judíos, somos una nación peculiar, de la que cada judío es súbdito incondicionalmente, cualquiera que sean su residencia, su oficio o su fé".

LUIS BRANDEIS
Del Tribunal Supremo de Estados Unidos.

II

¿CONSTITUYEN LOS JUDIOS UNA NACION?

Los juicios que citamos en los párrafos siguientes, han de dar una explicación de lo que los mismos judíos piensan acerca de su raza, religión y ciudadanía. Resultará de ello, que estos juicios difieren esencialmente de las teorías y doctrinas sugeridas generalmente a los no-judíos sobre el asunto.

El rabino londinense Josef Morris, dice: "Israel constituye una gran nación... Ninguna secta, ni comunidad religiosa, tendría el derecho de llevar tal nombre... Negar la nacionalidad judía equivaldría a negar la existencia de los judíos". (De la obra *Israel, una nación*).

Arthur Lewis opina: "Al decir, ciertos judíos, que se entienden a sí mismos como secta religiosa, igual como los católicos o protestantes, no definen exactamente ni sus sentimientos, ni su propia posición... Cuando un judío admite el bautizo, o se convierte sinceramente al cristianismo — lo que no es necesariamente igual (¡ !) —, pocos habrá que, desde entonces, no dejen de considerarle judío. Su sangre, su

temperamento y su "psiquis" quedan inalteradas". (De la obra *Los judíos una nación*).

El abogado Beltram B. Benas dice: "Lo esencial del judío es ser nacionalista a base de su raza". (De la obra *El Sionismo, movimiento nacional judío*).

León Simón: "La idea de que los judíos son secta religiosa, igual que los católicos o protestantes, es un absurdo". (De la obra *Estudios sobre el nacionalismo judío*).

El catedrático Graetz dice, que la Historia de los judíos, después de haber perdido éstos su Estado judío, "demuestra siempre su carácter nacional, no siendo nunca sólo la Historia judaica la de su Fe o de su Iglesia".

Moisés Hess: "Religión judía significa, ante todo, patriotismo judío... La solución del problema radica en el hecho de que los judíos son más que creyentes de determinada religión, son y constituyen una hermandad de raza, una nación... Todo judío pertenece a su raza, y por ende al judaísmo, no importando nada que él o *sus antepasados* hayan renegado de su fe religiosa". (De la obra *Roma y Jerusalén*).

Todos estos autores, cuyo número, entre antiguos y modernos, podría aumentar *ad libitum*, aun cuando no niegan la comunidad religiosa judía, sostienen al mismo tiempo, que cada judío, quiera o no quiera, es miembro de una nación determinada. Otros avanzan más y hablan de la coherencia racial. El concepto "raza" es utilizado sin restricción por los autores más destacados, mientras otros se conforman con el concepto de "nación" y "pueblo". La opinión general judía es, que los judíos forman un pueblo particular, distinto de otros, por determinados síntomas característicos corporales y espirituales, poseyendo no sólo propia Historia nacional, sino igualmente vida propia y pretensiones nacionales.

En los juicios recopilados a continuación se manifestará unidad entre raza y nacionalidad, tal como los precedentes la manifestaron entre religión y nacionalidad.

Brandeis, jefe sionista en Estados Unidos, explica: "Na-

da significa en contra del hecho de la nacionalidad, el sostener que los judíos no son raza absolutamente pura. En los tres milenios de nuestro desarrollo histórico, es natural que se haya mezclado sangre ajena con la nuestra. Esos matrimonios con no-judíos sólo han tenido por resultado el desligar muchos de la comunidad judía, pero no el de aumentar ésta. Por esta razón la proporción de sangre ajena en el judaísmo aparece insignificante. Probablemente, ninguna raza europea es tan pura como la nuestra''.

Arthur Lewis dice: ''Los judíos, desde un principio, fueron una nación; pero poseen, más que la mayor parte de las naciones, el elemento de nacionalidad de mayor importancia, que es el de la raza... En un judío se conocerá siempre con más facilidad su judaísmo, que en un inglés su anglicismo''.

Moisés Hess: ''No es posible deformar la nariz judía; el pelo negro rizado no se vuelve rubio por el bautizo, ni sus rizos se alisan por mucho que se peinen. La raza judía es una raza primitiva que, a pesar del cambio constante de morada, perseveró siempre en su peculiaridad; el tipo judío ha mantenido su pureza a través de los siglos''.

Jessy E. Sampter, en su obra *Guía del Sionismo,* dice: ''Esta carga (la reacción contra el sionismo en Estados Unidos. — *El trad.*) se sobrellevó con mucha honra, en parte, merced a la excelente jefatura de hombres como Blandeis, W. Mark, el rabino Steph, S. Wise, y gracias, por otra parte, al gigantesco trabajo realizado por los sionistas, orgullosos de su glorioso pasado, como Jacobo de Haas, Luis Lipsky, Henriette Szold, y, en parte, por *el brillante despertar de la raza en la masa del judaísmo americano''.*

Disraeli, en su corto prefacio a la quinta edición de su obra *Coningsby,* emplea cuatro veces la palabra ''raza'' al hablar de los judíos, demostrando siempre su orgullo en ser ''judío de raza'' a pesar de haber sido bautizado.

El doctor Ciro Adler, en el prefacio de la *Enciclopedia*

judía: "Puesto que la presente obra trata de los judíos como raza, nos fué imposible excluir de ella a aquellos que sin menoscabo de su confesión, siguen perteneciendo al judaísmo".

Todos estos hechos no admiten duda respecto a la duplicidad de los jefes políticos judíos, que en lugar de admitir llanamente el problema judío, se aferran tenazmente a los medios de engañar sistemáticamente al mundo no-judío.

Los llamados judíos reformistas podrían aducir que la mayor parte de los autores citados pertenecen al sionismo. Puede ser, y hasta es verosímil, que existan dos programas distintos en el judaísmo; uno destinado a los judíos, y otro a los no-judíos. Para averiguar cuál de ellos es el verdadero, habría de comprobarse cuál es el que se realiza, y éste es el sionista. Fué reconocido primero por los aliados, luego por la Conferencia de la Paz, y ahora por la Sociedad de las Naciones. Esto no hubiera ocurrido, si los Gobiernos no estuvieran convencidos de obedecer así mejor y lo más exactamente las órdenes de los verdaderos jefes de Israel. Y éstos son los que propugnan la originalidad de los judíos como raza y nación.

La idea de que los judíos formen una nación, es —entre ellos— la más natural; y no sólo una nación perteneciente al pasado, sino del porvenir. No sólo se conceptúan como una nación cual las demás, sino que llegan a creerse una Super-nación. A base de testimonios irrevocables judíos se puede avanzar otro paso hacia delante, sosteniendo que la forma futura de la nación judía será la de un reino (1).

Israel Friedlander comprueba históricamente la separación de raza y nacionalidad de los judíos desde los tiempos

(1) Puesto que la forma de Reino en la Historia se mostró siempre como la fuerza constructiva y conservadora de los Estados, el judaísmo la ataca siempre y en todas partes. Como forma de Estado más perfecta y la más segura reserva del judaísmo es la Monarquía universal. En esto radica la única razón, para que los judíos pretendan derrumbar las demás monarquías nacionales. — *El trad.*

más remotos, para lo que aduce dos ejemplos de la Historia. Primero cita a los samaritanos, que "según raza fueron semijudíos que pretendieron ser judíos puros por medio de la religión"; pero fueron rechazados por los judíos, "que hicieron hincapié en guardar la pureza de su raza". El segundo ejemplo citado es, según el libro de Esra, la exigencia del árbol de ascendientes, y de la anulación de los matrimonios mixtos. Según Friedlander, en los tiempos postbíblicos "esta separación de la raza judía se acentuó en mucho mayor grado". La conversión al judaísmo "no fué nunca, como ocurrió en otras comunidades religiosas, sólo cuestión de fe. Se hicieron prosélitos muy raras veces. Cuando, en último caso, se admitieron, fué siempre bajo la condición expresa de que con ello abandonaban el derecho A SER JUDÍOS DE RAZA.

"Para la investigación moderna basta decir que los judíos se sintieron siempre una raza particular, estrictamente diferente de la restante humanidad. Quien de entre ellos niegue la originalidad de la raza judía en su pasado, o desconoce los hechos de la Historia judía, o *intencionadamente la supone falsa.*"

Al futuro poderío político judío se refirió Moisés Hess al escribir —¡en 1862!— *Roma y Jerusalén*: "Ninguna nación debería permanecer indiferente ante el hecho de que en las venideras luchas (1) europeas no le cabe al judaísmo tener a ninguna nación por amiga o enemiga".

Sir Manuel Montagu, judío inglés, gobernador de Palestina, emplea con frecuencia el concepto de "restauración del reino judío"

Ajad Ha-Am, quien siempre acérrimamente propugnó la

(1) Indudablemente se refiere este concepto a la emancipación propugnada por los judíos bajo el manto de las "libertades políticas", y a la democratización de los Estados, y así prepararse para el ataque general contra el mundo no-judío. — *El trad.*

idea nacional judía, tal como existió de antiguo, y cuya influencia no puede menospreciarse, aunque su nombre sea muy poco conocido entre los no-judíos, mantiene con especial ahinco la posición extravagante de ver en los judíos la "supernación". León Simón reproduce fielmente la opinión del gran maestro: "Mientras que al modo de pensar judío le es perfectamente familiar la idea del superhombre, no lo es, en cambio, su aplicación general y característica al individuo particular, sino más bien a la nación, o sea al *pueblo de Israel como supernación, como pueblo predilecto*"

Moisés Hess, dice: "En los países fronterizos entre Oriente y Occidente, en Rusia, Polonia, Prusia y Austria viven millones de hermanos nuestros, que anhelan fervorosamente la *restauración del reino judío,* rezando por él apasionadamente en sus oraciones diarias".

Conocidos todos estos juicios de los más opuestos autores, emitidos en muy distintas épocas, no puede caber la más mínima duda del qué y cómo piensan de sí mismos. El judío se siente súbdito de un pueblo, con el cual se sabe unido por vínculos de sangre, que no pueden romperse por ningún cambio de dogma religioso; se siente heredero del pasado de su pueblo y combatiente para el porvenir político glorioso del mismo. El judío pertenece a una raza y a una nación, para las que anhela un reino terrenal, que domine por encima de todas las demás naciones, y tenga a Jerusalén por capital del Universo.

El reproche de los prejuicios religiosos judíos es el punto flaco para los pueblos civilizados. En clarísima exposición de este hecho psicológico anteponen los jefes judíos siempre marcadamente este punto al dirigirse a las naciones no-judías. Para los espíritus ignorantes servirá, pues, el saber que los jefes mismos del judaísmo confiesan abiertamente que las preocupaciones de los judíos no tienen nunca su origen en su

religión, y que si se les persigue no es a causa de su religión. El intento de cubrir a los judíos con el escudo de su religión, resulta ante estas pruebas y ante sus propias confesiones un acto de mala fe.

Pero aun cuando nos faltaran estos testimonios documentales de voz y pluma judías, nos quedaría una prueba irrefutable en pro de la mancomunidad nacional y de raza de los judíos, que es la infalible responsabilidad mutua de todos por cada uno y que se demuestra en todas ocasiones... Critíquese detenidamente a los capitalistas judíos, y protestarán hasta los judíos de las clases más pobres. Háblese de Rothschild, y hasta el judío revolucionario del ghetto sentirá la crítica como ofensa personal, protestando clamorosamente contra ella. Señálese que un funcionario público judío abusa de sus facultades en provecho de sus "connacionales" y en perjuicio de la sociedad no-judía, y los judíos socialistas y de la oposición política acudirán en su ayuda. Es posible que la mayor parte de ellos perdieran ya la relación con los preceptos dogmáticos y del culto de su religión, pero con su coherencia nacional, su identidad racial, demuestran prácticamente cuál es su verdadera religión.

III

JUDIOS CONTRA NO - JUDIOS EN LA ALTA FINANZA NEOYORKINA

El problema judío en los Estados Unidos es esencialmente de carácter ciudadano y no agrario. Es característica de los judíos el que no concurran donde haya tierras libres, o donde se produzcan materias primas, sino allí siempre donde más estrechamente convivan las masas populares. Este hecho adquiere especial importancia ante el constante clamoreo judío, de que de todas partes sean proscritos. A pesar de ello, se concentran siempre y especialmente en aquellos puntos donde menos bien recibidos resultan. La explicación más corriente de ello es que responde a su carácter el vivir de y sobre otras personas, no de la tierra, no de la transformación de la materia prima en productos útiles para la vida humana, sino de su vecindario inmediato. Que otros labren la tierra: el judío, donde pueda, vivirá del labrador. Que otros suden en industrias y oficios: el judío preferirá adueñarse de los frutos de su actividad. Esta inclinación parasitaria debe, pues, formar parte de su esencia.

En ninguna población de los Estados Unidos puede estudiarse con mayor éxito el problema judío, como en Nueva York. Aquí conviven más judíos que en toda Palestina. El registro civil de la autoridad local judía ("Kahal") calcula el número de judíos allí residentes en próximamente un millón quinientos veintiocho mil almas para 1917-1918. La comunidad judía que sigue en importancia, o sea la de Varsovia, cuenta sólo con 300 a 330,000 almas, o sea una quinta

parte de la comunidad neoyorquina. Al suponerse el número total de judíos del mundo en unos 15 millones, resulta que una décima parte de la población judía universal reside en Nueva York.

Este grupo de población judía ejerce en Nueva York un poderío mucho mayor que en ningún otro lugar durante toda la era cristiana ejerció, excepción hecha de Rusia actual. *La revolución rusa fué preparada y pertrechada desde Nueva York.* El actual gobierno soviético ruso se reclutó casi sin excepción entre elementos de los barrios bajos del Este de Nueva York. El ghetto de Nueva York traspasó desde hace mucho tiempo los límites de estos barrios, siendo hoy día también la parte alta de los barrios del Este un ghetto genuinamente judío. También el riquísimo Oeste y la parte céntrica de la ciudad al norte del Parque central, son judíos. Brownsville, Brooklyn representa una ciudad típicamente judía con *su propio idioma, Prensa y teatros.*

Excepción hecha de un gran bazar y de algunas tiendas insignificantes, todos los comercios están en manos judías. Confecciones de caballeros y señoras, ropas hechas, peletería, y todo el tráfico de víveres, forman el gigantesco monopolio judío. La abogacía es preferentemente judía. De 27.000 puestos de periódicos, que facilitan la distribución de lecturas al público, están 25,000 en manos judías. Unicamente en barrios del Este de la ciudad se elevan a 360 las sinagogas.

El "kahal" neoyorquino representa una organización potentísima, no conociéndose exactamente el número de sus miembros. Se le podría llamar el municipio judío. Se le instituyó en 1908 a raíz de las averiguaciones del entonces jefe de policía, según las cuales se reclutó, de entre la población judía, compuesta de unas 600,000 almas, más de la mitad del número total de criminales. Con este "kahal" se entienden las autoridades del Estado en todos los casos que toca al elemento judío. Su poder es amplísimo, su alcance ilimitado

En nuestro país la creencia es general de que Tammany Hall (el Ayuntamiento) domina la vida política de todo Nueva York. En cambio, el que los judíos sean los verdaderos amos de Tammany Hall, es lo que generalmente se ignora.

La posesión del poder no motiva reproches, sino que todo depende de la aplicación justa o del irritante abuso que de él se haga. De no abusarse, la posesión del poder constituye hasta un síntoma loable. Si los judíos que viven en Nueva York se convirtieran en americanos en lugar de esforzarse constantemente en falsificar el americanismo; si ayudaran a fortificar los principios y buenas tradiciones del país, en lugar de alterar los primeros y eliminar las segundas, nuestro juicio acerca de los judíos entonces habría de ser favorable.

Para hacer constar el grado de influencia judía, no debemos reducirnos al ghetto ni a los barrios comerciales, sino que ha de saberse que existen campos más amplios y más elevados para manifestarse.

En Wall Street, donde está situada la Bolsa de Nueva York, el elemento judío es numeroso y predominante, tal como puede y debe esperarse de una raza, que desde los tiempos más remotos desempeñó siempre un papel importantísimo en todos los asuntos financieros del mundo. No es que con ello se diga que en la vida financiera americana predomine en *absoluto* el elemento judío. Hubo una época en que nos amenazó tal predominio, pero los financieros americanos vigilaron a los financieros internacionales, anulando con éxito sus planes. De vez en cuando pareció como si la victoria en esta lucha se inclinara hacia el lado judío; pero los intervalos de calma mostraron siempre que la finanza americana, aunque retrocediendo, había mantenido sus puestos. Así los Rothschild, como portaestandartes de la preponderancia financiera internacional, se vieron derrotados en suelo americano. Sin embargo, el recuerdo de su mano oculta en la Ha-

cienda, la política y diplomacia americana resulta aún sumamente amplia. Pero sus sutilezas, de nada les valieron contra la solidez del espíritu comercial yanqui, que no debe confundirse con el de hoy tan dudosamente famoso *business,* en el que participan millares de judíos procedentes de todas partes del mundo, girando como americanos genuinos, aunque muchas veces ni siquiera dominen nuestro idioma, sino que debe tenerse como presente el espíritu comercial yanqui tal como éste se presenta en forma de una *combinación de actividad y escrupulosidad realmente americanas.* Si hoy, en efecto, se averió un poco el buen renombre de este espíritu comercial americano, es únicamente porque bajo el escudo del nombre yanqui se manifestó ampliamente otro espíritu completamente distinto. (Otra mixtificación exactamente igual puede observarse, también con la seriedad y formalidad alemanas. — *El Trad.*).

En el terreno financiero neoyorquino se destaca claramente la finanza judía con sus casas de banca particulares, que en oposición a los grandes trusts y bancos de depósito trabajan con su propio capital y el de sus consocios y amigos. El comercio financiero se diferencia radicalmente del no judío en que los banqueros judíos son preferentemente prestamistas. Verdad es que admiten también las emisiones de compañías ferroviarias, de empresas industriales, del gobierno y de municipios; pero sólo con objeto de volverlas a vender inmediatamente. Todo tiende a lo más rápido en compraventa. El público compra esos títulos, y el banquero judío se reintegra de su dinero. Es raro que el judío tenga un interés permanente en las empresas productivas, que apoya con dinero. Los banqueros no judíos, en cambio, suelen sentirse obligados a quedar en contacto con la empresa por ellos capitalizada para asegurar a los compradores y tenedores de los respectivos títulos una administración ordenada de sus

fondos, reconociéndose como responsables de la buena marcha y prosperidad de las inversiones de su clientela.

El banquero judío pretende en primer lugar la constante fluctuación de su capital, teniendo así constantemente dinero disponible, condición imprescindible para el gran prestamista. Al presentarse luego las épocas inevitables de tensión financiera, sacará tanto más provecho de la ventaja en tales tiempos, de poseer grandes cantidades disponibles.

La casa de banca judía indiscutiblemente predominante en Wall Street es la de Kuhn, Loeb y Cª, jefe principal de esta importantísima casa fué el difunto Jacobo Schiff, siendo consocios su hijo Mortimer, Otto H. Kahn, Paul M. Warburg y otros, que participan predominantemente en la vida pública y en las grandes empresas financieras de nuestro país. Otras casas de banca particulares judías son las de Speyer y Cª, J. y W. Seligmann y Cª, Lazard Hermanos, Ladenburg, Thalmann y Cª, Hallgarren y Cª, Knaudt, Nachod y Kühne, Goldmann, Sachs y Cª, y muchas otras de menos importancia. Estas casas gozan de intachable fama por su limpio proceder. Son banqueros prudentes, hábiles en sus empresas, y a veces brillantes en la preparación y realización de sus planes.

El poder financiero ejercido por los judíos desde Wall Street, ejerce una influencia preponderante sobre la industria, ocupando en muchos mercados metalúrgicos una posición monopolizadora. Grandes y florecientes agencias de estos bancos judíos se encuentran en todas partes. Cuanto más se sigue avanzando en dirección hacia empresas puramente especulativas, tanto más se va acusando el elemento judío, especialmente en empresas societarias y en el negocio de valores petroleros y mineros.

Un detalle llama la atención y es éste el de que entre los presidentes de los grandes bancos de depósito de Wall Street

no existe ni un solo judío. De todos estos enormes institutos bancarios y de los gigantescos trusts, cuyo capital propio asciende a veces a 400 millones de dólares, y que en conjunto representan millares de millones de dólares, no hay ninguno que tenga un solo director o empleado judíos.

¿Por qué será esto? ¿Por qué los magnates financieros de Wall Street se rodearon tan cuidadosamente de no-judíos? ¿Por qué se levantó esta marcada divisoria entre los miembros de la raza judía y la no-judía en el terreno de la finanza, donde se manejan y administran los bienes populares? La contestación puede hallarse en la circunspección de los grandes prohombres financieros. Sólo de vez en cuando se encontrará un director judío en bancos de poca importancia.

También podría ser que este hecho se explicara por un mero sentir instintivo del gran público. No importa que la razón sea fundada o infundada; pero es innegable que el público no gusta confiar su dinero a institutos bancarios con jefatura judía. En determinados barrios neoyorquinos existen, sin embargo, algunos bancos de depósito de menor cuantía bajo dirección de judíos, pero consta que hasta los mismos judíos depositan sus fondos preferentemente en bancos sin dirección judía. Quizá contribuya a esto la triste experiencia que el público haya hecho anteriormente con bancos judíos. Varias famosas quiebras le han hecho desconfiar de tales institutos. Aun no se ha olvidado la bancarrota de J. G. Robin (a) Rabinovich, oriundo de Odesa (Rusia), que fundó en corto espacio de tiempo aquí cuatro bancos de depósito que quebraron. Esta quiebra llamó poderosamente la atención, causando la ruina de muchísimas personas. El caso Rabinovich predicó con insistencia la particular habilidad y tenacidad del judío ruso en basar grandes empresas sobre puro engaño, así como su falta de conciencia y su poca conciencia al fracasar. La carrera de este banquero concluyó en la celda de un presidio.

No es, pues, de extrañar que el público sienta cierta confianza al ver que los hombres a quienes está confiada la difícil tarea de invertir y administrar convenientemente los fondos financieros del pueblo americano, se hayan rodeado de una firme y sólida valla compuesta de elementos no-judíos.

Un capítulo muy interesante de la historia de la economía nacional americana sería la relación de los tenaces intentos de los judíos para apoderarse del predominio en la Bolsa. Aunque el avance hacia esa finalidad parezca muy lento aún, existen indicios, sin embargo, que hacen suponer que la conocida tenacidad imperturbable judía vencerá al fin y al cabo, en el supuesto de que la especulación bolsista siga también alocada con el estímulo de alcanzar riquezas.

En el caso de que los judíos ganaran influencia decisiva sóbre la Bolsa, obtendrían también con ello el poder necesario para quitar el negocio bancario depositario público de manos ded los no-judíos. Como en el mundo banquero de Wall Street, así en la Bolsa de fondos existe, gracias a una ley no escrita, una resistencia pasiva e intensa contra el predominio del elemento judío.

Con una base originaria insignificantísima se fundó la Bolsa de Nueva York por el año 1817 casi en la misma forma en que aun hoy existe. Representa una sociedad particular, una especie de círculo de comisionistas, sin poseer las prerrogativas de una corporación pública. El número de sus miembros queda limitado a 1,100. Quien no pertenezca a ella, puede obtener un puesto sólo por dos caminos: por el albacea de un miembro fallecido, o por compra de un miembro, que se retire, o que haya quebrado. Tal puesto cuesta hoy día 100 mil dólares. La Junta administrativa se compone de cuarenta miembros, y durante muchos años no perteneció a ella ningún judío.

Los obstáculos que se oponen a una invasión en masa de

los judíos, consisten: 1º, en una concordancia mutua y callada de resistencia pasiva de los miembros no-judíos, cuyo sentimiento data desde la fundación de la Bolsa; 2º, limitaciones de cierta índole, que se contienen en el Estatuto con referencia a la admisión de nuevos miembros.

Pero una de las cualidades más características de la raza judía estriba en su tenacidad. Lo que esta generación no haya conseguido, lo conseguirá quizá la siguiente. Hoy vencida, no quiere decir que lo sea también mañana. Sus vencedores se mueren; pero el judaísmo prosigue impertérrito su camino. No olvida ni perdona jamás, nunca se desviará de su único camino hacia el predominio mundial, en la forma que sea. Aunque parezca bajo las condiciones actuales imposible que el número de los miembros judíos de la Bolsa aumente, lo cierto es que aumenta, lenta, pero seguramente, pero también el precio de los puestos. Sin embargo, pretendientes judíos son los que ofrecen pagar las cuotas más elevadas. Puede ocurrir que cierto miembro deba dimitir por quiebra. El síndico de los acreedores deberá naturalmente realizar también lo más ventajosamente posible el puesto bolsista del deudor. Aquí será también siempre el judío quien ofrezca la mayor puja. Queda otro medio, aunque fuera de índole menos limpia, y consiste en la adopción de apellido distinto en el bautizo. El apodo juega un papel muy importante en la política de escondrijos. En anuncios, frente a los escaparates, al pie de artículos periodísticos, etc., sirven admirablemente apellidos como Smith, Adams, Robin, para burlar la desconfianza. Nuestros escenarios están inundados de actores y actrices judíos; pero los apellidos que ostentan son genuinamente anglosajones, y hasta aristocráticos. Muchos no-judíos quedarían pasmados fijándose detenidamente al ver con cuantísimo judío se relacionan, cuyos nombres y apellidos no acusan absolutamente nada de judío. Tambié

este sistema les valió a los judíos algunos puestos en la Bolsa neoyorquina. En 1872 se contaron entre 1,009 miembros, 60 judíos; actualmente son éstos 276, a pesar de que las condiciones de admisión son ahora tan rigurosas como antes. Según esto, el predominio judío en la Bolsa neoyorquina, de seguir progresando su infiltración en igual proporción como hasta ahora, es sólo cuestión de tiempo.

Por otro lado el número de los especuladores judíos en la Bolsa de Nueva York supera en muchísimo el de los no-judíos. Especulación y jugadas de Bolsa constan históricamente y de siempre como características de la raza judía. Mientras que muchos judíos prefieren efectivamente empresas no judías para sus negocios puramente bancarios, se entrega la aplastante mayoría de ellos a sus propios jefes judíos para asuntos especulativos. En Europa, donde su poderío financiero ya está más firmemente arraigado, y lo es de tradición, apenas les falta una sola de sus especulaciones. Ocurre que se encuentren en compromisos especulativos; pero es muy raro el caso que para ellos mismos signifique pérdidas efectivas.

Abandonemos Wall Street con sus casas de banca y agencias, y volvamos a la Bolsa de fondos y acciones de la Broad Street, donde observaremos un floreciente comercio bursátil en valores aceiteros, mineros y títulos, junto al otro. Tan numerosos son, que hasta imprimen un sello a todo el barrio, como si ésta fuera una ciudad completamente distinta. Verdad es que muchos de estos comercios giran bajo firmas no-judías; pero sólo porque el judío sabe que en asuntos de dinero se le mira con recelo.

Más adelante, en callejones oscuros y en despachos semiocultos, se encuentran numerosos individuos de raza judía que hacen sus negocios con toda clase de títulos no admitidos en la Bolsa. Estos son las *sanguijuelas* del barrio de Wall

Street, los verdaderos merodeadores. Se ocupan del más fraudulento tráfico de fondos y esto con un celo y una energía que no se deja desanimar por nada en el mundo. Su objeto es sólo hacer dinero sin trabajo, sin esfuerzo y en este teje maneje desarrollan una habilidad pasmosa. Mentira parece cuántos de ellos llegan a hacerse opulentos; pero más incomprensible es todavía el sin fin de personas no-judías confiadas, inexpertas e ignorantes, que no acaban nunca, y que desde todas partes de América remiten sus buenos fondos a cambio de tales papeles absolutamente desvalorados en que estos judíos trafican. Es un negocio brutal y sin compasión, puesto que ni siquiera hace falta tener astucia. Las *sanguijuelas* sólo trabajan por correo o teléfono, editando "informes de Bolsa", con los cuales, y so pretexto de dar desinteresadamente consejos peritos a los que desean invertir sus fondos o ahorros, buscan y encuentran la manera de vender lo más caro posible los dudosos títulos que poseen. Los informes de Bolsa son naturalmente inofensivos para el iniciado; pero fatales para millares y millares de personas cándidas y faltas de juicio.

Perseguidos por detectives, constantemente observados por la policía secreta del gobierno, estigmatizados en los periódicos, condenados por los Juzgados y metidos en presidio, resulta, sin embargo, indestructible esta masa de estafadores judíos. Otra clase de persona sentiría tales condenas como infamia durante toda su vida; el judío, en cambio, las soporta como un ligero incidente, deshaciéndose de ellas como un perro se pueda sacudir las pulgas. Pero aun hay lugares mucho más oscuros, donde se manifiesta el robo más burdo en toda su desnudez. Las gentes que allí se encuentran, son los "consortes" de peor calaña de los especuladores. Las fechorías criminales de Wall Street, larga y espantosa serie, y todas con un tinte marcado de raza y de pandilla, han llama-

do muchas veces la atención del mundo entero; pero como suele ocurrir casi siempre en la reproducción de tales casos por la Prensa, los puntos capitales, únicos que podrían servir para explicar toda la complejidad del asunto, quedan suprimidos.

La citada resistencia pasiva y callada del mundo financiero americano contra su esclavización por los semitas, es quizá la única forma no-judía de solidad en América. Tal resistencia repugna el carácter americano; pero le ha sido preciso adoptarla a la fuerza por la ofensividad contraria del proceder judío. En esta lucha silenciosa, la comunidad judía no superó a su adversario no-judío, la batalla está indecisa. Cuando la multitud comprenda lo que en verdad se juega, la lucha pueda quizá terminarse para siempre.

La lucha predicada bajo el lema de "progreso y libertad" por elementos enemigos del orden contra el capital se dirige en realidad sólo contra el capital no-judío. Los financieros a quienes se ataca en público, son siempre no-judíos. Lo mismo ocurre en América, que en Inglaterra, que en todas partes. El lector de periódicos sabe cuán enormes esfuerzos se hacen para derrumbar a las compañías ferroviarias y mineras por medio de inacabables huelgas. En cambio, lo que no sabe es que los tales ferrocarriles y minas no se hallan aún en manos judías, ni que las huelgas, excitadas siempre por elementos bolcheviques, son un ardid israelita al objeto de destrozar la propiedad no-judía y acaparar fácilmente esta presa para el insaciable capital de los judíos.

IV

LA CURVA ASCENDENTE DEL PODERIO FINANCIERO JUDIO

La alta finanza judía entró en contacto con los intereses norteamericanos por mediación de los Rothschild. Puede decirse que Estados Unidos ha servido de fundamento para la gigantesca fortuna de la casa Rothschild, y esto, tantas veces como ocurre en las riquezas judías, *por medio de la guerra.* Los primeros veinte millones de thálers, que los Rothschild tuvieron disponibles para sus expeculaciones, fueron el precio por las tropas del Ducado de Hesse, que hubieron de luchar contra las Colonias norteamericanas de Inglaterra.

Desde ese primer contacto mediano entre los Rothschild y los asuntos americanos, aquéllos ganaron en ocasiones ulteriores, si bien siempre por mediación de agentes, influencia sobre la Hacienda de nuestro país. Ninguno de los hijos del viejo Rothschild se estableció aquí, sino que *Amschel* quedó en Francfort, *Salomón* fué a Viena, *Nathan Mayer* a Londres, *Charles* a Nápoles, y *James* a París. En su tiempo ellos fueron los verdaderos "Jefes de Estado" europeos, siendo proseguidas sus dinastías por los respectivos descendientes hasta nuestros días.

El primer agente judío de los Rothschild en Estados Unidos fué Augusto Belmont, que inmigró en 1827, siendo presidente del Comité nacional democrático al estallar la guerra civil. La familia de Belmont se había convertido al cristianismo, existiendo hoy en Nueva York una capilla conmemorativa de los Belmont.

El poderío de los Rothschild, a causa de unírseles otras muchas familias de banqueros, ganó tanto en importancia, que en total ya no se le puede caracterizar con el apellido de una sola familia, sino que hay que comprenderlo como la hegemonía de una raza compacta. En este sentido se suele hablar de una potencia financiera internacional judía.

Pero ya cayó el misterioso velo que antes envolvía el nombre de Rothschild. El lenguaje popular, denomina muy justamente la administración financiera militar con el remoquete de "dinero de sangre". Muchos negocios, con los que ciertos potentados financieros se erigieron en verdaderos déspotas de los pueblos, han quedado al descubierto. Pero el método original de Rothschild, o sea el de entrelazar entre sí las casas de banca judías de todos los países, se mantuvo firme por estimarlo extraordinariamente conveniente. Las íntimas relaciones existentes entre casas neoyorquinas con sus similares en Francfort, Dresde y Hamburgo, con las de Londres y París se advierten con la firma de la sociedad, proclamando una unidad internacional.

A esta clase de negocios financieros internacionales dedican especialmente su actividad los judíos y merecen su preferencia por "carecer en absoluto de ilusiones nacionales y patrióticas", según cierto autor. *Para el hacendista internacional el alza y baja de paz y guerra no significa sino cierta fluctuación en el mercado mundial financiero.*

Sabido es que la pasada guerra mundial fué aplazada varias veces a instancias de financieros internacionales. De estallar prematuramente habrían podido quizá salvarse aquellos pueblos, a los que, sin embargo, se quería comprometer en ella. Los magnates financieros internacionales tuvieron que calmar reiteradamente el entusiasmo bélico que su propia propaganda había desencadenado. Puede ser verdad que Rothschild haya escrito en 1911 una carta al Kaiser conde-

nando la guerra, porque en 1911 aun no era el tiempo. Lo cierto es que en 1914 no escribió otra carta en el mismo sentido.

No cabe duda alguna que existen relaciones íntimas entre la alta finanza internacional judía por un lado y las complicaciones guerreras y las revolucionarias por otro. En los asuntos del pasado ya se conocen claramente estas coligaciones; también en los actuales existen. La Liga de las Naciones antinapoleónica p. e. fué obra judía, teniendo su cuartel general en Holanda. Al invadir Napoleón este país, se trasladó a Francfort s/ Main. Es notable conocer cuantísimo magnate financiero judío procede precisamente de esta capital. Los Rothschild, los Schiff, los Speyer, entre otros son de la famosa ciudad alemana.

Estas relaciones internacionales, empero, no tienden sólo al predominio en el mercado puramente financiero, sino que se apoderan también de ciertas ramas industriales ligadas estrechamente a las transacciones financieras. Lo corriente es que una vez alcanzado el predominio, se eliminen brutalmente los demás interesados. La *Enciclopedia judía* escribe a este respecto: "Raramente se han ligado intereses financieros judíos con intereses industriales, excepción hecha de la industria de metales y piedras preciosas. Así, los Rothschild son los amos del mercado en mercurio; los hermanos Barnato y los Werner, Beit y Cía., en diamantes; los hermanos Lewisohn y los hijos de Guggenheim, del cobre y hasta cierto punto de la plata." Debería añadirse aún el "control" que el judío ejerce internacionalmente sobre el *aguardiente,* la *telegrafía sin hilos,* los *teatros,* la *Prensa europea* y gran parte de la *americana,* entre otros aspectos mercantiles.

La *Enciclopedia judía* prosigue diciendo: "En cambio ha existido efectivamente un predominio judío, caracterizado en el terreno de *Deudas de Estado,* a favor de las *íntimas*

relaciones internacionales entre las diferentes familias judías de mayor importancia".

Frente a las estúpidas negaciones de la Prensa judía hay que hacer constar que eminencias judías no niegan las tendencias judías por un predominio financiero internacional, pero dicen que dicha tendencia ya no es tan intensa como antiguamente. "En estos últimos años (dice la *Enciclopedia judía*) financieros no-judíos también han aprendido nuestros métodos cosmopolitas, y en conjunto el control en manos judías aminoró más bien que acrecentarse."

En cuanto a los Estados Unidos, es cierto que la posición de muchas casas judías en Wall Street ha sido más fuerte antes de la guerra que ahora. La guerra creó condiciones que proyectan nueva luz sobre el internacionalismo financiero judío. Durante la neutralidad americana en la pasada guerra mundial pudo muy bien observarse la extensión de las relaciones extranjeras de ciertos personajes, e igualmente el grado a que se llegó anteponiendo negocios financieros internacionales a las más fundamentales obligaciones nacionales. La guerra colocó necesariamente la totalidad del capital no-judío en un bando, frente a determinados grupos capitalistas judíos, que apostaron por ambos bandos. El consejo del viejo Rothschild diciendo: "No pongas todos tus huevos en un sólo canasto" sólo se comprende al aplicarlo al proceder judío en asuntos nacionales e internacionales. La finanza judía equipara absolutamente partidos y enemistades políticas, apostando por todos, por cuyo motivo no pierde nunca. Por esta misma razón la finanza judía no pierde tampoco nunca en una guerra. Puesto que se halla interesada siempre en ambos bandos, no se equivoca nunca en el bando victorioso, y sus condiciones de paz se formulan de suerte que los desembolsos de sus compatriotas interesados en el bando vencido quedan siempre cubiertos. Este y ningún

otro fué también el motivo y objeto por el cual los judíos de todo el planeta concurrieron en masa a la Conferencia de la paz en París.

Muchas de las casas de banca de Wall Street fueron antiguamente sucursales de casas alemanas y austríacas ya existentes, cuyas casas internacionales se ayudaron mutuamente con sus capitales, manteniendo también relaciones estrechísimas. Algunas de ellas hasta estuvieron unidas por lazos de familia de sus asociados. Pero el lazo más fuerte fué siempre el de la raza. La mayoría de estas casas bancarias soportó rudos golpes durante la guerra, por haber jugado sus relaciones europeas en el bando falso. Esto se considera sólo como un desliz pasajero, y los financieros judíos estarán bien pronto preparados para reanudar la lucha por la hegemonía financiera absoluta en Estados Unidos. Su éxito lo decidirá el porvenir. Es muy raro que todos los esfuerzos judíos por su predominio mundial anden por mal camino. Siempre, en el momento justo en que piensan colocar la piedra final en su arco de triunfo, ocurre cualquier desgracia, y toda la obra se hunde estrepitosamente. Esto ha ocurrido tantas veces en la Historia judía, que los judíos mismos lo saben perfectamente y han ideado buscar una explicación al fenómeno. En muchos casos traen a colación el famoso "antisemitismo". También en nuestros días, en los que el magno incendio de la guerra iluminó tantas cosas, que normalmente se escondían en las tinieblas, se tilda el general despertar de los pueblos de antisemitista, explicándolo por el hecho de que después de cada guerra se suele echar toda la culpa al pobre e inocente judío.

¿No se impone aquí imperiosamente la pregunta de por qué?

El sonsonete del "antisemitismo" no es suficiente para explicar del todo el malograr de las potencias financieras ju-

días en su intento de predominio absoluto en un país como Estados Unidos de América. Ese antisemitismo ficticio no alcanza a aquellos que, fuertemente atrincherados, se hallan detrás de la valla de su capitalismo. La resistencia callada de la alta finanza no-judía en Wall Street por ejemplo, y aquella de la Bolsa de Fondos en Nueva York, no son "antisemitas". Esta resistencia no impide a los judíos que hagan sus negocios, sino que sólo hace frente al programa abierto de un predominio aboluto, que no tiende al bien universal, sino exclusivamente al egoísmo de determinada raza.

Aun pocos años ha, la casa bancaria Kuhn, Loeb y Cía., según la opinión pública, tenía esperanzas de ocupar en breve el primer puesto entre los bancos de emisión neoyorquinos. Muchas razones apoyaban esta opinión, y entre ellas el hecho de que dicha casa bancaria finanzó a Mr. Harriman en su lucha contra Mr. J. Hill en el asunto de los ferrocarriles. Pero a pesar de ello, dicha esperanza se esfumó, ocurriendo directamente el proceder financiero de aquella casa, la expusieron, sin embargo, y en asuntos no financieros, a la luz de una publicidad no deseada.

Con la razón social Kuhn, Loeb y Cía. alcanzó, por así decirlo, la potencialidad financiera judía en Estados Unidos su nivel más alto. Jefe principal de la casa fué el difunto Jacobo Schiff, oriundo de Francfort s/ Main, donde su padre había sido uno de los corredores de la casa Rothschild. Otro socio de la casa fué Otto Kahn, oriundo de Mannheim, y ligado ya desde antiguo con los Speyer, igualmente oriundos de Francfort, mientras que otro tercer consocio, Félix Warburg, se casó con una hija de Jacobo Schiff.

Mayor esplendor que el de esta razón social no lo alcanzó la alta finanza judía en ninguna parte. Sin embargo, se hizo notar últimamente cierto movimiento de flanco, que quizá acerque la ambición judía a su fin. Acorralados en

Wall Street, han concentrado algunos financieros judíos sobre otros centros americanos, y esta influencia ulterior en asuntos americanos promete acrecentarse. El primero de estos movimientos de flanco se dirige contra las Américas central y del Sur. El apoyo financiero y los buenos consejos, que últimamente recibió Méjico durante la extrema tirantez de sus relaciones con Estados Unidos, procedieron de fuente judía norteamericana. El intento, en cambio, de ganar influencias en el Japón, no parece haber prosperado tanto. Sabido es que Jacobo Schiff ayudó financieramente al Japón en su guerra contra Rusia. Esto se explicó perfectamente: por ser un negocio espléndido, y, además, una ocasión propicia para vengarse de Rusia por su supuesto mal trato de los judíos. Al mismo tiempo aprovechó Schiff la ocasión de inocular a los prisioneros rusos en los campamentos japoneses las ideas subversivas, que más tarde cristalizaron en el bolchevismo ruso. El objeto primordial, sin embargo, parece haber sido el de enlazar al naciente Imperio del Japón en la cadena de las conquistas judías por la fuerza de su dinero. Ya había arraigado el poder financiero judío en el Japón; pero parece que en este sentido las esperanzas de Schiff no se cumplieron del todo. Indudablemente los japoneses entienden mucho más del "peligro judío" que los americanos. Además esa raza es extremadamente desconfiada y trató todo este asunto meramente desde el punto de vista comercial, lo cual dicen que disgustó sumamente a Jacobo Schiff. Esto es de suma importancia en la actualidad frente a la propaganda que constantemente tiende a producir rozamientos entre los Estados Unidos y el Japón.

El último objetivo parece ser América del Sur. El judaísmo se sirve, para alcanzar la hegemonía mundial, de dos medios: el manejo de dineros y el empleo de personas. No hay Gobierno, ni Iglesia, ni otra organización en el mundo

entero, que pudiera trasplantar a 250,000, o medio millón, o hasta un millón entero de personas de una parte del mundo a la otra, tal como un general traslada sus ejércitos. El judaísmo, en cambio, puede hacerlo, y lo hace en efecto ahora. Todo es cuestión de fletamentos. Desde Polonia, donde la omnipotente conferencia de la paz creó prerrogativas especiales para los judíos, tanto que éstos deberían tener motivos fundados para quedarse allí, se va preparando un inmenso traslado hacia el Oeste. Parte de esas masas es dirigida hacia la América del Sur. Otra parte de los ya emigrados a Estados Unidos embarcará igualmente con rumbo al continente Sur, después de cierta época preparatoria en nuestro país.

El segundo medio para alcanzar la hegemonía mundial consiste en el empleo del oro y su influencia. Si queremos explicar cuál pueda ser el objeto real de ello, consta que una enorme fluctuación de personas judías y de dinero judío se desarrolla actualmente en dirección a América del Sur. Junto a esto se puede observar aún gran importación de materiales que, a deducir de los "Protocolos" sionistas, sólo puede encaminarse hacia un fin claramente determinado.

El próximo intento de asaltar el poder total del continente americano procederá quizá del Sur, donde el período judío hoy día es mucho más fuerte de lo que su reducido número hace suponer, pues sus manejos revolucionarios se hacen notar ya en los frecuentes incidentes entre los diferentes Estados.

Por lo pronto tenemos que fijar nuestra atención sobre Nueva York y su centro financiero, donde ya indicábamos el subido nivel del poderío financiero judío. Otra señal de la influencia judía sobre la Hacienda americana resulta menos lisonjera para aquella raza, y es la de que no pudiendo elevarse más su influencia financiera, bajará por canales profundos y mucho más irregulares que ninguna otra actuación financiera.

Sería un capítulo extraordinario el relato de las artimañas de los Robin, Lamar, Arnstein y demás banda que contribuyó eficazmente a la larga serie criminal que tuvo por escenarios oscuros rincones de Wall Street. El punto culminante en todas esas historias sería que esta clase de criminalismo resulta genuinamente judío. No se puede afirmar que tal proceder encontrara el asentimiento de la comunidad judía en general; pero sí es verdad que aquéllos y sus portavoces han permanecido siempre callados frente a este criminalismo financiero, cuando debieron haber hecho oír a sus compatriotas la más viva reprobación. Todo fiscal conoce perfectamente el obcecado celo de los judíos en defender cualquier miembro de su raza, sin miramiento de la gravedad o clase de su delito. Verdad es que, en investigaciones hechas hace pocos años, y que dieron por resultado que cierto vicio explotado mercantilmente se descubrió como monopolio exclusivo judío, tomaron parte activa también algunos judíos probos. Pero esto no obstó para que a la publicación de los hechos en la Prensa se opusiera la más acérrima resistencia.

Recientemente sorprendióse el país ante la noticia de que valores y títulos del empréstito de la Libertad por valor de 12 millones de dólares se habían perdido por robos organizados en banda en Wall Street. Las pesquisas dieron por resultado que los títulos comerciados entre la Bolsa y los Bancos fueron transportados confiadamente por muchachos (los *messenger boys*) que frecuentemente llevaban hasta valores de 250,000 dólares de una caja a otra, y cuyo tráfico se desarrolló en el barrio localmente estrecho de Wall Street. En verano de 1918 fueron reclutados estos *messenger boys* para servicios de guerra y hubo necesidad de colocar a otros empleados adultos. Inmediatamente se notaron indicios alarmantes. Uno tras otro desaparecieron los emisarios sin que

nadie volviera a tener noticias suyas. Se emplearon toda clase de precauciones. Los emisarios tuvieron que salir sólo por parejas, bajo puestos de obervación con los detectives más hábiles; pero los emisarios seguían desapareciendo tan misteriosamente como antes. Así prosiguieron las cosas hasta la primavera de 1920, ascendiendo las sumas desaparecidas hasta entonces a 12 millones de dólares. Por fin pudo realizarse algunas detenciones, de cuyos sumarios resultó la existencia de una *banda minuciosamente organizdda de ladrones judíos*, qúe se componía de un cierto número de *judíos acaudalados* en unión de *criminales judíos profesionales*. Este Estado Mayor se sirvió de jóvenes judíos, *en su mayoría recién inmigrados de Rusia*, que bajo apellidos inofensivos anglo-sajones solicitaron los puestos de mandaderos en Wall Street, para luego desaparecer con los valores que se les confiara, y que los jefes "plateaban" en otras poblaciones, es decir, convertían en dinero.

Por un emisario no-judío, cuya miseria se había aprovechado para complicarle en el asunto, se descubrió el crimen, aunque sus cómplices le habían amenazado de muerte. Cierto número ingresó en la cárcel, pero los jefes de la banda se sustrajeron al castigo huyendo, protegidos por potentes y misteriosas influencias. La posición de la Prensa y población judías frente a estos criminales es de simpatía y admiración. Y ¿por qué no? Víctimas de todos estos robos fueron sólo los "goyim", los no-judíos, y la víctima principal el capitalismo no-judío. El "kahal" neoyorquino echó tierra al asunto y guardó silencio absoluto. Dada en cambio la estrechísima coherencia de todos los elementos judíos en la capital, hubiera podido aclararlo un intento mancomunado de investigación, como igualmente otras muchas cosas. Consta pues, de todos modos, que el instinto de raza protege manifiestamente a todo miembro de la raza perseguido por la Ley, por mucho que éste haya merecido su castigo.

V

BARUCH, EL "DISRAELI AMERICANO" Y "PROCONSUL DE JUDA EN AMERICA"

Posible es que la guerra haya interrumpido temporalmente la intimidad de las relaciones entre los banqueros judíos de Wall Street y sus amigos europeos; pero sin que por ello se hayan aumentado considerablemente las riquezas judías en los Estados Unidos. Según fuente judía, un 73 % de los nuevos millonarios de guerra en Nueva York son judíos. La colectividad judía salió de la guerra mucho más potente de lo que nunca lo fuera antes, siendo innegable su ascensión en el mundo entero.

Judío es el presidente de la Liga de las Naciones, sionista es el presidente del Consejo Superior. El presidente de Francia (en 1920) era igualmente un judío. Otro judío presidió el comité de averiguación de la culpabilidad de la guerra, bajo cuya presidencia ocurrió la desaparición de documentos sumamente importantes.

En Francia, Inglaterra y Alemania aumentaron enormemente tanto su poderío financiero como la influencia de su propaganda revolucionaria.

Un hecho muy significativo es el de que sobre aquellos países, que con razón se pueden tildar de antisemitas, pesa la mano de Judá más duramente que en parte alguna. Cuanto más se acentúa la resistencia contra esta opresión, tanto más se despliega el despotimo judío. La Alemania de hoy es antisemita, pero a pesar de todos los esfuerzos del pueblo alemán para librarse del predominio visible de los judíos, éstos,

inalcanzables para la voluntad popular, arraigaron más firmemente que nunca. Francia se vuelve cada vez más antisemita: pero frente al crecimiento de esta oleada aparece un presidente de la República judío. Rusia es antisemita hasta la médula; pero es tiranizada por los judíos. Y en el momento en que, según nos afirman los jefes judíos, una oleada antisemita (así se denomina el despertar de los pueblos) inunda los pueblos del orbe, es precisamente un judío quien se apodera de la presidencia de la Sociedad de las Naciones, cuya Liga, de participar en ella los Estados Unidos de América, significaría el super-gobierno mundial. Nadie sabe por qué ese judío fué hecho presidente. Ni sus facultades, ni la voluntad del sentir general le destinaron para tal cargo pero, *¡lo es!*

En nuestro país acabamos de sufrir cuatro años de un despotismo judío casi tan absolutista como el soviético en Rusia. Por inverosímil que esto parezca, aun queda a la zaga de los hechos documentalmente comprobados. Estos hechos no provienen del "se dice", ni son la expresión de un juicio parcial, sino resultado de una investigación de las autoridades legales, y están archivados para siempre en las Actas gubernamentales de los Estados Unidos de América.

En aquella época demostraron los judíos que aun sin ayuda de Wall Street gobiernan absolutamente al pueblo americano. Pero el hombre que aportó tal prueba pertenece a la alta finanza de Wall Street. Se ha dado en llamarle el "Procónsul de Judá en América", mientras que asimismo dicen que se titula el "Disraeli americano". Ante una comisión extraordinaria del Congreso declaró dicho individuo: "*Que durante la guerra tuvo probablemente más poderes que ningún otro político de América, de esto no quepa dudas*". Con estas palabras no exageró nada; poseyó mayor poderío que nadie —aunque sus poderes no fueran siempre muy le-

gales ni constitucionales — según él mismo admitía. Sus poderes alcanzaron a la familia, al negocio, fábricas, bancas, ferrocarriles, comprendiendo hasta ejércitos enteros, y Gobiernos. Gozó un poder ilimitado e irresponsable, y el poder de este hombre y de sus cómplices obligó a que le acataran los ricos no-judíos, facilitándole así una omnisciencia y con ello un sin fin de ventajas que no se pagan con miles de millones.

Apenas uno de entre cada 50,000 americanos había, antes de 1917, oído siquiera hablar de él, y es probable que hoy serán muchos más los que sepan más detalles de su existencia y de su proceder. De la tiniebla nunca iluminada por hazañas en pro de la sociedad, emergió de repente este personaje para apoderarse del poder absoluto sobre un gran pueblo en estado de guerra. El Gobierno constitucional a su lado tenía poco que hacer, aparte de autorizar pagos y de ejecutar sus órdenes. Es verdad que dijo que cualquiera, por encima de su persona, se podía dirigir directamente al Presidente Wilson; pero nadie, conocedor de los asuntos a fondo, lo intentó siquiera.

¿Quién es este personaje de una carrera tan oculta y rápida y tan ejemplar para la disposición del judío a empuñar el cetro en el preciso momento que cree oportuno?

He aquí su nombre: *Bernardo M. Baruch.*

Hijo de un médico, había nacido en 1870, cursando en la Universidad de Nueva York, que abandona a la edad de 19 años. Invirtió "muchos años en estudios económicos", sin que de él se supiesen más detalles. A la edad de 26 años entra como consocio en la razón social Housman y Cía., que abandona en 1902 después de haber conseguido un puesto en la Bolsa de Fondos de Nueva York. De su práctica comercial nos dice él mismo: "No hice negocio alguno, sino para mí. Estudié las instituciones de ciertas producciones y fabrica-

ciones, *y a las personas que intervenían en aquéllas.*" Comerció con títulos y empresas. Estas las compraba, no para desarrollarlas, sino para volverlas a vender en ocasión propicia, y no era así (igual como *Hugo-Stinnes* en Alemania — *el trad.*) ni industrial, ni comerciante, sino el *prototipo del negociante capitalista.* Negociaba en fábricas de tabaco, en fundiciones, en caucho y en acero. "Estuvo interesado en trusts." Su interés principal se concentró en el negocio del *cobre,* en el que "tropezó" con las dos casas monopolizadoras judías de este ramo, los *Guggenheim* y los *Lewisohn.* El valor significativo de estas combinaciones se llegará a comprender fácilmente.

Ya en su juventud fué rico y opulento, sin que se sepa que heredara gran cosa. Si la guerra le hizo aún más rico, no se puede afirmar con certeza. Amigos suyos y consocios más cercanos han saneado sus fortunas junto a él.

A preguntas acerca de sus negocios concretos y primordiales antes de la guerra, contestó con evasivas diciendo que tenía la intención de retirarse poco a poco de los negocios. ¿Por qué? ¿Para irse preparando otro mayor? Su intento de retirarse "fué interrumpido por mi nombramiento de miembro de la Junta de asesores consejeros ("Advisory Commission"), sin que antes hubiera tenido una idea de tal probabilidad, ni que me hubiese ofrecido para tal cargo". Resulta, pues, que se le descubrió. ¿Cuándo? Y ¿quién le descubrió? ¿Cómo se explica que fuera precisamente un judío el único hombre que estuviera disponible para cargo de tan plenísimos poderes?

Esta Junta de consejeros se creó en 1915, cuando el país aun consideraba su neutralidad como la única solución posible. Un intento público, el más leve indicio de envolver a Estados Unidos en la guerra europea, hubiese barrido en aquel entonces a los portavoces o jefes judíos.

En aquella época de *completa voluntad popular de mantener* la paz en América, se constituyó la Junta de Consejeros —*para ir preparando la guerra!*— y esto bajo la presidencia de aquel mismo Wilson que en 1916 debió su reelección a la mentira de querer mantener a América alejada de la guerra.

Las respuestas dadas por Baruch a las preguntas que se le han hecho con referencia a sus relaciones personales con el presidente Wilson son evasivas, y dijo no recordar cuando por última vez antes de su nombramiento para la Junta de Consejeros haya conferenciado con el Presidente. Esto es raro: una conferencia con el primer dignatario de la República no puede borrarse tan fácilmente de la memoria, a no ser que tales conferencias no tuvieran para él nada de extraordinario, es decir, que se *celebrasen a menudo.* "Claro es que se debió pensar en la *movilización* de las industrias nacionales, porque los soldados no combaten tan sólo con sus brazos, sino que les hacen falta *también armas. Estaba convencido de que la guerra sobrevendría mucho antes de que aconteciera.*"

!Esto fué en 1915! En aquel entonces, cuando el pueblo americano asistía a la gran guerra como mero *espectador*, queriendo *permanecer siempre* en tal postura, fué el *judío Baruch* quien estaba ya *convencido* de la participación americana en la guerra (*¡acaecida dos años más tarde!*), dedicándose a *¡prepararla!* Y el Gobierno de Wilson, que se había obligado a mantener el país apartado de la guerra, conferenció ya con ese mismo judío Baruch, que hasta *tuvo que ir creando la atmósfera necesaria para la guerra.* Quien hoy día vaya recordando los acontecimientos del año de 1915, completando ese cuadro con las pinceladas de lo que en aquel entonces ignoró, es decir, las actuaciones de Baruch, tendrá que confesar que en aquella época *desconocía por completo*

lo más importante de los acontecimientos de actualidad, y esto a pesar de haber leído diariamente y con toda atención los periódicos.

En 1915 Baruch sabía "que seríamos envueltos en la guerra".

Una vez cegado por tal convencimiento "hizo un largo "viaje". "Durante este viaje sentí —dice— que algo se debería hacer para la movilización de las industrias, y concebí el plan tal como éste se realizó una vez que hube ascendido a presidente de la Junta de Consejeros." Este plan lo explanó a Wilson, que le escuchó atentamente aprobándole. Wilson hizo lo que Baruch le indicaba y Baruch extendió su mano omnímoda sobre la totalidad de la producción americana. Y lo consiguió. Lo consiguió de manera tan o más completa que el mismo Lenín en Rusia, porque en Estados Unidos el pueblo americano no vió de todo ello sino el elemento patriótico, sin darse cuenta de que quien disponía de sus destinos era el Gobierno judío, al que tuvo que obedecer.

Se constituyó además el "Comité de Defensa Nacional" ¡en 1915! No como una corporación constitucional americana, sino como una creación arbitraria con un judío a la cabeza y con otros judíos en los principales puestos. A este comité pertenecieron seis Secretarios de Estado, siéndole subordinada una junta facultativa de siete miembros, de los que tres eran judíos, y Baruch uno de ellos. Esta junta a su vez tenía bajo sus órdenes centenares de empleados y muchísimas juntas especiales. Una de éstas fué la "Junta industrial *de guerra*", de la que al principio Baruch fué miembro y luego señor absoluto. Esta "Junta industrial de guerra" andando el tiempo fué perdiendo importancia en la vida americana y en todas sus ramificaciones. Bernardo M. Baruch fué el rey "entre bastidores" (1).

---

(1) **Toda la estructura de estas organizaciones de guerra crea-**

¿Por qué fué precisamente un judío quien se apoderara de tan absoluto predominio sobre un pueblo de cien millones, ejerciéndolo despóticamente?

Todas las organizaciones creadas por los judíos acusaban un *carácter duramente autocrático* pero so capa de *democracia*. Todo judío colocado a la cabeza de una organización militar administrativa, grande o pequeña, tuvo de esta suerte la mejor ocasión para "ejercitarse" en el desempeño de un mando ilimitado.

¿En qué consistió el poderío de la "Junta industrial de guerra"? A la pregunta del diputado Jefferis: "¿Usted decidió, pues, lo que cada persona debiera percibir?", Baruch contestó: "*Así es, en efecto. Yo asumí la responsabilidad y fuí quien decidió luego en definitiva lo que el ejército y la armada debían percibir, lo que se les había de dar a los ferrocarriles, o a los Aliados, o si se entregaban locomotoras al general Allenby en Palestina, o se las utilizaba en Rusia o en Francia.*"

Todo este enorme poderío se reunió en las manos de *un solo* hombre. "¿Es decir, que todos los hilos del poder se cruzaron en sus manos de usted?", preguntó Jefferis. "Sí, contestó Baruch, tenía durante la guerra probablemente más poderes que ningún otro político. Esto es cierto." "La decisión definitiva finalmente venía a mí."

La afirmación vulgar de las arbitrariedades personales del presidente Wilson por menospreciar el gobierno efectivo judío, que le aconsejó constantemente y en todos los detalles, carece de fundamento. Quien le llame autócrata, es ciego ante la plenitud de poderes extraordinarios con que revistió siempre al seudo-Gobierno judío durante la guerra. Wilson

---

das en América por el judío Baruch lleva tan visiblemente el sello característico de las creadas anteriormente en Alemania por el judío Rathenau, que se hace muy difícil no sospechar en todo ello la presencia de un plan uniforme del judaísmo internacional. — *El trad.*

ni se preocupaba de la Constitución, ni del Congreso, eliminando al Senado y hasta los miembros de su Gabinete. Pero no es cierto que no haya admitido consejo *alguno*. Ni durante la guerra ni en las conferencias de la Paz procedió por su propia cuenta. La idea de complicar a América en la guerra no fué suya, como tampoco la del modo de llevar la guerra, ni la de formular la paz. Tras de él, encima de él, estuvo Baruch; éste le acompañó a París, no abandonando sino juntos el "George Wáshington", ni el suelo europeo, hasta que *todo se había cumplido* en la forma que Baruch y sus amigos, que constantemente rodearon a Wilson, hubieron querido. El único periodista que durante la guerra siempre y en todo momento tenía acceso cerca del Presidente, sirviéndole, por así decirlo, de heraldo, fué el *judío David Lawrence.*

(Los judíos americanos se agrupaban en el partido democrático, mientras se podía conseguir algo de Wilson, abandonándolo, sin embargo, después con la vivacidad con que las ratas suelen abandonar un barco que se hunde para volver precipitadamente a ser republicanos. Antes de las últimas elecciones este partido desplegó una propaganda activísima en pro de severas averiguaciones con respecto a los gastos de guerra. Después, todo cayó en silencio, no siendo en balde que los judíos se hubieran afiliado al partido republicano.)

Sólo hay un concepto que designa plenamente la amplitud de poderes del judío Baruch: *dictadura.* El mismo pronunció esta palabra diciendo que esta forma de gobierno fué también en tiempos de paz la mejor para América, aunque su implantación se hiciese más fácilmente en tiempos de guerra, a causa del patriotismo general reinante.

Treinta mil millones de dólares costó a Estados Unidos su participación en la guerra mundial, de los cuales diez mil fueron prestados a los aliados. La inversión de estas fabulosas sumas dependió exclusivamente del libre albedrío de

Baruch. Este judío fué quien decidió: 1º sobre el empleo de ilimitados capitales de la vida económica; 2º sobre *todos* los materiales; 3º sobre la industria *entera* y sus limitaciones, paros, ampliaciones, nuevas fundaciones; 4º sobre el empleo de la fuerza humana, y su destino al servicio de guerra directo o indirecto; y 5º sobre el modo de trabajar de los obreros, señalando precios y jornales.

La organización del empleo de los *capitales* incumbió nominalmente a la "Junta de inversión de capitales", a cuya cabeza figuró el *judío Eugenio Meyer,* hijo. ¡Otro de esos talentos hasta entonces desconocidos, que al ser "descubierto" fué colocado en un puerto importantísimo! Todo el que durante la guerra necesitara capital para cualquier empresa, hubo de descubrir en absoluto su tarjeta ante los judíos Meyer y Baruch. Esta organización reunida en manos de *pocos judíos* representó el mejor sistema imaginable de espionaje que nunca existiera en la vida comercial. Una suma de 8 millones de dólares, que el Municipio de Nueva York necesitó para fines escolares, fué denegada, mientras que un empresario judío recibió fácilmente las cantidades necesarias para la construcción de un teatro monumental. A los nojudíos se les negaron los medios para empresas productivas, que poco después se concedían a judíos para fines idénticos.

Fué un poderío siniestro, que nunca debió ser confiado a *un solo hombre,* pero mucho menos a una banda de judíos. Y sin embargo, ¿cómo pudo ocurrir que en todos los puestos donde todo dependía de buen tacto y de discreción, siempre se hallara un judío, y éste en todo caso investido de la autoridad de un mando limitado? Cuanto más penetra uno en este problema, tanto más misterioso se le aparece.

En cuanto al empleo de los *materiales* (materias primas, objetos a medio hacer y productos hechos) poseía Baruch de muchos de ellos su experiencia práctica personal. El modo

de aplicar estos conocimientos a las ramas industriales en que participara Baruch personalmente durante la guerra no se aclaró nunca del todo. Donde él mismo no fuera perito, se valía de consejeros. Figuraban entre ellos *J. Rosenwald* para las necesidades de la vida, incluso el ramo de vestidos, siendo su lugarteniente *Eisenmann*. Este tenía a su cargo la adquisición de los uniformes, designando las calidades de los géneros a emplear, y fijando los precios a los fabricantes, en su mayoría judíos. La decisión sobre el empleo de cobre estuvo en manos de un empleado de la casa monopolizadora de los *Guggenheim*, obteniendo, desde luego, esta casa los suministros más importantes de cobre para las necesidades de la guerra. Sin la aprobación de la "Junta industrial de guerra", es decir sin el consentimiento de Baruch, no pudo nadie durante la guerra ni construir una casa de mayor valor de 2.500 dólares, ni comprar un barril de cemento, ni recibir la más insignificante cantidad de cinc.

Baruch hizo constar que aproximadamente 35 ramas industriales se hallaban bajo su control, y que éste abarcaba quizá todas las materias primas del mundo. "Yo decidí en definitiva. Por mi cargo, pertenecí a todas las Juntas, siendo mi tarea la de inspeccionarlas todas y quedar en contacto con ellas." El fué quien decidió dónde se embarcaría el carbón, a quién se podía vender acero, en dónde se fundaría o se suspenderían respectivamente las industrias. Junto con el control sobre el movimiento de los capitales reunía Baruch en sus manos también el de las materias primas en su totalidad. Este control fué envuelto en el misterioso concepto de "prioridades", que según propio testimonio de Baruch constituyeron "el máximo poder durante la guerra".

Pero ni con esto queda explicado del todo el poderío absoluto ejercido por Baruch. El corazón de la industria es y sigue siendo *el hombre.* Y también éste lo dominó Baruch. El

sueño maligno de un trust ejercido sobre vidas humanas fué por primera vez realizado por este *único* individuo, que afirmaba luego sin rubor: "Nosotros fijábamos la prioridad también para la energía humana" Este "nosotros" en el lenguaje de Baruch significa siempre o bien "yo", o "nosotros los judíos"

El fué quien designó al Ministerio de la Guerra la clase de hombres que podrían alistarse en el ejército. "Nosotros ordenábamos que las industrias de menor importancia parasen, y que su personal disponible entrase en filas." El mando supremo, pues, de vida o muerte de industrias enteras y de centenares de miles de obreros americanos lo ejercía este único hombre, *¡un judío!*

El fué quien estipulaba los precios y los jornales, precios de todo lo que hace falta para el vivir diario, precios de algodón, lana y demás materias primas indispensables para 350 industrias, los precios unitarios.

En suma, un 73 % de los nuevos millonarios de guerra, sólo en la ciudad de Nueva York, son (según fuente judía) ¡judíos!

Siempre se impone la pregunta: ¿Cómo es posible que fuera precisamente ese Baruch el que llegara a tanto poder? ¿Quién se lo otorgó? ¿De quién o de qué fué instrumento? Ni su pasado, ni los hechos conocidos hasta hoy, explican ni justifican su nombramiento. Menos mal si hubiera sido *uno* de entre otros varios peritos que bajo la inspección de los poderes constitucionales hubiesen transformado el país y su economía nacional. Pero queda sin explicar, de todos modos, que él fuera el *único* personaje que se convirtiera en centro de gravitación de todo nuestro gobierno de guerra, y quien supeditara todo el Gobierno legal a sus dictados.

El fué quien acompañó al presidente Wilson a París, permaneciendo allí hasta el 28 de junio de 1919 como "peri-

to comercial agregado a la Misión de Paz". A la pregunta que le dirigió el diputado Graham: "¿Es que usted conferenció allí a menudo con el presidente?" formuló Baruch la contestación: "Cuantas veces el presidente me pidió consejo, se lo dí. También hube de intervenir en el asunto de las condiciones de reparación. Fuí miembro oficial del llamado Departamento Económico, como igualmente del Consejo Superior de materias primas." — Graham: "¿Celebró usted sesiones con aquellos personajes que estipularon las condiciones de paz?" — "Sí, a veces." — Graham: "¿En todas las comisiones con excepción del Consejo de los Cinco?" (la instancia suprema). — Baruch: *"Muchas veces hasta en éste."*

El programa mundial judío fué el único presentado en París, que se aprobara sin modificación alguna. El pueblo francés, que con extrañeza suma observó que miles de judíos concurrían a las sesiones desde todas partes del mundo, figurando como consejeros electos de los jefes de Gobierno y Estados, han dado en llamar la Conferencia de la paz la "conferencia koscher". Especialmente en la delegación americana prevaleció tantísimo el elemento judío, que llamó escandalosamente la atención. El historiador inglés *Dillon* en su libro titulado *La historia interna de la Conferencia de la paz,* escribe: "Aunque extrañe a muchos lectores, queda firme el hecho de que *un número importante de miembros de la Conferencia creyeron firmemente que las influencias efectivas detrás de los pueblos anglo-sajones eran las semitas."* Nos explica más adelante que los "derechos de las minorías" propugnados por Wilson se aplicaban prácticamente sólo a las minorías judías. Estos derechos como prerrogativas judías lesionaban grave y profundamente los sagrados derechos innatos de los pueblos y Estados, que atañían y estaban formulados por los judíos reunidos en París (según Dillon) "para realizar su programa detalladamente elaborado, lo que con-

siguieron en absoluto". Los representantes de los Estados complicados en estas "combinaciones" dijeron: "De aquí en adelante será dominado el mundo por los anglo-sajones, y éstos, a su vez, por sus elementos judíos respectivos." Todos estos hechos demuestran una concordia sorprendente con los fines que, según los "Protocolos de los Sabios de Sión", los judíos se habían propuesto y sobre cuyas teorías hemos hablado detenidamente en la primera parte de la presente obra.

Algo más sobre el capítulo "cobre". Según propia declaración de Baruch, "se interesaban" por negocios en cobre. Los Guggenheim y los Lewisohn son los "reyes del cobre" en el mundo. Antes de estallar la guerra Baruch "visitó" a estos señores. En el transcurso de la guerra se repartieron entre sí este negocio. Se eliminó la competencia, porque Baruch como representante del Gobierno se lo rogó. Los Lewisohn (el vicepresidente de su trust se llamaba *Wolfson*) se encargaron del mercado americano, y los Guggenheim del de ultramar. Sólo el Gobierno de Estados Unidos compró en el transcurso de la guerra más de 600 millones de libras de cobre. Dicho Gobierno, es decir Baruch, trató en cuanto a cobre exclusivamente con la sociedad Lewisohn. Las sociedades cobreras de menor importancia para poder vender sus productos tuvieron que dirigirse a sus más fuertes competidores, los Lewisohn, y esto por orden del Gobierno representado por el judío Eugenio Meyer, quien, a su vez, representaba al judío Baruch. También Eugenio Meyer estaba grandemente "interesado" en negocios de cobre. En las sesiones celebradas por los productores de cobre en Nueva York tomaron parte: *Rosenstamm, Vogelstein, J. Loeb, Wolfson, Drucker* y *Eugenio Meyer,* mientras que los representantes del Ejército y Marina no fueron admitidos. El representante común de los Lewisohn y Guggenheim en el Gobierno de Wáshington, fué un tal *Mosehauer.*

El comité "del Gobierno" nombrado por Baruch para mediar oficialmente entre el Gobierno y los productores de cobre (es decir entre él y los Guggenheim-Lewisohn), se componía de tres personas, y esas tres personas eran: ¡dependientes de la casa Guggenheim! "Es cierto, esos grandes productores de cobre estuvieron en el Comité, yo los elegí por ser hombres muy notables." Y así explicó Baruch esta rara coincidencia. El monopolio judío en el mercado de cobre en ambos lados del Atlántico resultó, pues, completo y "redondeado".

Como se murmurara sobre este obscuro asunto, algo truculento tuvo que hacerse. Los Lewisohn declararon que (¡ojo, lector!) le venderían toda la cantidad deseada de cobre al Gobierno a precio estipulado. "Para llegar a un precio determinado, nos basábamos en el precio medio de los últimos años. Este resultó ser de 16 ¾ cénts. americanos la libra, mientras que en la época de esas conferencias el cobre se cotizaba al precio de 32 cénts. la libra." De suerte, pues, que, al parecer, el Gobierno recibió el cobre a mitad de precio. Así por lo menos se le manifestó a voz en grito al público, y éste quedó "encantado". Baruch explicó el asunto de la siguiente forma: "La oferta demostró claramente que nos orientaba el deseo de rehusar todo lucro particular, en tanto se trataba de las necesidades del Gobierno. Pagadnos lo que queráis: éste fué el punto de vista del productor." El Gobierno recibió todo el cobre que deseaba, y a precio sin compromiso.

Pero se siguió conferenciando acerca del precio que por el cobre tuvieran que abonar las empresas particulares, cuyo precio se estipuló en 27 cénts. Como Baruch (¡atención otra vez, lector!) había decretado el sistema de *precios únicos* como ley suprema para toda clase de mercancías, e independientemente de que particulares o el Gobierno fueran los

clientes, *tuvo el Gobierno que pagar ¡igualmente 27 cénts.!* Esta pequeña variación, sin embargo, pasó en silencio para el gran público...

Al terminar la guerra quedóse el Gobierno americano con una existencia de 16 ½ millones de libras de cobre. La casa Lewinsohn coronó su generosidad *readquiriendo* del Gobierno dicha cantidad de cobre, vendida anteriormente a 27 cénts., al precio de... ¡15 *cénts. la libra!*

Baruch sólo presenta un ejemplo típico de la mezcolanza íntima del judaísmo con el mecanismo administrativo militar de nuestro país. Si los judíos hubiesen sido los solos aptos para administrar todos los puestos de importancia... ¡pase! Pero si no era así, ¿cómo fué posible que ellos precisamente se apoderaran de todo el aparato de inspección de manera tan exclusiva y sistemática? Este hecho consta sin embargo históricamente. ¿Cómo puede explicarse?

VI

EL PREDOMINIO JUDIO EN EL TEATRO NORTEAMERICANO

El teatro ha sido siempre un medio principalísimo para influenciar el gusto en general, y la opinión pública; es el aliado incansable para propagar las ideas, día tras día, que unos caudillos ocultos entre bastidores deseen inculcar a las masas populares. No es una casualidad que en Rusia los bolcheviques patrocinen los teatros orientados en su sentido, sabiendo que sus efectos para ir formando y moldeando la "opinión pública" resultan tan fuertes y hondos como los de la Prensa.

Que el teatro está completamente bajo la oligárquica influencia judía es sabido de todo el mundo. Nadie ignora que el espíritu nacional huyó del teatro, influyendo hoy, en este ambiente, la atmósfera orientalista.

No sólo el escenario propiamente dicho, sino que el cinematógrafo norteamericano (cuya industria es la quinta mundial en extensión e importancia) están completamente judaizados. Consecuencia lógica de ello es que el país entero se va ya sublevando contra los efectos denigrantes y desmoralizadores que irradian estos "templos del arte". Todo cuanto el judío acaudille económicamente, sea el negocio del alcohol, o el del teatro, se convertirá inmediatamente en un problema moral, o mejor dicho inmoral.

Días tras días sacrifican millones de personas su tiempo y su dinero en el teatro, mientras que millones y millones concurren a los cines. Quiere esto decir que cada día millo-

nes de personas se dejan influenciar por la interpretación que el judío quiera dar a los conceptos de vivir, querer y trabajar, sufriendo así los efectos de la propaganda apenas disimulada de los judíos en pro de su plan oculto: para el escultor judío de la opinión pública resulta un procedimiento ideal. La única preocupación del judío estriba en que su renombre público pueda quizá estorbarle en su lucrativo negocio.

El teatro no tan sólo en su dirección es judío, sí que también en cuanto al contenido literario y a su presentación. Cada vez aparecen más obras cuyos autores, tramoyistas y actores son judíos. No son obras de arte, ni se mantienen largo tiempo en las tablas. Es muy natural, porque los intereses teatrales judíos no esperan conseguir éxitos artísticos, ni perfeccionar el arte escénico nacional, ni crear un elenco valioso de actores y artistas. Sus intereses son de índole financiera y de raza, y su objeto sacar a los no-judíos el dinero del bolsillo, judaizándoles moralmente por añadidura. Artículos grandilocuentes en la Prensa nos facilitan un cálculo exacto para apreciar hasta qué límite estos esfuerzos fueron coronados por el éxito.

Hasta el año 1885 el teatro americano se encontraba aún en manos no-judías. Entonces ocurrió la primera intromisión judía. Con el cambio de propietarios, empezó la decadencia del teatro como institución artística y moral, aumentando progresivamente con el crecimiento de la influencia judía en la vida teatral. El resultado de esta influencia fué que lo bueno se eliminó intencionada y cuidadosamente del teatro americano, y lo inferior, en cambio, fué colocado en lugar preferente.

La edad de oro del teatro americano pasó. Los grandes actores murieron, sin hallar dignos sucesores. El espíritu elevado y noble de antaño ya no place. "Shakespeare nos mata-

ba el negocio'', dijo cierto director judío de teatro, habló otro de la ridícula misión ''moralizadora'' del teatro, y con estas insinuaciones irónicas se quiere denigrar y extinguir la antigua tendencia elevadora de nuestro Teatro. Estas dos sentencias deberían grabarse como epitafio sobre la tumba del arte teatral que fué.

La suficiente altura espiritual para apreciar la función moderna del arte teatral la poseen hasta los jóvenes de trece a diez y ocho años. Se quiere entretener al ''hombre de negocios cansado'', y con frase tan huera se justifica la ausencia absoluta de espiritualidad. Todo este ''arte'' se apoya en la mentalidad de los sin carácter, que fácilmente confían en los trucos del tramoyista. Si de vez en cuando se representa aún alguna obra sana y limpia, es por hacer concesión a una moribunda generación de aficionados al buen teatro. La generación actual gusta de otro manjar. ¿Tragedia? ¡Tontería! ¿Desarrollo de caracteres más profundos de lo que el criterio de un adolescente pueda comprender? ¡No se cotiza! La ópera cómica descendió al nivel de los efectos luminotécnicos y dislocaciones de miembros, y su música a un frenesí lascivo. Sensacional, estúpido y vulgar es el tema preferido. El adulterio se convierte en tema primordial. Exhibición de carne desnuda en grupo lujurioso, racimos de cuerpos femeninos cuya vestimenta apenas pesa cinco gramos: tal es el ''arte moderno'' para el empresario judío.

La sublevación de los apasionados por el arte verdadero contra esta profanación se manifiesta en poblaciones americanas por el florecimiento cada vez más creciente de los teatros de aficionados. El arte dramático expulsado de los escenarios públicos halla protección en miles y miles de asociaciones teatrales y literarias. Si las obras buenas no se ponen en escena, se leen. Los dramas modernistas de ''varietés'' no resistirían en modo alguno su lectura en voz alta, por carecer en absolu-

to de sentido común. Por eso se reúnen "capillas" de verdadero arte en pequeños círculos dramáticos esparcidos por todo el país, y cuyas sesiones se celebran en almacenes o iglesias, en escuelas o salas públicas.

Las modificaciones que el judío introdujo en nuestro teatro, y que todo aficionado juicioso puede comprobar fácilmente, se manifiestan en cuatro aspectos.

En primer lugar el judío dió preferencia al aparato mecánico, con lo cual se suprime la acción y talento humanos. El escenario, en lugar de cooperar a la obra artística, obtiene un significado realístico propio. El gran actor no necesita gran mecanismo escénico, mientras que los actorcetes que actúan en las obras judías quedarían esfumados sin el aparato tramoyístico. El escenario es realmente la obra. El judío sabe perfectamente que los buenos actores son cada vez más raros, pues la política teatral judía yugula sin compasión todo talento, entre otras razones por la importantísima de que cuestan demasiado dinero. El judío, por eso, prefiere invertir el dinero en maderas, telas, colores, géneros y demás farandulerías. Estas materias muertas no podrán ruborizarse de su idealismo insípido ni de su inícua traición al arte sagrado.

Así convirtió el judío en espectáculo indigno nuestro teatro, suprimiendo en él todo idealismo elevado. Quien hoy visite un teatro, se acordará más tarde del título de la obra, pero nunca de su contenido, ni de sus actores principales. Todo es retroceso y degeneración.

En segundo lugar el judío reclama para sí el mérito de haber introducido en nuestros escenarios el sensualismo oriental. Día tras día fué subiendo la ola verde en los teatros americanos, inundándolos por completo. Hoy día se encuentra en los "mejores" teatros inmundicia más descarada que antes en los cafés cantantes más bajos. En Nueva York, donde existe mayor número de directores judíos de teatros que nunca pu-

diera haber habido en Jerusalén, se viola el límite de lo osado. La reciente representación de la obra *Afrodita* parece significar el bien calculado ataque de frente contra la última trinchera de una antigua tradición moral, ofreciendo a la vista el más cínico desnudismo. Hombres vestidos con un corto delantal o piel de leopardo o de chivo, mujeres desnudas hasta las caderas, y lo demás apenas velado con gasa transparente, formaban escena climax al descubrirse una mujer completamente desnuda, de cuerpo pintado de mármol. El autor de esta obra era, naturalmente, judío. En cuanto a ideas en la obra, ni indicios. Las insinuaciones, en cambio, las situaciones escabrosas, la osadía de las escenas esas sí fueron fruto de largo y detenido estudio en el arte de la perversión humana. La venta libre de bebidas narcóticas está prohibida, la aplicación de insensibles venenos de la moralidad por esa escala de falsificadores no lo está.

Los cabarets y demás diversiones nocturnas representan un artículo de importación puramente judío. Ni los bulevares de París en "Montmartre" ofrecen, en cuanto a lubricidad, lo que Nueva York brinda. París, en cambio, posee aún, contrapeso al horror lascivo, la Comedia Francesa; Nueva York ni esto siquiera.

¿Cómo, en este mar de vilipendio y prostitución del arte, encontrarán los autores dramáticos serios la más mínima perspectiva de prosperar? ¿Dónde se les ofrecerá a los actores dignos del arte serio o bufo? Nuestro escenario de hoy se despliega sólo bajo la estrella de la pintoresca fauna de coristas y comparsas. Cuando alguna que otra vez se da acceso al Teatro a un dramaturgo importante, es sólo por unas representaciones. Los efectos luminosos, la brillantez de colores y el femenino al desnudo les ahuyentan, y sólo "vegetan" gracias a aquellos que aun no olvidaron del todo lo que el teatro debería ser y leen sus obras impresas.

Tercera consecuencia de la invasión judía en el teatro americano consisté en la aparición del sistema del "star", la "estrella", el "as", el "divo". Los últimos años nos han presentado infinidad de tales estrellas, que nunca salieron ni lucieron sino en enormes paredes de "reclamo" de los trusts teatrales, para hacer creer a las masas que esos farolillos brillan con destello diamantino en el cenit del cielo escénico "dramático". Las "estrellas" de ayer, que hoy no lo son, son sencillamente las favoritas de los actores judíos. o mercancía humana que. tomada de la masa, se colocó en "escaparate" para despertar la ilusión de una "novedad". En fin, mientras antiguamente actores y actrices llegaban a ser celebridades merced al favor del público, hoy se consigue exclusivamente por el "reclamo" del propietario del teatro. La "marca Nueva York", con que se suelen distinguir muchas nulidades artísticas, no significa sino la caída en gracia al respectivo empresario de que cada artista disfrute. Precisamente contra esta "marca Nueva York" se ha sublevado el país. El aumento de los teatros de aficionados en América central y del Oeste es la mejor prueba de ello.

En todos sus asuntos busca el judío el éxito más rápido posible, pero en su tarea de hundir el arte teatral no-judío no puede, al parecer, ir con la rapidez que desea. El educar y perfeccionar artistas cuesta tiempo: un buen "reclamo" equivale a lo mismo y es más rápido. Así como antiguamente el sacamuelas ahogaba los gritos de dolor de sus pacientes con los sonidos estrepitosos de su trompeta de latón, así el moderno empresario de teatro encubre la oquedad espiritual de sus "funciones" lanzando a la cabeza de los estupefactos espectadores sin fin de confetti, de encajes, de miembros desnudos, de oropel.

Estos tres aspectos del predominio judío en nuestros teatros se resumen en una razón común, la de convertirlo todo

en mercancía, sacar dinero de todo cuanto el judío emprenda. El centro de gravitación del teatro se trasladó del escenario a la taquilla. La sabiduría del trapero de dar al vulgo según el gusto de cada uno, impera también en los teatros desde que el judío penetró en sus recintos.

El año 1885 dos astutos judíos fundaron en Nueva York una Agencia teatral, ofreciéndose a aliviar a los directores de teatros de San Luis, Detroit, Omaha y otras ciudades, del penoso trabajo de contratar celebridades para la temporada próxima. Esta fué la base del Trust Teatral. La agencia figuró bajo la razón social de Klaw & Erlanger, uno de cuyos fundadores era un judío ex estudiante de abogado, que más tarde se convirtió en agente teatral, mientras que Erlanger, joven judío de pocas cualidades, poseía habilidad financiera. Ellos no habían inventado el sistema de la Agencia teatral, sino que lo copiaron de un tal Taylor, que había fundado una Bolsa teatral, donde se reunían actores y empresarios de todas partes para conocerse mutuamente y hacer contratos.

La actual forma de agencia teatral es la clave de la decadencia del teatro moderno americano. El antiguo sistema tenía la gran ventaja de un constante conocimiento personal entre el empresario y su compañía, ofreciendo al actor genial tiempo y ocasión para su desarrollo y madurez artísticas. En aquel entonces no existía sindicato alguno, y los empresarios podían hacer trabajar a sus compañías y primeros actores en los escenarios de los más diferentes propietarios de teatros, aprovechando ampliamente la temporada. Terminada ésta en la capital, marchaban juntos a provincias. Ambos, empresario y compañía, dependían mutuamente uno del otro y compartían hermanados los éxitos y las adversidades.

El sistema de agencias ha puesto fin a todo esto que bien pudo ser un sueño.

VII

EL PRIMER TRUST TEATRAL JUDIO

La importancia que en los escenarios alemanès tuvo antiguamente el drama *Natán el Sabio*, la representa en los países anglo-sajones el conocido *Ben-Hur*. Esta obra ha demostrado ser la pieza escénica más eficaz en favor del judaísmo, aunque esta no fuera la intención de su autor Lew Wallace.

Parece como que el arte y el destino se declaren al unísono contra las obras tendenciosas, pues de otra forma no se puede explicar el fracaso repetido de obras escénicas abiertamente filosemitas. Nunca como hoy se pudo observar tendencia más activa en obligar el teatro dominado por los judíos a servir de instrumento para la apoteosis del judaísmo. Pero todos estos intentos, con una sola excepción, fracasaron a pesar del más ruidoso "reclamo", de la más favorables críticas periodísticas y de la alta protección de algunos personajes oficiales. Incluso cierto número de judíos protestaron contra este intento de querer convertir el teatro en un lugar de propaganda para enaltecer sin razón a la antipática por demás raza judía.

El predominio judío en la vida teatral no ofrecería de por sí grandes motivos de queja. Cuando ciertos judíos ricos aisladamente o en grupos pudieron arrebatar tan rica fuente de ingresos de manos de sus anteriores dueños no-judíos, será quizá cuestión de mejores facultades comerciales, cosas del "negocio". Pero lo ***primordial del asunto estriba en saber por qué medios se obtuvo tal predominio y cómo y a qué fines se le utiliza.***

En primer lugar, es un hecho que los antiguos empresarios no-judíos murieron pobres, siendo su tarea principal la de favorecer el arte y sus intérpretes, y no la de obtener ganancias. Los empresarios, y realquiladores de locales, judíos, en cambio, suelen enriquecerse enormemente, dándole al teatro el carácter de empresa estrictamente comercial. Conste que los trusts teatrales ya existían cuando la forma "trust" en las industrias estaba aún en sus principios. En 1896 el Trust teatral tenía bajo su control 37 teatros en las diferentes capitales americanas. Los prohombres de este trust eran *Klaw* y *Erlanger, Nixon* y *Zimmermann, Haymann* y *Frohmann*: todos judíos, menos *Zimmermann*, cuya procedencia aun se ignora. (Obsérvese el *carácter alemán* de todos estos apellidos, para deducir la cada vez más creciente antipatía que todo lo "alemán" iba gozando en el mundo entero. — *El trad.*) A ellos se unieron más tarde *Rich, Harris* y *Brookes*, los tres *judíos*. Gracias a su control pudo el Trust garantizar a sus compañías de actores trabajo suficiente durante largas temporadas. Contra esta competencia, y en especial contra el sistema de alquiler de locales no pudieron sostenerse las compañías independientes. Aun su desaparición sirvió al objetivo judío de favorecer el desarrollo de la *industria peliculera*, que desde un principio se presentó como empresa puramente judía, no siendo necesario eliminar al elemento no-judío, porque éste nunca participó en aquélla. En los teatros aniquilados por el judío, y por ende vacíos, entraron los cines triunfalmente, y, como siempre, el hebreo "mató dos pájaros de un tiro".

Todo este desarrollo no pudo, sin embargo, verificarse sin que se le opusiera resistencia. Actores, críticos teatrales y un sector de opinión dilecto se sublevaron contra ello. El fin de esta lucha está a la vista de todos; desde principios del siglo corriente, el Trust teatral judío triunfa en toda la línea. Este trust judío convirtió el arte en mera cuestión de dinero,

funcionando con la exactitud mecánica de una empresa fabril bien dirigida. Este trust suprimió toda iniciativa artística, mató sin compasión toda competencia, eliminó sin descanso a empresarios y actores de valor, suprimió obras de reconocida importancia, favoreciendo en cambio la popularidad de eminencias dudosas, judíos en su mayoría. A los críticos de la Prensa intentó ganárselos. Obras dramáticas, los teatros y los actores fueron negociados como mercancía. Todo cuanto se rozara con el trust judío adquirió inmediatamente el espíritu mezquino y angosto que sólo el hebreo puede alentar.

¿Qué significa esto? El teatro es hoy día el lugar vitando de educación para más de la mitad de nuestro pueblo. Lo que el adolescente observa y escucha en el escenario, lo admite inconscientemente como elemento educativo del transcurso de su vida, adaptándose ceremonial, modo de hablar y hasta las modas de vestir, usos y costumbres de otros pueblos, y también sus conceptos de derecho y religión. Escenario y pantalla son las fuentes en que la masa popular bebe sus conocimientos acerca del modo de vivir y de pensar de las clases acomodadas. Cuanto de esta suerte y de intencionadamente falso y perverso va infiltrando el judío a la masa popular no puede ni de lejos apreciarse. Muchas veces extraña lo embrutecido y confuso de nuestra generación adolescente: en lo anteriormente esbozado hallamos la razón.

El eco de la lucha titánica sostenida por críticos honrados en la Prensa, contra el soborno brutal primero, y más tarde contra su aniquilación definitiva por el trust judío ha podido a veces escucharse en público. Lleno al principio de amabilidades contra empresarios, actores, autores y críticos, mostró el Trust su insolencia una vez alcanzado el poder. Los millones y el público en masa afluyendo a él: ¿de qué ni de quién tuvo que preocuparse? Cuando algún crítico se opuso a sus métodos, o señalaba el carácter vulgar, indecoroso e

inferior a lo ofrecido, se le excluyó de los teatros del Trust, y se "ordenó" a los propietarios del rotativo despedirle. En la mayoría de los casos la advertencia era escuchada, porque tras ella amenazaba la supresión de lucrativos anuncios teatrales. En estos últimos tiempos el Trust teatral judío llevaba todavía "listas negras" de periodistas "indeseables" para evitar su colocación en las editoriales o redacciones.

No ya las obras, sino el edificio es hoy lo primordial en los teatros. De entre la masa de literatos moderna apenas dos o tres autores sobresalen. Se construyen, en cambio, actualmente, sólo en Nueva York, una docena de nuevos palacios teatrales. Las butacas se alquilan por hora, al precio de 1 a 3 dólares. Don Dinero es el alma de todo. El escenario no sirve sino de cebo.

En octubre de 1920 el negocio teatral sufrió un rudo golpe, y hasta en Nueva York los teatros arrojaron ínfimas ganancias, como nunca. Más de 3.000 actores quedaron sin ocupación. En medio de esta crisis hicieron anunciar los especuladores teatrales *Schubert* — judíos de Siracusa, pero con un pomposo apellido ¡alemán! que de la condición de porteros y vendedores ambulantes se habían elevado al cargo de "Reyes del teatro" — que sólo en Nueva York edificarían seis nuevos teatros, y habían encargado ¡40 nuevos dramas! Tres de estas obras poseen cierto valor artístico que no preocupaba a los Schubert. El éxito artístico nada les importaba. Su cálculo se cifra en mandar "fabricar" nuevas obras, erigir teatros, que por su inversión de capital en los respectivos edificios y obras, les garantice la mayor renta. Una resistencia contra tal proceder pasa inadvertida. Sólo los círculos dramáticos y los teatros de aficionados esparcidos por Norteamérica, dan fe de un movimiento "antisemita" en este terreno.

VIII

EL ASPECTO JUDIO DEL PROBLEMA CINEMATOGRAFICO

Quien observe atentamente los acontecimientos de actualidad, notará que no desaparece el problema del espectáculo sicalíptico. Apenas hay nación en que no exista o esté en proyecto una ley sobre la censura de las películas. Estas leyes encuentran siempre tenaz oposición entre elementos moralmente inferiores, bebedores y tahures, mientras las apoya en todo caso aquella parte de la población despierta a la comprensión del peligro moral que este problema envuelve. Con la oposición, se oculta siempre la gran empresa peliculera de propiedad judía.

Este hecho reclama la más seria atención. Observando el asunto aisladamente, podría parecer, que a cierta parte del elemento judío se le acusa de grave inmoralidad consciente. En Estados Unidos, y en todos los países civilizados, existen dos corrientes en franca oposición una contra la otra; la que predomina en la industria peliculera, y la que, por así decirlo, se concentra en la opinión pública. Aquélla representa una idea oriental, "si no puedes avanzar tanto como quisieras. adelanta al menos tanto como puedas". Se inclina a todo lo carnal y a su exposición, sintiéndose placentera, según su innata disposición, en la excitación voluptuosa. Tal predisposición se diferencia fundamentalmente de la de los demás pueblos de raza blanca, y como la primera no lo ignora, se opone a toda censura cinematográfica. No se puede decir que los fabricantes judíos de películas favorezcan conscientemente y

a impulso de las cualidades innatas de raza todo lo abyecto. Pero sí comprendemos claramente que su gusto y carácter se distinguen fundamentalmente de los imperantes en los demás pueblos. Al introducirse una censura legal y efectiva no se dude que prevalecería la interpretación no judía. Y esto es lo que aquéllos quieren impedir. Muchos de esos fabricantes no se dan cuenta siquiera de lo procaz de sus temas: para ellos es la cosa más natural del mundo.

Quizá no exista espectáculo alguno, que se haya criticado tan unánimemente, como el cinematógrafo, porque en todas partes, y hasta en el seno de la familia, se nota claramente la influencia eficacísima de este arte. Claro que existen algunas buenas películas, y a este hecho nos afianzamos en la esperanza de que pudieran algún día servirnos de escala de socorro para sacarnos de este pozo negro en que está convertida la expresión más popular del espectáculo público.

Hombres y asociaciones conscientes de la responsabilidad moral han levantado su voz contra este peligro, pero todo ha sido en vano. Actualmente el pueblo americano se halla frente al peligro cinematográfico tan desamparado, como ante las demás formas del excesivo predominio judío. Antes que este sentir de la propia impotencia no se haya generalizado en los pueblos, no podrá nacer la magna y definitiva hazaña liberadora.

Hasta ahora la situación se presenta cada vez peor. Las películas se sobrepujan mutuamente en inmundicia sexual, y en exposición de crímenes más audaces cada vez. En su defensa se aduce que la industria peliculera es en Estados Unidos la cuarta o quinta en extensión e importancia, y que por ello no se la debe coaccionar. Se ha calculado que la película decente puede quizá rendir 100.000 dólares de ganancias, mientras que el "problema sexual" rendirá siempre unos 250 a 500.000 dólares.

El doctor Empringham publicó hace poco la siguiente noticia: "Recientemente participé en una conferencia de propietarios de cines en Nueva York. Entre ellos fuí el único cristiano. Los quinientos restantes eran judíos."

Resulta, pues, de poco sentido común vociferar contra el daño de los cines, cerrando conscientemente los ojos ante las energías propulsoras, que se manifiestan activamente en este problema. Hay que decidirse a cambiar de dirección y método en esta lucha. Antiguamente, cuando según la espiritualidad y conciencia del pueblo norteamericano íbase formando cierta unidad de raza aria, bastaba estigmatizar en público cualquier inmoralidad, para hacerla desaparecer. Estos males fueron, como quien dice, deslices, fruto de cierta negligencia moral. La represión en público fortalecía la conciencia moral, y como miembros que eran de nuestro propio pueblo, estos elementos podían mejorar y obligarse a proceder en adelante a una mejor conducta. Este método ya no tiene eficacia. La conciencia pública ha muerto. Los que fabrican inmundicias morales, no son accesibles a la voz de la conciencia. Ni creen que su producción sea inmundicia moral, ni que presten servicios inapreciables a los que viven de la perversión del género humano. No comprenden nuestra indignación, sino que la declaran enfermiza llamándola envidia y hasta ¡antisemitismo! La industria peliculera es en realidad una cloaca, y ¡es judía! Quien la combate, "persigue a los judíos". Si éstos de su propia intención eliminaran a los elementos indeseables, la indicación de "lo peculiar de la raza" caería de su propio peso.

La situación de la industria peliculera en los Estados Unidos, es la siguiente:

Nueve décimas partes de la fabricación de las películas están concentradas en manos de diez grandes consorcios productores que radican en Nueva York y Los Angeles. Cada

uno de éstos dispone de cierto número de consorcios secundarios repartidos en el mundo entero. Los consorcios dominan en absoluto el mercado mundial. El 85 por 100 de ellos está en manos judías, poseyendo una organización poderosamente centralizada. Esta reparte sus productos a millares de cines. La mayoría de los propietarios de éstos son judíos de grado inferior. Las fábricas peliculeras independientes, no poseyendo centralización, tienen que dirigirse al mercado libre.

Muchas personas se extrañan de que no exista demanda de películas buenas; pero es debido a que éstas no tienen la *posibilidad* de obtener acceso al público. Cierta conocidísima fábrica peliculera, que ofrecía películas realmente hermosas y de inmejorables asuntos dramátios y educativos, tuvo que liquidar, por resultarle imposible conseguir la proyección pública de sus obras. Si obtuvo cierto éxito pasajero y reducido al entregar sus productos a empresarios judíos, sucumbió por fin a la oposición oculta, pero omnipotente de este otro grupo, que manifiestamente *no quiere admitir* que penetre en esta industria lo decente y se haga culto de la pura satisfacción íntima del público en el teatro.

Tal como están hoy las cosas, se prefieren las pelíulas indecorosas, porque se confeccionan con mayor esmero, y se anuncian con propaganda más ruidosa. Las más perniciosas se aseguran de antemano su público por el truco de presentarse anunciadas como "problemas morales".

En todas partes existen amigos del arte, que gastan grandes sumas para educar y sensibilizar el gusto artístico, especialmente en lo tocante a buena música; pero nunca les resulta a cuenta. Es más productivo *depravar* el gusto artístico. Este "negocio" lo hacen personas y sociedades para quienes el concepto de "arte" siempre resulta desconocido. Y cuando se refieren descaradamente al mal gusto del público, afirman que el público no pide otra cosa que lo que ellos

presentan: tanto peor, y tanto más urgente se impone un remedio heroico. En idéntica forma podrían también los mercaderes de cocaína justificar su proceder por la demanda del público; pero a nadie se le ocurre considerar tal hecho como suficiente razón para admitir tan pernicioso tráfico. De este modo hay que juzgar también la aplicación del veneno espiritual invisible y el fango impalpable acumulados en muchas de las "proyecciones cinematográficas". Tanto riñe su demanda con los preceptos morales como la satisfacción de su vista es perversa.

Carl Laemmle, uno de los más importantes fabricantes de películas y jefe de la "Universal Film Company", declaró ante una Junta que había repartido entre los próximamente 22,000 propietarios de cines que le compraban sus películas, un cuestionario sobre los asuntos cinematográficos que desearían exhibir. El confiaba que el 95 por 100 pidieran asuntos decorosos, pero en realidad más de la mitad solicitaron asuntos "picantes", es decir, poco decentes. Laemmle, judío originario de Alemania, olvidó el hacer constar el tanto por ciento con que sus *"correligionarios judíos"* participaban en estas condiciones.

Doquiera y cuantas veces se intente poner un dique a la riada de vulgaridad que por medio de los cines se vierte diariamente sobre el pueblo americano, obsérvese que la oposición contra ello procede de los judíos. Cuando, por ejemplo, se trata de despertar el interés por dignificar el descanso dominical, los adversarios del movimiento, aunque éste no reclame leyes extraordinarias, son judíos que justifican su proceder por reclamar respeto para sus creencias religiosas. Cuando se cita el cinematógrafo ante el foro de la sana opinión pública, sus defensores son judíos. En la Junta arriba citada se llamaban los defensores, representando las compañías peliculeras ***Meyers, Ludwigh, Kolm, Freund*** y ***Rosenthal, judíos***

todos ellos. Se había citado a un *rabino* en condición de perito, el cual supo perfectamente expresarse narrando que "al principio los judíos habían hecho de figura cómica en las películas". "En su consecuencia, organizamos una sociedad, la "*Orden independiente B'nai B'rith*", la más importante existente hoy en el mundo entero. Esta organizó después la "*Liga antidifamatoria*" (Anti-Defamation League), y esta Liga, para la protección del buen nombre *judío* se unió a otras asociaciones *católico-romanas*, constituyendo las sociedades "*La Verdad*" y "*del Sagrado Nombre*", que invitaron a todos los fabricantes de películas a que no estigmatizaran el carácter y la religión judíos, ni los pusieran en ridículo. No tendríamos nada que decir contra la representación del carácter judío, pero sí tenemos contra su caricatura. Una vez que de esta forma dimos a conocer nuestro parecer a la industria peliculera, nombramos en cada población una Junta, que había de intervenir *cerca de las autoridades* para que prohibieran la proyección de toda película que pudiera ofender el carácter y los sentimientos judíos. La consecuencia fué que no se hizo necesaria la prohibición por el sencillo motivo de que los cines no admitían tales asuntos." (1)

Perfectamente. Pero, ¿por qué no encuentran eco las constantes protestas del *sector decente* del pueblo *americano?* Por la sencilla razón de que no proceden sino de ¡no judíos! Si los judíos dominan tan absolutamente la vida cinematográfica, como aquel rabino decía, ¿por qué no implantan en ella la decencia o por lo menos la adecentan?

---

(1) So pretexto de la "libertad" reclama el judaísmo para sí toda la crítica ilimitada, siempre rigurosa y disolvente, contra el sentir no-judío; miéntras que suprime con mentida astucia todo intento hasta de crítica objetiva de su propio ser. Esta contraposición efectiva hay que tenerla siempre presente para formarse juicio cabal del carácter y por ende del proceder táctico judíos. — *El trad.*

Un punto flaco en la declaración de ese rabino estriba en que afirmó que se encarnecía la religión judía. Sería de sumo interés saber cuándo, dónde, cómo y por quién se hiciera tal cosa. En realidad, esta afirmación se basa en una intención falaz y errónea. El judío conceptúa toda manifestación pública del sentir cristiano como un ataque violento contra su propia "religión". Cuando, por ejemplo, el Presidente de los Estados Unidos o un gobernador de cualquier Estado en el Día de Gracias emplea una fórmula genuinamente cristiana, o pronuncia el nombre de Jesús, protestan de ello los judíos, so pretexto de que es una *violación de sus sentimientos religiosos*. El tomo 20 de la Sociedad Histórica Americano-Judía contiene el siguiente telegrama fechado en Harrisburg (Pensilvania) el 10 noviembre 1880: "Tuvo lugar una modificación importante en el ceremonial del Día de Gracias. En el último párrafo de la proclamación se han modificado las palabras "*comunidad cristiana*" por "*comunidad de hombres libres*". La modificación se introdujo a *consecuencia de una instancia presentada por importantes personajes israelitas*. El gobernador, Hoyt, declaró que se empleaba la palabra cristiano" en el sentido de civilizado", pero no propiamente en sentido confesional. (1)

En la repetida Junta de Cinematografistas se leyó también el siguiente párrafo de una carta dirigida por un señor *Piere*, representante especial de la Compañía Cinematográfica Oliver Morosco, al gerente de la Cámara de Cinematografía, y que decía: "*Como usted y yo sabemos, se mandó retirar de los cinematógrafos de la Mutua películas como "La vida de Nuestro Señor", por creer que tal espectáculo podría lasti-*

---

(1) No debe olvidarse la importancia especialísima que adquiere el hecho arriba citado, de que la hermandad político-religiosa judía *B'nai B'rith* fundó otras sociedades pro-judías, es decir "anticristianas" en unión con "personas pertenecientes a la Iglesia católica romana". — *¡Sapienti sat!*. — *El trad.*

mar los sentimientos hebreos". La sensibilidad judía es por ende como la de un niño caprichoso y mimado. En realidad, la lucha no es por la preconizada violación de sentimientos religiosos judíos, sino por suprimir los *derechos sagrados no-judíos.* Los heraldos judíos para tergiversar la cuestión formulan así la pregunta: "¿cómo es que tres millones de judíos pueden constituir un peligro para un pueblo de 110 millones de no-judíos?" Y ¡cuánto testaferro no-judío viene repitiendo estúpidamente, con la gravedad del sabio, esta frase huera! En cambio, se podría formular la pregunta contraria: "¿qué significa, que a un pueblo de 110 millones de almas pertenecientes casi exclusivamente al cristianismo, se le prohiba admirar una obra cinematográfica representando "La vida de Nuestro Señor", sólo porque *podría* lastimar los sentimientos de unos pocos *descendientes de Judas?"* Pero en el caso presente no se trata realmente de una comparación de números, sino del hecho innegable de, así como los judíos tienen la mano en la palanca del gobierno cinematográfico, ordenando sin restricción alguna, en lo que el gran público tenga o no que ver, así ejercen igualmente una censura cruel sobre toda nuestra vida espiritual e intelectual.

Además es propiciatorio a la duda, si el judío en la industria peliculera sería capaz de hacer mejor de lo que lo hace. Al tener en cuenta la procedencia oscura de muchos de ellos, debe perderse en mayoría de los casos la fe en la posibilidad de una rehabilitación voluntaria. ¿Qué entiende el judío, por ejemplo, de la vida íntima y del carácter del aldeano? Este no ve sino montones de estiércol o la panza rellena de sus amos, los "agrarios", y se mofa de ellos. ¿Qué idea puede formarse el judío de "América" de no ser la de una enorme vaca lechera, que él puede y debe ordeñar a su gusto? Con la misma absoluta falta de comprensión se halla el judío frente a la vida íntima del genuino hogar del ame-

ricano. Le es absolutamente imposible comprender, lo que es y significa el hogar de la familia. Los autores judíos de películas pueden quizá haber echado una ojeada al interior de los hogares, pero nunca en el *espíritu* que en ellas vive y perdura. La reproducción de esa vida íntima no sólo es equivocada, sino que hasta ejerce influencia sumamente perniciosa sobre los espectadores, especialmente sobre los extranjeros, que creen observar en la pantalla una imagen real de la vida familiar americana. El mismo peligro existe para las grandes masas populares, desfigurándosele el modo de vivir de las "clases acomodadas". Si se quisiera comparar la vida real y efectiva de las clases burguesas con la idea fantástica que de ella se tiene en la imaginación popular, se comprendería fácilmente el peligro político y social, que los fabricantes peliculeros judíos, con sus imágenes erróneas reproducidas en miles y miles de cinematógrafos, suscitan para la Sociedad y el Estado. Falsedad, crimen y orgías son los argumentos dominantes para la mayoría de las películas de negocio.

La vida americana aparece ante el cerebro del oriental, pobre y sin estímulo. Le falta la sensualidad y la intriga. Sus mujeres no son heroínas constantemente de "problemas sexuales", sino que guardan sus valores íntimos por lealtad, fe y tranquilidad del espíritu. Es natural, que para el nómada oriental esto sea ridículo y fastidioso. En ello realmente radica la explicación del fracaso moral del problema cinematográfico, que no tiene nada de americano, ni de europeo, porque sus autores, según las condiciones innatas de su raza, son efectivamente incapaces de reproducir verídicamente nuestra vida en la multiplicidad de sus anhelos raciales, morales y de ideal psíquico.

No sirve de nada santiguarse lleno de indignación sobre nuestra vida cinematográfica actual. Esto lo hace cualquiera, y existe absoluta unanimidad de pareceres. Asociación de se-

ñoras, maestros de escuela, editores de periódicos, policía, jueces, sacerdotes, médicos y padres de familia: todos saben perfectamente lo que significa el *cine*. Parece, sin embargo, que ignoran lo más esencial, que consiste en que todas sus lamentaciones y protestas no servirán absolutamente de nada, mientras no hayan comprendido que tras del cine y sus problemas *se esconden personas de aptitudes morales completamente distintas de las nuestras*, y que se burlan de todas las protestas de los no-judíos.

El citado rabino no demostró claramente que los judíos en unión con ciertos cristianos imponen su omnímoda voluntad frente a los fabricantes de películas en cuanto la exponen. Pero, ¿qué han conseguido, en cambio, las protestas de Asociaciones de señoras, maestros de escuela, editores de periódicos, sacerdotes, médicos y la de los padres de la generación adolescente? ¡Nada en absoluto! Con idéntico éxito práctico podrán santiguarse durante toda su vida, sin conseguir nada, mientras no se decidan a atacar firme y valientemente el *problema fundamental de la raza*, comprendiendo que el *cine* es una institución pura y absolutamente judía. La cuestión ya no estriba en si el cine es moral o inmoral: eso ya se decidió; de lo que aquí se trata es de atacar el mal en su raíz. Desde el momento en que todo el mundo comprenda quién es el que ejerce la invisible influencia sobre el *cine*, y lo que significa tal influencia, el problema perderá mucho de su carácter irremediable y como desahuciado.

IX

LA PREPONDERANCIA JUDIA EN EL MUNDO CINEMATOGRAFICO

En el espíritu judío existe de siempre una contradicción irreparable entre el deseo de permanecer oculto y el de hacerse un renombre. A veces se valora la amistad pro-judía en el benévolo silencio, en que ocultemos su judaísmo, otras veces en lo altisonante de nuestras alabanzas. Tildar a un judío de "tal", puede servir en su caso, para que se nos estigmatice de "antisemita", y en otro, para que se nos considere como "amigo de nuestro pueblo".

Cuando se observa como, noche tras noche, se estrujan las multitudes de espectadores en los cines de todos los rincones del mundo, se impone la pregunta de ¿quién les atrae? ¿quién ejerce tan mágica influencia sobre su alma y espíritu en los salones? y ¿quién guía realmente aquella enorme masa de ideas y sentimientos producida por el atractivo del cine? La contestación es, que la vida cinematográfica de Estados Unidos de América y la del Canadá obedecen ciegamente al exclusivo control financiero e intelectual de los fabricantes judíos sobre "su" creada opinión pública.

No fueron los judíos los que *inventaron* el arte de la fotografía viviente, ni apenas han aportado nada a su perfeccionamiento mecánico o técnico; ninguno de los grandes artistas, autores ni actores, que ofrecieron temas para las películas, procedían de sus filas. Pero según la antiquísima regla, de que los judíos son siempre usufructuarios de toda la producción material y espiritual humanas, también la utilidad

práctica de la película afluyó a los eternos explotadores ocultos y no a sus creadores e inventores conocidos.

Echemos una ojeada sobre las personas cuya influencia predomina en las grandes compañías cinematográficas.

A la cabeza de la "Famous Players" figura *Adolfo Zuhor*, un judío húngaro. Este individuo, anteriormente fué traficante en pieles, que iba vendiendo de puerta en puerta. Es hoy hombre inmensamente rico y personaje prominentísimo en la quinta industria mundial cinematográfica.

Hiram Ábrams se llama el jefe de la "United Artists Corporation". Empezó como repartidor de periódicos y fué más tarde empresario de un Bióscopo en el que se exhibían fotografías sicalípticas.

La "Fox Film Corporation" está inspirada del judío húngaro *William Fox* (antiguamente *Fuchs*, que significa *zorro* en alemán, igual que en inglés *Fox*). También éste empezó su carrera como empresario de Bióscopo, y antes dependiente de una tintorería. Hoy día decide sobre lo que millones de espectadores de cines han de saber y pensar sobre los problemas más variados de nuestra vida.

Marcus Loew, jefe de la "Metro Pictures Corporation", inició igualmente su carrera en el Bióscopo, y según parece tiene hoy bajo sus órdenes 8 compañías peliculeras repartidas en el mundo entero, y personalmente dirige 105 cines.

Carl Laemmle dirige la "Universal Film Company". Laemmle es el apellido de su madre. Su padre se llama *Julius Baruch*, judío de procedencia alemana. Hasta el año 1906 era propietario de una tienda de ropas hechas.

Estos son únicamente algunos nombres y apellidos de personajes predominantes en esta industria. Pero cuando se va descendiendo cada vez más, hasta el mezquino Cine en oscuro rincón de las capitales, se observa que el negocio cinematográfico es *enteramente* judío. Según hemos demostrado, los

jefes de hoy fueron antes traperos, empresarios de baja estofa, obreros simples del ghetto. No constituye tal procedencia de por sí un reproche para un hombre de negocios. Pero tampoco se puede esperar de ellos que tengan del drama cinematográfico un concepto que combine los elementos artísticos y morales. Laemmle confesó públicamente con respecto a la empresa por él dirigida que por ella no se propone precisamente ser el guardián moral de las costumbres públicas, ni del buen gusto social.

Lo que menos se comprende por parte del gran público, es el *efecto propagandístico* del cine, a pesar de ser este efecto incalculable y hasta siniestro. El pequeño propietario de un cine de poca importancia es de todo esto poco menos que inocente. Compra sus asuntos, como el comerciante tiene que comprar sus géneros al día. Ni siquiera tiene la libertad de elegir, tiene que comprar lo que se le da.

Viene atravesando nuestro país una epidemia cinematográfica. Hay quien diariamente quisiera asistir a dos o tres "funciones". Obreros, especialmente los jóvenes, van, a ser posible, tarde y noche al cine, y hay mujeres de poco seso, que van a todas las sesiones que se les brinda. Aun cuando se quisiera movilizar todas las fuerzas intelectuales, sería imposible satisfacer tantísima demanda siempre con nuevas obras aunque sean de mediano valor dramático, pues éstas han de salir de las fábricas artístico-literarias a cada hora como bollos de los hornos.

Aquí es donde se prepara para los "reyes" del cine un gran espectáculo de reacción, pues ellos mismos excitaron un hambre voraz rayana en locura, que, al fin y al cabo, no podrán satisfacer.

Pasemos ahora a la propaganda y a los "publicistas". Por lo pronto existe un convenio callado, por el cual los judíos no deben aparecer en ella, a no ser en circunstancias extraordinariamente favorables a su raza.

La propaganda cinematográfica, apenas velada, se dirige, ante todo, contra la comunidad religiosa no-judía. Un rabino no aparecerá nunca en escena, a no ser en postura digna, rodeado de todo el ceremonial de su misión y tan impresionante como sea posible. Los sacerdotes cristianos, en cambio, y esto lo confirmará todo aficionado al cine, están constantemente expuestos a toda clase de rebajamiento desde la ridícula comicidad hasta lo más brutalmente criminal. Como en muchas de las ocultas influencias en nuestra vida, siempre de origen judío, se ve también aquí la intención puramente judía, la de socavar en lo posible la reverencia debida al sacerdocio cristiano.

Nunca debe aparecer en el lienzo un hebreo como dueño de una "estufa", que son míseros talleres de sastrería, aunque todas las "estufas" pertenecen *exclusivamente* a hebreos. En cambio, de un sacerdote cristiano se puede impunemente hacer toda caricatura, desde seductor de la inocencia, hasta el más vulgar de los discípulos de Caco.

Mucho da que pensar el párrafo contenido en los "Protocolos de los Sabios de Sión" que dice: "Nosotros engañamos, embobamos y desmoralizamos a la juventud de los infieles infiltrándole teorías y principios educativos, que a tiempo nos venimos ocupando de que el *clero cristiano caiga en descrédito.*" "Por consiguiente tenemos que *socavar la religión,* extirpar del espíritu de los infieles los conceptos de Dios y *alma,* sustituyéndolos por *fórmulas y matemáticas y anhelos materiales.*"

Ante la constante denigración de los sacerdotes se nos ofrecen dos razones explicativas: o bien se trata de la expresión de un concepto irreligioso natural, o bien de una labor disolvente intencionada ya de antiguo. Personas inocentes admitirán la primera solución, pero existen demasiadas razones innegables, que nos obligan a admitir más bien la segunda fórmula.

Sirve, además, la película, consciente o inconscientemente, de antecámara y función de ensayo para actitudes peligrosas en nuestra vida de sociedad. Las revoluciones no llueven del cielo, sino que se las concibe y prepara. La conclusión de la novísima ciencia histórica es, que *la revolución* no representa la sublevación *espontánea* de las masas, sino que es obra premeditada de determinadas minorías. Nunca ha habido revoluciones populares. Siempre y en todo caso la civilización y la libertad sufrieron enormemente de las revoluciones. Pero cuando se quiere preparar una revolución, debe hacerse también el "ensayo". Este consiste en demostraciones callejeras, tumultos ante grandes fábricas y edificios públicos, importación de lecturas que explican detalladamente cómo se "trabajó" en Rusia y Hungría. Pero puede hacerse mejor tal ensayo por medio de la película: esto es *educación práctica,* que hasta el intelecto más obtuso puede concebir, y cuanto más romo, mejor. Las personas normales al asistir a tales funciones mueven la cabeza diciendo: "esto no nos cabe". En efecto, no lo conciben. Pero si se quisieran tomar la molestia de penetrar en el estado de ánimo de los intelectuales pobres y moralmente débiles, comprenderían fácilmente el penetrante sentido de tales espectáculos. En la humanidad existen dos capas humanas de intelectualidad, y sobre la inferior cubren en absoluto las tinieblas.

La persona honrada está conforme en que se adopten medidas de censura, en cuanto se trate de la representación cinematográfica de crímenes propiamente dichos. La policía protesta de que en las películas se enseñe la técnica de asesinar un guardia con todos sus detalles. Otro tanto hace el comerciante honrado contra la licencia de que se den clases especiales en el arte de fracturar cajas de caudales. Amigos de la moral pública se sublevan contra el hecho de que el arte de seducir se convierta en tema principal de las películas,

porque en ello ven una escuela de perversión que para la sociedad humana necesariamente ha de tener terribles consecuencias.

Pero a pesar de todo, la tal escuela sigue funcionando libremente. Cuanto hoy día ocurre, fruto de sentimientos violentos, ha sido sembrado en millones de mentes *por los cines.* Puede que sea una rara coincidencia. ¿Pero son coincidencias también los hechos repetidos?

El sistema peliculero sigue varias etapas en su desarrollo. Una de ellas es la participación cada vez mayor de notables autores no-judíos al servicio de esta propaganda judía. Se adaptaron sus anteriores obras al cine, y en muchos casos se puede leer luego el anuncio de que estos mismos autores tienen en preparación una nueva obra escrita expresamente para el cine. Ocurre que tal obra nueva no es entonces sino una glorificación del judaísmo. Ambición, miramientos por conservar buenas relaciones con los "reyes" de la película, y sentido reverencial del dinero habrán sido generalmente los motivos para este proceder. Bajo tales influencias no es difícil conceptuar el antisemitismo como una ignominia detestable. Quien como autor tenga necesidad de idealizar a personas y pueblos, puede entusiasmarse naturalmente también por los judíos. Sólo tiene un inconveniente el asunto, y es, que el que quiera escapar del antisemitismo, cae fácilmente en el otro extremo de la servidumbre de Judas. (1)

---

(1) Parece que Henry Ford y sus colaboradores aun nutren la esperanza de que podrían separar a los judíos "malos" de los "buenos", salvando a éstos para la cultura aria. Por esta razón declinan para sí el epíteto de antisemitas. En cambio, las experiencias hechas en Europa nos obligan a creer tales esperanzas como autosugestión. Teodoro Herzl dice que "Judá es "un solo pueblo", una unidad nacional e inseparable, unida por un espíritu de odio contra la humanidad". A ésta no le queda, pues, otro remedio sino defenderse contra el judaísmo como "unidad total". Esto, y nada más que esto, es el antisemitismo. — *El trad.*

Otra etapa consiste en la supresión de las "estrellas", y que trae consigo tres grandes ventajas. En primer lugar se ahorran los gigantescos salarios de dichos divos. Se les quita además a los espectadores el pretexto de aferrarse a la aparición de tal o cual "estrella". Los propietarios de cines tampoco pueden decir: quiero esto o lo otro. Puesto que no hay surtido de estrellas, los compradores no pueden poner condiciones, sino admitir lo que la industria productora les ofrezca

He aquí algunos hechos relacionados con la vida cinematográfica, no todos, pero cada uno de ellos tiene su importancia. Nada de ello menosprecia al que se ocupe seriamente de la influencia general que ejerce sobre las masas el teatro cinematográfico. Quienes les choquen los acontecimientos de actualidad sin poderlos explicar, encontrarán en estos hechos la clave de muchos de estos acontecimientos que de otra forma quedarían siempre en un secreto inexplicable.

X

NUEVA YORK BAJO EL "KAHAL" JUDIO

¿Está organizado el judaísmo? ¿Persigue conscientemente un programa, que es de un lado pro-judío y del otro anti-humano? ¿Cómo es posible que un grupo numéricamente inferior pueda ejercer influencia tan decisiva sobre el resto de la humanidad?

En el campo no-judío existen ideas poco claras acerca de la coherencia nacional, y organizaciones ampliamente ramificadas de los judíos, y también acerca de los objetos perseguidos en la mayoría de los casos falta un conocimiento a fondo. Por consiguiente, será de utilidad suma hacerse una idea clara del modo de ser de los judíos, tomando por guía la organización más importante judía que existe en los Estados Unidos de América.

Existen logias judías, corporaciones y círculos, cuyos nombres son del dominio público, y que parecen corresponder a las asociaciones similares existentes entre los no-judíos. Pero no conviene darse por satisfecho sólo con no ignorar la existencia de ellas, sino que precisa saber que *dentro y detrás de ellas* funciona activamente un centro dominante, con administración y gobierno. Sus disposiciones poseen fuerza legal, y su actuación representa la "expresión" de la voluntad judía total.

Dos de estas organizaciones, ambas interesantes tanto por su secreto como por su poderío, son la "*Kehilla neoyorquina*" y el "*Comité judeo-americano*". Al decir "secreto", nos referimos al hecho de que a pesar del gran número de sus miem-

bros, y aunque intervienen profundamente en muchos asuntos de la vida americana, su existencia y su modo de actuar permanece desconocido en absoluto a la inmensa mayoría del pueblo americano. Si se intentara hacer un plebiscito en Nueva York acerca de la *Kehilla,* apenas uno de entre cien habitantes contestaría diciendo, que "oyó pronunciar tal nombre". Y, sin embargo, resulta que la *Kehilla representa el factor político más fuerte en toda la vida oficial de Nueva York,* y que por ella precisamente se transformó. Cuando alguna que otra vez se nombra en la Prensa, es sólo con frases muy vagas, siendo opinión general, si es que se puede hablar de ella, que se trata de una organización judía como otra cualquiera.

La Kehilla neoyorquina es de suma importancia por dos razones; porque no sólo representa un ejemplo vivo y completo de la existencia de un "Estado dentro del Estado" (como llamaba Moltke a la organización de los judíos "esclavizados" dentro del imperio ruso — *El trad.*), sí que también y por medio de su Junta administrativa forma el 12º distrito del Comité judeo-americano. Este por su parte representa el foco de la propaganda pro-judíos y anti-americana, respectivamente. O dicho en otras palabras, que la administración judía en Nueva York forma *parte esencial del Gobierno judío* en Estados Unidos.

Ambas asociaciones empezaron a actuar hacia una misma época. Según las actas de la *Kehilla* fué causa inicial de su organización la gran protesta judía contra la afirmación del general Bingham, entonces jefe de Policía en Nueva York, de que la mitad de los crímenes cometidos en la capital lo era por judíos. Pesquisas practicadas por el Gobierno acerca de la *trata de blancas* aportaron material sumamente grave contra los judíos, sublevando enormemente la opinión pública. Los judíos consideraron necesario hacer frente. En efecto,

poco después el general Bingham tuvo que dimitir el cargo, mientras que una revista muy renombrada, que había empezado a publicar los resultados de las pesquisas acerca de la trata de blancas en una serie de artículos se vió obligada a interrumpir su publicación. Esto acontecía en 1908. El Comité judeo-americano, en cambio, había sido fundado ya en 1906.

La palabra "Kehilla" es idéntica a la de "Kahal" y significa algo como "comunidad", o "reunión", o "administración". El Kahal representa la forma genuinamente judía de Gobierno y Administración del pueblo en "diáspora" (dispersión). Esto quiere decir, que después de dispersados los judíos por la faz de la tierra, han creado en todas partes su propio "Gobierno" con todos los órganos indispensables, y en menosprecio absoluto de los Gobiernos legales de los "goyim" (cuyo concepto [en singular "goi"] equivale a decir "perro infiel". — *El trad.*). Igual que ocurrió bajo el cautiverio babilónico, así también en nuestros días el Kahal representa la potencia protectora, en la que el judío leal venera "su Gobierno y su Justicia". La Conferencia de Versalles *admitió expresamente* el Kahal en Polonia y Rumanía. En Nueva York posee el Kahal sus propios juzgados, viene decretando leyes, pronuncia oficialmente sus fallos en litigios, y ejecuta las sentencias, prefiriendo los judíos su propia justicia a la jurisdicción oficial del Estado. Es natural que todo esto sólo puede hacerse en una perfecta concordancia mutua.

La *Kehilla neoyorquina* es la mayor y más potente organización judía de todo el mundo. En esta capital, y a consecuencia de la constante y enorme afluencia de nuevos elementos, radica el centro vital y potencial del judaísmo moderno. Nueva York significa para el judío moderno lo que para el creyente católico representa Roma, o para el maho-

metano La Meca. También se explica que los inmigrantes judíos encuentren mayores facilidades de entrada en Estados Unidos que en la misma Palestina.

La mera existencia de la *Kehilla* ofrece la réplica más contundente a la afirmación de que los judíos están tan desunidos entre sí que les sería imposible una actuación mancomunada. Esta "disidencia desesperante" no es sino una de las muchas frases "hechas" intencionadamente para engañar a los no-judíos.

Cierto autor judío intentó hace poco ridiculizar la idea de que patronos y obreros judíos puedan tener que ver algo entre sí, contando para ello con la ignorancia general del pueblo acerca de la *Kehilla*. Pero en esta corporación se reunen todos los grupos y todos los intereses, porque allí concurren sólo en calidad de judíos. El capitalista y el bolchevique, el rabino y el demagogo, el obrero en huelga y el patrono contra quien se dirige la huelga: todos se reunen allí bajo la bandera de Judá. Cuando alguien ataque al capitalista judío, le prestará mano fuerte el bolchevique judío. Puede ser, que en realidad no se amen mutuamente, pero mucho más fuerte es en ellos el lazo de unidad encarnado en el odio mortal contra los no judíos.

La *Kehilla* representa una asociación más bien de oposición ofensiva que de defensa contra los "goyim". La mayoría de sus miembros son de carácter extremadamente radical en asuntos políticos. Son los mismos que prepararon cuidadosamente y equiparon la expedición destinada a derribar el imperio ruso, y que eligieron a aquel judío, que debía ser el sucesor del zar (Trotzky). A pesar de este carácter fundamental, figuran a la cabeza de la *Kehilla neoyorquina* hombres cuyos apellidos suenan bien en los círculos gubernamentales, de la Justicia, del Congreso y de la Hacienda americanos. Esta organización ofrece el espectáculo admirable de un pueblo, que radica firmemente en la raza, que posee una

fe inquebrantable en sí mismo y en su porvenir, y que con menosprecio consciente de toda disensión se une en organización potentísima al objeto de fomentar material y religiosamente su raza propia con exclusión o menoscabo de otras.

La *Kehilla* ha parcelado el suelo neoyorquino exactamente por el mismo sistema que lo hizo para sus objetos administrativos el Comité judeo-americano con el territorio total de los Estados Unidos. La capital se divide en 18 distritos con 100 vecindades kehilarias cada uno. Los jefes de distrito llevan sus asuntos administrativos en concordancia con los edictos y líneas generales fijadas por la administración central. (De ahí la sorprendente facilidad de estos elementos para "gobernar" Rusia bolchevizada, es decir, sovietizada. — *El trad.*).

Cada judío residente en Nueva York pertenece como miembro a una o varias logias masónicas, sociedades secretas, círculos, tertulias, comités, o demás asociaciones, cuyos objetos y métodos engranan mutuamente, de suerte que todos los asuntos públicos y todo sector de la vida neoyorquina se hallan no sólo bajo el ojo escudriñador, sino bajo el inmediato y eficacísimo poder de una "institución de apremio" aleccionada por una larga experiencia práctica.

En el acto de fundación de la *Kehilla* estaban representadas 222 sociedades judías, y pasado un año había aumentado el número de las organizaciones supeditadas a 688. Se contaba entre ellas tres asociaciones, que a su vez representaban un conjunto de 450 sociedades. Actualmente su número excede del millar.

Para comprender el poderío efectivo de la *Kehilla neoyorquina,* hay que recordar que hace tres años la población judía de Nueva York contaba un millón quinientas mil almas. Ahora son muchísimos más, aunque el Gobierno de los Estados Unidos no pueda en realidad decir exactamente cuántos son.

Tan extremadamente densa es la población judía de Nueva York merced a la constante afluencia de judíos rusos y polacos, que un tercio de los judíos neoyorquinos, o sean 570,000, residen sobre una centésima parte del suelo neoyorquino. Si todos los barrios de la capital estuvieran habitados tan densamente, Nueva York podría albergar a 95 millones de habitantes, es decir, *a casi la totalidad de la población norteamericana.* Tal aglomeración debe necesariamente producir resultados, que probablemente sean sin ejemplo en la Historia de la civilización. En estas condiciones fetichistas radica el poderío de la *Kehilla.*

Cuando se dió a conocer el programa absolutamente ofensivo de la *Kehilla,* de querer convertir a Nueva York en una capital judía, y por ende a Estados Unidos en un país judío, invadió a elementos conservadores de judaísmo neoyorquino el temor de que el pueblo americano protestaría contra ello. ¿Admitirían tranquilamente los americanos la exigencia de los judíos, de que en los libros de texto de los colegios se eliminaran las canciones de Nochebuena por "ofender a los judíos"?, ¿que, por la misma razón, no se colocaran árboles de Noel en las comisarías de policía?, ¿qué se suprimieran las vacaciones de Pascua de Resurrección?, ¿y que en todas partes se protestara contra el concepto de "caballero cristiano", porque puede ofender a los judíos? Otros judíos radicales dudaban que la *Kehilla neoyorquina* fuera capaz de ejercer la misma autoridad basada exclusivamente sobre la autocracia, como lo hacían los Kahales del mundo antiguo.

Ambas preocupaciones fueron infundadas: si los americanos protestaban de nada, ni se oponían en absoluto contra la autoridad de la *Kehilla,* ni los judíos tampoco, por la razón de que la mayoría había vivido bajo el despotismo de los Kahales de Europa y reconocieron plenamente en América.

El programa exterior dado a conocer, consistió en "sal-

vaguardar los derechos judíos". Nunca se han lesionado los derechos judíos; pero *esta frase encierra el intento velado de lesionar a su vez los derechos de los no-judíos.* Con este lema inició la *Kehilla* su campaña; la población se sometió, y Nueva York se convirtió en capital judía, judía en la educación escolar y en cuanto a su Prensa y su justicia casi un feudo judío. El Nueva York de hoy es una contestación viva, latente, a la pregunta de ¿es posible que un grupo de personas numéricamente tan ínfimo pueda dictar condiciones de vida a la población? Todo lo que vive en Nueva York, lo demuestra afirmativamente.

A pesar de todo no se pierde el sentimiento de duda acerca de la duración de tanto poderío. Aquellos que lo usurparon lo hicieron ilegalmente. Ni por la ley de mayoría, ni de mejor cualidad, ni por el derecho que se concede a quien haga el mejor uso del poder, pueden reclamar los judíos para sí tal preponderancia. Sólo a fuerza de procacidad asaltaron el poder, estigmatizando como ofensor de una raza a quien se defendía contra ellos. Tan profano fundamento pudo sostenerles hasta hoy. Y este fundamento explica también el que los americanos guarden tan magnánima reserva y que los judíos muestren inseguridad en su posición actual. A nadie se le induce más difícilmente a razonamiento y a hechos fundados en predisposición de raza ó religiosos, que al americano. Aún donde se encuentre manifiestamente en su pleno derecho, le persigue la duda de si, a pesar de ello, no fuera noble el ejercitarlo. De ahí se explica su aversión de ocuparse de la cuestión judía, que induce al americano a firmar protestas contra el "antisemitismo", y en realidad no son sino protestas contra hechos palpables. Sin embargo, sería una grave equivocación suponer que los americanos se han acomodado definitivamente a la preponderancia judía. El supergobierno judío en asuntos americanos, amenaza hun-

dirse igual que el Gobierno bolchevique en Rusia: pueden muy bien desplomarse de la noche a la mañana. Precisamente la actuación de la *Kehilla neoyorquina* y del Comité judío-americano ha de acelerar la caída. *Sigan viviendo los judíos entre nosotros, pero no encima de nosotros.*

Todo esto lo sabe el judío mucho mejor que el no-judío, porque aquél conoce a fondo la cuestión judía y sabe apreciar perfectamente cuando una bala bien dirigida da en el blanco. Actualmente protestan los judíos americanos contra las llamadas "mentiras". Sumamente satisfechos estarían si fueran mentiras en realidad. Pero la verdad les acosa, y tampoco les deja vivir tranquilos el miedo a la fuerza de esa verdad. Ellos saben que la verdad está en marcha. La cuestión no gira alrededor del aniquilamiento o la expulsión, sino que trata de proyectar toda la luz posible sobre la esencialidad de la raza judía. Para la oscuridad no hay peor enemigo que la luz.

Con la *Kehilla* poseen los judíos una ocasión espléndida para demostrar lo que valen y para decir al mundo: "ved lo que puede hacer el ingenio judío en beneficio de una población, cuando se le da amplia libertad de manifestarse". Todo lo gobiernan: Administración, Policía, Higiene, Educación pública, Hacienda, Prensa, Justicia, todos los elementos del Poder.

Y ¿qué es lo que pueden presentar como resultado práctico? Nueva York representa un *ejemplo clásico* ante los ojos de la humanidad, de lo que pueden crear los judíos cuando se apoderan del Poder. Parece imposible que hasta los panegiristas precoces judíos puedan ensalzar el actual Nueva York judaizado. Quizá podrá intentarse más tarde reducir la importancia de la *Kehilla* diciendo que comprende sólo a los elementos más radicales, a los "apóstatas" entre los judíos. Pero, en cambio, protesta la siguiente, incompleta lista de

algunos de sus prohombres más reconocidos. En la asamblea general del año 1918 estuvieron presentes los siguientes:

El gran banquero Jacobo H. Schiff; Luis Marshall, abogado, presidente del Comité judío-americano y frecuente huésped del Gobierno de Wáshington; Otto A. Rosalsky, magistrado del Supremo (General Sessións Court); Otto A. Kahn, de la casa de banca Kuhn, Loeb y Cía.; Adolfo S. Ochs, propietario del "New York Times", y Benjamín Schlesinger, quien represó recientemente de Moscou, donde celebró largas entrevistas con Lenín. Además tomaron parte Joseph Schlossberg, secretario general de la Unión de obreros confeccionistas americanos (con 170.000 miembros); Máximo Pine, igualmente huésped hace poco del Gobierno en Rusia; David Pinski, y Barondess, ambos agitadores del movimiento obrero.

Pertenecen, pues, a todas las clases sociales. Desde Mark, presidente del Departamento de Seguros de Guerra dentro del Gobierno de Estados Unidos, a los "encaminadores" del grupo más rojo del barrio Este de Nueva York, todos se reunen en su condición de judíos en la *Kehilla*.

Están representadas en esta gran asociación, entre otras: la Conferencia central de rabinos americanos, el Consejo de rabinos reformistas del Este, las órdenes independientes B'nai B'rith, B'nai Scholom, Hijos libres de Israel, B'rith Abraham, Asociación de los sionistas americanos, judíos ortodoxos y reformistas, "apóstatas", asimilados, ricos, pobres, leales y revolucionarios. Adolfo Ochs del gran diario "New York Times", de la burguesía, junto al editor fanático de cualquier semanario judío, que clame sangre y violencia. Jacobo Sohiff, un judío beato de lo más ortodoxo, junto a Otto Kahn, consocio de la misma casa bancaria y *¡bautizado!* Pero todos, procedentes de todas las clases, están unidos en perfectísima unidad de raza, como ningún otro pueblo lo consiguiera, to-

dos unidos "para salvaguardar los derechos judíos". ¿Salvaguardar? ¿de qué? ¿Quién en toda la extensión de los Estados Unidos intenta lesionar los derechos ajenos? Es preciso que el americano lo sepa, porque siempre se distinguió en la defensa de los derechos humanos, y seguirá haciéndolo en adelante, venga de donde quiera el ataque. Por consiguiente, tarde o temprano el americano ha de enterarse detalladamente de esos supuestos derechos lesionados y de los culpables si existen.

¿Cuáles son los derechos de que el americano disfrute y que al judío se le nieguen? ¿Contra quién y contra qué están organizados los judíos? ¿Qué motivos existen para la queja de "persecución"? Nosotros no vemos ninguno, a no ser el existente en la conciencia misma de los judíos, que comprenden que el camino emprendido por ellos tiene que tropezar forzosamente con grandes obstáculos.

El rabí Elías L. Salomón declaró, que "no hay judío consciente fuera de América, cuya mirada no esté dirigida hacia este país. La libertad de que los judíos gozan en América, no es el resultado de una emancipación comprada al precio del suicidio nacional, sino que representa el producto natural de la civilización americana."

Así es. Pero ¿entonces, y la necesidad de "salvaguardar"? ¿Cuáles son los derechos que defiende la *Kehilla*? ¿Qué fin persiguen los Comités, que en cada ciudad vienen espiando toda la vida americana, y que con sus protestas consiguen que nuestros asuntos se mantengan en los límites que a los judíos conviene?

Estas preguntas nunca han sido contestadas por los jefes judíos. Que presenten un proyecto de ley, que circunscriban claramente los derechos judíos, tal como ellos los entiendan, que se enumere uno por uno los derechos que quieran, lo que hasta ahora no han hecho. ¿Por qué no? Por-

que todos los derechos, que franca y públicamente pudieran citar, ya los poseen con exceso, y porque aquellos derechos, que en su fuero interno desean y anhelan con mayor ahinco, no los podrían nunca presentar claramente formulados ante el pueblo americano.

A un proyecto de ley que enumere todos los derechos judíos a la luz del día, contestaría el pueblo americano con una sola afirmación: "todas estas cosas ya las tenéis. ¿Qué más, entonces?" Esta es la cuestión que hiere en el centro neurálgico toda la cuetión judía: *¿qué es lo que más allá de lo natural quieren o desean?*

XI

CRITICA DE LOS "DERECHOS JUDIOS"

El pueblo americano tiene en la *Kehilla neoyorquina* intereses mucho mayores de lo que suele suponer. Es algo más que una corporación cualquiera, es la muestra y la energía pujante de la organización secreta judía, la forma visible de un Gobierno y Administración judíos, el foco que impulsa las "protestas" y "mítines gigantescos", que se organizan a través del país entero. La *Kehilla* es el depósito de armas de esa potencialidad subterránea, que sus jefes saben tan admirablemente esgrimir y también la central murmuradora, donde se maquinan los más infames rumores. Por su estrecha colaboración con el Comité judeo-americano (siendo la Junta administrativa de la *Kehilla neoyorquina* al mismo tiempo el comité del 12º distrito del mismo Comité) se convirtió el judaísmo neoyorquino en el motor de todo el mecanismo judío.

Estas operaciones tienen fines que debaten públicamente y callan otros. Estos últimos, se llegan a saber más tarde por relatos hechos sobre ensayos emprendidos y resultados conseguidos.

Como fines perseguidos indicó el Comité americano-judío en su acta de fundación en 1906: 1º, protección contra todo atentado a los derechos civiles y religiosos de los judíos *en todo el mundo;* 2º, asistencia legal y acción eficaz de socorro respectivamente en caso de merma o limitación *amenazadora o real* de tales derechos; o también en el caso de *trato diferenciado;* 3º, seguridad de igualdad de derechos judíos en cuanto a asuntos económicos, sociales o educativos; 4º, soco-

rro en las persecuciones y ayuda en casos de desgracia y accidente.

Un programa en el que nada tendría que criticarse, y que, de no significar ocultarse detrás de él cosa muy distinta, sería muy recomendable.

Cómo y dónde el A. J. C. (American Jewish Committee = Comité judeo-americano) y la *Kehilla neoyorquina* colaboran mancomunadamente, lo dice el programa: "En cuanto el A. J. C. sea una organización nacional, tendrá la comunidad judía neoyorquina (*Kehilla*) voz y voto para ejercer influencia decisiva sobre la política judía en *todo el país*. El A. J. C. ostentará la *jurisdicción exclusiva* en todas las cuestiones *de carácter nacional e internacional*, que interesen la generalidad judía". La *Kehilla* nombra una junta ejecutiva de 25 miembros, que al mismo tiempo forman el 12º distrito del A. J. C. Las dos forman, pues, una sola corporación. *Nueva York es la capital del judaísmo americano.* Este hecho proyecta también luz singular sobre los esfuerzos sobrehumanos que se hacen para convertir Nueva York al mismo tiempo que en fuente central de las grandes ideas, en centro de arte, política y Hacienda. Pero resulta, que en el *arte* el desiderátum artístico es "Afrodita", y en política el marasmo de Tamany Hall. *Todos los americanos deben saber que Nueva York no es su capital, sino que Estados Unidos empieza al oeste de la población.* El pueblo americano considera esa región costera oriental como un marasmo y terreno de fiebres del que nacen tufos pestilentes de todo lo que nos inunda, en cuanto a ideas malsanas y disolventes. Constituye gran error el querer ver en este foco de propaganda antiamericana, de histerismo pro-judío, y de falsificación de moneda espiritual, algo como un reflejo de la vida americana. *Nueva York es una provincia extraña allende los límites de los Estados Unidos.*

Puesto que nueve décimas de los judíos americanos pertenecen como miembros a sociedades subordinadas al A J. C., y dada la colaboración íntima de dicho comité con la *Kehilla,* su influjo sobre la nación judía es de incalculables consecuencias. En toda capital, y hasta en todo pueblo en que exista una comunidad judía, por insignificante que sea, hay también un personaje judío prominente, un rabino, un comerciante, o funcionario público, que está en constante contacto con la Central. Lo que ocurra en Nueva Orleans, en Los Angeles, o en Kansas, lo sabe la *Kehilla de Nueva York* con telegráfica rapidez.

Si los derechos amenazados no fueran más que los derechos generales americanos, no sería necesario que los judíos los defendieran, sino que todo el pueblo americano estaría a su lado. Pero resulta que derechos judíos y derechos americanos no son una y la misma cosa. Todas las manifestaciones del judaísmo en América nos obligan a creer que los judíos conceptúan *su derecho* el judaizar a los Estados Unidos.

Una de las teorías más peligrosas en la actualidad es la de que Estados Unidos de América no forma una raza concreta, sino que se halla en período de formación y es una masa informe que cualquiera puede amasar y moldear a su gusto. Esta teoría hay que tenerla presente si se quiere comprender en totalidad el procedimiento y pensar de los judíos. La actuación judía convierte a América en algo que ni de lejos se parece a su antigua particularidad, borrando toda idea e idealismo directivos, sobre los que se creó la comunidad nacional americana. Una vez admitida esta teoría como legal, se acabó el genuino americanismo. En tal caso ya no educaríamos *jóvenes yankis* (1), sino seres vivientes neutros,

(1) El concepto "joven yanki" (yaankee) se refiere al puritanismo washingtoniano sin contacto con Europa. (*N. del E.*).

que vivirían en la creencia de que América es un botín abandonado y buena presa para los fantaseadores y doctrinarios políticos no-americanos.

Es tiempo ya que limitemos convenientemente nuestro espíritu magnánimo si queremos que América siga siendo lo que antes era, negándonos a que América se convierta en paraíso preferido de los judíos y antepuesto a su propia Palestina.

¿Qué, según los hechos presentes, entienden realmente el A. J. C. y la *Kehilla* bajo el concepto de "derechos judíos"? En informes judíos del año 5668 (1907/8 de la era cristiana) se lee lo siguiente: "El rasgo quizá más característico del año pasado fué la exigencia en varios distristos americanos de una *secularización absoluta de todas las instituciones públicas*, cuyo concepto comprende la exigencia de los judíos por la *plenitud de sus derechos constitucionales*. El artículo escrito por el coronel Brewer, afirmando que América era un país cristiano, ha sido refutado repetidamente, formalmente por el doctor *Friedenwald*, Isaac *Hassler*, y el rabino Efraim *Frish*. Las razones jurídicas y teóricas fueron apoyadas prácticamente por una oposición muy difundida contra la *lectura pública de textos bíblicos* y contra *las canciones de Nochebuena* en los colegios públicos. Esta oposición fué expresamente acordada en la conferencia central de los rabinos americanos."

En este aspecto, y por documentos de carácter innegablemente oficial judío, empezamos a entrever lo que comprenden como parte de sus "derechos". En varias docenas de Estados y en centenares de poblaciones se ha realizado este programa, si bien con tantas precauciones, que la mayoría de los americanos no llegó a comprender lo que significaba. En muchos casos hicieron los judíos su voluntad, presionando localmente, mediante la elección largamente preparada y el

compromiso contraído con personajes oficiales. En otros casos perdieron la partida, aprovechada seguidamente para "darles una lección", o aplicando el cauterio del boicot, o mediante cierta *reserva* de los Bancos locales, o por otros medios aptos para infundir "miedo al judío".

Los ciudadanos americanos deben, pues, acostumbrarse a entender que constituye un derecho constitucional de los judíos el modificar el carácter de instituciones consagradas por el tiempo y la tradición a su placer. De no hacerlo voluntariamente, tendrán que sufrir en adelante procedimientos mucho más crueles de los que hasta ahora solía aplicar el judío. Y para que sepan lo que se va preparando, vamos a narrar algunas de las exigencias con referencia a los "derechos judíos", formuladas por la *Kehilla.*

1. *Admisión ilimitada de inmigrantes judíos procedentes de todas partes del mundo.* — Vengan de Rusia, Polonia, Siria, Arabia o Marruecos tienen que admitirse forzosamente, aunque los demás inmigrantes queden excluídos.

Casi inseparable de la exigencia judía de "derechos" es también la de las "excepciones". En nada demuestran los judíos más claramente su posición preferente como nación y como raza, que en sus incesantes exigencias, de que se les trate distintamente y mejor, que a los demás pueblos, concediéndoles prerrogativas, que otro pueblo cualquiera ni se atrevería a pedir.

2. *El reconocimiento oficial del culto religioso mosaico por el Estado y los Municipios.* — La *Kehilla* se muestra en este punto tan rigurosa, que exige para los dependientes judíos que no trabajen en el día de la fiesta "Jom Rippur", pero sí cobren sus salarios, mientras que a los dependientes católicos les niega tal derecho en sus fiestas. Aquí tenemos una de esas "excepciones", y muestra del agradecimiento judío por los "personajes católicos", que se unieron a las asociaciones pro-judías antes mencionadas.

3. *Supresión de toda mención del nombre de Jesucristo por las autoridades municipales, territoriales o del Estado en documentos o asambleas públicas.* — Los informes citan la protesta de un rabino contra cierto gobernador de Arkansas, que en su manifestación en el Día de Gracias había utilizado un "concepto cristólogo".

4. *Reconocimiento oficial del sábado judío.* — Toda la vida en los Estados Unidos se regula sobre la base del domingo cristiano como día de descanso y festivo. Hace años que la *Kehilla* se esfuerza en dar este carácter al *sábado*. Mientras falte este reconocimiento oficial, se estorban muchos asuntos públicos en el sentido de que muchos jurados u otras personas públicas se niegan a oficiar en sábado. Los abogados judíos "caen enfermos" en sábado. A nadie molesta que los judíos celebren su sábado. Pero cosa muy distinta es que quieran convertir *su propia fiesta* en un día festivo de toda la ciudad, sobre todo cuando se apoyan en la insolencia de que el domingo es una "manifestación cristóloga".

5. *Autorización para los judíos de tener abiertas en domingo sus tiendas y fábricas y de trabajar y comerciar.* — Se puede asentir a la santificación del sábado, mientras no se convierta en profanación la del domingo. Nuestros preceptos del descanso dominical son frecuentemente menospreciados y burlados por los judíos.

6. *Supresión de las fiestas de Navidad en colegios públicos y plazas públicas, prohibición de colocar públicamente árboles de Noel y de cantar públicamente canciones de Navidad.* — Gran número de referencias contenidas en el informe pueden dar fe de haberse conseguido algunos "éxitos" en este sentido.

7. *Suspensión y castigo penal de todas las personas al servicio público que critiquen a la raza judía, aun cuando esto se haga persiguiendo el interés público.* — Otto R. Ro-

salsky, magistrado americano y miembro de la *Kehilla* judía, ofreció presentar un proyecto de ley según el cual constituya *delito común el criticar a la raza judía.* Los jefes de la *Kehilla* condenan públicamente al funcionario municipal Kornell y exigen su castigo por haber criticado a los judíos de los barrios del este de Nueva York por el incremento de criminalidad entre los judíos jóvenes. El presidente de la policía Bingham fué *suspendido* de su cargo por su crítica del criminalismo entre los judíos ruso-polacos

8. *Implantación del "Beth Din", o sea juzgado judío, dentro de los edificios públicos de Justicia.* — Los informes confirman que en muchos sitios se ha conseguido ya.

9. *Eliminación en escuelas y universidades de todos los libros de texto que a los judíos parezcan inoportunos.* — Con respecto al "Mercader de Venecia", de Shakespeare, a las "Narraciones de Shakespeare", por Lamb, ya se ha conseguido casi por completo. Actualmente, se eliminan en un gran número de ciudades todos los libros de las bibliotecas que tratan de los judíos *tal como son.* Todos los libros que contienen elogios de los judíos quedan y son propagados.

· 10. *Prohibición de usar el concepto "cristiano" o de la frase "Estado, Religión y Nacionalidad" en los bandos públicos, por constituir una limitación de los derechos judíos y una denigración de la raza.* — Varios funcionarios de Estado, de nacionalidad judía, fueron reprendidos por el presidente del Comité judeo-americano, Marshall, por no haber tachado la palabra "cristiano" en documentos petitorios de caridad publicados por *sus subordinados.* En el libro de instrucciones para los aspirantes a oficial del Ejército existía una máxima, que decía: "El oficial ideal es el caballero cristiano". Los judíos consiguieron la supresión de todo el libro. Según cierto informe de la *Kehilla neoyorquina* del año 1920, se hizo constar, que varios rotativos de Nueva York en sus llama-

mientos de caridad publicados por casas de comercio habían dejado pasar la palabra "cristiano". Se les amonestó, pidieron perdón y prometieron proceder en adelante la censura más rigurosa. La palabra "judío", en igualdad de casos, no se ha criticado. ¡Estos son, en realidad, los "derechos judíos"!

Aun hay más: la *Kehilla* condenó, incluso, el concepto de "americanización", porque pudiera quizá identificarse con "cristianización". Bajo "americanización" debe entenderse el *hacer prosélitos.*

Constituye un hecho corriente el que los judíos de Nueva York acosen los Tribunales de Jurados, ante los que se sustancian pleitos judíos. Estudiantes de Derecho judíos, que pululan innumerables por Nueva York, se "ganan" la vida estudiantil con ayuda de "dietas de jurados".

Otro "derecho" judío consiste en que la "Prensa asociada" o *United Press,* (la más importante agencia telegráfica americana) no publique sino lo que a los judíos convenga, y que en cuanto al tono no se aparte del que ellos deseen. El hecho cierto de haber perdido esta agencia en los últimos años algo de su renombre, puede explicarse por el público sentir de que sucumbiera demasiado a la influencia judía. Se suele decir que "la U. P. aplica a todas sus informaciones cierto colorido neoyorquino", entendiéndose que un 85 por 100 de la información es de origen judío.

Ejemplos y pruebas de que el pretexto de los "derechos judíos" no es otra cosa que la ocultación de un ataque sistemático contra antiguos y bien fundados derechos americanos, podrían aducirse hasta lo infinito. Nunca, en parte alguna, se han limitado los derechos religiosos judíos. Debe llamar la atención el observar en tres informes de la *Kehilla* y del Comité, cuán enorme extensión ocupa en su actuación esa cruel ofensiva directamente anti-cristiana. Según éstos, el judaísmo conceptúa como su derecho el suprimir todo lo que

podría recordar al cristianismo o a su fundador. Intolerancia religiosa existe, efectivamente, pero ¿de parte de quién? De los judíos. Ante tales ataques constituían casos aislados, pero aumentaron visiblemente en número e intensidad desde la fundación de la *Kehilla* y del Comité judeo-americano. Lo hipócrita del método es que muchas veces estos ataques se dan el aire de preocuparse seriamente por la observancia de ciertas doctrinas cristianas. "Nosotros os hemos dado vuestro Redentor. Este os enseña que améis a vuestros adversarios: ¿por qué, pues, no nos améis a nosotros?" La manera cómo los judíos interpretan el amor del adversario, la podrán atestiguar algunos hechos sacados al azar del almanaque judío de 1912-13. La *Kehilla* conceptúa frases contenidas en anuncios periodísticos, tales como: "se prefiere a una persona cristiana", o "a personas judías se les ruega no se molesten" como un "incremento amenazador de menosprecio de los judíos, siendo de notar que muchas casas de comercio que se relacionan gustosamente con casas judías, expresan tal opinión a pesar de todo".

1918-19. En cierto anuncio se habían solicitado carpinteros cristianos para un campamento. A la correspondiente protesta de parte de los judíos contestó el secretario de Guerra, Baker, diciendo que a los concesionarios se les había prohibido publicar en adelante anuncios tan ofensivos.

En cierta orden del día dirigida a los médicos militares se encontró el siguiente párrafo: "Los de sangre extraña, especialmente los judíos, están más predispuestos, que los hijos del país, a fingirse enfermos". El presidente del Comité judeo-americano, Marshall, exigió telegráficamente del Inspector-médico en jefe, que prohibiera inmediatamente la ulterior propagación de este párrafo, retirando telegráficamente las órdenes ya circuladas, y que declarara oficialmente que de los Archivos de Estados Unidos se retiraría tal reproche

contra tres millones de ciudadanos americanos. El presidente Wilson refrendó esta orden.

El "Consejo de Marina", institución oficial, solicitó mediante anuncio a un dependiente de oficina cristiano; Marshall exigió: "No como castigo, sino para que sirva de ejemplo y por constituir precedente necesario, debe seguir a tal ofensa el cese del culpable, debiéndose entregár a la publicidad el motivo". Obsérvese la altivez de tono con que el presidente del Comité judeo-americano trata a una autoridad legal americana. En anuncios judíos pueden muy bien solicitarse dependientes judíos. ¿Por qué a los cristianos no se nos permite solicitar a cristianos?

Una exigencia frecuentemente repetida es la de prohibir la lectura pública de textos bíblicos y hasta la del Padrenuestro en los colegios. *Escolares judíos* demandan la eliminación de la Biblia y de canciones cristianas en las escuelas. En cambio, 22.000 niños judíos reciben en Nueva York una educación religiosa puramente judía. El Consejo escolar de Chicago recomienda borrar la Natividad de N. S. de la lista de los días festivos en los colegios. ¿No hay para sospechar, que también la supresión de muchos días festivos católicos en Europa hace unos cuantos años, tenga su raíz en este fanático odio anticristiano de los omnipotentes judíos internacionales, dada la arriba mencionada colaboración de las organizaciones judías con "importantes personajes de la Iglesia católica romana"? En cambio se pretende que en las comidas públicas de caridad ofrecidas a colegialas pobres, se empleen alimentos preparados según el ritual judío.

Todos los años se repite con especial energía otra exigencia de los judíos. En 1913 se empleó toda la influencia israelita para evitar que la Ley de Inmigración americana se modificára en el sentido de que el país fuera protegido contra los elementos molestos. Se luchó preferentemente por la su-

presión del precepto de que los inmigrantes hubieran de probar que saben leer y escribir.

De las costumbres judías no se preocupa nadie: tienen su propio calendario, sus días festivos, su propio ritual. Por su libre albedrío se aíslan en sus "ghettos", observan sus preceptos de alimentación, matan sus reses según su ritual y de una forma cruel, que ninguna persona de sentimientos humanos aprobaría: esto, y muchas otras cosas pueden hacer sin la más leve molestia, sin que nadie les pida cuenta de ello. *El proscripto es hoy día sola y exclusivamente el no-judío. Este tiene que hacer lo que el judío ordene. De no hacerlo, "lesiona los sagrados derechos judíos".*

Los judíos hubiesen podido proseguir sus costumbres particulares largo tiempo, de no haberse excedido. Ahora no hay más remedio que ver cómo se lesionan *derechos americanos,* abusando del sentimiento justiciero de nuestro pueblo. Ahora se comprende que la *única intolerancia religiosa efectivamente practicada, consiste en el ataque de los judíos contra los derechos religiosos de los demás,* y en su firme voluntad de hacer desaparecer de la vida pública americana el último vestigio del preponderante carácter cristiano de este país. Cada detalle cristiano les quita el sueño y de ahí que, mediante su omnipotencia política, dondequiera que lo puedan hacer pretendan borrarlo. La última meta, a donde todo ha de conducir, son las "reformas" escolares de los bolcheviques en Rusia y Hungría.

No contentos con su propia libertad, ni con la "secularización", o sea la "descristianización" de todas las instituciones públicas, consiste el tercer paso de la actividad judía en la entronización del judaísmo como sistema renacido y hasta privilegiado. El Padrenuestro y las obras de Shakespeare se ahuyentan de las escuelas; pero en los edificios públicos se implantan los juzgados judíos.

En 1908 se pretendió instituir el sábado judío, como día festivo oficialmente reconocido. Los judíos se negaron a oficiar de jurados en sábado. Los comerciantes, que en sábado mantuvieron abiertas sus tiendas, fueron boicoteados.

En 1909 se reclamó el reconocimiento general para todos los días festivos judíos. Clientes judíos de la Bolsa propusieron cerrar en la fiesta judía de las expiaciones. Los rabinos exigieron que en la noche del viernes, víspera del sábado judío, no se dieran clases en las escuelas nocturnas.

Dondequiera que se haga notar cierto movimiento contra los judíos, se desarrolla generalmente en formas apacibles. Pero un estudio serio de publicaciones judías, libros, folletos, manifiestos, estatutos y documentos, así como de la actuación organizada de los judíos aquí, como en los demás, demuestra claramente que **en todas partes** existe acumulado un mundo de odios *contra todo lo no-judío.*

XII

LA ORDEN UNIVERSAL DE LOS "B'NAI B'RITH"

Las organizaciones del judaísmo son tan numerosas como admirablemente esparcidas. Todas son prácticamente internacionales, hágase constar o no en los estatutos. La "*Alliance Israélite Universelle*" (París) puede conceptuarse como centro mundial de gravitación de la política judía internacional, pues todo conjunto de sociedades en los diferentes países guarda relación con ella.

La Orden independiente B'nai B'rith que alcanzó ya el millón de socios, es *declaradamente internacional,* habiendo subdividido la tierra habitada en 11 distritos, de los cuales 7 se hallan enclavados en Estados Unidos. Según la última memoria, ascendió el número de sus logias a 426, domiciliadas en Estados Unidos, Europa, Asia y Africa. De los cuatro miembros del Comité ejecutivo no residentes en Estados Unidos, cada uno vive respectivamente en *Berlín, Viena, Bucarest* y *Constantinopla.*

Al repasar las juntas directivas de las asociaciones judías, llama la atención el hecho de que en todas aquellas de cierta importancia los hombres directores sean siempre los mismos. Algunos nombres se repiten constantemente, pero no sólo en estas juntas, sino en Comisiones del Senado, en los cargos más importantes de la Administración militar y en todos aquellos lugares donde *el judaísmo internacional* se suele mezclar en la política del mundo. Todos estos hilos convergen finalmente en el *Comité judeo-americano y en la Kehilla neoyorquina. Los Mack, Brandeis, Warburg, Schiff,*

Morgenthau, Wolf, Kraus, Elkus, Straub, Luis Marshall, aparecen siempre en todos los asuntos de gran importancia.

En Estados Unidos de América existen 6.100 organizaciones judías, de las que según las últimas publicaciones se domicilian en Nueva York unas 4.000. Esto demuestra cuán estrecha e íntimamente están unidos los judíos entre sí (en las formas más variadas), pero siendo siempre el lazo de unión irrompible *el de la raza.*

La organización más conocida es la Orden "B'nai B'rith", cuya sede radica en Chicago, y se fundó en 1843. Sus fundadores fueron en su mayoría judíos de procedencia alemana. "B'nai B'rith" quiere decir "Hermanos de la Ley" (de Moisés). La primera fundación filial fuera de Estados Unidos, tuvo lugar en Berlín el año 1885, donde se construyó la Gran Logia número 8 y a la que siguieron bien pronto otras Grandes Logias en Rumanía y Austria.

La Orden tiende a educar a sus miembros en todas partes en el patriotismo. Como, para citar un ejemplo, la logia número 6 en Illinois pudo fortalecer el patriotismo de los miembros de la logia número 8 en Alemania, no es fácil, sin embargo, de comprender.

La orden intentó manifestarse también en el terreno político. La historia diplomática de Estados Unidos en estos últimos 70 años conserva muchos rastros del B'nai B'rith. En 1870 se nombró cónsul de los Estados Unidos, en Bucarest, al hermano *Piexotto* con misión especial de "mejorar la situación de los judíos cruelmente perseguidos en Rumanía". Estas "persecuciones" no eran sino la defensa de los aldeanos rumanos contra sus dos peores enemigos: el aguardiente judío y el arrendador judío. Aquel nombramiento se hizo "a raíz de proposiciones hechas por la Orden. Las negociaciones se llevaron a cabo preferentemente por el hermano *Simón Wolf.*"

Este Simón Wolf ha sido durante 50 años el representante permanente y oficial de los intereses judíos en Wáshington. Si quisiera, podría escribir una historia sumamente instructiva acerca de las relaciones entre el B'nai B'rith y los nombramientos diplomáticos americanos. El fué quien propuso al ministro de Estado Bryan, el nombramiesnto de un *embajador judío para España, para demostrar así que "América" protesta aún contra la expulsión de los judíos en el siglo XV* (1). Judíos fueron también los que indujeron al Presidente Harding a que nombrara un judío embajador americano en Berlín, para demostrar a los alemanes su desaprobación a denegar el predominio judío en industria, Hacienda y política. Tal interpretación del servicio diplomático americano como agencia ejecutiva de los intereses mundiales judíos, existe desde hace tiempo, habiendo tenido por consecuencia muchos nombramientos que en todo el país causaron extrañeza y duda.

Merece observarse especialmente, que mientras los judíos americanos proveyeron los puestos diplomáticos orientales con los suyos, los judíos británicos, en cambio, hicieron otro tanto con los altos cargos en India, Persia y Palestina. De esta suerte todo el medio Oriente se halla bajo la inspección judía, dando a entender al mundo mahometano que los judíos, una vez conquistado el mundo de raza blanca, se preparan ahora a regresar a su antigua patria. Este intento de una aproximación de los creyentes de Moisés a los de Mahoma requiere suma atención.

---

(1) Quizá vayan comprendiendo los españoles ahora el íntimo significado psíquico, que motivó las para ellos tan desastrosas guerras de Cuba y Filipinas, así como el modo de llevar y de hacer las paces. Por mucho que haya pesado la codicia "americana", mucho más potente fué y sigue siendo el eterno odio y el espíritu de venganza de la raza judía. — *El trad.*

A la Orden de B'nai B'rith pertenecen preferentemente los judíos religiosamente algo liberales, de los que indudablemente muchos pensarán también más libremente acerca de la cuestión de raza. Esta Orden no el portavoz de la totalidad de los ideales judíos, sino que representa el *centro de ciertas intenciones determinadas*. No es que dicha Orden gire más alto que el Comité judeo-americano, sino que representa un brazo ejecutivo de largo alcance. Se la puede conceptuar como masonería exclusiva de los judíos, y esto indica su particularidad característica, a saber. que *el judío exige como perfecto derecho el ser admitido en todas las sociedades y Órdenes cristianas; pero que las suyas, sola y exclusivamente admiten a judíos*. Tal política unilateral es norma israelita.

En cabeza de la actuación del B'nai B'rith figura la labor de la *"Liga anti-difamatoria"*. Esta junta interior existente en toda logia, presta el servicio necesario de espionaje para mantener a la Gran Logia al corriente de todo cuanto al judaísmo pueda afectar. En su proceder provocativo procede la Liga anti-difamatoria con arreglo a directivas trazadas con suma precaución. Generalmente en toda la población figura como presidente de la Liga un personaje de gran influencia, capaz de ejercer presión sobre la Prensa. A veces es el proletario de una agencia de publicidad que dispone del reparto de los anuncios entre los periódicos locales, de suerte que éstos, desde este punto de vista, dependen de su benevolencia. La Liga anti-difamatoria es la que organiza los boicots. Y no es que sólo proclame sus protestas alta y públicamente, sino que utiliza también los medios callados de presión y coacción, que aparentemente ni se notan. En suma: una corporación sumamente belicosa, cuyos medios empleados no son dictados siempre por la moral y la justicia.

Uno de sus éxitos más visibles consiste en haber suprimido realmente la publicación de la palabra "judío", a no

ser en sentido laudatorio. Durante mucho tiempo la gente no sabía cómo llamar a los judíos: si "hebreos" o "israelitas", o de qué otra forma. Consecuencia lógica fué, que todos los pueblos tuvieron que sufrir las "teorías" procedentes de los judíos; pero cuyo nombre no era lícito pronunciar. Hace poco compareció un judío ante el juez por asesinato de su mujer; los periódicos le llamaron "un precoz pequeño inglés". Los rusos y los polacos residentes en Estados Unidos tienen que aguantar indignados, y muchas veces, pero siempre en vano, han protestado públicamente contra ello, de cómo se abusa de la denominación de sus nacionalidades en las crónicas periodísticas y los informes policíacos, para hacer desaparecer la de los judíos.

Tan pronto como algún periódico añade el concepto de "judío" al nombre de cualquier criminal, aparece inmediatamente la Liga anti-difamatoria con su protesta. El razonamiento, que siempre se repite, es: "Si este criminal fuera metodista o presbiteriano, no se haría constar expresamente; ¿por qué se hace constar tratándose de un judío, puesto que este concepto no tiene sino un significado religioso?" Si tal razonamiento no se basara sobre el falso supuesto de que la palabra "judío" se haya empleado en sentido religioso, lo que a nadie se le ocurre, podría parecer correcto. En la práctica, empero, esta ocultación de la nacionalidad de un criminal es una injusticia manifiesta contra los miembros de otras nacionalidades, que de este modo tienen que sufrir la maldad de los criminales judíos. Significa tal proceder una restricción de la libertad honrosa de la Prensa.

Este proceder de la Orden B'nai B'rith quita toda esperanza de una aproximación o reconciliación. Quizá no exista en el mundo pueblo alguno que esté más dispuesto a solucionar la cuestión judía justiciera y pacíficamente, que el americano; pero el arreglo no podrá nunca conseguirse en el

sentido de la descristianización y judaización de Estados Unidos, y esto es lo que pretende la Liga anti-difamatoria.

Uno de los bastidores más eficaces, tras que el judaísmo sabe ocultar sus verdaderas intenciones, es el organizar *mítines gigantescos*. La *Kehilla neoyorquina*, o lo que es lo mismo, el Comité judeo-americano, puede en 24 horas organizar mítines monstruos en cada población americana. Estos son medios de combate puramente mecánicos, no para expresar francamente la opinión judía, sino para influenciar a la "opinión pública" en sentido perfectamente determinado. En suma: ¡arte de tramoya!

Por medio de los mítines monstruos se obligó en un tiempo al Gobierno a que revocara el Tratado de Comercio existente con Rusia; con ellos se impedía la necesaria modificación de la Ley de Inmigración. En el caso de que el presidente de Estados Unidos tuviera la ocurrencia de despedir a un funcionario judío, o de que el Negociado Estadístico quisiera hacer constar los judíos residentes en América según su raza, mañana mismo en cien capitales de todo nuestro territorio se organizarían las consabidas asambleas gigantescas, protestando ruidosamente contra ello

La razón de porqué la orden B'nai B'rith ha concentrado todas sus energías en eliminar de la literatura escolar y universitaria el "Mercader de Venecia" de Shakespeare, no es claramente comprensible. Sin embargo, en gran parte consiguió su objeto o, por lo menos, en noviembre de 1919 pudo la Liga anti-difamatoria anunciar que dicha obra se había suprimido en 150 colegios, lo cual redundó precisamente en desventaja de los judíos en todos los conceptos. Un éxito que no pudo obtener la Orden fué eliminar de la Biblioteca de Boston el cuadro de Sargen "La Sinagoga". Por muchas protestas que se elevaron clamorosamente, el cuadro sigue en su puesto.

En la Navidad del año pasado apenas se encontraron tarjetas de felicitación que hicieran mención del significado de la festividad. En las Pascuas venideras ocurrirá otro tanto: todo lo cristiano es "antisemitismo" y tiene que desaparecer. *El rabí Coffee declaró que el Nuevo Testamento era el libro más antisemita que se ha escrito...*

Toda esta agitación judía, empezada por la supresión de la Biblia hasta llegar a la eliminación de Shakespeare, fué un enorme desacierto y se convertirá en descalabro, cuyas consecuencias tendrá que sentir el pueblo judío en días no lejanos.

XIII

CÓMO CARACTERIZA DISRAELI A LOS JUDIOS

Muy corriente es que los judíos se lamenten de que no se les comprenda. Siempre se les "hace sospechosos", siempre se les "persigue", a no ser que se les "adule" en exceso. Cuando los no-judíos, cuando las Iglesias cristianas se libraran del error de creer que los judíos de hoy no son idénticos a los del Antiguo Testamento y cuando supieran lo que manda el Talmud, no es dudoso que el "sospechosos" se transformaría en "culpables".

La catástrofe de Rusia fué precedida de una desfiguración sistemática del carácter nacional ruso, preparada largamente por la Prensa mundial judía y por el servicio diplomático judío. Bajo los auspicios de los judíos, el nombre de Polonia fué maltratado en la Prensa americana, siendo el único crimen de los polacos el quererse defender de los judíos. Estas formas de "hacerse sospechosos" constituyen por lo visto exclusiva prerrogativa de los judíos. En cambio, dondequiera que en el bando contrario se levantara una voz previsora contra la irrupción del judaísmo y contra su oculto predominio en nuestra vida, se hablará en seguida de "difamaciones". Nunca atacan los judíos una cuestión directa y lealmente, sino que su modo de luchar consiste siempre en desmentir afirmaciones nunca hechas, en tergiversaciones y en ganarse para sí la sentimentalidad de sus contemporáneos, y de envolver a otras personas en sus propios manejos. A este último grupo pertenecen preferentemente los *francmasones*, que observarán con estupor en estos últimos tiempos, cómo su

buen nombre se une indisolublemente con el de los judíos. El conocedor de los asuntos judíos, comprende esto perfectamente. Dos veces en la historia de Estados Unidos fué intranquilizado el pueblo americano por sentirse subyugado a influencias extrañas en sus asuntos públicos. Ambas veces consiguieron los actores fantasmas entre bastidores desviar la sospecha hacia los francmasones, una vez bajo la presidencia de Jorge Wáshington y otra bajo la del presidente Adams, se publicaron libros, se pronunciaron discursos, la Prensa hizo indagaciones; nadie tropezó con la influencia judía. George Wáshington comprendió, en efecto, que las influencias traidoras no provenían de los francmasones, y encontró huellas de las fuerzas secretas que intentaban manifestarse bajo el antifaz de la francmasonería. Pero el presidente Adams no ahondó tanto. La francmasonería al fin y al cabo salió del asunto intachable, resultando que era completamente inocente de todas estas maquinaciones. Estas provenían de una seudomasonería francesa, que servía a fines ateístas y anarquistas, pero la gente vió sólo algo que parecía ser una francmasonería, sin conocer la mano judía oculta que dirigía. En 1826 se intentó por segunda vez desviar la atención sobre la francmasonería. Desde entonces su buen nombre quedó sin mácula, hasta estos últimos tiempos, en que los judíos nuevamente intentan esconderse tras de la masonería americana. Sin embargo, pueden los judíos estar segurísimos de que tampoco esta vez conseguirán cubrirse con el escudo masónico, ni les servirá para recibir las flechas que se dirigen contra los hechos anárquicos manifiestamente judíos. La francmasonería americana nunca ha tenido parte en las intrigas judías.

Merece observarse que, igual que los judíos han intentado abusar del nombre de la masonería para dirigir sobre ella los golpes de sus adversarios, lo intentaron hacer también con el de la *Compañía de Jesús*. Si los jesuítas y los masones qui-

sieran comparar todas las señales características de los medios empleados, llegarían a dar con el mismo origen. Si bien tal intento se malogró en ambos casos, sufrió, sin embargo, el buen renombre de las dos asociaciones.

Aquí se nos ofrece una de las muchas coincidencias concretas entre los "Protocolos" y los "hechos". Si bien los Protocolos declaran la guerra a ambas asociaciones, intentan, sin embargo, los judíos servirse de las dos para conseguir sus fines judíos. Ambas asociaciones sabrán en adelante protegerse una vez conocido el plan judío. Sobre este tema existen infinidad de escritos, de cuya existencia el mundo nada sabe, sino que quedará reservado a la historia venidera el dilucidar científicamente los intentos de los judíos para *servirse de la masonería y destruirla simultáneamente.* Tal estudio demostrará como las influencias judías obraban, sin que fuera posible conocer su procedencia. Las gentes agredían lo que tenían delante de los ojos, sin que fuera la fuente de sus males. Representa un gran progreso el que hoy el plan mundial sea visible y se le vaya comprendiendo.

La siguiente narración demostrará que los judíos carecen del derecho de poder afirmar, que siempre se les haga "sospechosos", utilizando para ello el testimonio de un prominente judío, a quien sus hermanos de raza proclaman orgullosos como uno de los suyos.

Benjamín Disraeli, con el nombre de *Lord Beaconsfield,* presidente del Consejo de ministros de Gran Bretaña en 1860, era judío, y de ello se ufanaba, a pesar de haber sido bautizado. Como literato publicó varios libros, que trataban de hacer juzgar debidamente a su pueblo.

En su novela *Comingsby* nos pinta el carácter judío en la persona de Sidonia, de cuyo modo de ser y obrar quiso Disraeli presentarnos, sin duda, al judío tal como él hubiera querido que juzgáramos al judío en general.

Sidonia descubre al joven Coningsby su procedencia con las siguientes frases: "Profeso la fe que tenían los apóstoles antes de que siguieran a su Señor". Esta es la única vez que se habla de "fe". Se encuentra, en cambio, en el corto prefacio de la quinta edición del año 1919 cuatro veces el concepto de "raza" empleado con referencia a los judíos.

En la primera conversación entre ambos personajes se declara Sidonia amigo de la voluntad de dominar, concluyendo una discusión alrededor de los grandes personajes históricos con las siguientes palabras: "Aquaviva fué general de los Jesuítas, dominó sobre todos los gabinetes europeos y colonizó América, cuando no contaba 37 años. ¡Qué carrera!"

Al caracterizar a Sidonia nos pinta Disraeli a los judíos como árabes de Moisés, con lo cual quiso fijarles una posición determinada entre las naciones del mundo. En otro lugar, en cambio, les llama árabes judíos. Además formula la tesis de que quien se resista a la voluntad judía caerá bajo el anatema, cuya idea alcanza y se dirige a los vastos círculos cristianos. El "miedo al judío" es una señal manifiesta de ello, siendo, por tanto, mimosamente cultivado por los judíos. Lo elevan a la esfera de lo religioso, según la palabra bíblica, que dice: "Maldeciré a quien te maldiga", creyéndose con derecho de conceptuar toda crítica de su ser como una herejía. Si los judíos estuviesen conscientes de su vocación de "ser una bendición entre los pueblos", tendrían que cesar automáticamente en los hechos con que ahora se hacen antipáticos. Cuando se ataca al judío, no se hace por ser judío, sino porque ejecuta hechos y ejerce influencias que conducen al derrumbamiento de toda moral social a no ser que se les detenga en su camino.

La persecución de los judíos, de la que se viene ocupando Disraeli, es la efectuada por la Inquisición española, que se basaba en motivos religiosos. La historia de la familia de

Sidonia tomada de una época turbulenta de la historia europea, se nos pinta de la siguiente forma: "Durante los desórdenes en la Península ibérica ganó cierto miembro de la rama menor de nuestra familia una inmensa fortuna suministrando material de guerra a los *diferentes ejércitos* combatientes". Es un hecho innegable, y que puede aplicarse a toda la historia de la era cristiana, que para los judíos, "perseguidos" o no, las *guerras siempre fueron épocas de gran vendimia.* Fueron los primeros abastecedores de los ejércitos. Si aquel Sidonia abasteció a los "diferentes ejércitos", es decir simultáneamente a los de amigos y enemigos, obedeció exactamente a los métodos y reglas certificadas por escritos de la raza judía.

"Al hacerse las paces, y en previsión del gran porvenir financiero europeo, y confiándose a la fertilidad de su ingenio, a sus profundos conocimientos de las Haciendas nacionales y de sus fuentes naturales, decidió Sidonia emigrar a Inglaterra, con la que ya en el transcurso de los años había anudado múltiples relaciones comerciales. Allí desembarcó con un gran fortunón, una vez hecha la paz en París. Con la totalidad de sus capitales tomó parte en el empréstito de Waterloo, cuyo éxito le convirtió en uno de los más fuertes capitalistas de Europa. Apenas establecido en Inglaterra, volvió a profesar públicamente su judaísmo..."

"Y en España había previsto Sidonia que Europa, después del agotamiento de una época guerrera de 25 años, necesitaría capitales para volver a sus condiciones normales. Comenzarían a cosecharse los frutos de su inteligencia. Europa necesitaba dinero, y Sidonia estaba dispuesto a prestárselo. Francia necesitaba algo, Austria más, Prusia un poco Rusia un par de millones. Sidonia pudo dar abasto a todos ellos. *El único país, del que se abstuvo, fué España.*"

Describe Disraeli el método del proceder judío en tiem-

pos de paz y de guerra exactamente como lo hicieran otros autores. El lo hace manifiestamente al objeto de glorificar al judío, mientras que los demás pueblos tuvieron ocasión de enterarse de *lo que en tiempos de paz y de guerra se va combinando entre bastidores.* Consta, pues, que Sidonia prestó dinero a todos los Estados. Pero, ¿de dónde lo tomó? *Durante las precedentes guerras se lo había quitado exactamente a los mismos pueblos, a los que en la paz se lo volvió a prestar con usura.* Fué exactamente el mismo dinero, y los grandes financieros, que actúan durante la paz y durante la guerra, son también los mismos, a saber, *El Judío Internacional*, según nos comprueba Disraeli en su libro escrito con tendencia de glorificar el tipo judío. Y prosigue el autor: "No es difícil comprender que Sidonia, una vez recorrida en unos dos lustros la esbozada carrera, fuera uno de los personajes más prominentes de Europa entera. *En la mayoría de las capitales había establecido a un hermano u otro pariente cercano suyo, en quien podía confiar en absoluto. Fué dueño y señor del mercado financiero mundial, y con ello, dueño y señor de todo lo demás.*"

¿No es la quintaesencia del *judío internacional* lo que Disraeli nos va describiendo aquí, lleno de orgullo y admiración? Pero ¿no se levantaría en seguida el grito de "persecución" y "odio" si un autor no-judío se atreviera a pintarnos este mismísimo cuadro con la somera indicación de que no es precisamente en beneficio y provecho de la humanidad el que una caterva de hebreos se erigieran en "dueños y señores del mercado financiero mundial" y por ende en "dueños y señores de todo lo demás"?

La citada novela nos facilita raros indicios de la *intromisión judía en la Compañía de Jesús.* "El joven Sidonia había tenido suerte con el preceptor que su padre le había buscado, maestro que se dedicó con todo ahinco a perfeccio-

nar su fino espíritu y su educación. Antes de la revolución había sido padre jesuíta y más tarde fué relegado por su actuación liberal, pero aun siendo entonces miembro del parlamento español, siguió siendo Rebello judío. En su discípulo encontró esa madurez temprana del espíritu con que se distingue el espíritu árabe.'' La carrera de Sidonia le condujo también al predominio mundial intelectual. Viajó todas las partes del mundo, *escudriñó todos los secretos,* y volvió a casa llevando, como quien dice, el mundo en el bolsillo del chaleco; un hombre completamente exento de sentimentalismos y demás sensibilidades. ''No existía en toda Europa *un solo aventurero* con quien no estuviera Sidonia en confidencias. Ningún ministro de Estado disponía de tantísimas relaciones con agentes secretos y espías políticos. Estuvo en contacto con toda *la hez de la humanidad.* Una lista completa de todos sus conocimientos con griegos, armenios, moros, tártaros, gitanos, polacos ambulantes y carbonarios, proyectaría luz clara sobre las *fuerzas subterráneas, de las que el mundo en general sabe tan poca cosa,* pero que ejercen una influencia tan decisiva sobre los grandes acontecimientos... La Historia oculta fué su manía, siendo su juego predilecto el de ir comparando las *energías propulsoras ocultas tras de los acontecimientos con los descritos engañosamente y dados a la publicidad.''*

Aquí tenemos al *judío internacional* tal cual es. El personaje teórico de los ''Protocolos de los sabios de Sión'', cuyos dedos saben tocar todas las cuerdas del saber y sentir humanos, y que al mismo tiempo dirige y manda la potencia más brutal, que en este mundo existe: el dinero. Si cualquier autor no-judío se hubiese atrevido a pintarnos así a Sidonia con todas las características realistas de su raza y de su historia, se le hubiese expuesto a todas las presiones. Disraeli, en cambio, se pudo permitir tal lujo, y lo hizo tan abiertamente y con tanta desnudez, que casi se podría sospechar que su intento fué dar al mundo clara advertencia.

Todo cuanto Disraeli nos viene contando de Sidonia, retrata los demás judíos. Este es también el retrato, deducción hecha quizá del grado elevado de su educación, de ciertos preponderantes judíos americanos que se mueven en los círculos aristocráticos, sin por ello dejar su trato con aventureros, agentes secretos, espías políticos, con judíos enmascarados, y las potencias subterráneas, de las que la humanidad, en general, sabe tan poca cosa.

Esta combinación de alzas y bajas es el secreto del poderío judío, quien para relacionarse no conoce nada indecoroso. A ningún judío se le expulsa de su comunidad por delito cometido en perjuicio de los no-judíos, sino que, según su carácter y sus facultades, encontrará siempre una colocación adecuada.

Algunos judíos neoyorquinos pertenecientes a la "alta sociedad" no dejarán de recordar ciertamente sus relaciones íntimas con el "aventurero" que abandonó América para derrumbar la Rusia zarista. A otros, en cambio, les sería muy incómodo el que se publicaran sus relaciones con "agentes secretos y espías políticos". — Sidonia es el prototipo del *judío internacional* y también del existente en América.

Hasta aquí se nos viene relatando el curso exterior de la vida de Sidonia. Luego éste habla de sí mismo, lo cual se hace "a mayor gloria del judaísmo" en general. Se extiende sobre las injusticias que su pueblo tiene que sufrir en Inglaterra. Siempre el mismo patrón: *mientras se incautan del sumo poder, suscitan aún la compasión para los pobres judíos siempre injustamente perseguidos.* La novela de que tratamos se publicó en 1844 y, sin embargo, refleja aún hoy, y hasta en los más mínimos detalles, la actualidad existente en la Inglaterra de nuestros días... "Desde que vuestra sociedad inglesa cayó en desorden, se va colocando el pueblo judío, hasta entonces leal, en una y la misma fila con los niveladores

políticos, decidido a favorecer una política en la que puede perder vida y bienes, antes de supeditarse a un sistema, que le denigra.'' Bajo el concepto de niveladores políticos habrá de entenderse aquellas ideas políticas y religiosas mal llamadas ''liberales'', que ocupan tan amplio espacio en los famosos ''Protocolos'', y que, impotentes de ir edificando nada por sus propias fuerzas positivas, no quieren sino destruir el orden existente.

Esta última frase citada nos facilita también la contestación de Disraeli sobre la pregunta de ¿por qué los judíos habían de ayudar al bolchevismo, cuando ellos sufrían bajo su régimen? o esta otra: si fuéramos realmente omnipotentes, ¿por qué sufriríamos también bajo los desórdenes reinantes en el mundo? Resulta que *cada desorden representa un escalón en el camino hacia el predominio mundial judío,* y por este ideal cada judío soporta voluntarioso todos los sufrimientos. Sin embargo, no tienen que sufrir los judíos nunca tanto como en igualdad de circunstancias sufren los no-judíos. Para los judíos en Rusia, por ejemplo, dejan los soviets importar toda clase de subsistencias. Grandes masas de ''víctimas hambrientas de la guerra'' están perfectamente en condiciones de poder abonar hasta los más elevados pasajes para América. Sus sufrimientos, relativamente pequeños, los soportan en la seguridad de que cada catástrofe de la sociedad humana les ofrece una ocasión de acercar algo más sus garras a los centros del poder en este mundo.

De acuerdo con las instrucciones dadas en los ''Protocolos'', los judíos derrumban el orden existente, esparciendo ''ideas''. Dice Sidonia: ''En cierta crisis política perdieron los conservadores un puesto, porque los judíos habían votado en contra de ellos. La Iglesia, intranquilizada por el plan de una universidad liberal, se entera con desahogo de que las sumas necesarias para ello no se reunen: entonces un judío

adelanta el dinero suministrando lo necesario... Y con cada generación que pasa, saben hacerse más peligrosos en su poderío contra la sociedad, que se les muestra hostil.'' Desde entonces han pasado varias generaciones. Cada orden societario no-judío lo conceptúa el hebreo como una organización hostil, a la que tiene que derrumbar. Disraeli fué un profeta, sus palabras se han cumplido: a cada generación los judíos se han hecho más peligrosos y más poderosos. El grado de peligro se nos muestra a cada mirada lanzada en derredor nuestro.

Sidonia prosigue: ''Ya le dije que pensaba marcharme mañana a la capital, porque me he impuesto la regla de estar siempre presente cuando se trata de algo político. Por lo demás no me ocupo de nada. Leo en los periódicos sobre guerra y paz sin alterarme, a no ser que me entere de que algún que otro soberano necesite dinero; entonces sé que los monarcas nos necesitan.'' No ocupaba Sidonia cargo público alguno. Aun no había madurado su tiempo. Pero mucho tiempo antes de que pudiera satisfacer su ambición de ejercer los poderes públicamente, ya se manifestaban éstos clandestinamente, y esta forma se ha mostrado muchísimo más eficaz que no la pública. Se puede decir que cuantos más judíos ocupan cargos públicos, tanto mayor es también su poderío secreto.

''Hace un par de años que Rusia se dirigió a nosotros, si bien entre la Corte de San Petersburgo y mi familia nunca existieron relaciones amistosas, sino que en tal caso intermediaban nuestros amigos holandeses. Nuestras amonestaciones en favor de los hebreos polacos, el grupo más numeroso, pero también más desdeñado de nuestro pueblo, no fueron precisamente muy gratas al Zar. Sin embargo, las circunstancias obligaban a una aproximación entre los Romanov y los Sidonia. Decidí marcharme a San Petersburgo. Apenas llegado, tuve una entrevista con el conde de *Cancrin,* ministro de Ha-

cienda ruso: ante mí encontré al hijo de un judío lituano. El empréstito se relacionaba con los acontecimientos en España. Allí tuve una entrevista con el ministro *Mendizábal*, reconociendo en él a un hermano mío de raza, hijo de un neocristiano, antes judío aragonés."

"A raíz de los rumores que circulaban en Madrid, me marché directamente a París para tratar con el presidente del gabinete francés, y ¿qué veo? ¡Al hijo de un judío francés, un héroe, un mariscal del Imperio!"

Si este Sidonia emprendiera hoy otro viaje circular, encontraría en todas partes, donde antiguamente viera a *un* judío, catervas enteras de hebreos, y siempre ocupando los puestos más elevados. Y más aun, cuando extendiera su viaje a Estados Unidos de América, ¡cuán enorme número de apellidos judíos en los círculos oficiales de Wáshington y Nueva York sonarían a sus oídos! En un Consorcio en que hubiera algún no-judío aislado le aparecería un extraño, a quien los judíos hubieran permitido graciosamente la entrada.

"El resultadó de nuestras conferencias fué que se iba a invitar a cualquier potencia norteña a que mediara amigablemente. Convinimos en que ésta fuera Prusia, y el presidente del gabinete invitó al ministro prusiano a un viaje a París, y en efecto, llegó pocos días más tarde. Entró el conde de *Arnim*, y ¡me vi frente a un judío prusiano!"

"Usted ve, querido Coningsby, que el mundo es gobernado por personajes completamente distintos de lo que creen los que ignoran la vida de entre bastidores."

Así es, en efecto; pero ¿por qué no ha de mirar el mundo también alguna vez tras de esos bastidores?

Y ahora siguen las palabras más trascendentales que Disraeli escribiera; palabras que casi obligan a suponer que las haya escrito con la idea de prevenir al mundo de las ambiciones judías.

"Nunca observará usted en Europa un magno movimiento espiritual en el que no participen los judíos en alto grado. Los *primeros jesuítas fueron judíos.* La misteriosa política rusa, que inquieta a toda la Europa occidental, es organizada y en parte realizada por judíos. La enorme revolución, que en estos momentos se va preparando en Alemania, y que efectivamente se convertirá en una segunda Reforma, pero de la que hasta ahora en Inglaterra se sabe aún tan poca cosa, se va desarrollando completamente *bajo los auspicios activos de los judíos"* (1).

Los judíos dicen que los "Protocolos de los sabios de Sión" son puro invento; ¿es que Disraeli lo es también? ¿Desconocía a su pueblo? O ¿es que sus retratos son, al contrario, de sumo realismo? Y ¿qué es lo que este autor judío nos dice? Que en Rusia, donde los judíos, según sus eternas quejas, están más "oprimidos" que en parte alguna, llevaban en realidad las riendas. Con su profecía de la revolución venidera en Alemania, de la que ningún alemán tenía la más leve idea, nos comprueba cuán magníficamente dominan los judíos la técnica revolucionaria. ¿Cómo fué posible que lo predijera? Porque la revolución se iba preparando bajo los auspicios secretos de judíos, y porque (y no precisamente el hombre de Estado) Disraeli sabía que, tanto en su origen como en su desarrollo y sus fines, fué ni más ni menos que judía.

Un hecho es indiscutible: el de que *Disraeli ha escrito la pura verdad,* señalando a su pueblo al mundo tal cual es. Su

---

(1) La novela "Coningsby" fué escrita en 1843 y profetizaba detalladamente la revolución alemana del 48. Compárese este detalle con el hecho de que ya en 1817 judíos alemanes residentes en España "profetizaban" la revolución alemana de noviembre de 1918: y se tendrá idea ligera de lo ocurrido "entre bastidores". Otro síntoma es la pomposa conmemoración del 75 aniversario de la revolución del 48 por el Gobierno alemán de 1923. — *El trad.*

retrato del poderío judío, de sus fines y sus métodos, es por ello tan verídico. No sólo está observado con el ojo del artista, sino que se completa con pinceladas nacidas de la comprensión y consentimiento hermanados. Que ¿por qué lo hiciera? ¿Por grandilocuencia, esta particularidad del carácter judío, tan peligroso siempre a sus secretos? O ¿es quizá que le impulsaba su conciencia a descubrir al mundo los planes ocultos del pueblo de Judas?

Conste de todos modos que dijo la verdad, sin que sus hermanos de raza le puedan o deban desmentir por "sospechoso".

XIV

EL JEFE DE ESTADO QUE TUVO QUE INCLINARSE ANTE EL JUDIO INTERNACIONAL

William Howard Taft es una persona sumamente amable. Apenas asintió con un "no" en su vida presidencial. Será una postura sumamente cómoda, pero el mundo no adelanta con ello nada. La armonía nace de las disonancias, de la lucha contra hechos desagradables, no de mimosidades.

Una vez durante su presidencia se resistió Taft a ciertos actos desagradables; pero salió malparado, y sacó sus consecuencias. Empecemos con un hecho muy reciente, con una defensa pro-judía del señor Taft.

Por el "efecto" de la presente obra demostraron los prominentes judíos americanos con su perplejidad, que la veracidad de los hechos aquí aducidos imposibilita todo intento de pasarlos por alto ni refutarlos. Precisamente esta postura adoptada por los judíos contra estas publicaciones surtió no menos efecto de lo que lo hicieran los mismos hechos citados. Un gran aparato funcionó en contra de ellas, y toda clase de "autoridades" se movilizaron. Puesto que los judíos mismos van comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, hoy llaman en su ayuda a infinidad de "competencias" no-judías. Como en Rusia, también aquí se coloca este ejército auxiliar en primera línea de combate.

A Taft se le distinguió con tal honra. Según su propia confesión pronunciada en 1º diciembre 1920, ni siquiera ha leído personalmente la presente serie de artículos, sino que se

confió al juicio de los judíos acerca de ellos. Sin embargo, en 23 de diciembre, y en un discurso pronunciado ante el "B'nai B rith" en Chicago, emite un juicio con la certeza de un hombre que ha estudiado a fondo toda la cuestión judía, y que a raíz de ello ha llegado a conclusiones definitivas y contundentes. Ya en 1º de noviembre, y antes de haber siquiera leído esta serie de artículos, las caracterizó ante un judío neoyorquino como "torpes crónicas, que, según me dicen, trajo el *Dearborn Independent*", es decir, que fundó su juicio sobre meros rumores. Todo coincide y supone que tampoco antes en su discurso de Chicago hubiera leído nada personalmente.

Los judíos necesitaban el nombre Taft necesitaban urgentemente a cristianos de "reclamo", y los consiguieron. El referido discurso no dice nada acerca del asunto en sí, no prueba nada, ni refuta nada. Párrafos del mismo fueron reproducciones, en parte al pie de la letra, sacadas de un discurso pronunciado acerca del asunto por un rabino neoyorquino. Taft se convirtió en un linguáfono, por medio del cual los judíos hicieron reproducir sus propias palabras. El objeto del discurso fué que en todos los periódicos del país fuera reproducido como "la voz del pueblo americano". Pero todo esto no disculpa el hecho de que Taft no haya contribuído absolutamente nada a la aclaración del asunto. Taft se declara adversario de predisposiciones religiosas. Esto lo es cualquiera. También declina las predisposiciones de índole de raza, igual que toda persona sensata. Pero ¿qué tiene que ver esto con la cuestión judía?

El quid del tema "Taft y los judíos" data de la época en que Mr. Taft era todavía presidente de los Estados Unidos. Los judíos sostienen cerca del Gobierno de Wáshington una embajada perpetua, cuya misión consiste en inspeccionar constantemente a todo presidente durante el desempeño de su

cargo, y también a su presunto sucesor. De ahí resulta que Taft fuera conocido de los judíos mucho antes de que llegara a ser presidente. Fuera, pues, que no prejuzgaran debidamente su ulterior política, o que no dieran gran importancia a su personalidad, consta de todos modos que no hicieron gran caso de él. Faltan los suficientes indicios para juzgar si antes de ser elegido a la presidencia corría él detrás de los judíos, o éstos detrás.

Siendo presidente demostró una vez cierta oposición contra los judíos, por lo cual éstos le declararon completamente "alejado" para ellos. En otra ocasión se presionó sobre él con tan hábiles artimañas, que "fué" obediente para siempre a los caprichos judíos. El caso pertenece a la larga historia de disenciones que América ha tenido que sostener con otros Estados a causa de los judíos. Desde 1840 hasta 1911 ha sufrido Estados Unidos por esta razón innumerables disgustos diplomáticos, y en el curso de uno de ellos, que en 1911 alcanzó su punto culminante, el presidente Taft fué "absorbido".

Durante muchos siglos había tenido Rusia sus conflictos con los judíos, pues éstos socavaban los fundamentos de su Estado, hasta que un día Rusia sucumbió al poder judío. Disraeli sabía lo que el mundo entero ignoraba: que la mano judía pesaba cruelmente sobre este imperio. *El más absurdo engaño universal de la era moderna consistió en la propaganda antirrusa por las pretendidas "persecuciones de los judíos".* Este imperio, por el contrario, había destinado para judíos gran parte de sus terrenos del Sur, siendo simultáneamente tan benigno en la ejecución de las leyes prohibiéndoles establecerse en otras comarcas, que les hizo posible extender sistemáticamente sobre todo el país una red invisible, en la que encerraron todo el comercio de trigo y la "opinión pública", burlándose así del gobierno zarista. El griterío de las "persecuciones" se levantó, porque no se les permitía explotar a

su libre albedrío a los aldeanos; empero obtuvieron esta prerrogativa a pesar del Gobierno.

Cuando Estados Unidos se había convertido en la "Nueva Jerusalén", decidieron sus ciudadanos judíos utilizar al Gobierno americano para la ejecución de aquellas intenciones que hasta entonces, con otros medios, aun no habían podido realizar. Judíos rusos y alemanes solían venir a América, donde se hacían nacionalizar cuanto antes, para regresar después en calidad de "americanos" a Rusia con el propósito de establecer allí sus comercios. Rusia, empero, conceptuaba a los judíos como judíos y afectos a su legislación.

Cuantos más judíos americanos, alemanes y rusos volvían a Rusia para de esta suerte burlar las leyes rusas, tanto más se acumulaban las protestas dirigidas al Ministerio de Estado en Wáshington. Al principio no se les dió importancia, porque en muchos casos resultó de las averiguaciones que esos "nuevos" americanos no tenían interés ninguno en volver jamás a Estados Unidos, sino que habían adquirido la ciudadanía americana únicamente para que les sirviera de pasaporte general en Rusia. En tales casos el Gobierno americano no tenía razón de intervenir siquiera. Entonces se encargó a los representantes consulares americanos que se ocuparan del asunto. Uno de éstos, John W. Foster, informó en 1890 al Gobierno yanqui diciendo que Rusia debía complacer con gusto a ciudadanos americanos genuinos, pero no a judíos alemanes enmascarados.

Durante aquella época empezó a hacerse en Estados Unidos propaganda sumamente activa sobre la "cuestión rusa". En primer lugar gritaban los judíos a su característico modo sobre "persecuciones", como si la vida de los judíos en Rusia fuera el mismísimo infierno. En cambio informó el embajador Foster en aquella época diciendo: "...En todas las ciudades rusas excede el número de los judíos efectivamente allí resi-

dentes al de los inmatriculados, siendo bastante mayor de lo que lo permitiría una interpretación estricta de la legislación vigente. Así, conocedores de los asuntos de San Petersburgo, calculan a los judíos residentes en la capital en unos 30,000 contra 1,500 inmatriculados oficialmente. De igual fuente me informan que, mientras existe un solo colegio judío concedido, se educa a tres o cuatro mil niños judíos en colegios clandestinos. Otro indicio de la influencia judía consiste en que en los periódicos más importantes de San Petersburgo y de Moscou colaboran casi sin excepción uno o varios redactores judíos.''

Siempre resultaba de las indagaciones oficiales americanas que los judíos habían exagerado enormemente para forzar una intervención diplomática.

Cuando después de muchos años de propaganda subterránea y pública se había afianzado firmemente la ''opinión pública'', adoptó la agitación la forma del ''problema de pasaportes rusos''. ''¡Rusia se atreve a desdeñar un pasaporte americano! ¡Rusia ofende al Gobierno de los Estados Unidos! ¡Rusia trata indignamente a ciudadanos americanos!...'' y frases parecidas.

La agitación culmina en la *pretensión* de que Estados Unidos rompa todas sus relaciones comerciales con Rusia. Al mismo tiempo estudiaba el secretario de Estado Mr. Blaine el proyecto de cómo se podría levantar un dique contra la riada de inmigración judía, que en aquel entonces empezó a inundar el país. Resultó la extraña situación de que mientras los Estados Unidos tenían graves motivos de queja contra los judíos, aun debían impugnar a Rusia el derecho de hacer otro tanto dentro de su propio territorio. En efecto, el ministro de Estado ruso hizo advertencias diciendo que probablemente América no se quejaría de la inmigración de 200,000 inmigrantes judíos rusos si éstos fueran realmente *operarios*. En

cambio se comprendería perfectamente que a América no le convendría la afluencia de 200,000 *explotadores usureros.* Esta era también la razón de Rusia para oponerse a tales elementos, que querían explotar al país pero no favorecerlo y fecundarlo.

La agitación contra Rusia prosiguió sin debilidades, hasta que Taft fuera elegido presidente. Conviene aquí recordar la representación perpetua judía cerca del Gobierno de Wáshington. A su cabeza estaba una especie de "embajador", cuya misión consistía, naturalmente, en asegurarse de antemano de la persona de Taft. Pero en aquel entonces éste no les era tan adicto, como más tarde. Entre Rusia y los Estados Unidos existía desde el año 1832 un Tratado de Comercio, que en el transcurso de 80 años había respondido perfectamente a los intereses mutuos. El presidente consideró, pues, una exigencia exagerada anular este Tratado tan sólo por un capricho de los judíos. Junto a esta exigencia presentaron otra al presidente los judíos: la de anular el proyecto de ley votado en el Congreso, según el cual todos los inmigrantes habían de sufrir examen acerca de su educación escolar. La inmigración de los judíos rusos exentos de todo vestigio de cultura representaba en el conjunto de los planes judíos un aspecto tan importante, mientras los intereses del país en que habitaban no parecía siquiera para ellos existir.

Por fin el presidente Taft se vió obligado a preguntar directamente qué era lo que de él se pretendía. "Conferencie usted con unos cuantos prohombres del judaísmo americano", se le contestó. El 15 febrero 1911 aparecieron en la Casa Blanca de Wáshington *Jacobo Schiff, Jacobo Furth, Luis Marshall, Adolfo Kraus* y *Enrique Goldfogle.* Se almorzó cordialmente, y luego se conferenció. El presidente estaba bien preparado y no ignoraba que de largas discusiones no resulta nunca nada práctico. Sus huéspedes entraron con una deci-

sión ya hecha, creyendo poder "ganarse" al benigno presidente por las buenas. Pero ¡cuál no sería el estupor de los delegados al sacar de su bolsillo el presidente un papel y empezó a leerles sus ideas y conclusiones! Francamente, no se esperaba de él.

En primer término llamó la atención a sus huéspedes sobre el perfectísimo derecho que asistía a Estados Unidos para admitir en su territorio a quien convenga. En cuanto al Tratado de Comercio ruso-americano, dijo que había dado buenos resultados, y que bajo su vigencia de más de 80 años muchos ciudadanos americanos confiados en la lealtad de ambos países habían fundado establecimientos en Rusia. De llegarse a la necesidad de concertar otro Tratado, se podrían tener en cuenta también los deseos judíos. En cambio, si anulaba el Tratado vigente, se lesionarían importantísimos intereses americanos en Rusia, y no se podría decir con certeza si a raíz del mismo no empeoraría también la situación de los judíos en Rusia. Dijo que él no haría nada contra la inmigración de judíos rusos; pero: "cuanto más colocáramos en los territorios del Oeste, más me gustaría". Volvió a señalar las posibles consecuencias que para los mismos judíos rusos podría tener la anulación del Tratado y concluyó diciendo: "Así me parece a mí... A esta conclusión he llegado." La delegación judía quedó perpleja. *Simón Wolf*, el "embajador permanente, respondió: "Señor Presidente, tenga usted la bondad de no facilitar estas notas a la Prensa". Jacobo Schiff le interrumpió con voz trémula de rabia, gritando: "Al contrario, quiero que estas palabras se publiquen. Todo el mundo debe conocer la opinión del Presidente." Se le instó a que aceptara las exigencias de los judíos; pero Taft, sintiéndolo mucho, hubo de decirles que había estudiado detenidamente el asunto desde todos los puntos de vista, y que su decisión era firme. Al despedirse Jacobo Schiff, rehusó, con aire de majestad ofen-

dida, la mano extendida del Presidente. "¡Caramba, qué enojado estuvo el señor Schiff ayer!" decía al día siguiente Taft. Bien pronto había de comprender lo que esto significaba. Schiff al salir de la Casa Blanca había dicho: "Significa la guerra". Movilizó una fuerte cantidad de dinero, y escribió una carta breve pero brutal al presidente. El secretario de Comercio y Trabajo, a quien entregó luego Taft la carta de Schiff y su propia contestación, dijo: "Me extrañó sobremanera la forma reposada de su contestación".

La anulación del Tratado comercial ruso-americano tuvo necesariamente que traspasar el magno negocio del intercambio entre ambos países a manos de los judíos alemanes. Los banqueros de Francfort y sus parientes residentes en los Estados Unidos sabían lo que esto significaba, es decir: que intervendrían como intermediarios. Por medio de un movimiento organizado y sostenido financieramente en territorio americano al objeto de amordazar a una nación amiga, debía romperse la neutralidad comercial de los Estados Unidos. Los organizadores y financieros del asunto fueron judíos, que abusaban de su poder internacional para forzar la política de los Estados Unidos dócil a sus fines, tanto de naturaleza financiera como revolucionaria.

Tan pronto como aquellos judíos habían abandonado la Casa Blanca, se circulaban inmediatamente telegramas desde Wáshington y Nueva York a todo el mundo, y así empezó la "gran cacería". Tenían en todas las poblaciones sus "cazadores", que se dirigían a los diputados y senadores. Ningún funcionario público, por insignificante que fuera su posición, quedó sin ser azuzado. También la Prensa se ocupó del asunto, demostrándose *ya entonces* lo que en estos últimos tiempos se convirtió en verdad indiscutible, a saber que los judíos dominan absolutamente en la mayoría de nuestros grandes y pequeños diarios. Sin embargo, existen indicios que hacen

verosímil que tal estado de cosas no será de duración eterna.

El 5 febrero 1911 decía Jacobo Schiff: "Esto significa la guerra". El Comité judío-americano, la Orden B'nai B'rith y las demás incontables organizaciones de los judíos tomaban cartas en el asunto, y ¡con fecha 13 de diciembre del mismo año, o sea diez meses después de la "declaración de guerra", *obligaban a la Cámara de los Representantes y el Senado al presidente Taft, a que participara al Gobierno ruso que el vigente Tratado de Comercio caducaría en el plazo próximo venidero!*

¡Francfort del Main había vencido!

Durante aquellos meses fué Taft constantemente objeto de las odiosidades judías, y a muchas personas les abriría los ojos el comparar las frases lisonjeras que después Taft dedicó a los judíos en sus discursos, con las befas que esos mismos judíos escupían contra él hace nueve años.

El método con que los judíos consiguieron forzar aquel voto en el Congreso es de todos conocido, como no menos el júbilo con que se le saludó. *¡Dos Gobiernos vencidos! Y ¡un presidente de América forzado a inclinarse ante el hebreo!*

El Presidente había hecho lo humanamente posible para frustar el plan judío. A pesar de todo se le distinguió pasado un año con honores extraordinarios, presentándose los Altos Grados de la Orden de B'nai B'rith en la Casa Blanca, decorándole la pechera con una medalla conmemorativa, que señalaba "al hombre que en el transcurso del año había hecho más para favorecer la causa judía". Tan solemne ceremonia ha sido fijada fotográficamente, sin que en el semblante del presidente Taft se pueda observar satisfacción extraordinaria alguna.

Ni después de esto los judíos se sintieron muy seguros del presidente. En cartas y también en publicaciones se notaba el temor de que aun pudiera Taft encontrar los medios para

mantener buenas relaciones con Rusia. Se le vigiló y asedió, no dejándole libre ni un momento. Con esto, en efecto, se le hizo imposible atenuar la tensión de las relaciones. Se quería a la fuerza que Francfort acaparara intermediariamente el comercio americano con Rusia, y que Rusia recibiera un golpe mortal. Cada acción de tal política de raza aportó además ganancias de dinero: *sangran* al mundo entero, cuando simultáneamente le subyugan.

La primera victoria sobre Rusia la ganaron los judíos en los Estados Unidos; la segunda, el cataclismo final, fué el bolchevismo, la ruina del país y el asesinato de la familia de los Romanoff.

XV

HISTORIA DE BENNETT, EL EDITOR PERIODISTICO INDEPENDIENTE

La primera contestación de los judíos a toda crítica de su raza por un no-judío consiste en la amenaza y hasta en la ejecución de medidas de terror; pero si es un comerciante, se le boicotea. La táctica seguida en tales casos suele ser la propagación, primero, de boca en boca, de la amenaza: "acallemos a ése". Luego por medio de la Prensa aparece cada día, a ser posible con un encabezamiento insinuante, el ataque, haciendo los editores vocear sus hojas "con revelaciones sensacionales". Se conviene mutuamente en no comprar directamente a dicho comerciante, pero también en boicotear a todo aquel que le compre. Con este método seguido al pie de la letra han conseguido, efectivamente, producir el consabido "miedo a los judíos". Un director-gerente no-judío de cierta importante casa comercial profesó entusiasmado la idea de que *también la vida comercial debiera basarse ampliamente sobre los principios de moral y de honor.* En un banquete a su clientela, habló de estas máximas formulando el siguiente voto: "En la vida comercial necesitamos asimilar más cada vez los principios de Jesucristo". Entre la clientela se encontraban 40 judíos, que desde aquel día ya no fueron clientes suyos.

El contenido del presente capítulo es la historia de un boicot que duró muchos años, y que se refiere al *New York Herald,* un diario neoyorquino que se atrevía a mantenerse

independiente de las influencias judías. Dicha empresa periodística ha existido durante unos 90 años, pero desapareció por fin al fusionarse con otra empresa periodística. En el terreno de informaciones universales se distinguió extraordinariamente, mandando a *Henry Stanley* a la exploración de Africa, equipando la expedición de la *"Jeanette"* al Polo Norte, y participando sobre todo en la colocación del *primer cable submarino*. Pero su mayor gloria fué, sin embargo, el mantenimiento, durante decenios, de su absoluta independencia periodística contra los ataques reunidos del judaísmo total neoyorquino. Su fama en el mundo editorial era que ni su información política, ni su redacción, eran vulgares ni influenciables.

Su propietario, *James Gordon Bennett*, fallecido en 1918, había ocupado siempre una posición amigable frente a los judíos de su ciudad. Nunca estuvo predispuesto contra ellos, ni les ofendió jamás intencionadamente. En cambio, hizo hincapié en cuanto a la honra de una empresa periodística independiente se refería. Nunca admitió la teoría de que la clientela anunciadora debiera ejercer la más mínima influencia sobre la parte de redacción de un periódico.

Hace treinta años la Prensa neoyorquina era todavía independiente, mientras que hoy se halla efectiva y totalmente bajo el dominio judío. Este, si bien se ejecuta en diferentes formas, existe, sin embargo, incesante. Claro es que los directores periodísticos no lo anuncian públicamente, pues también para ellos existe la máxima de que el negocio es el negocio. En aquel entonces existían en Nueva York ocho o nueve grandes diarios, y hoy sólo son cinco. El *Herald* gozaba del mejor renombre y se le buscaba preferentemente para anunciar a causa de su gran tirada. En cuanto a periodismo en general, fué el diario predominante.

La población judía de Nueva York a principios del últi-

mo decenio del siglo pasado ascendió a menos de la tercera parte de la actual, sin que por ello dejara de representar ya una fuerte potencia capitalista. Ahora todo periodista sabe que los prohombres judíos tienen casi siempre alguna pretensión de lanzar o suprimir, respectivamente, ciertas noticias en la Prensa. *Nadie observa tan cuidadosamente los periódicos en cuanto a noticias tocantes a sus propios asuntos, como los judíos.* Muchos editores podrían atestiguar esto con hechos de su propia experiencia.

El *Herald* nunca abandonó su convicción de que nada en el mundo debía hacerle desviar de su sagrada obligación de exponer públicamente la verdad. Tal postura ejerció durante mucho tiempo una influencia muy saludable sobre los demás diarios neoyorquinos. Cuando en los círculos judíos ocurría cualquier escándalo, aparecían inmediatamente personajes judíos influyentes en las redacciones para conseguir que se suprimiera el asunto. Pero los editores sabían que dos puertas más allá estaba la redacción del *Herald*, y que éste no suprimiría nada en favor de nadie. Así es que podían decir: "Con mucho gusto complaceríamos a ustedes, pero como el *Herald* no haga otro tanto, no tenemos más remedio que publicar este asunto a causa de la competencia. Quizá consigan ustedes algo en el *Herald*, en cuyo caso también nosotros les serviremos gustosamente." Pero resultaba que el *Herald* no se amilanaba, sino que, por el contrario, publicaba tales noticias sin doblegarse por súplicas, ni por quejas, ni por amenazas.

Cierto banquero judío exigió repetidamente que Bennett despidiera a su redactor financiero. El banquero especuló en títulos mejicanos en una época en que éstos estaban muy inseguros. En cierta ocasión, en que se quería colocar una cantidad extraordinariamente grande de estos títulos a los crédulos americanos, trajo el *Herald* la noticia de una revolución mejicana en perspectiva, y que, en efecto, estalló poco des-

pués. El referido banquero, airado, usó de todos los resortes posibles para conseguir el despido de aquel redactor, pero sin lograr sus propósitos.

Otra vez en que cierto miembro de una conocida familia judía se vió comprometido en un asunto escandaloso, declinó Bennett la solicitud de suprimirlo con el razonamiento de que. si el mismo escándalo hubiese ocurrido en una familia perteneciente a otra raza cualquiera, se publicaría también sin miramientos de ninguna especie.

Pero el periodismo es también negocio mercantil. Hay cosas que un periódico no debe tocar sin correr el riesgo de secar sus propias fuentes. Esta máxima se impone desde el momento en que los ingresos principales ya no salen tanto de la subscripción y venta, como de los anuncios. Los primeros, apenas cubren los gastos de papel. Por esta razón los clientes anunciantes resultan, por lo menos, de tanta importancia como las fábricas de papel. Y puesto que los más importantes clientes anunciadores son los grandes almacenes, y como quiera que éstos se hallan, en su mayoría, en manos judías, nada más natural sino que éstos se esfuercen por influenciar la parte informativa de aquellos periódicos, a los que conceden sus anuncios.

En Nueva York siempre fué orgullo de los judíos tener a un judío por Alcalde (Major). Cuando los partidos políticos principales estaban divididos entre sí, creyeron los judíos que había llegado la hora de imponerse. Calculaban que los periódicos no desatenderían una petición firmada por los propietarios de los grandes almacenes, como clientes de "peso", y dirigieron una carta breve "rigurosamente confidencial" a todos los editores de periódicos neoyorquinos, en la que les rogaban apoyaran la candidatura judía a la Alcaldía.

Los editores se vieron en mil apuros. Durante días pensaron profundamente acerca del problema. La redacción del

Herald telegrafió la carta a Bennett, que se hallaba de viaje, y contestó telegráficamente: "Publíquese la carta". lo cual se hizo. La labor subterránea de la clientela judía ‹‹ anuncios quedó estigmatizada, y el Nueva York no-judío se vió libre de una pesadilla. El *Herald,* en cambio, declaró que estaba dispuesto a servir a los intereses públicos, y no a los particulares.

Los prohombres judíos atacaron al *Herald* y al hombre que se había atrevido a sacar a luz sus proyectos. El *Herald* fué órgano de la buena sociedad neoyorquina, y Bennett cuidó de que sólo los apellidos de familias verdaderamente prominentes aparecieran en las columnas de su periódico. Los innumerables cuentos de cómo Bennett chasqueó a los judíos repentinamente enriquecidos por su afán de aparecer en las "Notas de sociedad", son de lo más gracioso que se conoce en la historia periodística. Con todo ello fué lo suficientemente prudente para no provocar el odio abierto de los judíos. No es que sintiera predisposición contra ellos. Sólo no se dejaba amedrentar.

Todos los elementos ricos e influyentes del judaísmo neoyorquino se aliaron para preparar contra Bennett el golpe decisivo que le abatiera. Como un solo hombre retiraron los clientes judíos sus anuncios de los periódicos de Bennett *Herald* y *Evening Telegram,* basando este proceder en el pretexto de que el *Herald* mostraba abierta hostilidad contra los judíos. El verdadero motivo de su proceder fué la firme voluntad de aniquilar a un editor periodístico americano que se atrevía a querer permanecer independiente de ellos.

El golpe fué, en efecto, mortal, significando la pérdida de tres millones de pesetas al año. Cualquier otro periódico de Nueva York hubiese sucumbido inmediatamente. Lo sabían los judíos y aguardaban tranquilamente la quiebra de Bennett a *quien había declarado su enemigo.*

Pero Bennett era un carácter luchador. Además es probable que conociera la "psiquis" judía mejor que todos los no-judíos neoyorquinos en conjunto. Les contestó en una forma completamente inesperada y sensible a sus adversarios. Las columnas preferentes de sus diarios habían estado ocupadas hasta entonces sólo por los anuncios de los judíos. Entonces las concedió en condiciones excepcionalmente ventajosas a comerciantes no-judíos, y éstos, que antiguamente, gracias a la mayor opulencia de los anunciantes judíos, se habían visto arrinconados en los reversos, o en las columnas de menor efecto, brillaron desde aquel momento en los lugares de más eficacia anunciadora. Uno de los comerciantes no-judíos que de esta situación sacó mayor provecho fué John Wanamaker, cuyos enormes anuncios siguieron desde entonces apareciendo perennemente en los diarios de Bennett, que siguieron publicándose en igual volumen, tirada y parte de anuncios. La catástrofe tan calculada no aconteció. Para sus adversarios, en cambio, resultó la situación tragicómica, apareciendo sus competidores no-judíos en las columnas de más resalte anunciadoras, mientras ellos quedaban excluídos de la propaganda en los periódicos más leídos de la capital. El boicot recayó, pues, sobre los mismos boicoteadores.

Esto era demasiado. Los judíos quisieron hacer las paces volviendo a Bennett para ir ocupando nuevamente sus antiguos puestos en los anuncios. Pero Bennett dijo que no. Ofrecieron tarifas más elevadas, y Bennet contestó que ¡no, señor! Definitivamente tuvieron que renunciar a sus anuncios en lugares de preferencia.

Aun ocurrió algo cómico. Ciertos judíos, cuyo sentido mercantil estaba más desarrollado que su instinto de raza, habían seguido insertando sus anuncios en el *Herald* aun durante el boicot. Cuando vieron cómo regresaban cabizbajos sus hermanos rebeldes a los puestos que buenamente pudieron

ocupar, sospecharon que Bennett hubiese aceptado a éstos ofreciéndoles tarifas reducidas y le mandaron una carta pidiendo para ellos trato igual. También publicó esta carta, declarando que a ninguno de los judíos anunciantes le había sido aplicada la tarifa especial.

Bennett había vencido, pero la victoria le había salido muy cara. Durante el tiempo que duró el boicot, se habían engrandecido constantemente la población judía de Nueva York y su poderío. También en el periodismo surgían cada año más poderosos, imaginando que con el predominio en la Prensa neoyorquina podrían dirigir también la ideología del país entero. Vieron en Nueva York la capital de Estados Unidos, cuando toda persona juiciosa la conceptuaba un foco infeccioso.

Por medio de fusiones disminuyó el número de grandes diarios neoyorquinos. *A. S. Ochs,* judío de Filadelfia, adquirió el *Times* de Nueva York, convirtiéndolo en un periódico de gran circulación, si bien con el objeto principal de servir a los intereses judíos. En sus columnas se alaba y defiende al judaísmo constantemente, mientras que a otras razas se las soslaya.

Apareció por fin *Hearst* en escena, un agitador peligroso, no sólo por vérsele envuelto en asuntos equívocos, sino también por servir a una clase de hombres dudosa. Se rodeó de un estado mayor de judíos, les favoreció, y les trató con guante; también tropezó con ellos a veces, pero nunca escribió la verdad sobre ellos, ni les abandonó. En recompensa gozaba del favor de sus anuncios.

Estaba así colocado el fundamento para el predominio judío sobre la Prensa americana, y en adelante siguió creciendo cada vez más. El brillo de los antiguos nombres americanos editores-periodistas fué apagándose.

Una empresa periodística o se funda sobre una persona-

lidad relevante, o constituye un mero negocio mercantil. En este último caso tiene mayores perspectivas de sobrevivir a su fundador. El *Herald* estuvo identificado con Bennett. Con su salida tuvo necesariamente la empresa que perder la mayor parte de su fuerza y relieve. Bennett amó a su empresa, como a un hijo propio. Para evitar que su obra llegara a ser presa de los judíos, ordenó en su testamento, que el *Herald* no cayera nunca en manos de un solo propietario, a cuyo objeto mandó que todos los ingresos afluyeran a un fondo en favor de sus colaboradores. Bennett murió en mayo de 1918.

Los adversarios judíos del *Herald*, aun en postura hostil, iban retirando sistemáticamente sus anuncios para, a ser posible, forzar la venta del periódico. En el bando contrario fuertes elementos financieros empezaron a comprender y a temer el naciente peligro de una Prensa absolutamnte judaizada. Reunieron una fuerte suma e hicieron comprar el periódico por *F. A. Munsey*. Con extrañeza general éste cambió luego de color y fusionó la empresa con la del "New York Sun". La obra periodística de Gordon Bennett desapareció con esta transacción y sus colaboradores están hoy esparcidos.

La victoria de los judíos fué una victoria financiera ganada sobre un muerto. Mientras Bennett vivió quedó vencedor, financiera y moralmente. Siempre recordarán los americanos el *Herald* como último baluarte frente al judaísmo neoyorquino, en cuyo periodismo actual predomina éste más que en ninguna otra capital del mundo entero. En otras partes existe algún que otro periódico, que diga la verdad acerca de los judíos. *En Nueva York ni esto.* Y así quedarán las cosas, hasta que los americanos despierten de su somnolencia deslindando fijamente el punto de vista nacional. Entonces podría acontecer, que los todopoderosos de hoy tengan motivos de temblar ante la perspectiva del mañana.

La moraleja de esta historia es, que todo lo que proven-

ga de Nueva York hay que observarlo con sumo escrúpulo, porqué procede del centro del gobierno judío, cuya finalidad tiende a influenciar las ideas del pueblo americano en el sentido de dominarle completamente algún día.

XVI

EL INFORME DE MORGENTHAU SOBRE POLONIA

Desde la cuestión judía en Estados Unidos hasta la existente en Polonia, parece existir un abismo. Puesto que los judíos americanos al objeto de su propaganda se refieren siempre preferentemente a Polonia, y según cierto plan preparado por uno de sus hermanos de raza se van introduciendo aquí 250.000 judíos polacos, y finalmente porque el pueblo polaco ha hecho sus experiencias especiales sobre el programa mundial judío, resulta que a este respecto Polonia puede dar una lección a los Estados Unidos de América. Tanto más, cuanto que apenas se puede leer cualquier periódico americano sin encontrar en sus columnas las huellas de una propaganda judía anti-polaca, que sirve para desviar nuestra mirada de lo que en el puerto de Nueva York ocurre. En el caso de que nos objete algún lector que dejemos de hablar siempre de Polonia y hablemos mejor de América, es que esta persona piensa acerca de Polonia en el sentido que los judíos desean, y cuya ideología judaizada, le hace hasta cierto punto incapaz de comprender plenamente la cuestión judía en América. Es imprescindible en absoluto que busquemos en nuestra patria un millón de personas que con tanta rapidez vienen desembarcando en nuestras costas, veamos lo que estas gentes hacen y que hagamos constar en qué realmente se fundan las muchas quejas sobre persecuciones de los judíos en Polonia.

Acerca de este punto existen cinco testimonios oficiales, que fueron publicados por los Gobiernos de Gran Bretaña y

de Estados Unidos, respectivamente. Uno de ellos es el informe de *Mr. Morgenthau* acerca de los trabajos de la Delegación americana en Polonia para averiguar la situación de los judíos en aquel país. Anexo a dicho informe existe una memoria detallada del miembro de la citada Delegación general de brigada *Jadwin*.

Sobre el referido documento planea cierto misterio. A pesar de haber sido impreso para la publicidad, se hizo sumamente raro, pareciendo que de la noche a la mañana hubiera desaparecido. El ejemplar del que se sacan los que siguen párrafos, se pudo adquirir con suma dificultad. Su autor, Morgenthau, jefe de la Delegación americana, que actuó en Polonia desde el 13 julio hasta el 13 septiembre de 1919, es el ex embajador americano en Constantinopla, y persona de excelente fama personal y pública. Las causas de la escasez de este folleto estriban en que los judíos no están muy satisfechos del mismo, porque dice la verdad escueta acerca de los judíos en Polonia.

Cuando la Delegación americana se marchó de Polonia, llegó otra británica bajo la jefatura de cierto judío inglés llamado Stuart Samuel que permaneció allí hasta diciembre. *Hermano de este judío inglés es el actual Alto Comisario de Palestina Herbert Samuel.* Con Stuart Samuel estaba el capitán *Wright,* que escribió un anexo. Ambos documentos en unión de una carta del embajador británico en Varsovia *Rumbold* fueron remitidos al Gobierno de Londres. De estos cinco informes sólo uno "cayó en gracia" a los judíos americanos, el de Stuart Samuel. Apareció textualmente en los periódicos, y hasta en forma de manifiesto de cierto congreso americano-judío. En todas partes y en la cantidad deseada puede ser adquirido, pero ningún otro. ¿Por qué? Porque los cuatro informes restantes tratan el asunto imparcialmente y desde todos los puntos de vista. Si llegaran a ser del dominio

público, aparecería la propaganda en favor de la enorme inmigración de judíos polacos con perspectivas completamente distintas de las que hoy se extienden a nuestra vista.

Para que el lector pueda formarse juicio cabal propio, copiaremos las declaraciones respectivas de los cinco informadores y los pondremos en parangón, donde traten de los puntos primordiales. Coincidencias y divergencias respectivamente aparecerán así con claridad.

1. Sobre "persecuciones" en general

Samuel dice: "Los polacos son, en general, de naturaleza sencilla, *y si las actuales excitaciones de la Prensa fueran reprimidas con mano dura*, los judíos podrían, como en los pasados ocho siglos, vivir en buena relación con sus conciudadanos."

Merece atención la ligereza con que Samuel habla de la represión de la Prensa. Ahora obtuvo la Prensa polaca aquella libertad de que la Prensa judía en Polonia gozó siempre. Ahora que escribe francamente sobre los judíos, propone Samuel represalias con mano dura. A Inglaterra, donde la libertad de Prensa vuelve igualmente a obtener la libertad de crítica, no osaría Samuel probablemente proponerlo. Sobre la Prensa judía en Polonia escribe *Israel Friedlaender*: "La Prensa judía se desarrolló rápidamente al impulso civilizador de los judíos en Polonia. La magnitud de su influencia se puede deducir del hecho (que incomprensiblemente los polacos señalan en son de reproche), de que el principal periódico judío de Varsovia tenía, hace pocos años, una tirada mayor que la restante Prensa polaca en conjunto."

Morgenthau informa: "Los soldados se excitaban al rumor de que los judíos eran bolcheviques mientras que en Lemberg se formuló que los judíos hacían causa común con

los ukranianos. Estos excesos fueron, pues, tanto de carácter político, como antisemita.''

''De la misma manera que los judíos conceptuarían sumamente injusto que se les juzgara en su conjunto de raza a raíz de hechos aislados de unos pocos de sus correligionarios, también sería injusto juzgar a la nación polaca en su totalidad a causa de las violencias cometidas por tropas indisciplinadas o bandas aisladas del populacho. Estos excesos no estaban preparados manifiestamente, porque si hubiesen formado parte de un plan premeditado, se hubieran elevado a miles el número de víctimas, mientras que, en realidad, no se trata de más de unas 280. Estos excesos deben considerarse como resultado de hondo sentimiento antisemita, acrecentado por la creencia de que los habitantes judíos profesaban sentimientos hostiles al Estado polaco.''

El embajador *Rumbold* dice: ''Los judíos tienen tentativas para explicar la imaginación enfermiza de los judíos, de que es un pueblo suprimido y perseguido... Esta afirmación adaptada en teoría tiene en sí muchas ventajas, excepción hecha de la de su veracidad. Si se tiene en cuenta lo que les ha ocurrido en estos últimos tiempos a otras ''minorías de raza, religión y lengua'' (según fórmula predilecta del Tratado de Versalles. — *El trad.*), *no se nos presentan los judíos, como el pueblo más perseguido, sino al contrario, como el más favorecido en Europa.''*

El general *Jadwin* hace constar, que el calmoreo de persecuciones no tiene que apreciarse sino como medio de propaganda, y afirma: ''Los desórdenes de Lemberg ocurridos desde el 21 al 23 de noviembre, igual que los excesos en Lituania, se convirtieron en arma para una propaganda antipolaca. La Oficina de Prensa de los países centrales, en cuyo interés estuvo el desacreditar a la República polaca, permitió la publicación de informaciones periodísticas...,

según las cuales, testigos oculares calculaban el número de las víctimas en 2.500 a 3.000, aunque según declaración de las juntas locales judías ascendieron a lo sumo a 76.'' Y en otro lugar sigue diciendo: ''De la misma manera que los demás Gobiernos independientes del mundo, Polonia está expuesta también a una propaganda política e internacional nacida de la guerra. La inflación, supresión o invento, respectivamente, de noticias de actualidad, el soborno de periódicos por todos los medios imaginables, y la perversión de los órganos públicos por medio de influencias ocultas, todos los medios, en fin, de una propaganda intencionada constituyen una amenaza, bajo la que Polonia tiene que sufrir especialmente.''

Esta propaganda así caracterizada es, desde luego, completa y típicamente judía.

El número de judíos muertos lo calcula Morgenthau en 258, mientras que Rumbold habla tan sólo de 18 dentro de ''Polonia propiamente dicha'', los restantes habiendo sucumbido en los desórdenes de la zona de guerra. Samuel, señala el número de 348 como total de muertos (1).

2. Las causas generales de los desórdenes anti-judíos antes de la Gran guerra

Stuart *Samuel* dice a este respecto: ''Los judíos residentes en Polonia y Galitzia ascienden a unos tres millones... La opinión pública contra ellos se había excitado a causa de

(1) La propaganda judía también en Alemania había convertido estos números en decenas de miles, sin acordarse jamás de rectificar estos números. El número de los supuestos asesinatos en Ukrania se elevó a centenares de miles. — **Recuérdese como regla general que ''toda'' queja judía sobre supuestos sufrimientos judíos es falsa o exagerada.** — *El trad.*

la implantación de un violento boicot, que data de la época siguiente a las elecciones parciales de la Duma verificadas en Varsovia en 1912... Las relaciones comerciales existentes entre Polonia y Rusia habían sido siempre muy importantes, mayormente en manos judías, y no sólo en cuanto al comercio de artículos de exportación, sino también en cuanto a su fabricación... La fuerza propulsora en casi todos los negocios era un monopolio judío. Casi todos los agentes rurales, al servicio de la nobleza polaca, pertenecen a la raza judía... También atención merece el hecho, de que las clases medias de la población se componen casi en su totalidad de judíos. Por encima se halla la nobleza, y por debajo la población aldeana. Las relaciones de los judíos con los aldeanos son satisfactorias. Los mozos de aldea no saben leer los periódicos, por cuya razón sucumben fácilmente al antisemitismo al ingresar en el ejército. Se dice que no es extraordinario el que aldeanos polacos se sirvan del fallo de los juzgados rabínicos o judíos."

Según esto, resulta que los judíos en Polonia *gozaban de una posición sumamente favorable,* Compárece a este respecto lo que el mismo *Samuel* dijo acerca del propio asunto al principio del presente capítulo.

En cuanto a lo dicho por *Samuel* sobre el monopolio comercial judío en Polonia, agrega ***Rumbold***: "Podría ocurrir, que se interpretara erróneamente lo dicho por ***Mr. Samuel*** acerca de su apreciación de la parte que antes de la guerra tenían los judíos en las relaciones comerciales rusopolacas, y con respecto a las industrias del país, pero resulta que la mayoría de las mercancías exportadas de Polonia fueron comerciadas por los judíos, y que sólo un pequeño porcentaje de las mismas fué también fabricado por ellos."

El capitán ***Wright*** refiere: "En Polonia y hasta la última generación todos los comerciantes fueron judíos. Los

polacos, fueron labriegos o terratenientes, respectivamente, abandonando el comercio a los judíos. Aun ahora resulta que más de la mitad, quizá tres cuartas partes de los comerciantes son judíos... Lo mismo en las capitales, que en las aldeas, consta que los judíos orientales no son casi nunca productores, sino sólo intermediarios... Desde el punto de vista nacional-económico aparecen los judíos siempre como *mercaderes,* nunca como *productores* de valores, ni siquiera como manufactureros; son especialmente traficantes en dinero. Andando el tiempo se hicieron dueños de la totalidad del comercio y del tráfico, y desde entonces no trabajaban en nada.''

En cuanto a lo dicho por *Samuel* acerca de los agentes rurales añade *Wright*: ''Polonia es un Estado agrícola; pero los judíos orientales en oposición a sus hermanos occidentales, desempeñan un papel muy importante en la agricultura. Cada aldea, cada cortijo, posee su judío propio, que ocupa una especie de trono hereditario. El se encarga de la venta de los productos de los aldeanos, y les arregla sus compras en la capital. Cada terrateniente o aristócrata polaco tenía así su judío propio, que se encargaba de lo concerniente al comercio, que administraba la parte mercantil del cortijo, que facilitaba a su dueño dinero... Además, casi todos los habitantes de las villas rurales son judíos, haciendo de traficantes en cereales y pieles, de traperos y de tenderos al por menor.''

Con respecto a la clase media dice este mismo testigo: ''Resulta instructivo imaginar el aspecto probable que ofrecería Inglaterra, de vivir en condiciones iguales. A su llegada a Londres, observaría el forastero de cada dos o tres habitantes un judío; todos los barrios pobres estarían habitados exclusivamente por judíos; en ellos, cientos de sinagogas. En Newbury observaría que toda la ciudad era judía,

con todos sus letreros escritos con letras hebreas. Al llegar al condado de Berkshire, encontraría como único tendero en la mayoría de sus pequeñas aldeas a un judío y que estas aldeas en su mayoría estaban compuestas de chozas judías. En Birmingham casi todas las fábricas estarían en manos judías y dos de cada tres tiendas ostentando rótulos hebreos.''

Wright se esforzó por dar a sus paisanos ingleses clara idea plástica de cómo está realmente la situación en Polonia, y de cuál debe necesariamente ser el ánimo popular. La prensa judía, por ello, se enfureció grandemente. El informe de *Samuel*, en cambio, es notable por los muchos detalles que cita y por los pocos que interpreta.

3. La causa general de los desórdenes a consecuencia de la guerra

Samuel: ''El parecido lingüístico con el alemán tuvo por origen que durante la ocupación del país por los alemanes, fueron los judíos utilizados en muchas ocasiones frente a los polacos. Por esta razón fueron inculpados de estar en connivencia con los alemanes... El Gobierno desaprobó oficialmente el boicot; pero parece que ocurrieron perjuicios en la ocupación alemana. Veo que muchos judíos, que habían prestado servicios en aquel tiempo, obtuvieron el cese, sin volver a ser colocados; en cambio no encuentro prueba de idéntico proceder para muchos polacos.''

Rumbold: ''El tenor parecido del habla ''yidisch'' al alemán, puede haber sido la causa de que los alemanes durante la ocupación de Polonia utilizaran a gran número de judíos, aunque se hubiesen podido encontrar infinidad de polacos con perfectísimo conocimiento del idioma alemán. La diferencia consistió en que los polacos no servían a los alemanes, a quienes tomaron por enemigos suyos, sino con disgusto.''

El general *Jadwin* dice al caso: "Durante la ocupación de Polonia por los alemanes, tanto el carácter germanizado del lenguaje judío como la prontitud de ciertos elementos judíos en relacionarse con los vendedores, indujeron al enemigo a que se sirviera de judíos como agentes para determinados objetos, ofreciéndoles no sólo especial protección, sino hasta la *promesa de su autonomía.* Se afirma que los judíos especularon en víveres, lo cual era favorecido por los ejércitos de ocupación para facilitar su exportación a Alemania." Esto quiere decir, pues, que los judíos fueron también el medio por el que se robaban víveres a un pueblo.

El capitán *Wright* dice: "La edad de oro y el triunfo de los judíos acontecieron durante la ocupación de Polonia por los alemanes. Los judíos en Polonia están frecuentemente germanizados por el alemán corrupto que hablan, y hablando alemán se recorre toda Polonia, porque en todas partes hay judíos. Así los alemanes encontraban en todas partes quien entendía su idioma, y les podía servir. En unión de los judíos los alemanes organizaban su sistema de explotación de cuanto poseía Polonia. En colaboración con judíos administraban oficiales y funcionarios alemanes todo el país. En cada región administrativa fueron los judíos los instrumentos de los alemanes, dándose el caso de que los judíos pobres se enriquecían bien pronto. *Pero a pesar de su aparente germanización no resulta válida la inculpación de los polacos, de que los judíos fueran adictos a los alemanes...,* sino que el foco del antisemitismo por Alemania no siente mayor lealtad que por Polonia. *Los judíos de Oriente son judíos; y nada más que judíos.*

"¿Parecía seguro que uno de ambos imperios, Alemania o Rusia, había de salir vencedor, y los judíos, *que habían apostado sobre ambos,* estaban seguros de su éxito. Pero resultó que quien salía vencedor era Polonia. A su restitución

no pueden acostumbrarse los judíos ni aun hoy día, y uno de ellos me confesó que todo esto le parecía un sueño."

4. El boicot, como único medio polaco para librarse de ser estrangulados los judíos

Samuel dice: "Este boicot data desde las elecciones a la Duma en 1912. Durante la guerra y a causa de la escasez existente de casi todo, había disminuído mucho; pero junto con el Armisticio volvió a renacer con toda la violencia anterior... Un fuerte boicot particular, social y comercial de los judíos existe en general, estando avivado constantemente por la Prensa polaca." *Samuel* cita luego el ejemplo de cómo de la Prensa polaca se estigmatizó duramente el nombre de una condesa polaca, que había vendido dos casas a judíos.

Viene al caso el hecho de que recientemente ocurrieron también en América desórdenes de fondo racial a raíz del proceder de algunos insignificantes sindicatos judíos, que especulaban en fincas, y que en el centro de los barrios que apetecían, habían comprado una casa y desalojado a los inquilinos, instalando en ella familias negras. Aprovechaban de tal forma la predisposición de razas para desvalorizar el precio de las fincas de *todo un barrio,* y poderlo adquirir luego a bajo precio. Quizá existan en Polonia condiciones parecidas que hagan parecer la venta de terrenos a judíos como traición contra la propia raza. "La predisposición de razas" no ofrece, sin embargo, suficiente explicación de este fenómeno, sino que algo más hondo rebulle en el problema.

El boicot consistía en un mutuo acuerdo entre polacos de no relacionarse comercialmente sino con polacos. Los judíos eran numerosos, opulentos e influyentes en todos los ramos comerciales. En realidad, si bien no formalmente, son dueños de toda la propiedad solar de Varsovia. Este llamado "boicot" cuya denominación polaca es "cooperativa", lo

transforman y desfiguran los judíos, diciendo que son "perseguidos".

Rumbold dice sobre esto: "Hay que recordar que los polacos bajo la influencia de modificaciones económicas y ante el hecho de que desde 1832 un polaco no podía ocupar puesto público alguno, tuvieron que dedicarse forzosamente al comercio. (En el Imperio ruso existía realmente una "persecución" de los polacos, igual como en las provincias bálticas una "persecución" de los alemanes, en Finlandia de los finlandeses, en el Sur de los ukranianos, etc., pero no se puede hablar nunca de una "persecución" de los judíos. sino que éstos, prácticamente, con dominar a la Corte imperial esclavizaban todas las nacionalidades no-judías. — *El trad.*). Desde este momento se hizo cierta competencia entre la población polaca y la judía, respectivamente, en Polonia, competencia que se agudizó al permitir el Gobierno ruso la fundación de cooperativas en Polonia. El movimiento cooperativo en Polonia aumenta constantemente, y no cabe duda que está llamado a constituir un factor eminente en el desarrollo económico polaco, perjudicando indirectamente la posición preponderante del intermediario judío en Polonia.

"El Gobierno polaco podría suprimir tal boicot mediante leyes y decretos. Pero quisiera llamar la atención sobre el detalle, de que queda fuera del alcance de un Gobierno el querer obligar a sus súbditos a relacionarse comercialmente con quien no quieran."

También *Morgenthau* juzga el asunto desde un punto de vista más justo que su correligionario británico, y así informa: "Muchos comerciantes judíos pretenden ver una forma de menosprecio perjudicial en la instalación de comercios cooperativos. Hay que reconocer en ellos un esfuerzo legislativo para limitar la excesiva actuación y por ende las grandes ganancias de los intermediarios. Desgraciadamente se reco-

mendaron estos comercios al implantarse en Polonia como medio adecuado para eliminar al traficante judío. Tal proceder indujo a los judíos a la creencia de que la implantación de los comercios cooperativos constituía un ataque contra ellos. Si bien es posible que los sentimientos antisemitas hayan representado cierto papel en ello, resulta, sin embargo, que el sistema de cooperativas representa una forma de actuación nacional-económica, cuya aplicación es absolutamente lícita en toda comunidad.''

No resulta, en efecto, muy difícil después de conocidas las apreciaciones y el juicio de estos cinco personajes, formarse una idea cabal de la situación en Polonia. 800 años hace que Polonia abrió sus puertas a los judíos perseguidos en toda Europa. Allí se congregaron gozando de plenísima libertad, pudiendo constituir un ''Estado dentro del Estado'', ya que en todas las cuestiones judías tenían autonomía absoluta. Relacionándose con el Gobierno polaco sólo por medio de voceros o representantes electos. Los polacos les fueron indulgentes, no sintiendo contra ellos prejuicios de índole religiosa, ni de raza. Cayó después Europa sobre Polonia destrozándola, hasta el punto de no existir Polonia sino en los corazones de sus hijos. Durante esta época de humillación polaca alcanzaron los judíos enorme poderío, dominando a los polacos hasta en sus hogares. Vino la guerra mundial y con ella la promesa de la restitución y liberación de una Polonia independiente. Los judíos no simpatizaron con esta restitución, porque nunca fueron amigos de los polacos. Esto lo advirtieron perfectamente los polacos, y cuando después de firmado el Armisticio se vieron en libertad de manifestar francamente sus sentimientos, así lo hicieron. Muchos acontecimientos deplorables, si bien no inexplicables, ocurrieron, y de ahí que los judíos, según afirmación expresa de los polacos, guerrearán contra el país que durante ocho siglos les había dado hospitalidad.

Estos hechos demuestran suficientemente la grave injusticia que la propaganda judía antipolaca en América comete contra Polonia. Pero este era su objeto primordial. Objeto secundario fué el de cegar al pueblo americano ante los hechos reales y hacérselos ver distintos como son, para que Norteamérica sufra pacientemente la enorme afluencia actual de judíos polacos.

XVII

EL ENCADENAMIENTO DE POLONIA POR LA CONFERENCIA DE LA PAZ

La diferencia fundamental entre los informes de *Stuart Samuel* por un lado y de los demás informadores ingleses y americanos, incluyendo a *Morgenthau*, por otro, acerca de la situación de los judíos en Polonia, puede resumirse en la fórmula de que estos últimos buscan las causas que motivan los hechos actuales, lo que omite Mr. *Samuel.*

Existen realmente disidencias entre los judíos y otros pueblos, que doquier se pueden constatar, pero el mundo se entera de este estado de cosas sólo en caso de que empiece a molestar a los judíos. Donde y cuando quiera que el plan judío de subyugar a los pueblos no-judíos marche fácilmente, no se llega a saber ni lo más mínimo. Los no-judíos ¡que se quejen, que protesten, que se subleven todo lo que quieran! En su ayuda no se instituirá nunca ni la más insignificante comisión indagadora internacional. Pero tan pronto como el judío tropiece con la más leve resistencia contra su proceder hostil, se levanta en el orbe entero inmediatamente el grito de "persecuciones". Así aconteció, cuando, los polacos, tomando por ejemplo la firme mancomunidad de la minoría judía, empezaron a fundar a su vez las cooperativas polacas, que en seguida se tildaron de "antisemitas" y se convirtieron en "persecutoras de los judíos". Seguidamente los judíos residentes en las cuatro partes del mundo crearon una propaganda antipolaca tan general, como odiosa e injusta. Los ánimos llegaron a acalorarse, ocurrieron

violencias deplorables y la lucha aun no ha cesado. Los informes periodísticos de las violencias cometidas por polacos contra los judíos, suelen limitarse siempre a la referencia de hechos descritos con toda clase de horripilantes detalles. Cierto que también los judíos han sufrido. ¿Quién intentará excusar la injusticia cometida hasta con el más inferior de los seres humanos? El asesinato de una sola persona, el mal trato de una sola familia, constituye un crimen. Estaría mal que la humanidad, seducida por la acumulación de tales noticias, perdiera el sentimiento de conmiseración frente a ello. Mucho han sufrido todos los pueblos europeos; pero de todos sus sufrimientos oímos hablar mucho menos que de aquellos imaginados, en su mayoría, de los judíos. Involuntariamente se impone la pregunta: ¿por qué motivos y razones se hacen estos saqueos y persecuciones? (1) ¿Es que los polacos se inclinan a ello por naturaleza? ¿Son tales hechos un detalle frecuente en los 800 años de convivencia judeo-polaca? No es este el caso. Entonces, ¿qué causas producen este moderno cambio de cosas?

Morgenthau se ha esforzado por descubrir estas causas, aunque en menor grado que sus colaboradores no-judíos. Su informe fué, en cambio, acallado por el judaísmo americano, porque no concordaba con la propaganda antipolaca puesta por aquél en escena. El capitán *Wright,* que ahondó seriamente en el asunto para facilitar a sus paisanos ingleses un juicio cabal acerca del asunto de los judíos polacos, fué insultado. Y es que no se quería una aclaración imparcial del problema, sino que se necesitaba una conmiseración

(1) Esta misma pregunta de ¿por qué? hay que formularla siempre, frente a los acontecimientos ocurridos en pasadas épocas. Por omisión de ahondar en este ¿por qué? pudo siempre, y desde las "persecuciones" bíblicas, hasta nuestros días, conseguirse el objeto judío, a saber el de aparecer como un pobre pueblo inocentemente perseguido por fanatismos religiosos y odios de raza. — *El trad.*

sentimental para con los judíos y una predisposición *contra* los polacos.

Morgenthau, por ejemplo, no utiliza la palabra "pogrom" diciendo: "La delegación evita intencionadamente el concepto de "pogrom", porque esta palabra puede aplicarse tanto a la más insignificante ofensa, como a matanzas en masa preparadas y ejecutadas deliberadamente".

En un solo punto coinciden todos los informes: en que el número de los judíos injustamente asesinados resulta incomparablemente menor de lo que la propaganda judía había indicado. En aquella parte de Polonia donde no hubo tantos disturbios guerreros, se eleva el número de judíos inocentemente muertos a 18. Para la totalidad del territorio polaco y en todo el tiempo, durante el que éste fué escenario de acciones guerreras, admite *Stuart Samuel* que sólo pudo hacer constar 18 asesinatos de judíos. El capitán *Wright* dice: "Según mi cálculo, no se han matado inocentemente más de 200 a 300 personas. Uno solo de tales casos ya sería demasiado; pero cuando se toma esta cifra como medida de los excesos cometidos contra los judíos, más bien me extraña la insignificancia que la magnitud de la misma." El embajador *Rumbold* se expresa: "Si tales excesos hubieran sido avivados u organizados por las autoridades civiles o militares, es probable que el número de las víctimas hubiese sido mucho mayor"

Los acontecimientos de Lemberg fueron bastante graves. *Stuart Samuel* insinúa que la culpa de ellos corresponde sólo a los polacos. Los demás informadores que han examinado el caso, refieren que el Gobierno polaco ha hecho todo lo posible por reparar el daño y evitar la repetición de tales incidentes. A pesar de ello, siempre se lee en los periódicos que miles y miles de pobres judíos son inocentemente sacrificados en Polonia.

En Pinsk y por orden del comandante de la plaza, se ejecutaron 35 judíos sin previo fallo judicial. De ello dice el general *Jadwin*: "A ningún alto funcionario militar ni civil, ni tampoco a los polacos que residen en esta parte de Rusia blanca, se les puede probar participación en el hecho".

En los Estados Unidos de América se suele olvidar generalmente que, aun (1920) en Polonia existe hoy una especie de estado de guerra. Polonia constituye ahora (al menos sobre el papel) una nación independiente. Esta, no obstante, sólo puede sostenerse luchando. El bolchevismo la amenaza siempre. Dondequiera que los ejércitos rojos irrumpieran en el país, serían acogidos simpáticamente por los judíos. Este hecho, ya no negado ni en Estados Unidos, explica el porqué los bolcheviques simpatizan más con los judíos que los polacos. Al rebatir éstos a las tropas rojas, encontraban en todas parte instituciones soviéticas instaladas por los judíos como si hubiesen sido ya preparadas de antemano. ¡Que frente a tales hechos los polacos sigan desconfiando de los judíos, no es de extrañar!

Los judíos no quisieron naturalizarse como polacos: de ahí radican todas las desavenencias. *Samuel* lo insinúa al explicar: "En distintas ocasiones se excitó la ira de los soldados y de la población polaca por la exigencia sionista de constituir los judíos una nacionalidad propia frente a la nacionalidad polaca". *Morgenthau* se expresa con mayor claridad al decir: "Esto condujo a conflictos con las declaraciones nacionalistas de ciertas organizaciones judías, que exigen independencia y autonomía nacionales y culturales, y, además, la ayuda financiera del Estado de Polonia".

La mejor descripción de la situación la facilita el informe del capitán *Wright*, que dice: "El programa judío en Polonia consiste en que se certifique a todos los judíos residentes en Polonia y se les trate como tales. Quieren votar su

propia representación judía con amplísimas facultades legislativas y contributivas, cuya representación pudiera, por ejemplo, decretar una contribución general para fines de la emigración judía. A esta representación legislativa el Estado polaco tendría que entregarle una cantidad correspondiente para las necesidades judías de beneficencia y financieras. Tendría, además, que concedérseles en todos los consejos municipales y Asamblea legislativa nacional los asientos que correspondieran a su número de población. Según esto, la sexta o séptima parte de las Cortes polacas se compondría de judíos elegidos sólo por judíos. Hasta exigen juzgados especiales judíos o al menos el uso del argot judío en la jurisdicción. Pero la pretensión más exaltada tiende a la absoluta autonomía nacional, tal como ésta había sido concedida en Ukrania por el "Rad Central" con fecha 9 enero 1918. Según ésta, forman los judíos una nación con soberanía absoluta, imprimiéndose los billetes de Banco, entonces admitidos, con texto hebreo y ukraniano."

A veces se pregunta por la veracidad de los "Protocolos de Sión". ¿No se presenta automaticamente en todas partes donde los judíos luchan por el poder político, o donde lo consiguieron? Se presenta en la literatura rabina, en las pretensiones judías en Estados Unidos de América, en las exigencias judías en los países balkánicos. También el proceder de los judíos en Rusia aporta una contundente prueba. Cada fase de la Historia moderna hace aparecer los "Protocolos" como el ideal judío y como el programa práctico judío.

¿Cuántos americanos, a quienes se quiere inducir a que adopten una posición de benevolencia para con los 250.000 judíos polacos inmigrados, oyeron decir algo de este programa judío en Polonia? ¿Créese que estos inmigrados ju-

díos procedentes de Polonia abandonaron sus ideales en el puerto de Nueva York?

Para hacer comprensible dicho programa a sus paisanos ingleses, el capitán *Wright* (cuyo informe, con ser un apéndice del informe de *Samuel* repartido profusamente en América, se nos ha suprimido del todo) saca a colación: "Si los judíos en Inglaterra, una vez que fueran veinte o treinta veces más numerosos, exigiesen que el Consejo de Inspección judío obtuviera amplias facultades, incluyendo el derecho de decretar contribuciones para su emigración y además que en los Municipios, en la Cámara de los Comunes y de los Lores se reservaran puestos a determinado número de diputados judíos; si el presidente de Asuntos escolares les hubiera de abonar cierta suma, y si algunos judíos exigiesen juzgados especiales judíos, o al menos el uso de su raro argot ante los juzgados ingleses, y si los exaltados anhelasen que los billetes del Banco de Inglaterra se imprimiesen con texto simultáneamente hebreo e inglés, es seguro que no despertarían tales exigencias grandes simpatías en el público inglés".

Merece hacerse constar el hecho de que los miembros judíos de las delegaciones informadoras inglesa y americana suprimieran estas reflexiones, y que el mundo no las llegara a conocer, sino por los compañeros no-judíos de aquéllos. También hay que recordar que la Prensa judaizada defraudó completamente el informe de *Wright*, aunque hizo creer que reproducía verídicamente los resultados obtenidos por la delegación británica. Cuando se citó el nombre de *Wright*, fué sólo en son de insulto o desdén.

La Conferencia de la Paz no reconoció como obligación suya la de instituir unidad y concordia en Polonia. Muy al contrario: sembró discordias que perdurarán mientras esté en vigor dicho Tratado. Su art. 11 dice: "Se prohibe obligar

a los judíos a toda obra que signifique un agravio contra la santificación de su sábado. Tampoco deberá redundar en su perjuicio, el que se nieguen a participar en sábado en una sesión judicial, o a cumplir con cualquier precepto legal... Polonia declara su asentimiento a abstenerse en sábado a celebrar escrutinios generales o locales. Los censos para elecciones u otras estadísticas no deberán hacerse en sábado.'' Es decir, que a Polonia se le prohibe proceder a elecciones o a censos en un sábado. *El sábado judío constituye la festividad legal.* El Gobierno y los juzgados dependen de ella. En domingo !haced lo que gustéis, escrutinios y censos, como se hace en Polonia y Alemania! Pero no en sábado. Es la fiesta de Judas...

La Conferencia de Versalles hizo con Polonia lo que los bolcheviques con Rusia: instituyó el sábado judío como fiesta legal.

Y estos mismos elementos que fueron agraciados con tan rara implantación de costumbres rituales judías en la legislación de un país eminentemente católico con ayuda eficacísima del presidente de Estados Unidos, son los que afluyen ahora por docenas de millares a nuestras costas. Es de extrañar que en ellos se vaya formando la creencia de que si nuestro Presidente subyugó a Polonia bajo la voluntad judía, ¿no sería justo y posible otro tanto también en América?

Además se instituyeron en Polonia legalmente colegios especiales para niños judíos. Si Polonia hasta entonces había sufrido de la falta de una educación escolar uniforme, en la que a la juventud polaca se le enseñaran los ideales polacos en idioma polaco, fué la Conferencia de la "Paz" la que consagró la falta a perpetuidad.

En el citado art. 11 se utiliza el concepto "los judíos", mientras que en el art. 9 el concepto correspondiente dice "los ciudadanos polacos". Se pueden ahorrar muchas equi-

vocaciones al traducir la pomposa fórmula de "minorías de raza, religión e idioma" contenida en el Tratado, simplemente por "los judíos": son ellos los que forman esa minoría, tan traída y llevada, y que en mayor escala hace hablar de sí, la "minoría" que dominó a toda la Conferencia de la "Paz", en una palabra.

El art. 9 dice: "Polonia se encargará de que en ciudades y comarcas donde resida un porcentaje considerable de ciudadanos polacos distintos por su idioma, los niños de los tales ciudadanos reciban su instrucción elemental en su propia lengua. En ciudades y comarcas en que resida un porcentaje considerable de ciudadanos pertenecientes a *minorías de raza, religión e idioma*, se les facilitará a estas minorías participación y usufructo, correspondientes a su número. de las cantidades presupuestadas en las cuentas del Estado. Municipios u otras, para fines educativos, religiosos o de beneficencia."

El Estado polaco tiene, además, que facilitar el dinero: su reparto, en cambio, lo hacen los mismos judíos.

"Juntas educativas nombradas por las comunidades locales judías en Polonia se encargarán, bajo la inspección general del Estado, del reparto de su parte apropiada de los fondos públicos, que según el artículo 9 se destinan a las escuelas judías." ¡Admirable! Qué pronto se derrumba el hermoso edificio de "minorías de raza, religión e idioma", en cuanto brilla el dinero! En este caso se le substituye inmediatamente por el concepto de ¡¡"judíos"!!

"Estados Unidos de América, el Imperio británico, Francia. Italia y el Japón, y las principales potencias aliadas y asociados de un lado y Polonia de otro" — según principia el texto del Tratado —, hacen de todas estas prerrogativas no una cuestión del libre albedrío de Polonia, sino que lo convierten en una exigencia de la Sociedad de las Nacio-

nes. El art. 12 exige que todos los convenios concernientes a las "minorías de raza, religión e idioma" (la fórmula diplomática para decir "judíos") han de supeditarse a la garantía de la Sociedad de las Naciones. Esta cláusula sustrae a los judíos residentes en Polonia completamente a la competencia de las autoridades polacas. Estos judíos no tienen más que quejarse a Ginebra y el judaísmo internacional se encargará del resto.

Estados Unidos de América ha contribuído a perpetuar estas condiciones en el Tratado de Paz. ¿Será que el pueblo americano también contribuya a forzarlas en un caso dado en contra de Polonia? O ¿es que con el cuarto de millón de judíos polacos inmigrados tendrá la suficiente cantidad de anestésico israelita, que la Conferencia de la Paz aplicó a Polonia? ¿Quién podría sustraerse a este espíritu de odio implacable e intransigente que respira toda esa propaganda de *judío internacional* contra Polonia, aun después de haberla humillado hasta lo indecible en la Conferencia de Versalles?

XVIII

PANORAMA ACTUAL DE LA "CUESTION JUDIA"

La cuestión judía en los Estados Unidos está latente desde hace muchos años, pero sólo por bajo del nivel de la gran publicidad. Todo el mundo, y mejor que nadie el judío mismo, sabe perfectamente que existe; pero muy pocos se atrevieron a exponerla a la saludable influencia de la publicidad más amplia. En este sentido y para ir comprendiendo este silencio, hay que hablar realmente de "valor". Unos pocos videntes intentaron hacer constar públicamente la existencia de esta cuestión, pero la potencia oculta y desconocida de judaísmo les ató tan reciamente, que a su despecho tuvieron que desistir de la discusión del asunto en público. Quien se atreva a hablar francamente de los judíos, debe contar de antemano con obstáculos invencibles, a no ser que combata en íntima unión con la verdad sin mancilla.

Un detalle restrictivo para la discusión pública de la cuestión judía consiste en la costumbre americana de fijarse en palabras pronunciadas con asentimiento y aplauso. *En las mejores épocas de nuestro pasado se conceptuó la resistencia contra la opinión pública rasgo de virilidad, apreciándose el valor de un hombre no sólo por sus adeptos, sino también por el número de sus adversarios.* Desde entonces nos hemos vuelto más inocuos, buscando y apreciando ante todo el asentimiento. Nuestros padres se irguieron al tropezar con obstáculos, nosotros nos acurrucamos modestos. El debate público se ha vuelto insípido, sin características; la

Prensa tiende a no disgustarse con nadie. Nuestra lucha en pro de los débiles carece de bríos para arremeter contra los poderosos, que acarrean a los débiles. Nuestro culto del éxito ha enervado el vigor a nuestros juicios morales y actividad comercial. Luchas serias, a no ser los simulacros en la "arena" política, las evitamos en lo posible, porque no nos atrevemos a entendérnoslas con adversarios que se defiendan.

A pesar de todo, sin embargo, se ha conseguido poder emplear públicamente la palabra "judío", que hace pocos años aún estaba proscrita en nuestro vocabulario. Ahora aparece en primera plana de casi todos los periódicos, y en todas partes es objeto del público debate, aunque los hermanos del B'nai B'rith hagan lo humanamente posible por reprimirlo.

Tal libertad resulta en beneficio de judíos y no-judíos Los primeros ya no tienen necesidad de observar angustiosamente los labios ajenos para ver si de ellos sale la palabra "judío" El judío resulta ser hoy el judío y se le llama cual le corresponde. La restricción de juicio y el uso de perífrasis acabaron. El mayor obstáculo contra los esfuerzos de la humanidad para explicarse los acontecimientos mundiales, tanto de la antigüedad como modernos, procede de que nunca llegó a comprender quién y qué es el judío, ni dónde está. El judío, o según Disraeli "la cuestión de raza", es la llave para la Historia Universal. Pero ¿cómo penetrar en el interior cuando se esconde a uno la llave?

Hace próximamente unos ocho meses, el *Dearborn Independent* inició una serie de estudios acerca de la cuestión judía. Estos no deben interpretarse como un ataque contra los judíos, sino como intento de ir reuniendo los sillares sobre los que se edifica la cuestión judía moderna. Su objeto fué aclarar conceptos, y si hubo cierta esperanza en el fon-

do, fué la de que los prohombres judíos americanos llegarían al convencimiento de que para sus compatriotas residentes en Estados Unidos había sonado la hora de que un estado de desconfianza, miseria y desprecio, se transformara en otro no sólo de tolerancia, sino de franca y leal convivencia y cooperación.

La prueba de que no contienen sino hechos escuetos, se da en el fracaso sufrido por los judíos en sus múltiples intentos de comprobar la inexactitud de ellas. *Ni un solo hecho se ha podido rebatir.* Cuando se inicia una campaña con el intento de agraviar al adversario, o de crear prejuicios de raza puede, en efecto, tal sistema conducir a tomar cosas posibles o verosímiles por hechos reales. Estos estudios, en cambio, no constituyeron nunca una campaña, sino que sirvieron al objeto de hacer luz en alguna que otra parte del país, en esta o aquella industria, en asuntos mantenidos en tinieblas precisamente por aquellos cuya sagrada obligación debería haber sido la de mantener viva por medio de la Prensa la luz de la verdad.

Las publicaciones del *Dearborn Independent* no hubiesen alcanzado nunca la importancia que han adquirido, de no ser que el público no estuviera en condiciones de observar en todas partes la presencia de nuestras aseveraciones comprobadas por la práctica. El modo de refutarnos aplicado por los judíos sólo ha servido para fortificar más y más la fuerza convincente de nuestros asertos. Resulta que los *judíos* se ven en la desagradable situación de tener que temer lo desconocido por saberse su misterio y descubiertas sus consecuencias en hechos. Ya no se dan el aire de no importarles en sus reuniones íntimas; tampoco gritan ni escandalizan como lo hacen sus rabinos en público, sino que reflexionan seriamente acerca de admitir esto o lo otro como real y efectivo, pero sin saber por ahora donde, una vez este procedimiento

iniciado, les pueda conducir más adelante. Y es que temen la verdad máxima, la *verdad sin restricciones.*

Sobre las personas que poseen esa verdad por entero. pesa una responsabilidad enorme. Lo decisivo es tener carácter e intenciones nobles. Si estas campañas nuestras se concretaran a sembrar odios, ya estaría indicado el modo de proceder. Otra forma adoptarían de tener la intención de promover escándalos. Pero como tienden a crear los fundamentos para clara y seria comprensión de un problema y su posible solución, nos basta perfectamente con acotar exactamente dicho problema, apoyándolo cuanto más sea posible en hechos concisos. Este es el caso de la presente obra. Si en ella van contenidas verdades desfavorables para los judíos, ellos mismos tienen la culpa. De refutar ciertos hechos será cuestión de volver a aportar material nuevo, porque éste abunda desgraciadamente para ellos y para nosotros. Si los portavoces judíos en su intento de rebatirnos hubiesen permanecido serios y veraces, no tendrían ahora necesidad de temer lo venidero. Ellos mismos con su modo de proceder han corroborado públicamente lo dicho en estos estudios, o sea: que los judíos constituyeron el pueblo más firmemente organizado de todos los residentes en Estados Unidos. Ni el Gobierno, ni la Administración de este país, se hallan tan bien organizados como el judaísmo americano. Esto acontece no sólo en América, sino que se puede observar y comprobar en todas partes. Los medios principales de que en este último semestre echó mano el judaísmo, fueron "mítines monstruos" organizados telegráficamente doquiera fué posible.

No en vano dominan los judíos el sistema de canales de información últimamente ampliado con la telegrafía sin hilos. Sus logias y demás comunidades no llevan ese carácter defectuoso que observamos en las instituciones existentes de otros pueblos, sino que están organizados como Estados en

miniatura, con funcionarios que no tienen otro encargo que el de laborar constantemente por el engrandecimiento del poderío judío, aquí como en otros países. Con la ostentación de sus masas en las sinagogas, por medio de sus periódicos y revistas, con sus supuestas instituciones de beneficencia, en sus casinos conservadores, sus grupos socialistas y bolchevistas — elementos todos que cooperan perfectamente bajo la orden única —, demuestran que constituyen una nación particularísima dentro del pueblo americano, que no aspira ni aspirará nunca a una íntima convivencia con el americanismo, sino que siempre y en toda ocasión busca diferencias y reclama derechos especiales.

En cada Estado, en cada población, alienta una organización judía con órdenes políticas determinadas, cuya primera y principal consiste en aniquilar toda persona, todo periódico u otra institución cualquiera, que deje adivinar la más leve independencia frente a la cuestión judía, y mantenerlas sumisas al "miedo de los judíos". Estas organizaciones, a su vez, poseen sus departamentos especiales para determinados objetos. Uno de ellos consiste en concitar odios contra las personas a quienes se quiere aniquilar: esta formación artificial de hostilidad contra algo o alguien es uno de los medios de combate orientales más odiosos y rastreros que pueda imaginarse, y que sólo puede esgrimirse por personas de determinada predisposición.

La organización centralizada, creada por los judíos en Norteamérica y que en caso preciso puede hacerse funcionar simultáneamente en cada uno de sus Estados, representa un poderío tan fuerte y homogéneo como ninguna otra institución lo posee. Merecería, en efecto, nuestro aplauso, si con ello se sirviera al bien general del país. Pero no es así. No sólo es exclusivamente judía, sino que en muchas ocasiones se muestra hostilmente antiamericana, puesto que combate

decididamente muchas instituciones que, por su carácter y tradición, son pura y genuinamente americanas. El judío considera América todavía como una masa informe, a la que cada cual puede dar plasticidad a su antojo. No reconoce la América tal como se desarrolló y existe, sino que cree que constituye un derecho propio dar a este país las formas que él, según su modo de ser, naturalmente tenga por conveniente.

Los derechos de propiedad y de arraigo en los Estados Unidos sólo pueden disputarlos aquellos que profesen los mismos ideales que los fundadores de la Unión. Estos ideales fueron los innatos de la raza blanca europea y sobre fundamentos cristianos. Con la mayoría de ellos no sólo no coinciden los judíos, sino que los combaten duramente. Cierto personaje judío declaró recientemente en Nueva York, que Estados Unidos no constituye un Estado cristiano, y sus explanaciones demostraron que, según su criterio, tampoco llegarían nunca a serlo y siempre combatió el domingo cristiano, como funcionario de una sociedad cuyos fines son la implantación del sábado judío como fiesta legal (1).

A pesar de todo ello, la verdad, a la larga, no deja nunca encarcelarse. La discusión pública de esta cuestión en la Prensa va tomando rumbos diferentes a los que los judíos hubiesen esperado y deseado.

Ahora la Prensa no sirve ya tanto a la mixtificación, como a la propagación de la verdad en este asunto.

En las réplicas publicadas contra el *Dearborn Independent* se ha reflejado manifiestamente el desengaño, repre-

(1) El que también en este asunto, se procede igual y deliberadamente entre judíos, lo demuestra una frase del abogado Loeb pronunciada en una asamblea de judíos ortodoxos con fecha 24 enero 1912. Dijo: "Vivimos dentro de un Estado cristiano, lo cual es incompatible con los intereses del judaísmo; *ergo*, el Estado cristiano debe ser derrumbado". — *El autor.*

sentando o bien una artimaña, o dando fe de una impotencia absoluta, que dada la vital importancia del conjunto de estas cuestiones, resulta en ambos casos igualmente humillante para los judíos. Ni una sola refutación efectiva consiguieron, tanto con respecto a los "Protocolos", como con respecto a ningún otro detalle. Parece como que nos rindieran armas. De ahí se explica también la falta de lealtad, porque no se atreven a mirar las cosas de frente, sino que se deslizan envolviéndose hábilmente en oquedades de frase y ardides. Si nuestros asertos fueran falsos, compruébese por ellos tal falsedad.

La réplica publicada por unos cuantos judíos prominentes se mantiene por lo menos decente en el tono, lo que no se puede decir de la mayoría de las réplicas judías, como la réplica en el sentido de querer hacer creer que nuestra obra sea dictada por un antisemitismo degradante (1).

Frente a ello hay que hacer constar, que todo el antisemitismo en Estados Unidos es una creación moderna de los propios portavoces judíos. Lo necesitan, aunque no sea sino para retener en sus manos a la masa judía. En su consecuencia, se esfuerzan por demostrar que el *Dearborn Independent*, no debería arremeter contra los judíos por ser judíos. Así demuestran que temen no tanto al antisemitismo de los no-judíos, como la comprensión entre otros judíos magnánimos, de que la causa judeo-americana se halla en

(1) Según esto, es de suponer que en América el concepto de "antisemitismo" se aplica sólo al significado que los judíos mismos le aplican de antisemitismo populachero, compuesto de prejuicios de raza con intención de violencias, mientras que — en Alemania —, no significa sino la convicción nacida de la experiencia, de la inevitable necesidad vital de una lucha defensiva de todos los pueblos contra la desmoralización y degeneración que derivan del judaísmo en su totalidad. — *El trad.*

malas manos (1). El "antisemitismo" es siempre último refugio de los portavoces judíos desleales al encontrarse frente a la verdad, y muy conscientemente lo han utilizado entre los no-judíos, para con su ayuda poder dominar mejor a su propio pueblo.

Recientemente trajeron los periódicos una "Protesta contra el antisemitismo" firmada por cierto número de personajes no-judíos, publicándolo dos veces consecutivas, porque la primera inserción había quedado sin producir efecto. Por lo visto, dichos periódicos estaban cansados de tener que volver a reproducir siempre las declaraciones oficiales procedentes del Gran Cuartel general judío. Para causar mayor efecto, se solicitó también la firma de *Woodrow Wilson*, cuyo hecho se participó telegráficamente al mundo entero.

Con su típico modo de proceder apoyan así los mismos judíos nuestro aserto, de que ejercen una influencia inadmisible en la política. La presente obra sólo aportó unas cuantas pruebas, mientras la masa principal de pruebas documentadas aun espera el momento de su publicación. Un asunto, que viene al caso, se desarrolló últimamente ante la más plena de las publicidades.

Al presentarse en el Congreso la Ley de Inmigración, hubo aplastante mayoría en favor de ciertas restricciones, y el Congreso deliberó con arreglo a los hechos presentados y según sus sentimientos patrióticos. Apenas votada la ley, funcionaron los alambres telegráficos con protestas judías, y los trenes con dirección a Wáshington se abarrotaron de agentes judíos. Los legisladores buscaban un refugio. Se pronunciaban discursos previamente aprendidos de memoria, y se introdu-

(1) Teniendo en cuenta la absoluta unidad del judaísmo en contra del mundo, y que precisamente en la presente obra queda tan contundentemente probada, se derrumba esta esperanza, así como la diferenciación entre los portavoces y la grey, por su propio peso. — *El trad.*

jeron ciertas modificaciones en el tenor de la ley. La palabra mágica "judío" deshizo el objetivo principal del proyecto de ley, como la nieve se funde ante los rayos solares. Ningún pueblo, de los que vienen inmigrando en nuestro país, había protestado; únicamente los judíos. En cambio, el admirable funcionamiento de las múltiples piezas de su mecanismo de propaganda en todo el país, facilitó a esta protesta el aspecto de ser un gran acontecimiento de la voluntad nacional. Pero un solo punto no pudieron, con todo esto, encubrir: el que se llegara a comprender que la mayoría de los inmigrantes que afluyen a nuestra costa son judíos.

Sin embargo, la labor legislativa del Congreso de Estados Unidos en un asunto de suma importancia para la totalidad del país fué en esta ocasión entorpecida por los judíos exactamente en la misma forma, como hace diez años estos mismos judíos obligaron al Congreso a denunciar el tratado Comercial con Rusia. Aquí se ofrecen manifiestamente dos pruebas fehacientes de poderío y violencia despótica, que no se preocupan absolutamente de las horrorosas consecuencias que tal proceder podrá acarrear para el bienestar de nuestro país.

De la misma manera que aquel rompimiento con Rusia constituía parte del programa mundial judío, así ocurre ahora con la inmigración de judíos polacos en América. No hay "pogrom" alguno que les expulse de allí, sino que esta frase no constituye más que un mero ardid de propaganda. Los judíos van abandonando Polonia, porque saben que allí se prepara algo grave. Los planes del bolchevismo judío aun no están cumplidos. Agentes judíos americanos enriquecidos mandan venir a sus parientes pobres. Estados Unidos constituye el gran receptáculo para estos simpáticos coetáneos; Francia e Inglaterra... ¡no quieren serlo! Todo significa infortunio para Polonia, pero son los judíos americanos sufi-

cientemente poderosos para reproducir el ejemplo de España, que siglos enteros no bastaron para aplacar el odio vengativo de los judíos contra todo un pueblo por supuestos agravios. Desde el barrio Este de Nueva York el bolchevismo se trasplantó a Rusia. ¿Es que desde aquí ha de iniciarse también la destrucción de Polonia? Quizá ocurran acontecimientos que derrumben el diabólico plan judío... (el hambre en Rusia. — *El trad.*).

La lucha contra el *Dearborn Independent* constituye además prueba palpable del predominio judío en nuestra Prensa. No es que el propietario de un periódico local fuera influenciado directamente por los centros del poder judío en Wáshington, Nueva York o Chicago, sino que una o dos docenas de opulentos judíos, sus mejores clientes de anuncios, que a su vez reciben instrucciones del Cuartel general judío, bastan perfectamente para obligar, cualquiera que sea su modo de pensar. La mayoría de los editores de periódicos están perfectamente orientados acerca de la cuestión judía, y de una comisión de periodistas bien informados podrían el Gobierno y el público aprender todo lo concerniente y necesario.

Estuvo bien hecho por Wilson y demás firmantes publicar una protesta contra el "antisemitismo", en el supuesto de que quisieran dirigirse contra esa clase, en la que no entramos nosotros. También el *Dearborn Independent* hubiese firmado tal protesta, porque somos adversarios del antisemitismo, cuyas bases han formado los judíos para suscitarlo.

En cambio, dicha protesta se dirigió contra la discusión en público de la cuestión judía. ¡Como siempre!

Pero sea lo que fuere. Cada publicación, provenga de la "Liga anti-difamatoria", o de otra parte, será bienvenida, tanto más cuanto que los defensores no-judíos de la causa israelita tomen cartas en el asunto. A los portavoces judíos no les queda otro remedio que desmentir, engañar y amenazar.

Los defensores no-judíos, en cambio, analizan el pro y el contra para comprobar sus verdades. De esta suerte esperamos que se consiga un debate realmente práctico.

No excluiríamos ningún producto literario judío, por denigrante que fuera, del correo o de biblioteca pública en que se hallare. Todo orador judío podría sin cuidado hablar en asambleas públicas. Ninguna empresa judía tendría que temer un boicot. Defendemos la libertad de la palabra y de los hechos. *Los judíos, en cambio, no quieren ni libertad de palabra, ni de la Prensa. En cada Estado de la Unión el B'nai B'rith trabaja por conseguir una ley que prohiba en absoluto toda publicación que disguste a los judíos*: tal es la verdadera contestación de los judíos a los hechos aquí aducidos.

En centenares de bibliotecas públicas están los judíos interesados en eliminar cualquier obra que permita la más mínima duda de que los judíos son el pueblo virtuoso y ejemplar del orbe entero, el pueblo predilecto de Dios.

Así acontece en Estados Unidos y en mayor escala en aquellos Estados de Levante, que antiguamente con mayor virilidad propugnaron la más amplia libertad americana en palabras y hechos. Sígase así en adelante, que cada caso redunda por fin en una prueba más, de que cuanto venimos escribiendo acerca de los judíos es la pura y única verdad.

El panorama actual de la cuestión judía en Estados Unidos es el siguiente:

Un acontecimiento público de hechos velados demasiado tiempo ha, está en marcha. Los prohombres judíos están plenamente conscientes de la verdad de estos hechos. Su réplica consiste en desmentir y suprimir. El resultado: absoluto fracaso de seguirse por este camino.

XIX

UN INTERMEDIO LITERARIO: ¿QUE ES EL JAZZ?

Muchas personas se preguntan de dónde proviene esta riada ininterrumpida de esperpentos musicales, que penetra hasta en el seno de familias decentes, obligando a nuestra juventud a tararear los cantos salvajes de los negros. Contestación: "el "jazz" es hechura judía". Lo insípido, lo viscoso, lo contrahecho, el sensualismo animal: todo es de origen judío. Chillidos de monos, gruñidos de la selva virgen, y voces de bestia en celo, se combinan con algunas notas seminusicales y de esta forma el espíritu genuinamente judío penetra en las familias que en otro tiempo habrían repugnado indignadas tan estrafalarias costumbres.

En un pleito judicial se comprobó que el 80 por ciento de las canciones "populares" son propiedad de *siete casas editoriales de música judía*, que forman una especie de trust. El restante 20 por ciento es también propiedad de elementos judíos; pero se mantienen independientes del trust anterior.

¿No obliga a reflexionar el hecho que, dondequiera que se tropiece en nuestra vida con corrientes desmoralizadoras, se encuentre también siempre al judío? En la venalidad del deporte de *base-ball*, en las finanzas usureras, en la relajación de nuestros escenarios: siempre hallamos un grupo de judíos causante. Judíos en la transgresión de la prohibición alcohólica. La política bélica nacional: en manos de judíos. La telegrafía sin hilos: un monopolio judío. El peligro moral de las películas sicalípticas: explotado por judíos. Son los dueños de la Prensa mediante una presión mercantil y financie-

ra, y en un 80 por 100 los usufructarios de la guerra, los organizadores de la resistencia más activa contra usos y costumbres cristianas. Y como apoteosis, la música populachera, la mezcolanza de estupidez y sensualismo: ¡el jazz! ¡otra vez los judíos!

"Dejadme hacer las canciones de un pueblo, y conseguiré más que dictando sus leyes", dijo alguien. En nuestro país el judío mete sus manos en una cosa y en otra!

Como el escenario americano y la cinematografía sucumbieron al espíritu mercantil y antiartístico judío, así el comercio de la "música popular" se convirtió en una industria genuinamente judía. Sus eminencias son, en su mayoría, judíos rusos, cuyo pasado suele ser tan discutido como el de ciertos empresarios.

El pueblo ya no canta lo que le place, sino lo que los "grandes cañones" le ofrecen con monótona repetición en los music-halls, hasta que la ingenua juventud empiece a canturrearlo por las calles. Estos "cañones" son los agentes a jornal de las fábricas de canciones judías. Dinero, y no valor intrínseco, decide de la popularidad de ese cantar de irracionales que se conoce bajo el mote de "jazz".

Tampoco en este negocio fabril de música demostraron los judíos originalidad alguna, sino cierta facultad a lo sumo de amoldarse, por no decir copiar (designación que representa una cortesía frente a lo que es: robo intelectual). El judío no posee facultades creadoras, sino que se apropia lo que otros crearon, le da cierta apariencia y lo convierte en negocio. Así recogieron las antiguas colecciones de aires populares, de melodías de ópera y de cuplets, y cuando alguien se dedica a examinar detenidamente los últimos cuplets de moda encuentra en ellos melodías y motivos pertenecientes a generaciones pasadas, mezclados con un poco de jazz, que, unidos a sentimientos embrutecidos sensualmente, son lanzados al público.

La música no judía se estigmatiza como "beata", y se encuentra únicamente en buena sociedad. El pueblo, la masa, se alimenta espiritualmente con música de salvajes, que irrumpe en riadas turbias desde el callejón de los Cencerros, que así se llama la calle, en que se domicilian la mayor parte de las casas editoriales de música judías.

El primer invento de "mercantilizar" aires populares lo realizó *Julio Wittmark*, ex cantador de baladas. Le sucedieron infinidad de judíos del Este de Nueva York, muchos de los cuales hicieron un fortunón al explotar el gusto popular que ellos mismos habían primeramente depravado. Uno de los que más éxitos cosecharon, fué *Irving Berlín*, cuyo nombre original era el de *Isidor Berliner* y oriundo de *Rusia*.

Los mercaderes judíos poseen un sistema fatal para tirar por los suelos el buen gusto: el de suministrar la misma melodía con dos o tres textos diferentes. Por un lado dan el texto con el que se vende la canción en las tiendas a personas necias que se pasan el día repitiendo el estúpido canturreo salvaje y que gustan de estar en posesión del "último grito". Estas canciones son de por sí malas. Pero luego viene el texto número 2, que "avanza algo más", y finalmente el texto número 3, que "tira a fondo". Los muchachos de las capitales suelen conocer gradualmente los textos números 2 y 3, y hasta se dan casos de que las señoritas de buena sociedad los conocieran.

Tampoco debe despreciarse la diabólica socarronería que va creando una atmósfera inmunda en todas las capas sociales. En ella se unen malsanos cálculos con malignidad endemoniada. El río sigue corriendo, se vuelve cada vez más turbio, denigra al público no-judío y aumentán las riquezas judías.

Sacerdotes, profesores, reformadores de la sociedad, padres y parientes, estupefactos ante la desmoralización cada

vez más creciente del pueblo, se indignan de tan infame fenómeno, pero sólo ven, observan y atacan estos fenómenos reprendiendo a los jóvenes, a quienes gusta tal atmósfera sensual y "no la olvidan".

Pero todo esto ha de tener fin. ¿Por qué no se avanza hacia él? El punto de ataque debería ser la *causa*, no el *efecto*. No tiene sentido común vituperar a las gentes. Déjese correr libremente el alcohol, y se tendrá un pueblo de borrachos. Sucumbirían igualmente a otros narcóticos, si pudieran venderse tan libremente como los productos de la industria judía de música popular. En tales casos sería torpe acusar a las *víctimas*, sino que el sentido común exige que se pida responsabilidad a los *inductores*. La fuente del desmoronamiento moral de nuestros pueblos es precisamente el grupo de mercaderes de música judíos que domina todo este mercado.

La acusación por desmoralización mediante la "música para el pueblo" viene acompañada de otra no menos importante, y es la de que tal música ni siquiera es "popular en el sentido genuino del pueblo". Todo el mundo la oye, la tararea, se le imprime al oído en cada función de cinematógrafo y de music-hall, se anuncia en carteles chillones, los gramófonos la gritan de noche y día, las bandas de música de baile parecen enloquecidas reproduciéndola, y los pianos mecánicos la repiten cada cien metros. Sólo por este poder de la mera repetición se adhiere a nuestros oídos hasta que un nuevo "último grito" la sustituye. Verdadera popularidad no se encuentra en todo ello. Generalmente no se hallan ni vestigios de sentimiento en estas canciones ofrecidas con enorme reclamo, sino que jóvenes y viejos sucumben sencillamente al poder mecánico de ciertas frases y melodías, que día tras día les ataca los tímpanos.

La gran preocupación de estar siempre "al tanto" empuja a los propietarios de un piano a entrar en las tiendas de mú-

sica, para ver lo que es de última moda. ¡Claro es que es siempre la música salvaje de producción judía, contagiando así una casa tras otra!

De sentimiento popular, ni vestigios. Tan pobres en espíritu y alma son estas canciones, que no llevan sino una vida efímera, para morir de la noche a la mañana. Pero ya apareció otro nuevo "grito", y como quiera que es el último, porque la propaganda anuncia que es un "grito", y porque los "cañones" hacen que todo el mundo lo canturree, resulta que se hace "popular" Y siempre es el mismo viejo truco, "cambiar el estilo" para forzar la venta y ganar dinero. No hay nada de perdurable en la producción judía: ni en la moda, ni en los cines, ni en las canciones. Siempre debe haber algo "último grito", para conducir la riada del dinero popular hacia los bolsillos de los *fabricantes de jazz.*

Dos cosas hay que tener siempre presente: que la "música para el pueblo" casi siempre es irracional y causa primordial de la desmoralización, a no ser la única que coopera con el cine. Y que dicha música procede exclusivamente de los judíos.

Los judíos no crearon nunca aires populares, sino que desfiguraron los ajenos. El momento en que los judíos se apoderaron de la canción popular, es el mismo en que dejó de poseer un fondo moral. El pueblo la cantaba, sin tener que ocultar nada de ella. La moderna canción "popular", en cambio, es tan dudosa que el intérprete muchas veces hasta tiene que cerciorarse primero del nivel moral de su auditorio.

El gusto del público pide aquello que con mayor frecuencia se le ofrece, siendo como es cuestión de costumbre. El público de hoy carece de facultades de diferenciación y admite lo que se le presenta. Y este gusto público se **transforma en relación del alimento espiritual que se le da. Un cuarto de siglo de influencia ilimitada de teatro, cine, música popular,**

taberna y Prensa al estilo judío, unido a la denigración impune de toda contracorriente moralizadora, y el gusto del público quedará definitivamente desfigurado hasta lo desconocido.

Antiguamente cantaba el pueblo, pero no como hoy. Los textos quizá no tuvieran gran profundidad intelectual y las melodías fueran quizá sentimentales, pero los cuplets de doble sentido estaban vedados, al menos en la buena sociedad. De la misma manera que las modas del mundo frívolo se observaban sólo en determinados barrios, así las canciones sicalípticas tenían su círculo determinado. Pero la moda rompió sus confines penetrando hasta en la sociedad honesta.

Los antiguos aires populares grabados por sí solos en la memoria, no quedaban nunca fuera de moda. ¿Quién podría hoy acordarse ya de lo más popular del mes pasado?

Las melodías constituyen un caso de por sí. En muchas ocasiones los tribunales han tenido que hacer constar que fueron "adaptadas", es decir: robadas. La causa de esta nueva y especial forma de indecencia judía consiste en la táctica genuinamente suya de aumentar cuanto más la venta rápida. Antes un nuevo cuplet por semana, una o dos nuevas obras en toda la temporada solían marcar los límites. Al aparecer los cines, desapareció esta costumbre. Para poder sacar diariamente el dinero del bolsillo de las gentes, hay que variar también diariamente el programa, y para presentar diariamente un "número" nuevo hay que abaratar en lo posible los gastos de producción. Fabricación en serie para aumentar los ingresos. Valor intrínseco: ¡cosa secundaria! Pero resulta que no hay suficientes canciones buenas para suministrar a diario otra nueva, no existen bastantes obras buenas para convertirlas en drama cinematográfico. Lo que les falta a estas obras en valor artístico, se les sustituye por sicalipsis. La sicalipsis es la salsa picante para hacerle tragar al públi-

co la pacotilla de obras cinematográficas y canciones populacheras.

Que ¿por qué sólo los judíos se prestan a ello? Porque representa un sistema, que a ninguna otra raza le es factible, porque ninguna otra raza vive y muere tanto por el mercantilismo como la judía. ¿Quién, si no el judío, sería capaz de combinar con los conceptos "aires populares" y "arte", los de "suministrar" y "vender"?

Popularidad, según el concepto judío, no significa sino moda y modernismo. Para garantizar su éxito no hace falta que una canción, ni por su melodía, ni por su texto, tenga el más mínimo valor: basta con repetirla indefinidamente, hasta que quede grabada en los oídos de la masa: entonces resulta "popular". Se va al teatro y se oye cierta canción. Al día siguiente se oye la misma en el café. Lo mismo ocurre en el parque, donde la toca la banda, y se oye reproducida por los gramófonos. A uno le parece la tal canción "insípida", pero uno no se atreve a decirlo, porque "todo el mundo" la canta. De repente uno mismo la entona. En casa la toca la niña en el piano, y resuena la canción desde todas las puertas y ventanas, hasta que el día menos pensado desaparece. Es que ya tiene su sucesor: otro "grito" del callejón de los Cencerros. Nuevamente se va repitiendo el martirio, y de esta forma, de treinta a cincuenta veces al año.

No se olvide que esto *es sistema, es método*. No es nada casual. Es exactamente lo mismo que en "demostraciones" y "revoluciones": siempre existe un centro admirablemente organizado, que conoce el mecanismo en todos sus detalles, y lo va preparando y haciendo funcionar. Existe un método para hacer una "revolución" exactamente tan "popular" como cualquier obra cinematográfica, o cualquier canción popular: repetición incansable, hasta que la melodía lanzada sea del dominio general.

Cualquier estudio de "arte" reproducido en teatros de variedades y cafés cantantes demuestra que aquí se trata sólo de mercancía judía.

El predominio judío en la música significa, simultáneamente, que toda música no-judía quede excluída. Por muy valiosa que sea una canción de cualquier no-judío, no encontrará nunca su camino al gran público. Los propietarios de las tiendas de música, los críticos, los agentes, los editores, los empresarios de music-halls, la mayoría de los cantores y recitadores no sólo son judíos, sino que lo son conscientemente al objeto de apoyarse mutuamente y con exclusión absoluta de todo lo no-judío.

Los amigos leales del pueblo comprenderán perfectamente el peligro moral que irradia de tal canción popular; pero también resulta que generalmente se rebusca en sitio equivocado. Y entretanto cierto pequeño grupo prosigue impunemente inoculándonos jazz "cinematografía" y bailes indecentes, derrochando el dinero a millares, para recogerlo a millones. Si este grupo de personas fueran no-judíos, todo el mundo les señalaría con el dedo. Pero son judíos y quedan invulnerables a toda crítica. Todo cesará, pero únicamente en el momento en que claramente se pronuncie el nombre de los judíos que lo dirigen.

El caso es demasiado claro para poderlo despachar con la frase de "prejuicios de raza". Es un caso genuinamente judío, y lo es sobre la base de hechos innegables.

No contenta con entrometerse diariamente en nuestra vida, en todas sus fases, desde el oro indispensable para nuestra economía nacional hasta el pan nuestro de cada día, penetra la influencia judía también en nuestros hogares, determinando la clase de canciones que con el piano se pueden cantar. En el caso, desgraciadamente imposible en práctica, de poder aplicar a cada pieza de las que se va componiendo

nuestra vida diaria, y que resulte influenciada por el espíritu judío, el letrero que diga "judío" resultaría un conjunto capaz de asombrar y de ¡levantarnos en armas!

XX

LOS VIVEROS DEL BOLCHEVISMO EN ESTADOS UNIDOS

El bolchevismo en América trabaja exactamente con los mismos métodos, y en parte con los mismos agentes que en Rusia. Cuando *Martens,* el llamado embajador ruso, tuvo que abandonar el territorio de los Estados Unidos, dejó aquí a su lugarteniente, a *Karl Recht,* abogado judío neoyorquino. Su bufete es el centro en el cual se reunen los funcionarios *socialistas* de la capital y de provincias, y a veces los funcionarios de Estado americanos que simpatizan con esas tendencias. Lo que ocurre en Nueva York, es de importancia general, porque desde allí salen los hilos a todo el país. Nueva York constituye la escuela donde los discípulos de la revolución aprenden su faena. Sus conocimientos se ensanchan por los consejos y las experiencias de delegados que constantemente van y vienen de Rusia.

El americano genuino no puede figurarse que las alteraciones del orden, de las que viene leyendo detalles en su periódico, lo sean al azar, sino que son indicios premeditados de gentes que saben perfectamente lo que quieren y lo que se hacen. La reciente revolución (igual que la del 48) en Alemania, la francesa del 1789, y la rusa bolchevista, fueron obra de hombres, de los cuales cada uno conocía de antemano y perfectamente su puesto a ocupar y hasta el presente no se aflojó la garra de estos revolucionarios fija en la garganta de los pueblos que habían elegido por víctimas, sino que Francia se halla exactamente tan subyugada al dominio ju-

dío como la misma Rusia. Y en cuanto a Alemania, a pesar de su violento antisemitismo, en vano intenta librarse de la mano de hierro que la agarrota.

Para demostrar la forma en que las organizaciones judías en América vienen propagando la revolución y el bolchevismo en los Estados Unidos, es necesario echar una ojeada sobre el movimiento obrero judío.

La "Quinta Avenida" de Nueva York fué, hasta hace unos quince años, el centro de la vida comercial americana de buen renombre. Dicha Avenida y los barrios adyacentes constituyen hoy un vasto recipiente de judíos polacos y rusos, cuyas ocupaciones son las diversas que se refieren al negocio de ropas o confección. El comerciante antiguo se iba retirando, los valores de fincas bajaban y los judíos las adquirían a bajo precio.

Hoy pululan por allí de noche miles de noctívagos haciendo intransitable la calle para las personas decentes: se respira una atmósfera eslavo-oriental. Este barrio es mantenido tan firme y tenazmente, como si lo hubiesen conquistado a punta de bayoneta.

Todo estaría menos mal, si se pudiera creer lo que vemos en las películas, en las que nos vienen mostrando el ardiente amor con que estos recién inmigrados abrazan nuestro país y sus instituciones. Pero sus propios hechos y las frases pronunciadas por sus portavoces desmienten tan bella apariencia. Su anhelo no consiste como debiera en asimilarse ellos a nuestro país y sus modalidades, sino en judaizar a nuestro pueblo. Conceptúan a América como una masa de arcilla que pueden moldear a su antojo, pero no como a la madre amante, siempre dispuesta a admitir a nuevos hijos cual los suyos propios.

Cuando *Zangwill* sintetizó América como "el crisol de razas, tal concepto no caracterizó exactamente el proceso que

aquí se desarrolla, porque el crisol contiene sustancias que no quieren fundirse y más bien tienden a fundir el crisol. En la "Quinta Avenida" de todos modos el crisol ya se agrietó. Los altos edificios están repletos de talleres de todos los ramos de confección de ropas y modas cuya industria en los Estados Unidos se ha convertido en un absoluto monopolio.

¿Cómo se explica esta predilección de los judíos por el oficio de la aguja? Puede explicarse por la aversión innata del judío contra todo trabajo corporal pesado, contra la agricultura, y por su ardiente deseo de independencia. Una vez que el judío se ha establecido en una ciudad, la cambia *sólo* por otra ciudad. Existe cierta asociación hebrea que tiene por objeto "poblar con judíos el campo", pero sus resultados prácticos son nulos y cada día, más intensamente, habitan sólo las grandes urbes en las que viven más a gusto. Suelen ser primero unos pocos precursores, pero al cabo de poco tiempo se va formando una colonia de mayor importancia, que bien pronto domina la ciudad. Todo esto, no ocurre al azar. *El judío no tiene nada del aventurero* que busca la fortuna a su propio riesgo, sino que todos los movimientos judíos se apoyan sobre un fundamento común y se desarrollan premeditadamente. Nueva York es la escuela profesional donde el recién inmigrado recibe la educación adecuada de la forma en que tenga que tratar a los "goyim" (infieles).

La confección de ropa como negocio judío, no tiene nada que ver con el oficio como arte ni con la habilidad personal, sino que se ocupa exclusivamente de la fabricación en serie, a base de amplísima subdivisión en sectores del trabajo humano. Para ganar todo el tiempo posible, prefiere el judío generalmente el trabajo a destajo y la industria casera. De ahí le resulta siempre el suficiente ocio para tomar

parte en asambleas revolucionarias, consejos, mítines y redacción o lectura de artículos radicales en los periódicos.

Trotzky vivió en Nueva York de esta forma, invirtiendo sus ocios en fraguar sus planes para la destrucción de Rusia, su "patria". Todos los personajes judíos del Este de Nueva York sabían perfectamente que estaba en todo momento listo para derrumbar el Imperio de los zares. Fué un plan perfectamente premeditado. Dada la señal, todos los de antemano designados se colocaron en sus respectivos puestos. *Hoy también tiene preparados en el Este de Nueva York sus personajes pretéritos* y éstos viven en medio del "honrado" gremio de sastres.

Siendo este gremio como lo es, completamente judío, deben serlo también sus derivaciones. Hay quien afirma que el bolchevismo ruso fué la venganza de "pobres rusos" por los males que tienen que sufrir en América. De un lado estos "rusos" no son rusos, sino judíos, y del otro, el bolchevismo tampoco es ruso, sino también judío. En tercer lugar los patrones de los pobres sastres judíos neoyorquinos son judíos, y el propietario de la casa, que les impone alquileres exorbitantes, es también judío. Aquella defensa resulta, pues, una ofensiva contra Estados Unidos sólo con el objeto de encubrir el bolchevismo judío latente en América.

Las sociedades obreras del ramo de confección son enteramente judías, porque lo es todo el oficio. No hay que olvidarlo para explicarse las numerosas huelgas de este ramo y el encarecimiento extraordinario de todos los artículos procedentes de esta industria. Cien millones de americanos tienen que pagar caras estas frecuentes huelgas y las ganancias usurarias obtenidas en este oficio absolutamente monopolizado por los judíos. *Durante la guerra los precios vigentes en el ramo de confecciones se triplicaron,* y esto ocurrió a pesar de la declaración pública de los *fabricantes de tejidos,* de

que todo este aumento de ganancias afluía a los bolsillos de los obreros de la aguja.

Existen dos campamentos centrales de la riqueza y del poderío judíos, que tienen su punto de gravitación en Nueva York. El uno es germano-judío, representado por los *Schiff, Speyer, Warburg, Lewisohn* y *Guggenheim,* y con el dinero que les facilitan los no-judíos hacen su juego. El otro centro se compone de judíos de procedencia rusa y polaca, que monopolizan todo el negocio de ropas, vestidos, sombreros, peletería y quincalla. El trust confeccionista, formado exclusivamente por aquellos judíos que figuraron en las filas de los propugnadores más violentos contra determinadas dinastías europeas, representa hoy el corazón de un movimiento, que de triunfar, no dejará ni vestigios de nuestra República y sus instituciones, ni respetará sus libertades.

Existen alrededor de unas 50 organizaciones de patronos en el ramo de confección. Debería suponerse que la mayor parte del trabajo se hace con mujeres. Sin embargo, no es así, sino que la mayoría de los obreros son varones.

Las asociaciones judías de patronos y obreros, respectivamente, que monopolizan la totalidad del ramo de confecciones en los Estados Unidos, van formando un ala extrema del ejército judío destinado a la revolución política. El ala opuesta la forman la *Kehilla neoyorquina* y el Comité judeo-americano mancomunado.

En realidad existen más bolcheviques en los Estados Unidos de América que en Rusia misma. Su finalidad y su carácter de raza son idénticos aquí como allá. Si en este país no consiguieron tanto como en Rusia, es porque aquí ya se encuentra algo más divulgado el conocimiento de esa raza, y además por el promedio más elevado de cultura popular, y la consolidada autoridad del Gobierno.

El baluarte de la influencia y actividad de los bolche-

viques en los Estados Unidos lo constituyen las asociaciones obreras judías. Casi sin excepción profesan éstas un programa plenamente bolchevista, y esto no tanto frente a las industrias como frente al país entero. El que se haya llegado a conocer este detalle, resulta sumamente molesto a los prohombres judíos. Mal les sabe que se haya demostrado el carácter judío del bolchevismo ruso, pero que se llegue a comprender que otro tanto existe en los Estados Unidos resulta para ellos acusación terrible que muy difícilmente podrán descartar.

El bolchevismo ruso se desarrolló en los barrios del Este de Nueva York, animado y propulsado religiosa, moral y financieramente por prominentes personajes judíos. *León Trotzky* procedía del Este de Nueva York, teniendo las energías que le apoyaron su centro en la Kehilla. Esta y el Comité judeo-americano con ella aliado estuvieron interesados en su obra de destrucción de un Estado que durante aquella misma guerra había sido el amigo y aliado de los Estados Unidos. *El bolchevismo ruso fué apoyado por el oro judío procedente de América.*

Suma extrañeza debe causar la paciencia reinante en nuestro país, y que permitió al bolchevismo judío desplegarse tan abiertamente a la vista de todos. La única explicación verosímil de tan raro hecho puede consistir, en que los judíos creyeran, que el pueblo americano nunca llegaría a despertar a la comprensión de estos hechos, ni a una resistencia. La amplia divulgación de la táctica judía y de sus portavoces, les ha disgustado visiblemente. De ahí resulta por el momento, y de poderse creer las afirmaciones judías, que se va aplacando algo el entusiasmo revolucionario entre los judíos americanos.

Uno de los que más protestan es *Benjamín Schlesinger*, presidente de la Unión Internacional de obreros de confec-

ción, con un número de 150.000 miembros, y que constituye una asociación revolucionaria con el fin de destruir la economía y el Estado actuales. Este se queja de que últimamente los jueces judíos fallaron condenando algunas huelgas judías. "Se dice que actúan así para salvaguardar el buen nombre judío, y para que no se diga que todos los judíos son bolcheviques."

Otra gran asociación obrera perteneciente a la Kehilla es la Unión de Confeccionistas de América, con unos 250.000 miembros. A su cabeza figuran judíos rusos, que con toda procacidad propagan ideas bolcheviques. Su presidente es *Sidney Hillmann*, bolchevique reconocido y oriundo de Rusia. Sus secretarios, *Schlossberg* y *Abraham Schiplakoff*, anuncian como finalidad de su propaganda la expulsión violenta de los fabricantes según los precedentes de Rusia y Turín, donde es sabido que penetraron los obreros con música y banderas desplegadas como dueños en las fábricas. Sólo olvidan decir que, poco después, quedaron aquellas fábricas paradas.

Insistentemente hay que hacer constar, que todos estos miembros de las asociaciones obreras revolucionarias son también miembros de la *Kehilla neoyorquina* y supeditados a la dirección general del Comité judeo-americano.

Cuán americanas son estas organizaciones, se comprenderá al tener en cuenta que unos dos mil presidentes, aproximadamente un 90 por 100, es oriundo de Rusia, Polonia, Austria, Hungría, Rumanía y Alemania. Su finalidad no consiste, naturalmente, en americanizar a los judíos, sino en bolchevizar a América.

Las asociaciones obreras judías dependen inmediatamente del "kabal" ruso, cuyos miembros después de fracasada la revolución rusa de 1905 inundaron a América, dando a las asociaciones obreras judías un carácter bolchevique.

Su modo de hablar es el argot corrupto alemán, y constituyen la vanguardia de la revolución mundial propagada desde Moscou. Si los jefes del bolchevismo judío en Rusia hubiesen invertido tan sólo una décima parte de lo que gastaron en propaganda bolchevista en todos los países del mundo, en administrar y alimentar convenientemente a Rusia, se encontraría ciertamente este país hoy día en situación menos deplorable de lo que realmente se encuentra. *La propaganda disolvente es el único arte, en el que los bolcheviques judíos han alcanzado suma maestría.*

La embajada de Rusia soviética en Estados Unidos, debe considerarse como una vanguardia de la revolución mundial, la cual se hace por todos los iniciados. De ahí el cese del embajador soviético *Martens*. Este, aparentemente, tenía que reanudar las relaciones comerciales entre ambos países, cuyo objeto debía explicar el uso de las fuertes sumas de oro de que disponía. El Gobierno de Estados Unidos, en cambio, comprendió mejor el verdadero objeto de su estancia en América, que no era otro que la propagación de la revolución mundial. *Martens* desapareció, pero la embajada soviética quedó. Hoy es desempeñada por *Recht,* un judío ruso de treinta y siete años de edad. En el mismo edificio se encuentra el bufete del abogado judío *Isaac A. Hourwich,* a quien se tiene por el jefe principal del bolchevismo judío en América. A la clientela que frecuenta dicho bufete. pertenece *Judah L. Magnes,* jefe de la *Kehilla neoyorquina* Este es rabino sin sinagoga, un ultra-extremo, maestro en fraseología revolucionaria, protector del bolchevismo con sus propias ideas y con sus múltiples relaciones. Se le tiene por el mediador entre los judíos opulentos y los radicales, cuando éstos necesitan dinero. Ha explicado a la Prensa lo endeble e inocente que sería la actuación de la *Kehilla,* si no sirviera más que fines educativos y benéficos. Pero conste que

la *Kehilla* lo es todo menos un instituto educativo o benéfico. No es, ni más ni menos, que el centro nervioso de todo el poderío judío. Si tal no fuera, no se ocuparía de la política y el nacionalismo judíos, ni personajes a quienes tiene por jefes se ocuparían de ella. La *Kehilla* es lo que el mismo concepto significa: la comunidad judía reunida para la acción.

En los despachos de *Recht* y *Hourwich* entran y salen, además, los citados *Schlesinger, Hillmann* y *Schlossberg* y también ciertos inspectores de la isla Ellis, todos desde luego judíos. A veces también "correos" de Rusia, que vinieron para determinado objeto secreto o para recoger despachos de *Recht* y *Hourwich* y transmitirlos a los hermanos de Rusia.

En el bufete de *Recht* se visan los pasaportes americanos, y éste está constantemente en contacto con Moscou, conociendo perfectamente todas las intenciones soviéticas con respecto a América. El objeto principal de las conferencias en el despacho de *Recht* es la propaganda bolchevista en América. Personas de la índole de los *Hillmann, Schlossberg, Schlesinger*, etc., son sólo agentes de enlace entre los soviets de Rusia y las asociaciones hebreas de obreros. Las órdenes dadas en Moscou son transmitidas de este modo a los judíos residentes en América para ser puestas en práctica.

Es natural que el rabí *Magnes* tenga plenísimo conocimiento de todo cuanto a la *Kehilla* atañe, siendo él la cabeza visible de la mayor organización política de razas existente en el mundo, con leyes propias y sus propios métodos para alcanzar sus fines.

Pero los *Schlossberg* y acompañamiento, no son, sin embargo, los jefes principales, sino que se encuentran en las alturas donde residen los que dominan la Hacienda del país, y ejercen una influencia ilimitada sobre el Gobierno de Estados Unidos. Estos judíos son muy conservadores; pero

apoyan financieramente la acción radical. Constituyen la contestación viva a la pregunta, de ¿qué ventaja podrían éstos esperar del bolchevismo? Judíos, además, que en los departamentos oficiales correspondientes consiguen que traidores y revolucionarios manifiestos escapen al condigno castigo, y que siempre, de nuevo, saben henchir los bolsillos vacíos de personas dudosas.

Intentar afirmar la inocencia de la *Kehilla* sería posiblemente la más torpe de las jugadas por parte de los prohombres judíos.

XXI

CONFESIONES DE UN SUPERIOR DE LA ORDEN DE B'NAI B'RITH

Uno de los jefes más prominentes de la Orden de B'nai B'rith, fué *León Stuart Levi*. Siendo abogado de profesión, obtuvo la presidencia de la citada Orden en 1900, y murió en 1904. Tomó parte activa en la política internacional de su pueblo, y dicen que fué colaborador del Secretario de Estado Hay, en muchos asuntos importantes. Las frases que citaremos a continuación proceden de la época de su presidencia del B'nai B'rith, y fueron publicadas por la Orden un año después de su fallecimiento, en un folleto conmemorativo de su personalidad. No cabe, pues, dudar de su autenticidad.

Ciertos defensores no-judíos del judaísmo suelen indignarse cuando se llama la atención sobre el carácter oriental de determinados procedimientos judíos. *Levi*, en cambio, no niega este carácter oriental, sino que lo subraya. En la página 104 del folleto disculpa *Levi* ciertos defectos de educación del judío diciendo que, "oriundo del oriente, y forzado durante veinte siglos a vivir solo entre sus congéneres, conservó en sus costumbres mucho de lo que es característico oriental". En la página 312 habla del "afecto a la oriental por los padres". Tan leal confesión puede ser recomendada a los periodistas serviles que desde el fondo de su ignorancia acerca del judaísmo toman la indicación del carácter oriental del judío como una ofensa a este pueblo.

Con respecto a la cuestión judía dice *Levi* (página 101):

"El haberme detenido más ampliamente en estos asuntos es porque tengo que confesar que si bien al judío se le negaron muchas cosas que le hubiesen correspondido por derecho, también suele exigir en ocasiones más de lo que le corresponde. Una de las frases repetidas con mayor persistencia es la de que no existe una cuestión judía, que el judío es un ciudadano como otro cualquiera, y que mientras obedezca a las leyes y no tropiece con los Tribunales, su vida no debe estar sujeta a inspección pública. Tal aserto sería fundado en el caso de que no exigiera más que poder vivir tranquilo y pacíficamente. Pero cuando el judío pide la igualdad de derechos, tendrá que consentir también que su modo de proceder quede sujeto a cierto control, contra el que no hay negativa formal que valga. Tampoco a este respecto debe ser el judío excesivamente sensible. La falta de lógica o ignorancia con respecto a la cuestión judía no se encuentran exclusivamente en aquellos que son hostiles a los judíos... Los refugiados procedentes de Rusia, Galitzia y Rumanía han elevado el concepto y dado a la cuestión judía cierta importancia. Desde entonces va comprendiendo el mundo que somos testigos de un segundo éxodo, que promete en breve variar completamente el aspecto de los judíos residentes en el hemisferio occidental del globo" (página 59).

Levi sostiene en repetidas ocasiones, que los judíos constituyen una raza, y no sólo una comunidad religiosa, sino una nación y no sólo una Iglesia, y que la palabra judío debería interpretarse más bien en sentido biológico que teológico.

"Cierto es que esa raza y religión están tan íntimamente entrelazadas entre sí que nadie puede decir exactamente, dónde empieza una y termina la otra" (pág. 116). "*No es verdad que los judíos sean judíos sólo por su religión.*"

"Un esquimal, un indio americano, podrían adoptar

cada una de las tesis de las creencias judías, podrían cumplir cada fórmula y con todo el ceremonial de la ley mosaica y su ritual, siendo, pues, judíos en cuanto a la religión. Y, sin embargo, a nadie se le ocurrirá considerarles ni por un momento entre los *judíos nacionales*... No precisa sólo que se profesen las creencias judías, sino que sea descendiente directo de un pueblo, que antiguamente tenía su Gobierno visible y su propio territorio, hasta la segunda destrucción de su Estado. Este acontecimiento quitó a los judíos su tierra y su Estado, dispersándoles sobre la faz de la tierra, *pero no por eso destruyó la idea nacional ni de raza,* que constituía el eje de su nacionalidad y de su religión. *¿Quién, pues, puede atreverse a afirmar que los judíos no son una raza? La sangre es la base y el símbolo de la idea de raza,* y ningún pueblo del mundo puede reclamar con tanto derecho la pureza y uniformidad de su sangre como el judío" (págs. 190-91).

"*La religión sólo no caracteriza a un pueblo.* Ya se dijo que con sólo profesar la religión mosaica, no se vuelve uno judío. *Por otro lado un judío sigue siempre siendo judío, aun cuando abjure de su fe*" (pág. 200).

De idéntica opinión son otros judíos, tales como *Brandeis,* miembro del Supremo en Estados Unidos, cuando dijo: "Confesemos que nosotros, los judíos, constituimos una nacionalidad determinada, y que todo judío, resida donde quiera, y crea lo que tenga por conveniente, forzosamente es un súbdito de aquélla".

Según esto, *Levi* defiende el aislamiento exigido y practicado de los judíos. "*En cuanto a su número, los judíos, en dos mil años, apenas ha variado.* No buscaron acólitos para su religión. Se han apropiado artes, letras y civilización de muchas generaciones, pero manteniéndose libres de toda mezcolanza de sangre. Su propia sangre la han infiltrado en la

de muchos otros pueblos, sin que hayan admitido para sí la sangre de otros pueblos."

Los matrimonios mixtos entre judíos y no-judíos los designa *Levi* como "bastardos", diciendo: *"Me parece justo que los judíos eviten el matrimonio con no-judíos y viceversa, por la misma razón que se evita el matrimonio con enfermos, tísicos, escrofulosos o negros"* (pág. 249).

Levi defiende también las escuelas públicas para niños no-judíos: los niños judíos, en cambio, deberían educarse aparte. "A mi entender, deberían educarse los niños judíos sólo en colegios judíos" (pág. 254). "No sólo constituye una ventaja positiva e inmediata el educar a nuestros hijos como judíos, sino que resulta *imprescindible para nuestra propia conservación.* La experiencia viene demostrando que nuestra juventud se aleja de nuestro pueblo al rozarse indistintamente con no-judíos" (pág. 255).

De una franqueza pasmosa resulta *Levi* al declarar: "Puesto que *estamos lejos de ser perfectos caballeros* en totalidad, no podemos con razón exigir ser admitidos *como clase* en la alta sociedad no-judía. Permanezcamos, pues, en nuestro puesto" (pág. 260).

En cuanto al reproche de la falta de ánimo, que tan frecuentemente se hace a los judíos, dice *Levi*: "El valor físico constituye sólo un apéndice y no un elemento esencial del carácter judío, que con pocas excepciones se puede aplicar a todos los pueblos orientales. El sentimiento y el miedo al peligro están fuertemente arraigados en ellos; pero no el cultivo a la impavidez o el miedo que distingue a las grandes naciones de Europa occidental" (pág. 205).

Precisamente a este cuidado de escapar al peligro atribuye *Levi* la especial importancia de los judíos entre los demás pueblos. Estos luchan, mientras que el judío sabe pacientar, y esto, según *Levi*, es mucho más valioso. Otras

naciones pueden ufanarse de sus éxitos guerreros y de sus triunfos, pero a pesar de los múltiples frutos de sus victorias, nunca fueron de larga duración. Con razón se puede decir que la nación cuya grandeza se funda en el valor físico, degenera por la vía de la discordia y de la extenuación... En la virtud de sufrir poseen los judíos, creo, un amparo contra la degeneración, que caracteriza la historia de los demás pueblos."

Los portavoces judíos negaron incluso la participación judía en la revolución alemana del 48, profetizada por *Disraeli* en su novela "Coningsby". *Levi* nos dice al caso: "La revolución alemana del año 1848 indujo a muchos judíos cultos a emigrar a América... Huelga ocuparse más detalladamente de los acontecimientos del 48, bastando la indicación de que no pocos de aquellos revolucionarios fueron judíos, y que gran número de ellos, por verse perseguidos por aquellos Gobiernos, huyeron a América" (págs. 181-82). Aquellos judíos revolucionarios alemanes figuran hoy en nuestro país como nuestros amos financieros. Aquí encontraron amplias libertades para explotar a personas y pueblos enteros a su gusto y antojo. Aun hoy día mantienen íntimas relaciones con *Francfort del Main*, la capital central del judaísmo financiero internacional.

Doquiera que la lógica y las necesidades de raza lleguen a chocar entre sí, *abandona Levi francamente la lógica*, diciendo, por ejemplo: "Por varias razones siguen manteniendo los judíos su aislamiento. Según la teoría no lo debieron hacer, sino que en nuestras organizaciones societarias deberíamos admitir a todo no-judío benévolo y digno, que nos honre con la solicitud de asociarse. *Pero lo que teóricamente encontramos bien, puede prácticamente resultar inoportuno.* Constituye ciertamente una injusticia el excluir a una per-

sona digna, casualmente por ser no-judía. Pero ¿dónde podríamos fijar el límite?”

No se puede vituperar al señor *Levi* por aferrarse tanto a su pueblo. Cada uno tiene su lugar obligado cerca de sus compatriotas. Merecen sólo censura los *no-judíos aduladores, que reniegan de su propia raza, haciéndose parásitos de los judíos, hermafroditas internacionales,* que mejor mantendrían su honra de poseer y proclamar siquiera una milésima parte del orgullo de raza, que distingue al judío.

¿Por qué están los judíos tan íntimamente ligados entre sí? ¿Qué es lo que les distingue de los demás? ¿Su religión? Que la mantengan inmaculada para extraños e infieles. ¿Su raza? Caso afirmativo, debe esconderse detrás de ella cierto objetivo político determinado. ¿Cuál será éste? ¿Palestina? Esta esperanza se confirma leyendo en los periódicos que, por conducto de la Prensa Asociada, se inundan de telegramas sobre Palestina las agencias telegráficas judías. Pero todavía no se nota que Palestina se haya judaizado definitivamente.

El objeto político judío no es ni más ni menos que el dominio del mundo en el sentido material. Este dominio, con exclusión de todo otro motivo, ofrece la explicación de sus instintos emigratorios en sentido político, propagandístico y revolucionario.

XXII

KUHN, LOEB y CIA., DE NUEVA YORK, Y M. M. WARBURG Y CIA., DE HAMBURGO

A pesar de todo, no poseen aún los banqueros judíos la absoluta hegemonía financiera en Estados Unidos de América. No cabe duda que la pretenden, y en distintas ocasiones ya casi la había alcanzado. Sin embargo, constituyen un poder tan siniestro que sus múltiples relaciones internacionales suscitan un problema político de tanta importancia, que no existe ni mucho menos razón de tranquilizarse por el mero hecho de que aun no alcanzaron la meta.

Las grandes casas bancarias americanas constituyen un artículo de importación. Algunas de ellas son todavía de tan reciente origen, que puede fácilmente seguirse su línea de desarrollo desde el primer día de su inmigración. El sentido de rozarse con extranjeros se fortifica por la conservación de sus relaciones con ultramar. Por otra parte, esta unidad internacional constituye precisamente el momento álgido de su poderío financiero.

Cuatro apellidos altisonantes en la alta finanza americana son *Belmont, Schiff, Warburg* y *Kahn.*

Augusto Belmont llegó a América, en 1837, como representante de la casa *Rothschild.* Su cuna era *Francfort del Main,* y su familia olvidó más tarde su origen judío. Se ocupaba mucho de asuntos políticos, siendo, durante la época crítica del 1860-72, presidente del comité nacional-democrático. Su representación de los intereses de *Rothschild* resultó de suma utilidad para esa Banca, si bien las transac-

ciones financieras de entonces comparadas con las de nuestros días resultaban relativamente insignificantes.

Jacob Schiff es otro financiero judío con quien nos agració *Francfort del Main.* Cumplido su aprendizaje en el escritorio de su padre, que también fué agente de la *casa Rothschild,* arribó a Estados Unidos en 1865, llegando a ser uno de los principales canales por los que afluían capitales germano-judíos a empresas americanas. Su actuación le facilitó puestos en muchas esferas importantes de la vida comercial americana, preferentemente en ferrocarriles, Bancos, sociedades de seguros y telegráficas. Casó con *Teresa Loeb,* llegando a ser, por fin, jefe principal de la casa de banca de *Kuhn, Loeb y Cía.*

También *Schiff* se ocupaba de política en sentido judío, siendo él quizá la energía propulsora en la lucha política, por la que Congreso y Presidente fueron obligados en 1911 a romper las relaciones comerciales con Rusia a causa de una cuestión puramente política, a la que astutamente se había dado el aspecto de *intereses americanos.* Prestó inestimables servicios al Japón en la guerra contra Rusia, pero dicen que la astucia japonesa le desengañó soberamente y que le hizo perder una reciprocidad exigida con demasía.

Consocio de *Schiff* en la casa bancaria de *Kuhn, Loeb y Cía.,* es *Otto Kahn,* que aun en mayor grado que los dos anteriores se relaciona mundialmente, y que se ocupa constantemente en misteriosos asuntos de índole internacional, probablemente a causa de su conocimiento particular de muchos países. Nació en Alemania, procediendo igualmente de la escuela financiera de *Francfort,* a donde le unen relaciones con la casa bancaria judía *Speyer.* Una ciudadanía nacional suya consta ciertamente: la británica. El que *aun sea* ciudadano alemán, o que *ya sea* ciudadano americano, no se ha podido comprobar.

Mayor extraneza causó sin embargo, el que *Kahn* cambiara de religión, a pesar de lo cual los judíos no le tratan de apóstata. Se llegó a saber todavía que en la misma época en que pretendió ingresar en la casa de *Kuhn, Loeb y Cía.*, meditaba el proyecto de marcharse a Inglaterra, para presentar allí su candidatura a diputado.

En París y en los países a oriente de dicha capital, se ha presentado como portavoz de la aristocracia financiera americana, lo que no es. Probablemente sería portavoz de aquel grupo que tan hábilmente espera imponer el programa mundial judío, hasta el punto de llegar a suponer las naciones europeas que América era una poderosa potencia semita.

Otro miembro, cuarto del grupo de financieros judíos, es *Paul Warburg*. Nació en Alemania en 1868, llegando a Estados Unidos en 1902, donde se nacionalizó en 1911. Vino a este país con la intención declarada de reformar su sistema financiero. Existen dos sistemas fundamentalmente distintos de hacer dinero: según el uno, se va "haciendo" sin dar importancia al sistema empleado. El otro, considera los sistemas como artefactos, que pueden perfeccionarse, cambiarse, o renovarse a gusto. *Warburg*, descendiente de una larga serie de banqueros germano-judíos, pertenece a este último grupo. El desarrollo de su vida lo explicó en agosto de 1914 a la Junta Senatorial de Bancas y Cambios, de cuyo relato se deducen los detalles siguientes:

Los *Warburg* son una de las familias financieras judías de cuya importancia no se sabía nada hasta que estalló la guerra, y de la que tampoco se hubiera tenido gran noticia, a no ser que su internacionalismo no se hubiese patentizado tan excesivamente. Resultó un espectáculo sumamente interesante observar a los diferentes hermanos *Warburg* ocupan-

do en Versalles los puestos prominentes en *ambos bandos* de los frentes combatientes.

La casa bancaria *Warburg*, en *Hamburgo*, se fundó en 1796. Allí, en su casa paterna, aprendió las lecciones elementales del ramo bancario. Se marchó por dos años a Inglaterra, a la casa bancaria de *Samuel Montagúe y Cía.*, trabajando además durante dos meses como agente de bolsa. Después estuvo en París, en la sucursal del Banco de Rusia de Comercio exterior, regresando luego a Hamburgo. Viajó por India, China y Japón. Su primera arribada a América aconteció en 1893, volviendo luego a Hamburgo, donde ingresó como consocio en la casa paterna. En 1895 se casó con la hija del señor *Loeb*, en Nueva York, y se detuvo cada año algún tiempo en esta capital, quedando definitivamente en Nueva York, en 1902, donde ingresó como consocio en la casa *Kuhn, Loeb y Cía. Jacob Schiff*, según ya hemos visto, casó igualmente con una hija de *Loeb*, siendo, pues, cuñado de *Pablo Warburg*. El hermano de éste, *Félix*, también consocio de la razón social, se hizo más tarde *hijo político de Jacob Schiff*. Ciudadano americano no lo fué hasta 1911.

Tres semanas apenas después de haberse fijado en Nueva York, en 1902, descubrió que todo el sistema monetario y financiero americano estaba completamente anticuado, y audazmente redactó un artículo reformatorio el cual, sin embargo, tuvo que guardar hasta 1906. Al llegar en 1902 a América aun no sabía si le convendría solicitar la ciudadanía. Se decidió a ello en 1908, y lo realizó en 1911. Pero en 1902 ya sabía que estaba llamado a transformar la vida financiera y monetaria americana. A la pregunta de cierto miembro de la Junta de por qué tardara tanto tiempo en nacionalizarse, contestó que había sido "ciudadano muy leal" de su antigua patria. Sólo la convicción de tener que proceder a la reforma financiera americana le indujo a abandonar

su brillante posición en Alemania. Desde entonces sintió que había echado raíces en esta tierra y que formaba parte de la nación americana. (Durante los años de 1906 a 1911 fué *Warburg* un ciudadano tan leal alemán como americano). A consecuencia de su artículo entró en conocimiento con el senador *Aldrich,* dueño omnipotente en asuntos financieros y representante brutal de los intereses bancarios cerca del Gobierno. Este pidió consejo a *Warburg* (entonces todavía extranjero), y lo obtuvo abundante.

Acerca de la actuación de *Warburg,* el catedrático E. R. A. *Seligmann,* de la Universidad de Columbia, ha dicho: "Sólo a pocos les será conocido *Warburg.* La ley de Reservas de la Unión quedará unida al nombre de *Warburg* en la historia de este país." Esta ley creó un Banco central, el *Federal Reserve-Board,* tal como Inglaterra, Francia y Alemania lo poseían. Las consecuencias prácticas de esta institución consisten en que Estados Unidos representa hoy un país en la situación económica más dificultosa, con un enorme exceso en productos de todas clases, que no puede aprovechar, ni repartir, porque el sistema central de canalización financiera se *halla obstruído.* La afirmación de *Warburg,* de que hubiese realizado un sacrificio material enorme al ponerse al frente del *Federal Reserve-Board,* indujo a cierto senador a preguntarle por qué lo había hecho. La contestación apenas comprensible de *Warburg* fué, que desde que viniera a América sintió interés vivísimo por implantar su (¿cuál?) reforma financiera.

Durante este examen ante la Junta senatorial, interesó también la posición *política de Warburg,* y sus consocios de la casa *Kuhn, Loeb y Cía.* De sus declaraciones resulta que es característico para la política judía (quizá para la de ciertas grandes casas financieras), al apostar sobre *todos y cada uno* de los partidos políticos, de suerte que sus intere-

ses queden siempre salvaguardados, sea el que sea el partido gobernante. Resultó, pues, de este examen, que *Warburg* fué primeramente republicano, dando más tarde sus simpatías a *Wilson*, de lo cual puede deducirse que se había vuelto demócrata, que su casa bancaria apoyó el partido republicano, que Mr. *Schiff* personalmente pagó los gastos de la campaña electoral del partido democrático; que *Félix Warburg*, hermano de *Paul Warburg*, se interesó personalmente con fuerte suma por la elección del candidato republicano *Taft;* que a la pregunta de que nadie de la razón social *Kuhn, Loeb y Cía.*, apoyara financieramente al tercer candidato señor *Roosefeld* y el por qué, dijera *Warburg*: "No quiero afirmar tanto", es decir, probablemente que sería Mr. *Kahn* quien apostara sobre *Roosefeld*. Y se esquivó, finalmente, con la frase de que no podía exponer los "intereses de negocio" de sus consocios, ni de su casa.

El resultado de tan múltiples intereses políticos fué, que siendo *Wilson* el vencedor obtuviera *Warburg*, como consocio de la casa de *Kuhn, Loeb y Cía.*, tan alto cargo, que le facilitó una influencia decisiva sobre la Hacienda de Estados Unidos.

En la época del examen ante dicha Junta, es decir, en 1 de agosto de 1914, víspera de la guerra mundial, era *Warburg* presidente del Banco Central de la Unión, *y al mismo tiempo*, consocio de la casa bancaria americana *Kuhn, Loeb y Cía.* y de la *casa bancaria alemana M. M. Warburg y Cía., de Hamburgo*. No importa que haya dicho en sus declaraciones: "estoy en vías de liquidar mi casa de Hamburgo, aunque la Ley no me obliga a ello"

Warburg pudo, pues, ingresar como consocio en la más importante casa bancaria americana, *siendo extranjero*, y pudo simultáneamente como extranjero, conseguir el reconocimiento legal de un sistema financiero suyo, conocido como

Sistema de Reservas de la Unión. El pueblo americano, en su mayoría, cree naturalmente habérselas con una *institución del Estado*. Pero se equivoca, pues si bien la Ley que lo implanta constituye un acto oficial, el sistema en sí es de índole puramente *particular*. Se presenta como un sistema bancario particular fundado bajo auspicios y prerrogativas extraordinarias. Este error ha sido sostenido por todos los que escribieron en público acerca del asunto.

El sistema de Reservas de la Unión es un sistema de Bancos particulares, o sea la fundación de una aristocracia bancaria dentro de una autocracia ya existente. Con ello se perdió gran parte de la independencia de los demás Bancos, y además a determinados especuladores financieros se les hizo factible obtener fuertes sumas para fines particulares y sin miramiento al bien común.

Si este sistema mostró cierta utilidad en medio de las condiciones excepcionales de la *guerra*, creadas artificiosamente, es decir de utilidad para un Gobierno que no supo administrar por sí mismo sus asuntos y sus finanzas, y que durante toda esta época no se libró nunca de apuros, se mostró, en cambio, inservible del todo para las necesidades en tiempo de *paz*, a causa de errores iniciales o de su aplicación inhábil. (Resultará útil reflexionar acerca del hecho de que doce años antes de la guerra cierto banquero judío de Alemania fuera a América, para crear un sistema bancario, que más tarde demuestra ser un instrumento sumamente útil para la *guerra*, pero inservible para las necesidades de la *paz*. ¿No arrojará esto cierta luz sobre los verdaderos "causantes de la guerra"? — *El trad.*).

El "plan Warburg" llegó a realizarse precisamente a tiempo aun para servir a las *necesidades de la guerra*, y mientras que el autor y promotor del mismo supo perfectamente en su tiempo defender los intereses *bancarios*, hoy se-

muestra extrañamente taciturno al tratar de defender los intereses del *pueblo*.

Warburg quiso desde un principio un solo Banco Central, y éste, naturalmente, domiciliado en Nueva York. Tuv que ceder en cuanto a admitir la fundación de doce sucursales de distrito, y se conformó por fin con la promesa de qu *tal falta* podría subsanarse por "decreto", es decir, *fuera d la Ley*. Y, en efecto, lo consiguió en la práctica. En Nuev York no hay carestía de dinero: Empresas cinematográfica se han apoyado con sus millones. Un centro de venta de cereales bajo la jefatura de *Bernard M. Baruch*, y con u capital inicial de cien millones de dólares, pudo ser fundado *Loew*, el as teatral judío, pudo, en su solo año, construi veinte nuevos teatros.

En cambio, en los distritos rurales del país, allí dond se acumula la verdadera riqueza del país, en su vida cultural y en sus graneros: allí nadie encontró dinero, para nadie hubo crédito.

Esta situación efectiva no la pudo negar nadie, pero la verdaderas *causas* son sólo conocidas de muy pocos, porqu no siguen los caminos rectos. Las razones naturales se descubren fácilmente, mientras que las artificialmente creada se encubren de un velo misterioso. ¿Cómo es posible? Aquí tenemos a Estados Unidos de América, el país más rico de mundo, con sus gigantescas masas de productos y valores, listos para su aprovechamiento inmediato, y a pesar de todo encadenado, imposibilitado de moverse dentro de su cauce acostumbrado, *sólo* por ciertas obscuras maquinaciones en su sistema financiero.

En éste penetra el país con gran dificultad. Si lo hiciera, comprendería bien pronto *que el secreto no está en el dinero,* sino más bien en la forma cómo se le maneja, que es *"por decreto"*.

Los Estados Unidos Norteamericanos nunca han tenido un Presidente que entendiera de asuntos financieros, y por lo mismo, siempre tuvieron que pedir los oportunos consejos a los técnicos de finanzas. El dinero es el bien más distribuído, y que en mayor escala se administra y se organiza. Y, sin embargo, el Gobierno no tiene nada que ver con él, a no ser, como la gran masa popular, en el caso de que lo necesite pedir a quienes lo dominan o poseen.

La *cuestión del dinero,* bien atacada, significa a la par una solución a la *cuestión judía,* y de las demás cuestiones de índole *material.*

El plan financiero de *Wasburg* estipuló que el tanto por ciento de interés debería ser distinto en las diferentes regiones. Una vez supo explicar la utilidad de tal sistema a los *banqueros,* merecería el aplauso público si supiera explicársela al *pueblo,* así como el motivo de que cierta categoría de personas, que de ningún modo pertenecen al grupo de productores de valores, reciban créditos, mientras que las capas sociales que verdaderamente producen valores, se consideren para los banqueros como si no existieran; y además el motivo de que a algunas personas residentes en determinada parte del país se les preste dinero a determinado tanto alzado, y a otros a un porcentaje distinto.

Su obra la creó *Warburg* desde el punto de vista financiero de oficio, y sólo en el caso de que desde hoy se ocupara también de los intereses generales, se llegaría a comprender que la Providencia le condujo a este país.

Algunas frases *originales de la pluma de Warburg,* nos darán a conocer las ideas e intenciones de este financiero acerca de asuntos de dinero: "...En contra de una apreciación muy general, los institutos bancarios centrales europeos no suelen ser propiedad de los Gobiernos... El Banco de Inglaterra se administra como una empresa lucrativa particu-

lar". "El plan de la comisión financiera deriva de las instituciones del Banco de Inglaterra. Su administración queda exclusivamente en manos de hombres de negocios sin admitir la más mínima participación ni inspección del Gobierno... Estas centrales bancarias, aunque legalmente sean corporaciones particulares, constituyen órganos semi-oficiosos, en tanto tienen el privilegio de la emisión de billetes de Banco... y en tanto son los guardianes de casi todas las reservas metálicas del país y administradores de los fondos públicos. Por lo demás, *y en cuestiones de política nacional, el Gobierno tiene que contar con la buena voluntad y cooperación legal de estos órganos centrales."* Resulta, pues, que las cuestiones de la política nacional han de supeditarse a los intereses de los poderes financieros. Una influencia más poderosa que la del Gobierno la caracteriza *Warburg* como "un extremo mucho más peligroso aún".

La cooperación de hombres del Gobierno en asuntos financieros la combate *Warburg* por la siguiente razón: "En nuestro país (quiere decir en América), *donde todo aficionado sin educación puede alcanzar cualquier puesto público; donde la amistad personal, o el apoyo financiero o político en la campaña electoral del presidente concede el derecho de reclamar ciertas prerrogativas...*, se mostraría toda administración directa por el Gobierno, es decir, una dirección política, como sumamente perjudicial".

Junto al concepto emitido de "prerrogativa" recuérdese, que en diciembre de 1916 se afirmaba que varias personas del círculo personal de *Wilson* habían ganado sesenta millones de dólares en especulaciones bursátiles por conocer de antemano la próxima nota guerrera del presidente.

Las actuaciones políticas internacionales de la casa bancaria judía *Kuhn, Loeb y Cía.* merecen suma atención. Las influencias que en 1911 obligaron al Gobierno americano a

romper las relaciones comerciales con Rusia, procedieron de *Jacob Schiff*. Aquel país parece haber sido el foco de la actuación política de *Schiff*. Su casa bancaria fué la que apoyó financieramente al Japón en su guerra contra Rusia, intentando así hacerle cómplice de Judá. Pero los astutos japoneses comprendieron la jugada, reduciendo sus relaciones con *Schiff* a lo estrictamente necesario en asuntos financieros. Tal hecho no debe perderse de vista ante la amplia propaganda bélica actual contra el Japón. Las mismas voces que en tono más alto se elevan en pro de la causa judía, son también las que con mayor ahinco propagan un sentimiento hostil contra el Japón.

La guerra ruso-japonesa favoreció las intenciones de *Schiff* para socavar a Rusia, labor que se perfeccionó con el bolchevismo. Facilitó el dinero con cuya ayuda se infiltraron en las almas de los prisioneros de guerra rusos en los campamentos japoneses las ideas disolventes, que ahora son del dominio universal bajo la forma del bolchevismo. Estos prisioneros de guerra volvieron luego a su patria convertidos en apóstoles de la anarquía. Por su participación personal en la destrucción de ese país fué *Jacob Schiff* en la tarde del mismo día *en que el Zar renunció al trono, objeto de entusiastas manifestaciones en Nueva York.*

Toda esta razón social es germano-judía, sosteniendo de siempre relaciones con Alemania. El grado en que éstas siguen subsistiendo con relación a los acontecimientos que citaremos a continuación, lo ignoramos de momento.

El campo de acción de *Otto Kahn* es Gran Bretaña y Francia. En la Prensa francesa, y como "plenipotenciario" americano, anuncia lo que América piensa hacer frente a Europa. Es también lo suficiente inglés, para poder nutrir la idea de presentarse diputado inglés. Y hasta penetra más allá, en las regiones del oriente de Europa, en territorios

más bien judíos, y en su ir y venir siguen siempre ciertas transformaciones, de las que se aparta siempre cuidadosamente el nombre de *Kahn*.

Una de las hazañas más importante fué la denuncia de una "propaganda germanófila", con la que, según él mismo dijo, encendió el entusiasmo en los corazones americanos a favor de Francia. Al mismo tiempo su consocio *Paul Warburg* tocó la fibra de las simpatías a favor de Alemania. Una gran orquesta internacional, que puede tocar en un armonioso conjunto simultáneamente "La bandera estrellada", "La guardia al Rin", "La Marsellesa" el "Dios guarde al Rey" es lo que representa esta empresa bancaria judía.

Siguen los *Warburg*. Su interés se concentra naturalmente en Alemania. Al estallar la guerra, en agosto de 1914, estaba *Paul Warburg* relacionado en negocios con Alemania, aunque prometía romper tales relaciones. Sobrevino la guerra. El Gobierno judeo-americano se fortaleció en Estados Unidos, y el papel que *Warburg* en aquella época pudo desempeñar, ya se demostró anteriormente.

De los Warburg hay tres. *Félix Warburg* es el segundo de ellos que vino a América. Se le cita poco en la publicidad americana, a pesar de que es miembro del Comité judeo-americano. Se le honró con el título de rabino honorario, conociéndosele en el mundo judío con el sobrenombre de "Haber Rabi Baruch ben Mosche", siendo el único judío americano a quien se le haya otorgado tal título (1).

---

(1) Cuando "Pablo" Warburg en 1914 salió de la casa de M. M. Warburg de Hamburgo, ingresó "Félix" Warburg de consocio en ella, pero sin abandonar por ello su participación en la casa neoyorquina de Kuhn, Loeb y Cía. En 1917 volvió a salir de ella. Durante tres años de guerra, o sea de 1914 al 17, fué simultáneamente consocio de ambas casas, en una época, en la que Estados Unidos, de nación muy poco amistosamente neutral pasó a enemigo declarado de Alemania, y en que la casa Kuhn, Loeb y Cía. ayudó a apoyar financieramente la industria guerrera contra Alemania. — *El trad.*

Máximo Warburg es quien representa a esta familia bancaria judía en Alemania, *cooperando con el Gobierno alemán durante la guerra exactamente de la misma forma como lo hicieron sus hermanos en Nueva York* con el americano. Según informó la Prensa del mundo entero, dichos hermanos se encontraron procedentes el uno de Alemania y el otro de América, el año 1919. En París, como representantes de "sus" respectivos Gobiernos y como delegados de la Paz.

Más coincidencias: así como en Wáshington los que frecuentaban la Casa Blanca eran judíos, en Berlín el único que *poseía su comunicación telefónica directa con el Kaiser*, era el judío *Walter Rathenau*. Otro tanto ocurría en Londres, en París y en San Petersburgo. Rusia "perseguía" a los pobres judíos, y sin embargo, dominaban *entonces* ya el país en secreto, como públicamente y a la vista de todos lo hacen desde 1917.

Sin querer penetrar hondamente en todos los detalles secretos de este sistema de gobernar el tráfico mundial desde un solo centro, basta lo dicho para demostrar que una sola familia de banqueros de oficio puede meter sus manos en toda clase de acontecimientos públicos, tanto políticos como económicos. La familia de los *Warburg* a la cabeza del mundo financiero de dos países aun cuando éstos se hallen en guerra el uno con el otro. La misma familia haciendo de delegados para la paz mundial con encargo de ambos bandos, y decidiendo sobre la Sociedad de las Naciones. Y es la familia *Warburg* la que desde los dos extremos del mundo aconseja a ésta lo que tenga que hacer en el porvenir. Quizá con mayor derecho de lo que el público sospechara, expresó cierto periódico neoyorquino sus preocupaciones en un artículo titulado: *"Tened cuidado con los Warburg"*.

Paul Warburg se preocupa hoy (¡al iniciarse la era de

la Paz universal!) del trato que sufrirá la propiedad particular en *otra nueva guerra* de parte de determinados beligerantes. Para ello hace referencia a cierto banquero parisiense, que prevé la posibilidad de una guerra franco-inglesa, y con ella los efectos de pánico, que en tal caso tendrían necesariamente las mutuas denuncias de los créditos bancarios de ambos lados. *Warburg* afirma: "Nuestros banqueros deberían estudiar muy detenidamente tan serio problema. Con la depreciación de la propiedad privada nada tendríamos que ganar y sí mucho que perder, al *apoyar nosotros tal política.* Es probable que en breve tiempo *seamos los poseedores* únicos de valores extranjeros que correrían riesgo, en el caso de que *quedáramos envueltos en la nueva guerra.* Para mí es de suma importancia, que *no ocurra nada que pudiera impedir que América llegue a ser el país de mayores reservas de oro en el mundo entero.*"

Si el señor *Warburg* insinúa que los judíos americanos proyectan trasladar su mercado financiero internacional a Estados Unidos, hay que objetar a esto con toda firmeza que la *Unión no desea en absoluto el traslado.* La Historia nos previene con suficiente insistencia, lo que significaría para nosotros. Esto querría decir que igual como una tras otra han debido hacerlo España, Venecia, Inglaterra y Alemania, tendríamos que sufrir la sospecha y el desagrado del mundo entero por culpa de lo que los financieros han hecho allí. *Muy seriamente hay que tener presente que la mayor parte de las enemistades nacionales del presente, son resultado de la indignación por las fechorías de los financieros judíos internacionales cometidas al amparo de bellas frases patrióticas.* "Los ingleses hicieron tal o cual cosa", "los alemanes pretendieron esto o lo otro" (se sigue diciendo aún hoy día), mientras que en realidad lo hicieron y pretendieron los judíos, haciendo las diferentes naciones las veces del

tablero sobre el cual los judíos internacionales jugaban sus partidas de ajedrez financiero.

Aun se oye decir que Estados Unidos hace esto y lo otro, "que sin los Estados Unidos el mundo entero cambiaría bien pronto de aspecto, pero los americanos son un pueblo avaro y sin alma". Pero ¿por qué? Porque el poderío financiero judío sentó sus reales en nuestra tierra, acuñó dinero abusando tanto de nuestra posición favorable como de la miseria de Europa, situando a una parte del mundo contra otra, y también porque los homrbes de los negocios americanos no son en realidad tales americanos, *sino que son judíos*, que en muchos casos representan a su propia raza tan indignamente como a la nación americana.

Estados Unidos de América no desea que el centro judaico arraigue en este país. No queremos entronizarnos como un ídolo de oro encima de los demás pueblos. Nosotros queremos ayudar a estos pueblos, pero con valores reales, no en nombre ni bajo el signo del oro.

El carácter internacional de los *Warburg* no puede negarse. *Félix Warburg* mantuvo las relaciones con Hamburgo más tiempo que *Paul*, pero en ambos casos el rompimiento parece haber sido sólo de índole superficial. En la misma época en que *Félix Warburg* abandonó la casa bancaria de su hermano Máximo, se marchó también cierto *Stern* de su casa, en Francfort del Main. *Ambos judíos se manifestaban activamente en el bando de los aliados, atacando cruelmente y con suma tenacidad a su antigua patria alemana.* "Imposible", dicen aquellos cándidos que siguen creyendo que un judío alemán es alemán. Nada hay imposible si no se olvida que la lealtad del judío pertenece *sola y exclusivamente* a su pueblo *judío*. La afirmación de este hecho innegable tropieza siempre en la Prensa judaizada con la más enérgica protesta. Todo el mundo se acuerda de aquella repugnante pelí-

cula propagandística de guerra, "La bestia berlinesa". Su autor fué el *judío alemán Carlos Laemmle*. Su nacimiento, ocurrido en Alemania, no le impidió hacerse rico con esta película, ni esta película tampoco le impidió visitar cada año su país natal.

Durante la guerra emitió la Banca de *Kuhn, Loeb y Cía.*, un empréstito del Municipio de París, que en Alemania originó debates periodísticos. Merece observarse que en Hamburgo, sede social y domicilio particular de *Máximo Warburg*, *el Jefe de Policía ordenó a la Prensa que "ulteriores discusiones en la Prensa acerca de empréstitos emitidos por la casa bancaria Kuhn, Loeb y Cía. a favor del Municipio de París, así como juicios desfavorables acerca del asunto, se prohibirían"*.

Parece, pues, que *Máximo Warburg* fué en su ciudad natal lo suficientemente emperador para poder suprimir por decreto toda discusión pública acerca de las fechorías de sus hermanos residentes en Nueva York. Los *Warburg* residentes actualmente en América tienen, en cambio, que soportar fuerte crítica, en tanto que sea necesaria por sus actos.

XXIII

LA SED DE ORO AMERICANA, BAJO EL CONTROL FINANCIERO DE LOS JUDIOS

El banquero judío internacional, que no tiene patria determinada, y se entretiene en el juego de enfrentar un país contra otro, y el proletariado judío internacional, que vagabundea de tierra en tierra en busca de las condiciones económicas que le sean adecuadas, se advierten siempre en los problemas que hoy intranquilizan al mundo. La cuestión de inmigración es judía. Otro tanto ocurre con la cuestión financiera y el enmadejamiento de la política internacional. Las condiciones de la Paz son judías, y la cuestión de la moral en cines y teatros también depende de ellos.

La solución de la cuestión judía compete en primer lugar a los judíos mismos. De no hacerlo ellos, lo hará el mundo entero a su pesar, pero contra ellos.

El judío confiesa y confirma en todas partes su internacionalismo. Cierto banquero judío alemán dijo: "Nosotros somos banqueros internacionales. Alemania perdió la guerra. Esto es cosa de su ejército. Nosotros somos internacionales." Tal fué la opinión de los banqueros judíos en todas partes. Los pueblos se destrozaban mutuamente. ¿Qué importaba a los financieros judíos? Como en un match de boxeo: cosa de los luchadores... "Nosotros somos banqueros internacionales."

A *un pueblo* se le perjudica gravemente con subirle artificialmente el descuento de sus giros; a *otro* con sonsacarle su dinero de circulación natural de la vida comercial. Pero ¿qué significa todo esto para el banquero internacional? Este tiene

sus preocupaciones propias y particulares. En épocas de tempestad llueve el oro en las arcas de los banqueros internacionales mejor que en tiempos tranquilos. Las guerras y penurias les proporcionan las cosechas más ricas.

Una vuelta por las oficinas del Gobierno, en las que deberían guardarse los secretos de las contribuciones, del Banco Nacional, de la política exterior, y en todas parte encontraremos judíos. Precisamente en aquellos puestos que convengan al judaísmo internacional y donde éste pueda enterarse de lo que apetece. Para los judíos internacionales, los demás pueblos constituyen una especie de clientes. El que pierda o gane un ejército o el otro, no les emociona: ellos ganan, pierda quien pierda. Para ellos la guerra no se acabó. Las hostilidades propiamente dichas y los sufrimientos horrorosos de los pueblos, no fueron para ellos más que el preludio. Todas las riquezas de los pueblos, en dinero contante y sonante, se acapararon, dejándose en circulación sólo una pequeña parte para gratificaciones de guerra y dividendos; pero esto se recogió luego por medio de aumentos de precios, por carestías artificiosas, o por instigación al lujo. Entonces desapareció también la ultima moneda de oro.

Parece un chiste de mal gusto aquella afirmación ampliamente divulgada que dice: "Los Estados Unidos de América poseen más oro que ningún otro país del mundo". ¿Dónde está? ¿Desde cuándo tú, hermano yanki, no has vuelto a ver una moneda de oro? ¿Dónde se esconde todo ese oro? ¿Quizá en los sótanos del palacio gubernamental? No, porque el Gobierno mismo está excesivamente adeudado, intenta desesperadamente hacer economías, no puede ya ni pagar las rentas a los combatientes, porque la Hacienda del país no lo aguanta. En el recinto de América se hallará efectivamente todo ese oro, pero resulta que no le pertenece a la Unión.

Al labrador americano y al industrial, que no supieron

defenderse de las habilidades de los banqueros internacionales, y que perdieron la respiración ante el crédito tísico, les extraña dónde pudiera haber quedado todo este dinero. Europa carece de todo y nos dirige miradas angustiosas. El siguiente cablegrama publicado por cierto diario londinense viene a aclarar algo estas tinieblas: "Hoy nos hemos enterado que salió otro embarque de oro por valor de 2.800.000 dólares con destino a la casa Kuhn, Loeb y Cía., que en unión con las remesas anteriores hacen un total de 129 millones de dólares. En los círculos iniciados de los banqueros londinenses se cree que parte del oro alemán, introducido por la citada casa, procede realmente de Rusia, y no de Alemania, según públicamente se suponía."

El sistema bancario internacional judío se explica fácilmente. En América, en primer lugar, radica el Gran Cuartel General. Este se encontraba en Alemania con sectores en Rusia, Francia, Gran Bretaña y en la América del Sur, *donde trabajaba el judaísmo sudamericano de una manera sumamente sospechosa.* Los dos imperios de Alemania y Rusia habían sido propuestos por los banqueros internacionales al castigo, porque se precavían en abierta forma de los judíos. Ya tienen su castigo. Este negociazo resultó redondo.

En cada país, tanto los Estados Unidos norteamericanos, como Méjico y los diferentes Estados sudamericanos, en Francia, Inglaterra, Alemania, en España, Italia, Austria, y hasta en el Japón, existe casa bancaria judía que gira a la cabeza del grupo bancario del respectivo país.

Warburg fué el inventor, reformador y director del sistema federal bancario en los Estados Unidos. No es que fuera él el único judío metido en el asunto; pero sí el más prominente. Dicho sistema quizá no esté mal, a pesar del hecho de que transfiere a empresas financieras privadas las funciones monetarias y de cambio, que por derecho incumben al Esta-

afirman personas versadas en estos asuntos, precisamente por los obstáculos que este sistema ofrece.

Por grande que sea la acumulación de oro en nuestro país, sus riquezas en producción de valor intrínseco son aún mucho mayores, sobrepasando en mucho al valor nominal de todo el oro mundial reunido. Unicamente el valor de una sola cosecha agrícola sobrepasa a aquél.

Pero bajo el sistema vigente, la opulenta abundancia de la cuantía de los productos nacionales debe forzosamente atravesar la estrecha presa del crédito bancario, cuya presa a su vez depende de la riada del oro. Quien posea, pues, el oro dominará con él al mundo. Quien se coloque junto a la presa, manejará el reparto de todas las necesidades vitales, y de éstas dependerá el bienestar de la Humanidad. En el momento en que se estanca el movimiento de los valores productivos, se para automáticamente el mecanismo económico mundial, es decir que el mundo enferma económicamente.

Cuando nuestro bienestar depende de tal forma de la buena voluntad de un grupo determinado de personas, que en sus manos reunen nuestro dinero, y cuando nuestra miseria radica en la malevolencia de aquéllas, oscilando el bienestar y el malestar de la Humanidad tan irregular y anormalmente, sin quedar ordenado por ley natural alguna, sino dependiendo tan sólo de acuerdos tomados en cualquier parte, resulta entonces muy natural la pregunta de ¿quién dirige esto? ¿Quién lo posee? Aquí están disponibles todas las mercancías y víveres, y allí hay apremiante demanda: ¿dónde está el dinero necesario que regule el intercambio?

Algunas de las ramas industriales más importantes se encuentran en manos de ciertas juntas de acreedores. Em-

presas agrícolas se subastan a centenares, los caballos se venden a 3 dólares cada uno. Hay lana y algodón en superabundancia para poder vestir con él al pueblo entero y *se desperdician entre las manos de sus propietarios,* que no pueden vender. Todas las ramas productivas, ferrocarriles, periódicos, tiendas, fábricas, agricultura, edificaciones: todos se hallan en sumo aprieto, por la carestía de dinero. Y esto en el país que se considera como el centro financiero del mundo.

¿Dónde está, pues, el dinero?

Se halla en Nueva York gracias al sistema financiero centralizador introducido por el *judío Warburg.* Un funcionario público enterado, dirigió al gobernador del Consejo de Reservas Federales, la siguiente queja:

"Mientras los territorios productores del Oeste y Noroeste, del Sur y del Sudoeste carecen de dinero, obtuvieron ciertos Bancos neoyorquinos de los Bancos de Reserva en algunos casos cantidades mayores de 100 millones de dólares. Repentinamente un solo Instituto bancario obtuvo un préstamo de más de 145 millones de dólares, o sea el doble de la cantidad total que algunos Bancos de Reserva prestaron recientemente a todos los Bancos asociados de su distrito en conjunto. Un solo Banco neoyorquino recibió prestados 134 millones de dólares, es decir: 20 millones de dólares más de los que el Banco de reservas de Kansas pudo prestar a sus 1,091 Bancos asociados en conjunto. Otro recibió 40 millones, o sea más de lo que el Banco Federal de Minneápolis pudiera acreditar a sus 1.000 asociados. Otro tercer Banco recibió prestados 30 millones, o sea más de lo que todos los Bancos de los tres Estados de Texas, Luisiana y Oklahoma en conjunto podrían obtener de su correspondiente Banco central de Dallas. El Banco de Reservas de San Luis no pudo adelantar a sus 529 Bancos asociados las cantidades que

un solo Banco neoyorquino recibiera prestadas del Banco Federal Central de Nueva York."

Tal es, pues, la situación. Los 12 Bancos de Estado, cuya tarea debería consistir en facilitar dinero por igual a todas las religiones del país, están por lo visto impedidos "por decreto". En efecto, el Banco Federal de Nueva York se convirtió prácticamente y desde todos los puntos de vista, en el Banco central de la Unión, facilitando el negocio *especulativo* con millones, mientras que a los *productores* se les despacha con miles.

Cuando ha podido ocurrir que cuatro Bancos neoyorquinos obtuvieran tanto dinero prestado, como lo recibiera la totalidad de Bancos de 21 Estados en conjunto, prestado por 5 institutos bancarios de distrito, lógicamente hace falta una explicación de tal fenómeno.

¿De dónde procedió, pues, este dinero repartido a préstamo en Nueva York? Procedió de los mismos distritos en los que ahora se nota la mayor carencia de medios disponibles. En mayo de 1920 se dió telefónicamente la orden de que el 15 de igual mes y año empezara la gran sangría. Vino el día 15. Los créditos se avisaron para su reembolso. Los pagos se reclamaron urgentemente. Una riada de dinero, exprimida literalmente de los distritos productores, empezó a afluir a Nueva York. De otra forma aquellos créditos gigantescos citados hubiesen sido imposibles. Fué una solemne piratería, una piratería legalizada por el sistema federal de reservas. "El dinero fué sustraído al comercio legítimo en los diferentes distritos, para ser prestado en Wall-Street a réditos usurarios", dice el citado funcionario.

Según se pudo hacer constar, recibieron los Bancos especuladores su dinero al 6 por ciento para irlo prestando ulteriormente a razón del 20 y 30 por ciento.

El sistema federal de reservas creó una carestía artifi-

cial de dinero, que los Bancos especuladores explotaban libremente. Dicho sistema recogió el dinero de la circulación, y los banqueros neoyorquinos lo prestaban luego a réditos exorbitantes, que las clases productoras tuvieron que abonar, para ver de escapar a la ruina por lo demás inevitable.

Fué en aquella época de abundancia que el sistema federal de reservas estuvo floreciente como nunca. En diciembre de 1920 habían alcanzado sus reservas el importe del 45 por ciento, y en julio de 1921 hasta el 60 por ciento de su capital.

El sistema *Warburg,* destinado inicialmente a compensar las oscilaciones del mercado financiero, resultó aplicado para evacuar el de reservas para la *Unión,* pero para una *empresa privada* y no a favor del pueblo en general y en beneficio sólo de unos cuantos banqueros. *Debería* haber servido para ir ordenando poco a poco la gradación normal de precios después de la guerra; pero *sirvió,* en realidad, para paralizar la vida mercantil del país precisamente en el momento más crítico. Fué un sistema equivocado, tanto económica, como lógica y comercialmente, y en el fondo, hasta criminalmente falso.

La Reserva Federal se ufana de sus propias reservas, como si esto fuera señal de robusta salud *nacional-económica.* Cuando el país carece de fondos, las reservas no deberían ser elevadas, sino bajas. Al contrario de lo que se afirma, la altura alcanzada por aquéllas es señal inequívoca del grado de *depresión* nacional-económica. Sólo una décima parte de esas reservas bastaría para reanimar la circulación normal del país. El sistema de *Warburg* fué mal aplicado y se abusó de él. Y el país sufre sus consecuencias.

La situación se agrava por el hecho de que a muchas personas que podrían hablar del asunto, se les amordaza la boca. Altos funcionarios tienen que callar ante las subven-

ciones electorales en las que participan todos los elementos financieros. Desgraciadamente, son deudoras demasiadas personas, de aquéllos. Una lista de las deudas particulares de los personajes que durante estos últimos ocho años han presentado su candidatura a la presidencia, serviría de excelente medio instructivo, casi tan instructivo como una lista que detallara los nombres y apellidos de aquellos judíos en cuyas casas esos candidatos solían hospedarse, cuando atravesaban el país en sus viajes de propaganda. Los que resultan tan maniatados al omnipotente sistema financiero vigente, no pueden, en efecto, decir todo cuanto saben.

Este estado de cosas queda ilustrado característicamente con la frase del Secretario del Tesoro *Cushin Daniel* pronunciada ante cierta Junta del Congreso, y que demuestra hasta dónde alcanza la potencialidad de esas corporaciones particulares, que se denominan "Bancos centrales". Este funcionario dijo: "Al visitar el Banco de Inglaterra presenté una carta de recomendación del Secretario de Estado Mr. Hay, con la cual el representante del Banco me recibió sumamente cortés. Me acompañó a recorrer las dependencias del Banco, y de regreso al despacho le pregunté si podría contestar a varias preguntas. Al afirmármelo le pregunté si me podría facilitar un estado del Banco. "No facilitamos tales estados", me respondió. "¿Es que a veces el Parlamento no pide tal cuenta acerca del estado del Banco nacional?" "No, señor." "Pero, ¿cómo es que tampoco los llamados revolucionarios se levantan, en la Cámara de los Comunes, para pedir cuenta de lo que ocurre en este Instituto? Esto ocurría al menos en mi tierra." "!Ah! — contestó —, es que la mayoría de ellos son importantes deudores del Banco. Por parte de éstos (*Representantes del pueblo*), no hay dificultades nunca."

XXIV

LA INFLUENCIA JUDIA EN LA VIDA INTELECTUAL AMERICANA

"La cuestión judía aparece en todas partes donde los judíos hagan acto de presencia", dice *Teodoro Herzl*, "porque ellos mismos la ocasionan." No es precisamente su número que la provoca, porque en casi todos los países residen, numéricamente, más extranjeros de otra procedencia, que judíos. Tampoco resulta de las tan celebradas facultades superiores judías, porque se ha visto que en todas partes donde el judío se ve en la necesidad de competir con otros pueblos en las *mismas* condiciones de trabajo *honrado*, no se nota absolutamente nada de estas facultades superiores. Tan sólo al quitárseles la *posibilidad de muchos ardides*, se enfría visiblemente el celo y la actividad en muchos judíos

La cuestión judía en América no se basa ni en el número de los judíos, ni en la envidia de los americanos por los éxitos de los judíos, sino que nace de la influencia judía sobre todas las manifestaciones de la vida americana. El hecho de ejercer tal influencia, lo confirman orgullosamente ellos mismos. Pero si nos dicen que ellos "nos han dado nuestra Biblia", que "de ellos procede nuestra religión y nuestro Dios" y en todo esto no hay un átomo de verdad, tampoco deberían impacientarse cuando nosotros nos dedicamos a completar la lista de sus *verdaderas* influencias.

Estas influencias proceden de la *idea judaica*, no del pueblo judío, pues éste es sólo el portador de aquella idea. Representa esta idea la forma más grosera del materialismo, y

se viene demostrando más que nada en el *terreno del trabajo.* Se manifiesta en la forma de una expropiación de valores reales producidos por el trabajo, a favor de valores ficticios. La filosofía judía aplicada no consiste en crear valores, sino en hacer dinero, lo cual constituye una diferencia fundamental. De ahí se explica, por ejemplo, que los judíos no sean nunca "capitanes de industria", sino siempre "financieros". En fin, que existe una diferencia entre "producir" y "recoger".

La labor intelectual creadora, productiva, se siente atraída por su correspondiente labor física, estando ambas íntimamente ligadas entre sí. El trabajador no-judío se decidió antiguamente por su oficio según sus propensiones. Sólo muy difícilmente se decidió a abandonarlo, porque entre él y su obra existía cierto lazo espiritual. Prefirió conformarse con ganancias algo menores, sólo por quedarse en su oficio, a no ganar mucho dinero en otros quehaceres que interiormente le eran ajenos. El productor está unificado con su producto. Su trabajo es para él, no sólo una fuente de ingresos, sino una vocación interior.

No así el recolector. A éste poco le importa en qué se ocupe, con tal de que le rinda dinero. Lazos internos, sentimientos, aficiones, sacrificios, no existen. La obra a la que se dedica no reconoce más que un único valor: el valor del dinero. De ser posible, renunciaría en absoluto a toda producción, pues prefiere comerciar con valores y obras producidas por otros, interesándole de ellas exclusivamente la utilidad que pueden sacar.

Antiguamente hubo también un orgullo de profesión. Los que producían labores fueron de temple honrado. Su carácter se acrisolaba en la conciencia de ser ellos mismos una parte útil de la sociedad; en una palabra: eran "productores". Y la sociedad fué sana y vigorosa mientras este orgullo

productor se reconocía como algo honroso. El zapatero sentía satisfacción y orgullo de un par de botas que le habían salido bien. El labriego se sacrificaba a su labor, sin mirar de reojo al lejano "mercado de cereales", ni al precio contante y sonante como recompensa de su trabajo. En todas partes resultó *ser la obra* lo principal, todo lo demás era secundario.

Erase, que se era!...

El único medio de derrumbar estos sólidos fundamentos de la sociedad natural consistió en divulgar otras *ideas* entre los pueblos, de las cuales, la más peligrosa, fué aquella que poco a poco iba colocando en primer término del interés el concepto "recolector". De tal suerte toda la vida comercial americana iba sufriendo una transformación radical. Los judíos aparecieron a la cabeza del ramo financiero; pero también y simultáneamente, a la cabeza de todos los movimientos obreros.

La idea "recolectora", la de lograr ganancias sin miramientos de ninguna índole, tomada por sí, es absolutamente antisocial y destructiva. Sólo al presentarse secundariamente al lado de la idea "productora", adquiere cierto derecho. Pero en el momento en que una persona, o hasta una clase entera, viene subyugándose a la idea "recolectora", pierde el cemento que antes la uniera a la sociedad, su facultad ligadora, se desmorona, y el derrumbamiento sobreviene.

Mientras los judíos no puedan probar que la penetración del espíritu judío haya elevado intelectual, moral, económica y políticamente a la clase obrera, queda en pie la grave acusación de que su influencia fué destructora y traidora al pueblo.

La repulsión y supresión de este espíritu no significa "reacción", sino que constituye un retorno a los caminos antiguos de nuestros antepasados, los anglosajones, que nos con-

dujeron a las alturas, y cuya raza demostró que hasta nuestros días. salieron de ella los verdaderos maestros de las obras terrenales, los fundadores de ciudades, los creadores de comercio, industrias y tráfico, y los descubridores y exploradores de nuevos continentes: ellos, y nunca los judíos, que jamás fueron constructores ni exploradrose, ni en despoblado, sino que a lo sumo siguieron las huellas de los conquistadores. No obstante, por este mero hecho de que en su vida nunca fueron los primeros en poner el pie en selvas vírgenes no merecen reproche; pero sí por el cinismo con que exigen para sí igualdad en todos los *derechos*, como aquellos conquistadores. Otro reproche aun mucho más grave merecen los descendientes de aquellos anglosajones por abandonar el idealismo honrado de sus antepasados, recogiendo, en cambio, las tubias ideas de Judas.

De manera especial constituyen las *Universidades* el blanco de los ataques de estas ideas judías. Aquí es donde el alma de los anglosajones corre peligro en su esencia, sucumbiendo los hijos de los fundadores y edificadores a la filosofía de los destructores. Inocentemente se entrega el joven estudiante a la alegría de la libertad espiritual, y ya le rodean ideas seductoras, cuyas fuentes y consecuencias no sabe apreciar. Juventud es extravagancia, fermentación que promete un buen desarrollo. Arrogante y atrevida sacude las antiguas creencias paternas. Son éstas actitudes de un exceso de vigor, que más tarde se convertirá en fuerte virilidad. Precisamente en esta época de desarrollo cae la juventud con mayor facilidad en las redes que astutamente se le tienden. Muchos, madurando los años, vuelven a encontrar los buenos fundamentos antiguos. Entonces, reconocen que el "amor libre" puede constituir una seducción para el libertinaje juvenil, pero que la familia, el anticuado cariño y la lealtad de *un* hombre a *una* mujer y a los niños de entram-

bos, ofrece el único fundamento sólido no sólo de la sociedad en general, sino de la reciedumbre del carácter personal, y de todo progreso moral. Y se dan cuenta también, de que alrededor de las "revoluciones" si bien se pueden pronunciar brillantes discursos, en los cuales se puede nadar en super-humanidades, no representan aquéllas realmente la forma más adecuada para el progreso humano. Y reconocerán también que bajo la bandera estrellada de los Estados Unidos se vive bastante mejor que bajo la estrella sovietista.

Desde hace bastantes años vienen ocupándose periódicos y revistas del estado de ánimo alarmante existente en nuestras Universidades, y buscan las causas que lo producen. La contestación (para aquel que comprendió la influencia judía sobre toda nuestra vida), resulta muy sencilla: es que el espíritu judío de crítica negativa, destruyó en nuestra juventud el respeto y la estima de las buenas tradiciones americanas, en unión con las teorías social-revolucionarias igualmente judías. Mancomunadamente trabajan estas ideas judías en el cumplimiento del programa expuesto en los "Protocolos de los Sabios de Sión", en el sentido de disolver las comunidades políticas y nacionales de los infieles por medio de ideas absurdas continuamente insistidas.

Huelga completamente quejarse de la "irreligiosidad" y del "radicalismo" existentes entre nuestra juventud estudiantil, porque tales fenómenos se dan siempre en unión con la inmadurez espiritual. Pero no huelga, en cambio, demostrar, que el radicalismo revolucionario y la hostilidad contra el fundamento religioso de la ley moral, proceden de una y la misma fuente. Póngase por encima de esta fuente del espíritu revolucionario y de la irreligiosidad la palabra "*judío*", y dígase francamente a los hijos de anglosajones en qué fuente beben.

Las energías revolucionarias acumuladas en el judaísmo

se vigorizan con la autoridad que gozan los estudiantes y algunos catedráticos no-judíos, que se dejaron embaucar en Rusia, y se sabe todavía lo que significaba en la historia revolucionaria de aquel país la palabra "estudiante".

¿Qué hacer contra ello? Pues, sencillamente, llamar por su verdadero nombre la fuente y el carácter de las influencias que inundaron nuestras Universidades. Los estudiantes deberán *saber* que es preciso que se *decidan* ya por el espíritu de sus antepasados anglosajones, o por el espíritu del desierto de Siria encarnado en la tribu de Judá. Es decir: si quieren seguir a los edificadores o a los destructores. *El único contraveneno eficaz e infalible contra la influencia del espíritu judío consiste en volver a hacer nacer en nosotros el orgullo de raza.* Nuestros padres fueron hijos de raza anglo-sajona-celta; hombres que poseían fuerza cultural inoculada en su sangre y su destino, que en litorales indospitalarios sentaron la bandera de una creación cultural, y que por poniente avanzaban hasta California, y por el norte hasta Alaska, quienes poblaban Australia y ocupaban los pasos de los continentes en Suez, Gibraltar y en Panamá; los que abrieron las zonas tropicales, y conquistaron las regiones eternamente heladas. Germanos fueron los que fundaron casi todos los Estados que a los pueblos dieron normas imperecederas, y que en cada siglo dejaron lúcido ideal. Ni su Dios ni su religión los tomaron de los judíos, sino que son ellos el pueblo "predilecto" del Señor, los amos del mundo, al que van perfeccionando cada vez más, pero sin derrumbarlo primero como el judío pretende.

En el campamento de tal raza, entre los hijos de tales padres, viene penetrando un pueblo sin cultura, sin religión ni ideal, sin idioma viviente, sin una gran hazaña, a no ser en el terreno de "ganar dinero", expulsado de todos los países que le ofrecieran hospitalidad. Y ¿quieren venir a de-

cir a los hijos de los sajones lo que es necesario para que el mundo sea perfecto?

Tribuna libre debe existir en las Universidades, e intercambio libre de ideas; pero lo judío, que se llame judío, y en general, que nuestros hijos aprendan a darse cuenta de lo que es el *misterio de la raza.*

Ya se va haciendo la luz. El proceder de la raza extraña queda patente. Este es sencillo: primero se exige la "secularización" de la escuela elemental: este concepto es de origen judío y persigue fines judíos. Su habilidad consiste en que el niño no debe llegar a saber de ningún modo, que cultura y patria radican en los fundamentos de la religión anglosajona. De esto ni una palabra! Tampoco deberá enterarse el niño de nada de lo que le pudiera informar debidamente acerca de la raza judía.

Una vez preparado así el terreno, maduró el fruto para ir avanzando contra los colegios de segunda enseñanza y las Universidades, con el noble objeto de ridiculizar todo lo cristiano y de colmar el vacío producido con las ideas disolventes judías.

Las escuelas elementales se "secularizan", y las Universidades se "judaízan". El conjunto se llama "liberalismo", que recomiendan tan insistentemente los portavoces judíos. Tanto en las organizaciones obreras, como en la Iglesia y en las Universidades, despuntó ya ese liberalismo sobre los fundamentos apreciativos del trabajo, de la fe, y de la vida social. El capitalismo hostigado, sólo es el capitalismo productor no-judío; la ortodoxia atacada no es sino la religión de Cristo; la forma societaria, que se expone a acérrima crítica, es la genuinamente aria. La destrucción de todas ellas redundaría en beneficio exclusivo de Judá.

Tal enumeración podría prolongarse a voluntad, porque

la influencia judía alcanza todos los terrenos de nuestra vida cultural.

Cierto propietario anglosajón mal aconsejado por un periódico, dijo: "Cuando los judíos pueden tanto, es que también tienen el derecho para ello", lo cual no es sino una variación sobre el lema de: "¿Cómo es posible que tres millones de judíos puedan dominar a cien millones de americanos?"

Quede convenido que si la inteligencia judía resulta superior, si sus facultades espirituales demostraran una mayor valía, deben vencer y la fuerza y la ideología anglosajonas hundirse en el polvo ante la planta de Judea.

Ante todo, empero, que ambas ideas, con visera levantada, acudan a la arena de combate. No constituye lucha leal, el que la idea anglosajona en cines, escuelas y Universidades sea ocultada a los anglosajones so pretexto de que es "sectaria", o "chauvinista", o "anticuada" o estulticias por el estilo. Resulta deshonroso y poco decente que las ideas *judías* se cubran del pabellón de Anglo-Sajonia. Llámese la herencia espiritual y cultural de nuestros antepasados por su honesto nombre anglosajón, y la idea judía no triunfará jamás sobre ella. Esta no puede vencer, sino cuando haya conseguido arrancar a un pueblo del sagrado suelo de su arraigada cultura.

Judá fué quien rompió hostilidades. Nadie teme la lucha, cuando ésta se lleva francamente. A este objeto, deben saber nuestros estudiantes y profesores, que en esa lucha ya la existencia de los bienes espirituales de nuestra raza, que creó toda la cultura que disfrutamos y que se siente con fuerzas suficientes para ir edificando aún la cultura de tiempos venideros. Y por otro lado deben saber, que quien nos ataca es el judío.

Esto es todo lo que hace falta. Precisamente contra ésto

protestan los judíos, tildándolo de "odio de razas". ¿Por qué? Porque la ideología judía debe fracasar lamentablemente desde el momento en que no pueda esconderse bajo una bandera falsa, desde que no pueda atacar ya revestida de engañosos e ingeniosos disfraces. La ideología aria no teme la luz del día.

Dejad que cada idea enarbole su propio lábaro, y ya veremos!

XXV

LOS PLANES FINANCIEROS DE LOS JUDIOS INTERNACIONALES

El poderío financiero judío se funda en sus recíprocas relaciones internacionales, extendiéndose sobre el mundo entero en forma de una cadena ininterrumpida de Bancos y puntos de enlace financieros, y colocándose siempre del lado de aquellos que se prestan a favorecer las dudosas jugadas de los estrategas judíos. Su sede central se hallaba, y quizá hoy se encuentre, en Alemania, o mejor dicho, en Francfort del Main; pero cierta nervosidad manifiesta parece indicar que se va haciendo necesario su traslado. Podría ser que la Providencia resultara al fin y al cabo más fuerte que todo el poderío financiero judío. De todas partes confluye el oro del mundo entero para desaparecer en los sótanos de los palacios bancarios de las Américas del Norte y del Sur. Pero no para fructificar estos continentes, sino para movilizar el predominio judío hacia un postrer golpe desesperado. *Esta Gran potencia financiera judía, tiene miedo.* Razón suficiente para ello tiene. La sangre vertida durante la guerra mundial, cuyos réditos aun ahora viene cobrando, chorrea en sus manos. Qué de admirar, que el judaísmo tiemble ante la probabilidad de verse desenmascarado!

Unos cuantos grandes Bancos judíos en diferentes países, por potentes que fueren, no constituirían por sí un peligro. En la competencia leal y con armas iguales, no puede sostenerse el judío. *Los Rothschild no fueron nunca banqueros en el sentido propiamente dicho de este oficio, sino que*

fueron prestamistas de dinero a los Estados, a cuyos representantes había previamente sobornado para que emitieran empréstitos. Estos judíos enhebraban sus negocios exactamente según las mismas máximas, como el usurero, que induce al hijo inocente del aristócrata a que le pida dinero prestado, sabiendo que su padre lo pagará.

A nosotros, pues, no nos interesa el banquero judío individualmente. Los papagayos que vienen repitiendo estúpidamente las frases judías, creen que el negociante judío tiene el mismo derecho de hacer sus ganancias que otro negociante cualquiera. En último término, ¿quién lo niega? Pero cuando frente a nosotros observamos una cadena sin fin de consulados financieros coligados a un sistema uniforme, y que no pueden considerarse como Bancos americanos, franceses, ingleses, españoles, ni alemanes, sino que sólo representan eslabones de la cadena universal bancaria judía, resulta que, en efecto, no se trata aquí de individuos judíos, como otras personas pueden dedicarse a sus negocios particulares, sino de un conjunto de poder inimaginable y con fines buenos o malos. Lo malo, empero, prepondera enormemente sobre lo bueno.

Este sistema bancario universal tampoco quiere decir que en cada país la casa bancaria más fuerte sea precisamente judía. Así, por ejemplo, *Kuhn, Loeb y Cía.* no representa ni mucho menos el instituto bancario más fuerte de los Estados Unidos. Y, sin embargo, emana de esta casa un sistema financiero, que en la actualidad prevalece en la totalidad de la Hacienda americana. *Paul Warburg,* judío de procedencia alemana y miembro del trust financiero universal judío, fué enaltecido en los círculos oficiales americanos con alabanzas completamente inmerecidas. La influencia de este espíritu de *Warburg,* en unión con el de los *Stern, Fürsten-*

berg, Sonnenschem, Sassoon, Samuel y Bleichroder en otros diferentes países, fué realmente pasmosa.

Los financieros judíos "hicieron" la guerra mundial, de la misma forma como han hecho todas las guerras de importancia. Ningún judío iniciado lo negará y hasta muchos de ellos se ufanan de tal hazaña como señal inequívoca del poderío mundial judío. Por encima de los Estados beligerantes reinaba una junta financiera internacional exclusivamente judía, e inalcanzable o inhallable. Si cada miembro de esta junta hubiese realmente guardado la lealtad a su respectiva patria, ninguno de ellos hubiese podido prevalecer entre ellos. En cambio, y estando como estaban unidos mancomunadamente en potencia financiera supranacional, *poseyendo secretos de todos los Estados, estando en constante relación personal mutua, aun en épocas en que todas las comunicaciones entre las naciones beligerantes estaban rotas; siendo, además, los verdaderos amos capaces de decidir sobre la duración de la guerra, como sobre la hora de la mal llamada paz,* conviertíase este grupo judío en peligro horrendo para quien haya comprendido estas maquinaciones y contactos subterráneos.

Al lector de los "Protocolos" le llama la atención el gran número de párrafos que tratan de asuntos monetarios y financieros. La réplica judía de que dichos Protocolos sólo podrían haberse escrito por un criminal o un demente, está calculada para aquellos que o bien no los han leído, o que pasaron por alto los planes financieros en ellos contenidos. Criminales o dementes no suelen hacer tan fría y científicamente la autopsia de un sistema financiero existente, proclamando frente a aquel otro nuevo y para ellos mejor. Es indispensable, pues, volver a ocuparnos detenidamente de algunos de estos puntos a que los Protocolos hacen referencia.

"Donde nos vaya mal, nos transformaremos en proletariado revolucionario, haciéndonos los suboficiales de los par-

tidos subversivos. Cuando nos levantemos con nosotros subirá también el siniestro poder de la Bolsa", como escribía el jefe sionista *Teodoro Herzl* en su libro titulado "Un Estado judío". Frente a esa unión entre la anarquía y la preponderancia bursátil se encuentra el mundo actualmente. Véase para ello Rusia, y véase para ello también esa caterva de agentes que acudió a Versalles para hacer la "Paz". Esta se confeccionó por financieros, siendo aquel Tratado el recibo presentado no sólo a un enemigo vencido, sino al mundo entero. Los banqueros judíos recogen ahora los intereses de todas partes del mundo.

Con respecto a esto resulta interesante leer lo que dice el Protocolo núm. 6: "*Al día siguiente de la catástrofe política* (¡ !) ya empezaremos a crear potentísimos monopolios y acumulaciones de riquezas, frente a las que los mayores fortunones no-judíos quedarán dependientes en tal medida, que forzosamente se resquebrajarán, y con ellos todo crédito nacional."

"Al mismo tiempo se hará necesario instigar enérgicamente el comercio y las industrias, y en especial la *especulación,* cuya tarea será la de servir de contrapeso contra la industria. Sin la especulación la industria aumentaría la opulencia general, mejorando también la situación de la agricultura, y llegaría a estar en condiciones de emanciparse de sus deudas a los Bancos hipotecarios. Por medio de la industria deberá evacuarse el campo llano tanto de hombres, como de capital. Por medio de la especulación deberá afluir el dinero del mundo entero a nuestras manos... Para destruir la industria de los infieles, despertaremos en ellos la sed de toda clase de lujos como estímulo para la especulación."

Aquí queda establecida secamente la idea de que los despilfarros y las deudas, favorecen el poderío del prestamista judío. Este no acredita dinero al objeto de fortificar

las industrias, sino para explotarlas. Toda opulencia independiente de industrias y agricultura, amenaza su preponderancia mundial. La industria debe, pues, refrenarse por medio de la especulación, que a su vez se aumentará con el cada día más creciente lujo. Un pueblo laborioso puede bien pronto librarse de deudas con el producto de su laboriosidad. Por eso hay que despertar en él nuevos apetitos y mantenerlo en la esclavitud deudora. Uno de los medios para ello consiste en "desacostumbrar" a la vida del campo.

"Conseguiremos por la fuerza el aumento de jornales, pero no serán beneficiosos para los obreros, porque al mismo tiempo haremos aumentar los precios de todas las necesidades de la vida, so pretexto de que es el resultado de la relajación de la agricultura y la ganadería. También socavaremos honda y artificialmente las fuentes de toda sana producción, con tal de infiltrar a los obreros ideas anárquicas e induciéndoles al alcoholismo..."

Todo esto aconteció realmente y es conocido de todo el mundo.

El Museo Británico de Londres conserva desde el año 1906 ejemplar impreso de estos "Protocolos". ¿Los escribió, pues, un profeta, que supo prever místicamente los acontecimientos, o más bien un poder que fríamente los prefijara?

El programa mundial judío, tal como aparece en dichos Protocolos, se basa principalmente en *premisas económicas falsas,* a cuya adopción hace falta inducir a los Gobiernos y pueblos. Pero éstas no sólo son falsas, sino que se esgrimen conscientemente al objeto de engañar, abiéndose irrealizables.

Los conceptos efectivos que el judío tiene de la vida económica, son completamente distintos de aquellos que suelen enseñar a los infieles. Mejor que nadie conocen los financieros judíos lo rematadamente absurdo del sistema financiero vigente; pero sacan su provecho de tal absurdo, desmoronan a

la sociedad no-judía y vigorizan así el predominio pan-judío. Con toda energía se esfuerzan por mantener este sistema falso, hasta que nos conduzca al derrumbamiento inevitable. Entonces desearían reedificar el mundo según los principios financieros verdaderamente judíos. El sistema falso sirve sólo para la era aún no-judía. El que efectivamente se trata ahora únicamente de medidas pasajeras destinadas a destruir la vida económica actual, se demuestra en el tercer Protocolo. Allí se dice, después de haberse indicado los medios conducentes a instigar el odio de las clases bajas contra los opulentos:

"Esta enemistad aumentará todavía a consecuencia de situaciones críticas, que conduzcan a catástrofes bursátiles y al paro de todo el mecanismo. Una vez hayamos producido la crisis económica general con todos los medios subterráneos de que disponemos y por medio del oro reunido exclusivamente en nuestras manos, *promoveremos en toda Europa con las ma-s˜s de obreros conflictos en plena calle.* Los obreros luego verterán la sangre de aquellos a quienes en su estulticia e ignorancia se acostumbraron desde su niñez a envidiar, y cuya propiedad creerán poder luego repartirse entre sí."

Todo esto es de público dominio como aconteciendo ya en Europa. Las armas, que primeramente se esgrimieron, fueron de índole económica. El programa judío se realizó gracias a la división de la sociedad no-judía en ricos y pobres. Divide y vencerás, es el lema judío. División de la sociedad cristiana mediante enemistades económicas, confesionales, sociales y nacionales, mientras los judíos forman *una unidad compacta,* que sólo por este hecho está en condiciones de dominar a un mundo dividido en su seno. Téngase tan sólo en cuenta el enorme poderío judío en Rusia, Alemania, Austria, Francia, Italia, Inglaterra y Estados Unidos como resultado de la guerra mundial. Todos los banqueros judíos de Rusia permanecieron sin ser molestados, mientras que a los banqueros no-judíos se les

fusiló, robándoseles sus bienes. *El bolchevismo no ha suprimido el capitalismo; sólo trasladó los capitales de propietarios no-judíos a manos judías, y éste es en efecto el único y exclusivo objeto, tanto del socialismo como del anarquismo y del bolchevismo.* En cualquier parte donde se publique la caricatura de un capitalista recargado de oro y brillantes, llevará éste inevitablemente las facciones de un tipo no-judío. Los "capitalistas" denunciados en la Prensa roja, no son nunca judíos. Toda huelga de importancia, ya sea en los ferrocarriles, en la industria del acero o en la minera, se dirige siempre contra empresas no-judías: *ahí radica toda la finalidad del movimiento obrero rojo.* Es de raza extraña, es judío y es anticristiano.

Uno de los puntos más interesantes contenidos en todos los "Protocolos" es el de la contraposición del sistema financiero favorecido actualmente por los judíos, y que representa el sistema judío genuino.

En el Protocolo núm. 20 se dice: "*El patrón oro destruyó a aquellos Estados que lo adoptaron,* porque no pudo realmente dar abasto a la demanda de signos monetarios, especialmente por la razón de que retirábamos tanto oro de la circulación como teníamos por conveniente." El no-judío inocente preguntará: "¿por qué podían los judíos tener interés en retirar el oro de la circulación, no pudiendo así sacar ganancias del mismo?" Frente a esto no se olvide lo dicho acerca de la diferencia fundamental entre el "productor" y el "recolector". Una crisis económica resulta para gente cuya herramienta es el dinero, mucho más lucrativa que una época larga de bienestar económico.

"Producimos situaciones críticas en la vida económica con tal de retirar dinero de la circulación." Que la desaparición del dinero disponible de la circulación general produce terror y consternación, lo sabe todo el mundo. Nosotros, los

americanos, fuímos durante quince meses testigos de tal desaparición y de sus consecuencias. La orden para ello se corrió telegráficamente a los financieros para un día determinado, y aquel mismo día estalló una catástrofe económica en todo el territorio de la Unión. Banqueros honrados intentaban ayudar, mientras que aquellos otros iniciados sacaban enormes ganancias de aquella catástrofe. El dinero se sustrajo a su objetivo legal, siendo prestado a los especuladores al 6 %, quienes a su vez volvieron a represtarlo al 30 %.

A ninguna persona cuerda se le ocurrirá querer explicar tales acontecimientos como "leyes naturales", ni como consecuencia de una práctica comercial honrada.

Más adelante se mofan los Protocolos de la política financiera de los Gobiernos, diciendo: "A consecuencia de métodos admitidos por gobernantes torpes, se vació el Tesoro público. A esto seguía el período de contraer deudas y de gastar los últimos activos, y esto condujo a los Estados nojudíos al borde de la bancarrota."

Desde el punto de vista financiero están los Estados en bancarrota, y sólo se sostienen artificialmente por medio de contribuciones tan recargadísimas, que equivalen a la desposesión. Estados Unidos de América, llamados falsamente el "país más rico del mundo", está en su condición de Estado *exactamente tan pobre y arruinado* como cualquier otro. No tienen nada, a no ser deudas, y sigue tomando empréstitos.

En otro lugar prosiguen los Protocolos: "Cada empréstito demuestra la incapacidad e ignorancia del respectivo Gobierno en cuanto a los derechos del Estado. Los empréstitos, cual espada de Damocles, se suspenden sobre las testas coronadas, que en lugar de repartir contribuciones a tiempo, extienden las manos *pidiendo limosna* a nuestros financieros. Sobre todo los empréstitos exteriores son como las sanguijuelas, que no se pueden quitar del cuerpo de los Estados hasta

que caen por su propio peso, si no es el *Gobierno quien las arranque violentamente*, pero los Gobiernos no-judíos muy lejos de suprimirlos, vuelven a "lanzar" cada vez otros nuevos. Irremisiblemente tienen que hundirse a consecuencia de tan constante y voluntaria sangría."

Esta crítica no admite réplica alguna.

Con escarnio añaden los Protocolos: "Entiéndase bien: aunque nosotros mismos hayamos recomendado tan necia política, *naturalmente que no la seguiremos*... ¿En qué consiste el efecto de un empréstito, especialmente de uno exterior? Consiste en la emisión de un certificado de deuda con la promesa de abonar intereses. Ofrece el empréstito un 5 por ciento y resulta que al cabo de 20 años el Estado pagó los intereses en balde, aunque haya devuelto toda la cantidad adeudada: al cabo de 40 años habrá pagado intereses por valor doble, y en 60 años por valor triple de la deuda, mientras que esta misma queda incólume."

S¡encillísimo! Y, sin embargo, ¿quién se dará cuenta cabal de ello? Todavía seguimos viviendo bajo la influencia de la doctrina según la cual las "deudas nacionales redundan en beneficio de la economía nacional". En cambio, cierto es que el importe de las deudas nacionales ofrece una medida exacta de la esclavitud de las naciones bajo el cetro de Judea.

Los capítulos 20 y 21 de los "Protocolos" se ocupan en exponer el programa de la política que seguirán los judíos, una vez hayan alcanzado el poder mundial, diciendo: "Cuando ocupemos los tronos del mundo, quedarán excluídos todos los procedimientos económicos, que no coincidan con nuestros intereses."

1º "Las Bolsas de fondos se cerrarán definitivamente, porque no admitiremos que nuestro renombre sufra oscilaciones de los precios de nuestros valores. Para éstos fijare-

mos un cambio forzoso igual a su valor nominal completo, sin permitir a nadie alzarlo ni bajarlo. Alzas de precios son seguidas de bajas: tal *fué nuestra gran jugada* con los títulos de los Estados no-judíos.''

2º ''Embargo legal del dinero, al objeto de regular su circulación.''

3º ''Implantaremos cierta unidad monetaria, que se base sobre el valor de determinada unidad productiva, indistintamente si el material del que se componga la moneda fuera papel o madera (¿?). Nosotros emitiremos en cada momento tanto dinero como sea necesario para satisfacer las necesidades normales de cada ciudadano, emitiendo con cada nacimiento una suma determinada, y recogiéndola con cada defunción.''

4º Títulos y valores serán comprados por nuestro Gobierno, y éste, en lugar de pagar tributos por los empréstitos, los emitirá bancariamente. El procedimiento evitará en la Hacienda pública todo estancamiento monetario, toda vida parasitaria y holgazanería, condiciones y habilidades que para nosotros fueron útiles, mientras los infieles eran aún dependientes; pero que no se admitirán, una vez que nuestro Reino haya llegado.''

5º ''Las Bolsas las substituiremos por instituciones financieras del Estado, cuya misión consistirá en fijar el valor de títulos oficiales según instrucciones del Gobierno. Estos institutos estarán fundados de tal suerte, que en un solo día podrán adquirir o vender respectivamente por valor de 500 millones de papel industrial, en cuya forma toda empresa industrial quedará dependiente de nosotros. Puede figurarse el enorme poderío que con tales medidas alcanzaremos.''

Como fuentes de ingresos contributivos en el Imperio mundial judío se prevén las siguientes: 1º, un recargo progresivo sobre la propiedad; 2º, un recargo progresivo sobre

esos y herencias; 3º, una contribución sobre el traspaso de bienes, ya sea en efectivo o en valores; 4º, una contribución del lujo y un recargo del timbre.

Tales medidas harán desaparecer el odio de los pobres contra los ricos, porque éstos serán considerados como los pilares financieros del Estado y como responsables de un bienestar pacífico. El proletario comprenderá que es el rico el único que facilita los medios para que siga manteniéndose tal estado de cosas y se logre el *bienestar pacífico.*

FIN

Primera Edición en esta colección. Tirada 3000 ejemplares

Queda hecho el depósito de ley 11.723
Argentina
Impreso en los Talleres de la Editorial
Printed in Argentina
Impresoen Argentina